

DMITRY
GLUKHOVSKY

METRO

2035

se



ESPA
MOBI

Año 2035. Tras la devastadora guerra nuclear que destruyó la Tierra, los supervivientes han creado una nueva civilización en los túneles y las estaciones de metro de Moscú. Pero la aparente seguridad del subsuelo es una ilusión. Dos años después de que el protagonista, Artyom, salvara a los habitantes del metro de una catástrofe, empieza una escalada de conflictos ideológicos. La única salvación parece pasar por una vuelta a la superficie. Sin embargo, ¿es eso realmente posible? Una vez más Artyom emprenderá un peligroso viaje. Un viaje que lo cambiará todo...

Con esta novela, Dmitry Glukhovsky prosigue la fascinante y siniestra historia de un mundo postapocalíptico que dio comienzo en *Metro 2033* y *Metro 2034*.



Dmitry Glukhovsky

Metro 2035

Metro - 3

ePub r1.0

Titivillus 04.05.2017

Título original: *metPO 2035*

Dmitry Glukhovsky, 2015

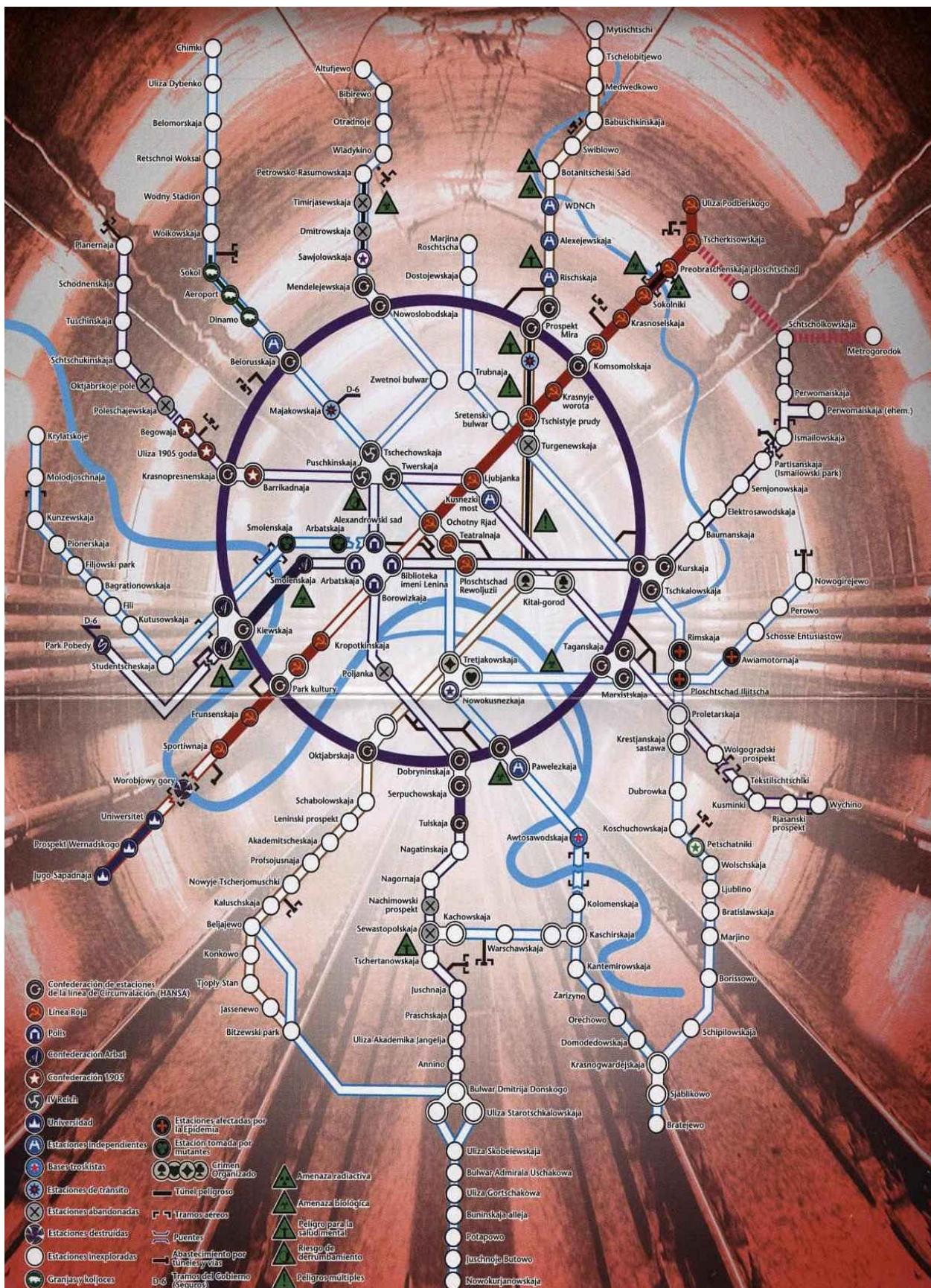
Traducción: Joan Josep Mussarra Roca

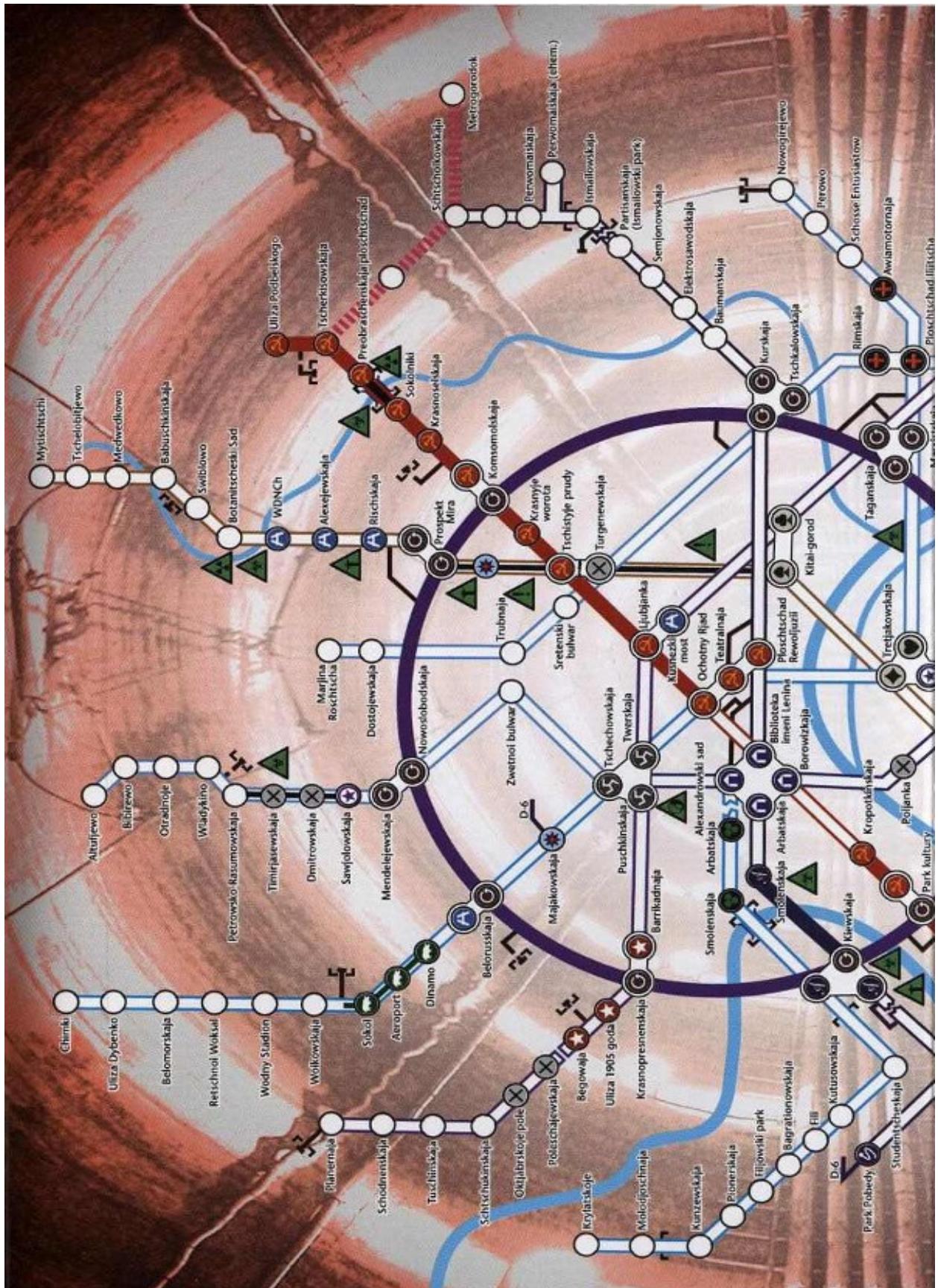
Ilustración: Veronica Arenas

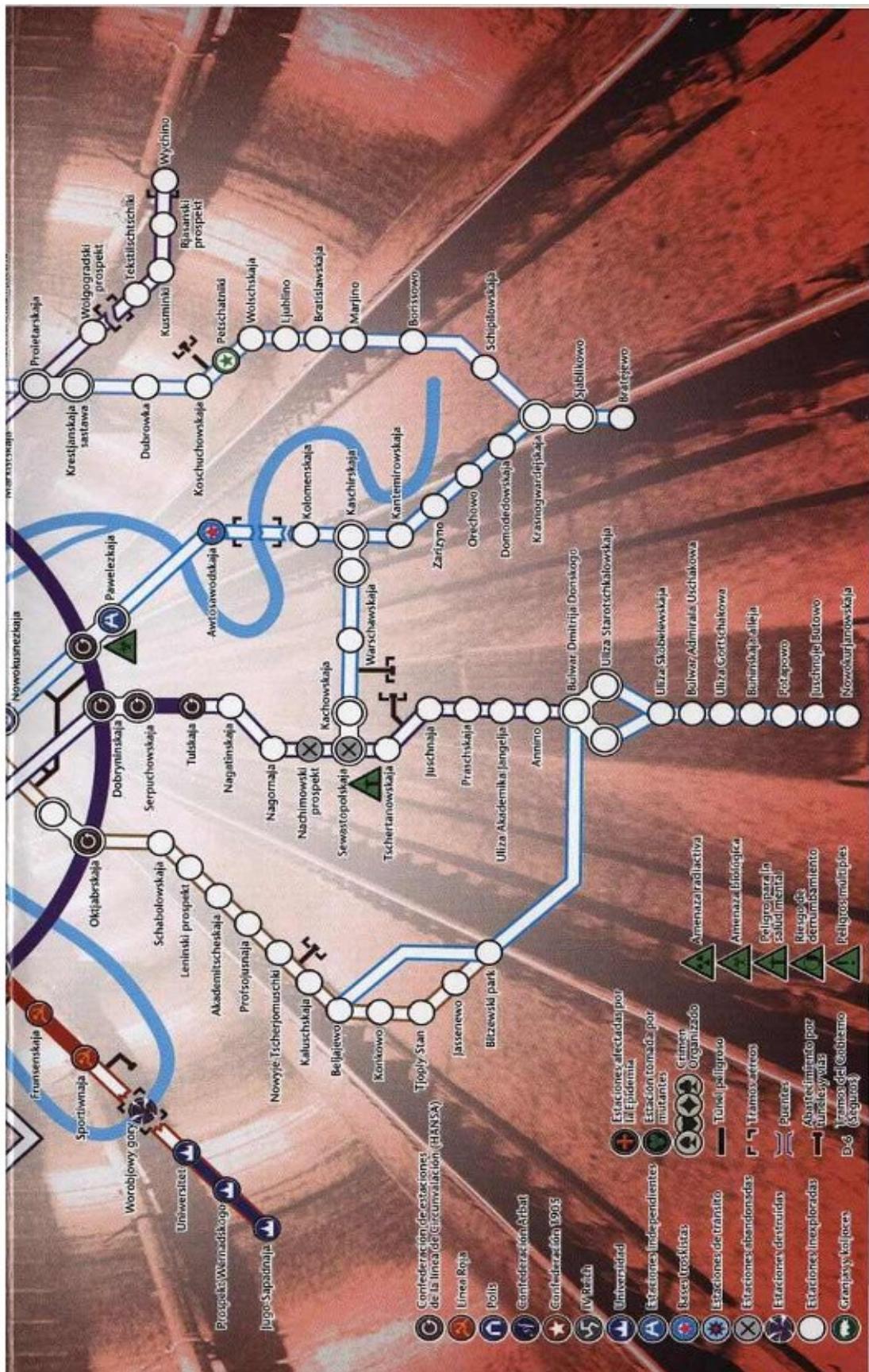
Editor digital: Titivillus

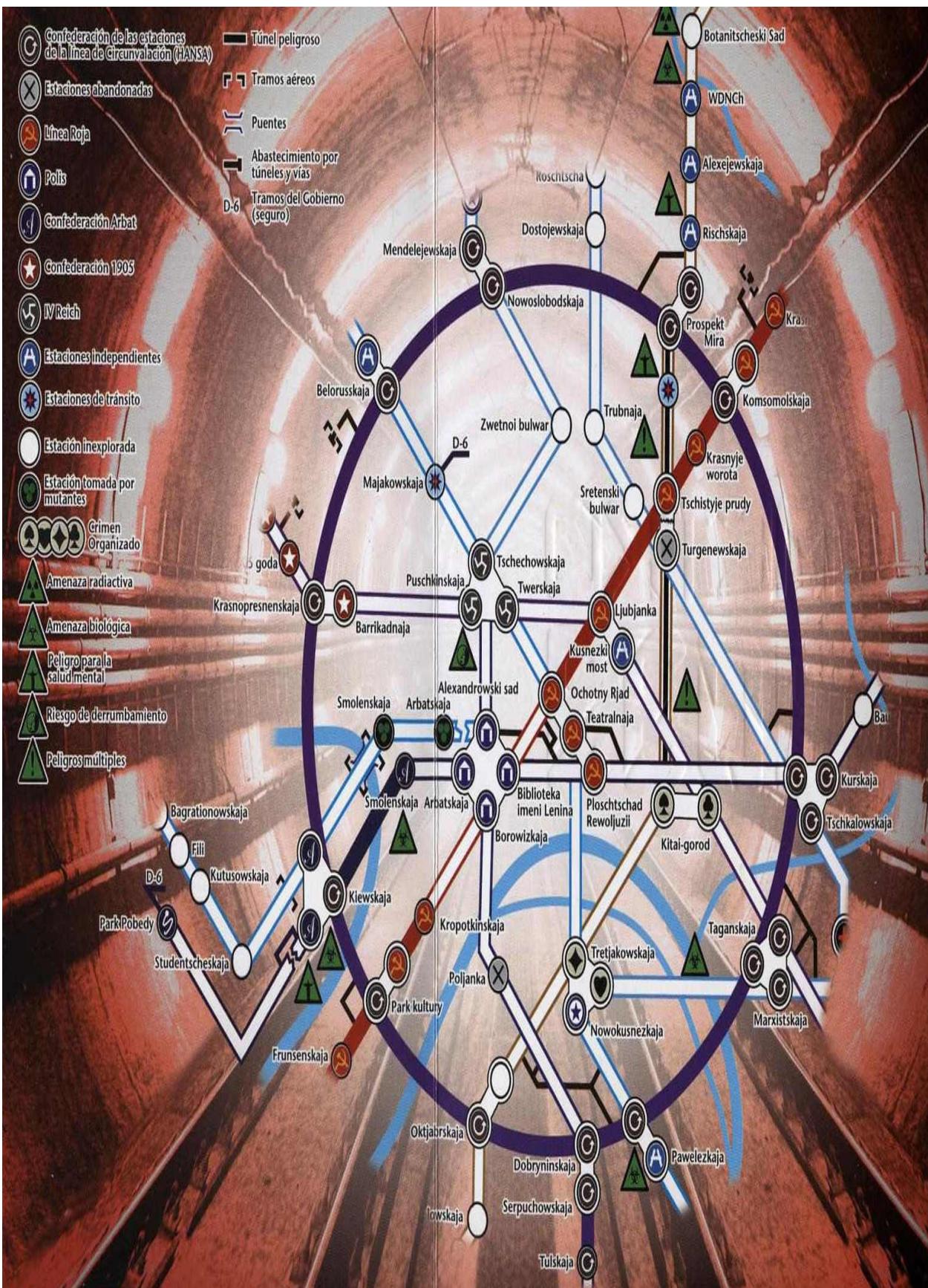
ePub base r1.2

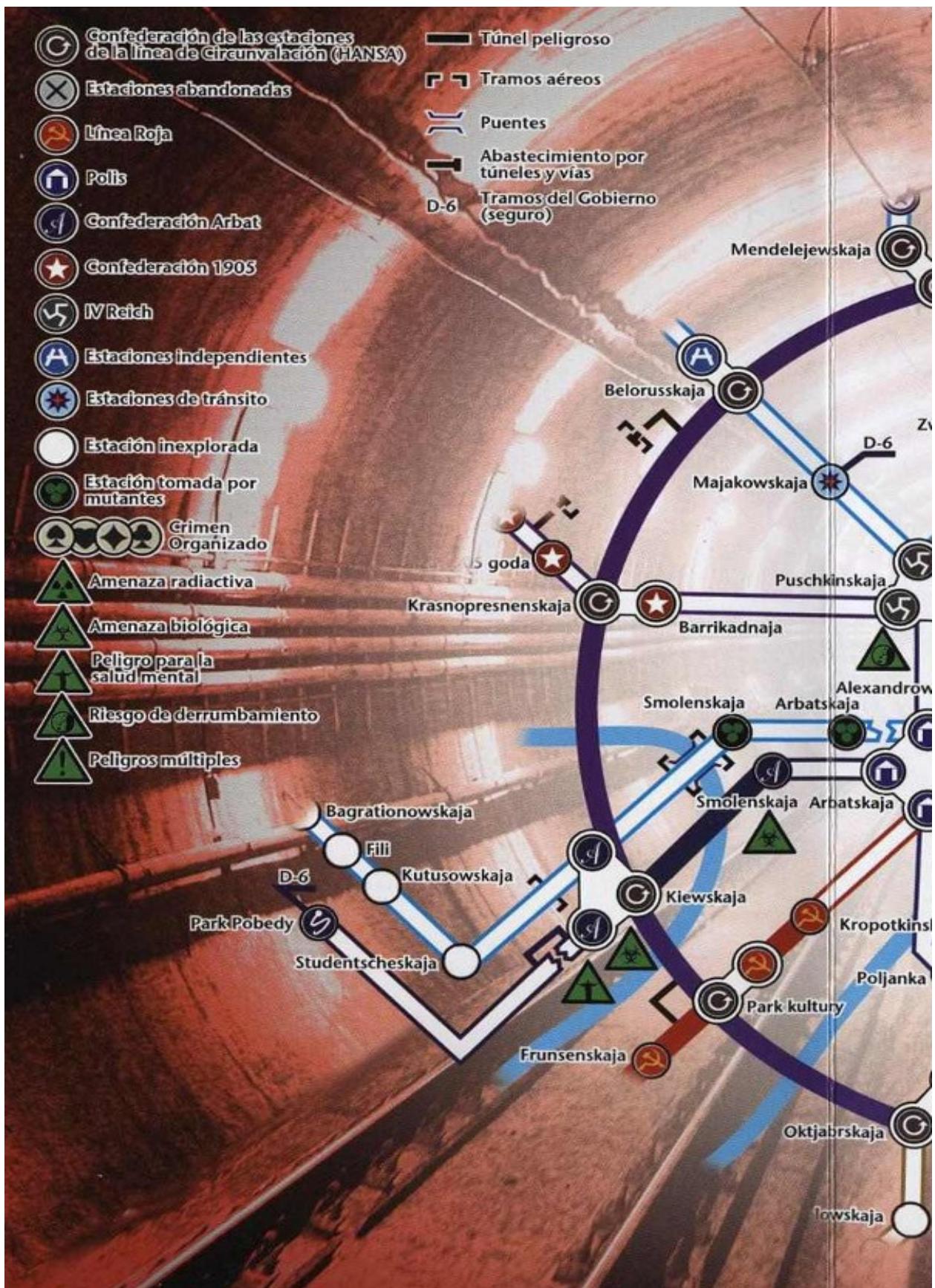
más libros en esspamobi.com

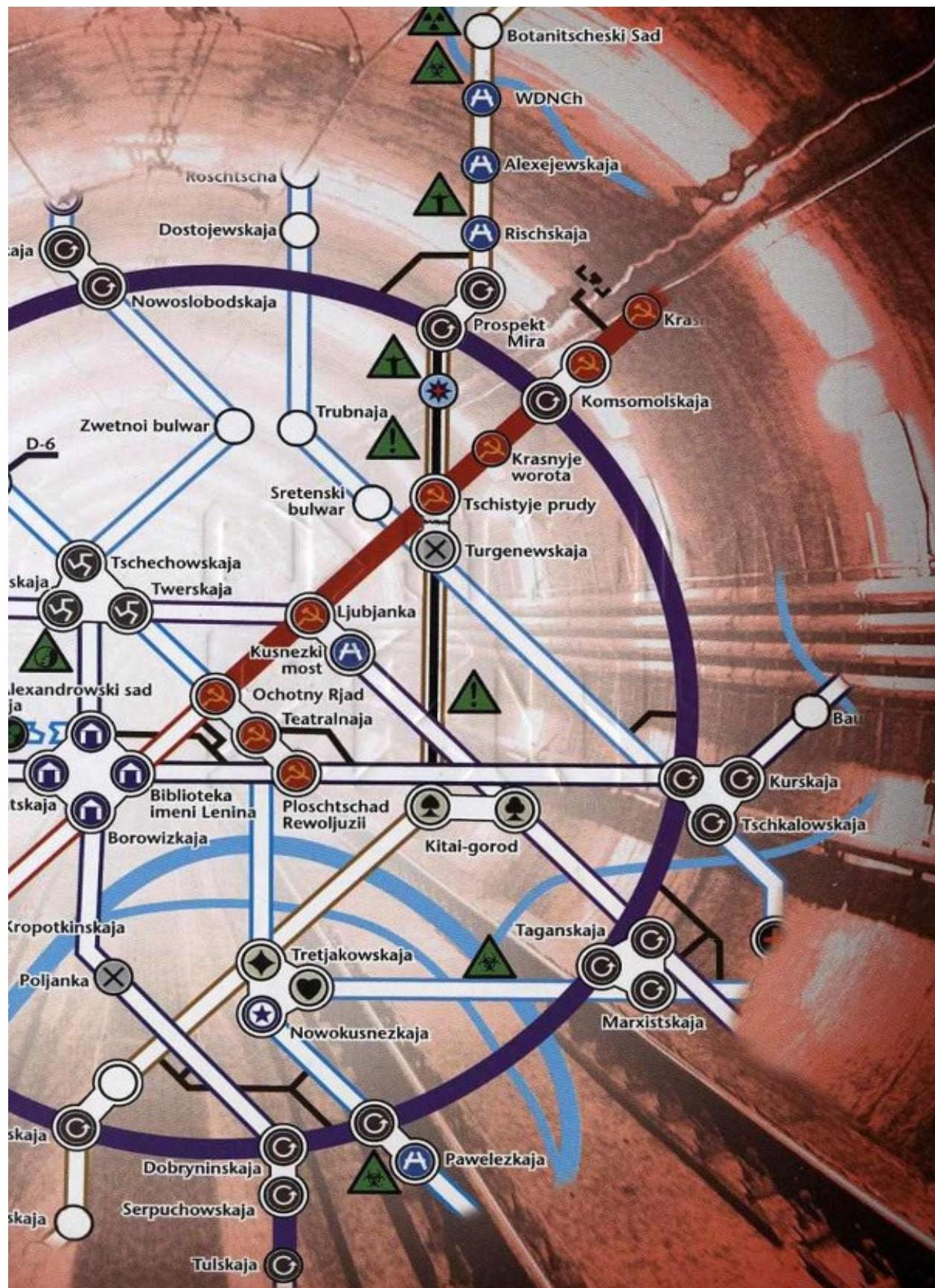














1

AQUÍ MOSCÚ

No puede ser, Artyom.

—¡Abre! Te digo que abras.

—Son órdenes del jefe de estación. No puedo dejar salir a nadie.

—¿Cómo que a nadie? Tú lo que quieras es tocarme los huevos, ¿no?

—¡Yo solo cumple órdenes! Tengo que mantener la puerta cerrada... para que la estación quede bien protegida contra la radiactividad. Esas son las órdenes que me han dado, ¿entiendes?

—¿Te las dio Sukhoy? ¿Ha sido mi padrastro quien te ha dado esa orden?
Abre de una vez.

—No quiero tener un disgusto por tu culpa, Artyom...

—Bueno, pues si no quieres abrirla, la abriré yo mismo.

—¿Hola? ¿Alexander Alexeyevich? Sí, soy el centinela... Tengo aquí a Artyom... sí, Artyom, su muchacho. ¿Qué tengo que hacer con él?... Entiendo. Quedamos a la espera.

—Bravo, Nikita, ya te has chivado. ¡Ahora márchate de aquí! Voy a abrir. ¡Me da igual todo, pienso ir afuera!

Pero en aquel mismo instante salieron otros dos hombres del cuerpo de guardia, se metieron entre Artyom y la puerta y lo hicieron retroceder con empujones sin ninguna violencia. Aunque ninguno de los guardias se pusiera agresivo de verdad, Artyom —que de todos modos estaba exhausto, tenía unas ojeras descomunales y la salida del día anterior todavía agarrada a los huesos— no pudo con ellos. Algunos curiosos se acercaban con disimulo: monigotes sucios con cabellos mugrientos, tan flacos que parecían transparentes; amas de casa hinchadas, con las manos azuladas de tanto lavar en agua gélida; porquerizos exhaustos que salían del túnel de la derecha y tan solo acertaban a mirar con apatía. Hablaban en susurros, miraban a Artyom y a lo que había detrás de él. En sus rostros se pintaba... el diablo sabrá qué.

—No quiere entrar en razón. ¿Para qué quiere salir?

—Es cierto. Y cada vez que sale se abre la puerta. ¡Y entonces entra toda la porquería de arriba! Será imbécil...

—Oye, no hables así..., no puedes hablar así sobre él. Sea como sea, Artyom nos... nos salvó. A todos nosotros. También a tus hijos.

—Sí, eso es cierto. ¿Y qué? ¿Para qué nos salvó? Si sale se va a cargar de radiación... y cuando vuelva también nos va a tocar algo a nosotros.

—En todo caso, ¿para qué diablos quiere salir? ¡Si por lo menos tuviera un motivo...!

En aquel momento apareció una cara que destacaba sobre todas las demás, un rostro con el bigote descuidado y los pocos cabellos canos que aún le quedaban peinados hacia un lado sobre la calva. Era una cara construida con líneas rectas y ángulos, sin la más mínima redondez. Y lo mismo se podía decir del resto de su cuerpo: rígido e inflexible como goma dura, como si le hubieran desecado el cuerpo en vida. Su voz se hallaba en la misma línea.

—Que todo el mundo se marche a casa. ¿Me habéis oído?

—Ese de ahí es Sukhoy. Ha venido Sukhoy. Se llevará a su muchacho.

—Tío Sasha...

—¿Otra vez tú, Artyom? Lo habíamos hablado...

—Ábreme, tío Sasha...

—¡Que todo el mundo se marche a su casa! No pienso repetirlo. ¡Aquí no hay nada que valga la pena mirar! Y tú vendrás conmigo.

Pero Artyom se sentó en el suelo de granito pulido y frío. Recostó la espalda contra la pared.

—Ya basta —dijo Sukhoy, sin apenas voz, tan solo con los labios—. Todo el mundo está cuchicheando.

—Tengo que salir. Tengo que ir arriba.

—¡Ahí no hay nada! ¡Nada! ¡No hay nada que puedas ir a buscar!

—Tío Sasha, ya te he dicho que...

—¡Nikita! ¿Qué haces ahí mirando? Venga, saca de aquí a la gente...

—¡A la orden, Alexander Alexeyevich! —Fue como si Nikita despertara de pronto. Y empezó a echar a la gente que los rodeaba—. Eh, ¿alguien no se ha enterado? ¡Fuera! Marchaos todos...

—Todo esto es un disparate. Escúchame... —Sukhoy sacó el aire de los pulmones, se ablandó de pronto, se arrugó... y se sentó junto a Artyom—. Acabarás por morir. ¿Tú te crees que el traje te va a proteger contra la radiación? ¡Pero si es como una criba! ¡Lo mismo podrías ir con un jersey de lana!

—Bueno, ¿y qué?

—Ni siquiera los stalkers salen tan a menudo como tú... ¿Se te ha ocurrido medir la dosis de radiactividad que has recibido? ¿Qué es lo que quieras? ¿Vivir o morir?

—Yo sé que lo oí.

—Y yo sé que te lo imaginaste. No queda nadie que pueda mandar señales. ¡Nadie, Artyom! ¿Cuántas veces tendré que decírtelo? No queda nadie. Todos los supervivientes estamos en Moscú. Somos los únicos.

—No me lo creo.

—¿Y tú piensas que me importa lo más mínimo lo que puedas creer? ¡Lo que me preocupa es que se te caiga el cabello! ¡Que meees sangre! ¿Quieres que se te quede la polla seca?

Artyom se encogió de hombros. Se quedó en silencio. Miró hacia otro lado.

Sukhoy seguía esperando.

—Lo oí. Aquella vez en la torre. Cuando la antena de Ulman.

—Pero nadie más ha oído nada. Nunca. Por mucho rato que hayan pasado escuchando. No se capta ninguna señal de radio. Entonces, ¿para qué vas a salir?

—Voy a subir ahora mismo. Y ya está.

Artyom se puso en pie y estiró la espalda.

—Quiero tener nietos —le dijo Sukhoy, que siguió sentado.

—¿Para que vivan aquí? ¿Es el subsuelo?

—En el metro —lo corrigió Sukhoy.

—En el metro —aceptó Artyom.

—Y quiero que tengan una vida normal. Si es que llegan a nacer. Pero

ahora...

—Diles que abran, tío Sasha.

Sukhoy miraba al suelo. Al granito negro y brillante. Como si allí hubiera algo digno de verse.

—¿Has oído lo que dice la gente? Que te volviste loco. Cuando estuviste en la torre.

Artyom hizo una mueca, como una sonrisa aviesa.

Respiró hondo.

—¿Sabes lo que habrías tenido que hacer para poder tener nietos, tío Sasha? Engendrar a tus propios hijos. A ellos sí que podrías darles órdenes. Y así, por lo menos, tus nietos se parecerían a ti... y no a vete a saber quién.

Sukhoy frunció el entrecejo. Permaneció en silencio unos segundos.

—Déjalo salir, Nikita. Que se muera. A la mierda.

Nikita obedeció en silencio. Artyom asintió con satisfacción.

—Volveré enseguida —le dijo a Sukhoy desde la esclusa.

Este se apoyó en la pared para levantarse, le dio la espalda a Artyom y se marchó arrastrando los pies y puliendo todavía más el granito.

La puerta de la esclusa volvió con gran estrépito a su lugar y los cerrojos la sellaron de nuevo. Una lámpara se encendió de pronto —veinticinco años de garantía— y arrojó una luz intensa y desagradable desde el techo. Se reflejó sobre las baldosas como un sol mortecino de invierno. Todo el recinto de la esclusa, hasta la última pared de acero, quedó sepultado en el resplandor. Una silla de plástico desgastada que se utilizaba para reposar o para atarse las botas; un traje a prueba de radiación de aspecto deprimente colgado de un gancho; en el suelo, un desagüe, y a su lado una manguera de goma que se empleaba en la descontaminación. En un rincón había todavía una mochila del Ejército. De la pared colgaba un auricular blanco, como una especie de teléfono público.

Artyom se puso el traje. Le quedaba holgado, como si hubiera sido de otra persona. Se sacó del bolsillo la mascarilla para respirar. Tiró de la goma, se puso la mascarilla sobre el rostro, parpadeó. Sus ojos se estaban acostumbrando al visor redondo y empañado. Agarró el auricular.

—A punto.

Se oyó un fuerte crujido y la pared de acero —que no era una pared, sino una puerta hermética— empezó a subir. Entró desde fuera un soplo de aire frío y húmedo. Artyom, tiritando, cargó con la mochila. Pesaba tanto como si un hombre se le hubiera subido sobre los hombros.

Echó un vistazo a la escalera mecánica resbaladiza y gastada. La estación de metro VDNKh se hallaba a sesenta metros bajo tierra. Lo bastante profunda como para que los bombardeos no la afectaran. Por supuesto que sí una cabeza

nuclear hubiera golpeado Moscú no habría quedado más que una gigantesca fosa repleta de cristales. Pero los sistemas de defensa habían interceptado las cabezas nucleares muy por encima de la ciudad. Lo único que había llegado al suelo habían sido sus fragmentos radiactivos, pero ya sin capacidad para explotar. Tan solo por ese motivo Moscú no había sufrido grandes daños, y se asemejaba a su forma anterior como la momia a un faraón. Brazos y piernas estaban todavía donde tenían que estar, había una sonrisa en sus labios...

Otras ciudades, por el contrario, no disponían de ningún sistema de protección contra los misiles.

Artyom se acomodó la mochila sobre la espalda, se santiguó furtivamente, tensó las correas demasiado Hojas e inició el ascenso.

La lluvia repiquetea sobre su casco de acero. Artyom siente el golpeteo sordo sobre el cráneo. Las botas de goma se hunden en el cieno, unos arroyos arrastran herrumbre desde algún lugar más arriba hasta otro lugar más abajo, las nubes se ciernen en lo alto, en ninguna parte se divisa un hueco. El diente del tiempo se ha hincado en los edificios vacíos. No hay nadie en la ciudad. No hay un alma desde hace más de veinte años.

Al final de una avenida de árboles húmedos y deshojados se yergue el enorme arco por el que se accedía al recinto conocido como Centro Panruso de Exposiciones, más conocido por las iniciales VDNKh. Vaya colección de curiosidades: imitaciones de templos antiguos en los que en otro tiempo había brotado la esperanza de futura grandeza. Por aquel entonces aún creían que aquella grandeza germinaría al cabo de poco, tal vez cuando llegara otro mañana. Pero no hubo mañana.

El VDNKh se ha transformado en un lugar hostil para toda vida.

Hace tan solo unos pocos años vivía aquí todo tipo de criaturas, pero ahora ya no están. Hubo quien abrigó la esperanza de que la radiactividad de la superficie remitiera y que los seres humanos pudieran regresar a la superficie. Al fin y al cabo, los mutantes andaban por todas partes, y eran animales, aunque fueran motivo de temor...

Pero lo que sucedió fue justamente lo contrario. La capa de hielo que cubría la Tierra desapareció, la propia Tierra empezó a respirar y a sudar, y los niveles de radiación ascendieron de golpe. Los desesperados mutantes clavaron sus garras en la vida, pero todos los que no huyeron acabaron por morir tarde o temprano. El hombre, por el contrario, está agazapado bajo la tierra, vive en las estaciones de metro y no tiene ninguna intención de morir. El hombre no

necesita mucho. El hombre es más duro que las ratas.

El contador Geiger de Artyom cruje al medir la radiación. Artyom piensa: «No volveré a llevármelo. Solo sirve para ponerme nervioso. ¿Acaso cambia algo con su sonido? Mientras no me haya muerto, puede crujir todo lo que quiera.

»Que hablen lo que quieran, Zhenya. Por mí pueden ir diciendo que me he vuelto loco. No estuvieron allí... en la torre. Ellos no salen nunca de su querido metro. ¿Qué van a saber? Loco... Yo los exterminé a todos ellos con una bomba... escucha lo que te digo: en el mismo instante en que Ulman montó la antena allí arriba... en cuanto la tuvo instalada... fue entonces. ¡Lo oí muy bien! Y... ¡no, gilipollas!, no fueron imaginaciones mías. ¡Nadie quiere creerme!».

Un cruce de autovías se yergue frente a él. Las pistas de asfalto quedaron detenidas en un movimiento ondular y se han sacudido los coches de encima como si fueran insectos. Yacen desperdigados por el suelo, algunos sobre sus cuatro ruedas, otros sobre el techo, y todavía están como cuando murieron.

Artyom echa una rápida ojeada a su alrededor y empieza a subir por la lengua desplejada que fue una rampa de acceso. Ya no queda mucho, tal vez un kilómetro y medio. Al llegar a la lengua siguiente divisa los rascacielos tricolores. Antaño los pintaron en blanco, azul y rojo triunfales. El tiempo los ha cubierto a ellos y a todo lo demás con una pátina grisácea.

«¿Por qué no me creen? Pues porque no me creen, y nada más. De acuerdo, hasta ahora no hemos recibido ninguna señal. Pero ¿desde dónde las buscan? Desde el subsuelo. Ninguno de ellos estaría dispuesto a intentarlo en la superficie, ¿verdad? Mira, piensa en lo que te digo: ¿Es posible que tan solo hayamos sobrevivido nosotros? ¿No queda nadie más? ¿En todo el mundo? ¡Pero si es una idea descabellada! ¿No te lo parece?».

Se esfuerza por impedir que la torre de Ostankino entre en su campo visual, pero no es posible no verla. Por muchas vueltas que dé, la torre siempre flota en los límites de su visión periférica, como si fuera un rasguño en el cristal del visor. Negra, húmeda, derruida hasta el mirador, como un brazo que surgiera del subsuelo con el puño cerrado, un gigante que quisiera abrirse paso hasta la superficie pero ha quedado preso en el cieno rojizo de Moscú, atrapado en la tierra compacta y húmeda, atrapado y estrujado hasta morir.

«A aquella vez que estuve en la torre —Artyom señala con la cabeza hacia allí, con el cuello rígido—... cuando aguardábamos la señal de Melnik... en medio de todas aquellas interferencias... te lo puedo jurar por todo lo que tú quieras... ¡Oí algo! ¡Se oyó algo!».

Dos colosos se yerguen sobre el bosque desnudo: el obrero y la koljosiana, entrelazados en una extraña pose. Parece que ambos resbalen sobre una

superficie de hielo, o que bailen un tango sobre el parquet, pero sin mirarse. De algún modo parecen asexuados. ¿Hacia dónde miran? ¿Acaso desde las alturas alcanzan a ver lo que hay más allá del horizonte? ¿A quién puede interesarle?

A la izquierda se encuentra la rueda del diablo de la VDNKh, gigantesca, como si fuera una tuerca del mecanismo que hace girar la Tierra sobre su eje. Hace más de veinte años que se detuvo el mecanismo y con él la rueda, y se quedó quieta y se ha ido cubriendo poco a poco de herrumbre.

Está acabada.

Sobre la rueda está escrito 850. Esa era la edad de Moscú cuando la construyeron. Sería absurdo actualizar el número. Si no hay nadie que siga la cuenta del tiempo, es como si este se detuviera.

Los rascacielos feos y deprimentes, que en otro tiempo fueron blancos, azules y rojos, cubren ya medio mundo. No falta mucho para llegar. Son los edificios más grandes de esa zona, aparte de la torre rota. Ese es el lugar. Artyom echa la cabeza para atrás y contempla la cumbre. En el mismo instante siente dolor en las rodillas.

—Quizás hoy... —pregunta Artyom sin interrogante, aunque sepa muy bien que el cielo se ha taponado los oídos con algodón.

Por supuesto que nadie lo ha oído.

La entrada.

Una entrada como cualquier otra.

El interfono olvidado. La puerta de acero sin electricidad. En la cabina del conserje hay un perro muerto. Los buzones de hojalata golpetean bajo la corriente de aire. Ya no quedan cartas ni folletos publicitarios en su interior. Hace tiempo que alguien lo sacó todo y lo quemó, para que por lo menos sus manos estuvieran calientes.

Hay tres ascensores alemanes relucientes. Las puertas están abiertas, en su interior no hay herrumbre, y brillan, como si se pudiera entrar y subir con ellos hasta lo alto del rascacielos. Artyom los odia por ello. A su lado está la salida de emergencia. Artyom sabe muy bien lo que encontrará al otro lado. Ya está contando: cuarenta y seis pisos a pie. Siempre tiene que recorrer a pie el camino hasta el Gólgota.

—Siempre... a pie...

La mochila ya pesa una tonelada. Y esa tonelada aplasta a Artyom sobre el hormigón, lo entorpece al caminar, hace que pierda el paso. Y sin embargo, Artyom sigue adelante, y habla consigo mismo como en trance.

—Sí, bueno y qué importa que no haya misiles... defensa... da igual... tienen que... en algún lugar tienen que... seres humanos... es imposible que solo aquí... que solo en Moscú... solo en el metro... aquí la Tierra... todavía está

sana... no ha reventado... el cielo... se purifica... no puede ser... que toda la Tierra... América... Francia... China... o por lo menos Tailandia... qué habrán hecho esos... ellos no estaban...

Por supuesto que Artyom, a sus veintiséis años, no ha estado nunca en Francia ni en Tailandia. Un poco más joven y no habría llegado a conocer el mundo antiguo. Nació demasiado tarde. La geografía del nuevo mundo es algo más pobre. Estación de metro VDNKh, estación de metro Lubyanka, estación de metro Arbatskaya... la Línea de Circunvalación. Pero siempre que pasa las páginas de aquella revista de viajes antigua e insólita y contempla las ilustraciones enmohecidas de París y Nueva York, Artyom cobra conciencia de que esas ciudades están en algún lugar, de que siguen en pie, de que no se han venido abajo. De que aguardan... de que tal vez lo aguarden a él.

—¿Por qué... por qué tendría que haber sobrevivido tan solo Moscú? ¡Sería ilógico, Zhenya! ¿No te das cuenta? ¡Sería ilógico! Eso significa que... que todavía no hemos captado sus... sus señales. Tengo que seguir investigándolo. Rendirse está prohibido... prohibido.

El rascacielos está vacío, pero alberga sonidos y vida. El viento sopla en sus balcones, abre y cierra las puertas, silba en los pozos de los ascensores, cruce en cocinas y dormitorios ignotos, hace ruido como si los habitantes de las viviendas hubieran regresado. Pero Artyom no se lo cree, no se da la vuelta, en ningún momento se le ocurre contar con que haya alguien.

Tiene muy claro lo que encontraría detrás de las puertas que golpean intranquilas: pisos saqueados. Lo único que tal vez hallaría son fotos por el suelo, de desconocidos que ya murieron, que se habían sacado fotos a sí mismos. Fotos que ya no le traen recuerdos a nadie. O tal vez quede un mueble de gran tamaño que nadie ha logrado llevarse al metro, ni al más allá. En las otras casas, la onda expansiva destrozó la mayoría de las ventanas. Aquí, los cristales dobles han aguantado. Pero al cabo de dos décadas se ha acumulado el polvo hasta el punto de que parece que los hayan cubierto con una película gris.

En otros tiempos, al visitar los apartamentos, aún era posible encontrar a un antiguo inquilino que hundía el respirador de la máscara contra un juguete, y balbucía y lloraba, sin darse cuenta de que alguien se le acercaba por la espalda. Pero hace mucho tiempo que Artyom no encuentra a nadie. Hace tiempo que el hombre del respirador yace inmóvil con un agujero en la espalda, al lado de su ridículo juguete, y su mirada lo dice todo: aquí no se puede vivir. Aquí no hay nada, salvo hormigón, ladrillos, lodo, asfalto resquebrajado, huesos amarillentos, podredumbre y, por supuesto, la radiactividad. Así es en Moscú... y en el mundo entero. Tan solo queda vida en el metro. Es un hecho. Todo el mundo lo sabe.

Todo el mundo, excepto Artyom.

—¿Y si en esta tierra sin fin quedase un lugar apropiado para la vida humana? ¿Para Artyom y Anya? ¿Para todos los que viven en la estación? ¿Un lugar donde no hubiera que pasarse toda la vida bajo un techo de acero, donde se pudiera crecer hasta el cielo? ¿Donde cada uno pudiera construirse una casa, vivir su propia vida y poco a poco volver a poblar un planeta abrasado?

—Toda nuestra gente... podría vivir allí... bajo el cielo abierto.

Cuarenta y seis pisos.

Podría detenerse en el cuarenta, incluso en el treinta. Nadie le ha dicho a Artyom que tenga que subir hasta la azotea. Pero el muchacho se ha metido en la cabeza que esto solo puede funcionar desde el punto más alto.

—Por supuesto que... esto... no... es tan alto... como la torre... entonces... pero... pero...

El visor de la máscara se ha empañado, el corazón le martillea dentro del pecho. Es como si alguien se hubiera fabricado su propio cuchillo y, para probarlo, tratará de introducirlo entre las costillas de Artyom. El aire entra con dificultad por el filtro de la máscara. Falta vida. Artyom llega al piso cuarenta y cinco, y ya no puede más —como aquella otra vez, en la torre—, se arranca de la cara la opresiva piel de goma y toma una bocanada de aire dulce, amargo. Un aire muy distinto del que se respira en el metro. Fresco.

—La altura... quizá... ya son... quizá trescientos metros... la altura... quizá así... sí probablemente... en la altura... captaré algo.

Deja la mochila en el suelo. Lo ha conseguido. Con la espalda rígida, empuja todo el cuerpo contra la portezuela, logra abrirla y trepa por la plataforma. Solo entonces se deja caer. Se queda echado y contempla las nubes, que ahora parece que estén al alcance de su mano. Se da ánimos a sí mismo, aguarda a que su aliento se vuelva a acompasar. Y se sienta.

Lo que se ve desde allí...

Es como si hubiera muerto y volado hasta el paraíso, pero entonces se habría estrellado contra un techo de cristal y se habría quedado allí pegado, sin posibilidad de seguir subiendo ni de volver a bajar. Solo hay algo que tiene claro: no puede volver a bajar. Después de ver desde tan arriba que la vida sobre la Tierra parece de juguete, ¿cómo podría volver a tomársela en serio?

A su lado se yerguen otros dos rascacielos muy parecidos, en otro tiempo llenos de color, ahora grises. Pero Artyom siempre sube a este. Aquí se siente casi como en casa.

Por un instante se abre una aspillera entre las nubes y el sol dispara a través de ella un rayo de luz. En ese mismo momento algo parece reflejarse en el edificio de al lado, tal vez desde la azotea, o desde una de las ventanas cubiertas de polvo de los pisos de arriba. Como si alguien hubiera captado la luz con un espejo.

Pero cuando Artyom se da la vuelta, el sol ha vuelto a encastillarse y el fulgor ha desaparecido. Y no vuelve a brillar.

Los ojos de Artyom se vuelven una y otra vez, aunque el muchacho trate de evitarlo, hacia la selva totalmente transformada que crece en el lugar donde había estado el Jardín Botánico. Y hacia el desierto de tierra negra y yerma que se halla en su núcleo más íntimo. Es un lugar muerto, como si el Señor hubiera arrojado allí un último resto de azufre ardiente. Pero no lo hizo el Señor...

El Jardín Botánico.

Artyom lo recuerda de otro modo. Es el único lugar que recuerda de todo el mundo que desapareció con la guerra.

Qué raro. Toda su vida es una sucesión de baldosas, trechos de túnel, techos que gotean y riachuelos junto a las vías, granito y mármol, calor insopportable y luz eléctrica. Pero de pronto aparece un retazo de algo distinto: una fresca mañana de mayo, un verdor rozagante y tierno como un niño sobre el tronco delgado de los árboles, los caminos marcados con tizas de colores en el parque, una cola insoportablemente larga para comprar el helado de nata, y luego el propio helado, en su cucuricho, no solo dulce, sino una delicia ultraterrena. Y la voz de la madre, débil y desfigurada por el tiempo, como por un cable telefónico de cobre. Y la calidez de sus manos, de las que Artyom no puede soltarse, porque si no se perdería, y por eso se agarra con todas sus fuerzas. Pero ¿es posible conservar un recuerdo como ese? Probablemente, no.

Y todo lo demás... Todo es tan extraño e imposible que Artyom ya no sabe si ocurrió de verdad o si solo es un sueño. Pero ¿cómo podría tener un sueño semejante si en su vida había visto ni conocido nada igual?

Artyom ve con exactitud las líneas de tiza en los caminos, las agujas doradas del sol entre los huecos del follaje, el cucuricho en la mano, los cómicos patos anaranjados sobre el espejo refulgente y marrón del estanque, el puente que se mecía sobre este. Cuán grande era su miedo de caerse al agua... ¡y todavía peor, de que se le cayera el cucuricho!

Artyom no logra acordarse de su rostro, del rostro de su madre. Ha tratado de conjurarla, ha rezado antes de acostarse por poder contemplarla, aunque fuera en sueños, aunque tuviera que olvidarla por la mañana. Todo ha sido en vano. ¿No queda en el interior de su cabeza ni siquiera un pequeño rincón en el que se oculte su madre, en el que haya podido sobrevivir a la muerte y la negrura? Está claro que no. Pero ¿cómo es posible que un ser humano exista, y que después desaparezca del todo?

Y aquel día, aquel mundo... ¿adónde se marcharon tras desaparecer? Todavía están aquí, aquí al lado, Artyom solo tiene que cerrar los ojos. Seguro que es posible regresar con ellos. Deben de haberse preservado en algún lugar de

la Tierra. Todavía existen... y llaman a todos los que se han extraviado: «Estamos aquí, ¿dónde estáis vosotros?». Bastaría con oírlos. Bastaría con escucharlos.

Artyom pestañeó y se frotó los párpados para que sus ojos vuelvan a contemplar el hoy, no el pasado de hace más de veinte años. Se agacha y abre la mochila.

Ha traído un aparato de radio, un modelo de gran tamaño que se utilizaba en el Ejército. También ha venido con otro trasto: una caja de hierro con una manivela, una dinamo construida por él mismo. Y finalmente saca del fondo de la mochila cuarenta metros de cable: la antena.

Artyom conecta todo lo que hay que conectar, dispone el cable en círculo sobre la azotea, se enjuga la humedad del rostro y, a desgana, vuelve a cubrírselo con la máscara. Se pone los auriculares. Recorre las teclas con los dedos. Hace girar la manivela de la dinamo. Un diodo se enciende, se oye un murmullo, y el aparato empieza a vibrar bajo su mano como si tuviera vida propia.

Artyom pulsa el interruptor.

Cierra los ojos, porque tiene miedo de que lo distraigan del murmullo de las ondas y le impidan distinguir la botella que un superviviente ha arrojado desde un continente lejano con un mensaje en su interior. Artyom se mece sobre las ondas. Y da vueltas sin cesar a la manivela, como si estuviera sentado sobre una colchoneta hinchable y remara con la mano.

El auricular silba, emite un «iiiiih...», como un aullido lejano que se hace oír a través del murmullo, tose como un tísico, calla... y vuelve a silbar. Es como si Artyom anduviera por un sanatorio para tuberculosis en busca de un compañero para conversar pero ninguno de los enfermos estuviera consciente. Solo están las enfermeras, que se llevan el dedo a los labios y dicen: «Chsst». Aquí no hay nadie que pueda darle una respuesta a Artyom, no hay nadie que cuente con seguir vivo.

Nadie de San Petersburgo. Nadie de Ekaterimburgo.

Londres calla. París calla. Bangkok y Nueva York callan.

Hace ya mucho tiempo que no tiene ninguna importancia quién empezara la guerra, ni cómo empezó. ¿Para qué importa? ¿Para la historia? La historia la escriben los vencedores, pero en este caso no queda nadie que pueda escribirla... y muy pronto, tampoco habrá nadie que pueda leerla.

—Chsssst...

Lo que hay en el aire es nada. Una nada sin fin.

—Iiiuhhh...

Los satélites de comunicaciones siguen su curso cual fantasmagóricos zombis. Nadie contacta con ellos, y así llega el día en que, enloquecidos por su

propia soledad, se precipitan hacia la Tierra. Prefieren arder en la atmósfera antes que vivir esa existencia.

Ni palabra de Beijing. Tokio calla cual sepulcro.

Pero Artyom gira sin cesar la maldita manivela, gira, rema, rema, gira.

¡Qué silencio! Un silencio imposible. Insoportable.

—¡Aquí Moscú! ¡Aquí Moscú! Respondan, por favor.

Es su voz, la voz de Artyom. Como siempre, no puede soportarlo, no puede esperar.

—¡Aquí Moscú! ¡Respondan, por favor! ¡Respondan!

—Iiiuuuhhh...

No puede parar. No puede rendirse.

—¡Responda, San Petersburgo! ¡Responda, Vladivostok! ¡Aquí Moscú!
¡Responda, Rostov!

¿Qué te ocurre, San Petersburgo? ¿Tan fácilmente te has dejado destruir?
¿Aguantaste todavía menos que Moscú? ¿Qué es lo que hay ahora en tu lugar?
¿Un mar de cristal? ¿O te ha devorado el moho? ¿Por qué no me respondes?

¿Dónde te ocultas, Vladivostok, ciudad orgullosa al otro extremo del mundo? ¿Estás tan lejos de nosotros, y sin embargo devastada?

—Kchch. Kchch.

—¡Vladivostok! ¡Aquí Moscú! ¡Respondan, por favor!

El mundo entero está echado en el suelo, con el rostro hundido en la inmundicia, y no se da cuenta de la lluvia eterna que golpetea sobre su espalda, ni de que la boca y la nariz se le llenan de agua herrumbrosa.

Pero Moscú... está allí. En pie. Como si aún viviera.

—¿Qué os pasa? ¡¿Os habéis muerto todos, o qué?!

—Chschschs...

¿Quizá son sus almas que le responden desde el cielo? ¿O es la radiactividad la que tiene ese sonido? Hasta la muerte debe de tener voz. Probablemente lo que oye ahora encajaría bien: un susurro. Psst... ya está bien. No hagas ruido. En silencio. En silencio.

—¡Aquí Moscú! ¡Respondan, por favor!

¿Quizás ya lo oyen?

Quizá dentro de un instante va a toserle alguien en los auriculares, interrumpirá con entusiasmo el murmullo y gritará desde muy, muy lejos: «¡Estamos aquí, Moscú! ¡Os he oído! ¡Responded, por favor! ¡Moscú! ¡No desconectéis ahora! ¡Dios mío! ¡Moscú! ¡Moscú está al otro extremo de la señal! ¡¿Cuántos sois los que seguís con vida?! ¡Aquí tenemos una colonia de veinticinco mil personas! ¡Nuestro suelo está limpio, la radiactividad es cero! ¡El agua no está contaminada! ¿Alimentos? ¡Por supuesto! Y también

medicamentos. Vamos a enviaros una expedición de rescate. ¡Aguantad! ¡¿Nos oís, Moscú?! ¡Aguantad!».

—Iiiuhhh...

Nada.

Esto ya no es un intento de contactar por radio, sino una sesión de espiritismo. Que no funcionará. Los espíritus a los que invoca no lo van a obedecer. Se sienten bien en el más allá. Miran desde arriba, por los escasos huecos que quedan entre las nubes, y divisan el cuerpo encorvado de Artyom, y sonríen. ¿Adónde queréis que vayamos? ¿Abajo, con vosotros? ¡Y un cuerno!

—Kchchch...

Artyom suelta la mierda de manivela. Se arranca el auricular de la cabeza. Se pone en pie, enrolla el cable con cuidado, poco a poco, imponiéndose prudencia a sí mismo, porque si dependiera de él, lo haría pedazos y lo arrojaría al abismo desde el piso cuarenta y seis.

Vuelve a meterlo todo en la mochila. Carga a hombros con ella, carga con este Satán, este seductor. E inicia el descenso. Hacia el metro. Hasta mañana.

—¿Descontaminación completa? —pregunta la voz distorsionada del auricular azul.

—Completa.

—¡No he oído bien!

—¡Completa!

—Bueeno...

El auricular chasquea con incredulidad. Artyom, lleno de odio, lo golpea contra la pared.

Se oyó el chirrido del pasador que se retiraba. Entonces la puerta se abrió con un crujido prolongado y el metro arrojó sobre Artyom su aliento viciado y oneroso.

Sukhoy lo aguardaba en el umbral. O bien había presentido a qué hora regresaría Artyom, o bien se había quedado esperando todo aquel tiempo. Lo más probable era que hubiese presentido la hora.

—¿Cómo te va? —le preguntó, fatigado, sin enfadarse.

Artyom se encogió de hombros. Sukhoy lo escrutó con la mirada. Suavemente, como un médico de niños.

—Hay una persona que te busca. Ha venido de otra estación.

Artyom enderezó el cuerpo inconscientemente.

—¿De parte de Melnik?

Había como un tintineo en su voz, como el sonido de un casquillo de bala que cae al suelo. ¿Esperanza? ¿Apocamiento? ¿O quizá alguna otra cosa?

—No. Un viejo.

—¿Cómo es ese viejo?

Las últimas fuerzas que Artyom había logrado encontrar en su interior por si su padrastro le decía «sí» escaparon repentinamente de su cuerpo y se marcharon por el desagüe más cercano. Ya tan solo quería echarse.

—Homero. Dice que se llama Homero. ¿Tú lo conoces?

—No. Voy a acostarme, tío Sasha.

Anya no se movía. ¿Estaba de verdad dormida? La idea le vino a la cabeza de manera puramente mecánica, porque en realidad le daba igual si dormía o si tan solo trataba de aparentarlo. Artyom dejó su ropa hecha un revoltijo en la entrada, se frotó los hombros tiritando, se echó al lado de Anya con disimulo, como un huérfano, se puso de costado y tiró de la colcha para cubrirse el cuerpo. Si hubieran tenido otra colcha, no lo habría hecho.

Según el reloj de la estación eran las siete de la tarde. Anya tendría que levantarse a las diez para ir al cultivo de setas. Artyom, por el contrario, no tenía que trabajar en lo de las setas. Porque era un héroe. ¿O un inválido? Todo lo que hacía, lo hacía por iniciativa propia. Cuando Anya regresaba de su turno de trabajo, Artyom se levantaba y salía a la superficie. Y, luego, mientras ella fingía dormir, se metía en la cama. Así vivían una vida dividida en fases que no coincidían. En un mismo camarote, pero en dos dimensiones distintas.

Artyom trató de cubrirse con la colcha roja sin que se notara. Anya se dio cuenta y, enfurecida, se la arrancó de las manos sin decirle ni palabra. Aquella pelea de idiotas duró un minuto, y al fin Artyom se rindió y se quedó desnudo al borde de la cama.

—Estupendo —murmuró.

Anya callaba.

¿Cómo es que una misma bombilla primero se enciende y después se funde?

Hundió el rostro en la almohada —por suerte tenían dos—, la calentó con su propio aliento y así se durmió. Tuvo un sueño muy desagradable en el que vio a una Anya distinta: la que lo fastidiaba alegremente, se reía, ocurrente, todavía muy joven. Pero ¿cuánto tiempo había pasado? ¿Dos años? ¿Dos días? El demonio lo sabría. Entonces habían pensado que tenían toda la eternidad por delante. Ambos lo habían pensado. Debía de haber pasado esa eternidad desde

entonces.

Incluso cuando dormía, Anya se encargaba de hacerle pasar frío. Lo perseguía desnudo por la estación, pero no por odio, sino para divertirse. Y después de despertar, creyó todavía durante un minuto, con la ofuscación del medio dormido, que la eternidad no había pasado, sino que Anya y él todavía se encontraban a la mitad del camino. Quiso llamarla, perdonarla, transformarlo todo en una broma. Pero entonces recordó.



2

EL METRO

Me estás escuchando? ¿Qué te parecería si alguna vez me escucharas tú a mí? —le preguntó a Anya. Pero Anya ya no estaba en la tienda.

El revoltillo de ropa seguía en el mismo lugar, a la entrada. Anya no la había recogido, ni siquiera la había apartado. Había pasado por encima, como si hubiese tenido miedo de tocarla. De infectarse. Y quizá tuviera miedo de verdad.

Seguro que Anya necesitaba mucho más la colcha. Artyom podía encontrar otras maneras de calentarse.

Qué bien que se hubiera marchado. Gracias, Anya. Gracias por no haberme hablado. Gracias por no haberme respondido.

—¿Gracias? Y un cuerno —dijo Artyom en voz alta.

—¿Se puede? —dijo entonces una voz desde el otro lado de la tela aislante de la tienda, muy cerca de su oído—. ¿Artyom? ¿Está usted despierto?

Artyom se puso los pantalones como pudo.

Salió afuera y se encontró con un hombre mayor en cucillas. Sus facciones parecían demasiado suaves para su edad. Se lo veía cómodo en esa posición, en equilibrio, y estaba claro que llevaba un rato allí y que no tenía ninguna intención de marcharse. El viejo era un forastero. No vivía en la VDNKh. Arrugaba constantemente la nariz, porque no tenía cuidado al respirar. Ese gesto delataba siempre a los recién llegados.

Artyom se llevó la mano a los ojos para protegerlos de la luz roja que bañaba la VDNKh y contempló al visitante.

—¿Qué deseas, anciano?

—¿Usted es Artyom?

—Puede que sí. —La respiración de Artyom se volvió audible—. Depende.

—Homero —se presentó el viejo, sin levantarse—. Así es como me llaman.

—¿De verdad?

—Escribo libros. Un libro.

—Qué interesante —dijo Artyom, en un tono más propio de una persona que no siente ningún interés.

—Un libro de historia. Por decirlo así. Pero sobre nuestra época.

—Un libro de historia —repitió Artyom con cierta prevención, y miró a su alrededor—. ¿Para qué? Está muy claro que la historia ha llegado a su fin. Se acabó lo que se daba.

—¿Y nosotros? Tiene que haber alguien que registre lo que... lo que nos ha ocurrido a nosotros, y que lo transmita a nuestros descendientes.

Si no venía de parte de Melnik, ¿quién podía ser?, ¿quién lo había enviado?, ¿para qué?

—A nuestros descendientes. Sí, claro, cómo no.

—Por supuesto que... por un lado, tenemos que explicar cómo hemos vivido. Los mojones de la historia, lo que podríamos llamar sus altibajos, también tienen que aparecer. Pero ¿cómo? ¿En qué forma? Los simples datos caen enseguida en el olvido. Si queremos que los hombres recuerden la historia, tenemos que infundirle vida. Solo podemos lograrlo por medio de un héroe. Por ello me he puesto a buscar material adecuado. He probado de todo. En cierta ocasión pensé que había encontrado lo que necesitaba. Pero cuando empecé... no funcionó. Me equivoqué. Y entonces oí hablar de la VDNKh y...

Era evidente que al viejo le costaba cada vez más exponer su petición, pero Artyom no pensaba ayudarlo. No entendía de qué iba todo aquello. No parecía que el viejo viniera con malas intenciones, aunque su comportamiento sí

resultara algo extraño. Y sin embargo, sí parecía que se estuviera gestando algo, que se gestara algo entre el viejo y Artyom, y que ese algo pudiera estallar de pronto, abrasarlos y hacerlos pedazos.

—Me hablaron de la VDNKh... de los Negros... y de usted. Y entonces vi claro que tenía que encontrarlo para que...

Artyom asintió con la cabeza. Por fin entendía de qué iba la cosa.

—Pues qué bien.

Y entonces se marchó sin despedirse. Llevaba en los bolsillos sus manos siempre frías. El viejo se quedó en cuclillas y siguió dándole explicaciones a la espalda de Artyom. Pero el muchacho hacía oídos sordos.

Artyom parpadeó... sus ojos ya se habían acostumbrado a la luz. No tenía que cerrar con fuerza los párpados.

Había necesitado mucho más tiempo para habituarse a la luz del exterior. Un año entero. ¡Y no había tardado mucho! La mayoría de los habitantes del metro habrían quedado ciegos sin remedio bajo la luz del sol que se filtraba por las nubes. No era de extrañar, porque habían pasado toda su vida en las tinieblas.

Artyom, por el contrario, se había obligado a sí mismo a aprender a ver en la superficie. A ver el mundo en el que había nacido. Porque si uno no soporta la luz del sol, ¿cómo podrá salir a la superficie cuando le llegue el momento?

Todos los que habían nacido en el metro crecían sin sol... como setas. Nada especial. Vieron que el hombre no necesitaba la luz del sol, sino vitamina D. La luz del sol se podía tomar en forma de grageas. Y también era posible vivir por medio del sentido del tacto.

El metro no tenía un sistema de alumbrado común. Y tampoco una red eléctrica común. En realidad, no había nada que fuera común. Cada uno cuidaba de sí mismo. En algunas estaciones se había logrado generar casi tanta electricidad como antes. En otras pasaban con una única lámpara en medio del andén. Y otras habían quedado inmersas en la más absoluta negrura, igual que los túneles. Quien las visitara con una linterna lograba rescatar de la nada algunos detalles: el suelo, el techo, una columna de mármol. Entonces salían arrastrándose de la oscuridad sus habitantes, atraídos por el fulgor y por el deseo de ver algo. Pero era mejor que no lo hicieran: habían aprendido a vivir sin ojos, pero sus bocas no se habían cerrado.

Por el contrario, la vida en la VDNKh estaba estrictamente reglamentada y sus habitantes disfrutaban de ello. Los había que iluminaban sus tiendas con pequeñas luces LED que habían traído de la superficie, mientras que los lugares públicos se alumbraban todavía con el antiguo sistema de emergencia: lámparas con pantallas de cristal de color rojo. Emitían la misma luz que se había utilizado antiguamente para revelar fotografías. Y el alma de Artyom se había revelado

gradualmente bajo la luz roja, sus contornos habían cobrado forma en la cámara oscura, y vio que todavía albergaba en su interior aquella otra alma que había vivido allí arriba el resplandeciente día de mayo.

Pero otro día, un turbio día de octubre, alguien había sacado la película de la cámara y la había borrado.

—Una historia sensacional, ¿verdad, Zhenya? Entiendes lo que te quiero decir, ¿no? La de los Negros —susurraba Artyom. Pero siempre le respondían otros. Siempre los que no tenían que responderle.

—¿Cómo vamos, Artyom?

—¡Eh, Artyom!

Todo el mundo lo saludaba. Unos le sonreían, otros arrugaban la frente, pero todo el mundo lo saludaba. Porque todo el mundo, y no solo Artyom y Zhenya, se acordaba de los Negros. Todo el mundo se acordaba de la historia, aunque nadie la conociera.

La VDNKh era la estación final de la línea. Su patria. Doscientos metros de longitud, doscientos habitantes. Les brindaba el espacio justo. Un poco menos y el aire habría estado demasiado viciado. Un poco más y no habrían logrado calentarla bien.

La estación se había construido hacía poco menos de cien años, en tiempos del imperio, con los materiales típicos de entonces: mármol y granito. La habían planeado a lo grande, como un palacio, aun cuando estuviera bajo tierra, a medio camino entre museo y cripta. Su antiguo espíritu era inextinguible, igual que el de las otras estaciones, incluso el de las más nuevas. Incluso cuando sus habitantes ya se habían hecho mayores, aún se sentaban en el broncíneo regazo de los ancianos de otros tiempos y no se separaban de él.

Habían plantado unas tiendas de campaña viejas y gastadas del Ejército bajo los arcos donde convergían las columnas amplias y sucias de hollín, y en cada una de ellas vivía una familia, en algunos casos, dos. Aun cuando sus habitantes se hubieran ido cambiando de habitáculo cada cierto tiempo, a duras penas se habrían dado cuenta. Eso es lo que ocurre cuando todo el mundo ha vivido durante veinte años en una estación y lo único que se interpone entre los secretos de cada uno y los del vecino, entre los gemidos y los gritos, es un trozo de lona.

En otros lugares los seres humanos ya se habrían devorado entre sí. En otros lugares surgían los celos y se desataba la cólera de Dios cuando una persona amaba a otros niños más que a los propios, o se veía obligada a compartir marido, o mujer, o incluso la vivienda. En otros lugares, todo aquello habría sido motivo suficiente para saltarse a la yugular. Pero no allí, en la VDNKh. Allí todo el mundo trataba de evitar los problemas, de resolverlo todo

entre todos.

Era como un pueblo, o una comuna. Un niño no era nunca un extraño. Si el bebé de un vecino llegaba sano al mundo, todos lo celebraban. Si otro tenía a un hijo enfermo, todo el mundo compartía su pena y ayudaba en lo que podía. Si había alguien que no encontraba un lugar donde instalarse, los demás se apretujaban para hacerle espacio. Si otro se pegaba con un amigo, la estrechez del lugar los obligaba a reconciliarse. Si a alguien lo abandonaba su mujer, tarde o temprano la perdonaría. En realidad, la mujer no había podido ir muy lejos, sino que se hallaba en la misma sala de mármol, bajo un millón de toneladas de tierra, solo que dormía en otra tienda. Todo el mundo se encontraba con todo el mundo, no una vez, sino cien veces cada día. Y no les quedaría más remedio que hablar. Habría sido imposible que el hombre fingiera que la mujer no estaba allí, que no existía. Lo importante era que todos ellos seguían vivos, y todo lo demás venía después... Era como una comuna, o como en las cavernas de los trogloditas.

Había un camino por el que se podía salir de allí: el túnel sur que iba hacia la Alexeyevskaya, y a través de esta los conectaba con el resto de la red de metro. Pero no se marchaban... Quizá todo se debiera a que la VDNKh era la última estación de la línea. Y que allí vivían todos los que no podían o no querían ir a otro sitio. Todos los que necesitaban un hogar.

Artyom se quedó de pie al lado de una de las tiendas sin decir nada. Su silueta debió de traslucir a través de la lona desgastada, y al fin una mujercita de rostro redondo salió afuera.

—¡Hola, Artyom!

—Buenos días, Ekaterina Sergeyevna.

—Zhenya ya no está, Artyom.

El muchacho asintió con la cabeza. Habría querido acariciarle los cabellos a la mujer, tomarla de la mano. Decirle: «Ya lo sé. Lo sé. Lo sé todo, Ekaterina Sergeyevna. ¿O acaso habla usted consigo misma?».

—Márchate, Artyom. Márchate. No te quedes aquí. Mejor que te tomes una taza de té.

—Sí, buena idea.

En ambos extremos del andén se encontraban, todavía, las escaleras mecánicas. Las salidas estaban tapiadas y selladas para que el aire envenenado de la superficie no pudiera entrar... y, por supuesto, tampoco los huéspedes no deseados. De hecho, la salida de construcción más reciente estaba totalmente sellada. Al otro extremo del andén, en la salida más antigua, se había habilitado una esclusa por la que se podía salir a la ciudad.

En el extremo sellado se encontraban la cocina y el Club. En aquel lado

había varias placas eléctricas que unas amas de casa ataviadas con delantales utilizaban para prepararles la comida a sus maridos e hijos. El agua borboteaba por unos tubos con filtros de carbono y se depositaba, ya casi transparente, en cisternas colectoras. Se oía el silbido de una tetera, y uno de los que aquel día estaban con el turno de los agricultores vino a buscar agua caliente, se secó las manos en los pantalones, y fue donde estaba su mujer para estrecharla por una parte del cuerpo suave al tacto, recordarle su amor y al mismo tiempo comer unas migajas de la cazuela.

Placas eléctricas, teteras, vajilla, sillas y mesas eran de propiedad comunal, pero todo el mundo se andaba con cuidado y se esforzaba por no romper nada.

Incluso en lo que tenía que ver con la alimentación, el inventario provenía de arriba, porque en el metro apenas si había posibilidades de construir cosas nuevas. Por suerte, los muertos habían hecho acopio de bienes cuando aún vivían: lámparas, generadores diésel, cables, armas, cartuchos, vajillas y muebles. Si hasta habían cosido la ropa que las gentes aún llevaban, como si la hubieran heredado de un hermano mayor. Podían tener por seguro que todo aquello iba a durar. En todo el metro vivían no más de cuarenta mil personas. En otro tiempo, Moscú había tenido quince millones de habitantes. Así pues, según Adam Ries, cada uno de los habitantes del metro debía de tener unos trescientos «hermanos». Se apiñaban en silencio en torno a los supervivientes y les ofrecían sus estropeadas posesiones: «Mira, esto está como nuevo, quédate, a mí ya me queda pequeño».

Bastaba con salir a la superficie con el contador Geiger. No se necesitaba nada más. Si su crujido no era demasiado insistente, lo mejor era dar las gracias con educación y llevarse lo que hubiera.

Artyom llegó donde estaba la cola del té y se puso al final.

—¡Eh, Artyom, no hagas como si aquí no te conociera nadie! ¡El tío va y se pone al final! Siéntate, no te vas a volver más listo porque te quedes de pie... ¿Quieres un trago de té calentito?

Dasha-la-del-Abrigo se había hecho cargo de la dirección de la cocina. Era una mujer energética, de unos cincuenta años, pero decidida a ignorar su propia edad. Tres días antes de la gran explosión había abandonado un villorrio perdido por Yaroslavl para ir a Moscú a comprarse un abrigo. Había llegado a comprarlo, y desde entonces no había vuelto a quitárselo, ni de noche ni de día, ni siquiera para ir al baño. Artyom no se había burlado nunca de ella. ¿Qué habría hecho él si hubiera podido conservar un resto de su antigua vida? Del mes de mayo, del helado de nata, de la sombra de los chopos, de la sonrisa de su madre.

—Sí, gracias, tía Dasha!

—No me llames tía! —le respondió la mujer, enfadada y coqueta a la vez

—. ¿Alguna novedad en la superficie? ¿Qué tiempo hace?

—Una lluvia fina.

—O sea, que dentro de poco volverá a bajar agua. ¿Lo has oído, Aygül? Dice que llueve.

—Es un castigo de Alá. Por nuestros pecados. Eh, oye, ten cuidado, que se te va a quemar la carne de cerdo.

—¡Tú y Alá! ¡Siempre con lo mismo! Aunque si tienes razón en algo, no seré yo quien te lo discuta. Esto estaba a punto de quemarse... ¿Cómo le va a tu hijo Mehmet? ¿Ya ha regresado de la Hansa?

—Es el tercer día desde que se marchó. ¡El tercero!

—Bueno, no te pongas nerviosa...

—¡Por mi alma, Dasha, que debe de haber pillado a otra! ¡Una de las vuestras! Y ahora vive en el pecado...

—De las vuestras, de las nuestras... ¿Qué más da? Estamos todos aquí, Aygül, querida mía... tenemos que estar unidos.

—Se habrá liado con una mujerzuela, por Alá...

—Tendrías que dejarlo salir más a menudo...; los jóvenes son como los gatos... van de un lado para otro hasta que encuentran lo que buscan...

—¿Qué idioteces estáis diciendo? ¡Mehmet se marchó por cuestiones de trabajo, para hacer negocios! —intervino entonces un hombre no mucho más grande que un niño. Incluso los rasgos de su rostro eran infantiles, aunque llenos de dolor. Por algún motivo no había crecido como debiera.

—Ya, vale, Kolya, no es necesario que vengas a defender a tu compinche. Y tú, Artyom, no escuches lo que hablamos las mujeres. Toma, aquí lo tienes. Cuidado, todavía quema.

—Gracias.

Se les acercó un hombre calvo, con el rostro lleno de cicatrices antiguas y descoloridas, pero la mirada que asomaba bajo sus pobladas cejas no era violenta, y hablaba con elegancia.

—¡Saludo a todos los presentes, y muy en especial a las señoritas! ¿Hay alguien que espere para el té? Pues entonces me pongo en la cola detrás de ti, Kolya. ¿Estáis al corriente de las últimas noticias de la Hansa?

—¿Qué ocurre en la Hansa?

—Han cerrado las fronteras. Como dicen los clásicos: cuando veas el semáforo en rojo, no cruces la calle, niño. Cinco de los nuestros han tenido que quedarse allí.

—Ya lo ves, Aygül. Revuelve un poquito la sopa, cariño.

—¡Y mi niño está allí! ¡¿Qué puedo hacer ahora?! Por el amor de Alá... pero ¿cómo es posible que cierran las fronteras así como así? ¡Explícanos,

Konstantin!

—Las han cerrado y punto. Y nosotros nos tenemos que fastidiar. Órdenes son órdenes.

—Pero ¿ha empezado una nueva guerra? ¿Otra vez con la Línea Roja? ¡Lo mejor sería que se murieran todos!

—¿Quién está al corriente, Konstantin? ¿Con quién tengo que hablar? Mi Mehmet...

Entonces, otra voz dijo:

—Es una medida de prevención. Acabo de llegar de allí. Una especie de cuarentena sobre la actividad comercial. No tardarán en abrir. Por cierto, ¡buenos días a todo el mundo!

—¡Ah, buenos días, señor! ¿Ha venido a hospedarse aquí? ¿De dónde viene?

—De la Sevastopolskaya. ¿Puedo sentarme?

En ese mismo momento, Artyom estaba aspirando el cálido vapor que surgía de una taza blanca y mellada, con el borde sobredorado. Pero al oír la voz, volvió a dejarla sobre la mesa. El viejo lo había descubierto, se le acercaba con pasos torpones y le lanzaba miradas furtivas con el rabillo del ojo. Calma. No tenía por qué huir.

Por el contrario, lo miró a la cara y le preguntó:

—Si todos los pasos están cerrados, ¿cómo es posible que hayas llegado hasta aquí, viejo?

—Logré pasar a tiempo —respondió al instante el viejo, sin parpadear—. En cuanto hube salido, cerraron a mi espalda.

—También podemos pasarnos sin la Hansa. ¡A ver cómo se las apañan esos haraganes sin nuestro té y nuestras setas! ¡Aguantaremos, con la ayuda de Dios!

—Ojalá vuelvan a abrir. Pero ¿qué haremos si no abren? ¿Qué será de mi Mehmet?

—Aygül, cariño, ve a hablar con Sukhoy. Te tranquilizará enseguida. No dejará en la estacada a Mehmet. ¿Quiere un poco de té? Nuestro té es especial.

—No le diré que no.

El mismo viejo que había tenido la petulancia de presentarse como Homero asintió dignamente con la barba.

Se sentó frente a Artyom y bebió a sorbos el caldo de setas que las gentes del lugar, con orgullo pero sin verdadero fundamento, llamaban té. Por supuesto que el té de verdad se había terminado hacía más de diez años. El viejo estaba a la espera. Y Artyom también.

—¿Hay alguien que espere para el agua caliente?

El corazón de Artyom se detuvo un instante. Era la voz de Anya. Estaba de

espalda a él y no lo veía.

—¿Vas a trabajar, Anya? —dijo al instante Dasha-la-del-Abrigo, y se secó las manos en los mugrientos bolsillos de su abrigo de piel—. ¿En el cultivo de setas?

—Sí, en el cultivo de setas —respondió Anya sin volver el rostro. Parecía que tuviera buen cuidado de no darse la vuelta. Así pues, si había visto a Artyom.

—¿Vuelve a dolerte la espalda? Claro, siempre agachada...

—Es un infierno, tía Dasha.

—¡Pues si no le gustan las setas, imagínate si trabajara en la pocilga! —exclamó la fornida Aygül de ojos de almendra, y sorbió los mocos con repugnancia—. A esa le cuesta agacharse. ¡Ja! ¡Tendrías que pasarte un día entero faenando en un sumidero de mierda!

—Eso ya lo puedes hacer tú. A cada uno el trabajo que siente mejor a su persona —respondió Anya, sin alterarse en lo más mínimo.

Hablabía con voz tranquila, pero Artyom sabía muy bien que podía estallar en cualquier instante. Anya era capaz de todo y estaba bien entrenada. La había entrenado su padre.

—No os peleéis, chicas —murmuró Konstantin, el hombre de las cicatrices—. Como dicen los clásicos, todos los oficios son necesarios y todos son importantes. Si no tuviéramos setas, ¿qué comerían entonces los cerdos?

Los champiñones crecían en el túnel norte, que había quedado cegado. Era uno de los dos que en otro tiempo conducían a Botanicheski Sad, la estación del Jardín Botánico. A lo largo de unos trescientos metros se cultivaban las setas, y más allá se encontraban las pocilgas, tan lejos como era posible, para que el hedor no fuera tan fuerte. No servía de mucho. Sin embargo, los habitantes de la estación se beneficiaban del peculiar funcionamiento de los sentidos humanos.

Los recién llegados percibían el espantoso olor a cerdo durante uno o dos días y luego se acostumbraban. A Anya le había costado un poco más. Los nativos habían dejado de notarlo. A diferencia de Artyom, no tenían con qué compararlo.

—Entonces lo que mejor le sienta a ella son las setas. ¡Qué bonito! —dijo este en voz alta y clara, con los ojos clavados en la nuca de Anya—. Le gusta más hablar con las setas que con las personas.

—Es una lástima que ciertas personas menosprecien las setas —respondió Anya—. De hecho, conozco personas que son casi iguales que una seta. Hasta el punto de sufrir las mismas enfermedades. —Entonces, por fin, se volvió hacia Artyom—. Así, por ejemplo, hoy me he dado cuenta de que la mitad de mis setas estaban cubiertas de moho. Circula por aquí una podredumbre, una enfermedad,

¿entiendes? ¿De dónde puede haber salido?

—¿De qué enfermedad nos hablas? —exclamó la preocupada Aygül—. Alá nos proteja... ¡Solo nos faltaba que las setas se nos pudrieran!

—¿Alguien más quiere té? —exclamó Dasha-la-del-Abrigo.

—He llenado una caja entera con setas podridas —siguió diciendo Anya, y miró a Artyom a los ojos—. Setas que hasta ahora eran normales... que estaban totalmente sanas.

—Pues vaya desgracia —dijo Artyom, y negó con la cabeza, pensativo—. Las setas se han podrido.

—¿Y qué vamos a comer ahora? —preguntó Dasha-la-del-Abrigo. Era una pregunta razonable.

—Sí, claro, la cosa no tiene mucha importancia —le respondió Anya a Artyom con voz más baja y en un tono más duro—. ¡En cambio, si resulta que nadie se toma en serio al gran héroe y salvador del metro, eso sí que es una desgracia!

—Ven conmigo, Aygül, cariño, vamos a tomar una bocanada de aire fresco —dijo Dasha-la-del-Abrigo al mismo tiempo que enarcaba sus cejas pintadas—. Aquí está subiendo la temperatura.

—Hum... —murmuró Homero, y trató de ponerse en pie para marcharse con las dos mujeres, pero Artyom lo retuvo.

—No, espera. ¿Querías que te contaran algo sobre el héroe? ¿Sobre Artyom, que impidió la destrucción de todo el metro? Pues entonces escucha. Esta es la verdad. ¿Tú crees que queda alguien a quien le interese esa historia?

—Tienen otras ocupaciones. Y se trata de ocupaciones de verdad. Alimentar a la familia. Criar a los niños. Pero por supuesto, si aparece alguien que no tiene otro trabajo que ir de aquí para allá, y no hacer nada, y sacarse idioteces de la manga, entonces tenemos que entender que nos hallamos ante una catástrofe. —Anya hablaba como si le hubiera estado disparando ráfagas desde su posición: corta, corta, larga.

—No, la desgracia es que un ser humano se resigne a no vivir como un ser humano, sino como un cerdo, o una seta —replicó Artyom—. Cuando uno solo se preocupa por...

—La desgracia es que una seta se crea que es humana... —El odio de Anya emergió por fin a la superficie, sin cortapisas—. Y que nadie le diga la verdad para que no se ponga de mal humor.

—¿Y eso que cuentas de las setas podridas es verdad? —preguntó Dasha-la-del-Abrigo, a punto para marcharse.

—Sí, es verdad.

—¡Pues qué fuerte!

—¡Es el castigo de Alá! —gritaba Aygül desde la lejanía—. ¡Por nuestros pecados! ¡Porque comemos carne de cerdo!

—Vete... tus setas te llaman —apremiaba Artyom a la inmóvil Anya—. Tienen tos y estornudan. Están preguntando adónde se ha ido su mamá.

—Eres ungilipollas. Un inútil.

—¡Vete de una vez!

—Espero más de las setas que de ti.

—¡Vete ya! ¡Vete!

—Vete tú. Venga, sal a la superficie. Por mí puedes ir instalando tu antena por toda la ciudad y retransmitir tus estupideces hasta que no te quede saliva. No hay nadie. ¿Eres capaz de entenderlo? Nadie. Todos la han diñado. Radioaficionado idiota...

—Espera y más adelante verás cómo...

—No habrá un «más adelante», Artyom. No lo habrá.

Anya tenía los ojos secos. Su padre la había enseñado a no llorar. Tenía padre. Un padre de verdad, carnal.

Entonces dio media vuelta y se marchó.

Artyom se quedó con su taza llena de caldo de setas. Tenía el borde sobredorado y lleno de muescas. Homero estaba sentado a su lado, precavido, silencioso. Otras personas fueron pasando por la cocina. Hablaban del moho blanco que había contaminado las setas, rogaban entre suspiros que no hubiese otra guerra, se preguntaban de quién era marido el hombre que le había metido mano a una mujer en la pocilga, quién era la mujer, dónde le había metido mano y cómo. Un pequeño gorrino de color rosado pasó corriendo y chillando, seguido por una muchacha pálida y tísica. Una gata rodeó la pata de la mesa con la cola levantada y frotó el cuerpo contra la pantorrilla de Artyom, a modo de lisonja y de súplica. La taza ya no humeaba y el té había quedado cubierto por una capa de espuma. Una capa semejante empezaba a cubrir todo lo que Artyom llevaba dentro de sí. El muchacho dejó la taza y levantó los ojos. El viejo seguía allí.

—Ya ves cómo pinta esto, anciano.

—A mí... yo... lo siento.

—Has recorrido todo el camino en vano, ¿verdad? No creo que todo esto pueda interesar a nuestros descendientes. Si es que llegamos a tenerlos.

—No, no ha sido en vano.

Artyom chasqueó la lengua. El viejo era testarudo.

Levantó el culo del banco y se marchó por la cocina. Había terminado el desayuno y tenía que ir a cumplir su turno de trabajo. Homero lo seguía de cerca.

—Disculpe... ¿de qué...? ¿Acaso usted...? ¿De qué hablaba esa joven? Eso de la antena... lo ha llamado radioaficionado... ya entiendo que no es asunto

mío, pero... usted sale a la superficie, ¿verdad? Y busca señales de radio.

—Efectivamente.

—¿Trata de encontrar a otros supervivientes?

—Efectivamente.

—¿Y ha logrado encontrarlos?

Artyom se dio cuenta de que en su voz no había ni el más mínimo deje de burla. El hombre estaba interesado, sin más, y no parecía sorprenderse por los intentos de Artyom. Como si hubieran estado hablando de transportar jamones a la Hansa.

—No.

Homero asintió con la cabeza y arrugó la frente. Pareció como si estuviera a punto de decir algo pero hubiera recapacitado. ¿Iba a expresar compasión? ¿Trataría de hacer entrar en razón a Artyom? ¿Fingiría interés? A Artyom le importaba bien poco.

Llegaron al lugar de las bicicletas.

A Artyom no le gustaban las setas, porque a Anya le gustaba mucho el lugar donde crecían. No le gustaban los cerdos por su olor, porque él era el único que aún lo percibía. Y como era un héroe no había tenido problemas para que lo eximieran de trabajar allí. Pero en la VDNKh no se daba de comer a quien no trabajaba. Quien había cumplido con el servicio obligatorio de vigilancia en el túnel tenía que realizar ciertas tareas en la estación. Artyom se había decantado por servir con la bicicleta.

Tenían catorce. Estaban alineadas con los manillares frente a la pared. Delante de cada una de ellas colgaba un póster con una imagen distinta: el Kremlin junto al río Moskva, una belleza en bañador rosa que estaba perdiendo el color, una panorámica de Nueva York, un monasterio nevado procedente de un calendario de celebraciones de la Iglesia ortodoxa... Cada uno se buscaba la imagen que más le apetecía y se ponía a pedalear. Las bicicletas estaban inmovilizadas y les habían atado a las ruedas unas correas con las que hacían funcionar una dinamo. Cada uno de los aparatos estaba provisto de una pequeña lámpara frontal que iluminaba el póster que cada uno había elegido. El resto de la energía iba a parar a los acumuladores que proveían de energía eléctrica a la estación entera.

Las bicicletas se hallaban en uno de los túneles del sur. Lo habían cegado con escombros, porque había que impedir que los forasteros accediesen a aquel sistema de importancia estratégica. Era evidente que el extraño viejo no había estado nunca allí.

—Viene conmigo —dijo Artyom, y le hizo un gesto al guardia. Este dejó pasar a Homero.

Artyom se colocó sobre la silla, se inclinó sobre el armazón herrumbroso y agarró el acolchado de goma del manillar. La ciudad de Berlín emergió de la oscuridad. Alguien le había sableado aquella ilustración a un librero de la Hansa: la Puerta de Brandemburgo, la torre de comunicaciones y una escultura de color negro de una mujer con ambas manos en la cabeza. Artyom se daba cuenta de que aquella puerta recordaba a la entrada de la VDNKh vista desde la superficie, y la torre de comunicaciones se parecía —a pesar de la esfera que tenía más o menos por la mitad— a la de Ostankino. Y la estatua de la mujer... ¿lloraba, o se cubría los oídos? En todo caso no parecía que Artyom pudiera marcharse a ninguna parte.

—¿Quieres pedalear un rato? —le dijo Artyom a Homero—. Es bueno para el corazón. Si te ejercitas, luego aguantarás más. Pruébalo.

El viejo no le respondió. Contemplaba con ojos vidriosos las ruedas suspendidas en el aire, las veía girar, miraba cómo trataban de avanzar sin tocar el suelo. Su rostro se había desfigurado como si sufriera parálisis lateral. La mitad sonreía, la otra mitad estaba muerta.

—¿Estás bien, abuelito? —le preguntó Artyom.

—Sí. Pero me he acordado de algo. De alguien —dijo Homero con voz ronca, y luego carraspeó y recobró la compostura.

—Entiendo.

Todos nosotros nos acordamos de alguien. Trescientas sombras por cabeza. Están esperando a que te acuerdes de ellos. Te preparan sus trampas, tienden el alambre para que tropieces, te echan el anzuelo, tejen telarañas... y aguardan. A uno, el mero armazón de una bicicleta lo lleva al recuerdo de cuando enseñó a sus niños a montar en bicicleta en el patio interior de su edificio. Otro oye el silbido de una tetera y piensa que suena igual que la que sus padres tenían en la cocina cuando iba a comer con ellos los fines de semana y los ponía al corriente de su vida. Basta con el movimiento de una pestaña para que en esa fracción de segundo entre ahora y ahora los ojos vean el ayer con todos sus rostros. Al pasar los años los reconocemos cada vez menos. Y ya está bien que sea así.

—¿Cómo tuviste noticia de mí?

—Usted es famoso. —Homero sonreía—. Todo el mundo sabe quién es usted.

El rostro de Artyom se contrajo en una mueca.

—Soy famoso —dijo la palabra como si la escupiera.

—Salvó usted el metro. A los seres humanos. Si no hubiera usted aniquilado a aquellas criaturas con los cohetes... La verdad es que no lo entiendo. ¿Por qué no quiere usted hablar de ello?

Tenía frente a sí la torre de la televisión. La entrada de la VDNKh, la mujer

negra con las manos alzadas. Habría tenido que subirse a otra bicicleta, pero todas las demás estaban ocupadas y no le quedaba más remedio que sentarse en aquella. Hubiera preferido pedalear hacia atrás, en la dirección contraria, lejos de aquella torre. Pero entonces no habría generado electricidad.

—Melnik me ha hablado de usted.

—¿Quién?

—Melnik. ¿Lo conoce usted? El comandante de la Orden. Está usted informado sobre la Orden, ¿verdad? Los espartanos... Si no me equivoco, usted también había sido miembro de la Orden... en otro tiempo, ¿no?

—¿Te ha enviado Melnik?

—No. Pero Melnik me ha hablado de usted. Me ha dicho que usted lo informó. Sobre los Negros. Que había usted atravesado el metro entero... sí, y después yo mismo... he hecho mis propios descubrimientos. En la medida de lo que me era posible. Pero hay muchas cosas que aún no están claras. Me he dado cuenta de que sin usted no llegaré a ninguna parte, y por eso...

—¿Te ha contado algo más?

—Hum... ¿quién?

—¿Melnik te ha contado algo más sobre mí?

—Sí.

Artyom dejó de pedalear. Pasó la pierna por encima del armazón y saltó al suelo. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y qué te ha contado?

—Que... que usted se casó. Y que ahora lleva la vida de un hombre totalmente normal.

—¿Eso es lo que te ha dicho?

—Eso es lo que me ha dicho.

—La vida de un hombre totalmente normal.

Artyom sonrió.

—A no ser que lo entendiera mal.

—¿Y no te ha contado que me casé con su hija?

Homero negó con la cabeza.

—¿Nada más?

El viejo abrió y cerró la boca, dubitativo. Suspiró. Empezó a ceder.

—Decía que ha perdido usted el juicio.

—Por supuesto. ¡Qué más podía decir!

—Yo solo repito lo que me contaron...

—¿Y nada más?

—Creo que no...

—¿Que quiere asesinarme, por ejemplo? Por su hija... o...

—No, nada semejante.

—¿O que espera a que regrese... a filas?

—Que yo sepa, no.

Artyom calló. Estaba asimilando lo que oía. Se dio cuenta de que el viejo seguía allí y lo examinaba con la mirada.

—¡He perdido el juicio!

Artyom se rio con toda la fuerza de la que fue capaz.

—Yo no comparto su opinión —aclaró Homero—. No me importa lo que digan los demás. Tengo la profunda convicción de que...

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¿Tan solo porque todavía busca usted supervivientes, tan solo porque no ha querido rendirse, tiene que estar loco? Escúcheme usted... —El viejo contempló a Artyom con gran seriedad—. Se está matando usted por esa gente, y le diré sinceramente que no entiendo por qué lo tratan a usted así.

—Salgo cada día.

—¿A la superficie?

—Cada día, por la escalera mecánica, hasta el exterior. Entonces voy al rascacielos. Recorro a pie la escalera entera hasta llegar al tejado. Con la mochila.

Los que estaban en las otras bicicletas se habían puesto a pedalear más despacio y escuchaban como embrujados.

—¡Sí, es verdad! ¡No he recibido ni una sola respuesta! ¿Y qué? ¡¿Qué demuestra eso?! —Artyom ya no le gritaba tan solo a Homero, sino a todos los malditos ciclistas que pedaleaban a toda velocidad contra la pared—. ¡No demuestra nada! ¿Cómo es que no se dan cuenta? ¡Tienen que quedar otros seres humanos! ¡Otras ciudades! No puede ser que hayamos sobrevivido tan solo nosotros en este agujero, en estas cuevas...

—¡Ya basta, Artyom! ¡Acaba con eso! —gritó impaciente un joven de nariz larga y ojos pequeños—. ¡Los americanos lo bombardearon todo! ¡Ya no queda nada! ¿Para qué tantas lamentaciones? Los americanos nos masacraron y nosotros nos vengamos masacrándolos a ellos. ¡Punto!

—¿Y si de verdad no fuéramos los únicos? —se preguntaba Homero, como si hablara consigo mismo—. ¿Y si le contara que...?

Pero el joven no callaba:

—¡Pues salid al exterior! ¡Como si eso fuera vuestro trabajo! Lo más probable es que ya estés cargado de radiación y ahora nos la vayas pasando a todos los que vivimos aquí abajo. ¡Un cadáver ambulante, eso es lo que eres! Y ahora quieres envenenarnos a todos los demás...

—¿... y si le contara que... hay supervivientes? ¿Si le dijera que otras

ciudades mandan señales? ¿Y que las hemos recibido desde aquí?

—Repítemelo.

—Otras ciudades mandan señales —dijo Homero con firmeza—. Y las hemos recibido desde aquí. Oímos voces.

—Mientes.

—Yo mismo conozco a un hombre que ha contactado por radio con...

—Mientes.

—¿Y si ese hombre fuera el que tiene usted enfrente? —Homero le guiñó un ojo a Artyom—. ¿Qué me diría entonces?

—Que se te ha caído un tornillo, viejo. O que mientes a propósito. Porque estás mintiendo, ¿o no? ¡¿O no?!



3

EL TÚNEL

El techo de la estación se hallaba a una altura adecuada para los seres humanos. Los túneles, en cambio, no se habían construido para ellos: había cinco metros de una pared a otra, y lo mismo desde el techo hasta el suelo.

Muy lejos de allí, al otro extremo del metro, vivían unos salvajes que creían que los túneles eran caminos que el Gran Gusano había excavado en la tierra. El Gran Gusano era su dios y había creado la Tierra, y los seres humanos habían nacido de su cuerpo. Pero luego habían renegado de su creador y habían construido trenes de hierro que sustituían al Gran Gusano, y se habían convencido a sí mismos de que los trenes habían estado siempre allí y de que el Gran Gusano no existía.

¿Y por qué no habrían de creer en un dios como ese? Era el más adecuado a la vida en el subsuelo.

Los túneles eran oscuros y pavorosos. Las aguas subterráneas se filtraban en su interior y formaban riachuelos. En todo momento amenazaba el peligro de que los armazones que sostenían los segmentos de túnel se vinieran abajo y líneas enteras quedaran cegadas. Los regueros de agua provocaban humedad y una niebla fría empañaba la luz de las linternas. Había algo que estaba muy claro: los túneles no se habían hecho para los seres humanos, y tampoco los seres humanos para los túneles.

Incluso allí, a tan solo trescientos metros de la estación, se palpaba la angustia. Y los hombres conversaban para sobreponerse al horror que les susurraba al oído.

La fogata que habían encendido con un haz de leña no del todo seca apenas humeaba.

Por supuesto que el túnel tenía vida: su aliento sibilante sorbia con fruición el humo de la hoguera y lo depositaba en sus pulmones perforados. Y el humo giraba, se elevaba y desaparecía en las tráqueas mohosas de los conductos de ventilación.

Un poco más allá se encontraba la dresina de accionamiento manual en la que habían llegado los guardias de aquel turno de vigilancia. Se hallaban a trescientos metros de la estación. Si alguna criatura emergía de la negrura septentrional y avanzaba hacia la VDNKh, los centinelas tratarían de detenerla, al precio de su propia vida si era menester. Como mucho, uno de los hombres regresaría a la estación para dar la alarma. Para que tuvieran tiempo de esconder a los niños, para que las mujeres pudieran empuñar las armas y tomar posiciones junto a los hombres a la salida del túnel.

El sistema había funcionado hasta entonces y los habitantes de la VDNKh habían sobrevivido durante más de dos décadas. Los que se habían presentado en sus confines durante los últimos años lo habían hecho por equivocación. El último peligro que de verdad había amenazado a la estación —y al metro entero — habían sido los llamados «Negros». Y estos habían muerto, aniquilados en un ataque con misiles. Habían pasado exactamente dos años desde aquello.

Todos los que vivían en la estación sabían quién era el que había salvado a los seres humanos de aquellas criaturas: Artyom.

Desde entonces, lo único que se encontraba al norte de la VDNKh era una serie de estaciones muertas y despobladas. La primera de ellas era la Botanicheski Sad, una estación muy cercana a la superficie. Sus puertas herméticas, que habían de separar el exterior del subsuelo, quedaron abiertas e inservibles. La propia estación no era habitable y a nadie le interesaba lo que

pudiera haber más allá. El lugar que en aquellos momentos iluminaba la pequeña hoguera de los centinelas venía a ser el fin del mundo. Más allá empezaba... el universo.

Los guardias estaban sentados en el suelo. Se escudaban del vacío mediante un parapeto de sacos de arena amontonados. Habían hecho una pirámide con sus Kalashnikovs. El culo abollado de una tetera sucia de hollín se calentaba sobre la hoguera.

Artyom se había sentado de cara a la fogata y le daba la espalda al túnel sumido en tinieblas. Había ordenado a Homero que se sentara a su lado. Se había llevado al viejo a aquella silenciosa nada. Cuando estaban en el túnel sur, con las bicicletas, no había querido escuchar su historia. Allí era imposible hablar a solas, pero había buscado un sitio donde no habría tantos testigos.

—¿Cómo se os ocurre poneros de espaldas al túnel? —preguntó Levashov en tono de reprobación.

Pero Artyom ya se había familiarizado con aquel túnel. Había desarrollado un sexto sentido tan solo para él.

Los otros centinelas miraban fijamente al vacío sin moverse. Artyom le había dicho a Homero que hablase en voz baja, para no llamar la atención de los demás. Pero Homero no lo consiguió.

—Es una ciudad pequeña que se lama Polyarniye Zori. Está en la península de Kola. Tienen una central nuclear, y aunque le costará creerlo, todavía funciona. ¡Y tiene para cien años! Abastece a una sola ciudad. Y la han transformado en fortaleza. Han erigido una empalizada y otras fortificaciones. Han organizado todo un sistema de defensa. Las unidades militares que antiguamente defendían la central nuclear se han constituido en guarnición de Polyarniye Zori. Los alrededores son inhabitables, por supuesto, y además están en el lejano norte. Sin embargo, sobreviven, porque la central nuclear les proporciona la corriente eléctrica y el calor que necesitan. Sí, y por eso...

—¿Qué cuentos le estás contando? —gritó Levashov desde el otro lado de la hoguera. Fue como si sus ojos rojizos, sus orejas carnosas, su mostacho hirsuto aumentaran de tamaño—. ¿Qué Zori es ese, desgraciado? ¡Lo único que hay más allá del Jardín Botánico son perros vagabundos! ¡Como si no tuviéramos bastante con un zumbado... ahora le ha salido compañía!

—Podrían montar un club entre los dos —dijo Armenchik, y guiñó un ojo al mismo tiempo que se sacaba un trocito de carne de gorrino de entre los dientes con la uña—. «Velas escarlata»... el club de los soñadores y los románticos.

—¿Quién recibió la señal? ¿Quién fue el que habló con ellos?

Artyom, como un sordo, clavaba la mirada en los labios del viejo, como si hubiera podido leer en ellos la información.

—Yo... —empezó a decir nuevamente Homero—. Yo mismo soy de allí. De Arkhangelsk. Me empeñé en descubrir si quedaba alguien de mi gente. Mi Arkhangelsk estaba en silencio, pero Polyarniye Zori sí respondió. Una ciudad entera, ¿lo entiende usted? ¡En la superficie! Agua caliente, electricidad... lo más estupendo de todo...: han preservado una fantástica biblioteca electrónica. En soporte magnético, CD... han preservado toda la literatura mundial. Películas... ¿lo entiende usted? Tienen electricidad más que suficiente...

—¿Qué onda era? ¿Qué frecuencia? —le insistía Artyom.

—Es como una especie de Arca de Noé —siguió explicándole el viejo, como si no hubiese oído sus preguntas—. Aunque no hayan salvado a una pareja de cada una de las especies animales, sí que han conservado la cultura de nuestra civilización...

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde el último contacto? ¿Cuántas veces hablasteis? ¿Dónde tenías el receptor? ¿Qué tipo de aparato era? ¿Desde qué altitud captaste la señal? ¿Cómo es que yo no he logrado captarla?

El viejo había contado con que tendrían una conversación íntima junto a la hoguera... no un interrogatorio. Pero el anhelo de Artyom por que llegara aquel momento había sido demasiado grande como para malgastarlo en palabrería nostálgica. Ante todo quería asegurarse de que el hombre dijera la verdad.

Artyom sabía por experiencia propia que en aquel mundo desolado cada uno podía ser víctima de su propia fantasía. Pero en aquel caso quería ponerle las manos encima al espejismo que flotaba ante sus ojos. Quería creer en él.

—¡Dímelo de una vez! —insistió. No podía permitir en ningún caso que el viejo se marchara sin explicarse—. ¡Haz un esfuerzo para acordarte! ¡¿Cómo puede ser que yo no capte esa señal?!

—No... —Homero chasqueó la lengua, reflexionó, su mirada se perdió en la penumbra. Finalmente se rindió—: No lo sé.

—¿Cómo? ¿No lo sabes? ¿Cómo es posible que no lo sepas? ¡Sin embargo, tú recibiste la señal!

El muy cabrón todavía buscaba una escapatoria. Pero entonces, por fin, confesó:

—Es que no la recibí yo. Pero conocí a una persona. Un radiotelegrafista. Fue él quien me lo contó.

—¿Dónde? ¿Dónde lo conociste? ¿En qué estación?

El viejo suspiró una vez más.

—Creo que fue en la Teatralnaya. Sí, en la Teatralnaya.

—En la boca del lobo, ¿eh? ¿Y tú te crees que no me atreveré a ir hasta allí y averiguarlo por mí mismo?

—No se me habría ocurrido pensar algo semejante, joven —respondió

Homero, algo ofendido.

—¿Cuándo fue?

—Hace unos pocos años. No sé nada más.

—Ajá.

Artyom no había podido nunca sacarse de la cabeza aquella única vez en la que oyó retazos de una voz lejana y débil en medio de los susurros y aullidos de la radio. La voz todavía le resonaba en los oídos, igual que el fragor de un océano que se secó hace tiempo aún se puede oír dentro de una caracola de mar. Solo tenía que escuchar dentro de sí mismo. ¿Cómo era posible que Homero se olvidara de algo semejante? ¿Cómo era posible que hubiera consagrado toda su vida en el subsuelo al sueño de escribir un libro para el porvenir, para que las generaciones futuras supiesen de dónde venían, para que no perdiesen la esperanza de regresar algún día a la superficie, y dejase que se le escaparan de este modo los detalles?

Y además estaba el asunto de la Teatralnaya.

—Mientes —le dijo Artyom con total convicción—. Estás contando todo eso tan solo por mí.

—Se equivoca usted. Yo solo quería...

—Lo que tú querías era hacerme la pelota para que te lo dijera todo. Quieres enterarte de mi mierda de historia. Querías ganarte mi atención con esa mentira, ¿verdad? Has buscado mi punto flaco para que muerda tu anzuelo... ¿verdad que sí?

—¡En absoluto! Todo lo que cuento sucedió de verdad...

—¡Basta, por favor!

—Mira, mira —dijo Armenchik, y sorbió ruidosamente los mocos por su nariz de gancho—. Ahora los dos soñadores se pelean por saber cuál de los dos tiene los sueños más soñados.

Artyom se había encolerizado con el viejo idiota y mentiroso. Se recostó contra los sacos de arena perforados por las balas y cerró los párpados. Viejo imbécil charlatán. En cuanto ha empezado a formarse una costra sobre las heridas del alma, tiene que venir alguien a arrancarla.

El viejo también lo contemplaba con mirada lúgubre. Era evidente que había renunciado a convencer a Artyom.

Al diablo con él.

No intercambiaron ninguna otra palabra hasta que terminó el turno de guardia. En cuanto hubieron regresado a la estación, Artyom se separó del viejo sin despedirse y sin dignarse a mirarlo.

—Es información segura. Se ha recibido una señal de la península de Kola. ¡Allí hay personas que han sobrevivido!

Artyom miraba a Kirill con ojos resplandecientes.

—¡¿De verdad?!

—¡De verdad!

Kirill saltó de pura alegría. No calculó bien su capacidad para respirar y se puso a toser. Artyom ya sabía lo que ocurriría entonces y le pasó un pañuelo para que se cubriera la boca. Kirill, ya tranquilo, separó el pañuelo de los labios y lo contempló, asustado y abrumado por la culpa. A Artyom se le paró el corazón.

—Todo esto pasará. ¡Ya te digo yo que volverás a cazar ratas! ¡Ese poquito de sangre no quiere decir nada!

—Mamá siempre dice palabrotas cuando me sale sangre. No se lo enseñas, ¿vale?

—¿Cómo quieres que se lo enseñe? ¡Tú y yo somos... un equipo! ¡Tú no me traicionarías a mí, y yo tampoco te traicionaría a ti!

—Júramelo por la Orden.

—Por la Orden.

—Juramento solemne.

—Te lo juro solemnemente por la Orden.

Kirill se le subió al regazo.

—A ver, cuéntamelo.

—Verás... —empezó a decirle Artyom—. Es información segura. Han captado una señal que venía del norte. De la península de Kola. Allí tenían una central nuclear que quedó intacta. Y a su lado hay una ciudad que se llama Polyarniye Zori. Qué guay, ¿verdad? Resulta que no estamos solos. ¿Lo entiendes, Kirill? ¡No estamos solos! ¡No somos los únicos supervivientes! ¡Y hemos encontrado a los otros! Qué bien, ¿verdad?

—¡Es genial! —decía Kirill. Los ojos azules se le salían de las órbitas—. Pero ¿es verdad del todo?

—Es verdad del todo. La central nuclear produce tanta electricidad que la ciudad tiene calefacción durante todo el año. Y han construido una gigantesca cúpula de cristal sobre los edificios. ¿Te lo puedes imaginar?

—No.

—Es como un vaso gigantesco vuelto del revés.

—¿Para qué?

—Para que el calor no se vaya. Fuera de la cúpula hay nieve y tormentas, pero dentro están calientes y cómodos. Los árboles florecen. Como en tu libro. Tienen huertos con árboles frutales de verdad. Manzanas y... y también tomates. La gente se pasea por la calle con camiseta. Hay flores por todas partes. Les

sobra la comida. Tienen dulces de todo tipo. Y juguetes, pero no como los de aquí, no son casquillos de bala y cosas así, sino juguetes muy bonitos.

Kirill cerró los párpados con fuerza y trató de imaginarse cómo sería todo aquello. Tosió unas pocas veces con la boca cerrada, pero logró dominarse. Luego soltó aire poco a poco. Probablemente le fallaba la fantasía. El propio Artyom no era capaz de imaginárselo.

—Y en verano abren la cúpula y la gente respira aire fresco. No en el subsuelo, sino fuera, en casas con ventanas. Por las ventanas ven otras casas, o bosque. Y viven así. Todo está limpio, seco y fresco. El sol les brilla en la cara. En un aire como ese no sobrevive ni un solo microbio, se mueren todos. Y por supuesto que la gente sale sin máscara.

—¿No hay microbios?

De pronto, Kirill lo escuchaba con mucha atención.

—¿Tampoco de la tuberculosis?

—Ni uno. Y todavía menos de la tuberculosis.

—¿Y eso quiere decir que si un tuberculoso va hasta allí y respira sin máscara, se cura?

—Creo que sí —respondió Artyom—. Aquí, en estos túneles, con toda esta humedad, las bacterias de la tuberculosis se encuentran muy bien. Pero en el aire fresco se mueren enseguida.

—¡Eh, eh! ¡Se lo tenemos que contar a mamá! ¡Seguro que se pondrá muy contenta! ¿Y vas a ir allí?

—Bueno, es que Polyarniye Zori está muy lejos de aquí. No podemos ir así como así. Primero habría que reunir fuerzas.

—¡Yo las reuniré! —Kirill pegó un salto sobre el regazo de Artyom—. ¿Cuánto tardaríamos en llegar?

—Mucho. ¿Sabes cuánto tiempo necesitaríamos para llegar hasta allí? Si tuviéramos todoterrenos, seguramente tardaríamos... ¡medio año! Por la superficie. Por bosques y pantanos. Por carreteras destrozadas.

—¿Y qué? ¡Yo pienso ir!

—No, lo más probable es que no pueda llevarte. Iré con otros guerreros de la Orden.

—Pero ¿por qué?

—Tu madre me ha dicho que no comes. No podemos llevarnos a un niño tan flaco en un todoterreno. Sería un problema. El viaje no será fácil. Nos encontraremos con todos los obstáculos posibles. Con un montón de monstruos. Y nos pasará todo tipo de aventuras y tendremos que sobrevivir. ¿Y cómo quieres sobrevivir si no comes? ¡Te quedarías hecho polvo a la primera! No, nuestra Orden necesita luchadores de verdad, no a un canijo como tú.

—¡Pero es que ya no puedo con las setas, Artyom! Puajjjj...

—¿Y verduras? Tu mamá te ha traído verduras. ¿Has visto qué tomate? Este tomate creció en la Sevastopolskaya. Ha atravesado todo el metro para que tú te lo comas.

—¡Bah!

—Este es un tomate como los que crecen al aire libre en Polyarniye Zori. Venga, pruébalo. Dentro de este tomate hay una tonelada de vitaminas.

—Bueno, vale, pues me comeré el tomate. Si los de Polyarniye Zori son iguales...

—Va, venga, cómetelo ahora mismo. Quiero ver cómo te lo tragas.

—Y luego me seguirás hablando de Zori y de la cúpula esa que es como un vaso grande.

Natalya, la madre de Kirill, estaba fuera de la tienda. Lo había oido todo a través de la lona. Hasta la última palabra. Una sombra le pasó por el rostro. Una mano se agarró con fuerza a la otra.

—He logrado que se coma el tomate.

Artyom le sonreía de buen humor, pero Natalya no reaccionaba.

—¿Por qué has tenido que contarle todas esas idioteces? Ahora no parará de repetírmelo.

—¿Quién ha dicho que sean idioteces? Puede que Polyarniye Zori exista de verdad. Déjalo que sueñe.

—Ayer vino el médico. Vino desde la Hansa.

Artyom se olvidó de lo que estaba a punto de decir. Por miedo de adivinar lo que Natalya iba a contarle, trató de no pensar en nada. Si lo adivinaba, sería ocasión de mayor desgracia.

—Le quedan tres meses de vida. Y tú le hablas de esa Polyarniye Zori...

Natalya hizo una mueca y Artyom comprendió por fin qué era lo que había visto en sus ojos desde el principio.

—Entonces no queda ninguna...

Una película. De lágrimas secas.

—¡Mamá! ¡Artyom quiere llevarme al norte en un todoterreno! ¿Puedo ir?

Artyom había pensado que Anya estaría dormida, o que por lo menos lo fingiría, como tenía por costumbre, para no tener que hablar con él. Pero la encontró sentada sobre la cama, con las piernas desnudas y cruzadas. Sujetaba con ambas manos una botella de plástico de medio litro repleta de un líquido turbio, como si hubiera temido que alguien se la quitara. El olor a alcohol se notaba en el aire.

—Ten —le dijo, ofreciéndole la bebida—. Tómate un trago.

Artyom obedeció, se metió por la garganta aquel líquido abrasador, contuvo el aliento, parpadeó. Entonces se relajó y sintió cierta calidez. ¿Qué ocurriría a continuación?

—Siéntate. —Anya golpeó con la palma de la mano a su lado—. Por favor.

Artyom se sentó en el lugar que la joven le había indicado.

Se volvió hacia ella.

Se había puesto un sencillo top.

El vello de sus brazos se había erizado. ¿Solo por el frío?

Estaba igual que dos años antes. Sus cabellos negros cortados como los de un muchacho. Labios finos y pálidos. La nariz algo grande para su pequeño rostro, algo aguileña, le daba un aire interesante. Los músculos y tendones marcados en la piel, como en un modelo anatómico, sin trazas de blandura femenina. Los músculos se dibujaban en su espalda como si hubieran sido hombreras. Tenía el cuello largo, la arteria delataba la aceleración de su riego sanguíneo, y la columna... Las clavículas sobresalían. En otro tiempo la había amado y compadecido por aquellas clavículas, y la había martirizado hasta el agotamiento. Los pezones marcaban su perfil en la tela blanca. ¿Por qué tiene que encenderse una lámpara para agotarse después?

—Abrázame.

Artyom le tendió la mano y rodeó torpemente a Anya con el brazo, más bien como lo haría un hermano, o un adulto que le diera una palmada en el hombro a un niño.

Anya se recostó sobre su cuerpo, pareció que quisiera arrimarse a él con cariño, pero los tendones que se dibujaban sobre su piel seguían tensos, retorcidos. El propio Artyom estaba rígido como una tabla de madera. Agarró la botella y bebió otro trago. Tal vez...

No encontraba ninguna palabra adecuada al momento. Había perdido la costumbre.

Anya lo acariciaba. Entonces le recorrió la mejilla con los labios.

—Estás rasposo.

Artyom sacudió los turbios posos en el fondo de la botella de plástico y se tomó otro trago, en esta ocasión un trago energético. El lejano norte y el todoterreno empezaban a darle vueltas por la cabeza.

—Ven... ven, vamos a probarlo una vez más, Artyom. Una vez más. Tenemos que probarlo. Una vez más. Desde el principio.

Le metió los dedos fríos y rígidos bajo el cinturón. Le soltó con maña la hebilla.

—Bésame, por favor.

—Sí. Es que...

—Ven aquí.

—Espera... Ahora mismo...

—¿Qué te pasa? Ven... quítame esto, me aprieta demasiado. Sí, y también esto. Quiero que tú me desnudes. Tú.

—Anya...

—¿Qué te pasa? Ven... oh... estás frío.

—Sí. Es que...

—Ven aquí. Y... ahora tú también... ven... por favor... esta camisa asquerosa...

—Ahora mismo. Ahora mismo.

—Brrr. Por Dios bendito. Pásame la botella.

—Toma.

—Ahh... y ahora... ahora aquí. Como solías hacer. ¿Todavía sabes?

—A-Anya...

—¿Qué te ocurre ahora? ¿Qué pasa?

—Es que... eres tan...

—No tardes tanto. Empieza de una vez.

—Es que he perdido la costumbre... perdóname...

—Házmelo... ¿Qué te pasa? Empieza de una vez.

—Anya...

—¡Venga, empieza! Por favor... toca aquí... ¿lo sientes?

—Sí... sí.

—Hace tanto que no... Estás totalmente... ¿Por qué? ¿No lo entiendes? Te necesito. A ti. ¿Entiendes?

—Enseguida. Yo... sí, enseguida. Es que mira... hoy he tenido un día...

—Cállate. Ven, deja que pruebe... Échate.

—Es que hoy...

—Cállate, joder. No digas nada y cierra los ojos. Y ahora... y ahora... ¿Qué es lo que te pasa? ¿Qué te pasa?

—Yo tampoco lo sé. Pero no funciona.

—¿Y por qué?

—No tengo ni idea. No sé. Es que me pasa de todo por la cabeza...

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que te pasa por la cabeza?

—Lo siento.

—Vete de aquí. ¡Vete!

—Anya...

—¿Dónde está la camisa?

—Espera.

—¿Dónde está la camisa? ¡Tengo frío!

—¿Qué... por qué? Esto no tiene nada que ver contigo. Tú no tienes nada que...

—Basta, ya lo he entendido. Y deja de contarme tus penas, por favor.

—No eres justa conmigo...

—¡Lárgate de aquí, ¿me oyes?! ¡Desaparece de una vez!

—Está bien. Es que...

—¿Dónde he dejado las putas bragas? Vale, si no quieres... pues no quieres. ¿O no será que eso que tienes entre las piernas se te ha muerto? ¿De tanta radiactividad?

—No, por supuesto que no, cómo se te ocurre...

—Pues entonces es que ya no quieres estar conmigo...

—Ya te lo he dicho... es que he tenido un día muy...

—¡Por eso no tenemos niños... porque tú no quieres!

—¡Eso no es cierto!

—Yo... ¡Artyom! Me marché de mi casa por ti. Corté con mi padre... solo por ti. Desde los tiempos de la guerra... contra los rojos... mi padre va en silla de ruedas. ¡Va en silla de ruedas, ¿lo entiendes?! Se quedó sin piernas... y también le arrancaron un brazo... ¿Tú entiendes lo que eso significa para él? ¡Quedarse inválido! Y lo abandoné a él, a mi padre... para marcharme contigo... ¡contra su voluntad!

—¿Y yo qué puedo hacer? Ni siquiera me considera un ser humano... yo quería contarle toda la verdad... pero él... él no quería que nosotros dos... ¿qué podía hacer?

—¡Yo quería tener hijos contigo! ¿Lo entiendes? ¡Contigo! ¡Por eso no he vuelto a salir a la superficie! Para mantenerme sana... Los órganos de las mujeres lo absorben todo como una esponja... la radiación... ¡tú lo sabes muy bien! Esas setas malditas... ¡Y todo para que me acepten un poquito... en tu estación! ¿Tú te crees que yo esperaba un futuro como este? ¡Cuidar cerdos! ¿Y para qué? ¡Pero tú... haces como si nada! ¡No has parado ni un solo día! ¡Has dejado que se te metiera la radiación entre las piernas! ¿No lo entiendes? Quizá es por eso por lo que no nos funciona. ¡Cuántas veces te lo he rogado! ¡Y también tu padre!

—Pero es que Sukhoy tan solo...

—¿Por qué eres así? Tú no quieres niños, ¿verdad? No quieres tener niños, ¿es eso? ¡No quieres tenerlos conmigo! ¡¿O con nadie?! A ti todo te importa una mierda. ¡Lo único que sabes hacer es salvar al mundo! ¿Y yo? ¿Qué pasa conmigo? ¡Estoy aquí! ¡Pero a ti te da igual! ¡Y ahora vas a perderme! ¡Eso es lo que quieras? ¡Perderme?

—Anya... ¿por qué...?

—Ya no lo aguento más. No quiero aguantarlo más. No quiero esperar más. No quiero tener que rogarte nunca más que me folles. No quiero seguir soñando con que voy a tener niños. Y tampoco quiero vivir con la angustia de que, si algún día me quedo embarazada, me nazca un engendro.

—¡Basta! ¡No sigas!

—¡Y si el padre eres tú, seguro que nacerá un engendro, Artyom! ¡Tú mismo te lo estás buscando! Y entonces pagarés por todas tus ridículas expediciones. ¿No lo entiendes?

—¡Calla esa boca!

—Vete. Vete, Artyom. Vete y no vuelvas.

—Está bien. Me voy.

—Sí, vete.

Todo esto en susurros. Gritos susurrados. Gemidos susurrados. Lágrimas susurradas.

Sin hacer ruido, como las hormigas.

Los vecinos fingían dormir.

Estaban al corriente de todo.

El traje de protección contra las radiaciones cabía bien en la mochila. Artyom puso encima el Kalashnikov que le habían entregado y que no estaba autorizado a utilizar fuera de la estación, seis cargadores sujetos de dos en dos con Isoband de color azul, así como una bolsa de setas deshidratadas. La máscara con filtro de respiración le echaba miradas tétricas, hasta que Artyom, con un movimiento energético, casi violento, cerró la cremallera, como si hubiera cerrado una bolsa con un cadáver. Entonces cargó con la mochila —su maldición, su roca de Sísifo — sobre los hombros.

—¡Viejo! ¡Ponte en pie! ¡Recoge tus cosas! Pero sin hacer ruido.

El viejo despertó de pronto... como si hubiera dormido con los ojos abiertos.

—¿Adónde vamos?

—¿Es cierto lo que me has contado sobre la Teatralnaya? ¿Sobre el radiotelegrafista? ¿Estará allí?

—Sí... sí.

—Pues entonces... ¿me acompañarás hasta esa estación?

—¿Hasta la Teatralnaya?

Homero vacilaba.

—Tú pensabas que me iba a asustar, ¿eh? De eso nada, abuelito. Puede que otros piensen que vamos hacia un infierno en la Tierra. Pero nosotros nos ganaremos la gloria. ¿O no? ¿Acaso me has mentido?

—No.

—Pues entonces acompáñame hasta la Teatralnaya. Tengo que conocer al hombre del que me has hablado. En persona. Y hacerle preguntas sobre todo esto. Quiero que sea él quien me lo explique. Y tendrá que entregarme su receptor... para que pueda comprobar que funciona bien.

—Pero todo eso ocurrió hace dos años...

—Voy a proponerte un trato: tú me llevas hasta el radiotelegrafista y yo te cuento todo lo que quieras saber. Sin evasivas. Sobre los Negros, los Amarillos, los Verdes... todo lo que tú quieras. Te contaré toda la historia de mis hazañas. Toda la mierda que he ocultado a los demás. Te voy a contar una tragedia griega, desde alfa hasta omega. Te doy mi palabra. ¿Trato hecho? Pues pongámonos en marcha.

Homero le tendió una mano, en un primer momento lenta, dubitativa, como si temiera que Artyom hubiera escupido sobre la suya. Pero después se la estrechó con fuerza.

Mientras el viejo preparaba la bolsa de viaje, Artyom se encargó de la linterna de mano. Pulsó una y otra vez la palanca, escuchó el zumbido de las dinamos mientras la batería se cargaba. Por un momento no pensó en nada más. De pronto lo dejó.

—Explícame algo. Sobre ese libro del que me has hablado. ¿Para qué lo escribes?

—¿El libro? Vamos a ver, nosotros vivimos aquí abajo, pero el tiempo se ha parado, ¿entiende usted? No tenemos historiadores, ni hay nadie que ponga por escrito lo que hemos vivido. Y eso significa que nuestra vida, por así decirlo, pasa en vano. ¡Y eso no es justo!

Homero estaba sentado y no se movía. Sostenía en la mano una funda de almohada gris muy arrugada.

—Y si dentro de diez mil años alguien nos desenterra y no hemos escrito ni una sola línea, tendrán que adivinar a partir de nuestros huesos y nuestros utensilios qué creímos y soñamos. Y llegarán a conclusiones falsas.

—¿Y quién nos va a desenterrar a nosotros, abuelo?

—Los arqueólogos. Nuestros descendientes.

Artyom hizo que no con la cabeza. Se pasó la lengua por los labios. Trató de contener la rabia que hervía en su interior. Pero ardía con demasiada fuerza y acabó por salirle de la boca como hiel:

—;Quizá yo no quiera que nos desentierren! No quiero que lo único que

quede de nosotros sean huesos y utensilios en una fosa común. Quiero desenterrar, no que me desentierren. Ya son demasiados los que están dispuestos a pasarse su vida entera aquí abajo. Prefiero sufrir una sobredosis mortal y morir antes que quedarme agazapado en el metro hasta hacerme viejo. La vida en el metro no es digna de un ser humano. Ahora me hablabas de nuestros descendientes... ¡que se vayan a paseo! ¿Acaso mis descendientes se van a pasar toda la vida en el subsuelo? ¿Como alimento para los bacilos de la tuberculosis? ¡No! ¿Saltándose a la yugular por la última lata de conservas? ¡No! ¿Hundidos en la mierda con los cerdos, gruñendo como ellos? Tú querías escribir ese libro para ellos, abuelo, pero ellos no lo van a leer, porque la vida en la oscuridad acabará por atrofiarles los ojos. ¡Desarrollarán sentidos iguales que los de las ratas! ¡Ya no serán humanos! ¡¿Para qué queremos criar descendientes?! Tan solo por un motivo: porque nos queda una posibilidad entre un millón de que allí arriba, no importa dónde, quede alguien con vida, bajo el cielo abierto, bajo las estrellas, bajo el sol, y si en este mundo de mierda queda un lugar donde los seres humanos respiran por la boca y no por un filtro, voy a encontrarlo, ¿me entiendes? Si ese lugar existe, entonces sí que podría ser un punto de partida para empezar una nueva vida. Y traer niños al mundo. Para que, al crecer, no se transformen en ratas, ni en morlocks, sino en hombres y mujeres. ¡Pero tendremos que luchar! ¡No podemos enterrarnos en vida, enroscarnos sobre nosotros mismos y morir en silencio!

Homero callaba, abrumado por las palabras de Artyom. El joven había contado con que el viejo le llevara la contraria, porque habría querido gritarle todavía más. Sin embargo, Homero le sonrió, una sonrisa sincera, cálida... una sonrisa a la que le faltaban dientes.

—Entonces no ha sido en vano. Sabía que no haría el camino en vano.

Artyom escupió a modo de respuesta. Pero lo que escupió fue veneno y hiel. Y de pronto, la sonrisa mellada del viejo lo apaciguó, la tensión cedió. Por torpe, por ridículo que pudiera parecer, Artyom sintió de pronto que el viejo y él estaban en el mismo carro. De pronto el viejo hizo un gesto con la mano, casi un gesto de camaradería juvenil, como si sintiera lo mismo.

—Estoy a punto.

Avanzaron a hurtadillas por la estación. El reloj que colgaba sobre los túneles, la reliquia sagrada de la VDNKh, indicaba la hora: era de noche. Por ello, era de noche para todo el mundo, salvo para Artyom, porque estaba a punto de marcharse. La sala estaba casi vacía. Tan solo quedaba alguien en la cocina que se preparaba un último té. La luz purpúrea brillaba con menor intensidad, los habitantes de la estación se habían refugiado en sus tiendas y habían encendido las débiles LED que transformaban las lonas en teatros de sombras donde se

podían contemplar las funciones más variadas. En la de Sukhoy vieron una silueta encorvada sobre la mesa. Luego pasaron por el lado de la tienda donde se hallaba Anya, con las piernas recogidas y el rostro sobre las rodillas.

El viejo le preguntó a Artyom, aunque con cierta prevención:

—¿No te vas a despedir?

—¿De quién?

Homero no dijo nada más.

—¡Vamos a la Alexeyevskaya! —anunció Artyom a los centinelas que se hallaban a la entrada del túnel meridional—. Sukhoy ya está al corriente.

Le respondieron con un saludo marcial. Si Sukhoy estaba al corriente, no había problema alguno. En esta ocasión, por lo menos, Artyom no trataba de salir a la superficie.

Bajaron a las vías por una escalerilla de hierro soldada al andén.

—El túnel... —dijo Artyom como para sí mismo al entrar en la penumbra. Palpó con delicadeza el hierro áspero y enmohecido del armazón del túnel, recorrió con la mirada el techo que se hallaba a cinco metros de altura y clavó los ojos en lo inconmensurable—. El túnel nos llama.



4

EL PRECIO

La Alexeyevskaya venía a ser como una versión tosca de la VDNKh. Sus habitantes también trataban de cultivar setas y se afanaban en la cría de cerdos, pero el resultado era tan pobre que a duras penas alcanzaba para alimentarlos a ellos. No les sobraba nada con lo que pudieran comerciar. Las gentes de la Alexeyevskaya vegetaban igual que sus cerdos, y todos ellos eran conscientes de que su historia era mortalmente aburrida, y hacía tiempo que sabían cómo iba a terminar. En otro tiempo sus paredes habían sido blancas como el mármol, pero en aquellos momentos a duras penas se podía reconocer de qué material estaban hechas. Todo lo que había sido posible arrancar y vender había sido arrancado y vendido. Tan solo quedaba hormigón y unas pocas vidas humanas. Arrancar el

hormigón era difícil, y tampoco había nadie en el metro que quisiera comprarlo. Por ello, los habitantes de la Alexeyevskaya habían dedicado su vida a proteger la de otros. Si hubiera habido más contratistas interesados en pagar por ese servicio, habrían podido cobrar más. Pero los únicos interesados estaban en la VDNKh. Por ello, la existencia de la Alexeyevskaya servía a un solo objetivo: proteger la VDNKh.

Así, el túnel meridional que enlazaba la VDNKh con su aliada Alexeyevskaya se contaba entre los no peligrosos. En algunos túneles se necesitaba hasta una semana entera para ir de un extremo a otro. En cambio, Artyom y Homero tardaron tan solo media hora, a despecho de las precauciones que siempre había que tomar. Pero, de todos modos, habían dejado su sentido del tiempo en la VDNKh. Hacía ya diez años que alguien había robado el último reloj de la Alexeyevskaya, y desde entonces sus habitantes vivían cada uno a su propio ritmo. Cada vez que alguien tenía sueño, hacía como si fuera de noche. Y es que, en definitiva, la noche no terminaba nunca para quienes vivían en el metro. Lo que tenían que imaginarse era el día.

Los guardias contemplaron con aburrimiento a los vagabundos. Sus pupilas se habían contraído cual diminutos ojos de aguja. Flotaba sobre los centinelas una nubecilla blanca que olía a calcetín sucio y provocaba mareos. Estaban fumando la droga llamada *dur*. El jefe de la guardia respiró hondo. Parecía que le costara mucho hablar.

—¿Adónde vais?

—A Prospekt Mira. Al bazar —respondió Artyom. Pensó que no tenía sentido tratar de colarse por aquel ojo de aguja.

—No se puede entrar allí.

Artyom le respondió con una sonrisa amistosa.

—Mira, tío, eso déjalo en mis manos.

—No me salgas por la tangente, que soy la cotangente —respondió el guardia, que se había tranquilizado al ver que Artyom venía en son de paz y se esmeraba en decirle algo que resultara simpático.

Y así fue como Homero y Artyom siguieron adelante.

—¿Cómo podremos ir más allá? —le preguntó el viejo.

—¿Quieres decir más allá de la Prospekt? Si nos dejan entrar en la Hansa viajaremos por la Línea de Circunvalación. Por allí será más fácil que si seguimos adelante por nuestra propia línea. Ya he recorrido ese camino y no tengo muy buenos recuerdos, ¿sabes? La Hansa es más segura. Tengo un visado en el pasaporte. Melnik se encargó de ello en su día. ¿Y tú? ¿Vas a pasar conmigo?

—¿Y la cuarentena?

—Esos siempre están en cuarentena. Lograremos pasar de todos modos. Los problemas de verdad empezarán cuando nos acerquemos a la Teatralnaya. No importa por qué camino lleguemos. Buscate a tu radiotelegrafista en un buen lugar, abuelo. En medio de un campo de minas.

—Pero es que...

—Te lo decía en broma.

De pronto el viejo ponía una cara extraña. Parecía que sus ojos tuvieran que volverse hacia dentro para visualizar el plano del metro dentro del cerebro. Artyom, en cambio, lo tenía siempre frente a las pupilas y distinguía hasta el último detalle. Había aprendido durante su año de servicio con Melnik.

—Yo diría... que nos convendría ir por la ruta de la Paveletskaya. Es más larga, pero avanzaremos más rápido. Y desde allí podríamos salir por la Línea Verde. Si tenemos suerte, llegaremos en un día.

Y siguieron adelante por el túnel.

La linterna perdía potencia. La batería empezaba a agotarse. Sin embargo, la mancha de luz llegaba diez pasos más adelante, hasta que las tinieblas la devoraban. Caían gotas del techo, las paredes estaban húmedas, en algún lugar se oía un sordo borboteo. Las gotas que caían les irritaban el cuero cabelludo, como si no fueran de agua, sino jugo gástrico.

De vez en cuando veían puertas en las paredes, o corredores laterales donde todo era negrura. Muchos de ellos estaban cerrados con rejas de acero clavadas o soldadas a la pared.

Desde luego que los planos de colores que los pasajeros habían utilizado en otro tiempo para orientarse no mostraban ni una tercera parte de la verdadera red de metro. ¿Para qué confundirlos inútilmente? Las gentes de otros tiempos se desplazaban a gran velocidad entre las estaciones marmóreas, hechizadas por sus teléfonos móviles, y al cabo de una hora llegaban a su destino. No tenían tiempo para pensar en las profundidades por las que acababan de transitar. Ni para preguntarse qué habría detrás de las paredes de las estaciones, ni hacia dónde conducirían las ramificaciones cerradas con rejas. Ya está bien así. Quédate mirando el teléfono, piensa en tus asuntos, que son muy importantes, y no metas la nariz en cuestiones que no te van ni te vienen.

Artyom y Homero avanzaban con unos andares especiales —a paso y medio, siempre con control— que había que aprender para no dejar de poner el pie sobre los travesaños. Había que caminar mucho por los túneles para acostumbrar las piernas. Los que no salían nunca de su estación no llegaban a dominarlo y tropezaban sin remedio.

—¿Y tú, abuelo...? ¿Estás solo?

—Sí.

La luz de la linterna iluminaba tan solo lo que había más adelante. Artyom no podía verle la cara al viejo. Probablemente no habría visto nada que no conociera: una barba y arrugas profundas.

Recorrieron medio centenar de travesaños sin detenerse. La mochila con el aparato de radio pesaba cada vez más y se hacía notar. El sudor les empapaba las sienes y les bajaba por la espalda.

—En otro tiempo tuve una mujer. En la Sevastopolskaya.

—Entonces, ¿vives en la Sevastopolskaya?

—Vivía.

—¿Te dejó? —Artyom pensó que eso sería lo más probable—. Tu mujer...

—No, yo la dejé a ella. Para escribir el libro. Pensé que esto era más importante. Quería dejar algo para la posteridad. Mi mujer no me lo habría consentido. ¿Entiendes?

—¿Dejaste a tu mujer para escribir un libro? ¿Y ella... te dejó marchar?

—Me escapé. Y cuando por fin regresé, ya no estaba.

—¿Se había ido?

—Murió.

Artyom pasó a la mano izquierda la bolsa con el traje aislante, que hasta entonces había sostenido con la derecha.

—No sé.

—¿Qué?

—No sé si lo entiendo.

—Pues claro que lo entiendes —dijo el viejo, fatigado pero con convicción. De pronto, Artyom sintió miedo.

Miedo de hacer algo irremediable.

Siguieron contando en silencio los travesaños y oyeron el eco de un borboteo y un gemido lejano. Era el metro, que estaba digiriendo a alguien.

No temían que se les acercara ningún peligro por detrás. Miraban tan solo hacia delante y clavaban los ojos en el túnel, en aquel pozo lleno de tinta, atentos por si descubrían en el suelo la más mínima agitación que pudiera anunciar la presencia de una criatura siniestra y sin nombre, por si podían detectarla antes de que emergiera de la oscuridad. Pero no tenían ojos en la nuca.

Más les habría valido.

Cric-crac. Cric-crac.

Poco a poco, sin hacer apenas ruido, se les metía en los oídos. Pero no se dieron cuenta hasta que ya fue demasiado tarde para darse la vuelta y empuñar

las armas.

—¡Eh, vosotros!

Si alguien hubiera querido soltarles una descarga de plomo en la espalda y dejarlos echados de bruces en tierra, con el rostro sobre los travesaños podridos, habría tenido tiempo de sobra. Recordemos que en el túnel nadie puede entretenerte con sus propios pensamientos. El túnel se pone celoso enseguida. Cuán rápido olvidas, Artyom.

—¡Alto! ¿Quién vive?

La mochila y la bolsa le entorpecían los movimientos y le impedían apuntar.

Una dresina emergió de la oscuridad.

—¡Hola! ¡Soy amigo!

Era el guardia. Cotangente. Iba solo en la dresina. No cabía ninguna duda de que era un hombre valeroso. Había dejado su puesto y los había seguido hasta allí. Lo empujaba el *dur* que se había fumado.

¿Qué diablos quería?

—Lo he pensado bien, chicos. Podría llevaros hasta la próxima estación.

Les regaló a ambos su mejor sonrisa, con toda su belleza desdentada y agrietada.

Por supuesto que la espalda de Artyom estaba muy interesada en viajar en dresina y no tener que derrengarse con el viaje a pie.

El joven recorrió con la mirada al buen samaritano: chaqueta acolchada, entradas en el cabello, ojeras hinchadas. Sus diminutas pupilas brillaban como la luz que se filtra por el ojo de una cerradura.

—¿Cuánto quieres por llevarnos?

—Nada. Eres hijo de Sukhoy. Del jefe de estación. Te voy a llevar gratis. Por la paz en el mundo.

Artyom sacudió los hombros y se desprendió de la mochila. Entonces se pudo sentar con mayor comodidad.

—Gracias —dijo, tras un breve instante de duda.

—¡Por favor, no hay por qué darlas! —respondió el guardia, y agitó ambos brazos, como para apartar de su cabeza la niebla que se había acumulado después de muchos años de fumar—. Ya eres mayorcito, sabes ir por el mundo. ¡Hay que calibrarlo todo bien! ¡Si no, nada funciona!

No dijeron nada más hasta que hubieron llegado a la Rizhskaya.

—¿Me traéis un cargamento de mierda?

Lo primero que se encontraron —antes incluso que la guardia de la estación — fue un tío de cabeza rapada, mejillas angulosas y las orejas ligeramente enroscadas. Tenía los ojos algo oblicuos y de color de cemento, como el cielo. La chaqueta de cuero le quedaba pequeña, y la camisa abierta dejaba a la vista un Jesucristo bastante grande que los miraba desde la cruz, sereno y confiado en sí mismo, entre tatuajes azules y vello espeso.

El tío sujetaba un cubo de latón entre las piernas y llevaba colgada del hombro una bolsa a la que daba golpecitos, en un intento por hacer que sonara con un tintineo tentador.

—¡Yo pago más que nadie!

El tintineo sonaba más bien escaso.

En otro tiempo la estación se había encontrado bajo el mercado de Riga, que toda Moscú conocía por sus rosas baratas. El día en que aullaron las sirenas, los hombres y mujeres habían tenido siete minutos para entenderlo, para creerlo, para recoger toda su documentación y correr hacia la boca de metro más cercana. Los astutos floristas eran los que se hallaban más cerca y fueron los primeros en entrar. Apartaron a codazos a los otros condenados a muerte.

Cuando todo el mundo empezó a preguntarse cómo iban a vivir bajo tierra, volvieron a abrir las puertas herméticas, sacaron al exterior montones de cadáveres y regresaron al mercado a buscar rosas y tulipanes. Se habían marchitado, pero aún les valdrían para un herbario, y los habitantes de la Rizhskaya siguieron comerciando durante mucho tiempo con las flores secas. Aun cuando se cubriesen de moho y estuvieran irradiadas, había quien las compraba, porque no se encontraba nada mejor en todo el metro. Al fin y al cabo, el amor y el luto siguieron existiendo... ¿y cómo habrían podido vivirlos sin flores?

Con rosas secas, con el recuerdo de una felicidad que parecía muy cercana, pero que no podría recuperar jamás, la Rizhskaya desplegó sus alas para echarse a volar. No era posible cultivar flores en el subsuelo. A diferencia de las setas y de los seres humanos, necesitaban el sol. Y la fuente que en otro tiempo había parecido inagotable —el antiguo mercado— se secó.

Llegó la crisis.

Los habitantes de la Rizhskaya se habían acostumbrado a la buena vida, pero llegó el momento en que tuvieron que pasarse sin la mitad de sus raciones, y probablemente habrían terminado por devorar ratas, como solían hacer los pobres diablos de otras estaciones que no habían tenido la suerte de encontrar más alimento que ese. Pero su sentido comercial los salvó de ese destino.

Analizaron las posibilidades que tenían a mano, analizaron las ventajas que conllevaba su situación en la red de metro, y propusieron un acuerdo a las

estaciones que se hallaban más al norte: les comprarían los excrementos de cerdo sobrantes y los revenderían al resto de estaciones como abono para sus propios champiñones. La VDNKh aceptó la propuesta, porque lo cierto era que aquel producto les sobraba.

Así fue como la Rizhskaya, una estación amenazada por la pobreza más severa, al borde de la desaparición, conoció un segundo período de prosperidad. La nueva mercancía olía distinto de la antigua, pero nadie dudó en aceptarla. Eran tiempos difíciles y no podían mostrarse muy exigentes.

—Eh, muchachos, ¿no me diréis ahora que venís sin nada?

El rapado se sorbió los mocos. Su decepción era bien visible.

Entonces, con cierto retraso, compareció un montón de individuos armados con cubos similares que se pusieron a gritar sin freno:

—¡Mierda!

—¿Alguien trae mierda? ¡Pago en metálico!

—¡Yo pago una bala por kilo!

En aquel lugar, igual que en el resto del metro, se pagaba en cartuchos de Kalashnikov. Era el único medio de pago fiable que aún existía. El rublo había perdido todo su sentido desde el primer instante: en un mundo como aquel no había nada en lo que se pudiera respaldar su valor, porque una palabra de honor ya no valía para nada y el Estado tampoco existía. Los cartuchos eran algo muy distinto.

Los billetes de banco se habían utilizado durante mucho tiempo como papel de fumar. Por lo general se valoraban más los de mayor valor, porque solían estar más limpios, ardían mejor y no dejaban tanto hollín. Las monedas eran juguetes para los niños pobres que no podían permitirse los casquillos de cartucho. El precio de todas las cosas se calculaba en «balas». Ese era el nombre más familiar que se daba a los cartuchos.

Un cartucho por kilo en la Rizhskaya. En la Sevastopolskaya se llegaban a pagar tres. Por supuesto que no todo el mundo se entusiasmaba por este tipo de «negocio». Aún mejor: así había menos competidores.

—¡Lárgate, Lyokha! ¡Yo estaba primero en la cola!

Un bigotudo ágil, de piel oscura, le dio un empujón en el Cristo al hombre tatuado. El otro le enseñó los dientes, pero retrocedió.

—¿Qué buscas aquí, maldito?

Irrumpió entre ellos un tercero, un hombre calvo con las mejillas de color azul ceniciente.

—¿Tú te has creído que solo por ponerte más adelante que nadie en el túnel te vas a quedar con toda la mierda?

—¡Mira cómo me habla el julandrón este!

—A ver, por favor, todos tranquilos... esos dos vienen con las manos vacías.

—¡Me lo voy a creer cuando lo vea!

El rapado del crucifijo, Lyokha, tenía buen olfato. Cotangente tampoco traía nada que declarar. Abrió ambos brazos con buen humor e hizo bajar a Artyom y a Homero.

—¡Esto son todos mis dominios!

Y entonces se puso a silbar una melodía espantosa y volvió a sumergirse en la penumbra con su dresina.

La guardia se dio a conocer a los recién llegados de acuerdo con los protocolos y los dejó pasar. Los molestos comerciantes volvieron a desaparecer en los nichos de donde habían salido. El único que se quedó fue el primero, al que habían llamado Lyokha. Saltaba a la vista que era el que estaba más hambriento.

—¿Queréis que os haga una visita guiada por la estación, muchachos? Esto tiene un montón de atracciones para los turistas. ¿Cuánto hace que no veis un tren? Nosotros hemos instalado nuestro hotel dentro de uno. ¡Las habitaciones son de lujo! Hay electricidad. En el pasillo. Os podría hacer de guía por un precio con descuento.

—Ya conozco este lugar —le replicó Artyom con toda su paciencia, y siguió adelante. Homero lo seguía, arrastrando los pies.

En su aspecto original, la Rizhskaya se había distinguido por dos colores alegres: el rojo y el amarillo. Pero quien quisiera volver a verlos habría tenido que arrancar con las uñas la capa de mugre que recubría las baldosas. Uno de los dos túneles había quedado bloqueado por un convoy de metro sin vida que se utilizaba como vivienda. El otro túnel era el único que garantizaba la subsistencia de la estación.

—¿Conocéis nuestro bar? Hace poco que ha abierto. Se vende un *braga* de primera clase. Aunque digan que...

—No, gracias.

—Pues tendréis que buscar una manera de mantener el buen humor, muchachos. La Prospekt Mira está cerrada. En cuarentena. Han puesto una barrera en la vía con ametralladoras y perros. ¿No estabais al corriente?

Artyom se encogió de hombros.

—¿No se puede entrar de ningún modo? ¿Es posible acercarse a ellos y hablar sin que disparen?

Lyokha resopló.

—Inténtalo. Los de la Hansa han lanzado una gran campaña contra la corrupción. Un intento de soborno te puede costar muy caro. Aunque los que

pagan de verdad no suelen tener grandes problemas. Su propia gente es corrupta. Pero tienen que meter a alguien en la cárcel de vez en cuando.

—¿Y a qué se debe la cuarentena?

—A una enfermedad de las setas. Una especie de moho. No está claro si viene por el aire o si la transportan las personas. Por eso han interrumpido las comunicaciones.

—Me persiguen —murmuró Artyom—. No me dejan en paz.

—¿Cómo dices?

Lyokha frunció el ceño.

—Al diablo con las setas —dijo Artyom con voz clara.

—Entiendo —respondió Lyokha—. Son un mal negocio.

Algunos hombres pasaron por su lado arrastrando cubos de hojalata. Por un momento pareció que Lyokha quisiera ir tras ellos, pero entonces se detuvo. Era evidente que aquellos dos turistas tan tercos le interesaban mucho más.

—Está claro que el vuestro es mucho más divertido —observó Homero.

—No corras tanto, abuelo —le replicó Lyokha, volviendo a arrugar la frente—. No todo el mundo ha nacido para broker. Se precisan dotes naturales.

—¿Para broker?

—Pues claro. Como yo. Como los muchachos que estaban ahí atrás. Para broker. ¿Cómo piensas que nos llamamos?

Homero no logró proponerle una alternativa. Estaba demasiado ocupado en contener una sonrisa. Pero por mucho que se esforzara, no logró evitar que las comisuras de sus labios se torcieran hacia arriba.

Entonces su rostro volvió a cambiar. Su mirada se volvió fría y angustiosa, como la de un muerto. Sus ojos se habían clavado en algo que se hallaba al otro lado del broker.

—Mejor que no digas nada —lo sermoneaba Lyokha, sin darse cuenta de que este, de pronto, se había quedado como sordo—. Hoy en día la mierda es el combustible que mantiene la economía en movimiento. Si no, ¿cómo crecerían las setas? ¿Qué abono les echarían a los tomates de la Sevastopolskaya? Así que mejor que tengas cuidado con lo que dices.

Homero asintió con la cabeza cuando Lyokha estaba a media frase y trató de apartarse del broker y de Artyom. Este lo seguía con la mirada sin comprender qué era lo que había visto.

A pocos pasos de distancia había una joven rubia que les daba la espalda. Estaba besando a un broker de carnes abundantes y aire poco serio. Este trataba de apartar disimuladamente el cubo con el pie para que no le estropeara el momento de romanticismo.

—¿Tú te crees que nos vamos a hacer ricos con esto? —le decía Lyokha a

Artyom, porque el viejo ya no estaba a su alcance.

Entretanto, Homero se había acercado a la parejita y trataba de encontrar el ángulo adecuado para verles la cara a los amantes. ¿Había reconocido a alguien? En cualquier caso, no osaba entrometerse y sacarlos a ambos de su arrumaco.

—¿Qué pasa?

La bola de carne debía de haberlo visto con la arruga de la nuca.

—¿Tienes algún problema, viejo?

El rostro de la muchacha, que había dejado de besar al hombre, estaba sudado y lleno de arrugas, como suele quedar la ventosa de una sanguijuela cuando nos la arrancamos del brazo. No era el rostro que buscaba Homero. Artyom lo adivinó sin necesidad de preguntárselo.

—Disculpen.

—Vete a tomar por culo —replicó la sanguijuela.

Homero regresó con Artyom y con Lyokha. Su nerviosismo se había apaciguado, pero no se había extinguido del todo.

—Es que me he equivocado —explicó.

Artyom no le preguntó nada. No quería volver a abrir la espita de las revelaciones del viejo por miedo a que el torrente de palabras se transformara en inundación.

—Pero por supuesto que ella sería incapaz de estar con ese... —se decía Homero a sí mismo—. Soy un viejo imbécil...

—Entonces, ¿estáis sufriendo pérdidas con el negocio? —le preguntaba Artyom a Lyokha.

—Pues depende de lo que consideremos pérdidas... Las aduanas de la Hansa se quedan con el cincuenta por ciento de lo que sacamos por cada partida de mierda. Pero ahora, por culpa de la cuarentena...

La Hansa... así era como se llamaba la alianza de las estaciones que se hallaban en la Línea de Circunvalación. Sus mercados y aduanas regulaban el tránsito de todas las mercancías por el metro. Para evitar los riesgos de un viaje entre un extremo y otro de la red, los comerciantes transportaban sus mercancías hasta el mercado más cercano —que por sistema se hallaba en las estaciones donde las líneas radiales tenían transbordo con la de circunvalación— y dejaban el resto en manos de los mercaderes locales. También preferían depositar sus ganancias en uno de los bancos de la Hansa. Así podían estar seguros de que no habría un cómplice que los vigilara mientras cerraban el trato y luego los siguiera hasta el túnel para cortarles la cabeza. Y si alguien se empeñaba en transportar sus propias mercancías por la Hansa, tenía que pagar aduana. Y así la Hansa se enriquecía más y más, con independencia de cómo estuvieran las otras estaciones. No había nadie en el metro que se atreviera a darles órdenes. Sus

ciudadanos estaban orgullosos y satisfechos de esa circunstancia. Todos los demás soñaban con lograr que un día los aceptaran como ciudadanos de la Hansa.

Desde más o menos la mitad del andén hasta la entrada del túnel se alineaban dresinas cargadas de mercancías. No podían ir más allá de la Rizhskaya. El oficio del broker consistía tan solo en adelantarse a todos los demás en adquirir mercancías en el túnel norte y volver a venderlas en el túnel sur. Después eran otras personas quienes se encargaban de comercializarlas.

—Todo el negocio se ha parado —se quejaba Lyokha—. Esos cerdos han vuelto a cerrarnos el grifo a los emprendedores. ¡Monopolistas de mierda! Nosotros hacemos en serio nuestro trabajo, pero a ellos ¿qué les importa? ¿Quién les ha dado permiso para hacerse ricos a nuestra costa? Yo tengo que faenar día tras día mientras ellos se ponen cada día más gordos. ¡A esto se le llama opresión, qué diablos! ¡Tendrían que respetar el libre comercio, y entonces la red de metro entera prosperaría!

A pesar del mal olor, Artyom sintió cierta simpatía por el joven. La conversación empezaba a ponerse divertida.

—A la Hansa le va muy bien —dijo entonces Artyom—. En cierta ocasión tuve que trabajar allí. En la Paveletskaya, en la Línea de Circunvalación. Durante un tiempo tuve que vaciarles la mierda. Me condenaron a un año de trabajos forzados. Pero al cabo de una semana logré escapar.

Lyokha asintió.

—Pues entonces ya has pasado por tu bautismo de fuego.

—Metían toda la mierda en fosas y pozos. Les daba vergüenza venderla.

Lyokha sonrió con amargura.

—Ellos pueden permitírselo.

Sacó una pitillera con papel de fumar y una petaca y ofreció tabaco a sus dos acompañantes. Homero le dijo que no le apetecía, pero Artyom aceptó. Se quedó bajo una de las bombillas que colgaban del techo y se sumergió en las letras que había escritas en el papel de fumar. Eran páginas de libro amarillentas. Las letras habían sido impresas con gran esmero.

Alguien había arrancado a mano el trozo de papel. Naturalmente, lo había arrancado con la intención de utilizarlo para liar un cigarrillo con tabaco casero, y no para que alguien pudiera leer un texto que ya no podía interesar a nadie:

... y la joven fuerza de la gravedad.

Así empezó el poder de unos pocos.

Y ahora hay que vivir en un tiempo

sin lobo ni tapir,

el cielo está preñado de futuro,

de trigos de un éter saciado.
Y los conquistadores han hecho su ronda
por los cementerios del verano
y han roto las alas de las libélulas...

Y después de las alas de las libélulas no había nada más. Artyom llenó aquellas letras sin sentido con su hierba, lió el cigarrillo, humedeció los bordes con saliva, los unió, y pidió fuego. Lyokha encendió un mechero que había montado dentro de un casquillo de ametralladora. El papel se quemó con un olor agradable y dulzón. La hierba era espantosa.

—Entonces, ¿tenéis prisa por ir a la Prospekt? —susurraba Lyokha. La humareda lo obligaba a cerrar los ojos.

—Sí, a la Hansa. Sea como sea.

—¿Tenéis visado?

Volvieron a dar una calada. Homero tuvo un ataque de tos por culpa del humo de los otros dos. Artyom no se fijaba en él.

—¿Qué me vas a pagar?

—Dime tú mismo el precio.

—El precio no lo pongo yo, hermano. Lo decidirán otros. Yo me limitaré a llevaros con ellos.

—Pues hazlo.

Lyokha les propuso ir a tomar un trago antes de partir a un bar muy animado que se llamaba La última vez. Pero Artyom tenía en la cabeza el probable origen del alcohol que se servía en aquella estación.

Se pusieron de acuerdo en pagarle a Lyokha diez cartuchos por acompañarlos y por ponerlos en contacto con los otros. Era un acuerdo justo y amistoso.

La barrera iba de una pared a otra del túnel e impedía el acceso a la estación Prospekt Mira. Formalmente, las únicas estaciones que pertenecían a la Hansa eran las de La línea de Circunvalación. Las estaciones de las líneas radiales a las que en otro tiempo se había hecho transbordo desde la Línea de Circunvalación eran, en teoría, independientes. Pero tan solo en teoría. Si había que bloquear una, la Hansa no se andaba con rodeos.

Los guardias fronterizos de la Hansa, reconocibles por su uniforme de camuflaje gris, enfocaban la luz blanca y desagradable de sus linternas a la cara de los transeúntes, les gritaban y les exigían que se marcharan por donde habían venido. Un cartel en el que estaba escrita la palabra ¡CUARENTENA! entre signos

de exclamación se levantaba cual espantapájaros al extremo de un poste. Los guardias se negaban a hablar con los mercaderes. No querían ni mirarlos a los ojos. Se habían calado hasta las cejas las viseras de sus quepis moteados. La única manera de superar aquella barricada habría sido tomarla por asalto.

Lyokha, como buen broker, buscó caras conocidas bajo los quepis. Acabó por acercarse a uno de los rostros que se ocultaban bajo las viseras y le susurró algo, se volvió a medias hacia Artyom, le guiñó un ojo y le hizo un gesto con la barbilla para indicarle que se acercara.

—¡Estos están arrestados! —anunció el rostro que se ocultaba bajo la visera cuando la multitud se puso a gritar y a exigir que le explicaran por qué habían dejado pasar a aquellos tres—. ¡Todo el mundo atrás! ¡No permitiremos que nos infectéis!

Cruzaron la estación acompañados por los guardias. El silencio era casi total. Los puestos de comercio estaban cerrados con tablones de madera; los posibles compradores se hallaban al otro lado de la barrera, las desaliñadas vendedoras del mercado se helaban el culo sobre el granito y parloteaban sobre la vida, la muerte y el destino. Y estaba casi a oscuras. Como el mercado no funcionaba, era mejor ahorrar electricidad. En otro tiempo había habido mucha animación. La Prospekt Mira se encontraba en un lugar céntrico y por ello sus habitantes podían recuperar todo tipo de bienes de su entorno inmediato. Tenían ropa para todos los gustos, estantes para libros —en otro tiempo, Artyom no habría podido pasar por su lado con indiferencia—, todo tipo de *smartphones* inútiles, entre los que de vez en cuando aparecía alguno que funcionaba, con fotografías de colores que le daban a uno la sensación de haberle arrebatado la memoria a alguien... ¿Y si se hubiera comprado uno? Para, a lo sumo, acordarse de los niños de otro. Ya no servían para llamar a nadie. Y armas, por supuesto. De todo tipo. Se pagaban siempre con cartuchos. Vende lo que quieras sacarte de encima y compra lo que necesites, y esfuérzate por seguir adelante.

Los guardias vigilaban de cerca a Artyom y a Homero para que no escaparan, y los condujeron hasta el lugar donde empezaba el pasillo que conectaba la línea radial y la de circunvalación. Una vez allí tuvieron que esperar frente a una puerta de hierro en una pared blanca.

Al cabo de diez minutos los llamaron para que entraran.

Tuvieron que agacharse, y volverse a agachar, y agacharse por tercera vez. Las áreas de servicio tenían el techo tan bajo que parecían construidas para morlocks. De todos modos, la nueva generación, la que ya había nacido bajo tierra, solía tener el cuerpo muy pequeño. Habría podido pasar perfectamente por allí.

En la pequeña habitación había dos hombres. El primero llevaba gafas, no

le quedaba ni un solo cabello y la anchura de su rostro era impresionante. El resto del cuerpo estaba oculto bajo una mesa maciza y pulimentada. Casi daba la impresión de que la cabeza fuera totalmente independiente.

El otro hombre no destacaba por nada.

El que no llamaba la atención dijo:

—El jefe de estación suplente de la Prospekt Mira, Línea de Circunvalación, Sergey Sergeyevich Roshin.

Y señaló con gesto respetuoso al de cara ancha.

—Os escucho —dijo este con una sólida voz de bajo.

—Ocurre lo siguiente, Sergey Sergeyevich —dijo Lyokha—. Estos muchachos quieren entrar en la Hansa. Disponen de visados.

La cabeza con gafas volvió hacia ellos su nariz de grandes dimensiones con un gran esfuerzo, como si hubiera estado oxidada, y respiró ruidosamente. Entonces hizo una violenta mueca. Era obvio que los brokers entraban en muy raras ocasiones en aquel despacho.

—¡El acceso al territorio nacional de la Hansa ha quedado prohibido con efectos inmediatos hasta nueva orden! ¡Y punto! —exclamó Roshin.

Entonces la situación se volvió desagradable.

—¿No existe ninguna alternativa? —preguntó Artyom con voz malhumorada, aunque Lyokha siseara para frenarlo.

—¿Qué alternativa se te ha ocurrido? Sobornar a un representante de las autoridades, ¿no? ¡Mira, dejémoslo estar, y que no se hable más de ello! ¿Te ha quedado claro, o no? —dijo la cabeza de Roshin con voz severa—. ¡Los otros habitantes del metro no pueden pasar! ¡No se os habrá ocurrido que os reconoceremos ese derecho solo a vosotros! ¡Por eso hemos decretado la cuarentena, porque si no esta situación podría descontrolarse! ¿Lo entendéis, o no? ¡Y nosotros estamos aquí para que se cumpla el decreto y nos vamos a preocupar de que se cumpla hasta el último detalle, porque aquí hay mucho en juego, vosotros mismos lo sabéis! ¡Control fitosanitario! ¡Por la putrefacción seca! ¡Esta conversación ha terminado!

Cuando Roshin calló, la habitación entera quedó en silencio, como si su expresión de rechazo hubiera sido una cinta de casete que hubiera llegado al final. Un clic y la música había enmudecido.

La mirada de Roshin abrasaba a Artyom y a Lyokha a través de los gruesos cristales de sus gafas, y a estos el silencio les pesaba más y más. Como si hubieran esperado algo de ellos.

Una mosca del estiércol pasó zumbando... enorme como un bombardero.
¿La habría traído Lyokha dentro del bolsillo?

Artyom abrió ambos brazos.

—Pues entonces tendrá que ir por arriba. Eres un farsante, Lyokha...

—Pero tendrás que pagarme los diez...

—¿Cómo que vas a ir por arriba? —intervino por fin el hombre que no llamaba la atención—. Sería muy peligroso.

A diferencia de Roshin, no había arrugado la frente ni resoplado durante toda la conversación. De hecho, daba la impresión de que no solía mover la cara. Tenía un rostro liso, de facciones serenas y voz adormecedora.

—Sergey Sergeyevich ha expresado la posición oficial. Es comprensible, está de servicio. Y Sergey Sergeyevich ha esbozado el problema con sumo acierto: nuestro deber consiste en impedir que se expanda la podredumbre seca, una extraña infección que destruye los champiñones. Si se les ha ocurrido a ustedes un posible compromiso, tendrían que discutirlo con él. La situación es seria. Cien cartuchos por los tres.

—Yo no voy con ellos —dijo Lyokha.

—Cien cartuchos por los dos.

Artyom miró a Roshin. Aquella transgresión de las reglas tendría que haberlo encolerizado. Pero no, el jefe de estación suplente no reaccionaba en absoluto. Era como si el hombre que no llamaba la atención hablara en una especie de infrasonidos que los oídos de Roshin no alcanzaban a captar.

Cien cartuchos.

Tres cargadores y pico de los seis que se había llevado Artyom. Tan solo para poder entrar en la Hansa. Y el viaje no había hecho más que empezar. Sin embargo... todas las otras rutas, incluida la que los llevaría por la superficie, podían salirles mucho más caras. Por ejemplo, podían costarles la cabeza.

Observó el plano que tenía frente a los ojos: podían llegar a la Paveletskaya con las prácticas y veloces dresinas de la Línea de Circunvalación, y una vez allí podrían ir directamente, en muy poco tiempo, sin hallar dificultades ni obstáculos, hasta la Teatralnaya. Así no tendrían que cruzar las fronteras de la Línea Roja ni acercarse demasiado al Reich...

—De acuerdo —aceptó Artyom—. ¿Los quiere ahora mismo?

—Por supuesto —respondió con gentileza el hombre que no llamaba la atención.

Artyom dejó la mochila en el suelo, abrió los bolsillos, cogió los cargadores que llevaba escondidos en el fondo. Sacó de uno de ellos unos pocos cartuchos relucientes y puntiagudos y los dejó sobre la mesa.

—Diez.

Entregó esta primera cantidad a Sergey Sergeyevich.

—¡Qué poco tacto tiene usted! —dijo el hombre que no llamaba la atención, visiblemente decepcionado. Se puso en pie y recogió los cartuchos—.

¡Este hombre está de servicio! ¿Para qué cree usted que estoy aquí?

Por fortuna, Sergey Sergeyevich no se había fijado en los cartuchos.

Con rostro ceñudo e inexpresivo, carraspeó y se puso a ordenar los documentos que tenía sobre la mesa. Los iba pasando de un montón a otro. Actuaba como si estuviera solo en el despacho. Parecía que sus órganos sensoriales no captaran la presencia de los demás.

Ocho, nueve, diez. Cien.

—Todo está correcto —concluyó el que no llamaba la atención—. Muchas gracias. Los acompañarán a ustedes.

Lyokha se golpeó con alegría el Cristo.

—¡Y no me vuelvan con esas! —dijo Roshin, que de pronto había levantado la cabeza—. ¡Hay algunos principios que se tienen que mantener! ¡En un momento tan difícil que exige solidaridad! ¡Es la podredumbre seca! ¡No podemos hacer excepciones! ¡Adiós!

Homero, que durante todo el rato había estado callado de pura sorpresa, se inclinó con genuino respeto frente a la cabeza parlante.

—Ha sido un placer —dijo.

—¡Adiós! —repitió la cabeza.

Artyom cargó la mochila a hombros. El movimiento fue tan brusco que un canto de metal se asomó por la parte de arriba.

Entonces, de pronto, Sergey Sergeyevich volvió a la realidad y su cuerpo abotargado y de poca estatura —porque, sí, tenía cuerpo— empezó a levantarse.

—Eso que lleva ahí es un aparato de radio, ¿verdad? ¡Tiene todo el aspecto de un aparato de radio del Ejército, lo que implica que se trataría de un intento de introducir un artefacto no autorizado en el territorio nacional de la Hansa!

Artyom miró de reojo al hombre que no llamaba la atención. Pero este ya había guardado los cartuchos bajo la mesa, y al ver que Roshin había despertado, perdió todo interés en la realidad y empezó a asearse las uñas.

—¡Muchísimas gracias por todo! —respondió Artyom, levantó la bolsa de viaje y tomó del brazo a Homero para llevarlo hacia la salida.

—¡No te olvides de mis diez cartuchos! —gritó el broker, y fue tras ellos.

Después de que la puerta se cerrara a sus espaldas, Artyom oyó murmullos en el despacho.

Alguien los esperaba en el andén.

Pero ya no eran los guardias en uniforme de camuflaje que los habían acompañado hasta allí. Eran hombres de civil con blocs de notas abiertos en las manos. La escasa luz impedía ver lo que había escrito en sus páginas.

—Servicio de Seguridad —les explicó uno de ellos, un hombre alto, de dicción muy cuidada—. Soy el comandante Boris Ivanovich Svinolup. Hagan el

favor de entregarme todas sus armas, así como el aparato de radio. Quedan arrestados como sospechosos de espionaje al servicio de la Línea Roja.



5

ENEMIGOS

El despacho del comandante era muy cómodo. Evocaba un apartamento de soltero. Se notaba enseguida que su propietario también pasaba la noche allí: un rincón de la sala estaba separado por una cortina, y detrás de esta se asomaba una cama con una colcha de fibra sintética que parecía que le hubieran echado precipitadamente por encima. Tenía un aire casi hogareño. La alfombra, devorada por las polillas, estaba estampada con un intrincado diseño de estilo oriental. Sus detalles ya eran casi imposibles de distinguir. En el otro rincón había un ícono religioso muy adornado: rostros tristes y espadas que parecían quebradizas en manos de dedos largos y delicados.

Tras cerrar la puerta, el comandante echó una mirada circunspecta por la

habitación, recogió suspirando un par de pantuflas de peluche que habían ido a parar a lugares distintos y las metió bajo la mesa con rostro malhumorado.

—Por favor, disculpen el desorden. He tenido que salir con prisas.

Artyom y los demás se hallaban todavía en la antesala. En cuanto hubo terminado de poner orden, Boris Ivanovich les hizo un gesto para que entraran. Pero no para que entraran todos.

—¿Eres broker? —le preguntó a Lyokha, y alargó la mano para indicarle que no se acercara.

—Sí —confesó el otro.

—Pues mejor que esperes fuera, chaval. Ya hablaremos luego. Es que, ¿sabes?, tengo por costumbre comer en el despacho. Sí, como mientras trabajo. El enemigo no duerme.

Con estas palabras dejó bien claro que no quería que el fuerte hedor que desprendía Lyokha impregnara la habitación. La puerta estaba recubierta por dentro con un revestimiento de cuero acolchado. Se cerró con un sonido metálico.

—Siéntense, por favor.

Arrojó al suelo un par de migajas que habían quedado sobre la mesa, echó una mirada a su taza de porcelana decorada con bonitas imágenes de plantas de color azul y chasqueó la lengua. ¿Acaso les iba a ofrecer té? No, Boris Ivanovich no era tan amable. Apartó a un lado la lámpara de latón con la pantalla de vidrio verde para que no los deslumbrara. Y los interrogó desde su confortable penumbra.

—¿De dónde vienen ustedes?

—De la VDNKh.

—Ajá.

Boris Ivanovich esperó a que el nombre VDNKh se le disolviera en la lengua como un caramelo vitaminado, se frotó la nariz y rebuscó visiblemente en el fondo de su memoria.

—¿Cómo se llamaba el máximo dirigente? Alexander Nikolayevich Kalyapin, ¿verdad? ¿Lo he dicho bien?

—Kalyapin se jubiló hace más de medio año. Ahora el jefe de estación es Sukhoy.

—Sukhoy... ¡ah, sí, Sukhoy! El exdirector de Seguridad, ¿verdad que sí? ¡Un colega, entonces! —El comandante estaba visiblemente complacido—. ¡Me alegro por él!

—Por supuesto.

—¿Y entiendo que usted es de allí? —Svinolup pasaba las páginas del pasaporte de Artyom—. ¿En qué función sirve usted?

—Soy stalker —respondió Artyom.

—Me lo había imaginado desde el principio. —Boris Ivanovich se volvió hacia Homero—. ¿Y usted?

—Yo soy de la Sevastopolskaya.

—¡Ah, eso también es interesante! No se puede decir que seamos vecinos. ¡La Sevastopolskaya! Allí gobierna Denis... Denis... vaya por Dios, cómo era el patronímico...

—Mikhailovich.

—¡Exacto! Denis Mikhailovich. ¿Cómo le va todo?

—Todo conforme.

—¡Todo conforme... y en uniforme! —Boris Ivanovich le guiñó un ojo a Homero—. En cierta ocasión tuve el placer de conocerlo. Debo decir que merece todo mi respeto. Es un profesional de verdad, hmmm...

Svinolup miró de nuevo al interior de la taza, como si esperara que se llenara por sí misma. Entonces se tocó las mejillas con precaución. Había algo extraño en ellas, pero a la media luz Artyom no alcanzaba a distinguir de qué se trataba exactamente. Parecía que el rostro del comandante estuviera... ¿pintado?

La apariencia de Svinolup, en conjunto, era agradable. Se trataba de un hombre alto, de frente amplia, con entradas que hacían que pareciese aún más amplia. Con todo, su figura, que evocaba un gran número de horas pasadas en hacer deporte durante su juventud, había perdido algo de forma por el excesivo trabajo de oficina. Los contemplaba desde la penumbra con ojos cálidos y penetrantes. Su apellido, que en ruso significa «bastón para cerdos», no cuadraba con su aspecto. En su caso parecía casi un insulto. No era un sencillo hombre del pueblo.

—¿No será usted judío? —le preguntó Boris Ivanovich a Homero.

—No. ¿Por qué?

—No. ¿Por qué? —repitió su anfitrión, riéndose—. Ahora lo tengo muy claro: me cae usted bien. A diferencia de muchos de mis colegas, yo siempre trato a sus correligionarios con una gran piedad...

—No soy judío. Ya ha visto usted mi pasaporte. ¿Tendría alguna importancia si lo fuera?

—¡El pasaporte! Los pasaportes se pueden falsificar. Pero no me estoy refiriendo a su pasaporte, sino a su constitución espiritual. En cualquier caso, y para responder a su pregunta: ¡No tiene la más mínima importancia! Esto no es el Reich, téngalo usted claro.

Las manecillas de un reloj mecánico con pesos hacían tic tac desde la pared. Se trataba de un modelo sencillo, con un cristal redondo en un marco de plástico azul. En la esfera numerada había lo que parecía un cartel en el que se leía una

sucesión de letras separadas por guiones. Al pálido reflejo de la lámpara de mesa, Artyom leyó sin mover los labios: ChK - NKVD - MGB - KGB - FSK - FSB - SB SKL.

Artyom descifró los términos rusos que correspondían a estas últimas iniciales: «Servicios de Seguridad de la Comunidad de la Línea de Circunvalación». «Comunidad de la Línea de Circunvalación» era el verdadero nombre de la Hansa.

—Una pieza muy difícil de encontrar —explicó Boris Ivanovich—. Lo más probable es que haya tan solo unos pocos en toda la línea de metro. Los conocedores saben valorarlos.

—¿Tiene preguntas que hacernos? —dijo Artyom.

—Por supuesto. Un buen número de ellas. Por favor, ¿podría acercar las manos a la lámpara? Con las palmas hacia arriba...

El rostro del comandante seguía oculto en las sombras.

—Ajá... gracias. Y ahora los dedos. ¿Le importa que se los palpe? Así, como si quisiera estrecharle la mano. Vaya, tiene un buen número de callos. Y esto de aquí son trazas de pólvora, ¿verdad? Y ahora me enseñará el hombro, ¿de acuerdo? El derecho, si no le importa. No, es igual, no hace falta que se quite la camisa. Un hematoma. A mí me parece que debe de empuñar a menudo un fusil ametrallador. ¿Verdad que sí?

Todavía más raro: sus dedos transmitían la sensación de estar húmedos y pegajosos. Pero aquello no era sangre, sino... El comandante soltó las manos de Artyom y este tuvo que resistirse al impulso de olérselas.

—Soy stalker. Ya se lo he comentado.

—Sí, sí, claro. Pero los stalkers visten siempre traje de protección contra la radiactividad y guantes, ¿no es cierto? Todo esto no se lo ha hecho en la superficie. ¿Y usted, Nikolay Ivanovich? —El comandante había llamado a Homero por su verdadero nombre. Volvía a palparse las mejillas—. Tenga la amabilidad de mostrarme las manos. Gracias. Bueno, se nota que es usted un verdadero intelectual.

Svinolup reflexionaba y al mismo tiempo se frotaba los dedos. Los tenía gruesos y fuertes. Parecía que se le hubieran quedado hinchados y doloridos como consecuencia de algún esfuerzo. Como si hubiera tenido que sostener durante mucho rato una linterna, por ejemplo.

El reloj antigua marcaba el tiempo con un tictac constante: tictac, tictac, tictac. Todo el mundo aguantaba en silencio el molesto sonido. La puerta de acero los aislabía de todo lo que se pudiese oír fuera. De no ser por aquel tictac brusco y claramente audible, los hombres que estaban en la habitación habrían podido pensar que una explosión los había dejado sordos.

De repente, Boris Ivanovich volvió en sí.

—¿Puedo preguntarles qué objetivo persiguen con su visita a la Hansa?

—Estamos de paso —respondió Artyom.

—¿Adónde van?

—A la Teatralnaya.

—Son conscientes de que la introducción de aparatos de radio no certificados en el territorio nacional de la Hansa está prohibida?

—¡Eso no había sido nunca así!

—Por favor. Lo más probable es que sea la primera vez que lo intenta, Artyom Alexandrovich.

Artyom se sobresaltó al oír el patronímico «Alexandrovich». El pasaporte se lo había preparado Sukhoy. El nombre del padre biológico de Artyom era desconocido. El muchacho ni siquiera era capaz de decir el de su madre. Seguro que en otro tiempo lo había sabido, pero no lo recordaba. El tío Sasha había puesto allí su propio nombre como si él mismo hubiera sido padre de Artyom, y el joven no había tenido agallas para llevarle la contraria. Así pues, el patronímico Alexandrovich se había vuelto oficial. Luego había cambiado de apellido, cuando Melnik ordenó que le prepararan documentación nueva.

—Otra pregunta: según el sello que veo aquí, vive y trabaja usted en la VDNKh, pero el pasaporte se hizo en la Polis. ¿Viaja mucho? ¿Se desplaza a menudo hasta la Polis?

—Viví en la Polis durante un año. Trabajaba allí.

—¿No sería, por casualidad, en la Biblioteka imeni Lenina?

—En efecto.

—¿Cerca de la Línea Roja?

—No, más bien cerca de la propia biblioteca.

Svinolup se rio de buena gana.

—¿Y ahora me dirá que quiere ir a la Teatralnaya porque está cerca del teatro? ¿Y no porque las dos estaciones de transbordo pertenezcan a la Línea Roja? No me entienda mal, simplemente estoy interesado en saberlo. Mi cargo me exige que recabe información.

—Casi lo ha acertado. Queremos salir a la superficie desde la Teatralnaya.

—Con un aparato de radio del Ejército. Por supuesto. ¿A quién le quieren enviar señales cifradas desde allí? ¿A la compañía de ballet? ¿O más bien a una compañía de esqueletos...?

—Escúcheme —lo interrumpió Artyom—, no tenemos nada que ver con los rojos. Ya le he explicado que soy stalker. Se me nota, ¿verdad que sí? En el rostro, en los cabellos. Puedo ir de noche al servicio sin necesidad de encender la luz. Sí, llevo conmigo un aparato de radio. ¿Y qué hay de malo en ello? ¿Y si me

quedo atrapado en la superficie? ¿Y si alguna criatura me elige como desayuno? ¿Verdad que estaría bien que pudiera pedir ayuda?

—¿Y piensa usted que alguien iría a ayudarlo? —preguntó Boris Ivanovich.

Svinolup se inclinó hacia Artyom y su rostro emergió de las sombras. Entonces el joven entendió por qué se palpaba el rostro una y otra vez. Lo tenía cubierto de rasguños muy profundos que le habían provocado una fuerte hinchazón y supuraban. Uno de los rasguños le atravesaba una de las cejas en diagonal y, mucho más abajo, la mejilla, como si alguien hubiera tratado de sacarle un ojo al comandante y este hubiera podido cerrarlo a tiempo.

Eso explicaba también que tuviera los dedos pegajosos: la supuración de los arañazos se los había ensuciado. Las heridas estaban todavía muy frescas, sin cicatrizar. Le había ocurrido algo al comandante pocos minutos antes de detenerlos a ellos.

«He tenido que salir con prisas...».

—Puede ser —respondió Artyom con voz pausada.

¿Le convenía preguntárselo? «¿Qué le ha pasado en la cara, Boris Ivanovich?». ¿Qué ganarían con eso? Nada, como mucho un minuto de distracción.

—¿Quizá debería contactar ahora mismo con esa persona?

Boris Ivanovich sonrió. La sonrisa no le quedaba nada bien entre los rasguños.

—Le vendría bien un poquito de ayuda. Está usted registrado en una estación. Sin embargo, su documentación se emitió en otra. Lleva un arma de fuego. Con tres cargadores. Y un aparato de radio prohibido. ¿Me entiende usted? Ese aparato de radio... Tenemos todos los motivos para arrestarlo, Artyom Alexandrovich. Hasta que se aclare esta situación, por así decirlo.

¿Habría tenido que justificarse? ¿Explicarle a aquel hombre para qué necesitaba el aparato de radio? Se imaginaba ya la respuesta de Svinolup: no se había captado ninguna señal desde hacía más de veinte años, ningún indicio de que hubiera otros supervivientes. «¿A quién le quiere usted tomar el pelo, Artyom Alexandrovich?».

El comandante abandonó su parapeto. Caminó con sus botas sucias sobre la alfombra decorada con figuras que el desgaste del tiempo y la penumbra volvían casi invisibles. Se detuvo en el centro de la habitación.

—Y usted, Nikolay Ivanovich... ¿no tiene usted nada que contarme? No es necesario que me lo cuente aquí, en presencia de este joven. En su mochila hemos encontrado un diario, nada más. Tengo que decirle que sus simpáticas anotaciones se pueden interpretar de varias maneras. Puede ser que se trate de verdad de una nueva *Crónica de Néstor*, pero tal vez esté usted escribiendo un

informe para los servicios estatales de seguridad de la Línea Roja. ¿Verdad que sí?

Homero se encogió de hombros, mantuvo el pico cerrado, pero no trató de desvincularse de Artyom. Entonces Svinolup apretó un poco más las tuercas:

—Bueno, como quieran. Vivimos tiempos difíciles, y los tiempos difíciles exigen decisiones difíciles. Me entienden, ¿verdad?

Artyom buscaba la respuesta en algún lugar, por la deteriorada alfombra.

Las olvidadas pantuflas de peluche todavía asomaban por debajo de la mesa. No encajaban en aquel despacho.

Eran demasiado pequeñas para los imponentes pies de Boris Ivanovich.

¿Serían de mujer?

—Seguro que puede darme usted una explicación para todo ello. Pero por ahora no la he oído. Por favor, póngase usted en mi lugar. Por ahora me veo obligado a elaborar mi propia versión de los hechos. Y la que parece más probable...

Había tenido que salir con prisas. No había tenido tiempo para guardar las pantuflas. Tenía el rostro lleno de rasguños y sanguinolento. ¿Quién le habría...? Todo esto era lo que pensaba Artyom en vez de pensar en su propia defensa. Una mujer. Con las uñas. Por todo el rostro. Había querido arrancarle los ojos. Y no había sido ningún juego. ¿Qué le había hecho a ella el comandante?

—Que ustedes, señores, han tratado de sobornar a un representante de las autoridades y saltarse los controles fronterizos con el fin penetrar en el territorio nacional de la Hansa. Con el propósito de realizar actividades de espionaje, por supuesto, porque la Hansa es su enemiga. ¿O tal vez para preparar un atentado terrorista?

¿Qué le había hecho?

La maldita lámpara no quería dar más luz, y en la penumbra no había posibilidad de ver si habían quedado manchas rojas de sangre sobre la alfombra. El apartamento de soltero transmitía una impresión de orden, no había habido ninguna pelea, nadie había rodado por el suelo ni había muebles desplazados. Pero las pantuflas... las pantuflas habían quedado muy lejos una de la otra. La mujer había estado allí. La habían llevado hasta allí... la puerta se había cerrado con el mismo golpe metálico, la llave había girado en la cerradura. Igual que con ellos.

—La Hansa no carece de enemigos. Y todo por envidia. Pero ese aparato de radio... un aparato no declarado, no certificado, introducido de contrabando... ¿qué significa todo eso? Significa que no están ustedes solos. Su entrada no autorizada forma parte de un plan. Alguien quería coordinar sus actos. Tenían que introducirse secretamente en el territorio nacional de la Línea de

Circunvalación, organizar una célula ilegal, tal vez encontrarse con contactos para que estos les entregaran documentación falsa y luego desaparecer en la clandestinidad, y esperar la orden... para atentar en una hora convenida junto con otros terroristas que ya están aquí de incógnito.

Homero había clavado en Artyom sus ojos sinceros y transparentes. Pero este se negaba a responder e iba mirando de un lado a otro.

—¿Quién era la mujer? ¿Qué había sido de ella?

—Interpreto su silencio, como evidencia de que no tiene nada que responder. Entonces, ¿he adivinado la verdad?

El despacho tenía una única salida. Tan solo aquella puerta que ahogaba todos los sonidos. La mesa. El reloj. El teléfono. El icono. La cama en el rincón, oculta tras la cortina. La cama. Con la colcha de fibra sintética. ¿Y si encima de la cama...? La cortina era gruesa y opaca... y detrás... ¿sobre la cama...?

—¿Y bien?

Artyom abrió la boca para decir algo. Svinolup se irguió y clavó los ojos en él, sin hablar. El reloj de los chequistas marcaba una hora más tardía. Tictac, tictac, tictac. Homero se había llenado de aire los pulmones hasta el fondo y no osaba volver a vaciarlos.

Todo el mundo contenía la respiración.

La mujer había gastado sus últimas fuerzas en tratar de vaciarle un ojo a Svinolup, porque el comandante había querido asesinarla. Tal vez el hombre se había arrojado sobre ella... y la había matado.

Aquella cortina. Detrás. La cama con la colcha en su lugar. Estaba encima. En el lugar donde duerme Svinolup.

Muerta. ¿O tal vez aún vivía?

¿Tenía que saltar? ¿Apartar la cortina? ¿Echarse a gritar? ¿Empezar una pelea a puñetazos?

Todos contenían la respiración. ¿Y si la cama estaba vacía?

—¿Qué mensaje quería enviar? —El comandante parecía estar perdiendo la paciencia—. ¿A quién? ¿Desde dónde?

Artyom le miraba, como petrificado. Aguas sucias emergían de lo más profundo para inundarle el cerebro, que amenazaba con estallar de dolor.

¿Quién era? ¿Quién era la mujer? ¿Por qué la había...?

Tenía que hacer algo. No podían quedarse allí. Y la cortina... ¿en qué podía afectarlo todo aquello?

Artyom empezó a levantarse y se quedó a la mitad.

—Entonces, ¿pretendes acusarme de espionaje, comandante? ¿Al servicio de los rojos?

Svinolup sacó de la nada una Makarov pequeña, que relucía con apagado

fulgor. La dejó a un lado sobre la mesa y clavó sus negras pupilas en las de Artyom. Era demasiado tarde para volverse atrás. Tenía que forzar la puerta acolchada. Tenía que salir como fuera de aquel apartamento acogedor. Y sacar de allí al viejo.

—Has visto que tengo callos, ¿eh? ¿Y rastros de pólvora? Pues qué bien. Te voy a decir de dónde han salido esos callos. ¿Tú te acuerdas de la que se armó el año pasado en el búnker? Porque deberías. ¿Y de Korbut, de la Línea Roja? También deberías. Oye, lo tienes por colega de profesión. ¿Y aquella historia en la que la Orden perdió a la mitad de sus guerreros? Porque sostuvieron la defensa contra los rojos. ¡Contra vuestros enemigos! ¡Sí, vuestros enemigos! Cuando estuvieron a punto de apoderarse del búnker... entonces os pedimos ayuda a vosotros, a la Hansa. ¿Te acuerdas? ¡Porque pensamos que no lo conseguiríamos nosotros solos! Pero vosotros, gilipollas de mierda, teníais todas vuestras fuerzas ocupadas en un frente invisible que nadie sabe dónde estaba. ¡Es ahí donde me salieron estos callos! ¡En el mismo lugar en el que Melnik quedó para siempre en silla de ruedas!

—Arremánguese, por favor —ordenó el comandante con una voz muy distinta.

Artyom cumplió la orden con una sonrisa torcida.

«Si no nosotros, ¿quién?».

El tatuaje ya había tomado un color grisáceo.

Boris Ivanovich carraspeó.

—Bueno, ahora por lo menos está claro de dónde salió el pasaporte.

—¿Alguna otra pregunta?

—No tendría que reaccionar usted con tanto nerviosismo. Después de todo, mis motivos para arrestarlos eran sólidos. No sé si lo sabrá, pero estamos al borde de proclamar el estado de emergencia. Tan solo durante esta última semana hemos desenmascarado a quince agentes de la Línea Roja y los hemos neutralizado. Espías, saboteadores y terroristas. Por supuesto que la Orden tiene otras preocupaciones. Lo comprendo. Pero, con todo el respeto: su Orden apenas tiene idea de lo que es el contraespionaje. Tal vez crean que el destino de todo el planeta se halla en sus manos. Evidentemente piensan que la paz y la estabilidad de la Hansa se pueden dar por sentados. Pero ¿y si les digo que ayer mismo detuvimos a una persona que había logrado acceder a nuestras reservas de agua? ¿Y que le incautamos veinte kilos de raticida? ¿Sabe usted lo dolorosa que es la muerte por envenenamiento con raticida? ¿Y que un revendedor de excrementos que parecía tan inofensivo como su compañero introdujo en la Byelorusskaya una mina antitanque en el mismo contenedor en el que transportaba su mercancía? Si no lo hubiéramos arrestado a tiempo, ¿sabe usted lo que habría

ocurrido? Y tan solo le estoy hablando de los saboteadores. A los provocadores los detenemos por docenas. Agitadores. Van por ahí sembrando el descontento. Dicen que aquí reina la injusticia, que los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres, que la Hansa explota a los emprendedores y que somos unas sanguijuelas que chupan la sangre de los trabajadores de toda la red de metro... Y a veces distribuyen octavillas... ¡mire, por favor!

Le pasó a Artyom una hoja de papel grisáceo en la que el metro estaba representado como una telaraña. En el dorso de la gruesa araña que reposaba en el centro se leía: «HANSA».

—Dele la vuelta y verá lo que dice en la otra cara: «¡Pásale esta hoja a tu camarada!», o «¡Ven a la asamblea!». Sí, cosas de ese tipo. Así es como se forman las pequeñas células. Vamos a ver, ¿verdad que dos y dos son cuatro? Alguien está preparando una revolución debajo de nuestras propias narices, ¿lo entiende? De día y de noche. Y yo le pregunto: ¿Ha estado con ellos? ¿Sabe usted lo que nos espera si...? Ni siquiera van a gastar balas en nosotros. Nos matarán a golpes con barras de hierro. Y todos los seres humanos a quienes esos revolucionarios obliguen a ser felices acabarán por devorarse entre sí... después de entregar el cupón de racionamiento. ¡Sí, por favor! ¡Todo el poder para los soviets! ¿Y qué pueden hacer ustedes contra un alzamiento popular? ¿De cuántos hombres dispone todavía la Orden? ¿Treinta? ¿Cuarenta? Son una unidad de élite, sí, claro, héroes. «Si no nosotros, ¿quién?». Eso está muy bien. Pero ¿qué podrán hacer contra una masa enardecida por agentes provocadores? ¿Van a disparar contra mujeres? ¿Contra niños? ¡No, amigo mío! Ustedes son excelentes en la lucha cuerpo a cuerpo, en el asalto a posiciones enemigas, pero no basta con eso, por desgracia. ¿Tiene alguna idea de lo complicada que puede llegar a ser la vida?

Tictac, tictac, tictac.

Boris Ivanovich entrelazó las manos sobre la mesa. Pareció que el propio gesto le trajera algo a la memoria. Se quedó mirando sus dedos gruesos y fuertes. Luego volvió a palparse la mejilla.

—¿Qué quiere hacer en la Teatralnaya? —preguntó una vez más, con voz tranquila. Y luego señaló con la cabeza a Homero—. ¿Y quién es ese?

—Sigo órdenes de Melnik —respondió Artyom—. Si así lo deseas, contacta con él y pregúntale el motivo. Yo no puedo comunicárselo. El viejo hace las veces de guía. La estación a la que queremos llegar es la Paveletskaya.

Homero parpadeó al oír el nombre de Melnik. Sabía muy bien lo que Melnik pensaba de Artyom. «Ha perdido el juicio». Tampoco él lo sabía todo. El tatuaje seguía en su lugar, pero si alguien le comunicaba a Melnik que Artyom decía hallarse todavía al servicio de la Orden..., si alguien descolgaba aquel

auricular anguloso y pedía que lo pusieran con Melnik...

—Lo lleva como guía... está bien... —repitió el comandante, alargando las sílabas, y contrajo las facciones en una sonrisa—. Pero ¿no es un poco viejo? ¿Y qué pinta el broker en todo esto?

—El broker... está con nosotros.

—Estaba. Se va a quedar aquí. Se ha encargado de que usted pudiera cruzar ilegalmente el puesto de guardia, ¿verdad? En infracción del decreto de cuarentena fitosanitaria. Alguien debe de haber sobornado a los funcionarios de la Comunidad de la Línea de Circunvalación, ¿verdad? Si no lo ha hecho usted, ¿quién ha sido?

—No. —Artyom negó con la cabeza—. El broker está con nosotros.

Svinolup no escuchaba.

—El broker tendrá que... quedarse con nosotros. Y haré que a ustedes los lleven hasta la Novoslobodskaya. Por el camino más rápido. Será una preocupación menos.

Homero miró de reojo a Artyom. Este no habría sido capaz de dejar atrás a aquel joven simplón. Y todavía menos con Boris Ivanovich. En tiempos tan revueltos, no.

—Haz lo necesario para que podamos marcharnos todos. Si no quieres que llamemos a Melnik.

Svinolup golpeó la mesa con los dedos y la Makarov giró sobre sí misma. Cerró el puño y volvió a abrirlo.

—¿Me amenaza con Melnik? —dijo por fin—. Melnik me entendería. Es oficial, como yo. Sería una estupidez que se enfrentara a mí. Tenemos los mismos enemigos. Peleamos juntos, codo con codo. Ustedes a su manera y nosotros a la nuestra. Protegemos la red de metro del caos. Impedimos que se produzca un gran derramamiento de sangre. Cada uno a su manera.

Hacía calor. No había aire que respirar. Sentían el pálpito de agua turbia en los oídos. No había aire y la cabeza le daba vueltas. La cama que estaba en el rincón detrás de la cortina. Las pantuflas bajo la mesa. Solo había que agarrar la maldita cortina y... apartarla a un lado.

—Nos dejarás marchar a todos —repitió Artyom—. A los tres.

—Hasta la Novoslobodskaya. Está en mi territorio. Las gentes que se encuentran más allá no son de los nuestros. Y no quiero tener que explicarle a todo el mundo lo que pasa contigo, el broker y tu Melnik. Ya os la compondréis con quien mande allí. Y tendréis que volver a pasar por todo el papeleo.

—Ahora mismo —insistió Artyom.

—Ah, el señor quiere que lo llevemos ahora mismo...

Tictac, tictac, tictac. Los dos santos del rincón deliberaban en susurros y

empuñaban sus espadas brillantes. Homero trataba de limpiarse el sudor de la frente con el dorso de la mano, pero la frente no se le secaba.

Al fin, Boris Ivanovich descolgó el auricular del teléfono plano con teclado.

—¡Agapov! Llevad al broker hasta la salida. Sí. Eso es todo. ¿Qué? ¿Qué pasa con Leonov? Vale, pues lo recompensas como es debido. Hay que premiar el trabajo bien hecho. ¡Dios mío, tenía que ser él, un abuelito! Es muy bueno con el asunto de los Observadores Invisibles... ¡no lo dejes! —Se puso a reír—. Sí. Y solucióname lo del broker.

Artyom le dio una palmada en el hombro a Homero.

—Nos marchamos.

El viejo se levantó, pero poco a poco, como si hubiera necesitado agarrarse a algo.

—Devolvednos nuestras cosas —dijo Artyom.

—En la frontera —le prometió Boris Ivanovich, que había recuperado la seriedad—. Al final os marcháis de rositas y os meteréis quién sabe dónde. Y nos quedaremos sin saber de qué va vuestra misión. Pero no os preocupéis. Os lo devolveremos todo cuando lleguemos a la frontera.

Antes de cerrar la puerta del despacho, echó una ojeada rutinaria al interior. Todo estaba en orden. Boris Ivanovich lanzó una mirada fugaz al rincón donde se hallaba el ícono, se cuadró frente a los hombres con espadas y aureolas de santos, como si hubieran sido sus superiores, y apagó la luz. Artyom volvió la cabeza para mirar por última vez a la cortina. «En realidad es algo que no me atañe», se dijo a sí mismo.

—En la fronteeeeera vagabundean nuuubes griiiiiiiseeee —empezó a tararear Svinolup en voz baja.

La Prospekt Mira de la Línea de Circunvalación tenía un rostro muy distinto al de su hermana siamesa. Así como la estación radial era una mirada absorta a la oscuridad, en la de circunvalación tenía que apretar los párpados para evitar que le deslumbraran. La estación radial estaba repleta de aparadores, kioscos, montones de quincalla y artículos variados, y tenía un aire como de vagabundo que de pronto se encuentra sobre un vertedero de basuras. Pero aunque estuviera pegada a la de circunvalación por el pasillo de transbordo, en esta última no había entrado ni un piojo. Sus habitantes se encargaban de fregar y sacar brillo a las baldosas blancas y negras que se alternaban en el suelo, habían renovado los sobredorados del techo, e incluso el hollín que recubría el artesonado en rombos dejaba traslucir la blancura de antaño. Colgaban de él arañas de latón con

innumerables bombillas. En realidad solo ardía una, pero bastaba para iluminar toda la estación.

Una parte del andén se empleaba como terminal para el transporte de mercancías. Unos trabajadores vestidos con monos azules fumaban una sustancia aromática —obviamente no era barata— junto a una grúa con el brazo inclinado sobre una dresina. Las cajas se apilaban en hileras rectas y disciplinadas. En aquel mismo instante emergía del túnel un segundo vehículo cargado de paquetes y se oyeron palabrotas proferidas con buen humor. El trabajo estaba en marcha, la vida se vivía en toda su plenitud.

Las viviendas se hallaban bajo los arcos por los que se salía al andén, para que no ocuparan espacio en el pasillo central ni echaran a perder su belleza. Las habían construido con paredes de ladrillo, que en algunos casos habían llegado a pintar de blanco, y tenían pequeñas puertas que daban al pasillo central, e incluso les habían añadido minúsculas ventanas desde las que se podían contemplar las lámparas. Quien mirase desde el otro lado de las cortinas habría podido, con un poquito de fantasía, imaginarse que se trataba de luz crepuscular. Y si alguien llamaba a la puerta, los de dentro apartaban la cortina para ver de quién se trataba, y solo entonces le franqueaban el paso. Los seres humanos que vivían allí iban limpios, vestían ropa decente y estaban bien alimentados. Sin lugar a dudas, la Prospekt Mira se hallaba entre las estaciones en las que todavía era posible un paraíso sobre la Tierra.

Boris Ivanovich se había despedido de ellos antes de que salieran a la zona iluminada. Se disculpó y les dijo que tenía que ir a buscar al médico de urgencias. Un hombrecillo bigotudo, con un aspecto tan decente como ordinario, salió de la zona de servicios para sustituirlo, acompañado por el broker Lyokha. Este último tenía los labios agrietados, pero eso no le impedía sonreír.

—Tú te vienes con nosotros a la Novoslobodskaya —le dijo Artyom—. Y luego seguiremos hasta la Mendeleyevskaya.

—¡Adonde sea! —replicó Lyokha.

El hombrecillo se puso bien el jersey descolorido, que por supuesto no formaba parte del uniforme, sino que tenía un diseño de copos de nieve que le confería un aire hogareño. Luego le dio una palmada en el hombro a Lyokha y les hizo un gesto a los tres para que lo siguieran. Un extraño habría podido pensar que eran cuatro amigos que se marchaban por el andén. Cuatro amigos que bromeaban y se detenían un momento a fumar.

En el momento preciso llegó uno de los célebres autobuses sobre raíles de la Línea de Circunvalación: una dresina con un motor humeante que tiraba de un pequeño vagón de pasajeros. Este no tenía techo, pero si asientos acolchados que habían sacado de un vagón de metro. El revisor les cobró dos cartuchos a cada

uno. El hombrecillo del jersey pagó por el grupo entero. Se sentaron dos de cara y dos de espalda, y la dresina arrancó.

Todos los asientos del vagón estaban ocupados. A la izquierda se sentaba una mujer entrada en años con bocio y excesivamente pintada. A la derecha, un ciudadano que los miraba con ojos lúgubres, mal vestido, con una enorme nariz. Detrás de ellos, un padre joven que no había dormido, con ojeras y un fardo que le resoplaba bajo el brazo. Luego, un hombre con una panza que tan solo se podía calificar de indecente. Y una muchacha de piel algo oscura, tal vez de dieciséis años, con unas púdicas faldas que le llegaban hasta el suelo. Y también otras personas, y al final del vagón, casi enfrente de la dresina, hombres con subfusiles, chalecos de kevlar y cascos de titanio sobre las rodillas. No estaban allí tan solo para escoltar a Artyom. Incluso en la Hansa, a pesar del tráfico constante y de la iluminación que jamás se apagaba, podía ocurrir de todo en los túneles.

—¡... y además quería echar treinta kilos de veneno de rata! —La vieja del bocio y del maquillaje excesivo continuaba una conversación que, obviamente, había empezado en el túnel anterior—. Lo han pillado en el último momento.

—¡Qué monstruo! —clamaba el gordo—. ¡Veneno de rata! Tendrían que obligar a ese cerdo a tragárselo todo. ¿A cuánta gente de esa tendremos que sufrir todavía? Hace poco hubo un hombre que se escapó de los rojos... de la... de la Sokolniki. ¡Dice que la gente de allí se come a sus propios niños! ¡El Moskvin ese es el Anticristo! ¡Y ahora quiere apoderarse de todos nosotros! ¡Satán!

—Bueno... eso de los niños... —dijo, alargando las palabras, el padre que no había dormido y viajaba con su fardo—. No me creo que nadie se coma a sus propios hijos.

—¡Qué sabrás tú de la vida! —masculló en respuesta el barrigón.

Pero el otro no cedía.

—Comerse a sus propios niños... No, no hay nadie que sea capaz de eso.

—Cuando estén aquí, lo veremos —exclamó entonces el hombrecillo del jersey.

—¡Esto está cada vez peor! —seguía diciendo la mujer del bocio—. ¿Sabéis lo que ocurrió el año pasado? ¿La historia esa del búnker? ¡La Orden a duras penas logró aguantar! ¿Qué quieren de nosotros?

—¡Se mueren de hambre! —El gordo se frotaba su enorme panza—. Por eso los tenemos a nuestras puertas. Quieren quitarnos todo lo que es nuestro y repartírselo.

—¡Dios no lo quiera! —rogaba una voz de anciano desde la última fila.

—Una vez tuve que hacer transbordo en la Línea Roja. La verdad es que no

me pareció que estuviera tan mal. De hecho, lo vi todo muy pulcro. Iban todos muy bien vestidos. ¡Nos quieren meter miedo!

—Pero ¿llegaste a pasar de la zona fronteriza? ¡Yo sí! La policía me detuvo al instante y faltó poco para que me fusilaran. ¡Todo el orden que viste allí no es más que una fachada! ¡Ja!

—Son demasiado gandules como para trabajar —exclamó entonces el de la nariz larga—. Aquí creamos riqueza. Hace más de veinte años que nos afanamos para mejorar. Pero esos... esos son como una plaga de langosta. ¡Cómo no van a querer apoderarse de nuevas estaciones! En las suyas ya no queda nada. Nos lo van a quitar todo tan rápido que ni nos vamos a enterar.

—Pero ¿qué culpa tenemos nosotros? ¿Por qué tenemos que pagar el pato?

—¡Porque somos nosotros los que hemos empezado a vivir como personas normales!

—Lo más importante es evitar una guerra... Eso no puede ser...

—¡Que se coman a sus propios niños, pero que nos dejen en paz a nosotros! ¿Qué culpa tenemos nosotros...?

—¡Ah, Dios no lo quiera! ¡Ojalá no llegue a ocurrir!

Mientras duró esta conversación, la dresina traqueteó por el túnel sin grandes agitaciones y sin prisas. El humo que expulsaba tenía el agradable olor de la gasolina, que evocaba la niñez. Era un túnel modélico: seco, silencioso, e iluminado cada cien metros por una lámpara de bajo consumo.

Entonces, de repente, todo quedó a oscuras.

En todo el túnel. Las lámparas se apagaron y fue como si Dios se hubiera dormido.

—¡Frena! ¡Frena!

Los frenos chirriaron y la mujer del bocio, el hombre de la nariz larga y todos los demás, que en la oscuridad ya no se podían distinguir, cayeron unos encima de otros. El bebé gimoteó y empezó a bramar con toda la potencia de sus pulmones. El padre no tenía ni idea de cómo tranquilizarlo.

—¡No se muevan de sus asientos! ¡Que nadie baje de la dresina!

Se oyó un clic y se encendió una linterna, y luego otra. Bajo los rayos de luz que se movían de un lado para otro vieron que los soldados con chalecos de kevlar se ajustaban nerviosamente los cascos, bajaban dubitativos a las vías y se apostaban en círculo en torno al vehículo para proteger a los viajeros de lo que pudiera haber en el túnel.

—¿Qué?

—¡¿Qué ha ocurrido?!

El aparato de radio de uno de los jóvenes con chaleco de kevlar empezó a crepituar. El soldado dio la espalda a los pasajeros y murmuró una respuesta.

Aguardó una orden en vano, y como no sabía lo que tenía que hacer, se quedó inmóvil e inerme.

—¿Qué sucede? —preguntó Artyom.

—No te preocupes, aquí no nos puede suceder nada —le respondió despreocupadamente el del jersey—. ¡No me diréis que llegáis tarde a una cita!

—Ah, ya me gustaría... —dijo Lyokha entre dientes, y se chupó los labios. Homero estaba tenso y callaba.

—¡Yo sí tengo una cita! —El hombre que sostenía en brazos el fardo llorón se puso en pie—. ¡Este niño tiene que ir con su madre! ¿Qué queréis? ¿Que le dé yo el pecho?

—¿Qué sucede, muchachos? —La mujer mayor se volvió hacia los guardias. El bocio se le balanceó de un lado para el otro.

—No se levanten —respondió con voz severa uno de los jóvenes con chaleco de kevlar—. Vamos a esperar hasta que la situación se haya aclarado.

Pasó un minuto interminable. Luego otro.

El fardo que el padre poco hábil no lograba apaciguar chillaba con voz aguda. Millones de haces arrojaban luz sobre sus ojos desde la parte frontal de la dresina, enervadas, en busca del origen de los chillidos.

—¡Meteos las linternas en el culo! —gritó el padre—. ¡Ya me diréis de qué sirven ahora! ¡Si los rojos se quedaran con todo, quizá habría un poco de orden! ¡Cada día un apagón!

—¿A qué estamos esperando? —dijo en su apoyo alguien que se sentaba más atrás.

—¿Vas muy lejos? —La voz del hombre del jersey estaba cargada de compasión.

—Hasta Park Kultury. ¡Todavía falta la mitad del metro! Va, venga... cállate...

—¡Pues a mí me parece que podríamos avanzar, aunque fuese a velocidad lenta!

—¡Sí, la dresina no funciona con electricidad! ¡En marcha! ¡Por lo menos hasta la siguiente estación, y luego...!

—¿Y si fuera un sabotaje?

—¿Pues qué hace nuestro servicio de seguridad? ¿Qué hacen cuando se los necesita? ¿Qué tendría que ocurrir...?

—Sí, por Dios bendito, ¿cuándo vamos a arrancar?

—¡Si es lo que digo yo, por lo menos podríamos avanzar a velocidad lenta! Aunque fuéramos muy despacio...

—¡Y para esto pagamos impuestos!

—Esperamos instrucciones —le insistía el soldado a su radio, pero la única

respuesta era un desagradable murmullo.

—¡Es un sabotaje, está claro!

—¿Y qué es eso de ahí? —El del jersey entornó los párpados y señaló a la oscuridad con el dedo—. Iluminad ahí...

Uno de los hombres con chaleco de kevlar apuntó con la linterna donde él le señalaba... y vio un agujero oscuro. Un pasillo que salía del túnel. Un corredor angosto.

—¿Qué puede haber ahí? —se preguntaba el del jersey.

El hombre con el chaleco de kevlar le apuntó el rayo de luz directamente a los ojos.

—Nada de aventuras, señor —dijo con voz brusca—. ¡Quién sabe lo que puede haber!

El del jersey no se sintió insultado en absoluto. Se protegió los ojos con la mano para que la luz no lo molestara.

—Lo primero en lo que uno piensa es en los Observadores Invisibles... ¿Conocéis la historia?

—¿Qué historia?

—Sí... la del Metro-2. Que el gobierno... los antiguos líderes de Rusia, cuando Rusia todavía era grande... no se marcharon. No huyeron. Tampoco murieron. Que no se han ocultado en los Urales.

—Esa historia de los Urales ya la he oído. Yamandau, o como se llame..., una ciudad debajo de una montaña. ¡Todos se marcharon allí! Siguieron su divisa: que la plebe se pudra, nosotros somos los primeros de la ciudad... Parece ser que todavía viven allí.

—¡Chorradas! No es posible que nos hayan abandonado. No nos habrían traicionado nunca a nosotros, al pueblo. Todavía están aquí. En algún búnker. Alrededor de nosotros. Más bien somos nosotros los traidores. Porque los hemos olvidado. Y es por eso por lo que se han... apartado de nosotros. Pero aquí, en algún lugar... están esperando. Y todavía sufren por nosotros. Se preocupan por nosotros. Porque, para ellos, somos como niños. Puede que sus búnkeres se encuentren tras las paredes de nuestras estaciones. Y sus túneles secretos están junto a los nuestros. Se encuentran a nuestro alrededor. Y algún día, cuando volvamos a merecernoslo... se acordarán de nosotros. Y nos salvarán. Saldrán del Metro-2 y nos salvarán.

Se había hecho el silencio en la dresina. Todo el mundo contemplaba el pasillo a oscuras, el abismo envuelto en tinieblas. Entonces empezaron a hablar en susurros.

—Sí, el diablo sabrá...

—¡Todo eso son gilipolleces! —exclamó Artyom, enfurecido—.

¡Imbecilidades! Yo he estado en el Metro-2.

—¿Y?

—Nada. Túneles vacíos. Túneles vacíos y una cuadrilla de salvajes que se alimentan de carne humana. Eso es lo que son vuestros Observadores. Podéis esperarlos sentados. Para cuando lleguen ya nos habrán sacado de aquí.

—No sé —dijo el del jersey con sonrisa satisfecha—. No soy bueno para contar historias. Pero tendrías que conocer al tío que me lo explicó todo. ¡A mí me convenció!

—¿Encontraste caníbales? ¿De verdad? —Era el padre con el fardo el que le preguntaba a Artyom.

En ese mismo instante volvió a encenderse la luz.

La radio murmuró una autorización para los guardias. La dresina soltó una humareda y empezó a avanzar. Las ruedas chirriaron. No se detuvo.

Los pasajeros respiraron por fin. Incluso el niño se había callado.

Al pasar de largo frente al pasillo oscuro, todos ellos miraron con algo de miedo.

Vieron que era un rincón para dejar trastos. Un callejón sin salida.

La Novoslobodskaya era una zona en obras de la que no se veía el final. Sobre la vía que quedaba libre había una caravana cargada de sacos. Debían de ser de arena o cemento. Los trabajadores acarreaban ladrillos y mezclaban hormigón, la argamasa goteaba en el suelo, las grietas se cerraban, las bombas extraían el agua de las vías. Habían encontrado grupos calefactores en la superficie y estos arrojaban aire cálido contra el revoque todavía húmedo. Al lado de cada una de las máquinas había un guardia en uniforme gris.

—Entraba agua —aclaró el del jersey.

La Novoslobodskaya se había transformado. En otro tiempo había estado decorada con vidrieras de colores y bañada en luz crepuscular, para que los cristales fueran todavía más vistosos. Las vidrieras estaban enmarcadas en sumptuosos arcos de doble marco con sobredorados, y el suelo recubierto con baldosas de granito blanco y negro. Los pasajeros de entonces se habían sentido como si anduvieran sobre un lujoso tablero de ajedrez, un regalo del sha de Persia al zar de Rusia... pero el cemento lo había recubierto todo.

—Demasiado frágiles —murmuraba Homero.

—¿Eh? —Artyom se volvió hacia él. Hacía tanto rato que el viejo no decía nada que le resultó extraño oír su voz.

—En otro tiempo conocí a un hombre que me contó que las cristalerías de la

Novoslobodskaya se habían roto hacía tiempo, porque parece que eran demasiado frágiles. Y yo lo había olvidado. Durante todo el viaje hasta aquí he venido pensando que por fin las iba a ver.

—No importa. Saldremos de esta —decía el del jersey, confiado en sí mismo—. Salvaremos la estación. Nuestros padres lo lograron y nosotros también lo conseguiremos. Si no empieza ninguna guerra, conseguiremos lo que sea.

—Probablemente —corroboró Homero—. Pero es una sensación extraña. Nunca me habían gustado las vidrieras, y por eso mismo tampoco me gustaba la Novoslobodskaya. Siempre había pensado que eran de mal gusto. Pero ahora, mientras veníamos hacia aquí, me habían entrado ganas de verlas.

—Quién sabe... puede que también las reconstruyamos. Artyom negó con la cabeza.

—No es probable.

—Bueno, ¿y qué más da? —Lyokha los miró con su sonrisa agrietada—. La vida continuará aunque ya no existan. ¿Dónde está la salida?

—¡Vamos a reconstruirlo todo! ¡Lo principal es que no haya ninguna guerra! —repetía el del jersey, y le dio una palmada en la espalda a Lyokha.

Los guio por una escalera que pasaba por encima de las vías y terminaba en el pasillo de acceso a la Mendeleyevskaya. Pasaron frente a un centinela en uniforme de camuflaje, luego un segundo, y solo entonces empezaron a ver la frontera, estandartes con el círculo marrón de la Hansa, un puesto de ametralladoras.

Por algún motivo, Lyokha se volvía sin cesar. Su alegría tenía un punto de afectación, de mentira. Homero apretó los labios, como hacia una pantalla de cine invisible. El hombre del jersey no dejaba de recitar frases optimistas.

En el último puesto de vigilancia no encontraron solamente al guardia de uniforme gris, sino también a otros dos individuos. Iban vestidos como obreros: monos sucios y gafas de soldar sobre la cabeza. Las pertenencias de Artyom se hallaban a sus pies: la bolsa con el traje aislante y la mochila con el aparato de radio.

Los saludaron con buena educación, abrieron la cremallera de la mochila e invitaron a Artyom a cerciorarse de que tanto el fusil ametrallador como los cartuchos seguían en su lugar. «Puede contarlos, si quiere usted». Artyom renunció a hacerlo. En aquel momento no había nada tan urgente como marcharse de allí, salir vivo, sin más. Todo el resto quedaba en un segundo plano.

Habría sido imposible pelear en solitario contra aquel sistema de seguridad. Contra toda la Hansa. Allí, en aquella habitación, detrás de la cortina... no había

nada. Paranoia.

—¡Bueno...! —El hombre del jersey estrechó enérgicamente la sucia mano de Lyokha y luego le tendió la suya a Artyom—. ¡Que Dios esté con ustedes!

Si alguien los hubiera visto, habría podido pensar que eran cuatro viejos amigos que se despedían sin saber si volverían a verse jamás.

Homero aguardó a haber pasado a la Mendelevskaya, a que las personas vestidas de civil ya no pudieran oírlos. Entonces agarró a Artyom por la manga y le susurró:

—Ha sido usted muy hábil al hablarles de ese modo. Hemos salido sanos y salvos por un pelo.

Artyom se encogió de hombros.

—Hay algo que no se me va de la cabeza —siguió diciendo Homero—. Cuando hemos entrado en el despacho, ese hombre ha puesto bien unas pantuflas, ¿se acuerda?

—¿Y qué pasa?

—Pues que esas pantuflas no eran suyas. ¿Se ha dado cuenta? Eran pantuflas de mujer. Y todos esos rasguños...

—¡Eso es absurdo! —le gruñó Artyom—. ¡Qué disparate!

—No nos vendría mal comer algo —los interrumpió Lyokha—. Todavía nos falta mucho para volver a casa.



6

OCHO METROS

Es un camino tan solo de ida», les había dicho, al despedirse, el oficial del puesto fronterizo. Al mismo tiempo que intentaba arrancarse con la uña un grano muy grueso que le había salido en el cuello.

Merecía la pena tenerlo en cuenta. ¿Adónde habían ido a parar?

La Mendelevskaya estaba a media luz y con la atmósfera impregnada de vapores, y había humedad por todas partes. La escalera por la que se bajaba al llegar desde la Novoslobodskaya no terminaba en una superficie de granito, sino en un lago; sus gentes tenían que vivir con un agua fría y parduzca que llegaba hasta las rodillas. Artyom abrió la bolsa, sacó las botas de goma y cargó con el fusil ametrallador sobre el hombro. También Homero, un hombre muy curtido en

los viajes por el metro, había traído botas de goma.

Lyokha temblaba de frío.

—No tenía ni idea de que esto estuviera inundado —murmuró.

Aquí y allá se veían en el agua estructuras de madera sobre las que permanecían los seres humanos para no tener que sumergir los pies. Pero parecía que las hubieran dispuesto de manera totalmente arbitraria. Nadie había tratado de construir una isla o un puente.

—Son palés —exclamó Homero, al tiempo que hundía los pies en el agua turbia y pegajosa para llegar a una de las superficies de madera—. En otros tiempos se utilizaban para transportar mercancías. Las afueras de Moscú estaban repletas de carteles: «COMPRO PALÉS», «VENDO PALÉS...» vaya un mercado negro que se había montado allí. Y todo el mundo pensaba: ¿Quién diablos puede necesitar tantos palés? Bueno, pues por lo que se ve, parece que en aquellos tiempos ya se estaban preparando para el diluvio universal.

Pero también los palés se habían ido sumergiendo y se encontraban a un par de centímetros bajo la superficie. Había que acercarse mucho para distinguirlos en el agua sucia. Había que tenerlos prácticamente bajo los pies. Quien mirara de soslayo no vería más que un mar bíblico.

—Esta gente anda sobre el agua como los profetas —observó Homero con una sonrisa satisfecha mientras contemplaba a los habitantes de la estación, que caminaban pesadamente de un lado para otro.

También el broker estaba fascinado.

—¡Parece como si todo estuviera inundado de mierda!

Las pupilas de todos ellos no tardaron en olvidarse del fulgor deslumbrante de la Hansa y se acostumbraron a la escasa luz. Aquí y allá relucía en un platillo un grumo grasiendo que alguna persona había conseguido, en ocasiones tras una pantalla de lámpara improvisada con una bolsa de la compra casi totalmente descolorida.

—Como lámparas de papel chinas —comentó Homero—. Es precioso, ¿verdad que sí?

Artyom no compartía su parecer.

Por fin lograron ver las vías a través de los arcos que al principio les habían parecido negros e impenetrables. Pero no se trataba de vías ordinarias, como las de otras estaciones. En la Mendelevskaya no había ninguna separación entre las vías y el andén. El caldo turbio lo confundía todo. Cada uno tenía que prever por sí mismo dónde podría apoyar los pies en el suelo y dónde se hundiría y tragaría agua.

Sin embargo, la pregunta más importante era esta: ¿Cómo podrían seguir adelante?

La salida a la superficie estaba sellada y protegida con barricadas. El pasillo estaba cortado. En el túnel, el agua sucia y fría llegaría hasta el cuello. Y lo más probable era que todavía estuviera cargada de radiación. ¡Mucha suerte a quien tratara de ir nadando! Bastaría con sufrir un calambre para que la linterna se cayera al agua y se averiara, y al cabo de un instante el rostro quedaría bajo el agua y los pulmones se llenarían.

Las gentes del lugar estaban sentadas a lo largo de las vías y se rascaban. Empleaban una especie de salabres para pescar algo en lo que más valía no pensar y se lo comían crudo.

—¡Me has quitado mi gusano! —gritaba uno de los pescadores, y tiraba a otro de las greñas—. ¡Devuélvemelo, cabrón de mierda! No tenían botes ni balsas.

No saldrían jamás de la Mendelevskaya, ni parecía que contaran con ello. Pero ¿qué podían hacer Artyom y Homero?

—¿Cómo es que está todo inundado? ¿Acaso se encuentra a más profundidad que la Novoslobodskaya? —pensó Artyom en voz alta.

—Sí, ocho metros más abajo —recordó Homero—. Toda el agua que sale de allí viene a parar aquí.

Apenas si se habían alejado unos pasos de la escalera cuando unos niños demacrados se les agarraron a las perneras de los pantalones. Los críos no osaban acercarse al control fronterizo de la Hansa. Obviamente les habían enseñado que no les convenía acercarse.

—Échame un cartucho. Échame un cartucho. Échame un cartucho.

Los críos estaban demacrados, pero tenían músculo. De pronto, ¡sorpresa!, Artyom descubrió una manita dentro de su bolsa. Una mano pequeña, resbaladiza, rápida, hábil. Cuando creía haberla agarrado, se dio cuenta de que su propio puño estaba vacío. Y no tenía manera de saber cuál de los diablillos había sido.

Las aguas subterráneas se filtraban por todo el metro. Corroían el hormigón e inundaban las estaciones más profundas. Quien podía, se protegía: reforzaba los muros, bombeaba las turbias aguas, secaba los puntos húmedos. Quien no podía, se hundía poco a poco, en silencio.

Los de la Mendeleyevskaya eran demasiado holgazanes para protegerse y también para hundirse. Se defendían cuando no les quedaba otro remedio, de acuerdo con las necesidades de cada momento. Habían sacado de alguna parte tubos de metal para andamios y los habían montado allí, y la sala central se había transformado en una jungla de diminutas parcelas. Los seres humanos vivían en las alturas, algunos de ellos inmediatamente bajo el techo, donde se habían instalado como si colgaran de lianas de hierro. Los más pudorosos se habían

hecho un nido con bolsas de plástico para que los demás no contemplasen su vida privada. Los más simples llegaban al extremo de satisfacer sus necesidades en los pisos más altos sin importarles que todo el mundo los oyera.

En otro tiempo, la sala central de la Mendeleyevskaya había sido una estación solemne y digna. Sus amplios arcos de mármol habrían podido ser los de un palacio. Pero la viscosa mezcla de agua y fango había devorado las losas de mármol de las paredes, el suministro eléctrico se había cortocircuitado, las estilizadas arañas de latón se habían apagado y los seres humanos habían mutado en anfibios. Ya nadie habría querido casarse allí. Lo que hacían las gentes era gozar de un apareamiento breve en los niveles más altos, para que no se les mojara el culo.

Mientras no pescaban gusanos, se quedaban agazapados arriba, indiferentes, melancólicos en su plataforma, clavaban la mirada en la penumbra, parloteaban sin sentido o soltaban risillas de memo. Allí no había nada más que hacer.

—¿Qué se puede comer aquí? —dijo entonces Lyokha. Había logrado poner pie en una superficie seca y pugnaba por impedir que los mendigos se le acercaran. Se miraba las botas con amargura.

Su insistencia logró que también se le contrajera el estómago a Artyom. Habrían tenido que comer algo en Prospekt Mira. Allí se servían escudillas con carne de cerdo y setas asadas. Pero en la Mendeleyevskaya...

—¡Dame un cartucho!

Artyom sujetó la bolsa con mayor fuerza todavía contra el cuerpo y ahuyentó a los ladronzuelos. Una vez más, unos deditos se habían metido dentro, habían encontrado algo, habían retrocedido... pero en esta ocasión Artyom ya estaba sobre aviso. Había pillado a una niñita de tal vez seis años. Cabellos enmarañados. Le faltaba la mitad de los dientes.

—¡Ya está bien, niñata! ¡Dame eso! ¿Qué es lo que me has quitado?

Artyom fingió estar furioso y la obligó a abrir uno a uno los deditos. La niña parecía aterrorizada, pero le hablaba con insolencia. Le ofreció un beso a Artyom a cambio de soltarla. En la mano llevaba... una seta. ¿Cómo había llegado a la bolsa de Artyom? Era una seta cruda, recién salida de la tierra. ¿Qué era aquello?

—¡Venga, no me la quites! —decía la niña con voz chillona—. ¡No seas tacaño!

Entonces lo comprendió: se la había puesto Anya.

Le había dejado la seta para despedirse. Para decirle: «Eso eres tú, Artyom. Eso eres tú, eso es tu carácter, todo tu ser. Piénsalo durante tu épico viaje. Piensa en ti mismo, y piensa en mí».

—No, no te la voy a dar —replicó Artyom con voz dura, y le estrujó la mano a la niña con más fuerza de la que él mismo habría querido.

—¡Ahhh! ¡Me haces daño! —gritó la cría—. ¡Eres un monstruo malo! Artyom la soltó y dejó marchar a la niña loba.

—Alto. Espera.

La cría ya había agarrado una pieza de hierro y quería arrojársela desde un lugar seguro, pero entonces se detuvo, dispuesta a esperar. Por lo que parecía, aún no había perdido del todo la fe en la humanidad.

—Toma.

Artyom le ofreció dos cartuchos.

—¡Tíramelos! —le gritó la niña—. No quiero acercarme a ti, monstruo. No la había perdido del todo, pero casi.

—¿Cómo se puede salir de aquí? En dirección a la Tsvetnoy Bulvar.

—¡No se puede! —Se sonó la nariz con la mano—. Si hace falta, te cogerán.

—¿Quiénes?

—¿Quienes sean!

Artyom le arrojó un primer cartucho y luego el segundo. La cría agarró el primero con los dedos, pero el segundo se hundió en el agua, y al instante tres pequeñuelos se arrojaron al líquido turbio y frío. La niña se puso a golpearles la nariz y las orejas con el talón.

—¡Marchaos de aquí! ¡Es mío!

Uno de ellos ya había agarrado el cartucho, pero la cría, en vez de ponerse a chillar, le gritó con resolución al afortunado:

—¡Te vas a enterar, imbécil! ¡No te escaparás de mí!

—Eh, amiguita, escúchame —le gritó Lyokha—. ¿Por aquí no hay ningún sitio donde se pueda papear? Sin envenenarse. Si me acompañas, te doy un cartucho.

La niña lo miró, dubitativa, y luego se sorbió los mocos y le dijo:

—¿Quieres un huevo?

—¿Un huevo de gallina?

—No, de dinosaurio si te parece. ¡Claro que es de gallina! Al otro lado de la aldea hay un hombre que tiene uno.

Lyokha puso cara de felicidad, y el propio Artyom, por una vez, quiso creer en el huevo en cuestión. Un huevo duro, con la clara como el blanco del ojo y la yema como el sol en el dibujo de un niño: fresca y agradable. Ya le parecía tener el huevo ante los ojos. Mejor todavía: un triple huevo frito cocinado en grasa de cerdo abundante. En la VDNKh no había gallinas y hacía un año que se había comido su último huevo frito en la Polis. Cuando empezaba con Anya.

Artyom se metió en un bolsillo interior la seta que Anya le había dejado a modo de despedida.

—Voy contigo —le dijo a Lyokha.

—¡Aquí hay alguien que quiere comerse el huevo! —anunció la niña.

La noticia causó conmoción entre los arrapiezos. Todos los que hasta aquel instante le habían mendigado cartuchos a Artyom aplazaron el cumplimiento de sus sueños y dejaron de gimotear. Se apiñaron en torno a los recién llegados, en silencio, con los ojos como platos.

La delegación entera fue saltando de palé en palé, como polluelos recién salidos del cascarón, hasta el otro extremo del andén, donde aparentemente se ocultaba el corral de las gallinas. Los niños se encaramaron a los pisos más altos del andamio y los siguieron por arriba. De vez en cuando alguno resbalaba y se caía chillando a la ciénaga.

Los habitantes de la estación, medio dormidos, los contemplaban desde arriba con miradas hueras y sin vida. Trataban, en su apatía, de aclarar sus propios pensamientos embrollados:

—¿Vamos hoy a la Solyanka? He leído en la revista *Afisha* que va a ir un sueco muy chulo. Creo que hace música electrónica.

—Para perderte el alma. Los suecos son todos maricones. Ayer dijeron por la tele...

—Esos se han fumado demasiados gusanos —explicó la niña al pasar por su lado.

Sobre un palé que quedaba aparte había un cadáver abotargado.

Artyom vio una rata que iba nadando con el morro hacia arriba para comérselo, y pensó en voz alta:

—La diferencia es de tan solo ocho metros, pero es como si hubiésemos descendido al infierno.

—¡Ahora no te cagues en los pantalones! —exclamó Lyokha para darle ánimos—. Lo único que me dices con eso es que también hemos llegado al infierno. ¡En el infierno se habla ruso! ¡Eso está muy bien!

Salto a salto, llegaron por fin al otro extremo de la aldea maldita. Al final del callejón sin salida.

—¡Allí! —masculló la niña—. Es él. ¡Dadme el cartucho!

—¡Eh, granjero! —gritó el broker hacia lo alto—. ¡Se dice que vendes huevos!

—Es verdad.

Apareció una barba enmarañada que colgaba desde arriba.

—¡Un cartucho! ¡Un cartucho, monstruo! —repetía la niña, audiblemente preocupada.

El codicioso Lyokha suspiró con amargura, pero de todos modos entregó a su guía la recompensa prometida. Las gentes que se hallaban sobre los andamios de los alrededores los contemplaban con envidia.

—¿Qué precio me pides?

—¡Dos! —exigió el de la barba—. ¡Dos cartuchos!

—Dos huevos para mí y... otros tres para los compañeros que vienen conmigo. ¡Hoy vas a hacer el negocio de tu vida!

Arriba se oyeron movimiento y crujidos. Al cabo de unos pocos minutos se plantó frente a los forasteros un hombrecillo que se cubría el torno desnudo con una chaqueta. Se tapaba las partes con una especie de taparrabos que se había hecho con una bolsa de plástico ancha, cortada por debajo, en la que aún se leía, muy descolorido, el nombre de los antiguos hipermercados Auchan. Llevaba los pelos de la barba hirsutos y sucios, y en sus ojos relucía la grasa caliente.

El hombrecillo llevaba en una mano, con orgullo, como si hubiera sido un cetro, el símbolo de su poder: un huevo de gallina manchado de estiércol. El otro brazo sostenía con gesto amable pero firme, una gallina hambrienta que miraba atemorizada a su alrededor.

—Me llamo Oleg —dijo el barbudo con mucha dignidad.

—¿Podrías hacernos un descuento, Oleshek? —preguntó el broker, y sacudió la bolsa que llevaba.

—Todo tiene su precio —respondió Oleg con voz firme—. Un huevo cuesta dos cartuchos.

—Bueno... pues a la mierda. Dámelo. ¿Está cocido? Y pásame también otros cuatro. Aquí tienes... uno, dos... cinco. Diez.

—¡Eso no puede ser!

Oleg negaba con la cabeza.

—¿Qué es lo que no puede ser?

—Tengo un solo huevo. Quiero dos cartuchos. No hace falta que me paguéis más.

—¿Cómo? ¿Solo uno? —preguntó el confuso Artyom.

—Hay un solo huevo en toda la estación, hoy. Venga, si no lo comprará otro. Y además está crudo. Aquí no tenemos nada para cocinar.

—¿Y cómo...?

Lyokha frunció el ceño.

—Bébetelo. Ábrelo y bébetelo. —Oleg le enseñó con las manos cómo se hacía—. Pero antes dame el dinero.

—Sí, claro. Aquí tienes los cartuchos. Pero los huevos crudos me dan cagalera. Una vez me pasé casi un mes entero jodido, me faltó poco para irme al otro barrio. Ya me las apañaré para cocinarlo durante el viaje.

—¡Nooo! —Oleg sostenía el huevo con más fuerza todavía, y en cambio no tocaba los cartuchos—. Tienes que bebértelo aquí. ¡Delante de mí! ¡Si no, no te lo vendo!

—¿Y por qué? —preguntó el sorprendido broker.

—Porque sí. Porque mi *Ryaba* necesita calcio. ¿De qué crees que está hecha la cáscara del huevo?

La niña loba se había quedado a su lado. Los observaba. Era evidente que estaba aprendiendo mucho. También había otros que venían arrastrándose a la media luz, expectantes. No solo niños, sino también adultos que vivían en la cercanía.

—¿Disculpa? —preguntó Lyokha.

—La cáscara está hecha de calcio. ¿No fuiste a la escuela o qué? Mi *Ryaba* necesita calcio para poner otro huevo. ¿Y de dónde lo voy a sacar? Así que ya puedes tragarte ese huevo ahora mismo. Pero me devolverás la cáscara. Entonces mi *Ryaba* se la comerá y mañana podréis comprarme otro huevo.

—¿Y solo por eso tenemos que pagarte dos cartuchos?

—Todo tiene su precio. —Oleg no cedía—. ¡No me aprovecho de nadie! Con uno de los cartuchos compro setas para *Ryaba*, con el otro me compro las que me como yo. Para pasar un día. Mañana habrá puesto otro huevo. Todo está calculado. Y funciona como un reloj suizo. Si a ti no te interesa, se lo venderé a un comando especial. Esos le echan azúcar al abrirlo. Bueno, ¿qué?, ¿te interesa?

—¿Quién se lo queda? —preguntó Homero.

—Dame tu huevo azucarado —gruñó Lyokha.

—Pero ten cuidado con la cáscara. Tienes que romperla hacia dentro.

—¡Eso ya lo sabía!

Clac.

—¡La ha partido como un profesional! —exclamó con admiración alguien que se hallaba entre el gentío.

—Está delicioso, ¿eh? —preguntó con envidia un muchacho de barriga hinchada.

—¡No te lo bebas tan rápido! ¡Disfrútalo! ¡Tómate tu tiempo! —gritó una mujer que a duras penas se diferenciaba de los hombres.

—¡La yema! ¡Ya está saliendo la yema! ¿Lo veis?

—¡Parece que coma huevos cada día!

Lyokha no se dejó distraer por sus fans. De hecho, actuaba como si no se diera cuenta de su presencia.

—¡Y quería cocerlo! —comentó Oleg con desprecio, y se rascó la barba—. Pero si los huevos saben mejor cuando están crudos. La clara es como un cristal líquido. El alma humana debe de ser algo parecido.

—Escúchame —le dijo Artyom—. ¿Cómo se sale de aquí?

—¿Para ir adónde? ¿Para qué?

—¿Cuál es la estación siguiente? Vamos a la Tsvetnoy Bulvar.

—¿Y qué hay allí? ¡Nada de nada! —respondió categóricamente Oleg.

El broker estaba apurando el huevo. Se puso a pensar en voz alta.

—Pero supongamos que empiezas a cazar gusanos y te guardas un huevo cada día, hasta que finalmente puedes venderle un par de docenas a la Hansa, y con lo que ganas te puedes comprar otra gallina, ¿eh? Entonces ya no trabajarías por nada, sino que como máximo en un mes tendrías ganancias, ¿eh?

—¿Quieres que la alimente con gusanos? Esta gallina es un animal muy sensible, podría matarla a fuerza de gusanos. ¡No te pases de listo!

—¿Y si aguardaras hasta que nazcan polluelos? Podría prestarte un par de cartuchos para que te compres un gallo. —Lyokha agitó ruidosamente los cartuchos que le quedaban—. Si hasta podría conseguirte yo mismo el gallo, como una inversión, a cambio de una participación del cincuenta por ciento en tu negocio futuro. ¿Qué te parece?

Entonces la niña loba, que había seguido con fascinación todo lo que se decía, se aburrió definitivamente de la vida honrada y se acercó a ellos, se lanzó contra el broker y le dio un golpe por debajo de la mano. Los cartuchos se cayeron entre los tablones del palé hasta el agua sucia y se hundieron hasta el fondo. Los amigos de los huevos perdieron los estribos.

—¡Hija de la gran puta! —bramaba el broker—. ¡Te voy a dejar todo el cuerpo morado! ¡Todo el mundo atrás!

—¡Ahí se queda tu crédito! —se alegró Oleg—. ¡El tío quería organizarme la vida! ¿Y a mí que me interesa lo que me pueda decir?

—¡Vete a la mierda! —Lyokha apoyó una rodilla en el suelo y se puso a buscar los cartuchos en las aguas turbias y frías. Con la otra mano sostenía el huevo que aún no había vaciado del todo.

La niña había trepado hasta quedarse a una distancia segura y se ocultaba entre bolsas de plástico rasgadas. Probablemente le rogaba a su dios sin techo que el broker no pudiera encontrar todas las balas. Los demás no osaban acercarse al fusil ametrallador de Artyom.

—El dinero no da la felicidad —murmuraba Oleg—. El hombre puede pasar con muy poco. ¿Para qué quiero diez huevos? Con uno ya tengo bastante. Con diez, lo máximo que conseguiría es que se me obturara el intestino. Siempre he vivido así y siempre viviré así...

Pero en ese mismo instante el pérvido dios de los indigentes escuchó el susurro infantil, se arrancó un mechón de pelos de la barba, pronunció un abracadabra, y como consecuencia la mano del broker no encontró un cartucho,

sino el cristal de una botella. Cuando la sacó del agua, los demás vieron un corte abierto como la boca de un bebé del que brotaba sangre oscura.

—¡Cerdos! ¡Todos vosotros sois unos cerdos!

Lyokha estaba tan furioso que se le saltaron las lágrimas, estrujó el huevo maldito y lo arrojó a la oscuridad.

Todo el mundo se quedó atónito.

—¡No! ¿Qué es lo que has...? ¿Qué...?

Oleg se había quedado inmóvil, como si hubiera recibido un golpe, de lo rápido y brutal que había sido Lyokha al aplastar la cáscara y hacerla desaparecer.

—¡Perro sarnoso! ¡Hijo de la gran puta!

Oleg había metido los pies desnudos en las corrosivas aguas, acompañado por su gallina, para buscar la cáscara perdida. Allí... allí brillaba su color blanco. Pero una rata hambrienta la descubrió antes, la pilló y se la llevó a su propia esfera de influencia, y desapareció para no dejarse ver más.

Entonces Oleg cayó en la desesperación.

Dejó la gallina sobre una de las barras, se arrojó sobre el broker y empezó a darle manotazos. Llevaba muchos años de vida en el metro, pero aún no había aprendido a pegar. El broker lo derribó con un puñetazo de izquierda en el mentón. Oleg se quedó echado sobre el palé, la barba se le empapó por el agua que se filtraba entre las tablas y se puso a murmurar, desesperado y herido:

—Toda mi vida... ese hijo de la gran puta... toda mi vida... me la ha destrozado... maldito comerciante... engreído... ¿por qué...?

Las gentes se acercaron, muy agitadas. Artyom le quitó el seguro al fusil ametrallador, por si acaso, y alzó el cañón. Pero no parecía que allí hubiera nadie interesado en defender al pobre diablo.

—Ahora Oleg se la ha cargado —susurraban a su alrededor.

—Él ha tenido la culpa.

—Se le ha acabado la buena vida.

—A partir de ahora estará igual que todos nosotros.

Oleg se puso a llorar.

—En la Hansa hay arena —le explicó Homero en voz baja—. Ahora mismo están renovando la Novoslobodskaya. *Ryaba* podría picotear la arena... y además, quizás todavía logre poner otro huevo... con sus reservas internas...

—¡No te pases de listo! ¿Qué sabes tú de las reservas internas de las gallinas? ¡Y si es por la Hansa, puedes ir tú si quieres! ¡Que os echen la arena a vosotros!

El confuso Lyokha se buscaba el pulso de la mano herida con los dedos sanos. La horrenda boca de bebé que se le había abierto en la palma no se quería

cerrar, y todo el mundo ya tenía claro que había que echarle alcohol en la herida, porque en aquellas aguas podridas habría todo lo necesario para que aquel mismo día el bueno de Lyokha sufriera una infección.

—¿Hay alguien aquí que tenga aguardiente? —preguntó Artyom en aquella jungla decadente—. ¡Necesitamos alcohol para lavarle la herida!

La única respuesta fue una risilla burlona, como de simio. Aguardiente. Sí, claro. Para lavarle la herida.

—¡Vuestra estación está repleta de basura! ¡Seguro que la quemáis para destilar!

—¡Aunque destiléis mierda! —añadió Lyokha.

—Las gentes de aquí chupan gusanos —explicó alguien, que indudablemente sentía misericordia por él—. Y con los gusanos les basta para ver películas. Pero no tenemos alcohol.

—¡No saben hacer nada! —exclamó el furioso broker—. ¡Ineptos!

—Preguntadles a los soldaditos —aconsejó alguien.

—Sí, sí, a los soldaditos —añadió otro, sonriente.

—Tienen razón. —Artyom agarró a Lyokha por el hombro—. Vayamos al puesto fronterizo. Tú regresarás a la Hansa. Tenemos visado. Y el del jersey se habrá marchado hace rato. Ellos te curarán, y luego nos separaremos.

—¿Adónde vais? —gritó Oleg—. ¿Adónde pensáis ir? ¿Y yo? ¿Qué voy a hacer yo?

—¡No pienso volver con ellos! —exclamó el broker.

—¿Adónde pensáis ir? —Oleg no había oido nada—. ¡Habéis echado a perder todos mis cálculos!

—Oye, mira... —Artyom trató de sacar el cargador para pagarle un extra a Oleg, pero el otro no lo entendió así.

—¡Verdugo! ¡¿Quieres matarme?! ¡Pues entonces, dispara! —Se incorporó, agarró la boca del cañón y se la puso contra el vientre.

Se oyó una detonación.

La gallina aleteó con sus alas desplumadas y, presa del pánico, se puso a correr de un lado a otro por el palé. Todo el mundo miraba al vacío, perplejo y alelado. Un eco sin fin se levantaba del río subterráneo.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó Artyom a Oleg.

Este se sentó.

—Qué más da —dijo.

La parte de la chaqueta que le cubría el vientre se había empapado de un líquido brillante. Cuando le llegó al taparrabos de plástico, no quedó ninguna duda de que era sangre fresca, de un color anaranjado.

Qué idiotez.

—Pero ¿es que te has vuelto loco? —volvió a preguntarle Artyom—. ¿Qué querías conseguir?

Oleg buscaba a la gallina con la mirada.

—¿Con quién voy a dejar a mi *Ryaba*? —decía con voz triste y débil—. ¿Con quién? Esos se la van a comer.

—¡¿Por qué has hecho esto, idiota?! —Artyom se puso a gritar ante aquella locura. La suya, la de Oleg y la de los demás.

—No chilles así —le pidió Oleg—. Morirse es un asco. Ven, *Ryaba*, pequeñita mía... ven conmigo...

—¡Eres gilipollas! ¡Imbécil! ¡Venga, ayúdame a llevarlo! —le gritó Artyom al broker, y agarró a Oleg por los sobacos—. ¡Ponte en pie de una vez! ¡Nos vamos a la Hansa!

Pero Lyokha tenía la mano herida y no estaba en situación de llevar a nadie. Así pues, Artyom le pasó la bolsa de viaje a Homero, le dio el aparato de radio al broker, agarró a Oleg —un cuerpo flácido y de poco peso—, cargó a hombros con él y se lo llevó en dirección al pasillo.

—Oleshek está acabado —decía alguien entre la multitud.

—Un día en la cima y el siguiente en el hoyo.

—Su huevo no lo ha salvado.

Homero también seguía a Artyom y a Lyokha, que todavía se miraba la mano con ojos inexpresivos. Entretanto, la gallina se había recobrado de su estupor y los seguía cacareando de palé en palé, siempre en pos de su dueño. Luego venían todos los mirones en larga procesión. Se frotaban las manos y soltaban risitas.

Casi todos.

En cuanto la muchedumbre se hubo alejado un poco, una figura envuelta en penumbras bajó deslizándose por el andamio, pegó el rostro a los tablones y sumergió una manita en el cieno, donde habían quedado los cristales rotos. No le importaba, el cuerpo de los indigentes puede con todo, su sangre hace que todas las gangrenas parezcan viejas. La muerte se lleva tan solo a los niños reblandecidos que viven en casas confortables y no siente ningún interés por hincarles el diente a los huérfanos que no tienen más que piel y hueso.

Cuando volvieron a estar en el centro de la estación, frente a la escalera que surgía del mar subterráneo y se elevaba ocho metros hasta aquel cielo lejano, todos los andamios de los alrededores ya estaban abarrotados de habitantes del lugar. El barullo desapareció. Parecía que todo el mundo estuviese a la espera de algo.

Artyom llegó a la orilla. Sus botas de goma pisaron con fuerza el granito y dejaron un rastro de agua sucia.

—¡Eh, muchachos! —gritó a los centinelas mientras subía con dificultad—. ¡Tenemos una emergencia! ¡Este hombre tiene que ir al hospital militar! ¿Me oís?

Las gentes de la Mendeleyevskaya se habían apiñado y murmuraban, y los contemplaban con avidez.

Del otro lado no llegó ninguna respuesta. Un silencio de muerte.

—¡Muchachos! ¿Me oís?

Un arroyuelo borboteaba escaleras abajo. Transportaba la sangre corrupta de la convaleciente Novslobodskaya a la febril Mendeleyevskaya. El borboteo se oía con claridad. Artyom subió otro peldaño y silbó a Lyokya y a Homero para indicarles que lo siguieran por la escalera que llevaba al cielo.

El broker negaba obstinadamente con la cabeza.

—¡No pienso subir!

—¡Pues entonces vete al infierno!

«Pero ¿cómo puede ser —pensaba Artyom— que aquí, a un lado se encuentre la Hansa, rica, limpia y pulcra, y a su lado, tan solo ocho metros más abajo, una caverna con sus hombres de las cavernas? Pero si son vasos comunicantes... cómo es posible que...».

Todavía estaban allí. El oficial al mando parecía aturdido. Se tocaba el cuello sin parar y luego se miraba la mano. Los otros dos fumaban y Artyom se tranquilizó al verlo. Fumaban, luego eran seres humanos.

—Este hombre tiene que ir al hospital militar... —explicaba al mismo tiempo que, jadeante, arrastraba a Oleg hasta el parapeto—. Una herida de bala... un accidente...

«Es verdad —pensó Artyom—, aquí hay mucha arena. ¿Por qué tenía que morir Oleshek?».

—El acceso a la estación Novslobodskaya está cerrado —le respondieron—. A causa de la cuarentena. Ya le habíamos advertido.

Artyom se acercó hasta donde pudo, pero llegó un momento en que los hombres dejaron los cigarrillos y empuñaron las armas.

—Quietos —ordenó el oficial.

¿Qué era lo que lo ponía tan nervioso? Artyom logró verlo mejor.

Desde allí se veía bien: el oficial había logrado reventarse el grano. Había empezado a salirle sangre, gota a gota. Tan pronto como se la limpiaba, volvía a brotarle y se le acumulaba. Y vuelta a ordeñar.

—¡Tenemos visado! ¡Hemos salido de vuestra estación!

—¿Dónde está mi *Ryaba*?

—¡Retrocedan!

No los miraba. Ni a Artyom ni al herido Oleg. Tan solo se miraba los dedos

y las gotas rojas. Y miraba de reojo, como si tratara de examinar su propio grano reventado.

—¿No podríamos llegar a un acuerdo? Solo se trataría de que lo viera un médico de urgencias... Os lo pagaremos. Yo pago.

A los soldados les daba igual. Lo que acababan de fumarse los había dejado tranquilos. Aguardaban pacientemente a que su superior les diera la orden de disparar... o la contraria. Oleg no les importaba en absoluto.

—¿Quieres meter aquí a un salvaje? —le preguntó el irritado comandante a su propio grano.

—Mi pequeñita *Ryaba*...

—Eh, mirad, es el del huevo —gritó por fin uno de los soldados. Parecía que se divirtiera—. ¡Lo reconozco por su falda escocesa! Homero había agarrado la gallina, que agitaba sin ton ni son sus alas débiles y estúpidas. Quería irse con su dueño... al cielo.

—¿Un salvaje? ¿Cómo que un salvaje?

—¡Retrocedan!

—¡Podría morir en cualquier momento!

—¿Tiene visado?

De repente, el oficial tuvo una idea. Agarró un jirón de servilleta de papel y lo aplastó contra el grano reventado.

—No, no tiene... ¡no tengo ni idea!

—¡Retrocedan! Voy a contar hasta tres. Uno...

—¡Por lo menos durante un tiempo limitado! ¡Para que alguien le pueda curar el agujero que tiene en el vientre!

—Dos.

El oficial apartó la servilleta de la piel, miró si le había salido mucha sangre y puso mala cara.

—Ha sido mezquino. Lo del huevo. Muy mezquino.

—¡Dejadnos pasar, puercos!

—Escúchame bien, Don Quijote —dijo uno de los dos soldados—. Los de esa estación mueren como moscas...

—¿Los quieres salvar a todos? ¡No tienes huevos! —añadió el otro, sonriente, y escupió a un lado la colilla.

—¡Por favor! ¡Maldita sea...! ¡Por favor!

—Tres. Violación de fronteras.

El oficial frunció el ceño. No había manera de que el grano dejara de sangrar.

Por primera vez miró a Oleg. Para afinar la puntería.

Un ruido seco, como de una piedra de mechero, y luego un plop. Los fusiles

ametralladores llevaban silenciador, porque la Hansa se preocupaba por los oídos de sus soldados. Al instante, una bala perforó la pared, y acto seguido otra fue a parar al techo. Cayó polvo desde arriba, como una cortina.

Lo que salvó a Artyom fue el tiempo de servicio que había pasado junto a Melnik. La ciencia del cuerpo no precisa de entendimiento. Sentir con la piel hacia dónde espolvoreará el arma su hormigueo de muerte y arrojarse al suelo, evitar el fin, antes de que la cabeza haya tenido tiempo de comprender nada.

Echó el cuerpo a tierra, dejó a un lado su mochila viviente, se arrastró y arrastró a Oleg tras de sí. Los otros seguían disparando, trataban de acertarle, pero el polvo les impedía ver bien.

—¡Cerdos!

Empezaron de nuevo las ráfagas... en dirección a la voz. Descendió una nueva lluvia de hormigón en polvo.

Los simios que se habían quedado atrás soltaban aullidos triunfales.

—Eh, ¿qué te parece la vida con nosotros?

—Ahora sí que no te falta arena, ¿eh?

—Tú te creías que eras algo especial, ¿verdad?

—¡Venga, vuelve a probarlo!

Estaba a punto de morir inútilmente. Nada más.

Artyom rodó un escalón más abajo, y luego otro. Arrastraba a Oleg tras de sí. La respiración de este último era forzada, trataba de no sangrar demasiado, pero se estaba quedando pálido.

—¡Eh, escúchame! Respóndeme sin pensarlo mucho, ¿de acuerdo? ¿Cómo se puede salir de aquí? En Tsvetnoy Bulvar tiene que haber algo... algo tiene que haber... ¿verdad, abuelo?

—Había un burdel —recordó Homero.

—Muy bien. Puede que en el burdel haya un médico. ¿Verdad que sí? Iremos para allá. ¡Eh, ahora no te me duermas, gilipollas! Te lo digo muy en serio... ¡no te me duermas!

Pero desde allí nadie podía llegar al burdel. Ni Oleg ni nadie. No había por ninguna parte un vehículo que flotara. Los canales que se habían formado a lado y lado del andén estaban vacíos.

—No merece la pena. Es como si ya estuviera muerto. —El broker había dictado sentencia con voz adormilada.

—¡Todavía no! —replicó Artyom—. ¡Todavía no!

—Quiero morir —confirmó Oleg—. Y además os habéis cargado mi huevo. Ya no me quedan ganas de vivir.

—¡Cierra la boca! —El broker estaba como alelado y Artyom lo empujó con el cañón del arma para obligarlo a avanzar—. ¡Venga, busca algo para que

podamos marcharnos a remo! ¡Y tú, enséñame la barriga!

Pues sí: piel mugrienta, y en esa piel un agujero del que rezumaba un líquido que lo ensuciaba todo. El propio Homero le echó una mirada y se encogió de hombros. Solo el Todopoderoso sabía si viviría. Pero lo más probable era que no.

Lyokha se agarró a su Cristo como a un cable de salvamento, sacó fuerzas de flaqueza y echó a correr, agachado, entre continuos resbalones, en busca de una salvación. En busca de una manera de salir de aquel cubil de lobos.

A Artyom le habría gustado saber de quién era la culpa. «Él mismo ha tenido la culpa. El hombre con el huevo. Yo no le he disparado. Si muere, la culpa habrá sido suya».

—Me prometió que la gallina sería mía cuando él muriera —le dijo al oído una mujer mugrienta de pecho plano y con un ojo hinchado—. Había algo entre nosotros.

—Vete —dijo Oleg con voz débil—. ¡Bruja!

—No peques ahora. De todos modos, la gallina ya no te sirve para nada. Diles que me la den. Ahora que todavía puedes.

—Vete. Déjame pensar en Dios.

—Déjame la gallina en herencia y ya podrás pensar en Él todo lo que quieras. O mejor me la das ahora...

La gallina, en manos de Homero, había cerrado los ojos. A ella todo le daba igual.

—¿Cómo podemos salir de aquí, vieja? —preguntó Artyom a la del ojo morado.

—¿Adónde quieres ir, cariño? ¿Y para qué? Aquí también se vive. Podríamos cuidar juntos de la gallina. Oleshek va a estirar la pata en cuestión de momentos... ¡Tú y yo podríamos estar juntos!

Le guiñó el ojo que aún podía mover. «No soy yo quien lo ha matado», resolvió Artyom.

—¡Eh! ¡Eh!

De pronto se oyó una canción. Venía de lejos. Una marcha.

—¡Eh! ¡Escuchad!

—¿Qué pasa?

—¡Viene alguien! ¡Por el túnel!

Lyokha estaba en pie y, atónito, miraba fijamente a su Jesús, que en algo debía de haber ayudado.

Artyom cargó con Oleg, que al secarse pesaba menos, y corrió con él en dirección al canal que cubría las vías. Y en efecto, allí había algo. ¿Una balsa?

¡Una balsa!

Una lámpara frontal se encendió; sonó el batir de los remos; un coro de voces potentes, aunque desafinadas, se hizo oír. La balsa venía de la Savyolovskaya y se dirigía a la Tsvetnoy Bulvar. Artyom se tambaleó frente a ella y estuvo a punto de caerse al canal junto con el herido. Habrían muerto en el último momento de un modo totalmente idiota.

—¡Alto! ¡Deteneos!

Los remos se detuvieron. Pero no estaba nada claro qué era aquello. Ni quiénes eran los de la balsa.

—¡No disparéis! ¡No disparéis! ¡Llevadnos con vosotros! ¡Hasta la Tsvetnoy! ¡Podemos pagarlos!

La balsa se acercó a la orilla. Estaba erizada de armas de fuego. Cinco hombres viajaban en ella, todos armados. Y saltaba a la vista que quedaba sitio libre para más pasajeros.

Se reunieron al borde del canal: Artyom con el moribundo, Homero con la gallina y Lyokha con su mano herida. Un foco de luz los fue examinando uno por uno.

—¡No parecen degenerados!

—Os llevaremos por el precio de un cargador! Subid...

—Alabado sea...

Artyom no terminó la frase. Habría podido echarse a cantar.

Su corazón estaba alegre como si momentos antes hubieran indultado al su hermano carnal. Colocó a Oleg sobre la balsa, que flotaba sobre lo que podía ser un millar de botellas de plástico llenas de aire, y luego se encaramó él mismo.

—Te lo advierto —le esperó a Oleg—, no trates de escapar hasta que hayamos llegado a la Tsvetnoy.

—No me iré a ningún sitio —le respondió el hombre—. Para qué.

—¡No te lo lleves! ¡No me partas el corazón! —se quejaba la vieja del ojo hinchado.

—¿Adónde te lo quieres llevar? —exclamaban otras voces desde la jungla—. No lo tortures innecesariamente. Déjalo aquí. Ha vivido siempre aquí, tendría que morir aquí.

—¡Le vais a robar antes de que estire la pata!

—¡Sinvergüenzas!

No había tiempo para discutir. Tenían que marcharse.

—¡La gallina! ¡Dejad aquí la gallina! ¡Ojalá que te quedes ciego de los dos ojos!

La Mendeleyevskaya desapareció en el pasado. Lo que los aguardaba era un viaje por un canal de desagüe que los llevaría al otro extremo del mundo, donde la vida titilaba como un faro.

—¿Adónde vais, hermanos? —preguntó el broker a los remeros que empujaban la balsa de botellas de plástico.

—Nos dirigimos al IV Reich —le respondieron—. Nos presentaremos allí como voluntarios.



7

TSVETNOY BULVAR

Un costado de la balsa chocó contra un cadáver que flotaba en el agua. El hombre estaba boca abajo y arrastraba las manos por el fondo. Lo más probable era que hubiese perdido algo. Era de lamentar, porque un poco más y habría llegado a nado a la Tsvetnoy Bulvar. O quizás había querido huir de allí y no había llegado lejos.

—¿Cómo lo tenéis vosotros con los degenerados?

Artyom hizo como si no hubiera oído la pregunta y permaneció callado. Pero el otro no cejaba.

—¡Eh, amigo! ¡Sí, estoy hablando contigo! Te pregunto cómo os va con los degenerados en la *Alexeyevskaya*.

—Bien.

—¿Bien? ¿Eso qué quiere decir? ¿Que los hay, o que os los habéis cepillado a todos?

—Nosotros no tenemos degenerados.

—Pues claro que sí. Están por todas partes, amigo mío. Son como ratas. Seguro que vosotros también tenéis. Pero será que se esconden bien, los muy cerdos.

—La próxima vez que vaya allí lo tendré en cuenta.

—Pero no podrán quedarse escondidos toda la eternidad. Los encontraremos. A todos y cada uno de esos tarados. Les tomaremos las medidas con escuadra y cartabón... ¿verdad que sí, Belyash?

—Correcto. En el metro no hay lugar para degenerados. Si a duras penas tenemos aire para respirar...

—¡No solo comen setas! ¡Se comen nuestras setas! ¡Las nuestras! ¡Las tuyas y las mías! ¡No queda lugar en el metro para nuestros niños porque esos lo ocupan todo! Son ellos o nosotros...

—Los normales tenemos que hacer piña. Esos monstruos están unidos...

Alguien le puso una mano sobre el hombro a Artyom. Una mano amistosa.

El primero: cuerpo algo hinchado, con ojeras ennegrecidas, barba de chivo, las manos tumefactas de tanta agua. El segundo: cubierto de tatuajes carcelarios, el rostro picado de viruelas, dos dedos de frente. El tercero: un imbécil de cabeza rapada, con cejas oscuras y abundantes que se le juntaban sobre la nariz. Desde luego que no era ario. Otros dos más se confundían con la penumbra.

—Los hombres son como los cerdos, ¿entiendes? Meten el hocico en el comedero y gruñen. Si les echan suficiente porquería para comer, están satisfechos. Nadie se toma un momento para pensar. ¿Sabes cómo me convenció el Führer? Me dijo: ¡Piensa con tu propia cabeza! ¡Si tienes respuestas a punto para todo es porque te las ha dictado alguien! ¡Tenemos que hacernos nuestras propias preguntas, ¿lo entiendes?!

—¿Ya habéis estado en el Reich? —preguntó Artyom.

—Yo sí —dijo el picado de viruelas—. Tan solo de paso. Me convenció. Porque allí todo funciona. Todo encaja. Y uno se pregunta: «Diablos, ¿cómo es que no he venido antes?».

—Correcto —confirmó el rapado.

—Cada uno de nosotros tiene que empezar por su lugar de origen. Por su propia estación. Hay que empezar por lo pequeño, por lo pequeño. Por ejemplo, por los vecinos. Hay que empezar por investigarlos a ellos. Nadie nace héroe.

—Y yo te digo que los degenerados sí están aquí. Por todas partes. Han formado una especie de mafia. Se ayudan entre ellos. No dejan entrar a ningún

normal.

—Yo soy de la Rizhskaya, y allá es lo mismo —observó Lyokha—. No importa lo que hagamos, siempre acabamos dándonos cabezazos contra la pared. ¿Y todo por culpa de esos? ¿Qué aspecto tienen?

—Escúchame bien: se ocultan de tal manera que no es posible distinguirlos de los seres humanos normales. Hay que empezar por arañar en la superficie para ver lo que hay debajo.

—¡Por desgracia no todo el mundo colabora! —corroboró el de cuerpo hinchado—. Yo empecé a ir a por los degenerados en nuestra estación... —Se frotó la mandíbula—. En fin, no todo el mundo está preparado. ¡Si hasta los hay que se acuestan con ellos! ¡Qué asco!

—Lo más importante es que nos demos cuenta de su presencia. De todos los que alzan la mano contra los nuestros. Que quieren asfixiar a nuestros hermanos. Llegará el día...

—¡Hacedme caso y únios a nosotros!

El picado de viruelas no se decidía a apartar la mano del hombro de Artyom.

—¡Como voluntarios! ¡En la Legión de Hierro! ¡Tú eres uno de los nuestros! Eres uno de los nuestros, ¿verdad?

—No, tíos. No queremos meternos en política. Estamos buscando el puticlub.

De pronto sintió un apretón en el cuello. Y la mano que tenía en el hombro le pareció arder a través del cuello alto del jersey. No tardaría en oler a carne asada. Sintió el deseo de transformarse en anguila para liberarse de aquella mano. Pero ¿adónde iría?

—¿No te da vergüenza? Lo llaman a salvar el metro, y el señor prefiere volver a meter el hocico en el comedero. ¿No has pensado nunca por qué nos hallamos en esta situación? ¿Nunca has meditado sobre cómo vamos a salvarnos los seres humanos? ¿Lo has pensado con tu propia cabeza? La tienes llena de mierda. Solo piensas en putas. Vas en busca de un coño joven y el futuro de la nación te importa una mierda.

—¡Oye, machote, déjalo en paz! ¡Si hasta puede que vaya a tirarse a una degenerada! ¡Jajajaja! ¿Y qué pasa?

—Eh, abuelo ¿con qué me sales ahora? ¡A tu edad deberías pensar en la salud de tu alma! De todos modos está claro que eres normal. ¿O tienes cáncer? El Führer ha equiparado el cáncer con...

—Da lo mismo... tan pronto como hayan puesto en pie la Legión de Hierro... primero nos entrenaremos... y luego regresaremos y le daremos una lección a todo el mundo... a todos los monstruos. Desfilaremos por el metro

entero.

—¿Qué es eso de la Legión de Hierro? —preguntó Lyokha con curiosidad.

—Voluntarios. Para nuestro bando. Para toda la gente a la que los degenerados le ensucian la vida.

—¡Yo soy uno de ellos, precisamente!

—Hablad en voz más baja... ahí atrás... ya hemos llegado.

Un reflector los enfocó desde la Tsvetnoy Bulvar y tuvieron que acercarse a la estación medio a ciegas, con los párpados entrecerrados. En vez de los típicos centinelas encontraron a unos matones musculosos que no demostraron ningún interés por sus visados ni por sus pasaportes. Tan solo por sus cartuchos. ¿A qué habían ido? ¿A pagar, o a gastar saliva?

—¡Necesitamos un médico! ¿Hay algún médico aquí?

Apenas hubieron atracado, Artyom trepó al andén arrastrando al broker por el cuello.

Oleg, por su parte, había acabado por rendirse y ya ni siquiera divagaba en su delirio febril. Lo único que salía de su boca era una espuma sanguinolenta. La fiel gallina se había plantado sobre su vientre perforado, como para impedir que el alma de Oleg escapara por allí.

—¿Un médico... o una enfermera? —relinchó un guardia en mala condición física, con nariz plana y orejas de coliflor.

—¡Este hombre se muere!

—Si queréis os mandamos un ángel.

Pero terminaron por ayudarlos.

—Vale, lo llevaremos a que lo vea la médica. De todos modos lo suyo son las enfermedades venéreas. Reconocerá las purgaciones en un abrir y cerrar de ojos, pero no os doy ninguna garantía de que sepa hacer algo con esa perforación en el vientre.

—¡Eh, tú, ayúdame! —le ordenó Artyom al broker.

—Pero será la última vez —le advirtió este—. Oye, no soy yo quien lo ha...

—Aquí no te necesita nadie —le decía Homero al inconsciente Oleg mientras le levantaba la pierna—. Aparte de tu gallina.

—Por cierto... la gallina... —quiso añadir Lyokha, pero los demás ya se habían puesto en marcha.

Según los cálculos de Homero, aquella estación se hallaba a una profundidad todavía mayor que la Mendeleyevskaya, pero aunque el agua hubiera transformado las vías en canales, los andenes estaban secos. Homero se preguntaba sin cesar por el motivo, pero Lyokha encontró una explicación: «Según qué cosas, siempre flotan».

En otros tiempos, la Tsvetnoy Bulvar había sido distinta. Pero aquel pasado

había muerto. La estación ya no era más que un antro de vicio. A base de paneles de virutas y estratificados, cartón plegable, biombos, persianas y cortinas se había construido un laberinto con interminables cabinas, habitaciones y cuartos, y se había echado a perder todo sentido del espacio. La estación ya no tenía suelo ni techo. En un lugar se habían añadido dos pisos adicionales, en otro incluso tres. Había puertas que llevaban por corredores zigzagueantes y angostos hasta una habitación en la que tan solo cabía una cama, otra se abría a una estancia subterránea tan grande como la estación entera, y otra a un territorio totalmente desconocido.

El barullo era infernal. De cada una de las habitaciones surgía un sonido distinto, y en total sumaban varios millares. En un lugar se oían llantos. En otros, gemidos o risas. En un cuarto, una música estruendosa ocultaba unos gritos salvajes, y algo más allá resonaban canciones de borrachos, y de alguna parte llegaba un aullido de horror. Era la voz colectiva de la Tsvetnoy Bulvar. Un coro del demonio.

Y por supuesto, también estaban las mujeres.

Putas que parecían ángeles y dominas con hombreras, mujeres fatales de medias agujereadas y enfermeras con el culo al aire. Y por supuesto prostitutas vulgares que no llamaban la atención en nada. Estas últimas eran legión. Todas las que podían caber allí habían encontrado su sitio. Pegaban gritos y chillidos, pregonaban con desvergonzada exageración sus propios atributos y trataban de llamar la atención y no dejar escapar ninguna oportunidad. Porque todas ellas encontraban tiempo para atacar como serpientes cuando un posible usuario pasaba por delante del medio metro de suelo que se habían reservado. Si no llegaban a hincarle el diente, no podían inyectarle su veneno estupefaciente en la pequeña herida, y entonces el hombre pasaba de largo y ya era demasiado tarde.

Quien no trabaja, no come.

Los dolores de Lyokha habían pasado de pronto e incluso parecía que su herida empezara a sanar. Homero, en cambio, no se hallaba en su elemento. Tan solo al principio, al entrar en uno de los inacabables corredores, había hecho girar su rígido pescuezo hacia atrás, hasta donde había podido, y recorrió con la mirada el mismo camino por el que acababan de transitar.

—¿Qué te pasa, abuelo? —le preguntó Artyom.

—Todo el rato... todo el rato tengo la sensación... por todas partes... en todo momento... —respondió Homero—. Una muchacha... con el...

El pie desnudo de Oleg empezó a escurrirse de las manos de Homero.

—No está nada mal el viejo este, ¿eh? —decía Lyokha resoplando.

—Alto. Está ahí. ¡La puerta!

Introdujeron al moribundo en una habitación. Pero ya había allí una larga

cola de almas rotas y cuerpos llenos de escozor. Tan solo mujeres. La médica salió. Con las gafas sobre el puente de la nariz y el cigarrillo recién liado en la comisura de los labios, tenía un aire masculino.

—¡Está prácticamente muerto! —le explicó el broker, por si acaso.

Con tal de que Oleg no ensuciase la sala de espera con su última sangre, la médica se avino a tratarlo enseguida. Lo llevaron a una silla de ginecólogo donde tenía que sentarse con las piernas abiertas. La médica exigió que le adelantaran un cargador, por si Oleg la diñaba, y les explicó que no podían quedarse allí.

A Lyokha le pasó algo de alcohol para que diera de beber a la boca de niño que tenía en la mano, pero de todos modos le ordenó que se fuese a la sala de espera.

—Todas esas están ahí como personas, no como prostitutas —le susurró el broker a Artyom, y señaló con la cabeza a las señoritas tristes—. ¿Y si encontrara entre ellas al amor de mi vida?

Pues quizás sí. Y, al fin, se despidieron.

Artyom se repetía a sí mismo: «Has hecho lo que has podido. Esta vez has hecho lo que has podido.

»Así que ya puedes marcharte».

—Tendrá que ser por aquí o por allí.

Estaban sentados en una habitación. A su lado, una muchacha fea y desnutrida, de quizás catorce años, contorsionaba el cuerpo en torno a una barra vertical. Casi no tenía pechos y las costillas le resaltaban lastimosamente sobre la piel, cubiertas por unas mallas totalmente desteñidas. Sus huesos rozaban una y otra vez el plato de sopa de Artyom, y el muchacho temía que se sintiera ofendida si le decía que se marchara, porque no parecía que tuviera ningún otro cliente. Por ello, hacía como si la barra y la muchacha no hubieran existido. ¿O quizás la ofendía aún más al actuar de ese modo? ¿Dónde se encontraba el orgullo de las prostitutas? ¿En qué lugar? Ni idea. La sopa era barata, porque tenían que ahorrar. Habían gastado ya muchos cartuchos, y por el momento no habían conseguido nada.

Había un plano del metro colgado de la pared. Ese era el tema de su conversación.

De la Tsvetnoy Bulvar partían dos caminos. Uno iba directo por la Chekhovskaya. El otro —que los obligaría a transitar por un corredor de transbordo— pasaba por la Trubnaya y luego continuaba hasta Sretenski Bulvar.

Si se podía confiar en el plano, ambos caminos llevaban a la Teatralnaya. Pero en realidad ambos eran imposibles. El plano era demasiado antiguo.

La Chekhovskaya, la Pushkinskaya y la Tverskaya —las tres conectadas por pasillos— habían cambiado de nombre. En esos momentos se llamaban IV Reich. Aparentemente reivindicaban la herencia del III. Tal vez hubieran falsificado el testamento, o se tratara de una especie de reencarnación.

Los regímenes políticos no son indestructibles, los imperios envejecen y mueren, pero las ideologías son como los bacilos de la peste. Se quedan dormidos dentro de los cadáveres que ellos mismos tienen sobre su conciencia y pueden quedarse allí durante quinientos años. Entonces llega alguien que en algún lugar cava un túnel, tropieza por sorpresa con el cementerio donde reposan las víctimas de la peste... toca los viejos huesos... y ya no importa el idioma que hable ni lo que crea. Al bacilo todo le viene bien.

La antigua Línea Sokolnicheski, que cortaba la red de metro por la mitad, se había transformado desde hacía tiempo en la Línea Roja. No porque ese fuera su color distintivo, sino por la fe de quienes la gobernaban. Un experimento muy peculiar: la construcción del comunismo en una única línea de metro. La fórmula no había cambiado: electrificación más poder de los *soviet*s. Bueno, puede que se hubiera añadido alguna otra variable a la ecuación, aunque en el fondo no se tratara de verdaderas variables. No importaba el tiempo que hubiera transcurrido.

Hay cadáveres que gozan de mejor salud que los vivos.

Artyom negaba con la cabeza.

—No puedo entrar en el Reich. Ni hablar. Puedes descartar la Chekhovskaya.

Homero le lanzó una mirada interrogadora.

—Pero es que es el camino más corto. Por la Chekhovskaya podríamos llegar a la Tverskaya, y después ya viene la Teatralnaya.

—¡Olvídalo! Allí no...

—¿Verdad que eres ruso? Eres de raza blanca.

—Eso no tiene nada que ver. Cuando estuve allí... —Artyom le hizo un gesto con la mano a la muchacha que se retorcía con desesperación—. Ven y toma un poquito de sopa. Te invito. Y deja de dar vueltas alrededor de esa barra.

Después de las conversaciones que había tenido en la Hansa, no estaba en condiciones de hablar con franqueza. Le parecía ver por todas partes al del jersey.

—Da lo mismo. No pienso pasar por el Reich. ¿Te acuerdas de esos cabrones...? Los de la balsa... A duras penas he logrado contenerme. Si no hubieran sido cinco... no tenía ninguna esperanza contra cinco. Como llevábamos entonces a nuestro moribundo...

—Qué situación más estúpida... —Homero acarició la gallina, que dormitaba sobre su regazo—. Ese hombre me inspira lástima.

—En cualquier caso, el día de hoy ha sido largo. Artyom se enjugó la boca.

—¡Eh! ¡Camarero!

—¡Dígame!

El camarero era un hombre indolente, viejo, descuidado.

—¿Tiene aguardiente?

—De setas. Cuarenta y ocho grados.

—Por mí, bien. ¿Tú también quieres, viejo?

—Como máximo cincuenta gramos. Y salchichas. Si no, me voy a caer.

—Para mí cien gramos.

Les trajeron lo que habían pedido.

—Este día se me está haciendo infinito. Bueno, brindo por esos idiotas. Y por Oleshek. Quiero que sobreviva. Aunque solo sea para que él y su huevo no se me aparezcan en sueños.

—Estoy de acuerdo. Es una historia ridícula. Patética del todo.

—Ha faltado poco para que me pegaran un tiro a mí. ¿Sabes que uno mismo no se da cuenta? Plop, y todo ha terminado. Y ahora pienso que no estaría mal dejarlo todo atrás. ¿Piensas que ese final quedaría bien en tu libro? ¡Pam!, una bala perdida... y todo se acabó.

—¿De verdad piensas que esa gente podría haberte matado?

—¿Quién sabe? Tal vez hubiera sido lo mejor. ¿Verdad que sí?

—¿A tres estaciones de la Teatralnaya?

—Tres estaciones...

Artyom tomó otro trago y miró a la bailarina, que tan solo tenía ojos para la sopa, y al malhumorado camarero.

—¿Tu radiotelegrafista existe de verdad? No me engañes, abuelo. ¿Adónde voy en realidad? ¿Para qué?

—Sí, desde luego que existe. Se llama Pyotr. Creo que se apellida Umbach. Pyotr Sergeyevich. Lo conozco en persona. Debe de tener mi edad.

—Umbach. ¿Es un apodo? Suena como si se hubiera escapado del Reich. De aquellos hijos de la gran puta.

—¿Quieres otro?

—No. No, no. Bueno, sí. Gracias. No creo que provenga del Reich. Tan solo es...

—Esa gente estuvo a punto de ahorcarme.

—¿Qué? Pero si no eres... ¿verdad que no?

—Le pégue un tiro a uno de sus oficiales. Fue por eso. Y entonces... da lo mismo. De todos modos, hubo alguien que me quitó la soga del cuello.

—¿Puedo...? Soooolo un poquito. ¡Espera... espera! Te quitaron la soga del cuello, ¿eh? A veces, ¿sabes?, he pensado... en quién muere y cómo muere. En la dirección por la que nos lleva la vida. Sí, claro, soy un viejo romántico idiota, pero... hoy no has muerto, y aquel día tampoco. ¿Y si fuera el destino? Puede ser que no te haya llegado la hora.

—¿Y...? Los muchachos, todos los jóvenes con los que... con los que defendí el búnker contra los rojos... los muchachos de la Orden... el único que sobrevivió en toda mi unidad fue Letyaga. Y por los pelos. Pero ¿cuántos murieron? Ulman, Shlyapa, Desyat... ¿qué me dices de ellos, por ejemplo? ¿Por qué tuvieron que morir? ¿Acaso habían hecho algo malo?

—¡No, no he dicho eso, válgame Dios!

—Sí, eso mismo. Eso mismo, viejo. ¡Eh, amigo! ¡Tráenos un poco más de este veneno de serpiente! ¡Gánate el dinero!

Homero aguardó hasta que el hombre hubo vuelto a servirles y se hubo alejado. Luego preguntó con gran prudencia:

—¿Esa... esa es la historia de la que has hablado en el despacho de Svinolup? Tiene que ver con Korbut, ¿verdad? El máximo dirigente del contraespionaje rojo. Lanzó a los suyos contra Melnik... sin permiso de la dirección del Partido, ¿verdad?

Empezaron a oírse golpes tras la pared de contrachapado. No estaba claro si los daba el cabezal de una cama o una persona directamente con el cráneo. Cuanto más fuertes eran los golpes, más exagerados se volvían los gemidos.

Callaron, escucharon y se miraron con cara de pasmo. Artyom se inclinó sobre la mesa enana para acercarse a Homero, y le dijo en una voz apenas audible:

—Contraespionaje... Era presidente del KGB. De la Línea Roja. Y tanto si tenía permiso como si no... ¡era el presidente! En cualquier caso, sí, estuve con los muchachos en el búnker. Con toda la Orden. ¿Cuántos éramos? Tal vez cincuenta. Contra todo un batallón. Y no un batallón cualquiera. Si los rojos se hubiesen apoderado del búnker... allí había un almacén de existencias.

—Había oído algo. Unos dicen que eran conservas; otros, que medicamentos...

—¿Conservas? ¿De qué? Pero ¿a ti te parece que los rojos necesitan comida? Ya hace tiempo que han perdido la costumbre de comer. Lo que teníamos allí eran armas químicas. Pero resistimos el asalto y sacamos las presuntas conservas a la superficie. La mitad de los que estábamos allí murió entonces. Esa es toda la historia. Vamos a bebernos otro vaso por ello, pero sin brindar.

—Sin brindar.

—Y por lo que respecta a Melnik... tú ya lo has visto en silla de ruedas. ¿Lo conocías de antes?

—Sí. Pero incluso en silla de ruedas... será siempre un guerrero.

—Ese hombre creó la Orden en persona, ¡sin la ayuda de nadie!, reclutando a un soldado tras otro. Tan solo los mejores. Durante veinte años. Y entonces, en un solo día... Solamente serví con él durante un año, pero los consideraba mi familia. ¿Cómo puede haberlo vivido él? Y ahora está tullido. Le falta el brazo derecho, precisamente. Las piernas ya no lo llevan. Imagínatelo. ¡Melnik... en silla de ruedas!

—Entonces serviste en la Orden desde que arrojasteis los cohetes contra los Negros... Descubristeis los cohetes en colaboración con Melnik, ¡verdad?! Si no los hubierais encontrado, los Negros habrían devorado el metro entero. Y luego te admitió en la Orden. En calidad de héroe. ¿Verdad?

—Venga, viejo, vamos a tomarnos otra.

Los que estaban al otro lado de la pared se habían puesto a gritar con tanta fuerza que despertaron a *Ryaba*. La membrana se retiró de sus ojos y empezó a aletear.

—Y mi alma se fue al cielo —tarareaba Artyom, y agarró a la gallina, ya borracho—. Y ahora viene la parte interesante. La ruta es exactamente la misma. Mira. ¿Cómo podemos seguir adelante desde aquí? Tan solo en dirección a la Trubnaya. Y desde allí iremos a Sretenski Bulvar. Pero tampoco quiero ir por la Línea Roja. Lo siento mucho, pero yo soy así. Por lo tanto, nos queda un solo camino. Tenemos que ir a la Turgenevskaya y luego seguir por nuestra línea... hasta la Kitai-Gorod. Ese túnel es bastante feo... es como malvado. Luego seguiremos hasta la Tretyakovskaya. Hace un par de años seguí la misma ruta... ¡Diablos!, cuántas cosas han pasado en estos dos años. Y desde la Tretyakovskaya iremos a la Teatralnaya. Aquella otra vez quería llegar a la Polis...

—¿Hablas de la célebre expedición militar? Cuando lo de los Negros...

—Sí, lo de los Negros. Oye, chica, mejor que te acabes la sopa. De verdad. Estoy casado. Al menos me lo parece.

—No, no... no la necesito, gracias... pero... ¿por qué...? ¿Tu mujer es la hija de Melnik?

—En efecto. En otro tiempo había sido tiradora de alta precisión. Su propio padre la entrenó. Y ahora cultiva setas... Por alguna parte todavía llevo una... seta...

—¿Y Melnik? ¿Por qué te ha...?

—Pues porque... pero mejor que hables tú, viejo... ¿cuál es tu historia? La historia de la rubia.

—No... no te entiendo.

—Has estado hablando de una muchacha. Parece que hubo algo. No paras de preguntarme. Ahora déjame que te pregunte yo.

—No, si no fue nada... esa chica... esa chica era como una hija para mí. Fue el año pasado. No tengo hijos. Y... entonces apareció esa muchacha. Me encariñé mucho con ella. Me sentía como si fuera mi nieta... y entonces murió.

—¿Cómo se llamaba?

—Sasha. Alexandra. La estación... se inundó. Todo el mundo murió. En fin... bebamos una vez más sin brindar.

—¡Eh, camarero! ¡Otra ronda, con salchichas!

—Ya no me quedan. Si queréis, os puedo servir gusanos marinados... pero hay que saber cómo se comen.

—¿Podríamos pasar la noche aquí?

—La habitación se alquila tan solo con mujer incluida.

—Con mujer... ¿con ella? La alquilo. Eh, oye, hoy tienes la noche libre. Puedes irte. Vete.

—Y bueno... te decía que murió. Ya no existe. Sin embargo, la veo por todas partes. En todos los rincones. Había llegado a confundirla con esa zorra miserable. ¿Cómo es posible? Aquella muchacha... Sasha... era tan tierna... una muchacha tan alegre... acababa de salir por primera vez de su estación. Había pasado toda su vida... ¿lo puedes imaginar?... en una sola estación. Y se pasaba el día sobre una bicicleta sin ruedas... para generar corriente eléctrica. Y se montó una fantasía. Llevaba siempre encima una bolsita de té con el envoltorio intacto. Y en el envoltorio había un dibujo. Había... montañas verdes. China, o no sé qué. Como salida de un libro de fotos. Para ella era todo el mundo. ¿Te lo puedes imaginar? Aquella bolsita de té era todo el mundo. Pero... ¿quién es ese tal Zhenya?

—¿Ese tal Zhenya...?

—Sí, ese mismo. En cuanto pierdes conciencia de lo que estás haciendo, te pones a hablar con un tal Zhenya.

—Un amigo mío. De los tiempos de mi infancia.

—¿Y qué ha sido de él? ¿Dónde está? ¿Siempre lo tienes contigo? ¿Te está escuchando?

—A saber. Está en el mismo lugar que tu Sasha. No puedo hablar con él de otro modo.

—L-lo siento. No quería...

—Yo tampoco. No quiero que todo el mundo lo oiga. No volverá a ocurrir. Lo único de lo que estoy seguro es de que Zhenya ya no está. Y punto.

—¿Me perdonas?

—¡Cállate de una vez! ¡Al diablo con Zhenya! Se acabó ese tema. ¡Eh... hum... camarero! ¡Me has convencido! Ya nos puedes preparar los gusanos. Pero por favor... córtalos a cachitos pequeños. Para que no veamos lo que son. Lamento lo de tu Sasha.

—Sashenka.

—Quizá debería haberse quedado en su estación. Quizás eso es lo que deberíamos hacer todos nosotros. ¿No lo has pensado nunca? A veces pienso... lo que sería quedarse en casa y no ir a ningún lado. Criar setas. Aunque... Zhenya, por ejemplo, se quedó en su casa... ¿y de qué le sirvió?

—Yo también lo pienso. Te voy a contar una cosa... En otro tiempo trabajé como conductor en el metro. Soy uno de los de verdad... sí, sí. Y... también tengo una especie de teoría... es como una especie de comparación. Que la vida es como una línea de metro... como... unas vías. Y por el camino se encuentran desviaciones que llevan hasta otras vías. Y no hay una única estación final, sino varias. Los hay que tan solo quieren ir desde aquí hasta allí, sin más. Otros quieren ir a las cochertas para descansar. Y también los hay que se pasan a otras líneas por enlaces secretos. Lo que quiero decir es que... por supuesto que a veces puede ocurrir algo, pero... ¡cada uno avanza hacia su propio punto de destino! ¡El suyo! ¡Y cada uno tiene que tomar los desvíos correctos para llegar a su meta! Cada uno de nosotros tiene que representar el papel por el que vino al mundo. ¿Entiendes lo que quiero decir? Tal vez no soy más que un viejo idiota y todo esto no es más que un romanticismo imbécil... pero tú no has nacido para que te mate una bala perdida, ni para quedarte en casa. Ese no es tu punto de destino, Artyom. Por lo menos no me lo parece. No es ese tu punto de destino. Tienes otro. En algún lugar.

—Si tú lo dices...

Artyom resopló ruidosamente.

—¿En qué línea trabajabas? ¿Cuál es tu punto de destino? Aunque quizás debería decir tu punto débil.

—¿Yo? —Homero llamó con un gesto al camarero: otra ronda—. En la Línea de Circunvalación.

Artyom hizo una mueca. Le guiñó un ojo al abuelo.

—Qué curioso. Estos gusanos no tienen mal sabor. Si no supiéramos lo que son... ¿verdad?

—Yo no quiero.

—Yo sí. Pero ahora explícame algo, abuelo. A menudo me he encontrado con personas que me hablaban de la vida y del destino... de una especie de predestinación. Gilipolleces. Disparates. ¿Me entiendes? Todo eso no existe. Lo único que existe son túneles vacíos. Y el viento que sopla por ellos. ¡Eso es todo!

Artyom se metió en su estómago hambriento los gusanos que le quedaban y se puso en pie sobre unas piernas tambaleantes.

—¡M-me v-voy a m-mear!

Pasó a la habitación de al lado. De pronto, tras la pared de contrachapado, lo vio todo distinto. Un momento antes había estado en el bar, con la barra y la pobre cría en mallas, con el techo a dos metros del suelo, y entonces se vio de pronto en un pasaje, en un corredor en el que se alienaban los colchones, y sobre los colchones hombres y mujeres desnudos que se movían unos encima de otros, algunos poco a poco, otros con furor, que buscaban un punto sobre el que sostenerse, que estiraban los talones desnudos en busca de un punto de apoyo. Las paredes estaban cubiertas de páginas de revistas porno raídas y amarillentas. El techo quedaba tan bajo que Artyom a duras penas lograba mantenerse erguido. Siguió adelante...

Una barriga gigantesca cubierta de vello rizado, la cabeza totalmente calva, tirantes a rayas, se sienta sobre un sofá hundido, una ninfa sobre cada una de sus rodillas, la pared empapelada con colores cursis, como se suelen ver en los apartamentos abandonados de la superficie... Acaricia la espalda desnuda de las muchachas y ellas se retuercen como gatitas... una besa a la otra... grasa fofa y trémula... agarra a una por la nuca, ahora a la otra. La luz se extingue... Artyom tiene que ir a tientas.

—¿Dónde está el baño?

—¡Más adelante!

Se oye un piano de cola desafinado. ¡Un piano de verdad! Una mujer gorda está sentada encima, con una piernaza a la derecha y otra a la izquierda, gimotea con vocecita débil, y en medio de las dos piernazas un hombre con chaqueta tejana a media faena. Un culo flaco con hoyuelos que desciende sobre carne rolliza... la cubierta del piano retiembla... ¿qué es lo que han pintado ahí arriba? No... mejor seguir adelante.

Tres hombres en uniforme negro que en el mundo antiguo se debió de coser para los empleados del metro. ¡Ja!, en este mundo nuevo también hay quien se lo ponga. Llevan en la manga la araña de tres patas, negra sobre un círculo blanco: el triunvirato constituido por la Chekhovskaya, la Tverskaya y... sí, exacto: la Pushkinskaya. Se encuentran a tan solo un túnel de allí. Lo más probable es que vengan todos los días... todas las noches. De pie, la mujer empuja hacia atrás, el hombre hacia delante... la mujer se muerde los labios, aguanta... otros dos aguardan en la cola, se preparan. Desde allí todavía se oye el piano y el de negro se suma a la cola... Esto tiene dos salidas: una hacia la derecha, la otra hacia la izquierda.

—¿Dónde...?

Y vuelve a encontrar una sala muy sencilla. Ninguna decoración, un montón de cuerpos tendidos en el suelo como los cadáveres de una fosa común, y se mueven con torpeza, como si aún no hubieran muerto... el *dur*, la droga habitual en el metro, humea por todas partes, se cuela por las ranuras de las paredes, le hace cosquillas en las narices al vecino. El humo se mete por los ojos, los pulmones, la cabeza y el corazón. Adelante, adelante. ¿De dónde venía Artyom? ¿Cómo va a poder regresar?

¿Recto o a la izquierda?

Mira eso. Un diablo con el culo cubierto de verdugones, y sobre él se afana una mujer de espaldas anchas... Por Dios, ¿de dónde sacan la lencería? Seguro que han desnudado cadáveres que quedaron en la superficie... es de calidad bastante buena, seguramente importada...

Un joven con atavíos de muchacha pasa por delante de Artyom, se lame la manga del vestido. Tiene bigote. Como en una feria de monstruos... la mujer barbuda... en otro tiempo había habido un circo sobre la estación... el viejo y célebre circo del Bulevar Tsvetnoy...

Y otra puerta. ¿Será aquí? En algún lugar tiene que...

Una especie de banquete. Un baile de máscaras. Por lo menos eso es lo que se intenta... ¿se las habrán pintado ellos mismos? Ese al que he visto antes... ¿se había escapado de aquí?

Alguien se pone en pie y se le acerca... una mujer frágil, elegante y... solo que con la mano esconde... en la mano... y sobre la garganta... la mujer siente en la garganta... que...

—Siéntate, siéntate. Ven. No te marches. Quédate un rato.

—Tengo... una seta. Anya.

Busca la seta dentro de la bolsa. La agarra como si fuera un talismán.

—Qué raro eres, tío.

—Dónde está el... tengo que... ¡es urgente!

—Por allí. Pero luego vuelve con nosotros. Por favor.

No, no piensa volver. Se ha perdido.

Y entonces, de repente, se siente fatigado. Una mesa. Alrededor de la mesa, gente, y debajo de la mesa, muchachas. Se siente mal, no le quedan fuerzas para ir más allá. Se sienta. El techo da vueltas y más vueltas, la prueba de que todo el universo gira alrededor de la Tierra. Entonces sacan a una muchacha desnuda y empiezan a golpearla con una vara sobre sus brazos encadenados. Los demás miran y aplauden.

—¡Parad! —Artyom se levanta como puede.

—Pero ¿tú de qué vas?

—Que nadie se atreva... a humillarla...!

Se arroja sobre ellos con la intención de pegarles, pero alguien lo agarra y lo sujetan con fuerza.

—¡Si es ella misma quien lo quiere! ¡Sino cómo te crees que... Somos nosotros quienes le damos de comer!

—¡Idiota! —chilla la joven—. ¡Márchate de aquí! ¡Estoy trabajando!

—¡Dale otro!

—¡Sí, no te contengas! —suplica ella. En efecto: ruega a los hombres que la golpeen.

—Y tú... ¡tú no te metas! Eres un... un...

—¡Tú no quieras! ¡Ella no quiere! ¡No le queda ninguna otra posibilidad! ¿Si no hiciera esto adónde podría ir...?

—¡Anda, pero qué listo eres! ¿Y nosotros? ¿Adónde podríamos ir nosotros? ¡Venga, márchate de aquí! ¡Y ahora dale en las tetas!

—¡Ahhh!

—¡Eso es! ¡Pásame la vara, que yo pego mejor!

—Siéntate y tómate algo. ¡Tómate algo con nosotros! ¿Eres stalker? Sí, eres stalker, ¿verdad?

—¡No, no pienso... sentarme con vosotros! ¡No! ¡No me agarréis! ¡Sois animales! ¡Todos vosotros! Adónde podría ir... ¡lo sé muy bien!

—¿Ah, sí? ¡Pues dínoslo!

—¡Tendría que buscar! ¡Buscar a otros supervivientes! ¡Buscar! ¡Marcharme de este lugar maldito! Aquí nos vamos a transformar todos... ¿en qué? ¡En animales! Ahora mismo debería...

—¡El stalker es un soñador! ¿Lo habéis oído? Quiere salir a la superficie. ¿Tú te has mirado la cabeza? Ya te estás quedando calvo. ¿Y tenemos que seguirte a ti? ¡Sí, claro!

—¡Ahhh!

—¡Sí, eso mismo! ¡Qué maravilla! ¿Gozas, putita?

—¡Y nosotros, en el metro... estamos degenerando! ¡Nacen niños... con dos cabezas! ¡Sin dedos! ¡Jorobados! ¡Con grumos en vez de ojos! ¡Uno de cada tres sufre cáncer! ¡Bocio! ¡Id contando a la gente que tiene bocio! ¡Si es que todavía sabéis contar! ¡Vuestros hijos ya no sabrán! ¡Aquí pegáis a una muchacha para divertiros! Mientras que en la estación vecina... en la Mendel... en la Mendeleyevskaya... aquello ya solo es... ya solo hay... ¡cuevas! ¡Al cabo de veinte años! ¡Cuevas!

—Espera... ¡un momento, stalker! Tienes razón. Tiene razón, ¿verdad que sí? ¡Eres de los nuestros!

—¡La Mendeleyevskaya está genial! En cambio, este burdel es asqueroso...

—¡Sí, tiene razón! ¡Estamos degenerando! Los genes... tenemos los genes

repletos de basura. ¡Vamos a beber por ello, stalker! ¿Cómo te llamas?

—¡Nuestros genes están hechos una porquería! ¡Ya no queda nada limpio! Servidle un vaso... Compartimos un secreto, stalker. ¡Por ti! ¡Por la pureza de nuestros genes!

—Humm... ¿qué...?

—Si no, estamos condenados a la decadencia. Es un trabajo difícil. Un trabajo sucio. Pero alguien tiene que hacerlo. ¡Por nosotros!

—¡Por el Reich!

—¡Por el Reich!

—¡Dejadme en paz! Con los fascistas no quiero... habíamos luchado... nuestros abuelos...

—¡Anda... mira con qué nos sale el stalker! ¡Había luchado! ¡Fascistas! ¿No has escuchado los discursos del Führer? ¡Han pasado cien años desde que los fascistas dejaron de existir! ¡La línea del Partido ya no es la misma! ¡Y los putos caucásicos... qué más da! Todos los hombres son hermanos, ¿está claro? ¡Si los genes son los correctos! Los hombres tenemos que hacer piña ¡contra los degenerados! Porque solo de una manera podremos salvarnos del metro. Y essss...

Todos a coro empezaron a cantar:

—¡La pureza! ¡De los genes! ¡Es la salvación! ¡De las gentes!

—¡El Darwin ese era un tío de puta madre!

Tal como sentía las piernas no podía escapar.

—Y por eso tenemos que defender la pureza, stalker. ¡Tú ya puedes salir ahí fuera! Nosotros, nosotros, mientras tanto... limpiaremos aquí. ¡Así que cada uno tiene... su trabajo! ¡Pero de todos modos estás genial! ¡Sí, estás genial! ¡Ahora no te mees en los calzoncillos! ¡Sal afuera!

Por fin ha hecho acopio de fuerzas suficientes para resbalar de la silla y deslizarse bajo la mesa. Pero allí se esconden muchachas desnudas entre las piernas del orador.

Artyom vomita. Camina a gatas. Los demás lo aplauden.

—Sois animales... no sois más que animales... y yo igual que vosotros... un animal...

Entonces todas las habitaciones-habitacioncitas-habitacioncillas empiezan a dar vueltas, qué raro, ¿existen o no?, pintadas, de cartón, empapeladas de desnudez, desnudez, desnudez, almas desnudas que lo miran desde las caras y alguien que está desnudo trata de cabalgar sobre él y además todo el tiempo todo el tiempo otro cuerpo desnudo tras él es el diablo o los borrachos le han puesto un asesino sobre los hombros deberían colgar del patíbulo no será uno de esos el que hace dos años lo condenó quizá sí y siempre detrás de él debe ir a paso más

rápido pero a cuatro patas probablemente no es un asesino sino el diablo Satán lo agarra lo agarra quiere arrastrarlo ocho metros más abajo al siguiente círculo y qué hay allí vete vete no te quiero aquí dónde está mi seta dónde está la seta que me puso donde está mi talismán contra estos diablos Dios bendito protege...

—Ponedlo aquí. Sí. Aquí tenemos un sofá muy cómodo.

Qué habitación más extraña es qué extraña y la lámpara y el techo aquí cuántos metros cuatro el techo es posible y de dónde sale tanta luz qué me dice y quién es este hombre no me quedan fuerzas quedan fuerzas por qué vigila en la puerta.

Disculpe, he escuchado su conversación sin querer. Y me ha provocado curiosidad. Usted es stalker, ¿verdad? ¿Y sueña con hallar a otros supervivientes? ¿No cree que seamos los únicos? Es terrible, lo entiendo. La mera idea de que en ningún lugar, absolutamente en ningún lugar, aparte de nuestra red de metro, haya sobrevivido alguien.

—¿Quién... quién eres?

Pero ¿qué diría usted si de pronto se descubriera que el mundo, en realidad, no ha quedado destruido? ¿Cree usted que los seres humanos abandonarían el metro? ¿Que lo dejarían todo atrás? ¿Que empezarían una nueva vida en otro lugar? Se lo ruego...

—¡Al instante! Nuestra desgracia... toda esta desdicha... no tenemos adónde ir... estamos aquí... como en un campo de concentración... en el subsuelo...

Disculpe, ¿a qué viene eso de que no tenemos adónde ir? Disponemos de un amplio surtido de opciones. Veámoslo: tiene usted a los fascistas, a los comunistas, todo tipo de sectas, puede usted buscarse un dios, o más bien inventárselo a su gusto, o excavar unas escaleras que lo lleven al infierno, y en todo caso puede usted establecerse donde le apetezca. Existe un gran número de estaciones. Si lo desea, puede usted rescatar libros, o aficionarse a la carne humana, y si se diera el caso de que desea usted jugar a la guerra... ¡no tendrá problemas! ¿Qué más quiere? ¿Piensa usted que a los hombres de aquí les falta algo? ¿Qué sería? A usted, por ejemplo, ¿qué le falta? Todo esto resulta hilarante. Sí, incluso en cuestión de mujeres puede usted servirse a gusto, no se marcharán a ninguna parte. A propósito, hoy mismo le hemos traído a una. Sasha, Sashenka, ven aquí. Tenemos un invitado. Sí, es un hombre sucio y asilvestrado, pero sabes muy bien, tú ya lo sabes, que es uno de esos a quiénes me gusta hacer feliz. Ven, pequeñuela, trátalo con amor, es un ser humano, ¿sabes? Ha quedado cubierto de costra, tiene un trozo de hielo en el corazón igual que Kay, su corazón tiene que aprender de nuevo a respirar, por eso hay que darle calor con las manos, para que le llegue el deshielo. Sí, quiero verte con

él, quiero verlo contigo, pero puedes tomarte un tiempo, no tenemos ninguna prisa. Bésalo. Aquí. Y no me olvides a mí, pequeñuela.

«No de ningún modo espera aquí tengo una seta y la seta me protegerá naturalmente eres el diablo el diablo pero temes a las setas en ellas está todo lo sagrado tú eres Sasha dónde he oído ese nombre tu nombre Sasha Sasha Sasha Sasha Sasha».

—¡Eh! ¿Me oyes? ¡Ehh! ¿Al menos respira?

—Creo que sí. Apriétale la nariz. Así, si está vivo, abrirá la boca.

—¡Eh! ¡Hermano! ¿Cómo estás? ¿Seguro que es él?

Blancura. Blancura que ha reventado. Un desgarrón negro. Como cuando el río Moskva se desborda por sus orillas todavía cubiertas de nieve.

¡Y duele! ¡Cómo duele el río cuando el deshielo! Aguas de deshielo. Debe de ser primavera.

—Dale la vuelta. ¿Cómo es que está echado de bruces sobre las baldosas?

La imagen cambia. Ahora ya no hay nieve ni río. Pero el dolor todavía le llena el cuerpo. Qué raro. La mejilla le arde. Un dolor hormigueante en el brazo. Un ojo aparece en el vacío. Mira al interior de Artyom. Un huésped no invitado.

—¡Eh! ¡Ponte en pie, Artyom! ¿Qué le habéis hecho?

—¿Qué quieres que le hayamos hecho? ¡Ya estaba así!

—¿Y adónde ha ido a parar la ropa que llevaba puesta? ¿La chaqueta? ¿La camiseta? ¿Y qué es eso que tiene en el brazo? D-diablos...

—No sé, pero yo no tengo nada que ver. Te lo juro por mi madre.

—Por tu madre... Bueno, da igual, levántalo. ¡Te estoy diciendo que lo levantes! Así, con la espalda contra la pared. Y trae agua.

Un lugar lejano se abre. Un pasillo, puertas, puertas, y luz al final. ¿Quizá tiene que ir allí? ¿Lo espera su madre?

—Mamá... —llama Artyom.

—Ya lo oye todo. No hay peligro. Está regresando del espacio exterior. Ha mezclado gusanos y aguardiente, ¿no? ¡Es una mezcla mortífera! Y encima se habrá tomado algo más. ¿Hace mucho que lo buscáis?

—Nos separamos anteayer.

—Suerte que os habéis preocupado. Este lugar es... habría podido pasarse una semana entera ahí tirado. O medio año.

—Nosotros no abandonamos a nuestros amigos. Toma: tres, como habíamos acordado. ¡Eh, Artyomich! Estás bien. Levántate. El deber te llama.

Hubo un clic, el dolor se le calmó un poco. Alguien le había cambiado las

lentes. Primero habían puesto una entre él y el mundo, luego otra, y ahora, por fin, habían encontrado la correcta. Los contornos volvían a estar claros. Las imágenes eran nítidas.

—¿Quién eres?

—¡El servicio de limpieza en abrigo de cuero! ¡Soy Lyokha! ¿Quién iba a ser, si no?

—¿Por qué? ¿Por qué tú?

Qué raro. Qué raro, se dijo Artyom, presa del dolor. Y había algo todavía más raro. Aquel no era el verdadero Lyokha. Faltaba algo. Algo.

El hedor.

Homero no había sido capaz de encontrar a Artyom por la Tsvetnoy Bulvar. Entonces Lyokha le había salido al paso por el laberinto, lo había reconocido y lo había ayudado en su búsqueda. Muchas gracias también. Al cabo de dos días habían encontrado a Artyom en un baño en desuso, cubierto de mugre, con la ropa destrozada.

—¿Qué te ha ocurrido?

—No tengo ni idea.

Tanteas con las manos en el recuerdo, pero no encuentras nada. Negrura, como en un túnel. No está claro si ahí hay algo, o más bien nada. Tal vez solo haya el vacío. Pero también es posible que tengas a alguien tras la espalda, que te respire en la nuca, o sonría. Puede que no sea una sonrisa, sino unas fauces abiertas.

No se ve nada, tan solo tinieblas.

—El brazo... ¿qué te ha pasado en el brazo?

Artyom se palpó el brazo y contrajo el rostro.

—¿No tienes ni idea de lo que te ha pasado?

Homero hablaba con voz alarmada.

—Ni idea.

—Tu tatuaje...

—¿Qué le pasa?

En el antebrazo anteriormente se había leído: «Si no nosotros, ¿quién?». No quedaba ni una sola letra legible. La piel estaba carbonizada, hinchada, y rezumaba un jugo rojo y blanco. Sobre cada una de las letras había una pequeña quemadura redonda.

—Estas quemaduras se las han hecho con un cigarrillo —constató Lyokha—. ¿Qué decía ahí? ¿Lyussya, por siempre tuyo? ¿Has chocado con un enamorado

celoso?

Era un tatuaje espartano. Todos los que militaban en la Orden tenían uno igual. Se lo hacían tan pronto como los aceptaban. A modo de recordatorio: esto es para siempre, la Orden no tiene exmiembros. Aquel principio también se aplicaba a Artyom. Aunque llevara más de un año apartado de ellos, se habría ahorrado antes que borrarse aquellas palabras.

—¿Quién habrá sido? —preguntó Homero.

Artyom se palpó las quemaduras en silencio. Dolían, pero no tanto como él mismo habría querido. En cualquier caso, había pasado más de un día y había empezado a formarse la costra. ¿Costra?

Había visto una mesa que flotaba en un mar de aguardiente —como una especie de tabla de salvación— y detrás de esta algunos rostros, y él, Artyom, estaba allí, y se había agarrado a la tabla. Pero no lo habían torturado, no le habían quemado la piel, si hasta lo habían aplaudido, por el motivo que fuera... Lo que había ocurrido después era un puro disparate. ¿No habría sido todo un sueño provocado por la fiebre? El sueño y la realidad ya no se podían diferenciar.

—Ni idea. Ya no lo sé.

—Tómate un trago para que se te pase la resaca —le propuso Lyokha—. Te sentirás como si hubieras nacido de nuevo. Mira, te he traído una chaqueta para que te la pongas en vez de la vieja.

Artyom se la puso. Le iba un par de tallas grande.

En la *Tsvetnoy Bulvar* no se sabía si era de día o de noche. Le sirvieron la misma sopa en la misma habitación, los infatigables vecinos seguían gimiendo al otro lado de la pared y sacudían las paredes carcomidas, la música pegajosa seguía impregnando el aire turbio, y una muchacha —nueva— se enroscaba en torno a la barra pulida. Artyom se tragó un mejunje amargo, el mismo que en la VDNKh, el mismo que en todo el metro, y reflexionó cuidadosamente: «¿De dónde han salido estas quemaduras? ¿Quién puede haberlo hecho? ¿Quién se ha atrevido?».

La Orden no se inmiscuía nunca en las rencillas entre las diferentes líneas. Estaba por encima de todos los conflictos. Melnik odiaba la política. No aceptaba ninguna autoridad por encima de la suya, no atendía a las órdenes de nadie ni dependía del apoyo de nadie. Hacía dos décadas había sido el primero en jurar que no se uniría a ningún bando y que protegería, sin excepción, a todos cuantos vivían en la red de metro de peligros a los que nadie habría podido combatir, o que nadie conocía. Se aceptaba tan solo a unos pocos en la Orden, y únicamente después de pruebas largas y minuciosas. Melnik no precisaba de ningún ejército. Los antiguos miembros de la Spetsnaz —una unidad de élite del

Ejército ruso—, los stalkers y los agentes de la Orden merodeaban por el metro sin hacerse notar, indagaban, tomaban nota e informaban.

Melnik escuchaba. Y si se presentaba un peligro —un peligro verdadero, ineludible, que amenazara a todo el metro—, la Orden le hacía frente con un golpe mortal y bien calculado. Al contar con pocos efectivos, no podía emprender una guerra abierta. Por ello, Melnik intentaba aniquilar al enemigo en secreto, por sorpresa, en sus principios, cuando todavía era embrionario. Eran pocos los que tenían un conocimiento fidedigno sobre la Orden, y los que la conocían trataban de evitarla.

Pero estaba claro que allí había intervenido alguien que no le tenía miedo.

¿Y cuál era el motivo por el que no había terminado el trabajo?

—Mientras te buscaba, me he metido en un callejón sin salida. Y entonces, de repente, la he visto una cristalera. ¡En la Novoslobodskaya no queda ni una, pero aquí sí!

Homero calló durante un rato y luego añadió:

—Esta estación es asquerosa.

—Tenemos que marcharnos.

Artyom dejó sobre la mesa el cuenco vacío.

—¡Dentro de una hora me pongo en marcha! —anunció Lyokha.

—¿Quieres volver atrás? ¿Tú te crees que permitirán que vuelvas a entrar en la Hansa?

—No. Lo he estado pensando y ahora lo veo claro. Se acabó toda esta mierda. Voy a alistarme en la Legión de Hierro...

—¿Disculpa...? —Artyom volvió hacia el broker sus ojos enrojecidos e irritados. Por eso se había lavado Lyokha.

—He escuchado lo que contaban esos tíos. ¡Y todo está muy claro! Mientras los normales no acabemos con los degenerados, no tendremos tranquilidad. En cualquier caso, me marcharé al Reich junto con esos voluntarios. Todo será para bien.

Homero parpadeó con sus ojos lacrimosos. Artyom se dio cuenta de que ya estaba al corriente de todo.

—¿Eres idiota o qué? —le preguntó a Lyokha.

—¡Mira quién habla! ¿Qué sabes tú sobre los degenerados? ¿Sabes cómo es la mafia brutal que han organizado en todo el metro? Y todos esos tíos repugnantes de la Rizhskaya... ¡pues claro que tienen razón! Si regreso allí será con botas claveteadas. Dicen que en el Reich te dan unas botas magníficas.

—Sé muy bien lo que son los degenerados —replicó Artyom.

—¡Bueno, pues estupendo! —le respondió Lyokha, como para dar por terminada la conversación.

—De acuerdo —dijo Artyom—. Hasta la vista.

—Claro que sí —le respondió alegremente Lyokha—. Porque volveremos a vernos, por supuesto.

Se puso en pie y chasqueó los dedos con entusiasmo. Había llegado el momento de hacerse dueño de su propia vida. Entonces su mirada descendió hasta la gallina, que picoteaba por el suelo.

—¿Nos la repartimos? —propuso.

—¿Y qué pasa con Oleg? —le preguntó Artyom.

—La ha diñado —anunció el broker con alegría—. Yo ya os lo había dicho.

El suelo aún se movía bajo sus pies. Pero no quería quedarse ni un segundo más de lo necesario en la Tsvetnoy Bulvar.

Con la mochila y la bolsa de viaje aún era más difícil moverse por aquella Gomorra que si hubiera estado desnudo.

El laberinto tenía vida propia. El calidoscopio de aquel nido de serpientes había sufrido una sacudida y cobrado vida propia. El camino seguro que lo habría llevado hasta fuera ya se había transformado.

Ya no llevaba hasta el pasillo de la Trubnaya, sino hasta el canal de agua que cubría las vías.

—¡Mira, pero si es nuestro compañero de armas! ¡El stalker!

La voz venía de atrás.

En un primer instante, Artyom no se dio cuenta de que lo decían por él. Pero entonces alguien le arreó una palmada en el hombro y lo obligó a dar media vuelta.

Eran cuatro enfundados en uniformes negros, con la esvástica de tres patas en el brazo. Al principio no los reconoció, pero entonces fue como si mirara al interior de un vaso de tres litros con setas adobadas en su interior, y luego apartara los ojos de la turbia salmuera y se le aparecieran de pronto aquellos rostros. De anteayer. Le parecía que aquel de allí había comido sentado a la mesa. Le habló a Artyom con gentileza al tiempo que le servía el veneno. El lunar sobre el puente de la nariz. Artyom había clavado ahí la mirada mientras los demás... sí, ¿de qué hablaron? ¿Por qué se alegraban tanto de volver a verlo después de aquella conversación? Habrían tenido que saltarle a la garganta.

—¿Lo recordáis, muchachos? Es el stalker, ¿no? ¡Es uno de los nuestros! El que se marchó gateando.

—¡Anda, pues sí que es una sorpresa!

Hacía mucho tiempo que Artyom no veía una sonrisa tan genuina.

—¿Queréis ir con nosotros? ¡Nos vendría bien que se nos sumara un idealista! —dijo el del lunar.

Los cuatro llevaban un galón de cuello que los identificaba como suboficiales. A sus espaldas aguardaba una larga columna de a tres. Hombres de la misma calaña que se disponían a partir. Artyom divisó al exbroker entre los que se hallaban al final de la cola. Por supuesto, eran voluntarios. La Legión de Hierro. Por la pureza de los genes. ¿Acaso el propio Artyom no había bebido por ello? Aunque luego vomitara.

—Id a que os fallen.

Y se marchó. Se alejó de ellos.

Entonces le pareció que todos los habitantes de aquella portentosa Gomorra lo miraban con los párpados entrecerrados, lo reconocían, le guiñaban los ojos. Vaya, vaya, no hace nada que te vimos caminar a cuatro patas con el culo al aire, ¿cómo es que no nos saludas?

Volvió a acordarse: había vomitado.

Y algo más: alguien lo había seguido, perseguido, no se había despegado de él, sobrio, desdeñoso, adulto, mientras que Artyom, como un niño de un año, huía de la vergüenza sobre brazos y piernas desgarbados. Era un hombre que quería algo de él.

Tenaz cual pesadilla. Pero ¿había sido una pesadilla de verdad?

Pensó que Gomorra tenía pocos habitantes que realmente vivieran allí. Todo el mundo acudía desde otros lugares. Los fascistas eran fáciles de reconocer... los muy idiotas se presentaban en uniforme. Pero ¿quiénes eran los que vestían de civil? Desde la Trubnaya se llegaba a la Hansa, a la Línea Roja, a los filibusteros de la estación Kitai-Gorod... y desde esta se podía llegar a todas partes. Así pues, la gente que estaba allí podía haber venido de cualquier sitio. Del mismo modo, personas de todas partes podían instalarse allí. Todos los canallas que iban hasta la estación para satisfacer algún apetito.

Quizá pudiera considerar que había salido bien de todo aquello. La única pregunta era: ¿a qué precio?

Lograron salir de nuevo del laberinto y llegaron al corredor por el que se accedía a la Trubnaya. Artyom con su mochila y su bolsa, Homero con la gallina. El viejo se había negado a sacrificar al ave y entregarle la mitad al exbroker. De acuerdo con las predicciones de Oleg, *Ryaba* ya no ponía huevos.

Allí los aguardaba una sorpresa: un control de pasaportes. Artyom no sabía de dónde sacaba la Trubnaya su dinero, pero era evidente que no practicaba el mismo negocio que la Tsvetnoy Bulvar, porque sus guardias eran selectivos. No exigían visado, pero tampoco dejaban pasar a nadie que no pudiera exhibir un documento válido. Homero sacó el librito verde con el águila coronada:

Nikolayev, Nikolay Ivanovich, nacido en el año 1973 en la provincia de Arkhangelsk, estación Sevastopolskaya, con la palabra «casado» ya tachada. En la foto laminada no llevaba barba y los cabellos aún no habían empezado a encanecer. Quizá no tuviera aún cuarenta años. Pero su rostro era reconocible.

Artyom dejó todo el peso en el suelo y buscó por los bolsillos.

En los pantalones no llevaba nada. Sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

No lo habría llevado en la chaqueta, ¿verdad? ¿Podría ser que se lo hubiera guardado en la chaqueta que ya había desaparecido, con la seta que Artyom tenía que proteger y cultivar? Abrió la bolsa de viaje —se sentía la piel pegajosa, porque el pánico hacía que el veneno que había bebido se le saliera por los poros — y buscó en su interior como loco, metió la mano por aquí, luego por allá, le dio vueltas, sacó el traje aislante, desplegó sobre el suelo su segunda piel a la vista de todos, registró los bolsillos laterales de la bolsa, también dejó en el suelo el fusil ametrallador, acabó por sacarlo todo fuera y buscó hasta en el último rincón. ¡Nada! ¡Lo había perdido!

—¿No lo habré dejado en algún sitio? —le preguntó a Homero con voz apagada—. ¿Puede ser que se haya caído de la mesa?

El viejo levantó ambas manos sin saber qué responderle.

Sin pasaporte.

Sin pasaporte no se podía viajar por el metro. No se podía ir a la Hansa, ni a la Polis, ni a la Línea Roja. Ni a la Alexeyevskaya, ni a ninguna otra estación cuyos habitantes trataran de pensar en el mañana. Lo único que se podía hacer era morir de hambre en algún paraje solitario, o devorado en un túnel.

Las gentes empezaban a congregarse a su alrededor y a observarlo, en parte por desconfianza, en parte por compasión. A la mierda los mirones. No era momento para esconderse. Tenía que aclarar aquello. Buscó en la mochila bajo todas las miradas. La carcasa verde del aparato de radio asomó por la abertura. Los guardias la observaron con la frente arrugada. Acabó por sacarlo todo: el aparato de radio y la dinamo. La multitud empezaba a parlotear.

Nada. ¡Maldición! Nada.

Homero había empezado a actuar por su cuenta: hizo señas a los guardias, se acercó a ellos y trató de convencerlos... pero ¿cómo? Debía de quedarles un cargador y medio... como mucho. Ojalá no tuvieran que disparar en ningún momento.

—¡Entrada denegada! —resopló un oficial gordo que estaba al mando del puesto de control—. Si los dejamos entrar, los rojos nos arrancarán la piel a tiras. De todos modos no podrían llegar a Sretenski Bulvar.

—¿Y por qué no?

—Los rojos ocuparon ayer la Sretenski y le están pidiendo la documentación a todo el mundo. Todo está cerrado. Nadie puede entrar en esa línea y tampoco salir. Allí ocurre algo, pero nadie sabe el qué. Por otra parte... ahora ya tienen la Sretenski. No les costaría mucho llegar hasta aquí... por eso queremos evitar toda provocación. Dicen que los rojos van a ocupar también la Teatralnaya.

—¿Quién dice eso?

—La gente. Se dice que la ocuparán para que no la pueda conquistar el Reich. Temen que los fascistas sean los primeros en atacar. Esto de ahora no son más que los preparativos. Quieren anexionarse todas las estaciones vecinas al Reich.

—¿Y cuándo será eso?

—¿Cuándo? Y yo qué sé. Pregúntaselo tú mismo. Podrían atacar en cualquier momento. Si ya circulan rumores...

—Deberíamos... —Presa de la furia y de los nervios, empezó a meter la dinamo, el aparato de radio y todos los malditos trastos otra vez en la mochila—. Deberíamos... Ven, viejo. Márchate tú solo hasta la Sretenski. Tienes pasaporte, tienes buenos ojos, una barba que pareces Santa Claus y esa gallina idiota. Nadie te hará nada. Yo iré por la superficie... Nos veremos allí. En la Teatralnaya. Si los rojos no se apoderan antes de ella. Y si se diera el caso... Homero lo miró y asintió en su confusión. Si se daba el caso... ¿qué más podría hacer?

—Si... si no hubiera tomado aquella decisión... por Oleshek... para que pudiera salvarse... —murmuró Artyom, y contempló a la gallina, repleto de odio, al mismo tiempo que metía sus últimas cosas en la mochila—. ¡Y todo ha sido en vano! ¡El muy imbécil se ha muerto!

Cargó con la mochila a hombros y se dirigió de nuevo hacia la frontera, bañado en sudor, rabioso... Gracias a su propia rabia, casi se había quitado de encima la resaca.

—¿Dónde está la salida? Para ir a la superficie. ¿Qué hay aquí? ¿Una escalera mecánica? ¿O escalones normales?

El oficial negó con su cabeza calva y dijo casi con lástima:

—Eres stalker, ¿verdad? Desde aquí no se puede subir. Hace años que todo se vino abajo. Además, ¿a ti te parece que en esta estación puede haber alguien interesado en montar expediciones a la superficie? ¿Las lumis, quizás?

—¿Y vosotros? ¿En la Trubnaya? ¿Hay algo?

—La salida está sellada.

—¡Pero qué clase de gente sois! —Artyom estaba a punto de perder el control—. ¡¿Es que todo os da igual?!

El oficial no se molestó en responderle. Se limitó a volver hacia él su

enorme culo que casi le desgarraba los pantalones. «¡Jódete! ¿Quién te crees que eres? ¡Venirme con sermones a mí!».

Artyom se llenó de aire los pulmones y trató de tranquilizarse. Había necesitado un buen rato para salir del laberinto, tenía la salida casi enfrente, y en el último momento se encontraba con que todos los caminos terminaban en un callejón sin salida. Y todas las pasarelas que hasta entonces le habían permitido sortear los obstáculos se habían precipitado en el abismo. ¿Adónde podía ir? Estaba atrapado.

—Artyom... —El viejo le acercó la mano—. ¿Y si nos marcháramos por el Reich? Hasta la Chekhovskaya... una vez allí tendríamos que pasar a la Tverskaya... y luego ya llegaríamos a la Teatralnaya. Si todo sale bien podríamos llegar hoy mismo... si no, no lo vas a conseguir...

Artyom callaba. De sus labios no salía ni una sola palabra. No hacía más que frotarse el cuello. Sentía como un extraño escozor en la garganta.

—¿No llegamos demasiado tarde?

El suboficial del lunar los contempló con toda su magnanimidad.

—Os hemos estado esperando!

Artyom vaciló al contemplar la columna. ¿De verdad que tendría que unirse a ella?

—No tengo... —Bajó la voz—. No tengo documentación. ¿Me aceptaréis igualmente? Y... lo mejor será que os lo diga ahora mismo...: esto que traigo es equipamiento de stalker. Y un aparato de radio. Os lo explico ahora para que luego no me hagáis preguntas.

—Pues claro que aceptamos indocumentados —le aseguró el suboficial—. De todos modos, vamos a reescribir por completo tu biografía. ¿A quién puede interesarle el pasado de un héroe del Reich?



8

HEIL

Se marcharon de la Tsvetnoy Bulvar con la última balsa de botellas de plástico: Homero y Artyom, y también Lyokha, que se alegró del inesperado reencuentro, así como el oficial con el lunar entre los ojos, que se había presentado a Artyom con el nombre de Dietmar. Los otros dos uniformados que no habían dicho su nombre se encargaban de los remos, y al cabo de poco la Tsvetnoy Bulvar ya no fue más que una moneda de cobre al final del túnel. Y la moneda también acabó por desaparecer.

Olía a moho. Los remos golpeaban una y otra vez la reluciente película de gasolina que cubría el agua y removían las basuras que flotaban en ella. Bajo la película y las algas serpenteaban unas sombras difusas que hasta hacía poco

tiempo no debían de haber estado allí. La radiactividad había generado sus propias criaturas hinchadas, deformes, absurdas, repugnantes.

—¿Sabéis a quién reclutan los rojos para emplearlos como vanguardia? —preguntaba el suboficial—. A degenerados. Los organizan en comandos avanzados. Los arman. Los entrena. Criaturas con tres brazos. Con dos cabezas. Con cáncer, que ya no tienen nada que perder. Y entonces los envían contra nuestras fronteras. Cada vez más y más cerca. Saben muy bien cuánto nos odian esas criaturas. Las buscan por toda la red de metro. Gracias a nuestros exploradores sabemos que han establecido un control fronterizo en la Sretenski y que han cortado el acceso a la línea desde la Trubnaya. Dicen que el oficial que se encarga del puesto tiene la piel escamosa. Ya no se sabe... si son los rojos quienes dirigen a los degenerados... o si sucede lo contrario. Yo ya casi pienso que es esto último. Y por eso quieren acabar con nosotros. Están preparando algo... sí, preparan algo....

Artyom lo escuchaba sin prestar atención a sus palabras. Le preocupaban otras cuestiones: que nadie lo reconociera en el Reich, que nadie se acordara del muchacho al que habían tratado de ahorcar de un andamio en la Pushkinskaya frente a una turba exultante, que los presos de las casamatas de la Tverskaya no lo identificaran. A nadie le gustaba que se le escapara un preso al que estaban a punto de ahorcar. ¿Acaso podían haberlo olvidado?

—Dime, stalker...

Dietmar le puso la mano sobre el brazo, casi en el punto exacto donde tenía las quemaduras.

—¿Qué?

—Cuéntame, ¿en qué zonas te mueves? ¿Dónde trabajas? ¿En qué lugares?

—He... he estado en la biblioteca. En el Arbat. Fui a buscar libros para los brahmanes.

Homero lo miró de reojo. Estaba acariciándole la cabeza a *Ryaba*. No habían tenido estómago para regalársela a nadie al marcharse del burdel ni para comérsela. Y por esa razón la gallina seguía con vida.

—Es un buen lugar.

El hombre de negro le echó una mirada a Artyom. Los reflejos irregulares de una linterna le alumbraban el rostro.

—¿Conoces bien esa zona? ¿Y también Okhotny Ryad? ¿Y el área del Bolshoy?

—He estado allí —dijo prudentemente Artyom.

—¿Y cómo es que has trabajado para los brahmanes?

—Me gusta leer.

—Bravo! —lo alabó Dietmar—. Así me gusta. Hombres como tú son los

que necesitamos en el Reich.

—¿Y hombres como yo? —preguntó Lyokha.

—El Reich está necesitado de la colaboración de todo el mundo —respondió el suboficial, y le guiñó un ojo—. Sobre todo ahora.

El viaje tocó a su fin.

El río subterráneo terminaba en una presa. La balsa de botellas de plástico atracó en una orilla de sacos de arena. Detrás de los sacos había una pared de verdad, más o menos hacia la mitad del túnel. Una bomba eléctrica trabajaba sin cesar, acompañada por un zumbido constante, para que el agua no se desbordara. Había estandartes por todas partes: círculos blancos sobre un campo rojo, con la esvástica de tres brazos. El triunvirato constituido por la Chekhovskaya, la Tverskaya y la Pushkinskaya. Por supuesto que les habían cambiado el nombre desde hacía tiempo: la Chekhovskaya había pasado a llamarse Wagnerovskaya, la Pushkinskaya se había transformado en Schillerovskaya y la Tverskaya también llevaba otro nombre. El Reich tenía sus propios ídolos.

Al saltar a la orilla, saludaron de inmediato al suboficial y a la guardia con un *Sieg Heil*. Todos ellos vestían uniformes inmaculados. Habían encontrado en la superficie la central de los ferrocarriles rusos y se habían llevado los uniformes negros y grises. Pero no les gustaba hablar de ello.

En el control de equipajes, volvió a salir a la luz todo el material: el aparato de radio, el fusil ametrallador. Esta vez fue el suboficial quien los salvó. Dijo algo en susurros, volvió la cabeza sobre la hombrera negra para sonreírle a Artyom y los guardias los dejaron pasar.

Pero no les permitieron el acceso a la estación propiamente dicha.

En el túnel había un pasillo lateral protegido por una reja y vigilado.

—Antes que nada, la revisión médica —le dijo Dietmar con buen humor—. La Legión de Hierro no admite hombres débiles. El equipamiento... y la gallina... tendrán que quedarse aquí durante un rato.

Lo dejaron todo en manos de los guardias.

Una habitación. Toda ella estaba cubierta de baldosas blancas. Olía a fenol. En su interior había un catre, y al lado de este un médico con una mascarilla y un gorro de quirófano que no ocultaba sus pobladas cejas. Varias puertas. El suboficial se acercó con ellos y se sentó en un taburete. El médico les sonrió bajo sus cejas encanecidas y les untó el cuerpo con sus ojos aceitosos. Se puso a hablar con un sonsonete en el que se reconocía un acento que no lograba disimular.

—Bueno, ¿quién será el primero?

—¡Podría ser yo! —dijo el broker, tiritando de frío.

—Quítese toda la ropa menos los calzoncillos. ¿Es su primera revisión?

El médico lo examinó, le dio golpecitos, lo palpó con guantes de goma, le pidió que abriera la boca. Se colocó el estetoscopio y le pidió que respirara hondo.

—Y ahora, por favor, bájese un momentito los calzoncillos. Sí, así, ya está bien. ¿Me permite? Ajá. ¿Qué es lo que tenemos aquí?

—¿Qué pasa? —La voz de Lyokha sonó tensa.

—Es que el testículo izquierdo parece... ¿no lo nota usted?

—Sí... sí, sí, claro... noto algo.

—Tiene el testículo un poco desplazado. Des-pla-za-do.

—Pero... doctor... ¡le aseguro que no tengo problemas para bailar! —le dijo el broker con una sonrisa forzada—. En todo lo demás estoy bien y ese problema no me molesta.

—Bueno, pues si no le molesta es que no le pasa nada. Vístase de nuevo, amigo mío. Ya hemos acabado. Por favor, salga por la puerta derecha.

Mientras Lyokha se vestía y abotonaba, el médico escribió algo en un papelito. El suboficial lo leyó y asintió con la cabeza.

—Bienvenido de todo corazón.

El broker les guiñó un ojo a Homero y a Artyom: «Vosotros también pasaréis», pareció querer decirles. Luego salió por la puerta que le habían indicado y bajó por una escalera.

—Ahora podría pasar usted, si le parece bien.

Se lo decía a Homero.

El viejo dio un paso adelante. Se volvió hacia Artyom. ¿Quién sabía lo que le podían encontrar? Artyom no perdía de vista al abuelo. De pronto, por sorpresa, sintió un *déjà vu*, como si súbitamente hubiera despertado de un sueño. Carraspeó. Volvía a notar aquella sensación desagradable en el cuello. El médico lo miraba con interés.

Homero dobló su pringoso abrigo en cuatro y lo depositó sobre el catre, en el extremo opuesto al cabezal. Luego se sacó el jersey por encima de la cabeza, y a continuación una camiseta cubierta de manchas. Se quedó en pie, desnudo, con el pecho caído, el vientre pálido, y cuatro pelos que aún le quedaban.

—Bueno... vamos a empezar por la garganta... la tiroides... ahora bajo la barba... —El médico agarró con la mano la barba Canosa de Homero—. Veamos... aquí no hay bocio. Vamos a seguir palpando...

Le manoseó el vientre. Homero se dejaba hacer, con el cuerpo rígido y el rostro lúgubre, y luego, siguiendo las indicaciones del médico, se bajó los

pantalones y empezó la inspección de los bajos.

—No se reconocen tumores —murmuró el médico, con admiración y un punto de desconcierto en la voz—. Sabe usted cuidarse, ¿verdad? No sale a la superficie, solo bebe agua filtrada... lo felicito. Ya me gustaría estar en forma como usted cuando llegue a su edad... Ya puede vestirse.

Una vez más, anotó algo sobre un papel y se lo entregó al viejo.

—Pase por la puerta izquierda.

Homero vaciló. Volvió a ponerse el abrigo con exagerada lentitud. Al marcharse, buscó la mirada del suboficial, de la autoridad.

—¿Por qué la puerta izquierda? —preguntó Artyom por él.

—Porque su abuelo no tiene ningún problema, amigo mío —respondió el médico—. Puede usted echar una ojeada al diagnóstico.

Homero leyó la nota:

Nada que reportar.

Útil para el servicio y apto para inmigración.

La mantenía a cierta distancia de los ojos, como si le inspirara desconfianza.

Apto para inmigración. Buscaban tumores. ¿Y si le encontraban alguno a él?

—¿Y adónde conduce la puerta de la derecha?

La pregunta iba dirigida a Dietmar. Este sonrió.

—¡Ah, bueno! Es que ese joven tendrá que pasar por una revisión exhaustiva —explicó el médico en tono impaciente, aunque no brusco—. No me ha quedado claro que estuviera bien del todo. Tiene que visitarse con un especialista. Ya puede usted marcharse, abuelo. No tiene por qué esperar. Voy a examinar a su nieto.

Homero puso cara de desaliento y tiró del picaporte. No se veía capaz de separarse de Artyom. Y este pensaba, crispado; «¿Y ahora qué? ¿Voy a poder pasar? ¿Podré proteger al viejo como he hecho hasta ahora?».

Al abrirse la puerta de la izquierda se oyó un murmullo.

Al otro lado empezaba un corredor con paredes de piedra pintadas de verde repleto de voluntarios que iban con el torso desnudo. Un gigantón bigotudo iba arriba y abajo por la hilera con una ruidosa máquina eléctrica y los rapaba.

—¡No tienes de qué preocuparte! —le dijo el suboficial.

Homero resopló aparatosamente y le salió vaho por la boca. Pasó por la puerta para unirse a los otros que tampoco tenían que pasar nuevas revisiones. La puerta se cerró. Artyom se animó un poco.

—Ahora vamos a examinarlo a usted, joven. Ejerce como stalker, si no me equivoco.

—En efecto. —Artyom se pasó la mano por la nuca, la traidora, que perdía cabello antes de tiempo.

—¡Corre usted un serio riesgo, amigo mío! Según oigo, padece usted de tos. Déjeme ver la espalda... ¿No tiene usted frío? ¿No sufrirá tuberculosis? Ahora respire. Más profundo.

—¿Piensa usted que hay algo? —Artyom contrajo el rostro en una sonrisa torcida.

—No, no. Nada por lo que debamos preocuparnos. Tan solo se oyen unos ruiditos... Ahora permítame que lo examine, por si encontrara tejidos anómalos.

Sacó la cabeza al pasillo.

—¿Les importaría venir con nosotros un instante?

Los dos individuos con pinta de leñadores que hasta entonces habían montado guardia fuera entraron en la habitación.

—¿A qué viene esto?

—Mire... usted es stalker. La radiación de fondo no ha remitido. Lo sabe muy bien. Los hombres como usted suelen morir antes de los cuarenta y... no me venga con esa cara, no tiene por qué ponerse nervioso. Agarradlo fuerte, muchachos. Vale. Échese aquí, stalker. Bueno, vamos a ver la garganta. A-a-a-a...

La garganta. Los había que sufrían cáncer de tiroides, el más habitual en las personas expuestas a dosis de radiación elevadas. Otros empezaban por un bocio. Pero también podía ocurrir que un hombre sin bocio pasara a la historia al cabo de un mes, mientras que otro llegaba con bocio hasta edad avanzada.

¿Y qué pasaría si le encontraban algo? Si le decían: «Te queda medio año de vida». Tenía razón. Era lo habitual en un stalker.

—¿Y en qué consiste la revisión exhaustiva? ¿En una radiografía?

—¡Una radiografía! ¡Vaya ideas! Un momento... no, esto no era más que una marca. Ahora póngase de costado. Por ahora no encuentro ningún problema. Vamos a ver la barriga... no tense los músculos, déjelos flojos.

Por un momento, Artyom tuvo la sensación de que los dedos de goma — blandos, fríos — le atravesaban la piel y los músculos y le tocaban el hígado, y le hacían cosquillas en su intestino horrorizado.

—Por aquí no se encuentra nada que llame la atención. Vamos a examinar los órganos sexuales. ¿Qué tal le funcionan? ¿Los usa?

—Más que usted.

—Oiga, trabaja como stalker, por eso le pregunto. Se ha buscado un oficio bonito... Bueno, no encuentro ninguna patología especial. Ya puede ponerse en

pie. Pero escúcheme, amigo mío, lo mejor para usted sería que no saliera del metro, como la gente normal. ¡Pero claro, usted tiene que salir a la superficie! Espero no tener que mandarlo a revisión exhaustiva la próxima vez.

—¿Y cuánto... cuánto dura esa revisión exhaustiva?

Artyom trataba de captar algo con los oídos. ¿Qué se hacía tras la puerta derecha? Silencio.

¿Y dentro de él? ¿Dentro del propio Artyom? ¿Qué se hacía? ¿Le importaba un pepino que le sacaran o no una radiografía al broker? Silencio.

Había llegado un momento en el que la astucia sería importante. Tenía que rescatar a Homero y salir vivo de allí con él. Y llegar a la Teatralnaya antes que los rojos. Un solo túnel. Un paso hasta llegar al final. Y Lyokha... Lyokha tenía muy claro que quería luchar contra los degenerados. Pero antes había que comprobar que el propio Lyokha no tuviese nada raro. Qué idiota.

—Bueno... dura lo que sea necesario —respondió el médico, pensativo, mientras escribía el certificado de salud para Artyom—. En tales cuestiones, amigo mío, es mejor no adelantarse a los hechos.

Dietmar miraba orgulloso a su alrededor.

—¡Ah, bienvenidos de todo corazón! Esta es la estación Darwinovskaya, antiguamente conocida como Tverskaya. ¿Habías estado aquí alguna otra vez?

—No. Nunca antes.

La desagradable sensación en la garganta.

—Es una lástima. ¡La estación está irreconocible!

Y era cierto. Artyom no reconocía la Tverskaya.

Dos años antes había rejas a lado y lado de los accesos de techo bajo por los que se salía a los andenes. Los habían empleado como celdas. Por aquel entonces, los no rusos que habían capturado en las estaciones vecinas aguardaban en su interior, de cuclillas sobre su propia mierda. El propio Artyom había pasado una noche en una de las celdas y había contado los minutos uno a uno hasta la hora del amanecer en que iban a ejecutarlo. Había peleado por poder respirar y por encontrar una manera de escapar de su situación.

—¡La hemos renovado por completo!

Las celdas habían desaparecido. No quedaba hollín de las antorchas en el techo ni manchas de orines en el suelo. Todo estaba limpio, lavado, desinfectado y olvidado.

En vez de las casamatas había puestos de comercio, ordenados, recién pintados, marcados con números. Un animado bazar. Las multitudes que iban de

un lado para otro transmitían una sensación de felicidad, paz e indolencia. Las familias paseaban, los niños se sentaban a horcajadas en los hombros de sus padres con las piernas colgando por delante. Otros buscaban en los puestos algo que les interesaría. Se oía música.

Artyom estuvo a punto de frotarse los ojos. Buscó el sitio donde habían estado a punto de ahorcarlo... y no lo encontró.

—¡No reconoceréis nada en todo el Reich! —decía el suboficial—. Ahora que la línea general del Partido ha cambiado, hemos emprendido reformas. Vamos a crear un Estado moderno. Sin excesos.

Apenas si se distinguían unos pocos uniformes negros entre el gentío. No molestaban a los ojos. Los pósteres pintados a mano en los que se proclamaba la superioridad de la raza blanca habían desaparecido, incluso los transparentes en los que en otro tiempo se había leído: «*El metro para los rusos!*». De los antiguos eslóganes tan solo quedaba uno: «*En un cuerpo sano vive una mente sana!*». Había todo tipo de rostros, no solo de nariz chata y piel blanca y pecosa. Las gentes de la estación parecían, por encima de todo, robustas y bien cuidadas, igual que en la Chekhovskaya-Wagnerovskaya, por la que habían pasado dando un rodeo poco antes. No se oía por ningún lado la tos espasmódica que era el pan de cada día en la VDNKh, por ninguna parte se veían los bocios debidos a la radiación, e incluso los críos parecían salidos de la mejor de las cosechas: dos piernas, dos brazos, las mejillas rojas como los tomates de la Sevastopolskaya.

Artyom se acordó de Kirill, que aguardaba la expedición al lejano norte.

—Esto es como en tu Polyarniye Zori —le dijo a Homero.

Este lo seguía arrastrando los pies y volvía la cabeza de un lado para otro. Quería verlo todo para contar lo luego en su libro. ¿Para qué, si no? La gallina se agitaba bajo el sobaco del viejo, el bloc de notas asomaba del bolsillo de atrás de los pantalones. El suboficial les había requisado temporalmente todo lo demás, incluido todo el equipamiento de Artyom.

—Detrás de esa esquina, en lo que había sido la zona de los trabajadores del metro, tenemos un hospital. El tratamiento es gratuito, por supuesto. Toda la población lo visita dos veces al año para hacerse una revisión completa. ¡Los niños pueden ir hasta una vez por trimestre! ¿Queréis que entremos a verlo?

—No, gracias —dijo Artyom—. Ahora mismo acabo de salir del médico.

—¡Lo entiendo! Bueno, pues entonces os voy a enseñar... ¡eso de ahí!

A lo largo de las vías había grúas en funcionamiento y dresinas que hacían cola. Se acercaron a admirar toda aquella actividad.

—¡Ahora mismo, la Darwinovskaya es nuestra zona principal de carga y descarga! —exclamó Dietmar con orgullo—. El intercambio comercial con la Hansa reviste una especial importancia, y todavía podríamos mejorar en ese

terreno. ¡Sostengo la teoría de que en estos tiempos difíciles e inseguros todas las fuerzas civilizadas del metro tienen que unirse!

Artyom asintió.

¿Qué esperaba Dietmar de Artyom? ¿Por qué no lo había rapado ni lo había mandado a hacer maniobras, como a todos los otros voluntarios? ¿Por qué se había dejado convencer cuando Artyom le había pedido que Homero lo acompañara? ¿Cómo era posible que le ofrecieran a un simple voluntario una visita guiada por las estaciones, primero por la Chekhovskaya y luego por aquella?

En estos tiempos difíciles... inseguros...

—Ese es el túnel que conduce a la Teatralnaya.

Habría tenido que dejarlo todo y salir corriendo por allí.

—Es nuestra frontera más insegura. Nos estamos fortificando. Nos preparamos. Para que no pueda entrar ni un ratón sin que nos demos cuenta. Es por eso por lo que, por desgracia, no podemos continuar en esa dirección.

Pues entonces, ¿qué podían hacer? ¿Cómo llegarían a la Teatralnaya? *Ryaba* se puso a graznar y a sacudir las alas casi sin plumas. Era evidente que Homero apretaba demasiado fuerte y el animal apenas podía respirar. Pero no se le escapó. El viejo la sujetaba bien. Artyom se sentía igual que la gallina. ¿Cómo podría continuar con su viaje?

—Allí, al fondo, se producen velas de sebo. Es uno de los pocos lugares en el metro donde todavía se fabrican. ¡Arriba está nuestra industria textil! ¡Las tejedoras conocen bien su oficio! ¡Los calcetines que se preparan allí son fantásticos; una persona con reuma pagaría lo que fuese por ellos! Y... ¿qué más? ¡Venid, vamos por el pasillo! Aquí están las viviendas.

El pasillo que conducía a la Pushkinskaya-Schillerovskaya se hallaba al final de dos escaleras mecánicas que partían directamente del suelo de granito de la sala central.

En cuanto hubieron llegado al final de los escalones negros se encontraron con un verdadero bulevar: había una hilera de casitas a cada lado del pasillo, y entre ellas ardían antorchas que acariciaban el mármol con sus llamas. En una de las casitas casi de juguete había incluso una escuela, y en ese mismo momento se oyó un timbre metálico que anunciaba la hora del recreo, y una cuadrilla de niños aseados, sanos y vitales salió afuera y se encontró de cara con Artyom.

—¿Qué os parece si entramos?

Una vez dentro hablaron con el maestro, Ilya Stepanovich, que en aquel momento leía una revista con aire meditabundo. El maestro les enseñó el aula: una sala con un retrato dibujado a mano del Führer —un hombre de aspecto joven con rasgos duros y barba de tres días—, un plano del Reich, caricaturas de

los rojos, exhortaciones a practicar el ejercicio físico con regularidad.

—Artyom piensa igual que nosotros y se va a unir como voluntario a la Legión de Hierro —lo presentó Dietmar—. Y este otro señor es...

—Homero.

—¡Qué nombre más interesante! —Ilya Stepanovich, un hombrecillo delgado, se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz—. ¿Es usted ruso?

—¡I-lya Ste-pa-no-vich! —exclamó Dietmar en tono de reproche—. ¿Acaso importa?

—Es un apodo —le respondió el aludido—. Dietmar debía de llamarse Dimitri, ¿verdad que sí?

—En otro tiempo me había llamado así —dijo el sonriente suboficial—. ¿Y cómo es que usted se puso el nombre de Homero?

—Todo el mundo se ríe de mis motivos. He tratado de escribir libros. Una historia de nuestro tiempo.

—¡Qué me dice! —Ilya Stepanovich se mesó la barba—. Me deja usted fascinado. ¿Me permitirá que lo invite luego a un té? Mi señora estará encantada de prepararles un almuerzo, si acaso tienen hambre.

—¡Pues claro que sí! ¡Desde luego! —respondió Dietmar con regocijo—. ¿Es muy fuerte su té?

—¡Tan fuerte como el amor a la patria! —Ilya Stepanovich sonrió con unos dientes caballunos de color amarillo—. Residimos al final del corredor, frente a las familias zíngaras.

—¡Se refiere a las viviendas de protección oficial! —Dietmar señaló hacia arriba, al techo de estuco—. ¡Es obra de nuestro Führer!

El bloque de viviendas superaba todo lo que uno se pudiera imaginar. El suelo del corredor estaba recubierto de un extremo a otro con acogedores tablones de madera. Las paredes estaban adornadas con reproducciones de las pinturas de maestros antiguos y con fotografías de calendario en las que aparecían gatos y flores. Se veían mujeres en delantal y hombres con tirantes sobre el torso desnudo. La corriente de aire arrastraba el aroma de un guiso de setas que alguien preparaba en una cocina. Y de pronto, al doblar una esquina, salió disparado hacia ellos un chiquillo montado en un triciclo, con los ojos cerrados, riéndose locamente. El crío se marchó por el bulevar.

—Esto es como encontrar vida en Marte —afirmó Artyom.

El suboficial volvió el rostro y le sonrió.

—¿Lo veis? Por mucho que nos demonicen.

El pasillo que conducía a la Schillerovskaya estaba tapiado con una pared de ladrillo. Dietmar les explicó que en aquellos momentos estaban renovando la estación y que no había ninguna posibilidad de visitarla. Se pasearon un poco por las zonas adyacentes que sí eran accesibles y fueron contando los segundos que pasaban con lentitud. El suboficial no los perdió de vista ni uno solo de aquellos segundos. No les quedaba más remedio que discutir consigo mismos, en silencio, cualquier hipótesis que se les ocurriera.

Al llegar la hora acordada, llamaron a la puerta de su anfitrión.

Una joven de cabellos morenos y ojos negros salió al dintel. Tenía la barriga grande y redondeada.

—Me llamo Narine.

Inesperadamente, Dietmar sacó una botella de champán, llena hasta arriba de un líquido misterioso. ¿Cuándo la había comprado? La entregó a la señora de la casa con gesto galante.

—¡Qué lástima que ahora no pueda beber! —dijo, y guiñó un ojo—. ¡Apuesto a que será niño! Mi madre siempre me lo decía: si la barriga es redonda es que será niño. Y si tiene forma de pera, niña.

—¡Un niño! Sería bonito —respondió ella con una sonrisa pálida—. El cabeza de familia.

—¡Su protector! —añadió Dietmar, y sonrió.

—Entren, por favor. Ilya vendrá enseguida. Pueden lavarse las manos en el baño.

En efecto, la casa tenía un baño propio, muy pequeño. Un espacio separado, como en las casas abandonadas de la superficie. Con una taza de verdad —en vez de un agujero en el suelo—, un lavamanos de porcelana y un pestillo pequeño en la puerta de madera. Una gruesa alfombra cubría una de las paredes.

—¡Qué maravilla! —observó Dietmar.

—Por ese lado hace mucho frío... —explicó la anfitriona en voz baja, y le pasó una toalla de felpa—. En la medida de lo posible, tratamos de aislar nuestro apartamento.

Encerraron la gallina de Homero en el baño. Incluso le echaron algunas migajas para que se distrajera picoteando.

Por fin, el señor de la casa volvió del trabajo. Parecía que quisiera devorar a Homero con sus miradas de curiosidad. Los condujo a una habitación amueblada con buen gusto, los invitó a sentarse en un sofá cama, se frotó las manos y ofreció a todo el mundo un «té con un chorrito de alcohol» en vasos pequeños y limpios.

—Y bien, ¿qué impresión se están llevando del Reich?

—Es asombroso —reconoció Homero.

—Y sin embargo, las gentes de todo el metro cuentan historias de miedo sobre nosotros a sus hijos, ¿verdad que sí? —Ilya Stepanovich hizo una mueca extraña y vació el vaso de un solo trago—. ¡Los cambios han sido muy grandes! ¡Todo empezó con el discurso de Año Nuevo del Führer! —Se volvió hacia el retrato a lápiz, que era exactamente igual que el de la escuela—. Qué más da. Tendrían que venir y convencerse con sus propios ojos. ¡Ni siquiera la Hansa tiene un sistema de Seguridad Social comparable al del Reich! Además, en estos momentos se está poniendo en marcha un plan para acoger a inmigrantes. Por eso estamos reformando la Schillerovskaya.

—¿Se refiere usted a la Legión de Hierro?

—En parte. ¡No puede usted imaginarse cuántos voluntarios están vieniendo de todo el metro! Muchos de ellos acuden con sus familias. Mi clase ha acogido a dos niños nuevos este mismo mes. Tengo que reconocerlo: abandonar el nacionalismo fue una idea absolutamente genial. ¡Qué osadía! ¿Se imagina usted la valentía que se precisa para confesar abiertamente en público, en un congreso del Partido, que el rumbo político que se había seguido durante el último año, ¡qué digo yo!, durante el siglo entero, era erróneo? ¡Qué paso más atrevido! ¡Y decírselo en la cara a los delegados! ¿Acaso piensa usted que el Partido se compone de marionetas sin voluntad? ¡Ah, no! Puedo asegurarle que existe una oposición y que debemos tomárnosla en serio. Algunos de sus miembros llevan más tiempo en el Partido que el propio Führer. ¡Y fue capaz de desafiar a esas vacas sagradas!, ¿sabe usted? Me gustaría beber por ello.

Dietmar se incorporó con mucha decisión.

—¡Por el Führer!

La propia Narine tomó un sorbo de su vaso.

Habría sido de mala educación no participar en el brindis. Así pues, Artyom y Homero vaciaron sus respectivos vasos.

—¿Por qué tendría que ocultarlo? El Führer también nos dio una oportunidad... a Narine y a mí. —Ilya Stepanovich tocó cariñosamente en el brazo a su mujer—. Ha permitido los matrimonios mixtos. Y además, ahora tenemos este apartamento... Antes Narine vivía en la Paveletskaya, en la estación radial. Una diferencia como entre la noche y el día. ¡Como entre la noche y el día!

—La conozco —murmuró Artyom, a quien la abrasadora mirada del maestro incomodaba cada vez más—. La puerta hermética estaba averiada, ¿verdad? Recuerdo que todas las bestias imaginables entraban en la estación. Y que... había muchos enfermos... a causa de la radiación.

—No. En nuestra estación, no. No había enfermos —exclamó la pequeña Narine con inesperada vehemencia, casi con furia—. Lo que dice usted es un

dislate.

El asombrado Artyom cerró la boca.

—¡La historia se transforma frente a nuestros propios ojos! —exclamó alegremente Ilya Stepanovich, y acarició a su mujer en el brazo para apaciguarla —. ¡Y tiene usted razón en querer empezar a escribirla ahora mismo, qué diablos! Yo también... sabe usted...uento a nuestros alumnos la historia del Reich. Desde la Alemania hitleriana hasta hoy en día. Y hay un pensamiento que no me abandona: ¿No debería escribir un libro de texto? Algo sobre nuestro metro... ¡Ya lo ve... le ha salido un competidor!

Se echó a reír.

—¿Bebemos, colega? ¡Por todos los imbéciles que se preguntan por qué habría que escribir libros de historia en estos tiempos! ¡Por todos los que se burlan de nosotros! ¡Porque nuestros libros contarán a sus hijos cómo fue!

Homero parpadeó, perplejo, pero se mostró de acuerdo.

Entretanto, Artyom lanzaba miradas furtivas a Narine. La joven no comía nada y era evidente que tampoco escuchaba la conversación. Sus brazos rodeaban en un gesto protector la barriga gruesa y redonda que albergaba a un niño en cuya sangre se mezclaban dos razas.

—¡Claro que sí! ¡Por supuesto! ¡Escríbalo usted, Ilya Stepanovich! —exclamó Dietmar, que se había contagiado del entusiasmo del maestro—. ¿Quiere que lo comente con las autoridades? Al fin y al cabo, tenemos nuestra propia imprenta. Si ya publicamos la revista *Puño de Hierro* para nuestro Ejército, ¿por qué no un libro?

—¿Lo dice usted en serio? —El maestro se había ruborizado.

—¡Por supuesto! ¡La educación de nuestros niños es una altísima responsabilidad!

—¡Sí, altísima!

—Y la manera como se formula el conocimiento tiene una gran importancia dentro de la educación, ¿verdad?

—¡Sí, claro! ¡Tiene una importancia fundamental!

—Así, por ejemplo, nuestro conflicto con los rojos. Sabe usted muy bien que la propaganda roja nos atribuye los crímenes más execrables..., y puede comprobar con sus propios ojos que no es cierto... —Dietmar se volvió hacia Homero—. ¡Sin embargo, no son pocos los que, por sistema, piensan siempre lo peor! ¡Y por eso nos evitan, igual que el diablo evita el agua bendita!

—Imagínese —prosiguió Ilya Stepanovich—: Podría usted haber empezado a escribir sobre el Reich sin haber estado nunca aquí. ¿Qué les habría contado a nuestros descendientes? ¡Cuentos de terror! ¡Patrañas!

—¿Y qué querría explicar usted? —exclamó entonces Homero.

—¡La verdad, naturalmente! ¡La verdad!

—Pero cada uno tiene su propia verdad, ¿no? —replicó el viejo—. Probablemente los rojos también tendrán la suya. Si hay tantos que creen en ellos...

—Entre los rojos, hace mucho tiempo que la propaganda ha sustituido a la verdad —afirmó entonces Dietmar—. Esa perpetua igualación... ¡Yo le digo que los degenerados han tomado el poder en secreto y han lavado el cerebro a los normales! ¡Los azuzan contra nosotros! ¡Los empujan a la guerra! ¿Qué verdad puede haber en eso?

—¡Son gentes hambrientas, pedigüeños! —corroboró Ilya Stepanovich—. ¿Piensa usted que es muy difícil hacerles creer lo que uno quiera? ¿Cree usted que intentarán siquiera distinguir la verdad de la mentira, como el grano de la paja? Jamás reconocerán que aquí, en el Reich, hemos creado un modelo de sociedad que no tiene parangón en todo el metro. ¡No! ¡En cambio, se esforzarán cuanto puedan por infundir pánico con historias sobre campos de concentración y hornos crematorios!

Narine se cubría los labios con su delicada mano, como si hubiera temido que se le escapara una palabra no autorizada. Entonces, de pronto, se puso en pie y salió afuera. Ilya Stepanovich apenas si se dio cuenta, pero Artyom sí se fijó.

—¿Y qué contaría usted sobre los degenerados en su libro de texto?

—¿Qué le parece que tendría que escribir?

—A ver... si lo he entendido bien, ahora son ellos... ahora el Reich considera que sus enemigos son ellos, ¿verdad? Ahora ya no...

—En efecto —confirmó Ilya Stepanovich.

—¿Y cómo? ¿Cómo luchan contra ellos?

—¡Sin piedad! —afirmó Dietmar.

—Y una vez los descubren, ¿adónde los llevan? El maestro frunció el ceño.

—¿Qué importa eso? Bueno, los hacemos trabajar, para que mejoren.

—Entonces, ¿la degeneración se cura por medio del trabajo? ¿Y qué ocurre con el cáncer?

—¡¿Qué?!

—El cáncer. He oído que el Führer ha equiparado el cáncer con una degeneración genética. Por eso me pregunto de qué tipo de trabajo está hablando.

—Si está interesado en esa cuestión, podríamos llevarlo a que lo pruebe —intervino Dietmar, sonriente—. Pero ¿qué pasaría si sus manos se acostumbraran al mango del pico o de la pala? Entonces ya no podría manejar bien el bolígrafo.

—¡Ah, veo que el libro de texto va a ser sensacional!

—Solo me lo parece, o detecto en usted un sentimiento de compasión por

los degenerados? —preguntó Ilya Stepanovich—. ¿Acaso piensa describirlos en su libro como ángeles de ricitos rubios? El Führer nos lo dejó claro de una vez por todas: si permitimos que esos monstruos se multipliquen, ¡la siguiente generación humana ya no estará capacitada para sobrevivir! ¿Querría usted que nuestra sangre se diluyera en la suya? ¿Quiere tener niños con dos cabezas? ¿Eso es lo que quiere?

—¡Cualquiera puede tener niños con dos cabezas en este maldito metro! ¡Cualquiera! —chilló Homero, y pegó un brinco—. ¡Esos pobres niños enfermos...! Y ustedes... ¿qué hacen ustedes con los que nacen —con dos cabezas?

Ilya Stepanovich callaba.

Homero tampoco dijo nada más. Pero su respiración todavía era agitada. Artyom no intervino. Entendió, por fin, que el viejo era más valiente que él mismo. Y sintió, de pronto, el impulso de matar a alguien en nombre del viejo, para demostrar que era tan valeroso como él.

—Pues vamos a ver qué es lo que ha escrito en su libro nuestro reputado historiador y escritor.

Dietmar se inclinó sobre la mesa —la chaqueta de su uniforme aterrizó sobre la ensalada— y, con un gesto habilidoso, agarró el cuaderno que Homero llevaba en el bolsillo de los pantalones y lo sacó de un tirón.

Artyom se puso en pie de un salto, pero Dietmar llevó la mano a la pistolera.

—¡Siéntate!

—¡Deje eso! —exigía el viejo.

Narine entró precipitadamente con la frente arrugada y los ojos brillantes. La mera idea de tener que pelear con Dietmar en la pequeña habitación era impensable. Un disparo casual habría podido darle a cualquiera.

Narine, asustada, se arrimó a su marido.

—No ocurre nada, querida mía.

—¡Échelle usted mismo una ojeada, Ilya Stepanovich!

Dietmar le pasó el cuaderno al maestro. Su otra mano no se apartaba de la pistolera.

—Será un placer —dijo el maestro, con una sonrisa de desprecio. Vamos a ver. Empecemos por el principio. Ajá. *No regresaron. Ni el martes, ni el miércoles, ni tampoco el jueves, el día que habían acordado como fecha límite...* hum... vaya caligrafía... *Habría bastado con que los centinelas oyieran aunque fuera el eco de una petición de auxilio, o divisaran el tenue... je... fulgor de una linterna...* ¿Y qué es esto? Ah, ya, *un destacamento*. Oiga, ¿ha aprendido usted a poner comas? Bueno, lo que he leído hasta ahora es pura literatura. Vamos a ver

por las páginas centrales... qué aburrimiento... qué aburrimiento... anda, vean esto... *Homero, el cronista y creador de mitos, resplandecería cual mariposa, de vida breve, pero magnífica.* ¿Lo han oído? ¡Creador de mitos! En sus horas libres, me imagino. Una vez más los signos ortográficos... ¡esto revuelve el estómago! ¿Así es como escribe usted sobre sí mismo, mi querido colega? Y esto de aquí... *Estaba sola... frente a una legión de asesinos... contra el mundo entero.* ¡Quiero un milagro! ¡Ajajá! Esto sí que es emoción poética. ¿Y cómo sigue? *Descendió un oscuro chorro cada vez más tumultuoso... ¡Ajá!* ¡Una inundación!, gritó alguien. ¡Esto es la lluvia!, gritó, se entiende que la muchacha. ¡Anda! La chica compara una inundación con la lluvia. ¡Qué romántico!

Parecía que Homero se hubiera tragado la lengua. Artyom no perdía de vista la pistolera.

—Y ahora vamos a ver el final, aunque no sé si vale la pena continuar. Cantó en voz muy baja una especie de canción de cuna... habría que leerlo con lupa para descifrarlo. A ver... Homero no había logrado encontrar el cadáver de Sasha en la Tulskaya. ¿Qué nos deparará el futuro? Y así termina el libro. Vuelve a hablar de sí mismo en tercera persona. ¡Pero qué maravilla! ¡Por favor!

El maestro arrojó el cuaderno sobre un trapo húmedo.

—Aquí no hay nada que pueda ser motivo de sospecha. Solo sandeces cargadas de pretensión.

—Váyase al infierno —le replicó Homero. Secó el cuaderno con los pantalones y se lo metió en el bolsillo interior del abrigo.

—¡Ah, déjelo! Aprenda primero a escribir sin hacer faltas y luego podrá usted ponerse a escribir su *Ilíada*. Probablemente el nombre de Homero se lo adjudicó usted, ¿verdad? No creo que se lo pusiera otro.

—Váyase a... —empezó a decirle Homero, y luego bajó la cabeza con terquedad.

—¡La mitad del libro trata de usted mismo! ¿Qué clase de historiografía es esa? ¡Ahí ya no queda lugar para la historia!

—Es un libro antiguo. El próximo será distinto.

—¡Sí, y espero que sea mejor! —Dietmar apartó la mano de la pistolera para coger el vaso—. Bueno, hemos discutido, pero ahora todo ha terminado. ¡Por su próximo libro! ¿No le parece, Ilya Stepanovich? Con los huéspedes hay que ser más... Disculpe, estamos poniendo de mal humor a su mujer... una mujer tan hermosa. Una parte de lo que Ilya Stepanovich nos ha leído sí me ha gustado. Por lo menos un par de pasajes. Y yo mismo no soy un experto en comas, aunque el resto lo conozca bien. Le pido disculpas, Homero Ivanovich, nos hemos acalorado porque se trata de un tema muy sensible. Brindo por todos

nosotros.

—Sí, por todos nosotros —lo secundó el maestro, y puso la mano sobre el vientre de su esposa—. ¡Lo que nos ha dicho sobre los niños de dos cabezas... ha sido una evidente falta de tacto!

—Creo que usted mismo ya lo sabe, Homero Ivanovich —confirmó Dietmar, y añadió con voz severa—: ¿Usted ya lo sabe, verdad? A nosotros nos ha faltado el tacto debido, pero también a usted. ¿Qué les parece si damos por olvidada esta discusión?

—Sí. Por mí, bien.

Homero agarró el vaso de encima de la mesa y lo vació de un solo trago. Artyom lo imitó.

—¿Por casualidad no tendrías tabaco? —le preguntó a Dietmar.

—Sí, ¿puedo ofrecerte?

—Si no le importa, váyase a fumar al baño —le pidió Narine.

Artyom dejó salir a la gallina, se encerró en el baño, se sentó sobre la taza que era de verdad, lió un cigarrillo con tabaco enemigo, encendió una cerilla, la acercó al cigarrillo, chupó para encenderlo y liberó poco a poco sus demonios interiores. Tenía que soltar tensión de algún modo.

Entonces se fijó en la pared y en la magnífica alfombra que habían puesto allí para mantenerla caliente.

Palpó el tejido con la mano. ¿Estaría un poco fría? No. Pero entonces, ¿para qué estaba allí? Metió la mano bajo la alfombra. La pared estaba normal. No se sentía frío en absoluto. ¿Por qué le había mentido Narine? Artyom terminó rápidamente el cigarrillo, arrojó la colilla a la taza y trató de oír lo que hacían los demás. ¿No se habían saltado a la yugular? Parecía que no. El chistoso de Dietmar se reía estentóreamente.

Artyom se subió a la taza, tanteó las sujetaciones de la alfombra, tensó los músculos, la levantó y... la separó de la pared.

¿Qué esperaba encontrar allí?

¿Una puerta con un cerrojo a medida para la llave de oro? Las Dorothys de aquella estación habrían dicho que el país mágico se hallaba a este lado de la alfombra. ¿Qué podía haber en el otro?

Nada. Una pared desnuda. Ladrillos cubiertos de yeso. La alfombra solo tenía fines decorativos.

Tendría que volver a colgar aquella alfombra pesada y sin función aparente y colocar de nuevo los lazos en los clavos. Y la verdad es que la tarea no le apetecía.

Entonces Artyom apoyó la frente y la mejilla contra la pared tosca y desagradable. No logró que se le enfriaran.

Pero...

Allí ocurría algo. ¿O eran imaginaciones suyas?

Giró la cabeza y apoyó la oreja contra el áspero yeso.

Al otro lado de la pared, al otro lado, detrás... oyó un chillido lejano.

Un chillido y gritos lejanos, apenas audibles, porque la pared era gruesa, pero los gritos eran salvajes, terroríficos. Entonces se apartó un instante, tan solo un segundo, para tomar aire, y todo volvió a empezar. Había alguien que lloraba, que suplicaba palabras incomprensibles, que volvía a chillar. Se interrumpió, tomó aire y volvió a chillar. Era como si estuvieran abrasando a alguien en aceite hirviendo.

Artyom retrocedió con espanto.

¿Qué era aquello?

La Schillerovskaya. Se encontraban en el corredor que conducía hasta allí. Que se había transformado en callejón sin salida porque estaban reformando la Schillerovskaya. Habían desmontado las cárceles de la Tverskaya tan solo para construir otras iguales en la Pushkinskaya —la Schillerovskaya—. En eso consistían las reformas. Nada más.

—Eh, stalker, ¿te pasa algo? —gritó la voz de Dietmar desde el otro lado de la puerta.

—¡Es que me ha venido cagalera! Ahora salgo.

Artyom tensó todos los músculos, volvió a colgar la pesadísima alfombra —con la esperanza de que la taza no se cayera para un lado— y no relajó los brazos hasta que se hubo cerciorado de que todas las sujeciones estaban bien.

Bajó al suelo con precaución para no hacer ruido.

Un silencio profundo se había apoderado del baño.

Ya se podía volver a cagar en paz.

—Bueno, ¿te gusta el apartamento?

Dietmar lo esperaba en la puerta del baño. Parecía que también quería entrar.

—Está genial.

—Que quede entre nosotros: cerca de aquí hay otro igual. Y está libre.

Artyom se quedó mirándolo a la cara.

—Son viviendas sociales. Las están renovando. Los miembros del Ejército tenemos derecho a una cuota. ¿No te vendría bien?

—Sería un sueño.

—Podríamos dártelo a modo de recompensa a un héroe de la Legión. Por su

hazaña. Como ejemplo para los demás.

—¿De qué hazaña me hablas?

Dietmar sonrió y encendió otro pitillo.

—Te ha jodido que nos metiéramos con el viejo, ¿verdad? No te enfades. Tan solo se trataba de una pequeña prueba. Queríamos ver cómo reaccionabas. Todo ha ido bien, la has pasado.

—Pero ¿qué hazaña es esa?

—El apartamento que te ofrecemos tiene un baño separado del resto. ¿Qué te parece? Y cobrarías una pensión militar. Y podrías preparar expediciones a la superficie sin dificultad. Aunque estaría bien que recordaras lo que te ha dicho el médico.

—¿Qué tengo que hacer?

El suboficial dejó caer la ceniza al suelo. Una vez más recorrió a Artyom con la mirada. Esta vez era una mirada fría. Su sonrisa había desaparecido, y el oscuro lunar, en su rostro sin emociones, parecía en aquel momento el agujero hecho por una bala.

—Los rojos tratarán de apoderarse de la Teatralnaya. Es una estación neutral, siempre lo ha sido, y la consideran una espina en su costado. La Okhotny Ryad y la Ploshchad Revolyutsii están en sus manos, pero no controlan ningún paso directo entre ambas. El único posible es la Teatralnaya. De acuerdo con la información disponible, quieren hacerse ahora mismo con ese paso. Y no podemos permitírselo. La Teatralnaya se encuentra a tan solo un túnel de aquí. El siguiente ataque iría dirigido contra el Reich. ¿Me sigues?

—Sí.

—Estamos planeando una operación para evitar que la Teatralnaya caiga en sus garras. Está todo a punto. Tenemos que cerrar los accesos que unen la Teatralnaya con la Okhotny Ryad antes de que los rojos puedan enviar a su ejército. En total son tres. Tú te encargarías del de arriba, del que pasa por la entrada que sale a la calle. Saldrías a la superficie, a la calle Tverskaya. Una vez allí tendrías que instalar una mina a la entrada de la estación. Luego montas el aparato de radio y nos informas. Y aguardas nuestras órdenes.

Artyom se llenó el pecho con el humo del otro.

—¿Y por qué no lo hace vuestra propia gente? ¿No contáis con ningún stalker?

—Ya no. Hace un par de días enviamos a un grupo de cuatro a la superficie para que llevaran a cabo esa misma misión... y no hemos sabido nada más de ellos. Y ahora ya no nos queda tiempo para entrenar a otros. Tenemos que actuar de inmediato. Tal vez hayan descubierto a nuestros agentes en la Teatralnaya. Si así fuera, los rojos podrían atacar en cualquier momento.

—La entrada de la Teatralnaya... ¿está abierta? ¿O la cegaron?

—¿Y tú no lo sabes? Se encuentra en tu territorio, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Lo vas a hacer?

—Si el viejo puede acompañarme, sí. Lo necesito.

—Ya puedes olvidarte de eso. —El suboficial sonrió—. Yo lo necesito más que tú. Si no contactas a tiempo con la radio, o si no haces saltar por los aires esa mierda de acceso, o no regresas en el momento previsto, tendré que enviar a quién yo me sé... a una revisión exhaustiva.

Artyom dio un paso hacia Dietmar.

Este silbó, y en aquel mismo instante la puerta se abrió con violencia y tres hombres de uniforme negro irrumpieron en el apartamento, con los subfusiles a punto para disparar. Parecía que supieran muy bien por dónde iban a perforar a Artyom.

—Hazlo —dijo el suboficial—. Así habrás contribuido a una gran misión. Una misión justa y necesaria.



9

TEATRO

Escupió sobre el visor de la máscara de gas y frotó con el dedo. Para que no se le empañara. Pulsó el interruptor del aparato de radio y escuchó los sonidos. Buscó la frecuencia que le interesaba.

—Llamando.

—El próximo contacto, dentro de una hora. Todo tiene que estar a punto para entonces.

—Estoy al aire libre. No puedo garantizar que haya terminado en una hora.

—Si no llamas dentro de una hora, entenderé que me has abandonado, o que estás muerto. En cualquiera de los dos casos, el viejo se irá al otro barrio.

—Hace días que no sabéis nada de vuestra propia gente, pero a mí...

—Que tengas mucha suerte.

Una vez más, siguieron sonidos sin significado alguno.

Se queda sentado durante un minuto. Escucha los sonidos, hace girar el sintonizador... ¿qué es lo que espera oír? Carga con la mochila, se abrocha con cuidado el cinturón, se pone en pie y empieza a caminar con pasos débiles, como de niño herido. Diez kilos de explosivo.

Abre de un empujón la puerta de cristal rayado y pasa a la sala donde había estado el acceso al metro. Una larga hilera de puestos de venta con los cristales rotos sin excepción. Todo está sucio y pringoso. Apaga la linterna, podrían ver la luz desde lejos. ¿Dónde habrán muerto los otros stalkers? Cuatro hombres. Todos armados. Con radio. Y ninguno de ellos consiguió emitir la más mínima señal.

Avanza a lo largo de la pared, paralelamente a los kioscos. ¿Qué se vendería en ellos? Libros. Y probablemente también *smartphones*. En el metro hay muchos... se venden a peso en el mercadillo. La gran mayoría no funcionan. En tiempos pasados debían de comprarlos en algún sitio. Para llamar a los parientes. Solo había que acercar la cajita plana y rectangular al oído... y de allí salía la voz de tu madre. En otro tiempo, cuando era niño, Artyom había conseguido que Sukhoy le comprara un teléfono en la Prospekt Mira. Le había traído uno que todavía funcionaba. Artyom jugó con él durante medio año. Llamaba a su madre todas las noches escondido bajo la colcha, hasta que la batería se estropeó.

Se pasó tres años más llamando con el teléfono estropeado.

Pero ahora... para ir a hablar con alguien hay que llevar un arma asesina. Si por lo menos pudiéramos telefonear al Más Allá... ¿verdad que estaría genial si pudiéramos telefonear al Más Allá?

Sube por la escalera parpadeando. Es la hora del crepúsculo.

Te saludo, Moscú.

El mundo se abre en todas las direcciones. Un lugar gigantesco, casas pétreas de diez plantas se suceden como un desfiladero, quemadas y carbonizadas, la calle Tverskaya cegada por los automóviles herrumbrosos que se estrellaron, todos con las puertas completamente abiertas, como si hubieran tratado de aletear con cuatro alas de libélula para elevarse sobre el embotellamiento, para salvarse. Están totalmente destripados: los asientos arrancados, los maleteros abiertos con violencia. Los bulevares atraviesan la Tverskaya: una espesura negra, raíces nudosas se alargan en ambas direcciones sobre el pavimento. Para cerrar el círculo han ido desplazando más y más los esqueletos de los coches.

Los grandes carteles publicitarios todavía se yerguen sobre los edificios. Ya solo los más viejos entienden qué era lo que trataban de vender. ¿Relojes? ¿Aqua

mineral? ¿Prendas de vestir? Las sinuosas letras latinas de las marcas publicitarias, grandes como seres humanos, ya no significan nada. Artyom no sabría lo que es la publicidad si no se lo hubiera explicado una persona de la generación de los mayores. No era más que un abracadabra. Recuerdos nostálgicos de los escleróticos. Ahora los árboles desnudos, las ramas negras, los perros vagabundos, las plantas rodadoras y los huesos que los saqueadores han dejado al aire libre son los únicos que podrían comprar.

Artyom escudriña la espesura. ¿No hay nadie? Mejor no pasar muy cerca. La ciudad parece muerta, pero alguien habrá que ha devorado a los cuatro guerreros con todo su equipo. La Teatralnaya no está lejos. Tan solo quince minutos a pie. Seguro que los otros stalkers pensaron lo mismo. Si no les ocurrió aquí, en el bulevar, entonces fue más adelante.

¿A lo largo de las paredes o por el centro de la calle? Si camina por la calzada, entre los coches, llamará demasiado la atención. Pero si va por la acera tendrá que estar escuchando todo el rato y darse la vuelta constantemente. Nunca se puede confiar en que las casas estén vacías de verdad. En su territorio, sobre la VDNKh, Artyom conoce bien todos los rincones. Pero aquí...

Recoloca el fusil ametrallador para que le resulte más cómodo, lo agarra por la empuñadura y se pone en marcha por la acera, por el lado de los gigantescos escaparates de dos pisos. El revoltijo de cascotes, cristales y maniquíes que parecen víctimas de un crimen llega hasta el asfalto. Hay maniquíes de varios tipos: unos parecen seres humanos, y los otros son más bien como los negros: están hechos de fibra sintética oscura y brillante, y no tienen rostro, nariz ni boca. Están todos amontonados. Nadie se ha llevado ninguno.

Sí saquearon la joyería, sí saquearon la boutique de moda, si saquearon la tienda de vete a saber qué, y además la quemaron. En la otra acera es lo mismo. La calle Tverskaya era una buena calle. Lujosa. Los que en su tiempo vivían en las estaciones de los alrededores tuvieron suerte. Pero por ahí no había tiendas de alimentación. Lástima.

Las casas se alzan como una pared compacta. El cielo nocturno las cubre con su gruesa panza y su chaqueta de algodón pespunteada. La Tverskaya es como un túnel gigantesco, y la calzada, un río de hierro helado, es su vía.

Al final de los túneles se yerguen, como los incisivos de una boca, las torres del Museo de la Revolución, y a su lado las del Kremlin. Las estrellas de las torres se han apagado, toda su fuerza mágica se ha extinguido. Tan solo permanecen siluetas torcidas, recortadas en papel negro, sobre un fondo de nubes mugrientas. Ofrecen una vista desconsolada: un cadáver vivo es, en cierto sentido, más alegre que uno muerto.

Y, por otra parte, reina el silencio.

El silencio más absoluto, desconocido en el metro.

—¿A ti qué te parece, Zhenya? Seguro que en otros tiempos esta ciudad vivía inmersa en un estruendo de mil demonios. ¡Todos esos coches hacían ruido y tocaban la bocina! Y las personas que iban dentro se gritaban. Por supuesto, todo el mundo pensaba que tenía más que decir que los demás. Y también estaba el eco de esas casas, como si hubieran sido rocas... pero ahora todo el mundo está con la boca cerrada. Lo que pudieran decir no era tan importante. Pero qué lástima que no pudieran despedirse los unos de los otros. Es lo único que habría tenido algún sentido.

Mira adelante.

Por la acera.

No es un maniquí. Un maniquí no puede quedarse echado de esa manera, con el cuerpo tan flácido. Siempre tienen esa rigidez, los brazos no se les doblan, las piernas se mantienen tiesas, la espalda se les queda como si se hubieran tragado un palo de escoba. Eso, en cambio, tiene el cuerpo recogido, enroscado como el de un bebé. Y así ha muerto.

Artyom echa una rápida mirada a su alrededor. No hay nadie.

Un traje aislante de color negro, un uniforme. El fusil ametrallador en las manos. El casco se ha soltado. Está en el suelo, no muy lejos. El cadáver mira al asfalto, a la sangre seca. Tiene un orificio en la nuca. Otra mirada. También se ha desangrado por el vientre, por eso se ve un reguerillo en el suelo. Alguien lo hirió y luego se acercó a él para darle el tiro de gracia. Es evidente que aguantó mucho. Se concentró tanto en no morir, en seguir arrastrándose, que no se dio la vuelta, ni siquiera miró a la cara a su asesino. Y el otro tampoco tuvo ningún interés en ello.

Ha encontrado al primero.

No lo han devorado.

Ni siquiera se han llevado el fusil ametrallador. No lo consideraron digno de interés. Qué raro.

Artyom se agacha junto al cadáver y trata de quitarle el arma. Pero las manos del muerto están demasiado rígidas. Ni siquiera romperle los dedos serviría de nada. «Pues muy bien, quédate tú con ese trasto».

El joven se contenta con extraerle el cargador. Incluso encuentra otro de reserva. Se pone de buen humor. Se lo llevará como una especie de pago anticipado de Dietmar por esta operación. Los stalkers no creen que esto pueda considerarse una falta de respeto. Piensan que quien se lleva la munición de un cadáver ha tenido un recuerdo para con el difunto. Al muerto no le sirven de nada las municiones. Todo lo contrario: se alegrará de que sus cartuchos vayan a parar a manos de un hombre bueno, que los empleará para una buena misión.

Ahora tiene que seguir adelante tan rápido como pueda.

¿Desde dónde dispararon a la víctima? ¿Cómo es que sus camaradas no se quedaron, ni se llevaron entre los tres al herido para ponerlo a cubierto?

¿Y si fueron ellos mismos los que dispararon la bala mortal? En tal caso, ¿por qué le dejaron el fusil ametrallador? Debe de estar registrado en algún lugar. ¿Quizás andaban con prisas? Demasiadas preguntas.

Pero lo que está claro es que no puede preguntárselo a ellos.

El segundo yace unos trescientos metros más allá. De espaldas, como se espera de un muerto. Quizás en el momento de morir quiso contemplar el cielo, pero probablemente no lo consiguió. Uno de los cristales de la máscara ha quedado perforado por un disparo, el otro ha quedado cubierto por dentro con una sustancia parduzca. Está tumbado en un charco. El esquema es el mismo: primero le dispararon y luego le dieron el tiro de gracia desde mucho más cerca.

Tampoco en este caso sus compañeros se quedaron con él.

Hay algo en la lejanía.

Un soplo de viento lo trae hasta Artyom. Un murmullo. Como de motor. El joven no lo tiene claro. El aire hace demasiado ruido en los filtros y la goma de la máscara de gas le cubre los oídos.

Artyom se apresura a quitarle el cargador y sigue adelante, agachado, con el cuerpo pegado a la pared. Echa una mirada tras otra a su alrededor. Ya solo falta medio kilómetro para llegar a la Okhotny Ryad. Ahora tiene que evitar tropiezos.

Descubre al tercero por casualidad, con el rabillo del ojo. Este fue más listo. Es obvio que quiso abandonar los espacios abiertos de la calle y refugiarse en un restaurante. Pero ¿de qué le habría servido si todas las paredes son de cristal? Está claro que lo encontraron y lo acribillaron. Un hombre metamorfoseado en saco lleno de agujeros. Probablemente lo sacaron de debajo de una mesa y acabaron con su vida.

Sí, por fin el sonido se reconoce sin dificultad.

El estruendo de un motor.

Artyom contiene el aliento. Qué más da. Se saca la máscara de la cabeza — ¿qué más da si llega o no al año próximo? — y aguza los oídos al viento. Y lo vuelve a oír: un fragor intenso. En la lejanía, más allá de las casas, hay alguien que pisa el acelerador.

Un vehículo en marcha. ¿Quién puede ser?

Artyom echa a correr, ahora todo lo rápido que puede.

Así que se desplazan con un vehículo.

Por eso los cuatro huyeron, y por eso no tuvieron ninguna posibilidad de escapar.

Dieron alcance a uno tras otro y los mataron. Cada vez que mataban a uno,

los otros tenían tiempo para alejarse doscientos o trescientos metros, hasta que iban por el siguiente. Pero ¿cómo es que los stalkers no contraatacaron con sus armas? ¿Por qué no se atrincheraron en un escaparate y trataron de defenderse?

¿Acaso pensaron que podrían llegar a la Teatralnaya?

Al principio, Artyom todavía se esforzaba por evitar que la mochila se moviera lo menos posible. Pero entonces, de pronto, el motor ruge muy cerca, a su espalda, desde el túnel en que se ha convertido la calle. Artyom echa a correr a grandes saltos, sin darse la vuelta ni detenerse, adelante, siempre adelante. Si el material que lleva a la espada salta por los aires, no sufrirá tanto como si le pegan un tiro y vienen a rematarlo... Ojalá no tarde en estallar...

De pronto, el amenazador sonido se divide: ya no se trata de un solo motor, sino de dos. Uno detrás y otro por un lado... eso es lo que parece. A un lado de la calle... y al otro. ¿Acaso quieren acorralarlo entre ambos?

¿Quiénes son? ¡¿Quiénes?!

¿Atrincherarse? ¿Meterse en una de las casas? ¿Huir? ¿Ocultarse en un apartamento? No... en las fachadas que dan a la calle no hay entradas a las escaleras. Tan solo escaparates quemados, vacíos, sin salida.

Solo tiene que llegar a la esquina... ya falta poco.

Al otro lado empieza la Okhotny Ryad... entonces tan solo tendrá que dejar atrás la Duma... y habrá llegado a su objetivo.

No ha visto al cuarto stalker en la Tverskaya. Debió de llegar hasta la esquina. Artyom también tiene que lograrlo... quizás lo logre... tiene que lograrlo.

Ve, enfrente de sus ojos, su propia sombra... larga y difuminada. Y un haz de luz.

Han encendido el faro de delante. ¿O un reflector de búsqueda?

Siente como si alguien le hubiera introducido un alambre espinoso por la garganta. Como si lo moviera de un lado para otro dentro de su cuerpo, para limpiarle los bronquios a Artyom, como una escobilla para botellas.

El joven no lo soporta más y, sin dejar de correr, echa una mirada en derredor.

Es un vehículo de tierra. Extraordinariamente ancho. Avanza por la acera, porque la calzada está cubierta de metal herrumbroso. Entonces chirrían los frenos: parece que ha encontrado un obstáculo en su camino.

Artyom respira aire frío y dobla la esquina.

Entonces, por el otro lado, oye un zumbido intenso, como de moscardón.

Es una moto.

El edificio de la Duma se alza, pesado y sólido, como una gigantesca lápida funeraria. La planta baja está hecha de lúgubre granito, las de más arriba son de

color gris piedra. ¿A quién pudieron enterrar allí?

La moto sigue disparada hacia delante y pasa por su lado. El motorista extiende el brazo izquierdo y escupe al azar fuego centelleante. Un sonido rítmico que rebota en las paredes del sepulcro. Artyom logra esquivarlo.

Entonces, sin quedarse quieto, sin aminorar el paso siquiera, empuña de lado el fusil ametrallador y dispara en la dirección donde le parece que debe de encontrarse el motorista. Falla. Pero el otro acelera para escapar de las balas perdidas. Se lanza a toda velocidad y se aleja hasta casi perderse la vista para luego girar.

Artyom vuelve a oír el fragor a sus espaldas. El todoterreno ha arrancado de nuevo.

Ya falta muy poco para llegar hasta la entrada de la Teatralnaya. Quizá cien metros. «¿La entrada estará abierta, Señor? Mi Señor Jesús, ¿estará abierta la entrada? ¡Si Tú existes, estará abierta! ¡¿Existes, verdad?!».

El cuarto y último stalker está frente a la puerta. Está sentado, con la espalda recostada contra la puerta cerrada. Está allí, sin posibilidad de consuelo, y se mira la barriga perforada y las manos, la vida que se le ha escapado entre los dedos.

Artyom salta hasta la puerta, le da un tirón, y otro, y un tercero.

La furiosa moto regresa, y su estrépito se oye cada vez más y más. Y entonces el poderoso todoterreno dobla la esquina... ¿Está blindado? Artyom no ha visto en toda su vida un vehículo semejante. No puede pertenecer a nadie que viva en el metro. No puede ser que pertenezca a ninguno de los insignificantes imperios subterráneos.

Se pone de espaldas contra la puerta y empuña el arma en alto. Trata de localizar el estrecho parabrisas con la mira del arma. Pero disparar contra una máquina como esa no tendría ningún sentido. Hay una figura pequeña sobre la capota del automóvil, como un muñeco en una caseta de tiro, un diablillo con un muelle que salta al abrirse la caja. Artyom oye un «pling» justo encima de la cabeza. Una bala ha abierto un orificio redondo en el cristal de la puerta. Un tirador de precisión. ¡Adiós a la vida!

Dispara al azar contra lo que ahora es un borrón blancuzco.

Una batería de reflectores se ha encendido sobre el techo del todoterreno. La luz le martiriza los ojos y lo deslumbra. Ya no puede apuntar bien. Como mucho, puede apuntar al aire.

Esto va a terminar enseguida. Todo va a terminar.

Ahora mismo, el tirador lo tiene en la mira. Artyom aprieta los párpados con fuerza.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

La moto se acerca a toda velocidad, empieza a frenar, se detiene y enmudece. Artyom se protege los ojos con el brazo y trata de ver lo que ocurre. Tanto la moto como el automóvil están intactos. Se han quedado inmóviles y Artyom se halla en el punto de intersección de sus faros.

—¡Eh! ¡No disparéis! —les ruega con voz quebrada.

Levanta ambas manos. «Llevadme cautivo, por favor».

Les importa una mierda lo que Artyom les haya chillado. Es obvio que están discutiendo sin palabras lo que tienen que hacer. Y no parece que quieran llevárselo preso.

—¡¿Quiénes sois?!

Sesenta y siete. Sesenta y ocho. Sesenta y nueve.

De pronto, la moto arranca, suelta una nube de humo azulado y se lanza a toda velocidad hasta perderse de vista. El todoterreno se aleja tras ella. Apaga el reflector, pone la marcha atrás, gira y desaparece bajo la luz crepuscular.

«Existes, ¿verdad que sí? ¡¿Eh que sí?! Y si no ¿qué coño ha sido todo esto?».

Alegre y estupefacto, golpea al cuarto y último de los desgraciados. «No has tenido tanta potra como yo, ¿verdad?». El cuerpo se desploma y rueda por el suelo. A su lado hay una bolsa de la que sobresalen varios cables. La mina. «Podría haberte castigado por lo que acabas de hacer», dice él.

Artyom se disculpa sin sentir ningún remordimiento.

Entonces tiene una idea. Registra al muerto.

Y luego se echa a correr una vez más alrededor del edificio, rápido, más rápido, antes de que los que iban en el coche cambien de idea. Trata de abrir todas las puertas. ¡Tiene que haber alguna que no esté cerrada! Y por fin la encuentra al otro lado y se mete dentro, baja corriendo por la resbaladiza escalera y se agacha un instante para poder tomar aire. Solo ahora empieza a estar seguro de que no morirá. Por lo menos, no de inmediato.

La escalera termina en una sala con barreras donde antaño se marcaban los billetes y las taquillas donde estos se vendían. A partir de allí se pueden seguir dos caminos distintos. Por un lado, una escalera mecánica destrozada por la que se desciende hasta la estación Okhotny Ryad, y por el otro, una galería por la que se accede a la Teatralnaya. Lo que más temía Artyom era que los rojos hubieran mandado una patrulla a aquel lugar, y que la patrulla terminase la tarea que había empezado la gente del todoterreno. Pero el corredor no está vigilado. Parece que se hayan conformado con sellar la puerta hermética de la estación. Lo más

probable es que ya no salgan a la superficie para evitar exponerse a la radiación, igual que en la VDNKh, su estación de origen.

Artyom saca la mina. La contempla. ¿Qué tiene que hacer para que estalle?

La mina es estúpida y terrible como el poder. Es el poder que se le ha concedido a Artyom sobre un número de seres humanos aún desconocido.

¿Qué tiene que hacer con ella?

Corrió por la galería hasta la entrada de la Teatralnaya. Allí también estaba todo cerrado y tapiado, pero quedaba una puerta para que los stalkers pudieran salir al exterior. Artyom se cubrió el rostro con la máscara protectora y se puso a golpear la puerta como si se hubiera vuelto loco. Al cabo de cinco minutos vino alguien de abajo, de la estación. En un primer momento no quería abrir, interrogó a Artyom a través de una celosía, no quiso creerse que hubiera llegado solo. Finalmente se abrió un resquicio —para los documentos— y Artyom le mostró el pasaporte que le había robado al cadáver de arriba.

—¡Abre de una vez! ¡Si no, me quejaré ante el embajador! ¡Abre de una vez! ¿Me oyes? ¡Si me quedo fuera me van a matar! ¡Soy oficial del Ejército! ¡Del Reich! ¡Y tendrías que cargar con ello sobre tu conciencia! ¡Abre, gilipollas! Por fin cumplieron sus exigencias. No tuvo ni que quitarse la máscara para la identificación. Qué práctico es contar con el apoyo de un Estado depredador. Qué práctico es marchar al ritmo de la Legión de Hierro. ¡Así se puede vivir!

Artyom no les dejó un instante a los guardias para recapacitar, y todavía menos para mirar lo que había dentro de la mochila. Volvió a guardarse el pasaporte, y mientras se precipitaba hacia el interior, volvió la cabeza y les gritó que venía por una misión importante, y que ellos, meros subordinados, no tenían por qué saber más.

Apenas estuvo abajo se escondió detrás de una esquina, se despojó de su traje aislante, verde como una serpiente, y arrojó la máscara de goma en un rincón, pero no se deshizo del aparato de radio.

Tenía que llamar a Dietmar al cabo de cuarenta minutos. Ese era el tiempo que le quedaba para encontrar a Pyotr Sergeyevich Umbach, el hombre que había oído por radio que en algún otro lugar también había seres humanos. Y luego sacar de la estación al tal Pyotr Sergeyevich antes de que los rojos —o los pardos— la invadieran.

Artyom miró fuera de su escondrijo. ¿Alguien lo había seguido? No. Lo más probable era que se hubieran olvidado de Artyom hacía rato y hubiesen vuelto a sus tareas diarias. Estaba claro que tenían ocupaciones más importantes que capturar saboteadores. Interesante... ¿En qué podían consistir esas ocupaciones?

Entonces recordó por qué era tan especial la Teatralnaya.

La sala central de la estación —pequeña, cómoda, de techo bajo y decorado con relieves en forma de rombos— hacía las veces de teatro. Por todas partes había sillas, y más adelante, antes de llegar a las cortinas de terciopelo que cubrían el escenario, incluso mesas pequeñas. También había cortinas en los accesos a los andenes, pero no de terciopelo, sino de lo que se había podido encontrar para cada caso. Del techo colgaban unos carteles rectangulares, mal iluminados y algo deteriorados, que ya no se referían a las estaciones de la línea, sino que alguien había escrito a mano, con letra zigzagueante, las palabras «¡Bienvenidos al teatro Bolshoy!».

Los habitantes de la estación vivían en dos convoyes de metro que se hallaban a lado y lado sobre las vías. Uno de ellos, sin lugar a dudas, había estado parado en la estación en el momento en que se cortó el suministro eléctrico del mundo entero. El otro había empezado a adentrarse en el túnel en dirección a la Novokuznetskaya. En cualquier caso, parecían más confortables que unos andamios sobre el agua. O que una vivienda social al lado del infierno.

Aquellos vagones no llevaban a ninguna parte y sus ventanas mostraban siempre las mismas vistas: piedra y tierra. Sin embargo, sus habitantes vivían una vida feliz: se reían y bromeaban, se pellizcaban el trasero sin tomárselo mal. Casi parecía que aguardaran a que el conductor se excusara por megafonía por los más de veinte años de retraso, y que el convoy se pusiera en marcha de nuevo y saliera en dirección a la siguiente estación —¿adónde, si no?—, y por supuesto en el mismo día en que había funcionado por última vez: el último día antes del fin del mundo. Con la pequeña diferencia que, entretanto, habían arreglado los vagones para que les sirvieran de habitáculo.

Niños sucios corrían de aquí para allá. Cada uno iba a sus juegos, luchaban con unas espadas que en realidad eran tubos aislantes de plástico, se gritaban frases rebuscadas que debían de haber sacado de libros medio podridos donde se conservaban obras de teatro, se pegaban a muerte por una pieza de decorado robada, pintada con acuarela, se reían, chillaban.

Todos los habitantes de la estación —y no eran pocos— vivían del teatro. Unos actuaban, otros pintaban los decorados, otros atendían a los espectadores, otros sacaban afuera a los borrachos. Las abuelas iban arriba y abajo por los andenes, agitaban lo que parecían abanicos de entradas e iban gritando con voz frágil: «¡Los últimos de hoy!». Se acercaban al borde del andén, miraban al túnel en dirección a la Novokuznetskaya. ¿Cuántos atontados podían venir desde allí?

A Artyom le interesaba el otro extremo.

De allí salían los dos túneles en dirección a la Tverskaya. En dirección al Reich. Y allí, en las tinieblas, se escondían columnas de soldados con uniformes

negros que aguardaban la orden de avanzar. Si caminaban a ritmo de marcha militar, tardarían quizás unos quince minutos en llegar. Si venían en dresinas con motor, les bastaría con dos. Tardarían dos minutos en cuanto Artyom contactara por radio con Dietmar y lo avisara de que todo estaba a punto, y entonces la vanguardia de las tropas de asalto se presentaría en la Teatralnaya.

En medio de la sala había dos escaleras que iban en direcciones opuestas y pasaban por encima de las vías. Se podía acceder por cualquiera de las dos a las estaciones de la Línea Roja. Una de ellas iba hasta Okhotny Ryad, que los comunistas volvían a llamar por su antiguo nombre: Prospekt Marxa. Por la otra, hasta Ploshchad Revolyutsii. Esta última, en realidad, formaba parte de la línea Arbatsko-Pokrovskaya, pero después de la última guerra con la Hansa los rojos la habían canjeado por la Biblioteka imeni Lenina.

Los accesos a los respectivos corredores estaban cerrados con rejas metálicas. Detrás de ellas había soldados del Ejército Rojo con uniformes verdes desteñidos y un oficial tocado con gorra de visera y, a modo de escarapela, una estrella que con el tiempo se había vuelto de color frambuesa. Se hallaban unos frente a otros, a diez pasos de distancia, y bromeaban. El espacio que mediaba entre ambos, sin embargo, pertenecía al territorio de una estación neutral y los militares rojos no tenían ninguna autoridad sobre él. Además, dicho espacio se había incorporado al teatro Bolshoy, a modo de palco para espectadores.

Así vivía la Teatralnaya, atrapada entre los puestos avanzados de la Línea Roja y el Reich. Entre el yunque y el martillo. Pero, a pesar de todo, habían logrado escapar siempre de su destino, maniobrar, engatusar, evitar la guerra, preservar la neutralidad... hasta aquel día.

Artyom era el único que presentía la tempestad que se acercaba. Se veía a las claras que ninguno de los que se hallaban en la estación tenía ni idea de la carnicería que estaba a punto de abatirse sobre ellos y que no podrían evitar. Por los estrechos paseos que bordeaban los trenes parados, oficiales autorizados, con esvásticas de tres brazos en la manga, paseaban con sus damas, y se cruzaban con oficiales con uniformes verdes desteñidos y estrellas de color frambuesa, igualmente autorizados, que brindaban en el bufé del teatro a la salud del camarada Moskvin, Secretario General del Partido Comunista del Metro de Lenin. Todos ellos llevaban exactamente del mismo modo las entradas en el bolsillo de la camisa. Todos habían ido hasta allí para ver la obra.

¿Todos? No. Todos no. Seguro que algunos habían ido con otro objetivo: en cuanto recibieran la señal, cegar los accesos a la Okhotny Ryad y rajar la garganta a todos los habitantes de la estación. Aparte del corredor principal había otros dos: uno al final del andén, así como otro que pasaba por la sala que se encontraba arriba, en la salida a la superficie. No sería nada fácil cegarlos a los

tres a la vez. La operación que había planeado Dietmar podía terminar en un absoluto desastre.

El deber de Artyom tropezaba también con otro obstáculo.

Desde la conversación junto al baño, Dietmar no había dejado a Artyom ni un segundo a solas con Homero. Así, el viejo no había podido explicarle qué aspecto tenía el radiotelegrafista, en qué trabajaba, ni dónde vivía. «Búscalos, Artyom. ¿A quién? Ni idea. Te queda poco más de media hora».

—Disculpe... —Metía la nariz entre personas a quienes no conocía de nada
—. ¿Saben si Pyotr Sergeyevich vive aquí por casualidad?

—¿Quién? Ese nombre no me suena de nada...

—Disculpe.

Pasaba al siguiente.

—¿Pyotr Sergeyevich Umbach? Soy su sobrino...

—¿Qué? Voy a llamar a la guardia... Te presentas así en la casa... ¡Tanya!
¿Tienes las cucharas a buen recaudo?

—Métase las cucharas donde le... imbécil...

Anduvo dos puertas más allá sin dejar de mirar en todas direcciones, por si acaso.

—¿Sabe usted dónde podría encontrar a un tal Pyotr Sergeyevich?

—Hum... ¿disculpe?

—Umbach, Pyotr Sergeyevich Umbach. Trabaja como técnico. Soy su sobrino.

—¿Técnico? ¿Y eres su sobrino? Ah, ya.

—Me parece que es radiotelegrafista. ¿No vive aquí?

—No conozco a ningún radiotelegrafista. Humm... hay un Pyotr Sergeyevich en el teatro. Trabaja como ingeniero. Se encarga del escenario y tal... ¿sabes quién quiero decir?

—¿Dónde podría encontrarlo?

—Pues... ve tú mismo al teatro y pregunta. Será lo mejor, ¿no? Busca al director. No parece muy difícil, ¿verdad, guapito?

—Que tenga usted un buen día.

—Vete a paseo. Estos jóvenes de hoy en día son de pena. No saben salir de casa solos.

En la sala central se oía barullo de instrumentos. Los músicos estaban acabando de ensayar. Artyom fue hacia la entrada, pero la encargada estuvo a punto de morderlo en el brazo:

—¡Tú te crees que aquí se puede entrar gratis! ¡Ya no respetáis nada!
¡Gamberro! ¡Esto es el teatro Bolshoy!

Volvió atrás y compró una entrada con los cartuchos que le había tomado

prestados al muerto. Entretanto, miraba sin cesar a su alrededor: tenía que haber dos grupos de agentes enemigos camuflados entre los paseantes que habían venido de la Novokuznetskaya y de muchas otras estaciones para asistir a la representación. Especialistas en explosivos camuflados de amantes del teatro y terroristas suicidas que se hacían pasar por padres amorosos, pero que llevaban ya la dinamita en el cinturón. En cuanto les llegara la señal de que había llegado la hora de morir por el Reich, se acercarían a las rejas que protegían las fronteras de la Línea Roja, bañados en sudor, y entonces mirarían el reloj y explotarían todos a la vez, ciegamente. Y quince minutos más tarde, las brigadas de asalto de la Legión de Hierroemergerían simultáneamente de los dos túneles y caerían sobre la estación.

Artyom consultó el reloj.

Si todo se hacía a su debido tiempo, la invasión coincidiría con el inicio de la obra de teatro. No era Artyom quien lo había calculado, sino Dietmar. Y Artyom, al haber sobrevivido en la superficie, contribuiría al cumplimiento del plan de Dietmar.

Si no hacía nada, se cargarían a Homero. Entonces serían los rojos, en vez de los fascistas, quienes ocuparan la Tealtralnaya. Si no aquel día, tal vez al siguiente. Es obvio que un solo hombre puede cambiar el mundo, aunque sea tan solo un poco. El mundo pesaba como un convoy de metro. No era fácil cargar con él.

Artyom se apresuró a ir hacia la mujer del teatro, le puso la entrada entre los dientes y le echó unos cuantos cartuchos en la bolsa. Las gafas de la mujer recorrieron los cartuchos, y la emoción le impidió darse cuenta de que Artyom era el primero en entrar en una sala que aún estaba vacía. Pasó de largo frente a los dos soldados del Ejército Rojo que montaban guardia sin mirarlos, para que no se fijasen en su cara. Trepó al escenario y metió el rostro tras el telón de terciopelo.

Al otro lado estaba oscuro. Al fondo del pequeño escenario se vislumbraba la silueta de un cenador, o tal vez de un templo antiguo pintado sin apenas detalle... Artyom lo tocó: madera contrachapada. Al otro lado, como si hubiera sido posible entrar en el decorado y vivir en su interior, se oían voces.

—¡Te lo digo de verdad! ¡A mí también me gustaría presentar otro tipo de obras en el escenario! ¿Tú te crees que estoy satisfecho con nuestro repertorio actual? Pero tienes que tener muy claro que en esta situación...

—Yo no tengo nada claro, Arkadi. A mí me aburren mucho estas idioteces. ¡Si en esta red de metro, si en este mundo hubiese otro teatro, me iría allí de inmediato, sin dudarlo! ¡Y por Dios que hoy no tengo ninguna ganas de salir al escenario!

—¡No me digas eso! ¿Qué puedo hacer yo? Yo quería representar *El rinoceronte* de Ionesco. ¡Es una obra que vale la pena desde todos los puntos de vista! Y además no hubiéramos necesitado otro disfraz que unas cabezas de rinoceronte, que habríamos podido hacernos incluso con papel. Pero enseguida me di cuenta de que no podía ser. ¿De qué trata esa obra? De cómo las personas normales se transforman en bestias bajo la influencia de la ideología. ¿Cómo quieres que represente esa obra? El Reich pensaría que va por ellos y la Línea Roja también. ¡Y sería el final de todo! ¡En el mejor de los casos nos boicotearían! Y en el peor... además, seres humanos con cabezas de rinoceronte... los del Reich lo interpretarían como una alusión a los degenerados. Y parecería que nos cachondeábamos de su terror a las mutaciones...

—Por Dios bendito, Arkadi... estás paranoico...

Artyom dio un paso cauteloso hacia delante. Vio unas pequeñas habitaciones: la de las máscaras, la de los decorados y una puerta cerrada que parecía un guardarropa.

—¿Tú te crees que no busco nuevos materiales? ¡Si no hago otra cosa! ¡Me paso el día buscando! Pero échales una ojeada a los clásicos. A *Hamlet*, por ejemplo. ¿Qué ves ahí?

—¿Yo? ¡La pregunta es lo que ves tú!

—La pregunta es lo que verán los espectadores de la Línea Roja! ¿De qué trata? ¡Hamlet descubre que su padre ha sido asesinado por su propio hermano! ¡Es decir, por el tío del propio Hamlet! ¿Eso no te recuerda nada?

La discusión tenía lugar tras la puerta cerrada. Al lado, en la habitación de los decorados, había un hombre de luenga barba y cabello gris inclinado sobre una mesa, ocupado en soldar algo. El humo hacía que le lloraran los ojos. Se parecía mucho a la imagen que Artyom se había trazado del tal Umbach.

—No sé de qué me hablas...

—¿Cómo murió el anterior secretario general de la Línea Roja? ¡En plena juventud! ¿Y qué era respecto a Moskvin? ¡Su primo! ¡Si hasta el más imbécil de los idiotas pensaría que se trata de una alusión! ¿Queremos vernos en esa tesitura? ¡Escúchame, Olga, no podemos provocarlos! Es lo que están esperando. ¡Tanto los unos como los otros!

Artyom avanzó hasta el umbral de la habitación donde se hallaba el hombre de la luenga barba. Este se dio cuenta de su presencia y dirigió hacia él una mirada interrogadora.

—¿Pyotr Sergeyevich?

De pronto se oyeron unos pasos procedentes de la zona de espectadores. Unos pasos agresivos, rítmicos, estridentes. Botas claveteadas que arañaban el

suelo. Varias personas que no decían ni palabra. Artyom se quedó inmóvil y aguzó el oído para escuchar a través del terciopelo.

—Eres un cobarde, Arkasha.

—¡¿Un cobarde?!

—¡Todas las obras te parecen demasiado arriesgadas! ¡Te da igual cuáles sean! Explícame una vez más por qué no pudimos representar esa tontería de *La gaviota*. Esa tontería inofensiva de *La gaviota*. En esa obra, por lo menos, habría podido hacer un papel decente.

—¡Porque es de Chejov! ¡Chejov! Igual que *El jardín de los cerezos*.

—¿Y?

—¡Y ese es el problema! ¡Chejov, no Wagner! Estoy seguro al cien por cien de que nuestros vecinos de la Wagnerovskaya pensarían que vamos con segundas. ¡Que hacíamos un Chejov a propósito para fastidiarlos!

Los pasos avanzaron por la sala y se dispersaron.

—Que dos controlen la sala y otros cuatro suban al escenario —susurraba una voz—. ¡El radiotelegrafista tiene que estar aquí! Artyom se llevó el dedo a los labios a modo de advertencia, se echó al suelo, reptó y buscó a ciegas un lugar donde esconderse, y por fin descubrió un hueco bajo el escenario.

Así pues, buscaban a un radiotelegrafista. Debían de referirse a él, a Artyom. Los guardias no lo habían registrado en persona, pero habían notificado su presencia a los servicios de seguridad. ¡Ojalá que el de la barba no lo denunciara!

Los dos que discutían tras la puerta cerrada no habían oído los pasos.

—O *Un tranvía llamado deseo*. Así podría hacer de Stella.

—Pero es que todo el rato se habla de que Blanche se oculta en la penumbra porque se avergüenza de su aspecto.

—Sí, bueno, ¿y qué? No entiendo lo que...

—¿No has oído lo de la mujer del Führer?

—¡Eso solo son rumores!

—Mi querida... Olga. Ahora escúchame. La gente viene por ti... todo el mundo está esperando... hemos agotado las entradas... ¿me permites que te abrace?

—Cobarde... filisteo...

—¡Tenemos que ofrecer una obra neutral! ¿Lo entiendes? ¡Neutral! Una representación que no hiera los sentimientos de nadie. El arte no debe ofender a los hombres. ¡Tiene que brindarles consuelo! ¡Despertar lo mejor que llevan dentro!

Empezaba a sentir la rigidez en los brazos. La espalda le dolía. Con mucha, muchísima precaución, Artyom acercó la muñeca donde llevaba el reloj a una

estrecha franja de luz. Faltaban diez minutos para la hora en la que tenía que contactar y avisar a Dietmar de que la mina ya estaba en posición y cumplir la orden siguiente.

Entonces la voz femenina habló muy fuerte.

—¿Y qué piensas que les despierto yo? ¿Eh?

—Entiendo lo que quieres decir. Pero en *El lago de los cisnes* las bailarinas aparecen con las piernas desnudas. Ah, si pudiéramos volver a representarlo... pero tenemos instrucciones precisas. *El lago de los cisnes* se interpretaría como una alusión a golpes de Estado y revoluciones palaciegas. La situación ya está muy tensa. ¡No podemos poner nerviosos ni a unos ni a otros! Y además... tus piernas... esas piernas...

—¡Eres un animal! ¡Un rinoceronte!

—Venga, dime que saldrás a escena... dime que saldrás a actuar... las nenas van a llegar enseguida...

—Y tú te vas a follar a una, ¿verdad? ¿Ya te has follado a Sina?

—Dios mío, pero qué disparates! Yo trato de hablar sobre arte y tú me acusas de... ¿cómo puedes que me acueste con esa mosquita muerta si tengo a la *prima donna* para mí solo?

—¿Y todas esas imbecilidades que has dicho sobre el arte, rinoceronte malo? ¡Venga! ¡Dime la verdad!

—Sabes muy bien que tengo que cargar con todo... con el mantenimiento de la neutralidad... todo el bla bla bla sobre arte y todo lo demás... A veces uno no tiene más remedio que... ¿lo entiendes? Da igual con quién.

—Ahora no me empieces con eso. La representación va a comenzar dentro de...

—A mí me da igual que sean los rojos o los pardos... lo importante es que alguien...

—Te entiendo demasiado bien... calla ya, no deberíamos...

—Sí, si deberíamos.

—Ya no nos queda tiempo.

Alguien que se había plantado justo encima de donde se ocultaba Artyom silbó, y otro subió torpemente al mismo lugar y se quedó respirando con fuerza. Fueran quienes fuesen, buscarán a quien buscasen, se habían quedado frente a la puerta cerrada... y escuchaban con atención. Todavía faltaban seis minutos para la hora convenida en la que Artyom tenía que llamar por radio.

—Sí, sí nos queda. Me da igual quién venga. Por Dios, ¿todavía hay alguien que se cree que el arte tiene que ser independiente?

—Me estás haciendo cosquillas en el oído, Arkasha.

—¿A quién se le ocurrió que los artistas siempre tienen que pasar hambre?

Seguro que fue un imbécil.

—Sí, claro, tienes razón. ¿Sabes?, yo también... yo también querría claridad. Univocidad. Dureza. Eso es lo que quiero.

—Tú me entiendes, ¿verdad que sí? Que nos conquisten, si así nos van a imponer normas unívocas. Si es por mí, pueden hasta imponernos un censor. Lo importante es que sea solo uno. Así, por ejemplo, podríamos representar *Un tranvía llamado deseo* y *La gaviota*... o si no, *Hamlet* y...

—¡Sí! Sí...

—Y podría servir como consuelo, ¿entiendes? Arte para ti... y para mí...

—Habla en voz más baja... sí, así...

Llamaron a la puerta.

—Buenas noches, Arkadi Pavlovich.

La voz era ronca, profunda... y a Artyom le resultaba extrañamente familiar.

—¿Quién... quién es?

—Dios mío...

—Ah, ¿Olga Konstantinovna está con usted? ¿Tendría la bondad de abrirnos la puerta?

—Humm... ¡Ah! ¡Camarada comandante! ¡Gleb Ivanovich! ¿A qué se debe...? Un momento. ¿Cómo es que nos hace el honor...? Solo un momento, abrimos enseguida. Ahora mismo estábamos... Giga Konstantinovna... nos estábamos maquillando. Para la representación. Abro enseguida.

Artyom miró entre los tablones: cuatro pares de botas claveteadas y un par de zapatos con cordones. La puerta se abrió.

—Ah... ¿Qué ocurre? ¿Tiene usted el derecho a presentarse...? Con hombres armados... ¡Gleb Ivanovich! ¡Estamos en una estación neutral! Por supuesto que siempre es una alegría... que nos visite... pero ¿qué significa esto?

—Sí tenemos derecho. En casos excepcionales. Y este es un caso excepcional. Hemos recibido información de que en esta estación se oculta un espía. Aquí tiene la orden correspondiente. Emitida oficialmente por el Comité para la Seguridad del Estado. Hemos recibido información de que alguien se dispone a contactar por radio con el enemigo. Y de que se prepara un sabotaje.

A Artyom se le cortó el aliento. Se dio cuenta de que ninguno de los cuatro stalkers que había encontrado muertos en la superficie llevaba un aparato de radio. Sí había encontrado la mina, pero no el aparato de radio.

—¿Aquí hay alguien que disponga de un aparato de radio?

—¡Eh, tú, no te muevas! ¡Documentación! —gritó alguien en la habitación de al lado—. ¡Agarradlo!

—¿Quién hay ahí?

—Un colaborador nuestro. Un técnico. Pyotr Sergeyevich.

—¿Adónde quería ir usted, Pyotr Sergeyevich?

Se oyó estruendo y luego un gimoteo. Artyom vio entre los tablones cómo arrojaban a Umbach al suelo. Una raqueta de nieve le aplastaba la barba contra el escenario. Artyom conservaba la esperanza de que la oscuridad no permitiera a Umbach descubrirlo bajo el escenario, y que si lo veía, su propio miedo no le permitiera caer en la cuenta de que aún podía salvarse denunciándolo a él.

—Muchachos, mirad los trastos que tenía por aquí el tal Pyotr Sergeyevich...

—Son... son los instrumentos propios de mi profesión... soy ingeniero...

—Sabemos muy bien lo que es usted. Nos han pasado información. ¿Planeaba usted la realización de actos de terrorismo?

—Por el amor de Dios... ¡claro que no! ¡Soy ingeniero! ¡Me encargo de los aspectos técnicos del teatro!

—Llevaos a este cretino. Lo transportaremos a la Lubyanka.

—¡Yo no he hecho nada! —De pronto, Arkadi alzó la voz con firmeza.

—Venga, lleváoslo sin armar escándalo. Y usted, Arkadi Pavlovich, hágame el favor de venir aquí. Tan solo un momento.

Las voces se desplazaban hacia el fondo del escenario, donde todavía se oía un murmullo leve pero inteligible.

—Escúchame bien, asqueroso. ¿A quién te crees que vas a proteger? ¿Tú te crees que tendríamos muchos problemas en llevarte detenido? Te pasearíamos por la Línea Roja hasta la última estación y nadie te echaría de menos. Y por lo que respecta a tu Olga... como se te ocurra volver a meterle mano, te corto la polla y los huevos de un solo tajo. No tengas ninguna duda de que lo haré, ligón de pacotilla. Márchate, diviértete con tus nenas, pero como se te ocurra volver a mirar a Olga... ¿lo has entendido? ¿Lo has entendido, hijo de la gran puta?

—E... es que yo...

—¡Tienes que responder: a la orden! ¡A la orden, camarada comandante!

—¡A la orden, Gleb Ivanovich!

—Bueno, pues ya está. Ahora márchate de aquí.

—¿Adónde?

—Me da igual. ¡Márchate!

El escenario crujío bajo sus pasos irregulares y confusos. Arkadi Pavlovich no sabía adónde tenía que ir. Entonces saltó del escenario, soltó una maldición y se marchó arrastrando los pies, como un perro apaleado. Se hizo el silencio: a Umbach ya lo habían levantado del suelo y se lo habían llevado, ya no se oía el repiqueteo de las botas claveteadas.

El momento de contactar con Dietmar había pasado.

Volvieron a llamar a la puerta. En esta ocasión sonó de otro modo: tosco, altanero, sin ambages.

—Olga.

—Ah... Gleb... Gleb, me alegro tanto de...

—Os estaba escuchando al otro lado de la puerta. Ahora no me vengas con que te alegras, mala puta.

—Pero... Gleb... es que me hace chantaje. No me da ningún papel importante. Primero me dice una cosa y luego otra... ¡me tiene siempre a la espera, me retiene con promesas!

—Cállate, ven aquí.

Besuecos ruidosos y lascivos. Solo con oírlos se nota que les cuesta despegarse el uno del otro.

—Bueno. Vendré esta noche. Antes tengo ejecuciones. Unos pocos traidores. Pero luego... voy a necesitar algo fuerte, como siempre. Tú te quedas aquí y me esperas. ¿Lo has comprendido? Con el tutú puesto.

—Aquí te esperaré.

—Y ni se te ocurra liarte con otro..., ni con el Arkadi ese ni con...

—Por supuesto, por supuesto, Gleb... ¿de qué... de qué traidores se trata?

—Hemos pillado a un sacerdote a media prédica. Los demás son desertores. Tenemos un problema en la línea con las setas. Una especie de enfermedad. Y, así de pronto, los cagados esos quieren marcharse. Todavía se acuerdan de las barrigas hinchadas del año pasado. No importa, no llegarán lejos. Hoy nos vamos a cepillar a dos docenas para asustar a los demás. Así se estarán tranquilos. Pero a ti qué te puede importar todo eso, puta. En vez de hacerme tantas preguntas, vete y lávate mejor. Y no te olvides del tutú.

—A la orden.

Se oyó un manotazo lascivo sobre un culo, luego unos tacones que se alejaban por el escenario. Alguien saltó al granito y desapareció en la nada, en el abismo que poco antes lo había vomitado.

Artyom se quedó en el suelo y aguardó. ¿La muchacha iba a llorar? ¿Caería en un ataque de histeria? ¿Llamaría a su Arkadi?

Pues no. Se puso a cantar:

—Toooreeeeadooor en gaaardeeee...

—¡Señoras y señores! ¡Salúdenla conmigo! ¡La superestrella del teatro Bolshoy... Olgaaaa Aisenbeeeeerg!

Sonó una trompeta triste y maravillosa, y Olga Aisenberg avanzó por el

escenario con sus piernas largas, totalmente inadecuadas para la vida en aquellas catacumbas... hasta la barra. Artyom, entre bastidores, no alcanzaba a ver su rostro, tan solo la silueta de tinta china que era su sombra. Pero la propia sombra era increíble.

Había salido al escenario con un vestido largo, pero fue lo primero que se quitó, aun antes de que sus maravillosas piernas se cerraran en torno a la barra.

Artyom montó las antenas en el suelo y las apuntó en la dirección en la que le parecía que debía de hallarse la Tverskaya. Se colocó los auriculares y pulsó el interruptor. Le faltó tiempo y atrevimiento para cargar con el aparato de radio sobre los hombros, ir hasta el final de la sala abarrotada, discutir con los guardias y subir por la escalera. Esperaba que la señal pudiera viajar por el túnel hasta la Tverskaya-Darwinovskaya. Ojalá.

—Llamando... por favor, respondan...

Oyó crujidos y chirridos, pero por fin logró contactar:

—¡Mira por dónde! ¡El stalker! Llegas tarde. Estábamos a punto de ponerle la corbata a tu abuelo.

—¡Abortad la operación! ¡Abortad la operación! ¡Los rojos no piensan invadir la Teatralnaya! Pasan hambre... en su línea. Y han cerrado las fronteras... para capturar a los desertores.

Dietmar hizo un ruido imposible de definir, a medio camino entre carraspeo y gruñido.

—¿Y tú te crees que yo no lo sabía?

—¿Qué?

—¿Dónde está la mina, imbécil? ¿Has plantado la mina?

—¿Es que no me has entendido? ¡La Teatralnaya no va a sufrir ninguna invasión!

Entonces comprendió lo que era aquel ruido. Dietmar se reía.

—¿Con qué me sales ahora? ¡Pues claro que va a sufrirla!



10

ROJO

Eh, tío! ¿Tú qué haces aquí?

Artyom miró a quien le había preguntado: una estrella de color frambuesa nadaba en un líquido turbio.

Se encogió de hombros.

Bajo los arcos había astas inclinadas con banderas rojas desteñidas. Transmitían una sensación de cansancio. De ellos colgaban, a una altura algo superior a la de un hombre, carteles con las palabras: LÍNEA ROJA. FRONTERA ESTATAL.

—Ya has mirado bastante. Circula.

El oficial no perdía de vista las manos de Artyom. Los soldados del Ejército

Rojo que se hallaban a su espalda aguardaban una orden.

«Para qué he venido aquí», se preguntaba Artyom.

Lo que no podía hacer en ningún caso era levantar las manos y dar un paso adelante. No podía seguir el camino del desgraciado Umbach. En aquel momento ya debían de tener a Pyotr Sergeyevich atado al potro. No podía revelar que el radiotelegrafista a quien buscaban, el saboteador, no era Umbach, sino el propio Artyom.

No le habría servido para llegar hasta Umbach, sino simplemente para que lo pusieran en la cola del potro.

Entonces, ¿qué podía hacer?

¿Olvidarse de Umbach? ¿Olvidarse de lo que este hubiera, o no hubiera oído en la atmósfera tuberculosa de Moscú? ¿Olvidarse de Homero, que lo esperaba en la Pushkinskaya con una soga al cuello? ¿Olvidarse de Dietmar y de la misión? ¿Olvidarse de todas las personas que estaban sentadas a su espalda y gozaban de aquella mierda, sin saber que se les acercaba una noche de los cuchillos largos? ¿Despedirse, sin más, del tío con la estrella color frambuesa y marcharse de paseo hasta la Novokuznetskaya? Y lo que ocurriera después no debía importarle... Después de mí, el diluvio.

Pero ¿qué encontraría en la Novokuznetskaya?

Nada.

Lo mismo que en la VDNKh.

Vacío. Estrechez. Setas. Una vida que Artyom tendría que sufrir sin rechistar hasta que muriese. Tal vez cerrar el círculo y regresar algún día con Anya. Con los documentos de un extraño, de un muerto.

Sí, los documentos eran los de un muerto, pero la vida era la propia, la de siempre, la vida de Artyom, una vida oscura, torcida, estéril, como una cerilla quemada. ¿Era esa la vida que quería? ¿Podría soportarla?

Olga Aisenberg se estaba despojando del corpiño. Los reflectores, que tenían que funcionar aunque no los manejara Pyotr Sergeyevich, seguían torpemente los movimientos de su cuerpo. Demasiado intensos, deslumbrantes, arrojaban la silueta de Olga, negra como la tinta, sobre el fondo del escenario.

También la trompeta tocaba una música demasiado rápida, fofa, repulsiva, que revolvía el estómago. La silueta femenina giraba y se contorsionaba a gran velocidad en torno a la barra, como si estuviera haciendo equilibrios.

—¿Estás sordo o qué? ¡Que te marches de una vez!

Mientras buscaba a Umbach, durante el viaje con Homero, Artyom había olvidado por un breve período de tiempo lo que era no tener ningún objetivo. El viejo le había dado algo. Por lo menos una dirección que seguir. «Lo siento, abuelo».

«¿Cómo puedo salvarte? ¿Tengo que hacer lo que me ordena el diablo? ¿Ayudarlo a poner en marcha un baño de sangre? ¿Te dejará marchar entonces? No, no lo hará».

La tortura de elegir. Hiciera lo que hiciera, su situación no tenía salida.

—¡Venga, desaparece de aquí!

Las piernas de Artyom dieron un paso atrás por sí mismas. Aún no había tomado ninguna decisión.

Algunos de los espectadores empezaban a volverse y silbar.

Un hombre con uniforme ferroviario, que de hecho no tenía nada que ver con todo el asunto, agarró a Artyom. Lo más probable es que hubiera aguardado con anhelo la llegada de alguien como él mientras se aburría contemplando las evoluciones de la artista alrededor de la barra.

Las piernas sabían que si caminaba en dirección contraria, al frente, no habría marcha atrás. Era demasiado temprano para que el cuerpo muriese. Pero el alma ya no soportaba la vida de siempre.

Entonces Artyom comprendió que no quería tener hijos con Anya. Decidido. Así de simple.

¿Qué iba a encontrar en la VDNKh? Nada. Todo lo que Artyom no había logrado ser. Todo lo que no quería ser a ningún precio. Mejor morir.

El instinto lo obligó a levantar ambas manos. Una más rápida que la otra. El sudor le bajaba por la frente y le goteaba dentro de los ojos haciendo que le ardieran. Era ahí donde nadaba la estrella color frambuesa.

«¿Y si todavía no te han matado, Pyotr Sergeyevich? Pero he atravesado la mitad de la red de metro para encontrarte. Ya he llegado. Y ya no puedo más. Venga, todavía no te han matado. ¿Verdad que no?».

—Traigo información.

—¿Qué es lo que farfullas?

Artyom sintió una mirada de araña que lo observaba desde el patio de espectadores. La sintió sobre su propia piel. Y repitió en voz baja:

—Os traigo información de gran importancia. Dentro de poco se producirá un intento de sabotaje por parte del Reich. Quiero hablar con un oficial de los servicios de seguridad.

—¡No te oigo!

Artyom se enjugó el sudor y dio el paso adelante.

El pasillo que conducía a la estación Okhotny Ryad era interminable. Parecía que lo hubieran construido para darle a Artyom un poco de tiempo para

reflexionar.

Los puestos de vigilancia en las fronteras de la Línea Roja no parecían muy sólidos. Tan solo una reja y un par de soldados amodorrados. Pero en el interior, donde no llegaba la mirada de los extraños, había una triple barrera: sacos de arena, alambradas y ametralladoras. Las armas apuntaban a la pared. Ni hacia dentro ni hacia fuera, porque no estaba claro por qué lado atacaría el enemigo.

Por las paredes se repetía una y otra vez un retrato de dos hombres de perfil estampado con una plantilla: dos figuras de mirada sombría, mejillas gruesas y entradas en el cabello, unidos por una estremecedora semejanza, como si la imagen se hubiera impreso dos veces por error en una misma medalla. No estaba nada claro si uno de los dos cubría al otro, o si trataba de expulsarlo del retrato. Artyom reconoció a los primos Moskvin. El que figuraba en primer plano era Maxim. El secretario general del momento. El otro, sobre el que habían superpuesto a Maxim, era el antiguo jefe de la línea, ya difunto.

A cada paso que daban, la espantosa y abollada trompeta del teatro Bolshoy se oía peor, porque al acercarse al otro lado, a la Prospekt Manta, sonaba cada vez con más fuerza una marcha briosa, alegre, a varias voces, que iba directa a la cara de Artyom... debía de ser una orquesta de instrumentos de viento al completo. Ya estaban en el segundo tercio del camino cuando esta nueva música frenó los sonidos de la atormentada trompeta y los obligó a quedarse en el teatro.

La iluminación era mala y pobre. Tan solo en la barrera de alambradas había verdadera iluminación. Más adelante empezaban unas tinieblas densas como gelatina. Hasta la siguiente alambrada. No encontraban personas de verdad, tan solo militares de mal humor. Artyom se obligaba a sí mismo a seguir adelante, ansioso porque se decidiera su destino. Los soldados que lo vigilaban, por el contrario, no tenían ninguna prisa. El futuro les daba igual.

Estaba a punto de llegar el momento en el que ya no podría soportarlo, pero por fin llegaron a la Prospekt Marxa, también conocida como Okhotny Ryad. Era la última barrera y tenía el mismo aspecto que la primera: tan endeble que parecía que se pudiera derribar de un empujón. El resto de la estación no se divisaba desde allí, porque quedaba oculto tras una escalera, y por ello parecía que en la Línea Roja no hubiera nadie que se pudiera interesar por la Teatralnaya.

Sin embargo, la orquesta era de verdad. Se hallaba frente a la entrada, muy cerca de la frontera, y soplaban, metía ruido y tamborileaba con pasión. Querían ejercitarse a fondo, y ni la trompeta ni ningún otro sonido que procediera del teatro podían nada contra aquello.

La estación —pequeña y confortable, como acostumbraban a ser las más antiguas— estaba abarrotada de seres humanos que vestían de un único color. El

lugar no estaba sucio, no caía agua del techo y las lámparas funcionaban. En pocas palabras: todo estaba como tenía que estar.

Pero en los escasos segundos en los que la orquesta se detuvo para recobrar el aliento e iniciar una nueva marcha, se oyó la segunda voz de la estación. Era una voz desacostumbrada: en vez del estrépito propio de una multitud, en la Okhotny Ryad tan solo se oían murmullos. Las gentes murmuraban, miraban una y otra vez a su alrededor desde las sinuosas colas en las que se encontraban, cada uno con un número escrito sobre la palma de la mano. Murmuran bajo los arcos, frente a las pequeñas mesas, donde se llevaban a cabo trámites burocráticos incomprensibles para Artyom. Las mujeres mayores murmuraban. Los niños murmuraban. Y en aquel instante en que los tambores y los timbales callaron, la estación no se vio tan iluminada ni tan limpia. Pero entonces la cadena de producción de música volvió a ponerse en marcha y pareció que la alegría que fabricaba lo transformara todo de nuevo. Las lámparas brillaban con mayor intensidad, los labios de los transeúntes sonreían y el mármol empezaba a relucir.

Otro medio para elevar el ánimo eran los eslóganes igualmente impresos por las paredes con plantillas:

¡HEMOS TERMINADO CON LA POBREZA, EL ANALFABETISMO Y EL CAPITALISMO EN LA LÍNEA ROJA!

¡NO AL EXPOLIO DE LOS POBRES! ¡SÍ A LA IGUALDAD UNIVERSAL!

¡LOS OLIGARCAS DEVORAN LAS SETAS DE NUESTROS NIÑOS!

¡A CADA UNO LO QUE LE CORRESPONDE!

LENIN, STALIN, MOSKVIN, MOSKVIN

La calva de Lenin y el retrato bigotudo de Stalin estaban enmarcados en oro al final de la estación. A su lado se hallaba una guardia de honor, integrada por jóvenes de tez pálida con pañuelos rojos al cuello. Había unas pocas flores de plástico por el suelo.

Las gentes de la estación no reaccionaron de ningún modo ante la presencia de Artyom y de los guardias que lo escoltaban. Parecía que por todas partes tuvieran algo más importante que hacer. Nadie se volvía hacia él. Pero, tan pronto como se alejaba, las miradas que habían parecido distraídas lo observaban con tal curiosidad que el joven sentía fuego en la nuca.

Mientras caminaba de este modo, acordó con Pyotr Sergeyevich que por favor esperara un poco antes de morirse y no se marchara a ningún lado, sino que lo aguardara. Había pasado tan solo una hora, así que las probabilidades eran bastante buenas.

El KGB se encontraba en el otro extremo de la estación. Bajo el suelo por el que caminaban todos los ciudadanos ataviados con un mismo color había un

segundo piso, de techo más bajo, totalmente oculto. Su entrada habría podido pasar por la puerta del armario de la limpieza.

Pero lo que Se hallaba al otro lado parecía muy normal: un corredor con las paredes pintadas al óleo, de color verde hasta la altura del cinturón y el resto de color blanco. La humedad había teñido la pintura de marrón y había formado burbujas. Por todas partes brillaban las imprescindibles bombillas. A lo largo de la pared había una hilera interminable de puertas.

Uno de los guardias abrió una de ellas e hizo pasar a Artyom.

—¡No tengo tiempo! ¡Debo informar de inmediato!

—Informar es lo que se hace en el ejército —le comentó el soldado, guiñándole un ojo—. Aquí se viene a delatar.

Se oyó como corrían el cerrojo. El sonido le hirió los oídos y los nervios que ya tenía en carne viva.

Contempló a sus compañeros de celda: una mujer con los ojos maquillados, una cola de caballo teñida de rubio y el resto de cabello recogido en un moño, y un hombre pequeño y malhumorado con cejas y pestañas blancas la cabeza rapada por capricho. Tenía la piel reseca como la de un alcohólico.

Umbach no se encontraba en aquella celda.

—Siéntate —le dijo la mujer—. No te volverás más listo a fuerza de estar de pie.

El hombre se sonó.

Artyom observó el banco y se quedó de pie. Quizá lo llamaran enseguida, lo escucharan, y se decidieran a dejar en libertad al radiotelegrafista.

—Tú te crees que te van a llamar enseguida, ¿verdad? —La mujer suspiró—. Nosotros ya llevamos dos días aquí. Quizá sea mejor así. Tal como se manejan los asuntos en este lugar... quizás lo mejor sea que nos quedemos como estamos.

—Cállate —gimoteó el hombre—. Al menos cállate, por favor.

—¿Por casualidad no habrá pasado por aquí un hombre con una barba larga? —preguntó Artyom.

Dibujó con las manos el contorno de la luenga barba de Umbach.

—No, nadie —respondió ella—. Ni con barba ni sin ella. Nos han dejado solos aquí. Y tratan de atacarnos los nervios.

El hombre se volvió hacia la pared y, lleno de odio, empezó a araÑarla con las uñas.

—¿Qué has hecho?

—Yo? Nada. Tengo que sacar de aquí al tío ese que os decía.

—¿Y qué ha hecho el tío ese?

Artyom miraba las medias color carne de la mujer, llenas de carreras, y sus

manos, con las venas muy hinchadas y azules. El maquillaje negro de los ojos hacía que parecieran grandes y apasionados, pero en realidad eran de lo más corriente.

La sonrisa era de cansancio. Sus labios estaban arrugados.

—Tampoco ha hecho nada. Venimos de la Teatralnaya. Nos cuidábamos de nuestros propios asuntos.

—¿Y qué tal es la Teatralnaya? —El tono de compasión era evidente en su voz—. Es muy miserable, ¿verdad?

—Está muy bien.

—Por aquí se dice que habéis estado a punto de devoraros los unos a los otros. ¿Es verdad?

—¡Yulka! ¿Cómo puedes ser tan idiota? —intervino el hombre.

—Aquí nos va muy bien —observó Yulka—. La verdad es que nos importa una mierda cómo estéis. —Entonces vaciló y tuvo un instante de reflexión—. Os hacen esperar mucho por las setas, ¿no?

—¿Cómo que si esperamos?

—Sí, al final de la cola. ¿Qué número tienes?

—¿A qué cola te refieres? Si tienes dinero, compras setas y ya está.

—¿Dinero? ¿Quieres decir cupones de comida?

—Nosotros lo tenemos organizado así. No necesitamos dinero —intervino el hombre—. Aquí el que trabaja recibe comida. No es como en la Teatralnaya. Aquí los trabajadores están protegidos.

—Sí, claro —dijo Artyom.

—Si es por nosotros, podéis comeros vuestro dinero —añadió el hombre.

—Pero Andryusha, ¿por qué le echas la caballería a él?

Aparentemente, Yulka se sentía obligada a defender a Artyom.

—Nos han metido aquí a un cretino asqueroso. ¡Enséñale las tetas! —mascullaba Andryusha sin mirar a nadie, aunque obviamente hablaba para Artyom.

—¿Qué problema tienes con mis tetas? —respondió, sonriente, la mujer.

—No soy un agente provocador —dijo Artyom para sí mismo.

—No quiero que me cuentes nada —replicó Andryusha—. No me interesa.

Se quedaron en silencio. Artyom acercó un oído a la puerta. Todo estaba en silencio. Consultó el reloj. ¿Qué pasaría con Dietmar? ¿Aún confiaría en él? ¿Durante cuánto tiempo?

—Entonces, ¿vosotros no tenéis que hacer cola para que os den setas? —preguntó Yulka—. ¿Y cuántas os dan cada vez?

—Depende del dinero que tenga cada uno —explicó Artyom, y añadió, para que quedase claro—: Es decir, de los cartuchos que uno tenga.

—¡Qué locura! —comentaba Yulka, entusiasmada—. ¿Y si hay alguien que tenga el doble?

—¿Disculpa...?

—¿Si alguien tiene más dinero, le dan más setas?

—Sí.

—Son como los gusanos del tocino —dijo Andryusha—. ¿De dónde te crees que salen las setas que se comen? ¡Son las nuestras! ¡Las tuyas y las mías! ¡Nuestros niños pasan hambre mientras esos hijos de puta engordan!

—¡Pero si no pasan hambre! —le respondió la consternada Yulka—. De hecho, no tenemos niños.

—Lo decía en sentido configurado... quiero decir que es una manera de hablar.

Miraba fijamente a Artyom, con una expresión desesperada que daba a entender que habían cometido un error irreparable. Su rostro se tiñó de un rojo intenso.

—No hagas caso de lo que te dice, ¿eh? —le pidió Yulka a Artyom.

Este se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—¡Mejor que te preocunes de ti misma! —le ladró Andryusha a su mujer—. ¡Mala puta! Si no te hubieras puesto a decir idioteces, ahora estaríamos en casa. ¡Como si no hubieras aprendido de lo de los Yefimov!

—¡Pero si los Yefimov no dijeron nada, Andryusha! —susurró la mujer—. Se los llevaron porque sí. Jamás habían dicho ni una sola palabra contra... ya sabes.

—¡Pues entonces es que hubo otro motivo! —le respondió él, gritándole en susurros—. Seguro que sí. Cómo puede ser si no que se lleven así de pronto a alguien... y después a toda la familia...

Escupió.

—¿Cómo...? ¿Toda la familia? —preguntó Artyom.

—¿Y por qué no? Si tiene que ser...

—¿Y qué es eso tan terrible que he dicho? Que este año no tendremos suficientes setas. Que la cosecha del sovjós ha sido mala por culpa de la enfermedad... de ese moho blanco. Que vamos a pasar hambre. ¡Pero si lo dice todo el mundo! ¡No es que se me haya ocurrido a mí! Pero no, ha tenido que empezar a difamar... siempre la propaganda...

—¿Y a quién has ido a decírselo, pobre imbécil? ¡A Svetka Dementyeva! ¿No sabes qué clase de gente son los Dementyev?

—¡Dashka, la de los Dementyev, está siempre en la fábrica de conservas y actúa como si no entendiese nada!

—Exacto, está allí y no dice nada! ¡A uno también lo pueden detener por

una pequeñez! Como por ejemplo la Vassilyeva... ¿por qué? ¡Porque dijo «Señor no nos abandones», y con eso se crucificó! ¿Y por qué se llevaron a Igor Zuyev, del número 105? Porque en una pausa para fumar se le ocurrió contar que gentes de fuera habían llegado a la Cherkisovskaya.

—¿De fuera? ¿Qué quieres decir?

—Que no venían de Moscú. Sino de algún lugar en la superficie. De alguna otra ciudad. Y que parece que llegaron sin traje aislante. ¿Y de dónde sale esa historia? ¿Qué significa? Está claro que es un cuento. Dice que detuvieron enseguida a esa gente de otras ciudades, y en el mismo día... —Se pasó el dedo por la garganta.

—¡No te pongas a ti mismo como ejemplo! —le rogó la angustiada Yulka.

—Pero eso es un cuento, y es evidente, ¿no? ¡Vaya gilipollez! Los americanos de mierda acabaron con nosotros. Hasta un niño sabe que la única que ha sobrevivido es Moscú. ¡Cómo va a haber otra ciudad! Pero a Igor lo soltaron al día siguiente. Presidía Yudin, y Yudin es... habría que ser idiota de remate para que Yudin...

—¿De qué ciudad? —exclamó Artyom con súbito interés—. ¿De qué ciudad vinieron? Los que llegaron a la Cherkisovskaya...

—Ah, claro —le replicó Andryusha—. Ahora, por supuesto, voy a tener la amabilidad de contártelo a ti.

Artyom se apartó de la puerta, se acercó al hombre y se inclinó hacia él.

—Pero ¿te lo dije? ¿Te lo dije o no, el tal Igor...?

—Pues sí, me lo contó.

—¡Explícamelo todo ahora mismo! ¡Es importante!

Andryusha lo miró con una sonrisa malévolamente astuta.

—¡Mejor que antes delates al tío del que nos has hablado! ¿Es que todavía no tienes suficiente?

—¡Eres un cretino! ¡Dímelo de una vez! ¡¿De dónde eran?!

Artyom agarró al hombre por el cuello de la camisa, retorció la tela con el puño y lo empujó contra la pared.

—¡Déjalo en paz! ¡Déjalo! —le decía Yulka con voz trémula—. ¡Él no sabe nada! ¡Absolutamente nada! ¡Guardias! ¡Socorro!

—Todo eso son chorraditas.

—¡¿Y si no lo fueran?!

—Sí, bueno, ¡¿entonces qué?!

—¡Pues que podríamos marcharnos de aquí! ¡De la red de metro!

Andryusha, que aún no tenía los pies totalmente en el suelo, negó con la cabeza e hizo una mueca.

—¡Y tú te crees que si a esa gente de la superficie les fuera muy bien

vendrían a llamar aquí?

Artyom tomó aire para contestarle, pero no se le ocurrió ninguna respuesta.

—Déjame en el suelo —le dijo Andryusha—. Déjame en el mismo lugar donde estaba, gilipollas.

Artyom lo dejó en el suelo. Se volvió y se acercó de nuevo a la puerta.

Cuando ya estaba a punto de apoyar la frente en ella, se abrió de pronto.

—¡El de la Teatralnaya, que salga!

—Has perdido una oportunidad —le dijo Artyom a Andryusha.

—Si quieras, puedes preguntárselo a ellos —dijo el otro con voz ronca.

—Aquí lo tiene, camarada comandante. Este es el saboteador.

—¿Y no le han puesto esposas? Sería preferible.

Se oyó el clic.

—Aunque esté dispuesto a confesar... tendría que venir siempre con las esposas puestas —explicaba el camarada comandante en el umbral de su despacho—. Puedes llamarme Gleb Ivanovich. ¿Quién eres?

Artyom ya sabía que su nombre era Gleb Ivanovich. Lo había reconocido por su voz ronca y profunda. Y por los zapatos con cordones.

—Fyodor Kolesnikov.

Ese era el nombre que figuraba en el pasaporte del stalker difunto.

—Bueno, explícame todo, Fyodor.

Gleb Ivanovich era un hombre fuerte y robusto, de una raza vigorosa. Su frente alta delataba la llegada de la calvicie. Sus labios eran rojos y carnosos. Al igual que Artyom, no era muy alto, pero lo duplicaba en anchura y debía de cuadruplicar su fuerza física. La chaqueta de uniforme que llevaba no se podía abrochar, la corbata era demasiado corta para su cuello de toro, y el bulto que se distinguía en cierta parte de sus pantalones era prominente.

Gleb Ivanovich se sentó en el escritorio y dejó en pie a Artyom.

—Han arrestado a un inocente.

El comandante lo escuchaba.

—¿Quién es ese inocente?

—Umbach. De la Teatralnaya. No ha hecho nada. Todo ha sido una confusión.

—Pues entonces, ¿a quién deberíamos haber arrestado?

—A otro.

El comandante perdió de inmediato todo interés.

—Pues vaya. ¿Y has venido aquí a salvarlo?

—No es ningún saboteador. Es un técnico que trabaja en el teatro. Nada más.

—Pero ha confesado.

—Se lo... se lo ha inventado. Ha querido cargar con la culpa.

—Eso es su problema. Ahora mismo disponemos de una confesión firmada.

—¿Y qué sucederá ahora?

La habitación era grande pero sencilla, casi espartana. El suelo era de linóleo. Empezaba a levantarse por los bordes. En un rincón había una caja fuerte cuadrada, de color gris. La mesa parecía de un material más noble. Seguramente procedía de un saqueo. El obligatorio retrato doble de perfil era visible en la pared. Nada más.

No... un momento...

Se oía un tictac. Artyom miró a su alrededor. Había un reloj a su espalda, sobre la entrada. Lo había visto hacia poco... en un lugar totalmente distinto. Un modelo sencillo, una circunferencia de cristal en un marco de plástico azul. La esfera representaba un escudo, una espada lo cruzaba, y una línea en letras mayúsculas separadas por guiones: VChK - NKVD - MGB - KGB...

Eran las diez menos diez.

—¿Alguna cita, Fyodor? —le preguntó el comandante con una sonrisa burlona—. ¿Tienes miedo de llegar tarde?

—Un reloj interesante.

—Un reloj práctico. Y me recuerda que todavía tengo otras cosas por hacer. ¿Me has dicho todo lo que tenías que decirme, Fyodor? Si no te importa, podemos seguir más tarde.

—Tengo que hablar con él.

—Lo siento, pero eso no podrá ser. ¿Qué relación existe entre vosotros? ¿Sois parientes? ¿O colegas de trabajo?

—¿Qué es lo que ha confesado? No es ningún saboteador. Ni siquiera ha estado en el Reich. Ustedes no lo buscaban a él, sino a otro.

—Ah, no, Fyodor. Lo buscábamos a él. A Pyotr Sergeyevich. Toda esta historia no tiene nada que ver con el Reich. Sino con esto.

El comandante agitó un papel manchado.

—Órdenes. Del comité central del Partido. Y el comité central nunca se equivoca.

Entonces, ¿no era a él, a Artyom, a quien buscaban? ¿Acaso Umbach era culpable de alguna otra cosa?

—¿Lo dejamos aquí? —Gleb Ivanovich se puso en pie—. Mi siguiente cita era a las diez en punto.

Se acercó a la caja fuerte y manipuló el cerrojo. Este crujío al abrirse. El comandante sacó un revólver de color gris muy oscuro, de un brillo mate, cubierto de araÑazos por el uso.

Entonces Artyom se dio cuenta de cuál era la cita a la que tenía que acudir

el comandante.

—¿Y qué...? —preguntó entonces con la garganta seca—. ¿Qué va a ocurrir con él? Con Pyotr Sergeyevich.

—Pena capital —anunció el comandante—. Bueno, Fyodor, hasta mañana. Seguiremos hablando. Presiento que la conversación será larga. Hay algo que quieras decirme, pero todavía no te sale. Tendría que hacerte hablar hoy mismo, pero tengo el día muy ocupado. El trabajo me llama.

Volvió a meter las manos en la caja fuerte. Abrió un cajón y sacó un puñado de cartuchos de cobre. Lo dejó caer sobre la mesa. Abrió el tambor del revólver y empezó a meter en su interior la muerte de cabeza chata. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. Todavía le quedaban.

—¡No puede matarlo! —gritó Artyom—. ¡No puede matar a Umbach!

—¿Por qué no?

—Tiene conocimientos... es radiotelegrafista. Y sabe algo...

—Sabemos muy bien lo que él sabe —le dijo el comandante en tono tranquilizador—. Nadie tiene secretos para nosotros. Ahora márchate y duerme. Me... esperan.

Gleb Ivanovich se rascó por encima de la bragueta de los pantalones, que en aquel momento abultaba, y se desperezó voluptuosamente.

—¡No tiene usted ni idea! Ese hombre ha conseguido información valiosa... Él... —Artyom se mordió los labios y sopesó por última vez sus palabras—. ¡Ha encontrado supervivientes! ¡Y ha contactado con ellos! ¡Con otros! ¿Lo entiende usted? ¡Con otros supervivientes! ¡Que no están en Moscú!

Miró directamente al rostro amplio e inexpresivo del comandante.

No se movió ni un músculo.

—Vaya idiotez.

Entonces, de pronto, la sombra de una sonrisa afloró a los labios de Gleb Ivanovich. Se pasó la mano por los cabellos. En su rostro había una mirada soñadora. Había estado esperando que llegara la noche, las diez en punto, y lo que iba a venir después...: la cita con una pelandusca en faldita de ballet. Y en aquel instante no quería pensar en otra cosa.

Artyom levantó las manos esposadas.

—¿Y si hubiera otros lugares donde se puede vivir? ¿Si no fuera necesario que nos quedáramos en el metro... hasta el final... qué pasaría entonces? ¡Y él... él... puede que lo sepa!

El comandante sopesó el revólver con las manos, cerró un ojo y utilizó la mira para apuntar a la mesa.

—Es una pieza de gran calidad —dijo, pensativo—. Seguro que hace cien años se empleó para matar seres humanos. Y sin embargo... no existe un arma

más segura que la Nagant. Sobre todo para este tipo de tareas. Nunca se encalla, ni se recalienta.

—Oye, ¡¿me estás escuchando?! —La rabia obnubiló a Artyom—. ¡¿O quizás sabes algo?!

—Bueno, ya basta. ¡Guardia!

—No, no basta. Si lo matas ahora, jamás podremos saber nada... ¡jamás!

—¡Guardia! ¡Entra de una vez, joder! —ladró el comandante en dirección a la puerta.

—¡Jamás! Pyotr Sergeyevich es el único, ¿lo entiendes? ¡Nadie más lo ha conseguido! Ha interceptado una señal, ha contactado... ¡no tienes derecho a matarlo!

—¿Que no tengo derecho?

—¡No, no tienes derecho!

—¿Por una información valiosa?

—Sí.

—¡Por unos supervivientes!

—¡Sí, por unos supervivientes!

—Bueno, vale, pues acompáñame.

El comandante agarró a Artyom por el hombro. Su fuerza parecía más propia de una prensa hidráulica. Abrió la puerta con el pie y lo sacó al pasillo. Un guardia vino corriendo, angustiado y aterrorizado. Llevaba en la mano un cigarrillo a medio liar. Pero el comandante lo apuntó al rostro con el cañón bruñido de su revólver e hizo que se apartara.

Se sacó un manojo de llaves del bolsillo, introdujo una de ellas en el cerrojo de una de las puertas y la hizo girar con dificultad. Entonces abrió de golpe y empujó a Artyom al interior de la celda. Allí había siete personas sentadas, todas ellas pálidas y sudorosas.

—¡Umbach!

—¡Soy yo!

Pyotr Sergeyevich, el de la barba larga, se puso en pie. Miraba con ojos interrogadores e inquietos. Se había ensuciado por todas partes con un líquido marrón que ya se estaba secando. Tenía el puente nasal aplastado y los labios heridos. Se mantenía con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás para que no le sangrara la nariz.

Fue como si una sombra le cubriera el rostro. ¿O tal vez una mancha de luz? ¿Qué podía esperar?

El comandante levantó el revólver, lo acercó a la frente de Umbach, y entonces Artyom sintió como si le hubieran golpeado los oídos con un martillo, y unas gotas rojas y menudas saltaron en todas direcciones, sobre su mano, su

rostro, su chaqueta. El cuerpo de Umbach perdió toda firmeza y se desplomó en el suelo como un saco de arena. Los otros presos de rostro pálido se cubrieron los oídos, una vieja chilló. La pared había quedado cubierta de gotitas brillantes. Uno de los guardias de la prisión metió la cabeza por la puerta, soltó una palabra inaudible e hizo una pregunta igualmente inaudible. Un silbido estridente ocultaba todo lo demás.

El comandante agarró a Artyom por el hombro, lo sacó al pasillo y cerró la puerta de golpe. Luego gritó para hacerse oír a pesar del silbido:

—¿Quién es el que no tiene derecho? ¿Yo? ¿Que yo no tengo derecho?
¡Mira el pajillero este! ¡¿Tú te crees que hay algún derecho que yo no tenga?!

Todo daba vueltas. Artyom sintió acercarse el mareo.

Se lo volvió a tragar. Lo guardó dentro de sí. En aquel instante, vomitar habría sido una señal de debilidad.

—¡Sacad a los condenados a muerte! ¡Todos los que podáis! —La orden que el comandante le había dado al guardia apenas si se oyó a causa del silbido
—. ¿Cuántos son?

—Siete, si contamos a Umbach.

—Los justos para un cargador. ¡Y de paso limpiad la celda!

Gleb Ivanovich dio un paso adelante y se quedó frente a los ojos de Artyom. A los soldados que salían a toda prisa del cuerpo de guardia les dijo:

—¡Este vendrá conmigo!

Volvieron al despacho del comandante.

—Y me dices que no tengo derecho. ¡Pues claro que lo tengo! ¡Más que un derecho es una obligación! Tengo que pegaros un tiro. En público. Las ejecuciones públicas son útiles. Si no las haces, todo el mundo acaba por creerse que tiene posibilidades de convertirse en un gran héroe. ¡Joder! Como si tuvieran que protagonizar una película. Pero así todo el mundo se da cuenta de lo poco que se tarda en transformar a un hombre en un saco de mierda. ¡Clic! Y se acabó. ¡Así inculcamos modestia!

Agarró un cartucho que había quedado olvidado sobre la mesa y se lo puso debajo de la nariz a Artyom.

—Mira. Este es para ti. Si te digo la verdad, quería encargarme de ti con toda la calma mañana por la mañana. Quería encargarme de tus fantasías. Pero has tenido que trepar a las barricadas.

Abrió el tambor y metió dentro el cartucho que tenía reservado para Artyom.

—¡Ahora estás en la hilera después de los demás!

—No. —Artyom negó con la cabeza. Sentía un zumbido en los oídos—.

¡No!

—¡Entonces, habla!

—Hoy... ahora mismo... el Reich... la Teatralnaya...

—¡Habla, subnormal!

—Umbach... era su agente. Era... Yo tenía que... sacarlo de allí. Yo también soy... soy un saboteador.

—Tú lo que eres es un tío con mucha labia...

—Espera. Espera. Lo que dije sobre Umbach era mentira. No me matéis. Voy a decir la verdad. Juro... que ahora mismo hay... dos grupos. Están colocando minas en los pasillos.

Entonces, por fin, Gleb Ivanovich se volvió hacia él.

—¿Para qué?

—Para tomar la Teatralnaya.

—¿Y luego?

—Han apostado brigadas de asalto en los túneles. Están listas para atacar. Y tienen dos equipos de sabotaje en la Teatralnaya. Quieren hacer saltar por los aires los pasillos que llevan hasta ella. Y en cuanto hayan aislado la Teatralnaya... se presentarán en cinco minutos.

—¿Y Umbach? ¿Qué pinta en todo esto?

—Es radiotelegrafista. Era él quien tenía que recibir la señal para ponerlo todo en marcha.

—¿Y tú?

—Trabajaba con él. Como contacto.

—¿Quién dio la orden? A ti, personalmente... ¿quién te la dio?

—Dietmar.

—Sé quién es.

Era como si el comandante, de pronto, se hubiera quedado petrificado. El reloj que colgaba sobre la cabeza de Artyom contaba los segundos: tictac, tictac, tictac. Era un reloj idéntico al del comandante de la Hansa. Solo que la serie de abreviaturas terminaba de otro modo. Se interrumpía antes de tiempo.

—Pero ahora estás aquí. Con nosotros. Y Umbach también. Eso quiere decir que todavía están esperando vuestra señal. ¿Cuánto tiempo van a esperar?

—Teníamos que avisarlos antes de que terminara la representación teatral. Si esperamos más... enviarán a alguien a ver cómo está todo. Y después, en cualquier caso, atacarán.

Tictac, tictac. El comandante enarcó las cejas.

—¿Serías capaz de identificar a los demás? ¿En los dos grupos?

—A sus oficiales sí.

—¿Y estarías de acuerdo en ayudarnos?

Artyom asintió. Un asentimiento tenso, casi oxidado.

—No podremos reunir a nuestra gente con tanta rapidez... —dijo el comandante—. Tenemos que ganar tiempo.

Artyom tenía en la punta de la lengua una propuesta, pero temía que el comandante, al oírla, hiciera justo lo contrario. Tenía que llegar por su cuenta a esa misma idea. «Piensa, piensa, comandante. ¡Venga!».

—¿Y si nos marcáramos un farol? ¿Si los informáramos de que los dos grupos han sido identificados?

—¿Cómo? No vamos a poder.

Artyom habría querido cerrar los párpados, esconderse, ocultar sus pensamientos, con tal de que el comandante no descifrara su indicación, su ruego. Pero se obligó a sí mismo a abrir los ojos, como para permitir que Gleb Ivanovich se adentrara en lo más íntimo de su ser. Y ciertamente, este había penetrado a través de las pupilas de Artyom, le había arañado la córnea, había dado tumbos por todo su interior y lo había ensuciado todo con las menudas gotas de sangre de Pyotr Sergeyevich.

Finalmente, tomó una decisión.

—¿Tienes contraseña y respuesta para llamar por radio?

Artyom bajó la cabeza en silencio y volvió a enderezarla, con cautela, para evitar que el comandante cambiara de opinión, porque esa era la única opción que le quedaba para salvarse.

—Vamos.

Artyom se marchó con el comandante por el pasillo, pasaron frente a la celda, que ya estaba abierta. Los condenados a muerte miraban al suelo, o se habían vuelto hacia la pared, y con el cuerpo agarrotado trataban de esconder el alma entre los azulejos, o debajo de los bordes levantados del linóleo. Artyom y el comandante llegaron a una sala en cuya entrada se leía: «Radio».

Un radiotelegrafista demacrado, con labio leporino, se puso firme. Una mesa con teléfono, cajas verdes con interruptores e indicadores, auriculares...

Un soldado se plantó junto a la puerta. Alguien le dio una patada a Artyom empujándolo en dirección al aparato de radio. Pero Gleb Ivanovich fue el primero en descolgar el auricular y pulsar las teclas, que hacían pip cada vez que las apretaba.

—Hola. Svinolup al habla. Sí, Svinolup. Pónganme con Antsiferov.

Artyom sintió que le daba vueltas la cabeza. Además de los relojes idénticos, se repetía aquel apellido extraño y ridículo. No podía ser una casualidad.

El otro era Boris Ivanovich. Este, Gleb. El patronímico era el mismo. No se parecían mucho. Y sin embargo, Artyom creyó enseguida en ello, aunque la idea fuera descabellada.

—Sí, camarada general. Un agente ha confesado. Dice que el Reich está a punto de asaltar la Teatralnaya. Lo hará en cualquier momento.

La voz. Por eso Artyom había reconocido enseguida la voz cuando estaba escondido bajo el escenario. Las voces de los dos hermanos eran casi idénticas. Habían utilizado aquella voz para decir cosas muy distintas, habían empleado palabras distintas para formar frases distintas. Vestían uniformes distintos, sus respectivos relojes se habían detenido en épocas distintas. Pero su voz parecía la misma.

Gleb debía de ser el de más edad. Por lo menos, eso era lo que parecía. Entonces, Boris había ascendido con mayor rapidez por el escalafón. Artyom se puso a pensar en la historia que habría detrás. En vez de preguntarse si el hilo que lo sostenía sobre el abismo acabaría por romperse. ¿Cómo era posible que los dos hermanos hubieran alcanzado el mismo rango pero lucharan en bandos distintos? ¿Tenían noticia el uno del otro? Lo más probable era que sí. No podía ser de otro modo. ¿Luchaban entre sí? ¿Se odiaban? ¿Trataban de matarse? ¿O todo era un juego?

—¿Cuento con su autorización? Desde luego. ¿Y nos va a mandar refuerzos...? Sí. De acuerdo. No hemos empezado nosotros. No veo ninguna otra... A la orden. Queda todo entendido.

Artyom aguardaba en silencio. No pensaba nada más para no alejar con el humo de sus pensamientos el ave mágica de la suerte que se le había posado sobre el hombro. La probabilidad había sido de una entre mil.

—¿Qué tipo de frecuencia?

El radiotelegrafista de labio torcido se sentó frente al aparato y Artyom le dictó la frecuencia. Empezaron a buscar. Artyom tuvo que ponerse el auricular sobre una sola oreja, mirando hacia la otra persona que estaba en la habitación.

—¿Ha enfocado las antenas hacia arriba? —preguntó—. ¿Qué tal se recibe desde aquí?

—Concéntrate en lo tuyo —le aconsejó Svinolup—. Déjanos el resto a nosotros.

—Pero ¿alguna vez... nunca... nunca se han recibido señales de otras ciudades?

El radiotelegrafista negó con la cabeza, como si la pregunta se hubiese dirigido a él.

—No hay más ciudades, muchacho —dijo el comandante—. Olvídate de eso.

—Pero vinieron unas personas... había unas personas de otras ciudades... que llegaron al metro.

—Eso son cuentos.

—Y los hicieron desaparecer. Su gente los hizo desaparecer.

—Todo eso son cuentos.

—Y los que dijeron algo al respecto...

Gleb Ivanovich entrecerró los ojos. Dio un golpe sobre la caja de metal con el cañón del arma.

—¡Porque no tenían derecho a difundir mentiras, maldita sea! ¡Hemos sobrevivido aquí abajo... y punto! ¿Cómo es que las gentes andan tan confundidas? Mejor les iría si soñaran en lo que les hemos anunciado. Que vamos a conquistar la Hansa, fusilaremos a todos los oligarcas y entonces el comunismo se impondrá en todo el metro. Y cada uno recibirá las setas que le correspondan. Todo funcionará bien. Aquí abajo. Entre nosotros. Nuestro deber es amar a la patria, ¿lo has entendido? Si valemos algo, es por el sitio donde hemos nacido.

—Yo nací allí arriba.

—¡Y vas a morir aquí abajo!

Svinolup le dio una palmada en el hombro y se rio estentóreamente. Era su primer chiste.

Una voz emergió de la sopa de ondas. El comandante le hizo una señal con la cabeza a Artyom y, a modo de estímulo y advertencia, le acercó el cañón del revólver a la sien.

—Dietmar al habla.

—Soy el stalker.

—¡Ah! El stalker. ¿Cómo va todo?

—Los lirios de los valles florecen.

—Entonces es primavera. El cañón del revólver, frío y metálico, acariciaba la oreja libre de Artyom. Directo en el oído. Alguien se había puesto nervioso y quería asegurarse de que no le tomaran el pelo.

—A mí me gusta más el invierno.

—Pues entonces búscate una guardia.

Artyom trató de mirar de reojo a Svinolup, pero el revólver se lo impedía. Habría podido contar en voz baja, pero no lo consiguió. Sintió el arañazo del cañón que se le metía en el oído y se lo taponaba.

—¿Qué gilipolleces estás diciendo? —masculló el comandante a través de la boca del arma, directo al cerebro.

—Interrumpid la operación —decía Artyom—. Dietmar, interr...

Y entonces... al cabo de un segundo...

¡Crajj!

Sintieron una fuerte sacudida, el techo se resquebrajó, una nube de polvo descendió desde lo alto y lo llenó todo, la luz parpadeó y se apagó, y ya no se vio

ni se oyó nada.

Artyom había aguardado aquel instante. Había estado esperando.

Se apartó de golpe, agarró el arma con las manos esposadas, la arrancó de unos dedos gruesos que se habían quedado flojos y saltó a un lado.

La luz parpadeó y se volvió a encender.

El soldado estaba tendido en el suelo. Le había caído encima un trozo de hormigón.

Svinolup había sufrido el impacto de cascotes más pequeños. Estaba ensangrentado y trataba de orientarse a tientas. El radiotelegrafista seguía sentado frente a su aparato no comprendía nada.

Se oían pisadas y gritos, como a través de algodón.

Por fin, Svinolup vio a Artyom.

—¡Las manos! ¡Ponlas donde las vea!

El comandante las levantó poco a poco. Sus ojos iban de un lado para otro. Ya estaba pensando cuál sería la mejor manera de cargar contra Artyom.

—¡En pie! ¡A la salida! ¿Tendré que esperar mucho? ¡Venga, camina!

Artyom tenía la Nagant en las manos y no le resultaba cómoda. La sentía extraña.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Svinolup, sin apenas moverse de donde estaba.

Por supuesto que lo hacía a propósito, el muy cerdo.

Artyom empezó a tirar del gatillo. Le costaba. El gatillo se movió, empezó a retroceder.

—¡En pie! ¡Ponte en marcha!

—¿Dónde ha sido la explosión?

Tiró del gatillo. Se oyó un nuevo trueno, pero no tan doloroso como en la celda, cuando había matado a Umbach. De todos modos ya estaba medio ensordecido. Svinolup se agarró el hombro derecho con la mano izquierda. Por fin obedeció y se puso en pie. Salió entre los guardias y echó una mirada fuera, al pasillo.

Allí se afanaba otro guardia, indudablemente herido. Trataba de empuñar el fusil ametrallador. Pero Artyom, sin apuntar apenas, le disparó a algún punto en la barriga y apartó el arma de una patada.

—¿Quién tiene la llave? ¡La llave de las celdas! ¿Quién la tiene?

—Yo.

—¡Abre! ¡Ábrelas todas! ¿Dónde está el... el que contaba mentiras sobre unos supervivientes? ¡Zuyev! ¿Dónde está?

—Ese ya no está. Lo enviaron a la Lubyanka. Para interrogarlo. ¡Ya no está!

—Vamos para allá. ¿Dónde está mi celda? ¿Es esta de aquí? ¡Ábrela!

El comandante buscó sin decir nada entre las llaves de su manojo y abrió la puerta. Yulka, la maquillada, y el gruñón sin afeitar se habían quedado del color del yeso.

—¡Salid de aquí! ¡Nos marchamos! Svinolup hizo una mueca de burla.

—¿Adónde? —preguntó Andryusha.

—¿Adónde? ¡Lejos de aquí, a la libertad!

—No iréis a ninguna parte —dijo Svinolup.

—¡Escaparemos de esta línea! ¡Os voy a sacar de aquí!

Yulka callaba. El hombre parpadeaba con los ojos cubiertos de polvo. Logró recobrar la calma y respiró hondo. Y entonces... no, no gritó, sino que chilló:

—¡Fuera de aquí, malnacido! ¡Puerco antisistema! ¡Desaparece de aquí! ¡Nosotros no nos vamos! ¡Vivimos aquí! ¡Aquí!

—¿Lo entiendes ahora? —preguntó Svinolup con una sonrisa—. Eso es verdadero amor a la patria.

—¡Pero si os iban a fusilar! ¡Lo había ordenado este tío! ¡Svinolup!

—¡Que te den por culo! ¡Y tú siéntate, Yulka! ¿Qué haces, imbécil, cómo se te ocurre levantarte?

—Muy bien —dijo Svinolup—. Eso está bien. Y tú, muchachito...

Una rabia ciega se adueñó de Artyom.

—¡A la celda! ¡Métete dentro! ¡Te tienen miedo! ¡Y ahora dame las llaves! ¡Ya está! No va a poder salir de aquí, ¿os ha quedado claro? ¡Mirad, ahí lo tenéis! ¡Ahora nos vamos! ¿Cómo te llamabas? Andrey. Quiero sacaros de aquí, ¿no lo entiendes? ¡Ponte en marcha! ¡No tenemos más tiempo!

Pero entonces la propia Yulka siguió el ejemplo de su hombre.

—Nos quedamos aquí.

—¡Eres idiota, Fyodor! —se reía Svinolup—. Qué simplón llegas a ser... ¡Pero si no son más que un par de ovejitas! ¡Sumisos y buenos chicos! ¿Adónde quieres que huyan?

—¡¿Cómo que ovejitas?!

—¡Y sumisos! ¡Vas a verlo!

Svinolup le levantó el vestido a Yulka, le bajó violentamente las medias y las bragas, y dejó al descubierto el bosquecito pelirrojo. Lo único que hizo Yulka fue cubrirse la boca con la mano.

—¡¿Lo estás viendo?! —le gritó Svinolup a Andryusha—. ¡¿Lo estás viendo?! ¡¿Por qué te quedas parado como si fueras subnormal?!

Agarró con toda la mano el culo flácido de Yulka. Luego se la metió entre las piernas y la toqueteó.

—¡¿Por qué te quedas parado?!

Andryusha miraba al suelo.

—¡Eres una mierda! —Svinolup le arreó una bofetada con la mano izquierda, con tanta fuerza que lo derribó al suelo—. ¡Vete de aquí! ¡Márchate! ¡Y llévate a tu zorra! ¡¿Vale?!

Andryusha se arrastró hasta el banco, se sentó y se sostuvo el rostro con ambas manos.

Yulka lloraba en silencio. El maquillaje se le corría por las mejillas.

—¡No te va a seguir nadie!

—Eso es mentira, hijo de puta. ¡Es mentira!

Alguien venía corriendo por el pasillo. Se oía el estruendo de sus botas. ¿Serían ya los refuerzos? Artyom disparó en aquella dirección, aunque el polvo le impidiera ver nada. Alguien se dobló por la cintura, se ocultó, o tal vez murió.

¿Dónde estaban los condenados a muerte?

Llegó a la celda con un par de Zancadas. La puerta estaba abierta del todo. No se veía a ningún guardia. Seguían allí, todos en pie. Los seis. Dos mujeres y cuatro hombres.

—¡Huid! ¡Seguidme! ¡Voy a sacaros de aquí!

Ninguno de ellos lo creyó. Nadie se movió.

—Si os quedáis os matarán... os llevarán al paredón! ¿Qué os pasa? ¿De qué tenéis miedo? ¿Qué podéis perder?

Ni una respuesta.

Svinolup venía tambaleándose por el pasillo. Se olía la mano, sonriente.

—Ovejitas. O-ve-ji-tas. Todos ellos lo han intentado. Y han visto en qué acaba el intento.

—Grandísimo cerdo...

—Tranquilízate y abre todas las celdas. Venga, muchacho. Libéralos. Ahora tienes las llaves y un arma. Te has erigido en amo y señor del lugar. ¿O no?

—Cierra el pico.

Svinolup se abalanzó sobre él, sucio, enorme, terrible, y Artyom, sin darse cuenta, dio un paso atrás, y luego otro.

—No te va a seguir nadie. Me cago en tu libertad. Me cago en ti, héroe, libertador.

—¡Había ordenado vuestra ejecución! —les gritaba Artyom a los condenados—. ¡Venga! ¡Salid de aquí!

—¿No podría ser que nos indultaran? —murmuró uno de ellos—. Después de todo, aún estamos aquí, no nos hemos escapado.

—¡Podría ser! —confirmó Svinolup—. ¡Todo es posible! ¿Ahora lo entiendes, imbécil de mierda, desgraciado? ¿Lo has entendido por fin?

Artyom le disparó al pecho, disparó al centro de aquel ser humano. La bala

se quedó en su interior, Svinolup se tambaleó y volvió a reírse. Y Artyom le disparó otra bala con aquel revólver extraño, inseguro. Esta vez al vientre. No se sintió capaz de dispararle a la cara. No podía mirarlo a los ojos. A sus ojos orgullosos, audaces, altivos.

Entonces Svinolup se cayó al suelo, aunque de mala gana.

—¿Y ahora? —repitió Artyom—. ¡Ahora ya no está! ¡Vámonos!

—Él ya no está —respondió alguien en voz baja—. Pero hay otros. ¿Y adónde vamos a huir? Aparte de esto no hay nada.

Arriba se oían gritos, se ladraban órdenes. No tardarían en bajar.

—¡Pues entonces quedaos! —bramó Artyom—. ¡Y morid aquí! Si es eso lo que queréis...

Se metió el cañón del revólver bajo los pantalones, agarró el fusil ametrallador del soldado muerto, trató de encontrar la llave de las esposas, pero oyó unos pasos rápidos que ya se acercaban. Disparó una salva con el fusil ametrallador, corrió por el pasillo sin sufrir ningún daño, trepó por la escalera y salió a la sala central.

Allí todo era humo, suciedad y caos.

Sin embargo, la orquesta seguía tocando alegremente, como en el *Titanic*.

La mina había estallado en el lugar donde Artyom la había puesto, en el extremo inferior de la escalera mecánica, al otro lado de la puerta. Justo encima de las celdas. Sin embargo, el techo de estas no se había derrumbado. Al contrario: la explosión, de acuerdo con lo que se esperaba, había reventado la puerta.

Por fortuna, la estación no se hallaba a una gran profundidad, y la señal había llegado hasta allí. Y también por fortuna, Dietmar no había confiado en su mercenario. La mina que le había entregado no tenía temporizador, sino que funcionaba por control remoto.

Llegó al boquete, se abrió paso a empujones entre el personal médico que corría de aquí para allá, cubierto de polvo... y empezó a subir a saltos por la escalera mecánica.

No se le había ocurrido a nadie más.



11

DERRROTA

Alguien le grita algo mientras sube por la escalera mecánica. Pero Artyom no se vuelve ni una sola vez. ¿Y si resulta que no se atreven a pegarle un tiro en la espalda y quieren dispararle a la cara?

Llega a las taquillas y las barreras de la entrada, el mismo lugar donde inició su descenso al teatro.

Abajo se oye un estrépito sordo. Suena como si en las profundidades, debajo del propio metro, la tierra perforada por los seres humanos se desbordara de golpe, como si la lava devorase su delgada corteza para inundar una estación tras otra, un túnel tras otro. Así es como suena. En la realidad, ha estallado una guerra en la Teatralnaya. El propio Artyom dio la señal para que empezara.

Quizás vayan a morir el idiota del director de escena y su promiscua actriz estrella. Quizá estén muriendo en este mismo instante. Artyom, por el contrario, todavía vive.

Se sienta en un lugar, y luego en otro, sobre los fríos escalones, aunque debería marcharse antes de que la guerra suba hacia lo alto, antes de que el cráter que bulle al pie de las escaleras se desborde y lo abrase.

Todavía no puede marcharse. Tiene... tiene que esperar un poco. Después de Umbach. Después de tantas intrigas. Después de Svinolup. Después de los condenados a muerte en las celdas. Y nuevamente, después de Umbach. Pasar tan solo un instante allí, sentado en el suelo gélido. Escuchar los ecos de lo que ocurre allí abajo, que ya no va con él.

Se acuerda de las esposas. Manipula las cerraduras hacia un lado y a otro con una pequeña llave y consigue abrirlas.

Siente un temblor. Pero luego se le pasa. Deja atrás las barreras de la entrada y sube hasta la salida. Empuja la puerta.

Y solo entonces, cuando el viento le acaricia el pecho, las piernas, las mejillas, se da cuenta: no lleva puesto el traje protector. ¡Está en la superficie... sin protección!

No puede ser. De ningún modo. Ya ha respirado bastante porquería.

Corre en torno al edificio con la esperanza de encontrar al verdadero Fyodor Kolesnikov. Fyodor había salido con mucho material útil. Por ejemplo, con un traje aislante.

Pero Fyodor ya no está en el mismo lugar que antes. Alguien se lo ha llevado con todas sus pertenencias. Y Artyom ha salido a la superficie con pantalones y chaqueta, sin protección, desnudo.

Qué extraña sensación. ¿Cuándo fue la última vez que salió sin equipo? Con cuatro años. El día en el que su madre entró en el metro llevándolo del brazo. Pero Artyom no recuerda aquel día. Se acuerda de otro día, de un helado, de los patos de un estanque, de los vistosos dibujos trazados con tiza sobre el asfalto. ¿Le había acariciado el rostro un viento de mayo igual de juguetón? ¿Le había cosquilleado en las rodillas? ¿O no?

Entonces el viento cobra fuerza. Desciende del cielo sobre Artyom, recorre cantando los callejones que se ocultan tras fachadas ostentosas, viene contra él, le baña el rostro. ¿Qué es lo que trae consigo?

Un objeto pesado se le escurre por los pantalones, le araña la pierna, se queda atrapado bajo la tela, se agarra a Artyom, como un parásito a su huésped, hasta que por fin golpea el pavimento.

El revólver negro.

Artyom se agacha y lo recoge. Lo contempla, lo siente. Un arma peculiar.

Parece magnetizada. Le resulta difícil soltarla. Y le duele agarrarse a ella.

Levanta el brazo y lo arroja en dirección al Kremlin. Y tan solo en ese instante el arma deja en libertad a Artyom. Solo en ese momento lo deja marchar.

El joven se estremece.

Tiene que echar a correr con el cuerpo pegado a las casas, en dirección al restaurante donde uno de los stalkers yace sin vida bajo una mesa, el que tuvo inteligencia suficiente para salir de la calzada y tratar de ocultarse de sus perseguidores. Tendrá que desnudar en un instante el cadáver hinchado y ponerse el traje, distendido, sobre su cuerpo, respirar el aire que aquel hombre ya no puede respirar y contemplar la calle Tverskaya a través de su máscara de gas. Tiene que hacerlo si quiere sobrevivir, si quiere vivir.

Pero Artyom no puede. No tiene derecho a contemplar la ciudad a través de un cristal humedecido con saliva. Ni de respirar el polvo a través de filtros.

«Vivir». Lo que ahora significa para él esa palabra —por lo menos durante un tiempo muy breve, durante media hora, durante diez minutos— es esto: caminar por las calles a medianoche con ropa normal, sin necesidad de embutirse en un traje de goma asfixiante, igual que se había paseado de la mano de su madre hará veinte años. Como caminaban todos los seres humanos hará veinte años.

O como debían de caminar hace veintisiete años, quizás en una noche semejante, quizás en la misma calle, la madre de Artyom, todavía joven, y seguro que hermosísima, agarrada del brazo de su futuro padre, un hombre sin nombre. ¿Quién era? ¿Qué pudo decirle? ¿Por qué desapareció? ¿Cómo sería Artyom si su padre se hubiera quedado?

Artyom se había acostumbrado a odiarlo, sin más motivo que la idolatría que había sentido por su madre. Pero Sukhoy no había logrado llenar el hueco que su padre había dejado. Y aparte de él no había nadie más que pudiera intentarlo.

Pero en este instante...

En este instante, Artyom se imagina que aquel hombre camina junto a su madre. Camina de manera ordinaria, va agarrado del brazo cálido y vivo de su madre y le habla de todas las cosas imaginables. Y respira igual que Artyom respira ahora. No por un tubo lleno de pliegues, ni siquiera por la nariz, sino con todo el cuerpo, por todos los poros. Y también la escucha a ella, a la muchacha, con todo su cuerpo, como se suele escuchar cuando uno empieza a caminar al lado de otro, con prudencia, tanteando.

Su padre era un hombre que vivió, igual que su madre. Artyom lo entiende ahora. Vivió igual que él vive ahora.

Y en estos instantes, Artyom está muy vivo.

Hace un momento que ha mirado a los ojos a una muerte inevitable, ha llegado a ver la bala elegida para poner fin a su vida, y la muerte ajena lo ha salpicado, como prueba de que los seres humanos pueden morir, y mueren una muerte instantánea, imbécil y totalmente desprovista de sentido.

Pero ahora... ahora está vivo. Nunca había vivido tanto, nunca había vivido tan de verdad como ahora. Algo empieza a ensancharse en su interior. Es como si hubiera tenido el corazón cerrado sobre sí mismo, como un puño, y ahora se abriese.

Es como si su agarrotamiento cediera.

Por lo menos un poco. Por lo menos es capaz de imaginarse a su padre caminando al lado de su madre. Y no siente ningún deseo de intervenir, de meterse entre ambos, de apartar al hombre de la mujer.

Que se paseen tranquilos en su tiempo, hace veintisiete años, que respiren en paz, como Artyom respira ahora. Que se alegren el uno al otro mientras puedan. Para que Artyom pueda llegar al mundo en paz. Aquí, en la superficie.

Es como si la vida bajo tierra tan solo hubiera sido una pesadilla, una fiebre tifoidea prolongada, un pantano viscoso, y ahora empezara lo verdadero, lo real.

El viento le hace creer que le aguarda una maravilla. Que el instante más magnífico de su vida aún no ha llegado.

Artyom cruza la calle Tverskaya. Sigue adelante.

Despojado de toda preocupación, camina por en medio de la calle, entre Escila y Caribdis, entre todos los Kremlins, los palacios y las Dumas. Le da igual lo que pueda acecharlo en las esquinas, lo que pueda abatirse sobre él, lo que pueda devorarlo... se pasea sin más. Llega a alejar de si el recuerdo de los que poco antes lo perseguían por la calle Tverskaya. La primera vez, como por milagro, lo dejaron vivir. Y no le cabe ninguna duda de que esta vez volverá a suceder lo mismo.

Lo más probable es que esto no haya sido la estación final para Artyom. La Teatralnaya, por lo menos, no lo ha sido. Su punto de llegada está en otro lugar.

Los pretenciosos edificios de gobierno erigidos a lo largo de los siglos ya no le parecen lápidas de granito. El viento ha ahuyentado la atmósfera de cementerio. Ahora ya no le inspiran miedo, sino compasión. Eso que se yergue ahí, en plena noche, son sus carcasas vacías. Seguro que les duele haber durado más que los seres humanos para los que fueron erigidos. Como ancianos que reciben con dolor y con espanto la noticia de que sus hijos han muerto antes que ellos.

Algo le lame el brazo.

Una vez más. Ahora le lame la nariz.

Llueve.

Se ha puesto a llover.

Lo acaricia y lo envenena igual que el aire. Sabe a agua, pero el aire de la superficie también sabe a vida, ¡y quién sabe cuántas muertes tiene sobre su conciencia! Por supuesto que no debería caminar bajo la lluvia sin protección; Pero Artyom sigue caminando e incluso se alegra de la lluvia. Camina despacio, quiere empaparse.

Llueve...

Artyom se detiene, echa la cabeza hacia atrás, le ofrece el rostro.

Y entonces, de pronto, lo ve.

Calles. Gigantes maravillosos pasean por ellas con ropajes de colores chillones. Aviones blancos con grandes panzas que vuelan muy bajo, casi rozando los tejados de las casas. No son verdaderos aviones, sino una invención de alguien. En vez de las alas planas de aluminio con las que se sostienen en el cielo los verdaderos ingenios voladores, estos tienen alas transparentes y trémulas. Como libélulas. Y no buscan los cielos más altos, sino que flotan en las cercanías. Y los coches ya no se asemejan a esas latas de conservas herrumbrosas con cadáveres a modo de sardinas, pero tampoco se parecen a los de antes, sino que vienen a ser como vagones de metro pequeñitos y divertidos, con solo cuatro plazas.

En ese mundo extraño también llueve. Una lluvia cálida y cariñosa.

¿De dónde sale todo esto? ¿Es un recuerdo? No, porque el mundo no ha sido nunca así. Entonces, ¿qué es? Una sensación dolorosa y sofocante se hace notar dentro de su pecho. Artyom se seca las gotas de lluvia de la cara.

Es como una visión. Como una astilla de un sueño, que se ha clavado de pronto y le ha inflamado los tejidos. ¿De quién es? ¿A quién pertenece? Artyom no se mueve para que no se le escape.

Ese sueño no es suyo. ¿Cómo podría tener un sueño semejante? ¿Quién puede haber soñado algo así? ¿Su madre? No. No. Es otra cosa.

Se cuelga el fusil ametrallador al hombro, hace un cuenco con ambas manos y lo eleva hacia las nubes, estas lloran en su interior, se lava los ojos con el veneno para cegarse por fuera y ver por dentro.

No. No logra recordar nada. Qué raro.

Artyom sigue adelante, pasa frente al hotel Nacional, las facultades enmudecidas, los monumentos a personas de las que quizás se acuerde la mitad de una generación, torres sin sentido que ya no significan nada, las murallas que ya nadie querrá asaltar, adelante, siempre adelante, hacia la gran biblioteca. Hacia lo que se encuentra debajo de esta.

Hacia la Polis.

Esta palabra podría hacer que el pasado volviera sobre él como una gigantesca ola. Pero lo que se ofrece todavía a sus ojos es esta imposible quimera, este maravilloso espectáculo: aviones libélula y gigantes en divertidos minivagones.

Y le resulta imposible librarse de este mundo extraño, desprenderse de él.

¿De dónde ha salido?

Artyom llamó a la puerta con un código especial, un código secreto. Era el código que empleaban todos los stalkers cuando regresaban de una expedición de saqueo a la gran biblioteca. A veces tenían que pulsar el timbre con la mano izquierda porque necesitaban la derecha para aguantarse los intestinos que se les salían. A veces, tan solo uno de los miembros del grupo podía llamar a la puerta. Era el mismo que había arrastrado hasta allí a los compañeros heridos, o que todavía no estaban muertos del todo. Y que a veces conservaba sangre y vigor suficientes para hacer la llamada especial. Por ello, la Borovitskaya abría las puertas sin más dilaciones a todos los que la conocían.

También a Artyom.

El encargado de abrir el cerrojo de la puerta hermética y de exponerse aunque tan solo fuera un minuto en el acceso de la Borovitskaya iba siempre envuelto en lona y goma. Todo el mundo sabía cuán grandes eran los riesgos.

Por ello, los guardias de servicio que vieron a Artyom por los cristales de sus máscaras de gas —el joven venía empapado, con los pantalones y la chaqueta pegados al cuerpo— lo tomaron por un portento, un salvaje, un suicida. Lo apuntaron con las armas y lo registraron. Le quitaron el fusil ametrallador. Le acercaron un contador Geiger y examinaron todo su cuerpo. El contador saltaba como un histérico.

Artyom se quedó con las manos en alto y les sonrió.

—¿Puedes hablar?

El hombre que se lo había preguntado se hallaba en su campo de visión: un elefante pequeño y verde, con ojos de cristal que se le habían empañado de puro asombro.

—¿Hablas? ¿Podrías...? —repitió poco a poco el elefante.

Artyom reprimió una carcajada. ¡Claro que estaban nerviosos! ¡A saber lo que podía llegar a acercarse a aquella puerta!

—Llamad a Melnik. Estará en la Arbatskaya. Decidle que ha venido Artyom.

—¿Traes algún documento?

—Decídselo a Melnik. Decidle que se trata de su Artyom. Ya lo entenderá. Conocían el nombre de Melnik... Todas las gentes de allí lo conocían.

Lo condujeron adentro. Se mantuvieron en todo momento a la máxima distancia de Artyom... como si fuera un apestado. Luego lo rociaron con una manguera para lavarle la porquería del cuerpo. Lo despojaron de sus ropa contaminadas. Ellos mismos se quitaron sus trajes aislantes. Lo llevaron desnudo hasta los baños del piso más bajo, donde le entregaron un uniforme. Y contactaron con la Arbataskaya sin perderlo de vista.

—Aquí abajo huele bien —les dijo.

—Vete a tomar por... —le respondió uno de ellos—. Aquí huele normal.

—Por supuesto —respondió Artyom, sonriente.

—¿Estás borracho o qué?

El hombre que esperaba con el auricular junto al oído miró a su alrededor, dubitativo. ¿Valía la pena hacerle caso? ¿Y molestar a Melnik por eso? ¿No habría sido mejor meter inmediatamente en la cárcel a aquel individuo tan sospechoso? Pero entonces, alguien respondió al otro extremo de la línea.

—Guardia Bor Arriba al habla. Por favor, pónganme con el general Melnikov. Sí, ya sé que es tarde. No, es una cuestión urgente.

Como aquella otra vez, pensaba Artyom.

Como la primera vez. Como cuando llegó a la Polis para advertirlos contra los Negros. Contra la tremenda amenaza que se cernía contra la VDNKh, la red de metro y toda la humanidad. En aquella ocasión, Melnikov también estaba, y Artyom también había llegado por la Bor. Era como si todo aquello hubiera sucedido el día antes... o cien años antes. Durante los últimos tres años había vivido mucho más que en los veinticuatro anteriores.

—Melnik al habla —se oyó en el auricular.

En el mismo instante, Artyom salió de su ensueño. La tensión le agarrotó de nuevo el cuerpo y le oprimió las entrañas. ¿Qué pasaría si Melnik no lo reconocía?

—Se nos ha presentado un tío raro. Ha venido desnudo por la superficie. Bueno, quiero decir sin equipo antirradiación. ¡Sí! Dice llamarse Artyom. Artyom y nada más que Artyom. Sí. Dice que es «su» Artyom. Sí, esto... eso es lo que ha dicho, camarada general. Así es como se ha expresado.

Los crujidos que se oían en el auricular enmudecieron.

¿Y si lo rechazaba? Al fin y al cabo, no se había molestado en llamarlo. No había contactado con él ni una sola vez durante los últimos dos años. No se había preocupado de preguntarle cómo estaba su Anya. Era como si una atadura invisible se hubiera roto. Artyom había esperado en vano.

—Estoy ocupado —respondió la rueda dentada con pinchos que hablaba al

otro extremo de la línea.

—¿Me permites un momento... el auricular? —dijo de pronto Artyom.

El guardia le pasó de mala gana el teléfono.

—¡Svyatoslav Konstantinovich! Artyom al habla. El Artyom de Anya.

—¡Artyom! —le respondió una voz oxidada y quebradiza—. ¿A qué has venido?

—Dígales que me dejen entrar, Svyatoslav Konstantinovich. No tengo ni traje aislante ni documentos.

—Ahora no tengo tiempo. Estamos en medio de una operación especial. Debo irme.

—¿Tendré que salir de nuevo a la superficie?

El auricular había enmudecido de nuevo. Los guardias escuchaban junto con Artyom, pero lo único que se oía en el teléfono era silencio. El mismo silencio de los últimos dos años. Melnik no había querido responderle. El comandante de la guardia abría y cerraba los dedos de una mano, como si hubiera querido poner en marcha la dinamo de una linterna invisible. En realidad le estaba ordenando a Artyom que le devolviera el auricular. De pronto pareció que hubiera oscurecido dentro de la garita de guardia.

—Esa operación especial... tendrá que ver con la Teatralnaya, ¿verdad que sí? —preguntó Artyom.

La voz que se hallaba al otro lado de la línea resucitó de mala gana.

—¿Por qué en la Teatralnaya? Ha habido una explosión en Okhotny Ryad. A tan solo un túnel de la Polis. Tenemos que aclarar lo que...

—Lo de Okhotny Ryad ha sido poca cosa. Vengo de allí.

—¿Y qué diablos hacías...?

—¿Y usted... no sabe lo de la Teatralnaya? ¿Lo de la invasión? ¿No le ha llegado la noticia?

—¿De qué invasión me estás hablando? ¿Qué es lo que farfullas?

—Dígales a esta gente de aquí que me dejen entrar. No puedo contárselo por teléfono. Solo se lo explicaré en persona.

Un golpe sordo. Melnik había dejado el auricular sobre la mesa. Entonces se oyó que gritaba:

—¡Ansor! ¿Qué pasa con la Smolenskaya? ¿Ya están en camino? ¡Sí, esto está en marcha! ¡Llévate a Letyaga! ¡Venid a buscarme dentro de un minuto!

Artyom se agarraba al cálido auricular de plástico.

—Svyato...

—Vale, está bien. Pásame al jefe de la guardia. Nos vemos dentro de diez minutos en la biblioteca.

La Polis.

En el metro de Moscú había estaciones que vivían en la opulencia. No eran muchas, pero las había. En comparación con las estaciones pobres, salvajes o abandonadas, semejaban un paraíso. Pero todas ellas, al lado de la Polis, no pasaban de pocilga. Aunque, hay que admitirlo, vivieran en una relativa opulencia.

Si la red de metro tenía un corazón, dicho corazón se encontraba allí, en aquellas cuatro estaciones: la Borovitskaya, la Alexandrovski Sad, la Biblioteka imeni Lenina y la Arbatskaya, conectadas por corredores que eran como sus vasos sanguíneos.

Era el único sitio donde los seres humanos se negaban a renunciar a su vida anterior. Los pedantes que habían enseñado en la universidad, los académicos enamorados de sí mismos, las ratas de biblioteca que no sabían de ningún oficio práctico, los artistas de todo tipo (salvo, quizá, los artistas callejeros) corrían en el resto del metro una misma suerte: comer mierda. Nadie quería para nada a aquella cuadrilla de inútiles. En aquel nuevo mundo, sus saberes no explicaban nada, y tampoco había nadie que tuviera tiempo para su arte. Todo el mundo se dedicaba, o bien a criar setas, o bien a vigilar los túneles. Otra posibilidad era pedalear, porque el metro necesitaba electricidad para el alumbrado. Pero todo el mundo tenía los conocimientos técnicos necesarios para esa tarea. No necesitaban tíos listos. Quien hablara en un lenguaje demasiado complicado, o quisiera darse importancia, corría serio peligro de estamparse contra un sólido muro.

Así era en todas partes... salvo en la Polis.

En la Polis se les daba la bienvenida y se los alimentaba. Allí los hacían sentirse como seres humanos. Allí podían lavarse y curarse los moretones. En el metro, muchas de las palabras antiguas habían perdido todo su sentido, se habían transformado en una cáscara vacía, con el interior marchito y ennegrecido. Por ejemplo, el concepto «cultura». La palabra, como tal, existía, pero todo el que le pegara un mordisco sentía tan solo podredumbre y amargura en la lengua. Así era en la VDNKh, en la Línea Roja y también en la Hansa.

Pero no en la Polis. En la Polis habría preservado su dulzura. En la Polis, la cultura se bebía, se masticaba y se llenaban graneros con ella. Después de todo, no solo de setas vive el hombre.

La estación de metro Biblioteka imeni Lenina tenía salidas que conducían directamente al enorme edificio de lo que antaño había sido la Biblioteca Estatal de Rusia. Hacía tiempo que dichas salidas estaban sólidamente tapiadas, para que nadie pudiera irrumpir en el metro a través de ellas. Desde entonces solo se podía acceder a la biblioteca desde la salida de la Borovitskaya. Como las dos

estaciones estaban una junto a la otra, Artyom y sus acompañantes llegaron a la Biblioteka antes de que hubieran transcurrido diez minutos.

La Biblioteka imeni Lenina era una de las estaciones más antiguas. Alguien habría podido pensar que los constructores del metro, al excavar los túneles en el suelo arcilloso de Moscú, habían hallado una antigua cripta y se habían limitado a reformarla. Su andén no tenía nada que ver con el resto del metro: una bóveda elevada y amplia, mucho aire para los pasajeros. La habían construido sin preocuparse de que la gigantesca capa de arcilla pudiera hundir la bóveda. Las estaciones más modernas, en cambio, se guarecían bajo túneles bajos y estrechos, protegidas por un armazón para impedir que la tierra que pesaba sobre ellas les partiera el espinazo. Para que las bombas que estallaban en lo alto no las alcanzaran. En la Biblioteka, en cambio, lo único que se había tenido en cuenta al construirla fue la belleza. Como si eso hubiera podido salvar al mundo.

Allí la luz refulgía con una potencia sin parangón. Todas las lámparas resplandecían con bombillas blancas y brillantes en un techo que se hallaba a una altura de dos pisos. Mero derroche. Un festín en tiempos de hambre. Los seres humanos no necesitaban tanta luz. Pero allí la dejaban arder sin remordimientos. El embrujo de la Polis radicaba en que los foráneos se podían sentir durante un día, o quizás durante una hora, como si vivieran en el mundo antiguo que ya había desaparecido.

Eso mismo fue lo que sintió Artyom. Durante un segundo tuvo que apretar los párpados, y durante ese segundo se entregó a la ilusión.

Aquel sueño extraño centelleó una vez más en sus ojos y le trajo a la memoria la ciudad irreal que había visto arriba. La apartó a un lado junto con todos sus aviones de alas de libélula. Ya había visto suficiente.

La estación estaba sumida en la más absoluta confusión.

Viejos encanallados, mujeres mayores con gafas gruesas como lupas, estudiantes cuarentones de facultades que ya no existían, artistas andróginos de todos los colores, brahmanes en delantal con libros bajo el brazo —todos aquellos intelectuales encantadores, absurdos y amenazados con la extinción— se apiñaban a lo largo de las vías, estiraban el pescuezo para ver mejor el cuadrado negro del túnel que conducía a la Okhotny Ryad. A esa hora habrían tenido que estar durmiendo: los relojes indicaban que era la medianoche.

El cuadrado humeaba.

En el lugar de donde emergía el humo había soldados de la Línea Roja. El túnel que conducía hasta la Biblioteka, así como el que había al otro lado, pertenecían por completo al territorio nacional de la Línea Roja. Tan solo la estación pertenecía a la Hansa, porque la habían canjeado por la Ploshchad Revolyutsii tras la guerra entre ambas facciones.

—¿Qué sucede? —gritaban las gentes a los soldados del Ejército Rojo—. ¿Qué os ha ocurrido? Ha explotado algo, ¿verdad? ¿Ha sido un ataque?

—No ha explotado nada. La situación se halla bajo control. Han sido imaginaciones suyas —mentían los soldados, aun cuando el humo que emergía del cuadrado negro les ardiera en los pulmones y aquella historia inventada los hiciera toser.

—Parece que esto ya ha empezado. ¡El pueblo será libre por fin! —le decía un hombre con gafas a otro que tenía al lado, y se lo decía con profunda convicción. Ambos tenían buen cuidado de quedarse a cierta distancia de los soldaditos de plomo del Ejército Rojo.

—¡Tenemos que detenerlos! —exclamó una señora muy agitada, vestida con unas faldas de gitana que se había anudado con descuido sobre su enorme trasero—. ¡Es nuestro deber! Ahora mismo voy a dibujar un póster solidario. ¿Quiere usted colaborar, Sakhar?

Un viejo con una barba muy larga le respondió con el dedo índice en alto:

—Yo ya lo sabía, sabía que esto iba a suceder. ¡Pero tan pronto...! ¡La paciencia del hombre ruso toca a su fin!

—¡Ha llegado el momento! ¡Por la igualdad y la fraternidad!

—¿Lo ve? No es casualidad que esto empiece en la Okhotny Ryad. Porque nosotros estamos al lado. La Polis. ¡Podríamos decir que somos el *soft power* en acción! ¡Actuamos tan solo por medio de nuestra presencia, de nuestro influjo cultural! ¡Del ejemplo que damos! ¡Los valores democráticos no se pueden imponer con las bayonetas! Y nuestro... nuestro espíritu de libertad... discúlpeme que le hable con esta pasión...

—Pues yo pienso que deberíamos estrecharles la mano —dijo una mujer con los cabellos cardados y un escote espectacular—. Abrir las fronteras a los refugiados. Organizarles un ágape de bienvenida. Dicen que allí reina el hambre. ¡Es tremendo! Yo, en cualquier caso, voy a traerles unas galletas que tengo en casa, ayer mismo cociné unas cuantas, como si lo hubiera presentido.

—No vendrá ningún refugiado —les dijo Artyom a todos ellos—. Tampoco se producirá ningún alzamiento. Nada de eso. Solo vomitará un poco de humo y todo habrá terminado.

—¿Y eso cómo lo sabes? —le preguntó alguien con irritación.

Artyom se encogió de hombros. ¿Cómo se lo habría podido explicar?

Y de todos modos ya lo habían olvidado: sus miradas iban del cuadrado humeante al pequeño puente que conducía desde una de las vías hasta debajo del techo. Por allí, por aquel puente, llegó un silencioso alud de hombres vestidos de negro. Máscaras en el rostro, chaquetas de kevlar en el torso, yelmos empavonados con los visores alzados, fusiles de asalto AK-74 con silenciador.

—¡La Orden! —resonaba por encima de todas las cabezas y dentro de las propias cabezas.

—La Orden —susurró Artyom.

El corazón se le desbocó. Y de pronto se le hicieron visibles de nuevo las cicatrices de cigarrillo en el lugar donde antaño se había leído: «Si no nosotros, ¿quién?».

Como siempre. Tendrían que intervenir.

La columna marchó hasta la entrada del túnel y se alineó frente a ella. Artyom los contó: cincuenta hombres. Eran muchos. Así pues, Melnik había cubierto las bajas de la última vez...

Artyom clavó la mirada en las ranuras de las máscaras, los ojos enmarcados en negro y los puentes de las narices. ¿Serían sus camaradas? Había oido el nombre de Letyaga. ¿Qué habría sido de Sam? ¿De Styopa? ¿De Timur? ¿De Knyas? Pero nadie se fijaba en él, todos estaban pendientes del túnel.

¿Podía ser que Melnik los hubiera reemplazado a todos? Algunos de ellos eran insustituibles.

El propio Melnik no se encontraba entre ellos. Probablemente debían de ser las tropas de la Smolenskaya, donde se hallaba la base de la Orden. En aquel momento aguardaban a su comandante, que vendría de la Arbatskaya.

Los diez minutos de los que disponía Melnik habían pasado. Ya eran quince. Veinte. Una especie de ola recorrió la columna de soldados: los hombres que hasta entonces se habían apoyado en una pierna pasaron a apoyarse en la otra y estiraron las espaldas. Eran hombres, no estatuas de dioses.

Finalmente apareció.

Un hombre cargaba con la silla de ruedas escaleras abajo. Otros dos —muy robustos— venían detrás y lo llevaban a hombros a él: a Melnik. Lo sentaron sobre la silla de ruedas, le enderezaron el cuerpo y empujaron hacia delante.

Se cubría las amplias espaldas con una chaqueta de marinero manchada. Casi parecía que sintiera frío. Sobre las rodillas reposaba una sola mano: la izquierda. Le faltaba todo el brazo derecho hasta el hombro, y por eso llevaba la chaqueta. Habían pasado dos años, pero todavía se cubría la mutilación, la ocultaba. No quería aceptarla. Como si el brazo hubiera podido crecerle de nuevo con el paso del tiempo.

Toda la formación giró sobre sus talones, como un solo hombre, para mirar a la cara a su comandante. Se pusieron firmes, como si hubieran padecido un espasmo colectivo. Artyom se dio cuenta, de pronto, de que él mismo se había puesto firme, porque sintió una punzada de dolor en una espalda desentrenada.

—En marcha masculló la orden Melnik.

Tenía la piel reseca y amarillenta. Su carne lozana se había marchitado. Los

cabellos que una vez fueron negros, con alguna veta canosa, habían perdido su color y ahora eran grises por completo. Pero quien lo observara más de cerca no podía abrigar ninguna duda: su dureza no había cedido en lo más mínimo, las arrugas de su rostro se marcaban con mayor fuerza y el fuego de sus ojos no se había extinguido. Al contrario: ardía como nunca.

Artyom avanzó hacia él entre la multitud.

—¡Dejadme pasar! Tengo que hablar con el general...

Le cortaron el paso al instante. Lo detuvieron unos brazos de negro. Pero entonces, uno de los gorilas que lo habían parado dijo con sorpresa:

—¿Artyom? ¿Eres tú?

—¡Letyaga!

No se atrevieron a abrazarse, pero se guiñaron el ojo con familiaridad. Letyaga dio un golpecito con el dedo sobre el galón que llevaba cosido en la manga: en él se leía «A (II) Rh», el segundo grupo sanguíneo con RH negativo. El mismo de Artyom.

Melnik volvió la cabeza y lo vio, y lo reconoció al instante.

—Hacedlo venir.

—¡Camarada general! —Ese era el saludo que Artyom dirigía nada menos que a su suegro. Hizo un saludo militar casi automático.

—Me saludas con la cabeza descubierta —le dijo Melnik.

—Sí, mi general.

Artyom no pudo evitar una sonrisa. En cambio, en el rostro de Melnik no se movió ni un solo músculo.

—Informa. ¿Qué ha sucedido? ¿Un atentado terrorista? ¿Un sabotaje?

—Eso no es nada. Lo más importante es lo que ocurre en la Teatralnaya.

—Te pregunto por la Okhotny Ryad...

—Déjeme que le hable de la Teatralnaya, Svyatoslav Konstantinovich. Un ataque de los fascistas. Quieren apoderarse de la Teatralnaya. Y la explosión... no ha habido solo una, sino tres. Su intención es separar la Teatralnaya de la Línea Roja para que esta no pueda mandarles refuerzos.

—¿Y tú cómo lo sabes? Eso que me cuentas sobre los fascistas.

—Porque... porque estaba allí, en la Teatralnaya. He logrado huir.

—¡Ansor! —Melnik le hizo un gesto a su asistente. La chaqueta le resbaló de los hombros y cayó sobre el suelo de granito.

Se oyeron gimoteos entre la multitud, las gentes señalaban al muñón, murmuraban admiradas.

—Sacadlos de ahí —Melnik, malhumorado, señaló con el rostro a los que los rodeaban.

La formación se deshizo al instante, se distribuyó en un semicírculo cada

vez más grande y obligó a los irritados mirones a alejarse de Melnik y de la entrada del túnel.

—¡Malditos militares! —decía alguien, molesto, entre la muchedumbre.

—¿Estás seguro de que quieren apoderarse de la estación? —preguntó el desconfiado Melnik—. Implicaría la ruptura de un tratado.

—Dicen que si no lo hacen ellos serán los rojos quienes se la queden.

—¿Y tú qué hacías allí? —Melnik lo miraba desde abajo, aunque Artyom se sentía como si lo estuviera mirando desde arriba.

—Yo... ¿puedo explicárselo más tarde? ¿A usted personalmente?

—A mí personalmente... —Se acarició la huesuda rodilla. Tenía las piernas flacas, sin fuerzas, inútiles—. A mí personalmente, ¿eh? ¡Ansor! —llamó malhumorado, a media voz—. Habríamos podido intervenir nosotros mismos, ¿no? Contra los fascistas. Habríamos podido, ¿no?

Al fin, varios de los soldados que se hallaban en el cordón, y que habían reconocido a Artyom, se volvieron hacia él. Artyom sintió que el corazón se le llenaba de calidez. Tal vez sonrieran bajo la máscara. De todos modos, no se había dejado ver durante dos años. Pero aunque hubieran sido doscientos... nadie olvida a la persona con la que ha combatido codo con codo. Los recelos de Artyom habían sido injustificados.

—Desde luego que usted habría podido, camarada general.

—Espera. Si han cortado los accesos a la Okhotny Ryad... entonces la Ploshchad Revolyutsii tampoco contará con ningún apoyo. El único enlace que la conecta con la Línea Roja pasa por la Teatralnaya, ¿verdad?

—En efecto —confirmó el pelirrojo Ansor.

—Si todo eso es cierto... —Melnik hizo girar la rueda de la izquierda y trazó un semicírculo con la silla al mismo tiempo que meditaba—. Yo, en su lugar, también tomaría enseguida la Ploshchad. Así se adueñarían de dos estaciones con un solo movimiento.

Artyom comprendió que tenía razón. Habría sido un pecado no apoderarse de ellas. Correría la sangre. Dietmar, por lo menos, lo intentaría.

—La pregunta es si no podrían atragantarse con ese bocado. ¿Han logrado bloquear los pasillos?

Después de un momento de reflexión, Artyom le respondió:

—Uno de ellos seguro que no.

—Entonces los rojos instalarán allí sus fuerzas y tratarán de contraatacar. ¿Y qué significa eso? Una guerra a tan solo un paso de nosotros. De la Polis. Y además, en tres direcciones distintas.

Levantó la mano izquierda y empezó a contar con los dedos.

—La Ploshchad Revolyutsii se encuentra a un túnel de nuestra Arbatskaya.

La Qkhotny Ryad está conectada con la Biblioteka. Y la Borovitskaya con el Reich, más en concreto con la Chekhovskaya. Acabarán por llegar aquí. La pregunta es cuándo. Mañana, pasado mañana, o dentro de una semana.

Melnik observaba a sus hombres. Bastaría con la mitad para controlar el andén.

—La mitad se quedará aquí —le ordenó a Ansor—. La otra mitad irá a Ploshchad Revolyutsii.

Y dio marcha atrás con la silla en dirección a la escalera.

—Svyatoslav Konstantinovich... quería explicarle...

—Ven conmigo.

Melnik no se molestó en detenerse y se marchó con la silla.

Lo llevaron de regreso a la Arbatskaya, donde el general tenía una habitación propia. No se dijeron ni una palabra por el camino. Artyom, porque no quería hablar en presencia de testigos, y Melnik, por principio. Dejó a Artyom con Letyaga en la antesala y se encerró. Ansor, a quien ninguno de los dos conocía, se marchó a cumplir algún encargo, y solo entonces Letyaga, el de cabellos de color rubio oscuro, abrazó a Artyom. Lo abrazó con tanta fuerza que estuvo a punto de romperle los huesos y le hizo un guiño con un ojo algo bizarro.

—¿Cómo te va todo? —le susurró.

—Os echo de menos —reconoció Artyom.

—¿Aún no quiere saber nada de ti? —Letyaga señaló con la cabeza a la puerta—. ¿Por qué está tan enfadado contigo?

—Por Anya.

—¡Sí, claro, es que le robaste... lo que más quería! —Letyaga se rio en silencio y le dio un puñetazo a Artyom en el pecho. El joven se tambaleó—. ¿Tú te crees que la crio para un inepto como tú?

—¿Y a vosotros cómo os va?

—Tenemos a mucha gente nueva. Después de lo del búnker...

Se miraron y guardaron silencio.

—Sí. Hasta ahora no ha habido respuesta. Se niega a contactar —decía la voz de Melnikov, apenas audible por la puerta entreabierta de su despacho—. Lo atraparemos, Alexey Felixovich. Y se lo entregaremos. Quedamos entendidos. ¡Hasta la vista!

Un pensamiento asaltó a Artyom: ¿Con quién estaba despachando Melnik? ¿Con un tal Alexey Felixovich? ¡Melnik! Para que no se dieran cuenta de que escuchaba, Artyom preguntó, bajando el tono.

—¿Y él cómo está...?

—Bueno... —Letyaga se volvió y habló en voz todavía más baja—. Antes de que marcháramos hacia la Biblioteka tuvo que ir al servicio... y cuando estaba dentro se cayó de la maldita silla de ruedas. Nosotros, por supuesto, estábamos al otro lado de la puerta. Quisimos entrar para ayudarlo... las piernas ya no le funcionan y tiene un solo brazo. ¡Se ha puesto a chillar como un energúmeno!: «¡Ni se os ocurra entrar!». Y se ha arrastrado por el suelo durante unos diez minutos... hasta que ha logrado volver a subirse a la silla. El diablo sabrá cómo lo ha logrado con un solo brazo. Tan solo para que no lo viéramos en el suelo con los pantalones bajados. Así es como está.

—Ya...

—Sí, exacto: ya. Dejémoslo. Mejor que me cuentes cómo has llegado hasta aquí.

—Bueno, yo...

Los ojos de Artyom escudriñaron a Letyaga. En el búnker, Letyaga había parado con su cuerpo algunas balas que iban dirigidas a él. Vio a Artyom en el suelo con el arma atascada, y entonces salió de su parapeto y para atraer sobre si el fuego enemigo. Artyom cargó entonces sobre su espalda el corpachón lleno de plomo de Letyaga y lo llevó al médico. Este constató la enorme pérdida de sangre y lo desahució, pero entonces se dieron cuenta de que el grupo sanguíneo y el RH de Artyom eran idénticos, y el médico le sacó un litro y medio de sangre y lo metió en el poderoso cuerpo de Letyaga. Con eso bastó. Extrajeron de su cuerpo el plomo transformado en grumos informes. Las balas se habían aplastado contra su recia carne. Así pues, un litro y medio de la sangre de Artyom gorgoteaba ahora dentro de su cuerpo. Letyaga juró que algún día se la iba a devolver.

—Buscaba a un radiotelegrafista. De la Teatralnaya.

Letyaga demostró un súbito interés.

—¿Qué clase de radiotelegrafista?

—Uno que... decía que había contactado con supervivientes. Que no eran de aquí. En algún lugar del norte. Una historia extraña. Yo... ¿Tú sabes cuántas veces lo he intentado? Recibir una señal... Y nada... tan solo el vacío... pero él..., es decir... yo...

Letyaga asintió con la cabeza con cierta compasión.

—¡Que te follen!

Artyom sonrió y le dio un puñetazo en la barriga, dura como la piedra.

—¡Artyom! —se oyó al otro lado de la puerta.

—Compórtate con toda la normalidad que te sea posible —le aconsejó Letyaga—. Puede que vuelva a aceptarte. Te echamos de menos.

La habitación era grande. Adecuada a la categoría de su ocupante. Melnik estaba sentado tras una gran mesa de roble sobre la que se amontonaban los papeles. Había puesto la chaqueta de marinero de tal modo que ocultaba la silla de ruedas. Parecía simplemente un hombre sentado en una silla que pasaba frío. Y de hecho, no había calefacción en el despacho.

—¡Letyaga! —gritó Melnik por el resquicio de la puerta—. Voy a necesitar a tres hombres. Voluntarios. Para llevarle un sobre al Führer. Uno de los tres vas a ser tú. ¡Búscate a los otros dos!

Las paredes estaban cubiertas de mapas con pequeñas banderas y Hechas. Listas de nombres, y al lado de los nombres indicaciones con la misión de cada uno.

En una de las paredes colgaba una lista especial. Una lista larga. Debajo había un pequeño estante, y encima de este un vaso de vidrio tallado. Estaba lleno hasta la mitad de un líquido blancuzco y turbio. Como si alguien hubiera ido hasta allí con la respiración entrecortada para probar el aguardiente. Alguno de los que figuraban en aquella lista especial.

En realidad era el propio Melnik quien se acordaba así de sus muchachos. Durante los primeros tiempos se había acordado de ellos a diario. Qué tipo estrafalario. Y con todo, la manga de su chaqueta de marinero estaba vacía.

Artyom sintió un nudo en la garganta.

—Gracias... por recibirme, Svyatoslav Konstantinovich.

¿Hunter estaría en la lista? No había muerto en el búnker.

—Cierra la puerta. ¿A qué has venido, Artyom? —Al quedarse solos los dos, su voz se había vuelto dura e impaciente—. ¿Qué buscas aquí, y qué habías ido a buscar a la Teatralnaya?

—Estoy aquí para hablar con usted. No podía confiarle a nadie más lo que quiero decirle. Y allí...

Melnik no lo miraba. Trataba de liar un cigarrillo con una sola mano. Artyom no se atrevió a ofrecerle su ayuda.

—Es... es una historia más bien extraña. Pero bueno, estoy casi seguro de que... —Artyom respiró hondo—. Estoy casi seguro de que no somos los únicos supervivientes.

—¿Quéquieres decir?

—Conocí a alguien en la Teatralnaya que había recibido señales de radio de otra ciudad. Parece ser que se trataba de Polyarnye Zori. Creo que estaba cerca de Murmansk. Habló con otras personas. Y allí... se puede vivir. Además... circulan noticias, o más bien rumores, de que llegaron a Moscú unos hombres de... de fuera. Seguramente vinieron de allí. De Polyarnye Zori. Entraron por la Cherkisovskaya, por la Línea Roja. Explicaron de dónde venían... pero lo más

peculiar es que los hicieron desaparecer enseguida.

—¿Por orden de quién?

—Del comité. Y luego arrestaron a todos los que los habían visto. Y después a los que contaron la historia. Cuentan que los mandaron a todos a la Lubyanka. Parece algo serio. ¿Entiende?

—No.

Artyom se pasó la mano por el pelo.

—¡No! —repitió Melnik.

—¿Nadie... nadie le ha contado a usted nada parecido... sobre los habitantes de Polyarnyie Zori? Usted cuenta con sus propios medios de información. ¿Y si el grupo que llegó a la Cherkisovskaya no era el único?

—¿Dónde está el hombre de la radio? —lo interrumpió Melnik.

—Está... muerto. Lo mataron de un disparo. Los rojos. Se presentaron en la Teatralnaya y se lo llevaron. Y... —Artyom enmudeció al tiempo que, por fin, empezaba a encajar las piezas del puzzle—. Habían ido por él... lo buscaban a él, no a mí. El otro habló de una orden de los órganos centrales... que los había llevado hasta él. No sabían nada sobre mí...

—¿Qué? ¿Quién?

Melnik se había puesto el cigarrillo en los labios. El humo le subía hasta los ojos, pero no lo hacía llorar. El humo pesaba demasiado como para subir hasta el techo y formaba una especie de nube en torno a la cabeza del general.

—¿Y si resulta que están informados sobre Polyarnyie Zori? ¿Y si la Línea Roja está en el secreto y trata de ocultar la información...? Si hacen desaparecer a todos los que tienen noticia de ello... a los que han hablado con ellos... y con unos y con los otros... los buscan y...

—Vamos a ver. —Melnik apartó el humo con la mano al mismo tiempo que echaba otra calada—. Ahora mismo la Línea Roja me interesa mucho. Están a punto de pegarse con el Reich. O ya han empezado. ¿Eres capaz de imaginarte adónde podríamos llegar? La red de metro entera podría verse involucrada en ese conflicto de la Teatralnaya. Como en una máquina de picar carne. Es en eso en lo que tengo que pensar ahora, Artyom. En calidad de comandante supremo de la Orden, tengo que pensar en cómo voy a impedir que todos esos animales se hinquen el diente en la yugular. Cómo voy a proteger la Polis. A todos esos intelectuales con gafas y albornoz. Y con ellos... —señaló con la barbilla hacia arriba, sobre la Arbatskaya, donde la blanca mole del Estado Mayor se cernía sobre la ciudad—... con todos esos jubilados que se creen que ganaron la última guerra y que son los únicos defensores de nuestra patria. De toda esta zona de protección ambiental. De la red de metro entera. Estoy contra el Reich y contra la Línea Roja. ¿Tú sabes cuántos hombres militan en la Legión de Hierro? ¿Y en

el Ejército Rojo? ¿Y sabes con cuántos puedo contar yo? Ciento ocho guerreros. Ordenanzas incluidos.

—Estoy dispuesto... si usted me lo permite... a regresar a la formación.

—Pero es que no estoy dispuesto, Artyom. ¿Qué voy a hacer con un hombre que es capaz de salir a pasear bajo la lluvia sin más protección que una camisa? ¿Con un hombre que se pone a investigar conspiraciones sin sentido? Oye, ¿no sabrás de alguien que ha contactado con Marte, por casualidad?

—Svyatoslav Konstantinovich...

—¿O quizás con los Negros? ¿Eh?

—¡¿Todo esto le da igual?! —Artyom estalló—. ¡Toda la tensión que vivimos bajo tierra! ¡Por favor! ¡Esos reptiles se devoran los unos a los otros sin cesar! ¡Aquí no tienen suficiente espacio! ¡Agua! ¡Aire! ¡Setas! ¡Y usted no podrá impedirlo! ¡Venga, envíe a la mitad de nuestros muchachos a la batalla! ¡O a todos! ¿De qué nos va a servir? ¿Y qué es lo que soluciona con eso? —Artyom señaló el vaso que los muertos no habían vaciado.

—Los muchachos formularon un juramento. Yo también formulé un juramento. Y tú también, Artyom. Y si alguien tiene que sacrificar su vida para salvar esta maldita red de metro, tendrá que sacrificarla. No hace falta que me grites a la cara, mocoso. Tú, en cambio, estás entero y de una sola pieza. ¿Y para qué? ¿Para que tus paseos te lleven a la tumba? ¡¿Se te ha ocurrido pensar en tus hijos?! ¿Has pensado en lo que vas a engendrar después de salir a divertirte bajo la lluvia? ¡¿En lo que mi hija puede traer al mundo?!

—¡Sí, claro que sí!

—¡Y una mierda!

—¿Y usted? ¿Ha pensado usted? ¿Ha pensado en que podríamos salir de aquí? ¿Y regresar a la superficie? Sacar a toda la gente de aquí... llevarla afuera. ¿Y si queda todavía un lugar en la superficie donde todavía se pueda vivir? ¡Nuestro sitio estará allí! Hoy, bajo la lluvia... me he sentido humano por primera vez en la vida. ¡Allí arriba! ¡Y si tengo que morir, me da igual! Pero entonces... he vuelto a descender... a este lugar hediondo. Los rojos y los fascistas no son los únicos que se han convertido en animales. Todos los demás también. ¡Vivimos en cuevas! Nos transformamos poco a poco en hombres de las cavernas. Usted perdió las piernas y un brazo en el búnker. ¡La próxima vez podría ser la cabeza! ¿Y quién ocupará su lugar? ¿Hay alguien? ¡No, nadie! Por eso le digo: si existe algún lugar, donde sea... ¡tenemos que ir! ¡Y parece que ese lugar existe! Y quizás los rojos sepan dónde está...

—Ándate con cuidado, Artyom... —La voz de Melnik se había transformado en un siseo inexpresivo—. Te he escuchado hasta ahora. Ahora escúchame tú a mí. No te pongas en ridículo. Y no me pongas en ridículo a mí.

Todo el mundo sabe quién es tu suegro. Y ahora todos estos disparates... Tendré que taparlo todo, ¿entiendes? Ni se te ocurra hablarlo con...

—¡¿Disparates?! ¿Y por qué tienen que hacer desaparecer a todos los que han visto u oído a esas personas... los otros...?

—¡Artyom, por Dios bendito! ¡Maldita sea...! Pero ¿cómo es posible que mi hija se marchara contigo? ¿Es que no lo ve?

—¿Qué es lo que no ve? —le preguntó Artyom en voz baja, porque no le quedaba aliento para hablar en voz alta.

—¡Que estás esquizofrénico! Todo empezó con lo de los Negros, y ahora te has inventado esa conspiración. Probablemente le has ido a Anya con la misma predica, ¿verdad? Que no habríamos tenido que disparar los cohetes... que los Negros eran muuuuy buenos. Ángeles sobre la Tierra. Enviados de Dios. La última esperanza de que la humanidad sobreviviera. Que habríamos tenido que hablar con ellos. Dejar entrar a esas criaturas en nuestro cerebro. Gozar sin tensiones. Igual que tú. ¡Igual que tú!

—Yo... —respondió Artyom—. Sí, yo dije todo aquello y lo vuelvo a decir. La aniquilación de los Negros fue el peor de los errores que uno se pueda imaginar. Y yo tuve la culpa. No sé si eran ángeles, pero desde luego no eran demonios. No importaba nada su aspecto... y, sí, querían contactar con nosotros. Sí, me eligieron a mí. Porque... porque yo los encontré. Siendo joven. Fui el primero. Como ya le dije... y, sí, usted me... adoptó, podríamos decir. Pero yo me resistí. Tenía miedo de que me tomara en sus manos como un muñeco de feria... y me transformara en algo... algo que solo le perteneciera a usted. Porque andaba perdido y fui cobarde. Fui tan cobarde que, por seguridad... maté hasta el último... con sus cohetes... para no tener que hacer frente a... para no tener que hablar con ellos. ¡Fui cobarde y supe que había exterminado a una nueva forma de vida inteligente! ¡A nuestra última oportunidad de sobrevivir! Pero todo el mundo me aplaudió... las viejas, los niños, los hombres... ¡Porque creían que los había salvado de unos salvajes! ¡De unos monstruos! ¡Qué idiotas patéticos...! ¡Lo que hice fue... condenarlos a todos ellos! ¡Condenarlos! ¡Para siempre! ¡A ocultarse bajo la tierra! ¡Hasta que todos hayan muerto! ¡Las viejas! ¡Y los niños! ¡Y los que todavía no han nacido! ¡Si es que algún día llegan a venir al mundo!

Melnik lo contemplaba con frialdad, sin expresar ninguna emoción. Artyom no había logrado transmitirle nada: ni culpa, ni desesperación, ni esperanza.

—¡No teníamos derecho! Aquí nos hemos vuelto tan salvajes que nos atacamos sin cesar, que saltamos a la yugular del que se nos acerca demasiado... los Negros... nos buscaban. Querían una simbiosis con nosotros. Si nos hubiésemos unido a ellos habríamos podido regresar a la superficie. Alguien nos

los dio... nos los envió... como medio de salvación... para probarnos. Para saber si se podía confiar en nosotros... después de lo que hicimos... con la tierra. Con nosotros mismos.

—Ese rollo ya lo he oído antes.

—Sí. Y Anya también. Solo se lo he dicho a ustedes dos. A nadie más. Pero a todos los demás... todavía me da vergüenza. Siempre he sido un cobarde y sigo siendo un cobarde.

—Por suerte. ¡Por suerte, sigues siendo un cobarde! Por eso todavía estás libre, y no encerrado, con la camisa de fuerza, dándote de cabezazos contra la pared. Yo la avisé. A esa cría idiota. ¡Eres demasiado inestable! ¡Algún día tendrías que mirarte al espejo! Si dependiera de mí...

Artyom negó con la cabeza.

—Todo eso... ya pasó. Pero... si existe algún otro lugar donde se pueda vivir... donde vivan seres humanos... entonces no estará todo perdido.

—Y entonces, ¿ya no será tan terrible lo que les hiciste a tus hermanos de espíritu, verdad? ¿Es por eso por lo que sales continuamente a la superficie? ¿Es por eso por lo que siempre estás buscando señales de radio? ¿Para redimirte de tu pecado?

Todavía con el cigarrillo entre los dientes, hizo girar la rueda de la silla con la mano izquierda y rodeó hábilmente la mesa. Se acercó mucho a Artyom.

—¿Podría usted darme algo para fumar? —preguntó el muchacho.

—¡Estás zumbado, Artyom! ¿Lo entiendes? ¡Te volviste loco cuando estabas en la torre! Y lo que haces ahora... todo nace de tu fantasía. Esquizofrenia. No, no te pienso dar nada para fumar. Y ahora, punto final, Artyom. Ha estallado una guerra en dos estaciones y tú... Márchate, Artyom. Márchate. ¿Has dejado a mi hija en la VDNKh?

—Yo... sí.

—¿Y cómo está?

—Bien. Normal. Nada que se salga de lo habitual.

—Aún no he perdido la esperanza de que te deje, Artyom. Y de que se busque a un tío decente. Se merece algo mejor que un psicópata chalado que sale a la superficie sin protección. ¿Y para qué? Déjala tú, Artyom. Déjala. Que vuelva aquí. Yo ya la perdonó. Dile que vuelva conmigo.

—Lo haré. Pero con una condición.

Melnik dio una profunda calada al cigarrillo creando una espesa nube de humo.

—¿Y cuál es esa condición? ¿Qué quieres que te dé a cambio de tu mujer?

—Tres hombres están a punto de partir hacia el Reich con un sobre... yo seré el cuarto.



12

LA ORDEN

La expedición partió de la Borovitskaya. De aquella estación de ladrillos rojos, de aquella estación confortable que parecía la biblioteca de una universidad medieval. Repleta de anaqueles con libros que se habían llevado de la Gran Biblioteca que se hallaba en la superficie, así como de mesas de madera donde los libros se leían y se discutían. Habitada por los lectores, estrafalarios eruditos, que se llamaban a sí mismos «brahmanes», o «guardianes del saber».

Sobre las mesas, a poca altura, colgaban lámparas con pantallas de tela. Una luz suave y benefactora inundaba la estación y difundía en aquella Edad Media, que Artyom conocía por los libros ilustrados para niños, una atmósfera como de apartamento moscovita, que el joven incluso recordaba. Eran páginas

que salían del libro de su propia y breve niñez. No había durado más de cuatro años.

Los pasillos abovedados que partían de ambos extremos de la estación se habían transformado en viviendas. Al pasar por una de ellas, Artyom recordó algo del pasado, de la primera vez que había estado en la Polis: una noche que pasó en casa de una buena persona, conversaciones hasta horas avanzadas de la noche, un libro extraño que afirmaba que en las estrellas de color rubí del Kremlin se ocultaban demonios, y que en cada una de las pequeñas estrellas de los Niños de Octubre —los niños entre siete y nueve años que militaban en el Komsomol— se escondía un diablillo... Qué idioteces. La verdad siempre es más sencilla y más terrible que las fantasías de los hombres.

Aquel hombre bueno ya no existía y las estrellas se habían apagado.

Y tampoco existía ya el Melnik que en aquel mismo lugar había salido al encuentro de Artyom con el Pecheneg al hombro, el stalker con las cananas de munición para el fusil ametrallador, el comandante de campo que siempre se ponía al frente de los muchachos, que siempre era el primero en disparar, por delicada que fuera la situación.

Igual que tampoco existía ya aquel Artyom. Ambos se habían quemado.

Letyaga, por el contrario, era el mismo: el ojo bizco, la espalda ancha con la que habría podido bloquear un túnel entero, y la sonrisa, como si te hubiera atado los cordones de los zapatos entre sí sin que te dieras cuenta y esperara a que te cayeras de nariz al suelo. Contaba ya con veintisiete años, pero su sonrisa era la de un niño de diez. El tal Letyaga era a prueba de fuego.

—¡Bueno! —Volvía a sacar la sonrisa—. ¿Puedo felicitarte? ¿El viejo ha vuelto a aceptarte?

Artyom negó con la cabeza.

—Entonces... ¿es una misión de prueba?

—Más bien el canto del cisne. Iré al Reich con vosotros.

La sonrisa de Letyaga se esfumó.

—¿Qué es lo que se te ha perdido ahí?

—Tengo que rescatar a una persona. Y con urgencia. Si no, lo van a mandar al patíbulo.

—Vas a correr un riesgo muy grande. Espero que por lo menos se trate de una mujer.

Letyaga le guiñó un ojo.

—Es un viejo. Y además barbudo.

—Grrr —gruñó Letyaga—. Bueno, desde luego que no es cosa mía, pero... eh...

—Cierra el pico, idiota —lo cortó Artyom, y apretó los labios. El viejo

Homero no se lo merecía.

Pero no logró contener la risa. Le salió de dentro, primero dura y corrosiva, como masticada. Pero luego dobló el cuerpo, la risa lo fatigó, lo dejó sin fuerzas, hasta el punto de que tuvo que sentarse en un banco para no caerse de rodillas. A base de reírse, todo lo que había tenido que tragarse durante los últimos días en el metro, y que no había logrado digerir, volvió a salir al exterior. Se rio hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas, hasta que le vino el hipo. Luego tomó aire... y lo volvió a soltar. Letyaga se reía con él... quizá por algo muy distinto, quizá por nada.

Y entonces todo terminó.

—Una misión secreta... eso está claro —resumió Letyaga, que entretanto había recobrado del todo la calma—. No se puede prescindir de un hombre como tú, hermano.

No, no se puede.

—Hay algo que quiero preguntarte desde hace tiempo —dijo Artyom—. ¿Qué tal apuntas? —Giró ambos ojos hacia la nariz—. Debes de verlo todo doble.

—En efecto —reconoció Letyaga—. Por eso gasto demasiada munición. Todas las personas normales tienen un objetivo en la mira. Yo tengo dos. Y tengo que acertar en los dos. No es por nada que el viejo me manda al Reich. El muy mezquino quiere deshacerse de mí.

—¿Tú crees que no te ha reservado el billete de vuelta?

—Siempre cojo billete sencillo. —Letyaga le guiñó un ojo y dio unos golpecitos con la uña sobre las insignias de la Orden que llevaba al cuello, como si hubieran sido un crucifijo, y que eran su medio de identificación.

—¿Para qué lo llevas? Nadie va a dudar de tu identidad.

—Tendría su gracia —balbució Letyaga—. Lo llevo por otro motivo. Por si se diera el caso, ¿sabes?, de que en algún momento despertara y de pronto pensara: ¿Quién soy yo? ¿Qué es lo que acabo de beberme? Y a continuación: bueno, qué más da lo que me haya bebido, pero ¿quién soy yo?

—Ya lo entiendo —suspiró Artyom.

Los otros dos se acercaban. Uno con los pómulos grandes y separados, los ojos algo rasgados y corte de pelo a cepillo; el otro, ágil y nervioso, con nariz de boxeador.

—Eh, habéis tardado mucho —les dijo Letyaga—. Como una nena a punto de salir para una cita. Solo os faltaba pintarlos los labios. Bueno, vamos a ponernos en marcha, ¿no?

—¿Y ese quién es? —El nervioso chocó con Artyom al pasar por su lado.

—Vaya manera tienes de presentarte —le replicó Letyaga, al tiempo que

negaba con la cabeza—. La pregunta no es quién es él, sino quién eres tú, Yurets. Artyom ya estaba con nosotros cuando lo del búnker. Es una leyenda viva. Artyom y el general exterminaron a los Negros con los misiles cuando tú aún perseguías ratas por la Hansa con el sonajero.

—¿Y cómo es que ha estado desaparecido durante todo este tiempo? —preguntó el otro.

—Estaba haciendo acopio de fuerzas para nuevas hazañas, Nigmatullin. ¿Verdad que sí, Artyom?

—Pues no parece que le haya dado muy buen resultado —observó Nigmatullin, que miraba de reojo al stalker.

—Para mí, cada día es una hazaña —respondió Artyom—. Queda poco más por decir.

—Y volvemos a la lucha. La chica solamente fue un sueño —dijo Letyaga para sacarlo de apuros—. Nos ponemos en marcha, tíos. El Führer nos espera. ¡Y el Führer no espera!

Saludó tristemente a los melancólicos —y algo lerdos— guardias fronterizos de la Borovitskaya, y los cuatro bajaron a las vías por una escalera. Avanzaron por el túnel, por un primer tramo aún iluminado, por otro a media luz, y finalmente por las tinieblas. Los otros dos se quedaban atrás y dejaban que Artyom y Letyaga fuesen en cabeza.

—¿Ese es de la Hansa? —preguntaba Artyom.

—Ambos lo son. Nigmatullin de la Komsomolskaya y Yurets de Park Kultury, me parece. Son buenos muchachos, tanto uno como el otro. Se puede confiar en ellos.

Letyaga tuvo un momento de reflexión.

—Casi todos son de la Hansa.

—¿Quiénes?

—Los nuevos.

—¿Y por qué?

—Ah, ¿de qué otro lugar vas a sacar gente bien formada? No tendría ningún sentido buscarla en estaciones miserables. Ni entre los fascistas..., esos ya tienen su legión... pero no son más que escoria. Para nosotros no son nada. Melnik les propuso una especie de acuerdo a los de la Hansa. Y ellos lo aceptaron... para compensar nuestras bajas.

Artyom le dirigió una mirada interrogadora.

—¿Y se prestó a ello? Antes los maldecía. ¿No te acuerdas? De cuando estábamos... en el búnker. Nos habían prometido ayuda y nos dejaron colgados. Si entonces hubieran intervenido... si nos hubieran mandado a su gente... entonces quizá las bajas... todos esos muchachos... en cualquier caso...

—En cualquier caso —lo interrumpió Letyaga— nos han mandado gente. La que han podido. Y bastantes recursos técnicos. Y municiones. La Hansa, ¿sabes?, tiene dinero a espaldas. Ellos mismos se ofrecieron. Sí, y... el viejo, por supuesto, llevaba mucho tiempo de luto con su lista... pero no nos quedaba ninguna otra posibilidad. ¿De dónde iba a sacar cincuenta hombres, si no? Lo consultó con el pueblo. El pueblo siempre sabe qué es lo mejor. Y así hemos empezado a reclutar a más y más personas. Siempre han pasado por pruebas y entrevistas, naturalmente. Hemos cribado a toda esa cuadrilla. Y el resultado final es bueno. Sobre todo se trata de antiguos comandos especiales de la Hansa... En definitiva, todo está controlado. Ahora ya no vamos en grupitos, nosotros por nuestra cuenta, ellos por la suya. No. Vamos todos a una.

—Claro —murmuró Artyom, y señaló con la cabeza a los dos que los seguían—. Todos a una.

—Todos en el mismo barco —insistió Letyaga.

—No me lo creo —dijo Artyom tras una breve vacilación.

—¿El qué?

—Que no me creo que la Hansa, para expiar sus pecados anteriores, nos proporcione medio centenar de guerreros y medios técnicos. Esos no dan nada gratis.

—Es que no es gratis. El viejo se ha comprometido a entrenar a sus comandos especiales. —Letyaga chasqueó la lengua contra los incisivos—. Tampoco es que sean nada del otro mundo. Sobre todo cuando tenemos que salir de misión a la superficie. Cuando están arriba tropiezan como gatitos ciegos. Son hijos del subsuelo, qué diablos.

La última de las lámparas ya quedaba muy atrás. Letyaga se sacó de la mochila una linterna que parecía una porra de goma. Los otros dos que los seguían redujeron la distancia y quitaron el seguro a los fusiles ametralladores. El túnel era corto y bien conocido, pero de todos modos no se hallaban en un parque de atracciones. Era mejor ir todos juntos.

El chorro de luz de la linterna penetró en la oscuridad del túnel y fue como si le arrojara leche y la removiera.

—Hijos del subsuelo... —Artyom hizo memoria—. Tú tienes los mismos años que yo. Por lo tanto, tú también tenías cuatro, ¿verdad? Cuando la última guerra.

—No, pequeñín —replicó Letyaga—. Tengo un año más que tú. Eso ya lo habíamos hablado. Yo tenía cinco.

Artyom trataba de imaginarse su Moscú, pero una y otra vez le venían a la cabeza aquellas imágenes de aviones libélula ventrudos, vagones-coche que pasaban crepitando, llovizna... Negó con la cabeza y volvió a eliminar de sus

pensamientos aquellas tonterías tan insistentes, aquellas imaginaciones.

—¿Y tú de que te acuerdas? ¿De tus padres...? ¿Del piso...?

—Del televisor. Teníamos uno muy grande. Todavía recuerdo haber visto al presidente en la televisión diciendo: «No nos queda otra elección. Nos han obligado. Nos han acorralado. No habrían tenido que hacerlo. Por eso he decidido...». Y entonces mi madre sale de la cocina y me trae un plato. Caldo de gallina. Con fideos. Y me dice: «¿Qué es ese horror que estás mirando? Deja, voy a ponerte una de dibujos animados». Y yo le digo: «No quiero fideos». Seguramente fue ese el momento. El principio de todo. Bueno, y el fin. No volví a ver dibujos animados ni a comer fideos.

—¿Y te acuerdas de tus padres?

—Sí, sí me acuerdo. Pero preferiría olvidarlos.

—Escucha, Letyaga —lo interrumpió Yurets, muy agitado—. Fueron ellos los primeros en atacamos. No los atacamos nosotros a ellos. Fueron ellos quienes nos atacaron a nosotros. Fue traición. Nos dispararon la primera andanada y solo entonces respondimos. Lo sé muy bien. Yo tenía siete años.

—Pues yo te digo: ¡Fideos! «fideos», y «acorralados», y «nos han obligado». Recuerdo que pensé que el que hablaba era el presidente y que lo habían acorralado.

—¿Y qué importa ahora? —dijo Artyom—. Qué más da que empezáramos nosotros o ellos.

—Pues claro que importa —le replicó Nigmatullin—. Nosotros no habríamos hecho nada semejante. Somos un pueblo pacífico. Siempre quisimos la paz. Esos hijos de la gran puta nos cercaron, nos empujaron a una carrera armamentística para desgastarnos. Querían romper nuestro país. Repartirlo en países más pequeños. Por el petróleo y el gas. Porque nuestro país era como una espina en su costado. No soportaban que existieran Estados independientes de verdad. Todos los demás ya se habían sometido y se habían abierto de piernas. Tan solo nosotros... nos defendimos. Y esos cerdos, esos asquerosos... no pudieron esperar a que llegara nuestro fin. Pensaron que nos cagariamos en los calzoncillos. Pero nosotros... querían trocearnos, eso está claro. No nos rendimos nunca al enemigo. Creyeron que se quedarían con nuestro petróleo y los mandamos a tomar por culo. Nos querían colonizar. Y al final fueron esos gilipollas los que se cagaron en los calzoncillos. Cuando vieron lo que se les venía encima. No habrían tenido que armar tanto ruido de sables. Y nosotros hemos sobrevivido bajo tierra.

—¿Cuántos años tenías tú entonces? —le preguntó Artyom.

—¿Y a ti qué te importa? Tenía un año. Me lo han contado otros. ¿Importa?

—No, nada —respondió Artyom—. Ni a este lado del océano ni al otro. No

importa nada.

Letyaga carraspeó como para decirles que se calmaran. No se dijeron nada más.

—¡Quietos! ¡Apagad la linterna!

Nigmatullin y Yurets se apartaron a un lado, se pusieron de espaldas a la pared del túnel y levantaron ligeramente el cañón de los fusiles ametralladores. Artyom se quedó en el centro con Letyaga. Un clic obediente y la luz se apagó. Se hizo de noche.

—¡La frontera está cerrada! ¡Dad media vuelta y marchaos!

—¡Somos de la Orden! —gritó Letyaga en el túnel resonante—. ¡Traemos un mensaje para vuestros líderes!

—¡Dad media vuelta! ¡Marchaos! —se oyó de nuevo en el túnel.

—¡Repite que venimos con una carta para el Führer! ¡Tenemos que entregarla en persona! ¡De parte del general Melnikov!

Los puntos rojos de una mira láser aparecieron en la oscuridad, se desplazaron y fueron a posarse sobre la frente de Letyaga y el pecho de Artyom.

—¡Marchaos! ¡Tenemos orden de abrir fuego!

—Para esto sirve la diplomacia —concluyó Letyaga—. Pues qué bien.

—No nos dejarán entrar —susurró Yurets.

—No tenemos orden de entrar por la fuerza —añadió Nigmatullin.

—Pero sí de entregar el sobre —replicó Letyaga—. Si no lo logramos, el viejo nos arrancará la cabeza. No sé muy bien de qué va esto... pero nos ha dicho que si no le poníamos el sobre directamente en las manos al Führer, se iría todo al garete.

Se sentía el olor dulzón y repulsivo de la orina seca. Obviamente los centinelas no tenían a mano ninguna instalación donde pudieran aliviarse, y cada vez que era necesario se adentraban en la oscuridad del túnel, en tierra de nadie.

Artyom contemplaba la manchita de color rubí que le iluminaba el corazón. Pensó en Melnik. En la última misión que lo aguardaba. Tenía que volver con Anya y decirle que la dejaba. Decírselo a la cara, sin tapujos, y no marcharse en secreto, con el rabo entre las piernas, en busca de la gloria.

Lo que había hecho en el curso de aquella misión ya era notable. Había dejado a Oleg en manos de la médica... no pudo hacer otra cosa. Dejó su cuerpo perforado, se lavó las manos y se fue a beber vodka. Permitió que Lyokha se marchara silbando escaleras abajo, que desapareciera, sin intervenir ni hacer ningún intento por retenerlo. Por la puerta derecha o por la izquierda, cada uno

recibía lo que le correspondía. Aun con el arma de Svinolup en la mano, no consiguió guiar a los condenados a muerte a su libertad. No preguntó de dónde salían las pantuflas de mujer que había visto en el despacho del comandante. No apartó la cortina. ¿Y qué? No pudo ver si había alguien detrás, y por tanto no había nadie. Podía persuadirse de ello y seguir con su vida sin inquietudes. También podía buscarse una explicación para el caso de Homero. No era más que un viejo inútil, un escritorzuelo incapaz. No era difícil engañar a los remordimientos. El ser humano es fuerte, lo supera todo. Una gran misión lo disculpa todo.

Trató de cubrir con la mano la mancha de luz temblorosa, pero entonces le saltó al brazo.

—¡Último aviso! —se oyó en el túnel.

—¿Nos vamos o qué? —preguntó Letyaga, también para sí mismo. Olvídate del viejo.

Olvídate de todos los cadáveres, mételos en ese túnel y échales la tapadera encima. Tienes una misión más importante, Artyom: salvar al mundo. No puedes agotar tus fuerzas por una seta cualquiera.

—¡Llamad a Dietmar! —gritó Artyom a las profundidades del túnel. La voz se mezcló con su propio eco.

—¡¿A quién?!?

—¡A Dietmar! ¡Decidle que el stalker ha vuelto!

—¿Con qué sales ahora? —Letyaga se volvió hacia él—. ¿Qué historia es esta?

—Siempre la misma. La de un viejo con barba. —Artyom se esforzó por sonreír—. Y también la de un idiota. Es mi misión secreta.

En aquel instante una supernova se encendió en su miserable universo.

Dietmar se presentó en el puesto de control más avanzado, en el nido de la ametralladora. Debía de observar a los valerosos guerreros de la Orden —que se protegían el rostro tras las manos— con su inconfundible sonrisa. Pero no dio la orden de apagar el reflector.

—¿Quién me ha hecho llamar?

Artyom distinguía tan solo una silueta en el mar de luz cegadora. Tuvo que fiarse de la voz.

—¡Yo! ¡Artyom!

—¿Artyom? —Dietmar parecía haberlo olvidado—. ¿Qué Artyom?

—¡Lo sabía! —resopló Nigmatullin.

—¡El stalker! ¡Traigo un mensaje para el Führer! ¡Tengo que dárselo en persona! ¡De parte de Melnik! ¡Del comandante de la Orden! ¡Trata de la situación actual!

—¿Qué situación?

Dietmar todavía se negaba a entenderlo.

—¡De la Teatralnaya! ¡De vuestra invasión!

—¿Nuestra invasión? ¿De parte de Melnik? —Dietmar parecía sorprendido —. Nadie ha invadido la Teatralnaya. Lo que ha habido son disturbios. Tenemos que hacer frente a una oleada de refugiados. El Führer ha destacado una fuerza expedicionaria a esa estación para impedir nuevas muertes. Pero ahora son las cuatro de la madrugada. El Führer está acostado. Y no aguardaba ninguna carta del señor Melnikov. Si queréis, podéis entregarme el mensaje a mí. Me encargaré de que llegue mañana a primera hora a su secretaría.

—No puede ser —le susurró Letyaga a Artyom—. Tenemos la orden explícita de entregar el documento en mano, o destruirlo.

—¡No puede ser! —repitió Artyom en voz alta—. ¡Solo lo entregaremos al Führer en persona! ¡En mano!

—Es una verdadera lástima —suspiró Dietmar—. El Führer no recibe a nadie. Y todavía menos a asesinos profesionales. De todos modos abriríamos el documento y lo inspeccionaríamos para asegurarnos de que no contenga ningún veneno.

Entonces se encendió una lucecita en la cabeza de Artyom.

—Estoy informado —dijo— de que en la Teatralnaya no se han producido disturbios, sino una acción de sabotaje planeada. Con el objetivo de apoderarse de la estación.

—Pues la información de la que disponemos nosotros es distinta —repuso Dietmar con indiferencia—. Y lo que sabemos no le va a gustar a todo el mundo, ciudadano stalker. Por ejemplo, no les va a gustar a tus camaradas. Adiós.

Dietmar hizo un saludo militar, se dio la vuelta y echó a andar en dirección a la estación.

—¡Espera! —gritó Letyaga—. ¡Alto! ¡El sobre no viene de Melnik!

A Dietmar le daba igual. El soldado que estaba a cargo de la ametralladora se encaró a la mira para descargar sus balas de plomo sobre las vías. Los tiradores volvieron a activar los puntos rojos. Brincaban incluso bajo la luz del reflector, que era blanca y desagradable como el primer instante de la muerte.

—¡¿Me oyes?! —bramó Letyaga—. ¡El sobre no es de Melnik! ¡Sino de Bessolov!

La silueta negra que casi se había disuelto en la blancura se detuvo de pronto.

—Repíteme eso.

—¡Es de Bessolov! ¡Para el Führer! ¡Personal! ¡Urgente!

Artyom se volvió hacia Letyaga. Allí había gato encerrado. Nigmatullin y Yurets susurraban con nerviosismo aquel nombre desconocido. Dietmar callaba, pero no llegó a marcharse.

—Está bien. Uno de vosotros irá conmigo. Los demás podéis esperar.

Letyaga encogió sus robustos hombros para indicar que aceptaba la condición. Dio un paso adelante.

—¡Tú no! —gritó Dietmar—. Dale el mensaje a ese. A Artyom.

—Me han ordenado...

—Ahora soy yo quien da las órdenes. Solo voy a dejar pasar a uno de vosotros. Y tan solo después de un registro exhaustivo.

—¡¿Por qué él?! Artyom, ¿a qué se debe...?

—Dame el sobre, Letyaga —respondió Artyom—. ¡Venga! Bueno, me has descubierto. Esto es una misión secreta. Por eso Melnik me ha enviado con vosotros. Aunque a vosotros no os dejen pasar... yo tengo mi propia historia. No te puedo contar más. ¿Cómo te crees que sé lo que ocurrió en la Teatralnaya?

—¡Aquí cada uno tiene su propia historia, capullo! —resopló Letyaga—. Ese viejo paranoico...

—¡Espera, no se lo des! ¿Cómo se te ocurre? —siseó Nigmatullin—. ¿Y este quién es? El jefe ha dicho que tú... que nosotros...

—Cierra el pico, Ruslan —lo interrumpió Letyaga—. Estamos hablando de Artyom, ¿lo entiendes? ¡Es de los nuestros! ¡Ha quedado claro?

—¡Como queráis! —gritó Dietmar con frialdad en la voz—. No tengo tiempo para vuestros jueguecitos. Hace rato que debería estar en la Teatralnaya para distribuir ayuda humanitaria entre sus habitantes.

Letyaga lo maldijo, escupió con rabia y se sacó del bolsillo del pecho un sobre de carta, opaco. Era un sobre pequeño, marrón. Se lo tendió a Artyom.

—¡Es de los nuestros! ¡Ha quedado claro? —gritó a la ametralladora, a las armas de los tiradores, a las figuras talladas en negro, a todo el universo que olía a meado y a la cegadora estrella que tenía enfrente—. ¡Lo vamos a esperar aquí!

—Como queráis —respondió Dietmar—. Pero a veces el Führer duerme hasta mediodía. Que os lo paséis bien mientras esperáis.

—Esperaremos aquí, Artyom, nos quedaremos aquí —susurraba Letyaga con voz febril—. Regresarás. Como se atrevan a tocarte un cabello... El viejo estará enfadado contigo, pero es capaz de mover montañas por su gente... somos hermanos de sangre... nosotros dos... ¿verdad que sí?

—Sí —asintió Artyom, pero apenas si lo escuchaba—. Sí, Letyaga. Gracias. Como quieras.

Y después de guardarse el maldito sobre entre la ropa y la piel, se marchó hacia la supernova, tropezando con los travesaños, directo hacia la supernova... a mil millones de grados.

«¡ENEMIGOS DEL REICH... ENEMIGOS DE LA HUMANIDAD... FRENTE A NUESTRAS PUERTAS... AGUARDA UNA HORDA DE DEGENERADOS!».

Era una única voz, pero se oía como mínimo por una docena de megáfonos, y como no estaban bien sincronizados parecía que provocara ecos. Aquel coro de un solo hombre sonaba como la voz de la hidra: horrible y fascinante a la vez. Rezumaba veneno.

«¡SI NO LUCHAMOS HASTA EL FIN... NOS ESPERA EL EXTERMINIO TOTAL!».

Artyom la oyó antes incluso de divisar la luz de la Chekhovskaya, también llamada Wagnerovskaya. La luz no superaba las curvas y sinuosidades de las paredes del túnel, pero la voz sí.

«¡EN CUANTO TUVE NOTICIA DE LOS TRAICIONEROS PLANES DE LA LÍNEA ROJA... PARA ADUEÑARSE DE LA ESTACIÓN TEATRALNAYA... Y CON ELLO FALTAR A NUESTRO TRATADO DE PAZ... RESOLVÍ... LANZAR UN ATAQUE PREVENTIVO!».

—¿Es el Führer? Pero si me habías dicho que dormía... —le dijo Artyom a Dietmar.

—En estos momentos no duerme nadie en todo el Reich —respondió el otro.

Al llegar a la Chekhovskaya-Wagnerovskaya, Artyom vio un cartel que decía: ¡APRECIADOS HUÉSPEDES PROVENIENTES DE LA POLIS, OS DAMOS LA BIENVENIDA! En medio de la sala había hombres de edades variadas, dispuestos en hileras, obviamente vestidos con lo que llevaban puesto en el momento en el que los llamaron. Muchos de ellos tenían ojos enrojecidos, soñolientos, y los había que cuchicheaban entre sí, con cara de preocupación. Sargentos con cara de perro pastor patrullaban a lo largo de las hileras, de vez en cuando pegaban un grito, golpeaban a alguien en el rostro o le daban con la vara. Otros trajeron unas mesas con carteles, y sobre estas se apilaron los uniformes de camuflaje, y llegaron con gran estrépito unas carretas cargadas de armas. Al otro extremo del andén había una tienda con una cruz roja, y las miradas de los hombres que tomaban parte en la formación se desviaban una y otra vez hacia allí, como atraídas por un imán.

«¡PERO LA LÍNEA ROJA NO SE AMEDRENTARÁ POR NADA... EN SU PROPÓSITO DE ARREBATAR A LOS CIUDADANOS DE LA TEATRALNAYA EL DERECHO QUE LES PERTENECE POR LEY... DE VIVIR UNA VIDA TRANQUILA Y FELIZ!».

Era una estación extraña. Un techo en bóveda de cañón, como un túnel, y a lado y lado accesos a los andenes que parecían aspilleras serradas en la pared. El mármol blanco relucía e incluso las viejas lámparas estaban limpias. Era una visión maravillosa: no estaban separadas entre sí como en otras estaciones, ni distribuidas por parejas, ni soldadas en umbelas, sino que debía de haber unas veinte dispuestas en dos hileras en soportes con forma de góndola. Como si alguien hubiera despertado a las lámparas en plena noche y les hubiera ordenado ir a sus puestos. Evocaban almas de esclavos que remaran en galeras voladoras por un extraño túnel blanco en dirección a un bien merecido paraíso.

—¿Dónde has puesto la mina?

Dietmar caminaba tan rápido que Artyom a duras penas podía seguirlo. Los rostros de la formación pasaban por su lado sin que ni uno solo de ellos cobrara rasgos definidos. A su espalda, unos talones claveteados crujían sobre el granito. El paso energético de la guardia.

—Junto a la puerta hermética —informó Artyom—. He bajado por la escalera mecánica.

—¿Y qué efecto ha tenido?

—Un derrumbe considerable.

—Escúchame bien. Ahora mismo la Teatralnaya se halla bajo nuestro control, así que por el momento voy a creerte. Pero, por supuesto, voy a asegurarme de que me hayas dicho la verdad. ¡Si has hecho exactamente lo que te dijimos, vamos a concederte una condecoración... una orden! —Dietmar sonrió de oreja a oreja—. Te concederemos una orden.

De repente, alguien abandonó la formación y les cerró el paso. Varios guardias corrieron hacia allí, empuñaron los Kalashnikovs, pero no era más que un hombre pequeño, chiflado, inofensivo: barba escasa, gafas empañadas...

—¡Discúlpeme! ¡Discúlpeme! Señor oficial... señor Dietmar... ¡por todo lo sagrado! Debe de haber algún error. Me han movilizado. Mi mujer... Narine... hace pocos días estuvo usted con nosotros... Dietmar se acordó, se detuvo e hizo un gesto con la mano para ordenar a los guardias que se alejaran.

—¡Ilya Stepanovich! Mire, vengo con un conocido suyo. ¿A qué error se refiere usted?

«¡LOS DEGENERADOS ACUDEN A NUESTRA ESTACIÓN COMO UN TORRENTE DESBORDADO... QUIEREN SUMERGIRLA... CIEGOS DE RABIA... A PESAR DE NUESTRA RESISTENCIA... Y ESA HORDA YA SE HALLA... EN NUESTRAS FRONTERAS!».

—Mi Narine... ha empezado con las contracciones. Después de las explosiones en la Teatralnaya... han empezado. Está en la Maternidad. Han dicho que en cualquier momento... romperá aguas... y aún no le tocaba... ¿entiende usted? Puede que si recibe los cuidados apropiados... ¡nuestra

Maternidad es fabulosa! Pero si ahora se me llevan... si ocurre algo... ¿qué será de ella? En ese estado... ¿quién cuidará de ella? ¿Y cuando dé a luz? Yo tendría que... tengo que saber... qué será... si niño o...

«¡POR ESO MISMO... HE DECRETADO... LA MOVILIZACIÓN... GENERAL!».

El suboficial sonrió al maestro y le puso la mano sobre el hombro.

—Como dicen unos célebres versos de Pushkin: «Aquella noche la zarina no dio a luz hijo ni hija». ¿No es verdad, Ilya Stepanovich?

—¿Por... qué me dice eso?

—Pero si tan Solo era una broma, hombre. Por supuesto que me acuerdo de nuestra conversación. Venga, vamos a dar un paseo.

Le hizo una señal al sargento-perro-pastor, agarró a Ilya Stepanovich por el hombro y se lo llevó consigo. Artyom iba a su lado con el sobre en el bolsillo. ¿Qué habría dentro? El sobre estaba rígido, había algo en su interior... ¿qué impresión producía al tacto? No era una carta ni un papel... la cabeza amenazaba con estallarle. Parecía que sus engranajes hubieran dejado de funcionar.

—Estaba usted decidido a escribir un libro de historia, ¿verdad? —le dijo Dietmar al maestro.

—Señor oficial... y si... y si al producirse el parto...

—¿Sabe qué le digo? ¡Siéntese y escríbalo! ¡Lo mejor que podría hacer sería empezar ya! ¡Ahora mismo la historia se está escribiendo ante sus propios ojos!

Se quedó al lado de Ilya Stepanovich, le quitó las gafas, las empañó con su aliento, las frotó para limpiarlas y se las volvió a poner.

—Le voy a dejar un rinconcito libre en el Estado Mayor. ¡Que no lo maten ahora! Sería...

«¡PROTEGER UNA ESTACIÓN NEUTRAL CONTRA LAS HORDAS ROJAS! ¡ÉSE ES NUESTRO DEBER! ¡NOS HAN ROGADO QUE ACUDAMOS EN SU AYUDA! ¡Y ESO ES LO QUE HAREMOS!».

—Gracias. Le doy las gracias... señor... pero... ¿no podría ir con mi mujer...? Ahora mismo necesita apoyo... estaba totalmente fuera de sí... para que sepa que todo va bien... que usted responde por mí... y si da a luz...

—¿Qué pasaría entonces? —preguntó Dietmar—. Ni usted ni yo podríamos ayudarla. Si nace un niño sano, tanto mejor. Seguro que en la Maternidad habrá alguien que felicitará a la joven madre en nombre del Partido.

—Pero... pero si... el destino no lo quiera...

—Si nace deforme... no hay que perder la serenidad. Usted mismo ha dicho que nuestra Maternidad es excelente. Le darán un sedante, y cuando despierte todo habrá terminado. Puede estar seguro de que la criatura ni se va a enterar. La

gente que trabaja allí es muy profesional. Le darán el mismo sedante. Solo cambiará la dosis. Todo muy humanitario. Una inyección y, ¡zas!, todo habrá terminado.

—Naturalmente... ya lo entiendo... —El horror se pintaba en el rostro de Ilya Stepanovich—. Solo que todo ha sido tan rápido... lo de las contracciones. Mi Narine estaba tan nerviosa... y yo pensaba que todavía tendría tiempo...

—¡Y tendrá usted tiempo, Ilya Stepanovich! —El suboficial lo agarró con más fuerza todavía—. ¡Qué tiempo más maravilloso nos espera! Por eso no se le ha perdido a usted nada en la maternidad. Bueno... recibirá usted papel y lápiz. ¡Le deseo a usted toda la suerte del mundo! —Empujó al pasmado maestro hacia uno de los guardias—. Encárgate de que se me asigne a este ciudadano.

«¡NADIE NOS DETENDRÁ... SI CUMPLIMOS... NUESTRO... SAGRADO... DEBER!».

—¿Adónde vamos? —preguntó Artyom, preocupado, porque casi habían atravesado la estación entera. Terminaba en una escalera vigilada por la que se accedía al corredor.

—Oye, tú tenías que entregar el mensaje ese tan raro, ¿no? —Dietmar echó una mirada a su alrededor—. Y por cierto, ¿de qué se trata? ¿Un ultimátum? ¿Un ruego? ¿Una orden de repartir la Teatralnaya entre todas las partes implicadas?

—No lo sé —dijo Artyom.

—La Orden, ¿eh? Yo, idiota de mí, tendría que haber imaginado lo que habías ido a hacer a la Polis, stalker.

«¡NO ABANDONAREMOS JAMÁS A LOS CIUDADANOS PACÍFICOS! ¡TOMAREMOS LA TEATRALNAYA BAJO NUESTRA PROTECCIÓN! ¡LA DEFENDEREMOS CONTRA LAS HORDAS DE DEGENERADOS!».

—¿Quién es Bessolov?

—Entonces, ¿de verdad no tienes ni idea de lo que le llevas al Führer?

—No me va ni me viene. No hago más que cumplir una orden.

—¡Cada vez me gustas más! Si hasta diría que eres mi ideal. —Dietmar sonrió—. Si alguien te dice: «Haz estallar el corredor», haces estallar el corredor. Si alguien te dice: «Entrega este sobre que no sabes quién envía, ni lo que contiene», tú obedeces. ¡Y si alguien te ordena que metas los huevos en una prensa para hacer estampados, tampoco te negarás! ¡Ojalá tuviéramos más hombres como tú!

«¡ESTAMOS DISPUESTOS A PAGAR EL PRECIO QUE SEA POR EL DERECHO A LLAMARNOS HOMBRES!».

—¿Homero sigue con vida? —preguntó Artyom—. ¿Cómo está el viejo? ¿Dónde está?

—Todavía vive —lo tranquilizó Dietmar—. Y te está esperando.

—Antes quiero verlo.

—Era previsible. Por eso vamos a buscarlos. Ese es otro de tus rasgos positivos, stalker: se puede contar contigo. Trabajar con hombres como tú es un placer.

Los talones de los guardias crujieron contra el granito y el comandante de la guardia alzó el brazo. No se atrevía a mirar a los ojos a Dietmar.

Empezaron a subir por los desgastados escalones.

—Dietmar... ¿qué significan esos galones? No eres suboficial, ¿verdad? ¿Quién eres?

—¿Yo? ¡Un ingeniero de mentes humanas! —le respondió Dietmar, guiñándole un ojo—. Y también tengo algo de mago.

Las casernas estaban instaladas en el pasillo. En la visita anterior no les había enseñado aquella zona a Artyom y a Homero. Había camas de campaña alineadas en varias hileras. Los jefes de cuarto saludaban. El Führer les lanzaba miradas lúgubres desde los carteles. Los estandartes de la Legión de Hierro colgaban del techo: un puño gris, la esvástica negra de tres patas. Los altavoces sobresalían de las paredes como setas y competían unos con otros por ver cuál gritaba con mayor fuerza:

«¡YA NO PODEMOS RETROCEDER! ¡Y NO RETROCEDEREMOS! ¡POR VUESTRO FUTURO Y POR EL NUESTRO! ¡POR EL FUTURO DE NUESTROS NIÑOS! ¡POR EL FUTURO DE LA HUMANIDAD!».

—¿Qué tratáis de lograr con ese sobre? —le preguntó Dietmar, y resopló con sorna—. El tren ya está en marcha. No lo vais a detener. Ni que os arrojarais a la vía. La Teatralnaya será nuestra. Y también la Ploshchad Revolyutsii. Los rojos no van a poder hacer nada. Ya tendrán bastante trabajo con contenerlas revueltas de los hambrientos. Esa putrefacción seca ya ha estropeado la mitad de los cultivos de setas. Se está extendiendo como un incendio.

—¿Quién es Bessolov? —repitió Artyom—. ¿Quién era ese que le daba órdenes a Melnik?

—No tengo ni idea.

—Pues entonces, ¿cómo es que una carta de Bessolov es más importante que una de Melnikov?

—Lo que me importa no es la carta de un tal Bessolov, stalker. Lo que me importa eres tú.

Al otro lado de las casernas había fortificaciones, defensas antitanque, alambradas. Las ametralladoras de color negro amenazaban con los cañones hacia delante, hacia el lugar al que Dietmar llevaba a Artyom. Los perros guardianes ladraban, como si hubieran querido imitar al Führer. Y entonces se mezcló con todo ello un cántico de ritmo quebrado, el prolongado gemido de un hombre que en aquel mismo momento expiraba.

Artyom se dio cuenta de que iban hacia la Pushkinskaya. Dietmar lo llevaba a la Pushkinskaya.

—¿Está allí? ¿En la Pushkinskaya? ¡Me habías prometido que no le harías daño!

Se detuvieron frente a una puerta de hierro empotrada en un muro de ladrillo que llegaba hasta el techo. Dietmar hizo un movimiento con el dedo índice y la guardia se marchó. Entonces sacó una petaca de tabaco, buscó dentro de su bolsa una tira de papel de periódico, espolvoreó las gruesas y adornadas letras con un murmullo seco, lamió el papel y lo enrolló.

—Ten, toma una calada.

Artyom no dudó ni un instante. En el propio despacho de Melnik, su alma había sentido el deseo del veneno. Pero este le había negado a Artyom un último cigarrillo antes de alejarlo para siempre. Dietmar, en cambio, lo compartía con él.

El suboficial apoyó la espalda contra la pared, echó atrás la cabeza y contempló el techo.

—¿A ti qué te parece? ¿Si la pequeña armenia da a luz un monstruo, el maestro querrá escribirnos igualmente el libro?

—¿Si vosotros lo matáis? ¿Al niño?

—Si lo dormimos. ¿Tú crees que entonces nos alabará en su libro?

—No —respondió Artyom—. No puede ser tan cabrón.

—Bueno, verás... —Dietmar entornó los ojos al mismo tiempo que exhalaba el humo—. Yo creo que sí. La armenia se pondrá histérica, por supuesto, y le chillará a Ilya Stepanovich hasta dejarlo medio sordo, pero el hombre logrará convencerla de que ha sido lo mejor. De que tienen que volver a intentarlo. Y escribirá su libro sobre el Reich, y entonces sacaremos una edición de diez mil ejemplares. Para que todos los que saben leer en el metro lo puedan leer. Y a todos los demás se lo leeremos en voz alta. Todo el mundo conocerá el nombre de Ilya Stepanovich. Y entonces Ilya Stepanovich nos perdonará que hayamos puesto a dormir a su niño.

—¿Por diez mil ejemplares? Sería toda una sorpresa. —Artyom miró a Dietmar con una sonrisa siniestra—. Huirá de la estación. Puede que intente algún atentado. Algo así no se perdona.

—Tal vez no se perdone, pero se olvida. Al cabo, todo el mundo trata de cerrar un pacto consigo mismo. ¿Sabes, stalker?, los seres humanos raramente me sorprenden. Están hechos de una manera muy sencilla. Todo el mundo tiene los mismos engranajes dentro del cráneo. Ahí dentro encontrarás el anhelo de una vida mejor, el miedo y el sentimiento de culpa. El ser humano no tiene otros engranajes. A los codiciosos se los puede seducir, a los temerarios se los puede

atormentar con la culpa, a los que no tienen conciencia se los puede atemorizar. Tú mismo eres un buen ejemplo. ¿Por qué diablos has vuelto? Sabías muy bien que te jugabas el pescuezo. Pero ¿qué más da?, tu conciencia ha sido más fuerte. Sufrías por el viejo. Hiciste saltar por los aires aquel pasillo porque tu conciencia te obligaba. Has colaborado en la guerra porque así lo ha querido tu conciencia. ¡Y ahora el anzuelo ha quedado bien sujeto... Mira, si hasta te sale por aquí!

Dietmar tocó a Artyom en la mejilla con un dedo que el tabaco había dejado amarillento. El stalker se estremeció y retrocedió.

—Te lo has tragado y ahora ya no puedes soltarte. ¿Adónde te vas a marchar? Has traicionado a tu Orden. Has trabado amistad con el enemigo. Ahí atrás están tus fabulosos amigos. Te aguardan. Creen que eres de los suyos. Pero no. Ahora eres mío.

Artyom ni siquiera se había acordado de dar otra calada. El cigarrillo se había apagado.

—Tu tabaco es una mierda —le dijo a Dietmar.

—¡En cuanto el Reich haya conquistado el metro entero, todo el mundo podrá fumar un tabaco fabuloso! —le prometió Dietmar—. Bueno. Vamos a ver a Homero Ivanovich.

Guiñó un ojo a los guardias. Un cierre de un metro de largo, con un cerrojo que debía de pesar un kilo, se movió hacia un lado, y entraron en la estación Schillerovskaya.

Artyom la recordaba de cuando todavía se llamaba Pushkinskaya. Era blanca y marmórea como su vecina, la Chekhovskaya, pero la habían ensuciado con eslóganes de odio contra todo el que no fuera ruso. Era en la Pushkinskaya donde habían exhibido a Artyom ante las multitudes y explicado por qué lo habían condenado a muerte en la horca: por el asesinato de un oficial fascista. Artyom mató al oficial de una manera muy sencilla: apuntó el fusil ametrallador contra él y tiró del gatillo. Artyom no pudo evitar una contracción en el dedo índice al ver que el oficial le pegaba un tiro en la cabeza a un adolescente con síndrome de Down. Por aquel entonces, Artyom todavía era joven y sensible. En el momento presente, lo más probable era que se hubiera conformado y se hubiese dado la vuelta. Pero ¿podría estar seguro de que actuaría de ese modo? Por lo menos lo intentaría. Aún sentía el roce de la horca en la garganta.

El lugar donde se encontraban no era la Pushkinskaya y tampoco la Schillerovskaya.

Estaban en un lugar que no era lugar.

Habían desmantelado por completo la estación. La habían demolido. No quedaba ni una sola losa de mármol. Lo habían destrozado todo y se habían llevado los cascotes a otro sitio. Lo único que se veía era el hormigón desnudo y

cubierto de rasguños, así como montañas de tierra, riachuelos de porquería y soportes de madera podrida. En vez de aire, se respiraba una neblina húmeda mezclada con el polvo de cemento. Era como inhalar hormigón. El azote de los reflectores traspasaba aquel vaho. Sus chorros de luz, de un extremo al otro, eran como gigantescas porras de goma.

Aquellas porras golpeaban las espaldas y los rostros de horribles hombres desnudos. Algunos se tapaban las vergüenzas, a otros ya les daba igual. Todos ellos estaban teñidos de negro y empapados en sangre. Los hombres llevaban el cabello hasta los ojos y las greñas tan largas y revueltas que no se distinguían de las mujeres. Pero todos ellos eran seres humanos ordinarios, con dos brazos y dos piernas. Solo los jóvenes sufrían deformidades: aquí un jorobado, allí dos dedos que crecían pegados, más allá una cabeza plana, alguien a quien le faltaba un ojo, alguno de dos cabezas, y pellejos que parecían de animal. Deformes. Degenerados.

Nadie llevaba ropa de paisano. Unos estaban desnudos, los otros vestían uniformes.

Los hombres con los fusiles ametralladores se habían puesto máscaras con filtros para el aire, para que su salud no sufriera ningún daño. Desde lejos, las máscaras parecían bozales. Como si se los hubieran puesto a los guardias para que no se arrojaran contra los desnudos y los hicieran pedazos con sus dientes. Para ello se ayudaban con otros medios: con cadenas y azotes de alambre espinoso. De ahí venían los aullidos que Artyom había oído desde el otro lado de la pared, en el baño del maestro.

Con todo, lo más tremendo de aquella estación era que no tenía final. Los hombres-animales desnudos cavaban la tierra en todas las direcciones —con picos, palas, martillos, uñas—, araÑaban desesperados la tierra y la piedra, se abrían paso en el vacío hacia la derecha, la izquierda, arriba, abajo. La Schillerovskaya ya era más grande que cualquier otra estación en la que Artyom hubiera estado, y a cada minuto se agrandaba todavía más.

—¡¿Los tenéis como esclavos?! —preguntó Artyom, asqueado.

—Sí. ¿Y qué? Es una solución más humana que eliminarlos sin más, ¿no? —le gritó Dietmar, imponiéndose con su voz a los chillidos de los degenerados —. ¡Mejor que hagan algo útil! ¡Estamos ampliando nuestro espacio vital! ¡Están llegando tantos voluntarios de toda la red de metro que ya no tenemos sitio para alojarlos! ¡Cuando la reforma de la estación termine, esto será una ciudad jardín! ¡La estación más grande del metro! ¡La capital del Reich! ¡Con sala de cine, palacio de deportes, biblioteca y hospital!

—¿Es por eso por lo que vuestro Führer se ha vuelto contra los degenerados? ¿Para poder reintroducir la esclavitud? ¡Por lo menos una de cada

cuatro personas que viven en el metro sufre alguna deformidad!

—¡No eres tú quien tiene que decidir quién es un degenerado y quién no! —le dijo Dietmar, riéndose—. ¡El Führer es un genio! ¿Vamos a perseguir a los armenios? ¡Vaya imbecilidad! ¿O a los judíos? El efecto es cero. El hombre que ha nacido como judío no puede hacer nada contra ello. Si algunos lo llevan hasta escrito en la cara: judíos, chechenos, kazajos. Y así se convierten en tu objetivo, en tu enemigo, y no te van a jurar jamás lealtad. Pero ¿qué pasa con el ruso? ¿Es automáticamente inmune? ¿Pertenece, por nacimiento, a un pueblo elegido? ¿Se lo puede permitir todo? Entonces, ¿no tiene que temer nada? ¡Eso sería absurdo! ¡Pero la degeneración es un asunto muy distinto! ¡Cuando se trata de degeneración, hay que andarse con cuidado! ¡Con una sola mutación basta! ¡Puede que un hombre nazca sano, pero después es posible que empiece a crecerle una úlcera! ¡O un bocio! ¡O la anomalía que sea! ¡Puede que el ojo desnudo no lo vea! ¡Solo un médico puede estar seguro! Y por eso toda la chusma va a temblar, toda la chusma va a desmayarse de miedo cada vez que tenga que pasar por la revisión médica. El propio médico va a temblar. Porque la distinción entre degenerados y no degenerados tendrá que trazarla en cooperación con nosotros. Nadie más podrá gozar de seguridad. Nunca más. Todo el mundo tendrá que pasarse toda la vida, ¿lo entiendes?, toda la vida justificándose. Justificándose ante nosotros. ¡¿Verdad que es magnífico?! ¡Es un concepto maravilloso!

Le puso la mano sobre el hombro a Artyom. El lunar de su nariz era el tercer ojo que le había crecido a aquel demonio para descubrir la putrefacción y la debilidad en cada uno de los hombres.

—¿Dónde está? ¡¿Dónde está Homero?! —le gritó Artyom.

—¡Dame el sobre!

—¡¿Qué?!

—¡Que me des el sobre!

—¡Habíamos hecho un trato!

Saltaron chispas en todas las direcciones, los dientes rechinaron, la cueva giró sobre sí misma: Dietmar había golpeado con todas sus fuerzas a Artyom en el pómulo con la culata de la pistola. Entonces le dio la vuelta y le apoyó el cañón contra la frente. Era una Stechkin, un arma de asesino.

—¿Quieres que lo saque del bolsillo de tu cadáver?

Artyom dio un paso atrás y pensó cuál sería la manera más rápida de destruir el mensaje, pero los guardias ya estaban a su espalda. Le retorcieron los brazos, lo arrojaron de bruces al suelo y le arrancaron el sobre de la mano. Se lo entregaron a Dietmar. Este le daba vueltas con los dedos, trataba de abrirla, lo sostenía a la luz de un reflector. Entonces se agachó al lado de Artyom.

—Parece que se trata de fotografías —dijo—. Interesante en extremo. Las fotos que pusieron fin a la guerra. Suena bonito, ¿verdad?

Se las guardó en un bolsillo interior.

—Seguro que son fotos endemoniadamente buenas. Y le van a gustar mucho al Führer, puesto que nadie más podía verlas. ¿Verdad que sí? ¿Quién podría resistirse a la tentación de echarles una ojeada? Tú mismo, por ejemplo. ¿No te gustaría?

—¿Dónde está Homero?

—Aquí, por algún lugar. Búscalos sin prisas. Ahora no tengo tiempo. He de ir a la Teatralnaya. A distribuir ayuda humanitaria, desenmascarar agentes... Tú te quedarás aquí durante un tiempo. Puedes ir acostumbrándote... trabajando un rato.

—¡No me van a dejar en la estacada! ¡Letyaga! ¡La Orden! ¡Me están esperando! ¡La habéis cagado! ¡¿Me oyes, hijo de la gran puta?! ¡¿Me oyes, cerdo asqueroso?!

Artyom trató de liberarse, pero los guardias, obviamente bien alimentados y con experiencia, no lo soltaban. Se quedó de rodillas, con la cara hundida en el cieno.

Antes de levantarse, Dietmar acarició a Artyom en la cabeza.

—Es verdad, te están esperando. En eso tienes razón. Será mejor que vayas y les cuentes en qué bando estás.

Entonces le dio una palmada cariñosa a Artyom en el culo.



13

ESPACIO VITAL

Había pensado que en algún momento llegaría el día, y que entonces iba a terminar el trabajo de la noche. Pero allí no había día ni noche y se trabajaba en un solo turno: desde principio a fin. Solo se podía beber de una manguera, directo a la garganta. Tomar agua por uno mismo era imposible. No había manera de escapar. Todos los túneles, excepto uno, estaban cerrados con alambradas que parecían telas de araña. No tenían ninguna esperanza de huir corriendo, ni arrastrándose. Los animales humanos hacían sus necesidades de pie, sin dejar de trabajar. Los hombres junto a las mujeres y las mujeres junto a los hombres. Los recién llegados lo aprendían el primer día. Se les enseñaba con azotes de alambre espinoso. Se mataba sin piedad, como por rutina. A los que no

querían trabajar, a los que ya estaban a punto de morir y por ello no podían trabajar, y a los que se creían muy listos y se hacían los muertos. No faltarían trabajadores. Dos veces al día entraban otros nuevos que también tendrían que comer, pero la comida que les llevaban era siempre la misma.

Cada vez que se abría la puerta de hierro y nuevos y desconcertados trabajadores entraban a rastras y empujones en la caverna sin fin de la Schillerovskaya, Artyom sentía que se le encogía el estómago, porque temía la llegada de Dietmar. Tal vez se descubriera su traición, los rojos enviaran soldados de la Okhotny Ryad por la puerta hermética que había saltado por los aires y por el pasillo de arriba en dirección a la Teatralnaya, la guerra relámpago se transformara en una inacabable lucha de posiciones y Dietmar regresara a ahorcar a Artyom por alta traición.

¿Cuándo volvería? ¿Quizá muy pronto?

Al principio habían examinado a Artyom y llegado a la conclusión de que tenía fuerzas suficientes para llevar una carretilla. Se encargaba de amontonar todo lo que aquellos peludos roedores habían extraído a golpes y araños, meterlo en la carretilla y llevarlo por un túnel abierto que conducía a Kuznetsky Most. Había una especie de pasarela de madera instalada sobre los raíles que se adentraba trescientos metros en el túnel, hasta un montículo donde arrojaban la tierra y las piedras, y que ya llegaba hasta el techo.

Artyom se dio cuenta enseguida de que le habían adjudicado un buen trabajo. No le encadenaban las piernas y tampoco tenía por qué quedarse quieto en un solo lugar, sino que podía caminar por el lado de los otros trabajadores y ver quién había amontonado más tierra. Por desgracia, no existía ninguna oportunidad de huir. Pero de aquel modo logró encontrar a Homero.

El viejo había pasado allí tan solo la mitad de un día y todavía conservaba la ropa sobre el cuerpo. Pero ya sabía lo que se podía hacer y lo que no. Estaba prohibido trabajar sin ahínco. Estaba prohibida la holgazanería. Al hablar, no se podía mirar a nadie a los ojos. Se toleraba que se hablara con alguien sin mirarlo.

De todos modos, en aquella fábrica de tierra y de cadáveres apenas si se podía oír nada a más de un paso de distancia.

Homero era viejo, pero se las arreglaba bien. No gimoteaba ni lloraba. Se concentraba para dar con el pico en la piedra, no con lentitud, pero tampoco con mucho esfuerzo, para que sus fuerzas no se agotaran antes de tiempo. Estaba empapado y embarrado, con los hombros cubiertos de heridas y de manchas parduzcas, y los labios mordidos hasta sangrar.

—Quería sacarte de aquí, Nikolay Ivanovich —le dijo Artyom a Homero al pasar por su lado—. Pero tal como pinta esto, tendremos que quedarnos los dos.

—Gracias. Igualmente —dijo Homero, que aprovechaba las pausas entre

golpe y golpe para hablar—. Ese. Cerdo. Mentiroso. Cabrón. No deja. Salir. A nadie.

—De todos modos, conseguiremos salir —le prometió Artyom.

La charla se interrumpía sin cesar. Artyom no podía pasar todo el rato por el mismo sitio con su carretilla, porque el capataz se daba cuenta y le arreaba un latigazo. Llevaban unos látigos muy flexibles de alambre espinoso, con pinchos que sobresalían en todas las direcciones. Algunos de ellos se clavaban al golpear, mientras que otros causaban profundas heridas cuando el torturador tiraba del látigo hacia atrás.

—Estuviste. En la. Teatralnaya.

—Sí.

—Viste a. Umbach.

—Los rojos lo habían arrestado. Alguien debió de denunciarlo. Por su pasión por las radios. Lo encarcelaron y después lo mataron. Yo estaba allí. No logré hablar con él.

—Lástima. Era un. Hombre. Bueno.

Artyom recogió las rocas que había cuarteado Homero. Luego fue a buscar la tierra que sacaba un jorobado al otro extremo de la estación. Después ayudó a ponerse en pie a una mujer que iba con los pechos colgando, en un momento en que el polvo que levantaban las piedras lo ocultó a la vista del capataz. A continuación regresó con Homero.

—Umbach no estaba solo. Hay otros que también han contactado. Llegaron a Moscú personas que provenían de otra ciudad. Probablemente era Polyarnyie Zori.

—Personas. Dices tú. Dónde están. Yo no. He conocido. Ninguna.

—Los rojos los buscan y los hacen desaparecer. Los matan, o los llevan a la Lubianka, al comité. A los recién llegados y a todos los que los hayan visto o hayan oído hablar de ellos.

—Quizá. Por miedo. De que ayuden. A la Hansa.

Una vez más, recogió los escombros que excavaba Homero. Luego se acercó a un muchacho —lento, encorvado, al que le faltaban dedos— para recoger lo que había arrancado del suelo. Y luego pasó a un caucásico de carnes enjutas que luchaba con todas sus fuerzas por no morir y había amontonado lo que parecía una pequeña colina. Le pareció reconocer a alguien en medio de la polvareda, pero no se le presentó ninguna oportunidad de acercarse.

—Entonces, ¿me crees? Se lo he contado a Melnik, él no se lo cree. Dice que todo son sandeces.

—Yo he. Hablado. Con Umbach. No entiendo. Pero te creo.

—Gracias, viejo. Gracias.

—O. Espías. Quizás. Unos. Agentes. O.

—No tengo ni idea.

Recogió todos los cascotes. Se los llevó. Alguien le hizo señas para que recogiera los suyos. Un momento de alegría: era Lyokha, el broker. Derrengado, con el cuerpo lleno de verdugones, pero sonriente.

—¡Bienvenido a nuestro hogar!

—¡¿Estás vivo?! —Artyom le devolvió la sonrisa de buena gana. Sintió que se le aligeraba el corazón.

—¡Es que soy demasiado valioso —gimoteó el broker— como para que prescindan de mí!

—¿Lo de la Legión no funcionó?

—¡Noo! —Lyokha echó una mirada furtiva a su alrededor y ayudó a Artyom a cargar las piedras en la carretilla—. Es que no era lo mío. Al final todo el mundo acaba por seguir su vocación.

Señaló con la cabeza unos montones de piedras que esperaban ser retirados.

En ese instante apareció un supervisor y los golpeó con la cadena a los dos.

Artyom bajó la cabeza y se marchó por el túnel; Vació la carretilla, regresó, echó una mirada a su alrededor. Uno de los guardias lo llamó. Lo llevó con la mujer a la que antes había ayudado para que no muriese. Había aguantado un rato y luego había vuelto a caerse. El guardia le enfocó la linterna a los ojos, pero la mujer no veía nada. Mientras uno de los vigilantes mantenía a Artyom a raya con el fusil en ristre, otro agarró una barra de acero corrugado, la sostuvo en alto y le partió la cabeza a la mujer, como si hubiera roto un huevo. Artyom se olvidó del fusil, se abalanzó sobre ellos y la barra le golpeó el hombro, la culata del arma le dio bajo la mandíbula, y una vez estuvo en el suelo, los guardias lo pisotearon con sus botas. Uno de ellos le metió en la boca el cañón húmedo de su fusil y le hizo una herida en el paladar con el punto de mira.

—¡¿Piensas volver a intentarlo, gilipollas?! ¡¿Volverás a intentarlo?! ¡Ponte en pie!

Lo levantaron y cargaron a la mujer sobre la carretilla.

—¡En marcha!

—¿Hacia dónde?

Alguien le dio una colleja y lo acompañó de camino hacia la fosa común. Llevaban los cadáveres al mismo lugar que la tierra. La mujer estaba echada torpemente sobre la carretilla: las piernas se le arrastraban por el suelo, el cráneo partido colgaba a un lado. Ese era el camino que tenía que seguir.

Entonces le mostraron a Artyom lo que había que hacer en tales casos.

Había que llevar a los muertos por la pasarela hasta llegar al montículo que cegaba el túnel por donde se llegaba a la Kuznetsky Most. Una vez allí, los

arrojaban en el mismo montón que las piedras. De vez en cuando la tierra resbalaba hacia abajo, cubría los cuerpos desnudos y les llenaba de cieno y arena la boca y las orejas. También se podía considerar una forma de entierro.

A partir de entonces, Artyom no volvió a acercarse a Homero y a Lyokha, porque los capataces no le quitaban el ojo de encima. Al lado de Homero había otros más: kirguises y rusos, rusos y azerbaiyanos, azerbaiyanos y tadyikos, algunos de ellos todavía con fuerzas, otros ya exhaustos. Cada uno de ellos le pasaba piedras a Artyom, cada uno de ellos le robaba fuerzas. Al cabo de poco tiempo, el minuto que Artyom empleaba para cargar la carretilla ya no le bastó para que le descansaran las piernas, y el minuto que empleaba para llevar la carretilla ya tampoco le bastó para dar alivio a los brazos. Cada vez que se oía el estruendo de la puerta de entrada, se volvía. ¿Habría regresado Dietmar? ¿Vendría a por él?

Logró sacar fuerzas de flaqueza hasta que llegó el momento en el que empezó a caerse. Entonces se volvió hacia el viejo. Este lo aguardaba, también agotado.

—Por qué. Los rojos. Por qué. Nadie. Sabe. Excepto. Ellos.

—¿Por qué lo esconden? ¿Piensas que ellos mismos podrían estar en contacto con Zori? ¿Y lo ocultan a todos los demás?

—Mienten. Los de Zori. Están en. Negociaciones. Quizá.

—¿Sobre qué?

—Y yo qué. Sé. Lo que. Quieren. Los rojos.

—Tienen un problema con el hambre... las setas se les pudren. ¿Tal vez quieren que los otros les envíen comida? Si eso es cierto, será que allí hay... tierra fértil!

—Sí, claro. Estás. Loco.

Un capataz se les acercó y silbó:

—Tú, y tú, y tú, y tú, venga, es la hora de comer. Trajeron una tina repleta de desechos de cocina. Cada uno tenía que servirse con las manos. Artyom no soportaba el hedor, pero los demás masticaban y sorbían todo lo que podían.

También habían llamado a Homero. Podrían pasarse diez minutos sin picos ni carretillas.

—Estuve arriba. Fui por la calle Tverskaya hasta la estación Teatralnaya. Allí... hay alguien que persigue a todos los que van por la Tverskaya. Un todoterreno acorazado y una moto. Mataron a cuatro stalkers. A mí... primero también quisieron matarme. Pero luego, no entiendo por qué, me dejaron en paz. Y eso que me descubrieron enseguida.

Homero se encogió de hombros, juntó ambas manos para formar un cuenco, tomó una porción de aquella especie de papilla aguada, la olió y se quedó

pensando.

—Y entonces, cuando regresé... ya no había nadie. Logré recorrer de nuevo el camino. Sin protección. ¿Y sabes qué? Se puso a llover.

—¿A llover?

El viejo levantó los ojos.

—A llover.

Artyom suspiró.

Los hombres se agrupaban en torno al comedero como si fueran cerdos, se empujaban unos a otros y competían por ver quién podía llenarse más los carrillos. Artyom no los veía. En cambio, veía personas de gran estatura, delgadas, con sombreros de ala ancha. Vio llover de un cielo sin nubes, y vio también unos osos de agua voladores.

—Qué idiota —se dijo a sí mismo—. ¿Te lo puedes imaginar...? Caminaba bajo la lluvia y me he imaginado que veía como unos... aviones... como vehículos voladores, pero con las alas transparentes. Como las de las moscas, pero más grandes. Como las de las libélulas. Y todo estaba... adornado como para una fiesta. Y también llovía. Un sueño.

Hablaban en voz baja, pero por algún motivo sentía vergüenza. No habría tenido que distraerse con aquellas sandeces tan absurdas mientras los animales que habían sido seres humanos devoraban su pienso.

Pero los animales humanos no sentían ningún interés por los sueños de Artyom. La tina se estaba vaciando y ellos tenían que vivir todavía durante un tiempo, y sin aquella porquería no iban a lograrlo.

Homero, en cambio, lo escuchaba. No comía nada.

—Y también unos vagones pequeños... muy pequeños... —dijo de pronto, y tuvo que carraspear para aclararse la garganta—. En vez de coches... por la calle...

—Exacto —confirmó el perplejo Artyom—. Con cuatro plazas cada uno.

—¿Eso es lo que has visto? ¿Arriba? —Era como si recordara un sueño, ¿sabes? Y tú... ¿de qué lo conoces?

—Ha salido de mi libro. De mi manuscrito. ¡Lo explico en mi manuscrito!

Los ojos de Homero se entrecerraron. Miró fijamente a Artyom, parpadeó, trató de comprender: ¿Acaso quería tomarle el pelo? ¿Burlarse de él?

—¿Lo cogiste sin mi permiso... mi cuaderno? ¿Lo has leído? ¿Cuándo?

—No lo he hecho. ¿Dónde está?

—Me lo confiscaron enseguida. El tal Dietmar. Mis documentos, mi cuaderno... todo. Pero entonces, si no lo has leído, ¿cómo se te ha podido ocurrir todo eso?

—¡Ya te lo he dicho... lo he soñado!

—Ese sueño no es tuyo, Artyom. Y no es ningún sueño.

—¿Qué?

—Ya te hablé de la muchacha. De Sasha. La que se... ahogó en la Tulskaya. Cuando la estación se inundó.

—Sí... ya me acuerdo. Me hablaste de ella cuando nos emborrachamos en la Tsvetnoy Bulvar, ¿verdad?

—Sí. Sa... Sasha... todo eso es suyo... así era como ella se imaginaba el mundo de la superficie. Sasha nació en el metro. Y nunca había estado en la superficie. Por supuesto que todo eso es una idiotez... una ingenuidad.

—¿Sasha? ¿Tenía el pelo rubio?

Artyom se sobresaltó, el mundo se tambaleó como si lo hubiera sacudido una ráfaga de aire cálido. Se frotó las sienes. Sintió un zumbido dentro del cráneo.

—¡Come! ¿Por qué no comes? —le preguntó un individuo fatigado, de barriga hinchada, mientras se alzaba de la tina. Su barba estaba llena de inmundicia y rezumaba líquido oscuro—. ¡Para de charlar! ¡Solo nos dan de comer una vez al día!

Todo el cuerpo se le agarrotó y soltó un pedo muy prolongado. Luego se echó de espaldas y se quedó mirando al techo. Había contribuido en lo que podía a la salvación de Artyom. Pero este no podía ni mirar al interior de la tina. Solo con verla se mareaba.

—Sí, es rubia. Y delgada. Unos dieciocho años. ¿Cómo lo sabes?

Homero se puso en pie, con la mano sobre los riñones.

—No lo entiendo. No sé de dónde ha salido. Pero he visto yo mismo todas esas cosas. Soy capaz de ver esas imágenes... con mis propios ojos.

Artyom alzó la mano, como si hubiera querido agarrar uno de los avioncitos de juguete que pasaban frente a él.

—Lo has leído. Mi manuscrito. Reconócelo —exclamó el viejo, enfurecido—. No puede ser de otro modo. ¿Por qué me mientes?

—¡Yo no he tocado esa porquería de cuaderno! —le replicó Artyom, rabioso—. ¡Para de tocarme los huevos con esa idiotez!

—Te estás riendo de mí, ¿verdad? ¡Hijo de puta!

Antes de que se oyera el silbato, Artyom ya había agarrado la carretilla.

Luego le supo mal. Iba a tener tiempo más que suficiente para lamentarlo.

Lo de después fue trabajo en cadena: cargar, caminar, descargar. Piedras, tierra, muertos. Uno encima del otro. Primero, los brazos y las piernas le ardieron, luego dejó de sentirlos, después colgaron sin fuerzas, y más tarde surgió de su interior, de algún lugar que se hallaba muy en su interior, algo de vida.

Un dolor sordo, constante, acompañaba el arrancar, el levantar, el colocar, el caminar, el dejar que pasara el tiempo.

Cuando parecía que iba a dormirse mientras caminaba —llevaba veinticuatro horas de pie— lo despertaban con espinas de metal. Cuanto trataba de ayudar a alguien que se había caído, se lo impedían a golpes de cadena. Había dejado de volverse, de reaccionar, cuando se oía el cerrojo de la puerta. Había olvidado del todo a Dietmar. No quería saber nada de él, no se interesaba por los miserables, los gemebundos animales humanos, ni por sus historias. Cómo había llegado cada uno hasta allí, cuál era la degeneración por la que los castigaban. Sin embargo, los había que balbucían, no para Artyom, sino para todo el mundo, para que los demás, por lo menos, supieran algo de ellos y los recordaran cuando hubieran muerto, cuando los enterraran bajo los escombros cada vez más cercanos. Artyom ya no era capaz de buscar relaciones y más relaciones de causa y efecto entre el radiotelegrafista que había muerto de un tiro y el chequista Svinolup, entre el locuaz Zuyev y la Lubyanka, entre Melnik y un tal Bessolov, entre Bessolov y el Führer, así como entre el Führer y Dietmar. Ya nada encajaba, nada tenía sentido.

Artyom ya no veía relaciones marcadas con lápices invisibles, ni sepulcros polvorrientos, ni comederos rebosantes de porquería, sino que conjuraba ositos de agua en la atmósfera impregnada de hormigón, y construía dentro de la cueva casas que llegaban hasta el cielo. Las máquinas voladoras le permitían aguantar hasta el toque de retreta, lo evacuaban a ese mundo que la muchacha ahogada se había figurado. No... él mismo lo había visto todo. Estaba seguro. Con sus propios ojos. Pero ¿cuándo? ¿Cómo?

Por fin, su turno terminó.

Los llevaron a empujones hasta un rincón y los obligaron a echarse, casi uno encima de otro. Artyom se durmió con la esperanza de soñar en la ciudad de Sasha. Pero, en cambio, se le aparecieron unas celdas, un Svinolup que había vuelto del Más Allá y la propia huida. Pero en su sueño no corría por un pasillo recto en dirección a la libertad, sino por un laberinto, un laberinto embrujado y sin salida.

Entonces el sueño terminó y empezó ruidosamente un nuevo turno.

Pasó otro día —¿o sería una noche? ¿O ambas cosas a la vez?—, en cuyo transcurso Artyom aprendió a imponerse a sus propias náuseas y tragarse el caldo sucio, se obligó a no ser el primero que se acercara al ofendido viejo y dejó de contar las carretillas repletas de tierra y las carretillas repletas de cadáveres.

El alambre le había desgarrado la ropa. De los verdugones que le habían dejado sus espinas rezumaba un grumo sanguinolento cada vez más transparente,

cada vez más escaso. Se manifestaba el segundo grupo sanguíneo, el RH negativo, un cóctel rebajado. Allí no había nadie que hubiera podido alimentar la sangre de Artyom con la suya propia. Seguro que Letyaga lo había esperado durante algún tiempo y se había hecho ilusiones con los reflejos de alguna luz, pero luego habría dado media vuelta y se habría marchado con andares recalcitrantes. Si no le daban la orden, no podría hacer nada. Y estaba claro lo que ordenaría Melnik a propósito de Artyom: prescindir de él. Ni siquiera Dietmar aparecía por allí. No se lo llevaba al patíbulo. Probablemente estaba ocupado en el frente.

Artyom no tenía en perspectiva ni la salvación ni el patíbulo.

Y así pasaron otras veinticuatro horas.

Se llevaba en silencio las rocas que sacaba Homero y que este le pasaba en silencio. Nikolay Ivanovich tenía ya muy mal aspecto: la piel se le había quedado amarillenta y el cuerpo se le bamboleaba. Artyom lo habría ayudado, pero el viejo no se lo permitía. Estaba ofendido a causa de su relato, y a causa de las nuevas esperanzas que le había dado Artyom.

Con sus últimas fuerzas le preguntó a Lyokha, que ya no tenía fuerza alguna, cómo se iban a construir las lujosas estancias, quién se encargaba de coordinar los trabajos, quién decidía qué partes de túnel había que desmontar. Lyokha señaló a un bizco.

El tío se llamaba Farukh. Al parecer había trabajado en la construcción en Moscú y tenía a su propia gente: Abdurrahim y Alí. Se les había confiado la obra a ellos porque no habían podido encontrar a ningún otro especialista. Farukh y sus subordinados se pavoneaban de un lado para otro sin cadenas. El hombre se daba importancia, pero tenía que comer de la tina con todos los demás. Dirigía las obras con mano experta y sabía muy bien quién tenía que cavar, quién tenía que mezclar el hormigón, quién había de construir los soportes.

—Tenemos que salir de aquí —le dijo Artyom al broker—. Si no, no tardaremos en estirar la pata.

Lyokha le respondió con una débil sonrisa.

—En estos momentos, estirar la pata es el método más seguro para salir de aquí.

—Vale, por mí puedes empezar tú. —Artyom se rio con la mitad de la cara—. Pero ándate con cuidado para que no te pillen.

Pasó el cuarto día y Dietmar tampoco se dejó ver. Ni hubo noticias de Letyaga. A Artyom no le quedaban fuerzas para pensar en la fuga. Pero tenía muy claro que quería vivir, quería vivir con un deseo que con el paso de las horas se volvía más desesperado. No para resolver sus asuntos, ni para vengarse,

ni para saber la verdad, ni para volver a ver a su familia. No. Tan solo vivir por vivir.

Artyom también aprendió a evitar que le hicieran nuevos verdugones con los alambres de espino. El estómago se le revolvió de nuevo al sentir aquel espantoso sabor en los labios, pero se obligó a sí mismo a volver a la tina, porque así, por lo menos, recobraría fuerzas. Aprendió a trabajar de tal modo que ya no veía nada, salvo sus aviones-libélula.

Aquella ceguera, sin embargo, no fue en vano. Cuando le parten la cabeza por la mitad a alguien que está echado en el suelo frente a ti, y tú no puedes decir nada, lo no dicho empieza a cobrar fuerza en tu interior, se agria y empieza a pudrirse. Mientras lo golpeaban con las espinas, el pus de su alma se mezclaba con su dolor y salía afuera con su sangre. Y cuando las heridas empezaron a secarse y se formó una costra, Artyom comenzó a fermentar por dentro.

Terminó el turno y no logró dormir. Giraba sobre sí mismo, se arañaba las cicatrices, se arrancaba la costra... la costra.

La costra.

Se revolvía en su insomnio, en su sofoco, en su cuerpo demasiado cercano a los otros cuerpos, como en una fosa repleta de cadáveres. Alguien le había hablado de costra. Alguien había querido lavarle sus costras. ¿Quién?

Su cabeza había reposado en el regazo de una mujer. *¿Ves a este hombre? ¿Ves que ha quedado cubierto de costras? Ven, pequeñuela, trátalo con amor...* Era una imagen difuminada, como si la hubiera visto a través de un plástico sucio. Pero no, no había sido un sueño. Era de verdad. Había puesto la cabeza... sobre el regazo de una muchacha. Había mirado sus ojos desde abajo, y ella había mirado los de Artyom desde arriba, inclinada sobre él. Sus pechos pequeños se ven desde debajo como medias lunas. Está desnuda. Artyom también está desnudo. Artyom vuelve la cabeza y besa su vientre delicado y encogido... encuentra unas marcas purpúreas... como puntos... quemaduras de cigarrillos. Ya son viejas. Vestigios de una tortura cruel. La besa allí. Allí es más tierna, más vulnerable. Gracias, Sasha... la muchacha le pasa los dedos por el pelo, lo acaricia con la mano, sus cabellos se erizan. La muchacha le sonríe, distraída. Todo se desdibuja. Cierra los ojos. *¿Sabes cómo me imagino que es el mundo ahí arriba?*

Durante el turno siguiente, Artyom miró sin cesar si Homero había acumulado suficiente tierra. Ardía por contarle, por comunicarle, por darle la venturosa noticia... y por justificarse.

Pero el viejo trabajaba poco a poco, no parecía que tuviera prisa. Había adelgazado, la piel le colgaba, su mirada iba de un lado para otro sin ton ni son. Homero tenía la prudencia de no dar golpes muy fuertes en la pared. Así solo se

desprendían trozos pequeños y quedaban incisiones menudas.

Y entonces se detuvo de pronto, sin haber amontonado grava suficiente como para tenerla en cuenta, y se sentó en el suelo.

Apoyó la espalda contra la pared, estiró las piernas y cerró los ojos.

Artyom fue el primero en darse cuenta, antes que los capataces, y le arrojó una piedra a Lyokha: «distráelos». Luego metió al viejo de carnes resecas en la carretilla y fingió que había muerto y se llevaba el cadáver al túnel, pero lo dejó con los que dormían. Lo vieron con la carretilla vacía y le costó unos cuantos latigazos... pero no se dieron cuenta de que se había llevado a Homero.

Artyom lanzó una plegaria al cielo para que el viejo no muriese todavía. De todos modos, durante la última semana había rezado una y otra vez. ¿Qué había dado él a cambio? Y, sin embargo, el cielo volvió a concederle crédito. Homero no murió, sino que despertó al sonar la señal del turno siguiente.

Artyom se las apañó para encontrarse con él junto al comedero. Tenían que hablar.

—¿Me oyes? Ahora ya lo sé. ¡Ya sé de dónde he sacado esos aviones!

—¿Cómo? —El viejo aún no oía bien.

—Cuando estábamos en la Tsvetnoy Bulvar. Cuando me emborrachaste. Creo que la vi. ¿Sabes...? Es como si la vieras... como si la tuviera delante de los ojos. Pero... no te me enfades ahora, ¿eh?

—¿La has visto?

—Sí. Allí, en la Tsvetnoy Bulvar. Me lo contó todo. No he leído tu manuscrito. De verdad.

—¿Está... está en la Tsvetnoy Bulvar? ¿Qué...? ¿Cómo es...?

—Una muchacha. De cabellos rubios. Tiene un aire de fragilidad. Sasha. Sashenka.

—¿No... no me estás mintiendo?

La voz del viejo parecía débil. Quería creer a Artyom. Trataba de creerlo.

—No te miento —le respondió Artyom con voz firme—. Y tampoco me burlo de ti.

—¿Está viva? Pero tú... tú comiste aquella porquería... aquello que provocaba...

—La he visto. Y he hablado con ella. Ahora estoy seguro. Me he acordado.

—Espera... ¿Sasha? ¿Mi Sasha... en aquel nido de serpientes? ¿En aquella guarida de forajidos? ¿Ella? ¿Qué... qué hacía allí? Tú la viste... pero ¿cómo? ¿Qué le pasaba?

—Nada. La muchacha estaba... bien. Todo bien. Hace una semana vivía.

—Pero ¿cómo pudo... cómo escapó? ¿Cómo?

—Todo eso me lo contó ella. Esas imágenes. Los aviones. La lluvia. Me

dijo: cierra los ojos e imagina...

—Pero... ¡¿qué hacía en un burdel?!

—Cállate... cállate. No puedes... alterarte. Estaba en el burdel, sí... pero mira... dónde estamos nosotros dos. Puede que un burdel no sea lo peor.

—Tenemos que ir por ella. Tenemos que sacarla de allí.

—Lo haremos, viejo. Te lo prometo. Pero antes tendría que venir alguien a sacarnos a nosotros de aquí. Eh, vuelve a sentarte, ¿por qué te has levantado?

La noticia sobre Sasha le había dado nuevas fuerzas a Homero. La esperanza había podido con su cuerpo. Pero no por mucho tiempo. El viejo manejaba el pico con lentitud. No era él quien controlaba la herramienta, sino la herramienta la que lo controlaba a él, arrastraba a Homero, lo obligaba a tomar impulso.

Artyom no había visto hasta entonces ninguna manera de escapar de la estación junto con Homero. Y había llegado el momento en que le parecía imposible del todo.

Defender a Homero frente a los guardias habría sido lo mismo que condenarlo a muerte. Solo había un motivo por el que se retrasaba su ejecución: por una vez, la nueva remesa de trabajadores tardaba en llegar, y por ello los capataces no iban con tanta prisa a deshacerse de los que ya tenían. Así, Homero siguió con vida un día más. Y entonces fueron a buscarlo.

—¡Nikolayev! —gritaba alguien con un megáfono dese la puerta—. ¡Nikolayev Nikolay!

Homero bajó la cabeza y se puso a golpear más fuerte con el pico, como si hubiera querido satisfacer la cuota de escombros antes de que lo mataran.

Artyom se acercó disimuladamente a la puerta con la carretilla para valorar la situación. Lo vio de pie en el quicio de la puerta, mirando a su alrededor con asco y consternación, protegido por los guardias: el maestro Ilya Stepanovich. Se lo veía con el cuerpo algo hinchado, pero estaba ilesos y llevaba uniforme. Una vez más, sostuvo el megáfono frente al bigote y gritó:

—¡Nikolayev! ¡Homero!

Solo entonces comprendieron los guardias a quién se refería. Se volvieron hacia el viejo y lo arrastraron hasta Ilya Stepanovich. El maestro bajó dos escalones y murmuró algo en la mugrienta oreja del anciano. Aún tenía en el rostro la mueca provocada por el hedor. Homero no lo miraba, sino que tenía los ojos vueltos hacia el suelo. Artyom recibió un latigazo por quedarse inmóvil y demostrar curiosidad, y tuvo que marcharse. Ilya Stepanovich se quedó un rato junto al llamado Nikolayev Nikolay, y entonces hizo un gesto de menosprecio con la mano derecha y se fue.

—¿Qué quería? —le preguntó Artyom al viejo, en cuanto tuvo una

oportunidad junto al comedero.

—Llevarme con él. Está trabajando en su libro, pero no le sale. Y le han ofrecido las mejores condiciones: una habitación de trabajo para él solo y una ración especial. Pero ni siquiera así le sale. Dice que se ha leído mi manuscrito. Quiere que lo ayude. Que le dé consejos. Y si acepto me sacará de aquí y ya no tendrá que volver.

—¡Hazlo! ¡Dile que estás de acuerdo!

—¿Con qué? ¿Con escribirle su libro?

—¿Qué más da? ¡Si te quedas aquí, vas a morir!

—¡¿Voy a tener que escribir un libro sobre la gloriosa historia del Reich... con mis propias palabras?!

—¡Si no, no habrá libro! ¡Y también desaparecerás tú! ¡No quedará nada de ti!

Homero se llenó los carrillos de caldo aguado y se lo tragó. Sabía igual que siempre. Sabía igual que la vida.

—Le he dicho que no saldría de aquí sin ti.

—Pero viejo...! ¿Eso le has dicho?

—Y no puede ser. Lo han autorizado a sacar a una persona para que lo ayude en su trabajo, pero dice que no le permitirán que se lleve a dos.

—¿Y qué... qué se sabe de Dietmar?

—Dietmar ha muerto. Ha caído en la Teatralnaya. Los rojos han encontrado una manera de entrar en la estación y lo han matado. Y a muchos otros con él. En un solo día. Ahora el maestro sigue órdenes directas del Führer. Está claro que le ha gustado la idea del libro.

Dietmar había muerto.

Artyom había quedado atrapado en un túnel vacío.

Allí ya no quedaba nadie que lo conociera, nadie que se acordara de él. Hasta poco antes había sido rehén, prisionero de guerra, agente doble, pero en aquel instante ya no era más que un degenerado anónimo, un esclavo como todos los demás. No tenía ya ningún sentido esperar, ni le quedaba nada que temer, ni nada a lo que pudiera agarrarse. Lo habían abandonado allí, en aquel espacio vital sin fronteras, y no había nadie que lo buscara. Había sacado todas las fuerzas que guardaba en su interior y se las había dejado dentro del túnel. Lo había llenado con sus fuerzas, como si hubiera llenado un intestino, a la vez que se derrengaba y su cuerpo se deterioraba. Un sabor a herrumbre le llenó la boca, fue incapaz de tragarse nada más, sentía un zumbido en la cabeza. El ser humano, ese cretino, no es inagotable. Artyom veía el final del túnel ante sus propios ojos.

—Márchate, viejo. Márchate igualmente.

—¿Cómo quieres que te deje aquí? Tú has regresado para rescatarme.

—Porque así, por lo menos, nos quedará una esperanza. A mí ya no me necesitan para nada. Pero que se salve por lo menos uno de nosotros. Si tú te mueres, me moriré también yo. Eso está claro. Pídeles que vuelvan a llamar al maestro. Y márchate de aquí.

—No quiero hacerlo.

—¿Cómo quieres salvar a tu muchacha si la diñas aquí? Pero si ya estás... disculpa... ¡a duras penas te sostienen las piernas! ¿No te parece...?

—No puedo.

Pero al anochecer, poco antes de la retreta, se llevaron en carretilla al vecino de Homero —un hombre con un bocio muy hinchado— para sepultarlo bajo las piedras.

El viejo, por su parte, había acumulado escombros suficientes como para que Artyom pudiera acercarse a él.

—Si aprovecho la oportunidad... podría encontrar trabajo en algún sitio y tratar de sacarte de aquí.

—¡Por supuesto! —dijo Artyom—. ¡Eso es lo que te decía yo!

—Y tú piensas que debería preguntar...

—¡Desde luego!

—Pero ¿vas a aguantar? ¿Durante cuánto tiempo?

—¡Lo que sea necesario, viejo! —prometió Artyom, tan convencido como pudo—. Espera, voy a buscar a los guardias.

Algo más tarde, mientras aguardaban al maestro (los capataces se abstuvieron de hacerle nada más al viejo, e incluso una parte de su inmunidad se transfirió a Artyom), todavía pudieron intercambiar algunas palabras.

—Está bien que salgas ahora. Que escribas. Estoy seguro de que no vas a trabajar tan solo en su libro, sino que también continuarás con el tuyo. ¿Verdad que sí?

—No lo sé.

—Sí, sí que lo harás. Seguro. Me parece bien que el ser humano trate de dejar huella de su paso por este mundo. Tienes toda la razón en hacerlo.

—Cállate de una vez.

—Oye, escúchame... no tenemos más tiempo... pero, más que nada, quería contarte algo sobre los Negros. ¿Podrías explicarlo en tu libro?

—¿De qué se trata?

—De los Negros, viejo... no son lo que nosotros... no eran demonios, no eran un peligro para la humanidad. Todo lo contrario. Eran nuestra única salvación. Y además... fui yo quien les abrió la puerta de entrada al metro. Era mucho más joven que ahora. Por aquella época pensaba siempre en cierto día de mi niñez... y por eso...

Y por eso incitó a Vitalik y Zhenya, dos jóvenes de su edad, a jugar con él a los stalkers y a colarse en la estación abandonada Botanicheski Sad, aunque estuviera estrictamente prohibido a los niños entrar en el túnel. Había hecho girar la rueda de cierre de la puerta hermética para poder salir al camino que llevaba arriba, y fue el primero en subir por la escalera mecánica averiada. Porque... sí. ¿Cómo se podría explicar? Porque quería volver a ver a su madre, la madre de entonces, la de aquel día de los patos y el helado, porque tenía una cita con ella, porque la añoraba mucho. A los otros se los había llevado únicamente porque le daba miedo ir solo.

Y los Negros... los Negros no lo habían contemplado por fuera, sino que enseguida habían mirado a su interior: un huérfano solitario, perdido en el mundo que les pertenecía a ellos. Lo habían visto y lo habían... ¿sometido? No, lo habían adoptado. Artyom pensó que se hallaba bajo su influencia, temió que lo cargaran de cadenas, que lo obligaran a seguir sus órdenes y lo azuzaran contra la humanidad. Pensó que el objetivo de los Negros era dominarlo. Pero no era eso lo que querían. Se habían compadecido de él, y por compasión lo dejaron vivir. Del mismo modo que estaban a punto de salvar a los seres humanos de la Tierra. Por compasión. Pero los seres humanos se habían transformado en algo muy parecido a los animales. Los Negros necesitaban un mediador, un intérprete. Y aquel mismo Artyom al que habían elegido tenía el don de sentir su lenguaje, y tal vez aprendería a traducirlo al lenguaje de los hombres. Ese era su destino: levantar un puente entre el hombre antiguo y el nuevo.

Pero Artyom sintió temor. Temor a confiarse, temor a la voz que hablaba dentro de su cabeza, a los sueños, a las imágenes. No los creyó, no se creyó a sí mismo. Aceptó aquella misión impía, la misión de exterminar a los Negros, porque tenía miedo de entregarse con confianza, de oírlos, de escucharlos. Le resultó más fácil buscar misiles que no se habían llegado a utilizar en la guerra y exterminar con ellos a todos los Negros. Aniquilar con fuego naranja el lugar donde había aparecido el nuevo ser humano, el ser humano provisto de razón. El Jardín Botánico. El mismo lugar por donde el Artyom de cuatro años se había paseado de la mano de su madre.

Antes de autorizar el lanzamiento de los cohetes y pasarle las coordenadas a Melnik, Artyom tuvo un segundo de tiempo. Y durante ese segundo permitió que los Negros volvieran a penetrar en su interior. Y no por salvarse, sino por la compasión que sentían por él —porque sabían que Artyom ya no detendría el exterminio— le enseñaron la imagen de su madre. Su rostro sonriente. Y le dijeron —con la voz de la madre— que lo querían y lo perdonaban. Habría podido pararlo todo.

Habría podido decirle a Melnik que se detuviera, habría podido interrumpir

la conexión por radio... pero, una vez más, tuvo miedo.

Y cuando los misiles cayeron a tierra ya no quedó nadie que pudiera amar a Artyom. No quedó nadie a quien pudiera pedirle perdón. El rostro de su madre desapareció para siempre. Y el Jardín Botánico se transmutó en asfalto fundido y carbones negros. En todo un kilómetro cuadrado no quedó más que polvo y cenizas. No había ya ningún sitio adonde Artyom pudiera regresar.

Descendió de la torre de Ostankino y regresó a su hogar, a la VDNKh, y allí lo recibieron como a un héroe, como a un redentor. Como a un santo que había matado al horrible dragón. Pero aún sentía miedo, no tanto de volverse loco como de que lo tomaran por demente. Y por ello no le contó a nadie lo que había sucedido en realidad, salvo a su Anya y a Melnik. Que tal vez había echado a perder la última esperanza de la humanidad de reconquistar la Tierra. Abrió su corazón a tan solo dos seres humanos y ninguno de los dos lo creyó.

Tuvo que pasar un año, un año entero, para que empezase a recordar: cuando Ulman y el propio Artyom habían instalado la antena en la torre de Ostankino, el joven había captado algo, tan solo un instante, antes de que Melnik lo llamara. Una señal de radio... pero en ese momento Artyom no llevaba puesto el auricular. Tal vez hubiera sido su imaginación.

Pero si hubiese sido tan solo su imaginación, entonces...

Final. Definitivo. Sin posibilidad de marcha atrás. Con sus dedos torpes, sucios de setas, había... estrangulado... la única esperanza que quedaba para él y para todo el mundo. Lo había hecho él. Él solo. Él, Artyom, había condenado a cadena perpetua a los seres humanos de su estación y de todo el metro. A ellos, a sus hijos y a los hijos de sus hijos.

Pero si quedaba un solo lugar en toda la Tierra donde los seres humanos habían sobrevivido...

Uno solo...

«Uno solo».

—¡Nikolayev! ¡Nikolayev Nikolay!

—Vete. Te acompañaré hasta... quizás no me lo impidan.

—¿Todo eso es cierto?

Homero sujetó con fuerza el brazo de Artyom. Parecía como si se sostuviera en él, aunque en realidad era él quien ayudaba a Artyom a caminar.

—Sí. Solo ha sido un resumen... te lo he contado como he podido en tan poco tiempo.

—Si te saco de aquí, me lo vas a contar con más exactitud, ¿verdad? Con todos los detalles.

Homero lo miró a los ojos.

—Para que en el libro todo esté completo y no confunda nada al escribirlo.

—Por supuesto. Si me sacas de aquí... Pero escúchame... te quiero hablar de lo más importante. Quiero... decírtelo. ¿Me crees?

—Sí.

—¿Y lo vas a poner todo por escrito? —Lo voy a poner todo por escrito.

—Bien —dijo Artyom—. Así está bien.

Ilya Stepanovich aguardaba junto a la puerta, impaciente, y miraba una y otra vez a los animales humanos. Tal vez estuviera pensando cuál sería la mejor manera de eliminarlos de su libro. Manifestó su alegría al ver a Homero y, sonriente, le echó sobre los hombros una chaqueta acolchada. El viejo le dio la mano a Artyom para despedirse.

—Hasta la vista.

La cara del maestro se contrajo en una mueca muy breve. Sabía que no habría reencuentro, pero no quería contradecir a Homero.

Artyom también lo sabía, pero tampoco quería contradecirlo.

—¡Ilya Stepanovich! —gritó, mientras este se llevaba al viejo en dirección a la vida.

El maestro lo miró con disgusto. Los capataces volvieron a la realidad y empuñaron sus flagelos espinosos para utilizarlos contra Artyom.

—¿Cómo está su mujer? ¿Ya ha dado a luz? —preguntó Artyom en voz alta, para que todo el mundo lo oyese—. ¿Es niño o niña?

El rostro de Ilya Stepanovich se quedó de color ceniciente y fue como si el maestro hubiera envejecido varios años.

—Nació muerto.

Hablaban sin que apenas se lo oyera, pero Artyom le leyó los labios.

La puerta se cerró estruendosamente y los látigos llenaron la espalda de Artyom de un dolor dulce. Brotó sangre. Bien. Que brotara en silencio. Tenía que salir todo en silencio.

Cuando les sirvieron los desechos de la cocina, Artyom los saboreó por primera vez.

Fue el banquete fúnebre por Dietmar.

Suerte que había sacado al viejo.

Suerte que lo había convencido de que más adelante podría salvarlo a él.

Suerte que él mismo no se lo había creído. Así, al menos, ya no se estremecía cada vez que se oía la puerta de entrada. Ya no albergaba ninguna esperanza. No contaba los días. Así era más sencillo. Sin tiempo.

Y, por encima de todo, suerte que había podido hablarle a Homero de sí

mismo y de los Negros. Que los minutos y su aliento habían bastado. Ya no le daba tanto miedo quedarse allí, en el olvido.

Ocurría algo en el resto de estaciones. Tal vez una guerra. Pero a la Schillerovskaya no llegaba nada. Allí todo seguía el camino habitual: las paredes del nuevo espacio vital se corroían y se desprendían de sus piedras, el túnel hasta la Kuznetsky Most se alimentaba de tierra y de cadáveres y se acercaba cada vez más hacia la estación. Artyom estaba cada vez más débil, pero pugnaba por no dejar de existir. Lyokha, el broker, ya parecía un esqueleto ambulante. Pero se le había metido en la cabeza que tenía que mostrarse todavía más obstinado que Artyom.

No hablaban el uno con el otro. ¿Y de qué habrían hablado? En cierta ocasión, unos presos trataron de huir, habían golpeado con los picos contra el alambre de espino, contra los guardias, pero estos los mataron a tiros, y para asustar al resto mataron a unos cuantos más. Desde entonces, nadie más se atrevía a tratar de huir, nadie hablaba de ello, nadie pensaba en ello.

Un único pensamiento mantenía a Artyom con vida: cuando al terminar el turno iba a la fosa donde dormían y se colocaba sobre un cuerpo extraño, cerraba los ojos y se imaginaba que su cabeza reposaba sobre el regazo de aquella muchacha, Sasha, y que estaba desnuda y era hermosa. Se acariciaba él mismo los cabellos sin sentir el peso de su propia mano. Se imaginaba que Sasha le enseñaba la ciudad en la superficie. Sin Sasha habría muerto mucho antes.

Dormía las cuatro horas que le permitían hacerlo, se ponía en pie y caminaba, y cargaba y levantaba y transportaba y descargaba. Y caminaba y se arrastraba y se caía. Y se incorporaba. ¿Cuántos días había pasado allí? ¿Cuántas noches? No lo sabía. En la carretilla transportaba tan solo la mitad de peso que antes, no podía con más. Por fortuna, los degenerados también pesaban la mitad, porque su alimentación era miserable. Si no, no habría podido cargar con ellos ni sepultarlos.

Durante el día, se permitía un goce secreto. Sabía por qué nadie trabajaba en una de las paredes. Porque al otro lado estaba el pasillo con las viviendas sociales. Allí, detrás de aquella pared, tenía que encontrarse, de acuerdo con sus cálculos, la confortable vivienda de Ilya Stepanovich y Narine. Una vez al día, Artyom miraba a su alrededor con prudencia, se acercaba a aquella pared y daba unos golpes. Toc-toc. La guardia no lo oía, Ilya Stepanovich no lo oía, el propio Artyom no lo oía. Y sin embargo, cada vez lo acometía una risa salvaje, silenciosa.

Pero entonces, en medio de aquella eternidad, llegó el día de la redención, el día en el que los seres humanos ya habían dejado de creer. Fue una redención aterradora.

Desde el mundo de fuera, la guerra entró en el pequeño mundo de dentro.

La puerta se abrió y cerró varias veces con mucho estrépito, y la Schillerovskaya, de repente, se llenó de hombres bien alimentados que vestían uniformes de la Legión de Hierro. Los degenerados y los animales humanos dejaron de afanarse, se quedaron quietos, contemplaron estúpidamente a los recién llegados. Sus cerebros obstinados, fosilizados, trataban de componer un mosaico con las palabras que los desconocidos se gritaban unos a otros.

—¡Los rojos han conquistado la Kuznetsky Most!

—¡Un destacamento de tropas de la Lubyanka! ¡Tratarán de entrar aquí!

—¡Podrían llegar en cualquier momento! ¡Orden de cegar el túnel!

—¿Dónde están los artificieros? ¿Por qué tardan tanto?

—¡Van a minar el túnel que lleva a la Kuznetsky Most! ¡Lo más lejos posible de la estación!

—¿Dónde están los explosivos? ¿Y los artificieros?

—¡Su vanguardia ya está en marcha! ¡Vienen soldados con ametralladoras!

¡Rápido! ¡¿Qué sucede?!

—¡Cortad! ¡Cortad los alambres! ¡Las minas tienen que estar lejos de la estación!

—¡Vamos! ¡Hacedlo rápido!

Entraron los artificieros, con el cuerpo cubierto de sudor, cargados con cajas de explosivos. Los animales humanos aún no entendían nada. Artyom contemplaba todo el tumulto como a través de un plástico húmedo y arañado. Ya era lo normal. Era como si todo aquello no lo afectara en nada.

—¡No lo vamos a conseguir! ¡Están demasiado cerca! ¡Tenemos que ganar tiempo!

¡Tiempo!

—¿Qué vamos a hacer? ¡Van a llegar enseguida! ¡Son muy superiores en número! ¡Vamos a perder la estación! ¡No podremos hacer nada!

A alguien se le encendió la bombilla.

—¡Meted a los degenerados en el túnel!

—¡¿Qué?!

—¡Los degenerados! ¡Metedlos en el túnel! ¡Que sean ellos los primeros en luchar! ¡Con los picos y las palas! ¡Y que frenen a los rojos! ¡Mientras los rojos los matan, tendremos tiempo para colocar las minas!

—¡Esos no van a pelear! Mira cómo están...

—Pues entonces que el destacamento de bloqueo les haga crecer las

piernas... ¡Sobolev! ¡Borman! ¡Klyk! ¡Venga, azuzadlos! ¡Daos prisa! ¡No podéis perder ni un segundo, gilipollas! ¡Deprisa!

Los azotes y cadenas de los guardias silbaron en el aire, separaron de las paredes a los miserables que se habían quedado petrificados allí y los hicieron avanzar como ganado hacia las fauces del túnel. Un momento antes, una barrera de tres capas de alambre de espino lo cerraba. Pero la telaraña estaba hecha trizas y ya era posible entrar en el túnel. La segunda conexión con Kuznetsky Most. Y allí, en lo más profundo, hervía alguna amenaza.

Indefensos, como drogados, los animales humanos corrían túnel adentro. Una y otra vez se volvían hacia los capataces. ¿Qué querían de ellos? Cada uno blandía la herramienta con la que solían trabajar: uno llevaba un pico, el otro un martillo. Artyom avanzaba con la carretilla, aunque entorpeciera a los demás, los golpeara en las rodillas, se encallara en los travesaños, y por ello le ordenaron que la dejara. Hizo lo que le decían y siguió adelante con las manos desnudas. Sentía en ellas como una incomodidad, como si les faltara el contacto de la herramienta. Sus dedos se habían fosilizado hasta transformarse en nudosos instrumentos de agarre. Se habían adaptado perfectamente a la carretilla y la pala.

Los soldados empujaban con sus fusiles ametralladores a los que se habían quedado al final de la columna. Después venían los artificieros con cajas y rollos de cable.

—¿Adónde? ¿Adónde? ¿Por qué? —balaban los desnudos al mismo tiempo que clavaban los ojos en la oscuridad o se volvían hacia las linternas y los fusiles de sus guardias.

Del agujero negro que se abre ante ellos, y en el que todos han entrado en cuestión de instantes, surgen arroyuelos que fluyen paralelos a las vías. Y luego un sonido. El eco de un lejano: «Uaaaaaa...».

—¿Qué pasa? ¿Qué es eso?

—¿Adónde vamos? ¿Nos van a dejar marchar?

—¡Esto quiere decir que nos dejan marchar! ¡Había alguien que lo decía ahí atrás!

—¡Cállate! ¡Cierra el pico! ¡Cerradlo todos los demás! ¡Marchad hacia delante, tarados!

—... uaaaaaaaa...

—¿Lo has oído? ¡¿Lo habéis oído todos vosotros?! Con estos subnormales no podremos avanzar ni cien metros... ¡pero si ni siquiera mueven las piernas!

¡Esto es sabotaje!

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Empezad a colocar las minas!

—¡Haced avanzar a los engendros! ¡Empuñad las bayonetas!

—... hurraaaaaaa...

—¡No lo vamos a conseguir! ¡Aquí! ¡Haced avanzar a esos!

Los artificieros se detienen y se ponen a trabajar. Abren las cajas, sacan los explosivos con forma de ladrillo y empiezan a fijarlos en las paredes del túnel y en los huecos que deja el armazón.

Alguien golpea a Artyom en la espalda con la culata del fusil, y este empieza a caminar más rápido, y el atareado destacamento que ha ido a cegar el túnel se queda atrás. Los látigos cortan el aire, millones de vatios en linternas potentes iluminan a la multitud que se adentra tambaleante en la negrura y arrojan sombras largas y encorvadas sobre los húmedos travesaños. Un estentóreo altavoz las hace avanzar.

—¡Eh, vosotros! ¡Todos vosotros! ¡Dentro de poco vais a hacer algo grande! ¡Vais a salvar al Reich! ¡Nos amenazan hordas de degenerados! ¡Rojos caníbales que no se detienen ante nada! ¡Hoy, aquí y ahora podéis ganaros el perdón! ¡Podéis pagar con vuestra sangre el derecho a llamaros humanos! ¡Nuestros enemigos tienen planes para aniquilar primero el Reich y luego el metro entero! ¡Ahora no los puede detener nadie, aparte de vosotros! ¡Quieren clavarnos una puñalada en la espalda, pero no cuentan con que vosotros nos protejáis! ¡Vienen mejor armados, pero vosotros también tenéis armas! ¡No podéis perder nada... y por ello tampoco tenéis que temer nada!

—¡Yo... yo no voy a ir! ¡No, no quiero! ¡No puedo luchar!

Un estrépito ensordecedor. El eco del disparo se sobrepone a los ecos del chillido. Y entonces, al cabo de un instante, antes de que todos los que se hallan en el rebaño comprendan lo que ha sucedido, los fusiles de asalto empiezan a disparar a la nuca de los que caminan más lentos. Alguien exhala su último aliento. Un herido aúlla. Una mujer chilla. El vecino de Artyom mira a su alrededor. Se oye como un silbido que corta el aire y su cuerpo se desploma borboteariendo.

—¡Adelante, cabrones! ¡Caminad! ¡Que no se os ocurra quedaros quietos!

—¡Nos están disparando! ¡No os quedéis quietos! ¡Caminad!

Artyom choca con una espalda jorobada, se abre paso entre los que ya no pueden caminar, saca de entre las piernas de alguien a un adolescente que se ha caído, lo deja atrás de nuevo, se vuelve un segundo para mirar a sus perseguidores, poco a poco logra meterse en el grueso del pelotón, donde se siente protegido.

—¡Adelante! ¡Adelante!

Los disparos continúan y la gente cae sobre la vía como fichas de dominó y golpea en la espalda al que va delante. El de delante da un traspié o se cae más rápido todavía frente al «HURRRAAAAAA» que brota del túnel con rabia y furor, como unas aguas subterráneas que se desbordaran de pronto.

—¡No somos animales de matadero! —grita de pronto alguien que va al frente, uno de los degenerados—. ¡No nos vamos a dejar matar!

—¡Sí, adelante! ¡Protejámonos!

—¡Muerte al enemigo!

—¡Golpear! —aúlla otro en medio de la multitud—. ¡Adelante! ¡Adelanteeeeee!

Y con mucha lentitud, como el engranaje de una locomotora de vapor, como un paciente que poco a poco se despierta de la anestesia, aquella columna tan larga de criaturas desnudas, de criaturas velludas, cubiertas de golpes — medio animales, medio humanos — se pone a caminar más rápido, a sacar fuerzas de flaqueza, a levantar picos y martillos, para por lo menos matar a alguno antes de que los maten a ellos.

—¡Muerte a los enemigos! ¡No nos vamos a rendir! ¡Adelante!

—¡ADELANTEEEEEEE!

Un minuto más tarde, el rebaño entero corre por el túnel entre gritos, chillidos y llantos. Sus armados pastores podrían seguirlos en su carrera, pero son demasiado haraganes y sienten demasiado asco. La luz que viene de atrás palidece, los perseguidores se detienen, porque no quieren acabar por descuido en el mismo lugar que la carne de cañón. En el otro extremo se difunde una luz crepuscular, las sombras que corren empiezan a disolverse en las tinieblas.

Artyom no puede hacer nada, pero tampoco se detiene. Cualquiera que piense en pararse en medio del alud humano acaba barrido y pisoteado en un instante. Ve a su lado a Lyokha, que lo mira con ojos furiosos, enloquecidos, sin reconocerlo. Luego lo deja atrás.

—¡HURRRAAAAAAA!

De pronto, los rojos caen sobre ellos.

Atraviesan el velo de tinieblas... y de pronto aparecen frente a los animales humanos, cabeza con cabeza, rostro con rostro. El túnel acaba de parirlos y en un instante se arrojan contra sus adversarios.

—¡¡¡AAAAAAAHH!!!!

A diferencia del rebaño que ha salido de la Schillerovskaya, han emergido de la penumbra de cualquier manera, sin internas. Los primeros del rebaño todavía tienen tiempo de alzar los picos cuando...

—¡BBBRRRAAAAAMMM!

¡Qué estruendo a sus espaldas!

¡Qué temblor de la tierra!

Cuando el cálido aliento de la explosión barre a las últimas hileras de fugitivos, las trompetas de Jericó resuenan en el túnel, todas las lámparas se apagan y los fusiles de asalto enmudecen, y no queda nada salvo la negrura, la negrura impenetrable que los envuelve, como si el mundo hubiera desaparecido del todo, del mismo modo que la oscuridad ha reventado y lo ha inundado todo, oscuridad total, absoluta, sin esperanza.

De pronto, Artyom ha quedado ciego y sordo, como todos los que corren delante y detrás de él. Los caídos tratan de incorporarse, se mueven a tientas en la oscuridad en busca de un pico, de un martillo...

Porque no son los oídos, sino la piel, el cuero cabelludo, los que les dicen que en primera fila del rebaño trabaja la muerte, corta con la guadaña, cae ciegamente sobre los seres humanos. Por ello tienen que ponerse en pie, protegerse con el pico, o mejor todavía, levantar el brazo y reventarle el cráneo vacío a la muerte, hincarle el pico en las cuencas vacías de los ojos y romperle el hueso, volver a levantar el brazo y volver a golpear.

No queda nadie que los atosigue para que avancen, todos corren por sí mismos, porque la muerte los llama, y sería aún peor esconderse y aguardar a que la muerte los encuentre, mucho mejor golpear antes de caer.

No se oye ningún disparo. Los otros, los rojos, tampoco tienen rifles ni fusiles de asalto, todos ellos se arrojan a la pelea con lo que tienen, y en la impenetrable negrura ni siquiera se sabe lo que es.

Artyom estira las manos hacia un lado, logra agarrar un mango, le quita el pico a alguien y se lanza adelante, borracho de miedo y de pasión, trepa sobre hombres y mujeres desnudos para precipitarse de cabeza a la trituradora y no morir como una res ciega en la matanza, sino ser, por lo menos, el ciego matarife, si no le queda ninguna otra opción.

Allí —ahora ya muy cerca— se golpean los unos a los otros, se acuchillan y despedazan, se muerden como bestias, sin saber a quién matan ni por qué, y ya nadie grita «¡Muerte!» ni «¡Hurra!», porque todos ellos han olvidado el ruso y cualquier otra lengua que conocieran, sino que gimotean, lloriquean, gritan y aúllan sonidos inarticulados, sin sentido.

Por todas partes se oyen silbidos, zumbidos, algo que surca el aire.

Los picos se estrellan contra el hormigón cuando no encuentran carne. Chocan cada vez que no alcanzan su objetivo y se hincan en algo.

Un soplo de aire herrumbroso le acaricia el rostro: un hierro afilado acaba de pasar a un palmo de su cara. Artyom retrocede, tambaleante, y vuelve a atacar. ¿A su propia gente? ¿Al enemigo? ¿Acaso tiene un bando? Es la sangre lo que huele a herrumbre. Los seres humanos huelen a mierda.

Los animales humanos y los humanos animales de ambos bandos se lanzan unos contra otros para matarse y así poner fin a todo y dejar de tener miedo.

Artyom golpea una vez, dos, tres... y en varias ocasiones acierta. Se oye un borboteo, siente que un líquido caliente lo salpica, el pico se queda clavado y lo arrastra hacia abajo, y esa es su salvación, porque en ese mismo instante un objeto pesado se le viene encima para partirle la cabeza, pero no acierta y pasa de largo.

Entonces se le revienta algo en la rodilla y se cae sobre las vías. Ya no puede ponerse en pie, pero se arrastra, trata de ocultarse bajo un bulto blando, pero el bulto blando lo golpea como puede, trata de apartarlo a un lado, se defiende sin palabras, lo ensucia con un líquido pegajoso y cálido.

Pasa un rato interminable y sigue sin aparecer la luz. Los seres humanos se destrozan, áullan y gimotean, golpean a su alrededor sin saber a quién, tocan a rebato sobre las vías cuando no logran golpear a su presa. Artyom escucha el sonido, se santigua con cautela y no deja que ningún otro sonido escape de su garganta. Recuesta la cabeza sobre uno de los muertos e imagina que se trata de Sasha, que lo acoge sobre su regazo. Entonces tira de otro cadáver hasta colocárselo encima y se queda oculto.

Pasa un buen rato hasta que todo termina.

La matanza no se acaba hasta que no queda nadie que se pueda tener en pie.

Entonces, los que aún no han muerto se agitan, aprenden de nuevo a hablar. Artyom se sujetta la rodilla destrozada, se aparta del regazo de Sasha, se sienta y susurra:

—Esto... ha terminado. Fin. No quiero más. No voy a matar a nadie más.
¿Quién eres?

Tantea con las manos a su alrededor.

—¿Quién está aquí? ¿Eres de la Schillerovskaya?

—Sí, soy de la Schillerovskaya —le responde alguien en algún lugar.

—Nosotros somos de la Lubyanka —dice alguien en la cercanía.

—¿De la Lubyanka?

—¿Sois fascistas? ¿La Legión de Hierro? ¿Caníbales?

—Somos de la Schillerovskaya —responde Artyom—. Somos degenerados, prisioneros. Nos han obligado a avanzar. El destacamento de bloqueo.

—Nosotros somos de la Lubyanka —repite una voz—. Somos prisioneros. Políticos. Nos han obligado a avanzar... hacia la Pushkinskaya. Como carne de cañón... antes que las unidades regulares... contra las ametralladoras... como barrera...

—Para parar el primer ataque... nos han empujado como carne de cañón —repite entonces Artyom—. Para parar el primer ataque... nosotros, los

degenerados...

—Aquí somos todos de la Lubyanka, todos hemos salido de las celdas, somos presos —le dice alguien—. Nos ha mandado el destacamento de bloqueo... los chequistas nos disparaban por detrás... para que...

—Nos... nos han disparado... los capataces...

—Ha llegado un momento en el que han dejado de seguirnos... el destacamento de bloqueo se ha quedado atrás...

—Han hecho estallar el túnel a nuestras espaldas. Y ya no hemos podido hacer nada... no teníamos adónde ir... no nos han seguido. Nos han dejado en la estacada.

—Pero... ¿por qué nos habéis...?

—¡¿Y vosotros?! ¿Por qué nos habéis...? ¡Dímelo!

Al oír la voz de Artyom, alguien se agita, torpe y dolorido, con las piernas rotas, como un gusano. Artyom lo oye... pero ya no es capaz de golpear. Oye cómo se acerca el otro y nota que le cuesta, y Artyom se vuelve hacia él. Tiende la mano, entrelaza sus dedos con los del otro hombre y lo atrae hacia sí.

—¿Por qué nos habéis...? Santo Dios...

—Perdón... perdón... por el amor de Dios, perdón...

Se arriman el uno al otro. Artyom lo abraza —parece que es un hombre adulto— y apoya la frente en la del otro. El hombre llora, tembloroso, y entonces Artyom siente que todo su cuerpo se agarrota, se estremece y las lágrimas le resbalan por el rostro. El hombre deja de llorar, suspira una última vez y muere. Y entonces Artyom lo suelta.

Pasa otro rato echado en el suelo.

Entonces un minúsculo muelle salta dentro de su cráneo y se acuerda de algo.

—De la Lubyanka... ¿queda alguien que viniera de la Lubyanka?

Aquí y allá se agitan cuerpos humanos, tratan de mover sus brazos rotos, de pensar con sus cabezas reventadas, gimen y desvarían.

—Natashenka... pon la tetera en el fuego, cariño... he traído pastelitos.

—¡En cuanto regrese de Turquía nos llamamos!

—¡Yo trabajé en la construcción en Moscú! ¡En la construcción!

—¿Por qué está tan oscuro? ¡Tengo miedo de la oscuridad! ¡Enciende la luz, Seryosha!

—Dios mío, abuela, ¿qué haces aquí? ¿Por qué has venido?

—¡Estamos engrandeciendo nuestro espacio vital! ¡Así habrá sitio para todos!

—Agua... dadme agua...

—¡Alyonka! ¡Alyonka, capullo!

—Yo soy de la Lubyanka. Yo...

Artyom se arrastra sobre una rodilla y los codos hasta el lugar donde se ha oído la voz.

—¿Quién? ¿Quién eres? ¡Dime algo, no tengas miedo! ¿Quién eres?

—¿Y quién eres tú? —dice la voz de una mujer.

—Zuyev. ¿Había un Zuyev con vosotros?

—¿De qué Zuyev me hablas? No había ningún...

—¡Zuyev! —brama Artyom—. ¡Zuyev Igor! ¡Zuyev! ¡¿Sigues con vida?!
¡Zuyev!

Se incorpora sobre la pierna que todavía está sana, se apoya en la cadena y se pone a cojear a ciegas, agarrándose a los soportes del túnel.

—¡Zuyev! ¡Igor Zuyev! ¿Quién es Igor Zuyev, de la Okhotny Ryad?
¡De Prospekt Marxa! ¡¿Quién es?!

—¡Para de gritar! ¡Si no te callas, vendrán los...!

—¿Qué te parece si hoy por la noche vamos al cine? Hace un día tan bonito... ¿para qué vamos a quedarnos en casa?

Igor no responde.

Quizás esté ahí, en algún lugar, muy cerca, pero le falte media cabeza y le cueste hablar. O quizá no diga nada, quizás esté callado, el muy zorro, para que no lo descubran.

—¡Igor! ¡Zuyev! ¿Hay alguien que estuviera en el calabozo con Zuyev? El que hablaba de supervivientes de otras ciudades... de Polyarnyie Zori... los que llegaron a Moscú... ¡¿Hay alguien que haya estado en la misma celda que él?!
¡Zuyev!

—¿Qué?

—Contaba cuentos! ¡Decía que también había habido supervivientes en otras ciudades! ¡Y que vinieron a Moscú!

—¿Sabéis cuánta mierda se malgasta en la Schillerovskaya, niños? ¡Si lo supierais...!

—No está aquí. Ajjjj. Zuyev no está aquí.

—¿Qué? ¿Quién eres? ¡¿Quién ha hablado?!

—Zuyev ya no estaba con nosotros. Lo enviaron a la Hansa.

—Alto. Espera. Repítemelo. ¿Dónde estás? ¡¿Dónde estás, maldito seas?!
¡Habla de una vez, no te escondas!

—¿Por qué lo buscas? ¿Eres amigo suyo?

—¡Tengo que saberlo! ¡Tengo que saber qué es lo que dijo! ¿Cómo era esa gente? ¿De dónde vinieron? ¡¿De dónde?! ¿Por qué lo han mandado a la Hansa?

—Esa gente... ajjjjj no venían de Polyarnyie Zori. Todo eso son gilipolleces. Disparates de agentes provocadores. Rumores... los hacen correr...

eran de los nuestros... volvían... de Bulvar Rokossovskogo. Ajjjjjjj. Nuestros propios trabajadores... Los del proyecto del siglo... en Balashikha... regresaron desde allí. Balashikha.

—Espera. ¡¿Y tú quién eres?!

Cojea un poco más allá, su mano se apoya en el vacío... ¡¿es la entrada de un corredor?! Se cae, vuelve a sentarse en el suelo y se mueve de nuevo hacia la voz, hacia los jadeos entrecortados.

—Una bonita ciudad... Kazán. Su mezquita es soberbia.

—Habría podido hacerme rico con la mierda si me hubiera llegado el encargo.

—¡Yo soy de Kazán! Pero mi abuela es de pueblo. Mi familia se llama Khairullin. Es el apellido de mi abuelo. ¡Mi abuela ni siquiera hablaba ruso!

—¿Quién eres? ¿Eres tú el que ha hablado de trabajadores? ¿Balashikha no quedó devastada? ¿Y cómo está Polyarnyie Zori? ¡¿Todos han muerto?! ¡No lo entiendo!

—¿Quieres que te ponga leche en el té?

—No tengo ni idea de lo que pueda haber sobrevivido. Lo de Polyaryie Zori es una patraña de los provocadores. Arjjj. Una historia bonita. Solo los idiotas se la creen. Aaarjjjj. En Balashikha... un puesto avanzado. En la superficie. Allí hay... una estación... una estación de radio... y con las otras estaciones... con lo que... dijo Zuyev...

—¡¿Qué?! ¡¿Qué dijo Zuyev?!

—¿Quién pasa por el jardín de infancia a recoger a Tanya? ¿Tú o yo?

—¡Vade retro, Satanás! ¡No me toques! Márchate. No soy tuyo. A mí me esperan en el cielo.

—¿Un puesto avanzado? ¿Arriba? ¿Quién lo ha construido? ¡No lo entiendo! ¡¿Qué estación de radio es esa?!

—Kjjjj... kjjjj...

—¿Quién eres? ¡Háblame! ¡¿Para qué sirve esa estación de radio?!

—Esos fascistas no son más que una cuadrilla de cerdos. Te torturan como si nada. Y dejan que toda esa mierda tan bonita se estropee.

—Los rojos... la Línea Roja construye allí... kjjjjj... arriba... en Balashikha... unas instalaciones especiales... una estación... y un puesto avanzado... para que... en vez... el metro... estación... radio... gente apostada...

—¿En Balashikha? ¡¿Una estación?! ¿Qué tipo de estación?

—De allí... de Bulvar Rokossovskogo... y ellos... ellos regresaron. Kjjjjj kjjjjj kjjjjj.

—¿Hacen pruebas desde allí? ¿Han podido contactar? ¡Dímelo! ¡Dímelo de

una vez!

—Aaajjjjj... njjjj... jj.

Entonces el hombre desaparece, como si no hubiera existido Igual que había surgido de la oscuridad, vuelve a ella. Artyom sacude una y otra vez a los vivos, habla a los cadáveres, les ruega... todo en vano.

—¡En Balashikha! —repite una y otra vez, para no olvidarlo, para no acabar por creer que se ha imaginado toda la conversación—. En Balashikha. En Balashikha. En Balashikha. ¡En Balashikha!

Ahora no puede morir de ningún modo. Ahora, Artyom está obligado a salir arrastrándose de entre aquel montón de seres humanos, a abandonar aquella matriz de hormigón, a nacer de nuevo, a suturarse todos los malditos agujeros y caminar, si es necesario arrastrarse hasta la maldita, la prometida Balashikha, y poco importa lo que pueda encontrar allí.

Vuelve a ponerse en pie, se agarra a uno de los soportes del túnel como si fuera la mano de su madre. El túnel que llevaba a la Schillerovskaya ha quedado cegado. En Kuznetsky Most están los rojos. No se meterán en el túnel. Probablemente saben que se ha venido abajo. Pero Artyom tampoco puede ir hacia la Kuznetsky Most.

Entonces se acuerda de la abertura que ha encontrado en la pared. ¿Será un corredor que une los túneles de líneas distintas? Va cojeando con las manos en la pared... se cae... las ratas se apartan hacia un lado. Quién fuera rata. Aunque les hayan perforado los ojos, las ratas encuentran igualmente el camino.

Una bocanada de aire. La maraña salvaje que le crece en la cabeza se revuelve. Como si los finos dedos de Sasha se le metieran entre los cabellos.

Levanta la mirada hacia arriba.

Siente una vez más el aire... amable y juguetón, como una madre que le sopla a la cara a su bebé.

Trata de agarrar algo en el vacío, se rompe las uñas contra el hormigón... y entonces encuentra hierro.

Un travesaño. Y luego otro. Es una escalerilla que lleva hacia arriba. Un conducto de ventilación. Por ahí entra el aire. Desde la superficie.

—¡Ehhh! —grita—. ¡Eh, gente! ¡Escuchadme todos! ¡Venid aquí! ¡Aquí hay una salida hacia la superficie! ¡Un conducto! ¡Podemos ir arriba! ¡Escuchadme, degenerados! ¡Por aquí se puede salir arriba!

—¿Arriba? ¡¿Te has vuelto loco?! —le responden los invisibles animales humanos entre gimoteos.

—¡Hacia arriba! —les grita Artyom—. ¡Seguidme! ¡Seguidme, criaturas deformes!

Tienen miedo, no le creen. No saben que allí arriba hay viento y lluvia, y

que uno no se muere a la primera visita. Artyom tendrá que servirles como ejemplo e ir el primero.

Se agarra al travesaño herrumbroso con sus dedos retorcidos... el travesaño encaja a la perfección. Tira hacia arriba y arrastra la pierna herida tras de sí. Se agarra al siguiente travesaño y vuelve a tirar hacia arriba. Y al siguiente. Y al siguiente. Y al siguiente.

Toda la cabeza le da vueltas.

Resbala, está a punto de soltarse, pero logra agarrarse a uno de los travesaños. Ya no siente la pierna destrozada, ni la espalda dolorida, ni las manos despellejadas. Trepá. Brinca. Tira de sí mismo hacia arriba.

Mira hacia abajo. Alguien lo sigue.

Así pues, no ha sido en vano.

Se detiene un instante... y luego sigue subiendo. «Si no sales ahora, no saldrás jamás».

No importa lo que dure... al final logra salir, con mucho esfuerzo, a una cámara pequeña, una cabina enrejada. La puerta tiene un pestillo echado. Está herrumbroso. Artyom se destroza las manos luchando con él, las transforma en puré sanguinolento, el rojo del orín se mezcla con el rojo de la sangre... pero al fin, Artyom lo consigue. Abre la puerta, sale gateando, se tiende de espaldas en el suelo. Es la hora del alba. Empieza a asomarse un sol cobrizo.

Se queda echado sobre la tierra. Sobre la tierra, no bajo tierra. Y no, no es verdad que todo dé vueltas dentro de su cabeza... todo este planeta de mierda gira como una peonza y es Artyom quien lo hace girar.

Alguien se cae a su lado, en el suelo, se queda echado. Tan solo uno. No ha venido nadie más.

—¿Quién eres? —le pregunta Artyom. No se vuelve hacia su único seguidor, sino que sonríe al amanecer rosáceo con los párpados cerrados—. ¿Quién eres, tú, maldito hijo del hombre?

—Soy Lyokha... q-quién si no... —responde el otro—. El b-broker... mmmm... c-con abrigo de c-cuero.

—Fuiste broker en otro tiempo —dice Artyom, feliz de que lo haya seguido hasta allí—. Desde hoy serás el primero de mis apóstoles.

Y entonces la luz se apaga para ambos.

A dark, grainy black and white photograph of an industrial interior. The scene is dominated by a complex network of pipes and metal structures. A walkway or platform is visible in the background, illuminated by bright lights. The foreground is mostly in deep shadow, with some faint horizontal lines suggesting a floor or ceiling.

14

DESCONOCIDOS

Siempre había pensado lo mismo: ¡pero tío, cómo vas a ir a Polyarnye Zori, si está a mil kilómetros de aquí! ¡Y entonces va y resulta que lo que buscábamos está aquí al lado, en Balashikha! ¿Te lo puedes llegar a imaginar, Zhenya? Aquí, en Balashikha, justo al lado. ¡Casi en la propia Moscú! ¡Y están construyendo un puesto avanzado! Por lo tanto tiene que haber un suelo que esté sano... ¡porque están edificando! Son unos cabrones, ¿a que sí? Los rojos. ¡Porque se lo ocultan a todo el mundo! Para que nadie lo sepa. Y están construyendo una base en la superficie. Y nosotros que nos quedemos metidos aquí en el metro, ¿eh, Zhenya? ¡Mientras que los rojos respiran aire fresco!

—Sí, son unos verdaderos cabrones, Tyomich. Pero ahora cállate un rato,

por favor.

—¿Y sabes qué es lo más fuerte? ¡Que la construyen para retransmitir! El tío ese me ha dicho que están construyendo una emisora de radio. ¿Y para qué? ¡Pues está muy claro! Para que sean ellos, ¡y solo ellos!, los únicos que puedan contactar. Con quien sea. ¿Quizá con los Urales? ¡Quizá con bases en los Urales! ¿Qué te parece, Zhenya? O quizás con Polyarnyie Zori.

—Pesas mucho, joder.

—¿Puede ser que traten de contactar con Polyarnyie Zori? ¿Y cómo lo sabe él? ¿Eh?

—¡Al menos no muevas tanto las piernas! ¡Si sigues así te suelto y te marchas arrastrándote por el suelo!

—Pues lo haría, Zhenya. Me iría para allí. Aquí nadie se atreve a nada... aunque nadie quiera reconocerlo. Tengo que ir en persona a Balashikha. Buscar el puesto avanzado. ¡Si no, no nos vamos a enterar de lo que se cuece! ¿Quieres ir conmigo, Zhenya?

—¿Sabes una cosa? ¿Puedo hablarte con sinceridad? Me estás tocando demasiado los cojones. Para empezar, tengo que llevarte hasta la Tsvetnoy Bulvar para que puedas estar con tu Sasha. Y ahora que hemos llegado a la Trubnaya a trancas y barrancas, ¡ahora quieras ir a Balashikha! ¿Y qué más? Oye, ¿qué te has creído que eres? ¿Un cubo de mierda? ¿Piensas que te voy a llevar arriba y abajo como si fueras un cubo de mierda? ¡Por lo menos pesas sesenta kilos! ¡Y me he pasado la vida entera metido en este infierno, igual que tú! ¡Y yo dándole al pico mientras tú te lo pasas bien con la tía esa que ni siquiera es mayor de edad! ¿A ti te parece justo? ¡Venga, baja al suelo!

—Espera, Zhenya... ¿adónde me has...?

—¿Adónde, me preguntas...? Con tu Sashenka. Quédate ahí echado. Voy a llamar. Y si no nos abren... ¡pues sí que habrá valido la pena trepar hasta allí!

—Zhenya... ¿tú te crees que no me entero? Estás muerto. Eso lo sé muy bien. ¿Cómo has podido traerme hasta aquí?

—¡Aunque estoy muerto lo he hecho igual!

—Mire, se lo voy a decir muy claro. Al pobre desgraciado ese lo envió al otro mundo, pero a mi amigo Tyomich lo va a curar. ¿Lo ha entendido?

—¿Qué le ha pasado en el hombro? ¿Y en la pierna?

—Un accidente. De trabajo. ¿Qué más da? Úntelo con alguno de sus productos.

—¿Con qué lo voy a untar? Mira cómo estoy.

—En nuestra estación lo curamos todo con mierda, pero seguro que aquí tendrán algo más efectivo. ¿O ahora me dirá que lo he arrastrado hasta aquí porque sí?

—Oye, cálmate un poco. Y si no, agarras a tu amigo y vuelves a marcharte.

—¡Yo también cuento como paciente! ¡Échale una mirada a mi espalda, señora! Ese arañazo no me lo ha hecho un caracol.

—Este arañazo no tiene mucha importancia. Pero este muchacho está como si le hubiera pasado un tren por encima... un poco de luz, por favor... veamos... esto no es mi especialidad. Lo mío son las enfermedades venéreas. Y fuera hay una cola muy larga de gente que espera.

—Yo ya sé muy bien a qué se dedica usted, señora. Déjeme a mi amigo igual que antes. Y luego examíneme a mí los huevos, a ver si me quita las preocupaciones. Hace poco me dijeron que no estaban bien...

—¿Por qué se encuentra inconsciente? Eso no es por culpa de la rodilla. Y tiene el rostro enrojecido... ¿se lo ha quemado bajo el sol?

—Sí, he estado bajo el sol. Y ahora estoy consciente. Quiero dormir. ¿Dónde está Sasha?

—¿Sasha? ¿Quién es Sasha? Ah, y esto de aquí...

—¡Eh! ¿Es esta?

—¿Qué...?

—¿La chica es esta?

—Espera... no vuelvas a desaparecer... no te vayas...

—¿Esta? ¿Esta es tu Sasha?

—¿Cómo me has encontrado?

—¿Que cómo te ha encontrado? ¡¿Ella a ti?! ¡Ja! ¡He buscado y rebuscado por todo este burdel de mierda! ¡Yo! Oye, tío, eres un cabrón y un ingrato, ¿no lo sabías?

—Me acuerdo de él. Sí, me acuerdo de él. Tú... ¿Qué haces aquí?

—Yo también me acordé de ti... y desde entonces no tengo nada más en la cabeza.

—Te llamas Artyom, ¿verdad? El stalker de la VDNKh. ¿Verdad que sí? ¿Qué le pasa?

—Bueno, qué quieras que le pase... esto es lo que le pasa.

—No puede quedarse aquí.

—¿Y por qué no? No quiero irme a ninguna otra parte. He recorrido todo el camino a pie.

—¿A pie, dices? Como si hubiera caminado él.

—No puede ser, porque... trabajo aquí. Es la habitación donde trabajo.

—Pues ahora puedes trabajar con él. ¡Ahora me dirás que me he partido la espalda por nada!

—¿De qué... de qué te acuerdas, Artyom? ¿De aquella noche?

—De ti. Me acuerdo de que me recosté sobre tu regazo. Y de que me sentí tan... tan... ¿puedo volver a poner la cabeza sobre...? Lo necesito. Lo necesito de verdad.

—No puede quedarse aquí. Tendrás que volver a llevártelo.

—Por favor... tan solo cinco minutos. Si no, ¿de dónde voy a sacar fuerzas para marcharme?

—Cinco minutos... bueno, vale.

—Y por favor, acaríciame la cabeza. Sí, así. Otra vez. Dios mío... qué maravilla.

—¡Mira, voy a pagarle una hora contigo! Estoy en deuda con él... ¡por cinco minutos no habría merecido la pena destrozarse de este modo!

—¿Qué? Artyom... ¿has visto esto? Mira...

—Sí, claro. Estaba pensando en eso mismo, sí.

—¿Hum? Sigue, por favor.

—Estás perdiendo pelo, Artyom. Los cabellos se te caen.

—¿Se me caen? ¿De verdad? Qué raro... es muy raro...

—Habías dicho que solo cinco minutos...

—Cállate. Ten, toma esto. Bebe. Ven a, bébetelo todo, lo necesitas. Es yodo.

—Me da igual lo que sea. Qué bien que los cinco minutos no hayan terminado. Es demasiado tarde para el yodo. Pero gracias.

—Has hablado... en sueños. Sobre Homero. Frases inconexas. ¿Lo conoces?

—Sí. Homero. Un buen hombre... ese viejo. Quería encontrarte. Piensa que te ahogaste. ¿Estuviste en la Tulskaya cuando todo ocurrió?

—Sí.

—¿Y no te ahogaste? No es que quiera que te ahogaras...

—¡Pues claro que no se ahogó! Está ahí sentada. Aunque en estos momentos no tiene un color tan rojo como el tuyo...

—¿Sabes qué? Me acordé de tu historia. De la ciudad, allá arriba. En realidad era una historia estúpida. Yo mismo salgo a la superficie todos los días.

Y tú me contaste algo... de aviones con alas de libélula. De coches pequeños que parecen vagones de metro. Y de la lluvia. Estuve arriba mientras llovía. Sin traje aislante.

—¡Vale, ahora ha quedado claro por qué estás así! ¡Y a mí también me has hecho salir afuera sin traje! Bueno, vámonos ya... ¡pues vaya un stalker! Y yo podría seguir en mi túnel con los otros capullos... joder, pero qué desastre...

—Oye, ¿te importaría salir de aquí? ¿Cómo te llamas?

—¡Ah, ya! Si me ofrezco a pagar una hora entera, a vosotros os viene bien, pero ahora que vais a liaros me diréis que salga a dar una vuelta, ¿eh?

—Lyokha... ¿te importaría salir a dar una vuelta?

—¡Sois un par de mamones! Bueno, no, en realidad eres un tesoro. Que os vaya bien el folleteo. Eso si no se te ha carbonizado la polla...

—¿Qué es lo que recuerdas, Artyom? ¿Qué más recuerdas?

—No sé. Recuerdo que alguien me recogió en el pasillo. Y me trajo aquí... ¿o no fue aquí?

—No, no fue aquí.

—Te llamó. Y entonces... a no sé. Recuerdo que tenía la cabeza apoyada sobre tu regazo. Igual que ahora. Y... ¿podrías... podrías levantarte la blusa? Sí, así. Tu vientre. ¿Puedo...? Eso... espera... ¿qué es eso? Te lo han hecho con cigarrillos, ¿no?

—Ahora no tiene ninguna importancia.

—Yo tengo lo mismo... aquí, en el brazo... mira... aparecieron aquí. ¿Qué es esto?

—No lo sé, Artyom. ¿Puedo volver a bajármela? Me entra frío. ¿Y qué pasa con Homero? ¿Dónde está?

—Está... en el Reich. Escribiendo un libro. De historia. Y ya tiene escrito otro libro. Sobre ti.

—¿Sobre mí? ¿Ya... ya está terminado?

—Sí. Creo que terminaba así: «Homero no había logrado encontrar el cadáver de Sasha en la Tulskaya».

—Escapé por un conducto de ventilación.

—Yo... yo también. ¿Verdad que es raro?

—¿Y cuenta algo sobre Hunter?

—¿Sobre quién? Espera... ¡¿sobre quién?!

—Quédate echado... por favor... ¡estás enfermo! ¡No puedes levantarte!

—¡Eh, tú, sal afuera! ¿Dónde estás? Soy amigo de Som.

—Vienen por mí. Espérame aquí. Vuelvo dentro de un rato.

—¿Qué haces? No te pongas tan tensa. Venga, relaja eso. Sobre la rodilla.

—Págame antes.

—¡La tía esta quiere que pague! ¡Pues yo antes quiero probar el producto!
¡Primero una cata! ¡Para estar seguro de su calidad! ¡Venga!

—¡Ay!

—¡Sepáralas más! ¡Venga, separa! Así está bien. Asíiiii...

—¡Ah... así... de golpe! No me gusta.

—Mira, cariño, a mí me da absolutamente igual que te guste o no. Me da igual. ¿Lo has entendido, niña bonita? Igual. Igual. ¡Igual!

—¿Y tú por qué te pasas el rato mirándome?

—Porque sí.

—Pues ya basta. ¿Verdad que ya sabías a qué me dedicaba? ¿Sabías adónde había ido a parar? Y además ya se te ha terminado la hora.

—Yo... esto no tiene nada que ver contigo. Disculpa. ¿Quieres que me marche?

—¿Y adónde te crees que vas a ir... en ese estado? No te levantes... ¿te vas a pasar el día callado?

—Hunter... ¿Hunter aparecía en el libro de Homero?

—Pensaba que me lo contarías tú. ¿Conoces a Hunter?

—¿Que si lo conozco? ¿Está... está vivo? ¡¿Lo has visto?!

—Sí. El libro debería hablar de él, no de mí. En un principio, Homero estaba con él. Y luego nos encontramos los tres.

—¿Cuándo fue eso?

—El año pasado. Toda esa historia que escribió... mi aparición le vino bien. Estaba buscando un héroe. De la mitología. Ese Homero es un tío muy raro. Una vez miré por encima de su hombro mientras escribía en su cuaderno. Representaba un Hunter tan... enigmático... como si en su interior hubiera habitado un monstruo. Y como si ese monstruo hubiese querido liberarse. Homero... quiere ser poeta.

—Quiere ser Homero. Pero yo...

—¿Tú qué?

—Yo soy de la VDNKh... ya te lo he contado todo, ¿verdad? He pasado allí casi toda mi vida. Mi padrastro no me dejaba salir de la estación. Y entonces, de pronto, apareció Hunter. Con chaleco antibalas. Y fusil ametrallador. Y una chaqueta de cuero negro. Con el cráneo rapado. Y discutió con Sukhoy..., mi padrastro. Hunter decía que no existía ningún peligro al que el ser humano no

pudiera derrotar. Que teníamos que luchar hasta el final. Como la rana que se caía en la leche y agitaba las patas hasta que la leche se transformaba en mantequilla y entonces volvía a salir. Es como si todavía los viese a los dos. Como si todo hubiera ocurrido ayer. Pero mi padrastro... se había ablandado. Iba a rendirse.

—¿Frente a quién?

—Frente a los Negros. ¿Qué más da quién fuera? Da igual. Lo importante es que entonces conocí a Hunter... y entonces me di cuenta: quería volverme como él. Hunter no era el héroe de Homero... no. Era mi héroe. Y él me envió... me asignó una misión. Me dijo: «Voy a salir arriba a aniquilar a los Negros. Y si no regreso, ve a la Polis. Toma este cartucho... y busca a Melnik. ¿Lo entiendes? Todo lo que soy se lo debo a él. Todo gracias a él».

—Yo también me enamoré de él. Y ahora nos hemos encontrado los dos. Vaya par de idiotas.

—¡Sasha! ¿Dónde te has metido, puta?

—Disculpa. Trata de dormir, ¿vale?

—Has tardado mucho en regresar.

—Sí, ¿y quieres que te diga una cosa? Todo este tiempo no he estado con nadie... solo contigo. He esperado a que volviéramos a vernos.

»¿Estás cansado? Túmbate. Yo lo haré todo.

—Tú...? No me parece justo. Quiero que tú también... ya me entiendes...

—No pasa nada. A mí me gusta así. De verdad. Contigo me siento siempre bien. Eres tan cuidadoso, tan tierno... —Y tú... ¿sabes lo que me ocurre cuando estoy contigo? Es muy distinto que cuando estoy con mi mujer.

—Cállate de una vez. No lo hago contigo por dinero. Venga, saca eso.

—Ah. Ohhh, tú... qué... eres... mi...

—¿Te has dormido?

—Como si aquí se pudiera dormir.

—Espera, voy a lavarme un momento. Si no oleré... oleré a él. ¿Puedes esperar?

—Sí.

—Creía que habría muerto. Lo había pensado durante todo este tiempo. Y ahora me dices que sigue con vida.

—Al menos entonces estaba vivo. No sé si todavía lo estará. Lo he buscado. Tras escapar de la Tulskaya... yo solo quería marcharme, me daba igual adónde, pero no quería regresar. No quería ir a ningún sitio donde pudiera encontrarme con él.

—¿Por qué?

—¿El libro de Homero no cuenta lo que sucedió en la Tulskaya? ¿Ni por qué la inundaron?

—No lo he leído. Solo me ha contado que la estación se inundó.

—Vaya. Homero siempre quería justificarlo todo. «El monstruo había despertado» y tal... En su manuscrito yo era la que tenía que domesticar al monstruo. ¿A ti te parece que alguien se puede creer eso?

—Entonces, ¿qué ocurrió en realidad?

—Que el tío bebía. Hunter. Bebía sin parar. Iba colgado todo el día, al final ya no podía ni andar. Estar con él era tremendo. A mí me daba miedo de verdad. Y llevaba siempre la pistola con... con el silenciador puesto. A la más mínima la empuñaba. Llevaba siempre la pistola en la mano derecha y la petaca en la izquierda. Y siempre igual. Estaba siempre agarrado a la botella. Era incapaz de terminar una frase. Le rogué que lo dejara, pero no podía. Eso es lo que ocurrió. Saluda a Homero de mi parte.

—¿Llegó... llegó a acosarte?

—No. Ni una sola vez. Lo evitaba, como el diablo evita el agua bendita. Quizá tuviera cuidado conmigo, no quería corromperme. Pero también puede ser que no lo necesitara... que no necesitara mujeres. Pero yo... cada vez que nuestras miradas se encontraban, me temblaban las rodillas. Varias veces llegué a imaginarme... cómo sería si él... si me abrazaba... y lo que viniera después. Lo que entonces era capaz de imaginarme.

—¿Y qué ocurrió en la Tulskaya?

—Fue él quien la inundó. Colocó minas en los puntos donde había aguas subterráneas. Para inundar la estación. Y que muriesen enfermos y sanos. Quería evitar que una epidemia se extendiera por el metro. Para que nadie pudiera escapar, apostó hombres con armas de fuego. Yo estaba en la Tulskaya. Le grité que habíamos encontrado la manera de curar a la gente. Me escuchó. Pero hizo estallar igualmente las minas. Tan solo tres personas logramos escapar de la estación. Todos los demás se ahogaron.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hizo?

—Decía que quería salvar el metro. Nada más, tan solo salvarlo. Pero yo creo que era un obsesivo. ¿Lo entiendes? No le bastaba con beber.

—El libro de Homero lo contaba de otro modo.

—¿Qué decía?

—Que en el último instante pedías un milagro. Y que entonces, al entrar el agua... tú pensabas que se había puesto a llover. O algo así.

—¡Un milagro!

—Me... me encuentro mal. Ayúdame, por favor... a ir al baño.

—Hazlo aquí, siquieres. Ya estoy acostumbrada. ¿Quieres que te traiga un orinal?

—No, no quiero hacerlo aquí. No quiero hacerlo delante de ti.

—¡Sí! ¡Más! ¡Quiero más! ¡Más! ¡Más, por favor!

—Amor mío, mi tesoro. Dios mío, me vuelves loco.

—No pares. Quiero más. Quiero otro.

—No... no puedo... es que...

—¡No! ¡No, no!

—Basta. Ya no puedo más. Dios mío. Te quiero.

—No digas idioteces.

—No, de verdad. Ahorraré un poco y te sacaré de aquí. No quiero que estés aquí. Este no es tu lugar. Te llevaré conmigo.

—Está bien, me has convencido.

—¡Ah, cariño mío! ¿Cuánto quieres que te pague?

—Como la última vez.

—¿Y no me haces descuento? ¿No podrías hacerme un descuento? ¡Soy cliente habitual!

—¿Por qué haces esto?

—¿El qué?

—¿Por qué haces lo que haces aquí? No quiero venirte con sermones, pero...

—A ti te pasa algo, ¿no?

—No, de verdad. Homero decía que... que tú eras distinta.

—¿Distinta de qué? Pero ¿es que no lo entiendes? ¡Qué importa lo que haya dicho Homero! Él vive en su mundo mágico. Pero yo vivo en el de verdad. Y en

mi mundo de verdad es mejor dedicarse a esto que meter tiros en la cabeza a otras personas. ¿Qué quieres que haga? ¿Pasarme el día soñando en que algún día saldremos a la superficie y que entonces todo será magnífico y estupendo? A mí no me basta con pensar en algún día. El dinero lo necesito para hoy.

—¿Lo haces solo por la paga? ¿Y si tuvieras dinero?

—¿Tú tienes?

—No.

—¿Pues entonces de qué me hablas?

—¿Cómo llegaste aquí?

—Me trajo una buena persona. Me recogió y me dio este trabajo. No tengo a nadie más. Ni ningún sitio donde vivir. ¿Tú tienes casa?

—Sí.

—¿Y mujer?

—Sí. ¡No! Sí.

—Bien. ¿Pues entonces qué haces aquí?

—No quiero volver allí. Aquí he encontrado la paz.

—Dentro de poco tendrás que marcharte. Puedes pasarte un tiempo aquí, pero luego deberás irte. Quizá puedas volver más adelante.

—¿Por qué?

—Mi dueño... vendrá pronto. No puede ser que te vea aquí.

—¿Quién es ese dueño? ¿Tu chulo?

—No te levantes. Cálmate. Te he traído un caldo. Tómatelo. Bebe.

—No quiero esta mierda... me encuentro mal. ¿Quién es ese dueño?

—Eso no importa ahora.

—¿Acaso eres un objeto? ¡¿Quién es ese dueño?!

—¡Idiota!

—¿Te diviertes? ¿Con todos estos tíos asquerosos?

—¿Si me divierto...? A propósito, estaría bien que volvieras a lavarte. Ponte en pie, te acompañaré.

—¿No podrías encontrar a Lyokha? Al broker que me ha traído hasta aquí. Dile que pase a recogerme. Tendré que buscar un sitio para pasar la noche.

—Hoy... hoy puedes quedarte. Creo que mi dueño no va a venir. Por culpa de la guerra... no puede venir todos los días. ¿Quieres?

—¿Dónde? ¿Aquí? ¿O en el catre donde te...?

—Aquí. ¿Quieres comer conmigo? Tengo setas.

—Gracias. No sé cómo... Más adelante te lo pagaré.

—Deja que vea esa rodilla. Alguien me ha pasado un ungüento. Quédate echado.

—Está frío. Y quema. ¡Ay!

—¿Y cuando te despellaron la espalda no te dolió?

—Sí, pero... allí no podía quejarme a nadie. Y aquí estás tú.

—Exacto.

—¿Cómo que... exacto?

—Acabas de preguntarme por qué. Por qué soy puta. Cómo llegué a serlo.

—No te haré más preguntas.

—Sí, sí puedes hacerme. No me avergüenzo de dedicarme a esto. ¿Te crees que eres único? ¿Tú sabes cuántos tíos como tú corren por aquí? Salvajes. Solitarios. Que no tienen a nadie con quién desahogarse. Todos vienen a verme a mí. Los arraigo al instante. Como un imán. ¿Lo entiendes? Los atraigo hacia mí. Si yo no los acogiera... si no les diera la posibilidad... de dejarlo salir todo... toda su porquería, su rabia... su cólera... su ternura... llegaría un momento en que se transformarían completamente en animales. Los hombres sois así. Cuando vienen a mí... esos hombres... tiemblan ante una vida que es excesiva. Y en mi encuentran paz. Les inspiro paz. ¿Me entiendes? Paz. Los consuelo. Ellos se agitan más y más... chillan... rabian... lloran... y llega el momento en que se callan. En que cierran la cremallera. Y cuando se marchan han recuperado la capacidad de vivir un tiempo más... sin guerra.

—La manera como hablas... una muchacha no debería hablar así. Eres tan frágil... y elegante... por ejemplo tus manos... estas manos pequeñas y tiernas...

—Un año en el burdel vale por diez.

—Entonces, ¿ya tenemos la misma edad?

—¡Je! ¡Ahora ya sí!

—Tengo que beber algo. Me ayudará a aliviar los efectos de la radiación. ¿No tendrías algo por casualidad?

—Yo también quiero.

—Hazme sitio.

—¿No preferirías echarte allí? ¿Tú sola?

—Ponte a un lado.

—Pero es que no puedo descansar tranquilamente a tu lado. Quiero que lo sepas. ¿Te has visto en el espejo? Eres hermosísima.

—Ahora no hables, por favor.

—No puedo estar callado.

—¿Adónde vas con tantas prisas, valeroso caballero? ¿Es que no te has visto en el espejo? Ahora mismo no deberías tener ganas de nada. Dentro de muy poco ya no te quedará ni un cabello. Entonces serás como tu Hunter. Eso mismo con lo que soñabas.

—Y entonces, ¿te enamorarías de mí? Es lo que más deseo.

—¿Por qué?

—Porque entonces me resultaría más fácil vivir y morir.

—Cállate de una vez. Date la vuelta. Date la vuelta hacia mí.

—Tú... no... espera. No quiero.

—¿Qué?

—No quiero que por compasión... no quiero hacerlo porque te doy lástima. Igual que los demás. No quiero que folles conmigo porque se me caigan los cabellos. ¿Está claro?

—Pues entonces, dejémoslo. A decir verdad, ahora mismo no tienes muy buena pinta. Mañana te raparemos. Buenas noches.

—Espera... no corras tanto. ¿No podríamos hacerlo por algún otro motivo?

—¿Por ejemplo?

—No sé... porque la primera vez que estuviste conmigo te gustó. Porque... por ejemplo... no sé... soy guapo... viril.

—Yo ya no me acuerdo de cómo fue la primera vez.

—Pásame otro trago. Y la verdad es que sí, me gusta sentirme único. Al menos me gusta creérmelo. ¿Puedo? ¿Podríamos estar por lo menos una hora?

—Bebe.

—Por Dios bendito... para... no... no puedo más...

—Me... me vuelves loco... quiero más... por favor, una vez más...

—Estás irradiado... ¿cómo puedes... eh...?

—Ni idea... quiero tenerte. Quizá mi organismo piensa que es la última vez...

—Idiota. ¡Oye, pesas más!

—Esto no tiene una explicación científica. Es un milagro. Pero quiero...

—Ah, vale. Es un milagro.

—Eres hermosísima. ¿Te lo había dicho?

—Sí, me lo habías dicho.

—Sobre todo las cejas. Y las pestañas. Y los ojos. Y las comisuras de los labios. Y aquí... este pliegue. Qué bonito. Y el cuello. Tan delgado. Y estas piernas tan finas... como cerillas.

—¡Muchas gracias!

—Y tu peinado... quiero decir... tus cabellos...

—Yo misma me he arreglado frente al espejo.

—Sabes que te espero todo el día... mientras tú estás arriba... mientras ellos te...

—Cállate.

—Lo aguento todo.

—Si quieres, levántate y márchate.

—No, espera. Todavía quiero decirte algo más...: que me deslumbras. Que a tu lado me siento muy bien. Que hace mucho tiempo que no vivo nada semejante con mi mujer. Y que te voy a sacar de aquí cuando pueda... pero seguro que hoy mismo otros hombres te han dicho lo mismo.

—Y ayer también.

—¿Y? ¿No me vas a decir nada?

—¿Qué te voy a decir?

—Mejor que me pases un poco de agua. De esa de allí.

—Llevas una crucecita... ¿Eres creyente?

—No sé. ¿Y tú?

—Antes no. Durante un tiempo estuve con los Testigos de Jehová. Fue totalmente ridículo. Y luego estuve mucho tiempo... cada vez que me acuerdo... sí... sí, ahora probablemente si soy creyente. A veces... a veces rezó. A menudo. Bueno, no rezó directamente. Más bien pido algo. Venga, Dios, vamos a ponernos de acuerdo. Tú haces esto y yo hago aquello.

—Eso quiere decir que cierras un trato con Dios. Como todos los tíos.

—¿Ya volvemos con esas?

—¡Ay!

—¿Es que las mujeres sois distintas?

—Desde luego.

—¿En qué?

—En lo que ahora te diré. Si Dios no existiera, no habría nada en este metro a lo que nos pudiéramos aferrar. Y sería el final. Pero Él... nos perdona. Nos dice: trata de soportarlo. Por ahora tienes que soportarlo, pero el sufrimiento

también tiene su sentido. Sí, los seres humanos se atormentan y mueren. Pero todo esto no ocurre porque sí. Es una especie de prueba que tenéis que soportar. Y no os ensuciáis con ello, sino todo lo contrario: os purificáis. Solo tienes que pensar siempre en Mí. A Mí siempre me lo puedes decir todo. Yo no hablo, pero sí sé escuchar. Si quieres disculparte, te disculpas conmigo. Si quieres enfurecerte, también. Venga. Pégame. No te contengas. Si quieres amar a alguien, ámame a Mí. Yo soy, a la vez, tu padre y tu novio. Ven a mis brazos. Lo soporto todo. Ya he soportado cosas muy distintas. ¿Lo entiendes? La Tierra, sin Dios, no es redonda, sino como grava: nada más que puntas y cantos afilados. Es Dios quien hace que se vuelva redonda y lisa.

—Sí. Si Él no está, no nos queda nada a lo que podamos aferrarnos. Es así.

—Aunque no sé si podemos perdonarle todo lo que ha hecho con el ser humano, la guerra, el planeta destruido, todos los muertos.

—Eso no lo hizo Él, sino nosotros. Y Él mismo nos tendió la mano para sacarnos de esta fosa. Pero nosotros se la mordimos. Es Él quien tiene que perdonarnos a nosotros. Pero ¿nos va a perdonar? Yo, en su lugar, no lo haría. Dios Padre no perdona a nadie. En el Antiguo Testamento solo se habla de guerras y misiones especiales. Pero Jesucristo nos ha perdonado a todos nosotros.

—Yo no lo he leído. La Biblia es para los no creyentes. Para convencerlos. Pero al que simplemente cree, sin más, todas esas historias no le interesan. Bueno, ya basta. Se ha hecho tarde.

—¿Y si resulta que no ha quedado destruido del todo? El planeta...

—Buenas noches.

—¿Duermes?

—¿Si duermo? Con vecinos como estos, ¿cómo voy a dormir?

—¿Y si te digo que no todo el planeta está destruido? ¿Que no todo está contaminado?

—¿Lo has soñado?

—No, es verdad. Yo lo sé. Alguien me lo contó. Y no muy lejos, sino aquí mismo, cerca de Moscú. Hay alguien que quiere empezar a repoblar la superficie desde allí. Y nos lo ocultan a los demás. En Balashikha. Según el plano, está a menos de una hora de aquí. Allí se está construyendo algo. Un puesto avanzado en la superficie. Y eso significa que allí la tierra...

—¿Cuántas horas has pasado en la superficie sin protección? ¿Y qué te ha ocurrido? Haz el favor de pensar un poco.

—Pero lo más importante es que construyen el puesto avanzado junto a una estación de radio. ¿Qué puede significar eso? Que tratan de contactar con alguien. ¿Quizá preparan una evacuación? ¿Te imaginas lo que sería volver arriba? Tenemos que llegar de algún modo a Balashikha.

—¿Quién te ha contado todo eso?

—Alguien. ¿Qué más da quién haya sido?

—Por aquí circula mucha gente que... cuenta historias variadas. A veces son fiables... y a veces no. No puedes creértelo todo. No puede ser.

—Ven conmigo, ¿vale? A Balashikha.

—No.

—¿Tú te crees que allí no hay nada? ¿También te crees que somos los únicos? ¿Que no sirve de nada que salga a la superficie una y otra vez? ¿Que estoy loco de remate? ¿Que todos mis niños van a nacer deformes? ¿Y que todo esto no va a servir para nada?

—No quiero que mueras. Ahora ya no podría soportarlo. No sé por qué.

—No pienso morir. Pero sí voy a ir allí. En cuanto me haya recuperado, partiré hacia allí.

—Abrázame...

—¡Métetela más! ¡Más! ¿Tú qué quieras, que me crea que eres virgen?

—¡Ay... me duele!

—¡Cierra la boca, zorra! ¿Quieres que te ate?

—No. No, por favor.

—Siempre os hacéis las recatadas, lumis de mierda. Siempre igual. Pero ¿tú te crees que me voy a creer que eres una chica pequeñita y limpia? Eres una guarra, una guarra mierdosa. Y estoy seguro de que te gusta... te gusta... cuando te follan por el culo.

—¡Me duele!

—¡¿Ah sí?! ¿Y esto te duele? ¿Y esto? ¿Y esto?

—Cerdeño hijo de puta... te voy a...

—¡Eh! ¿Y tú quién eres? ¿Eh? ¿Estás loco o qué?

—Hijo de la gran puta... te voy a matar...

—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Quiere matarme! ¡Un asesino! ¡Socorrooooooo!

—Esta noche no puedes quedarte. Va a venir.

—¿Quién? ¿Tu dueño?

—Déjalo.

—Tienes esa marca en el vientre. Una quemadura de cigarrillo. ¿Te la hizo él?

—No. El no.

—Estás mintiendo, ¿verdad? Yo también tengo quemaduras... aquí. Fue esa noche en la que... me llevaron contigo. Me llevó un hombre que me encontró en el corredor. Estaba borracho en el suelo. Me llevó contigo. Me confió a ti. ¿Ese es tu dueño?

—¿Y qué te importa eso?

—¿Te quemó con un cigarrillo? ¿Cómo es que lo consientes? ¿Y por qué me quemó a mí...? Eso que tengo en el brazo es un tatuaje de la Orden. En fin... eso es lo que era.

—Sé muy bien lo que decía ahí, Artyom. Yo misma lo leí. Recuerdo aquella noche.

—¿Por qué me lo quemó tu dueño? ¡¿Y por qué te ha torturado a ti?!

—No fue él, Artyom. No tiene nada que ver con eso.

—¿Pues entonces quién fue?

—Yo misma. Yo misma me quemé.

—¿Tú? ¿Por qué? ¿Qué mierda es esa? ¿Y a mí? ¿Quién me quemó el tatuaje... tú?

—Te lo quemaste tú mismo, Artyom.

—¿Qué? ¿Y por qué lo hice?

—Lo mejor será que te marches de una vez. Más te vale no acordarte de nada. Te lo digo en serio.

—No te creo. Lo estás protegiendo a él. ¿Qué clase de hombre es?

—Puedes pasar esta noche con mi amiga Kristina. He hablado con ella. Y no vuelvas aquí. No quiero que vuelvas. Y mañana tampoco.

—¡¿Por qué?!

—Porque si vienes, será malo para mí. Me volverán las ganas de quemarme.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal te sientes?

—No sé. Vivo.

—He pensado... en lo que me dijiste de Balashikha. Tengo un... admirador. También es stalker. Independiente.

—¿Ha estado allí?

—No. Pero tiene coche. Lo tiene en la superficie. Escondido. Si quieres le puedo pedir que... que te lleve. Hasta allí. Se va a marchar hoy.

—¿Es uno de tus clientes?

—Sí. Es uno de mis clientes.

—No quiero. Prefiero ir a pie.

—Artyom... ¿adónde vas a ir? ¿Se te ha ocurrido mirarte la pierna? Y además... he hablado con la médica... Si nadie te trata la irradiación... quizás te queden unas tres semanas. Pero ¿cómo van a tratarte aquí? ¿Dónde?

—Lo que tú quieras es echarme, ¿verdad? Para que no me encuentre con tu dueño.

—¿No me crees?

—Probablemente no sabes cómo deshacerte de mí. Y si me voy al otro extremo del mundo ya no tendrás que preocuparte más por eso.

—Va a salir hoy a la superficie, Artyom. ¿Quieres ir con él?

—Sí.

—No quiero que te pase nada.

—No te creo.

—Ven... deja que te cuelgue esto del cuello.

—¿Para qué?

—Llévalo durante un tiempo. Para que tengas algo a lo que puedas agarrarte. Cuando regreses, me lo devolverás.

—Hola, Sashenka. Hoy estoy muerto de cansancio, solo quiero un té y luego a dormir, ¿de acuerdo? Vamos a mi despacho.

—Está bien.

—Esos idiotas... ¿te lo puedes imaginar? Han hecho saltar por los aires el pasillo por el que se iba a Kuznetsky Most. Toda la Pushkinskaya se ha venido abajo y ahora ya no pueden ir a ningún lado. Y los rojos no quieren escucharnos. Es el caos más absoluto. Estoy derregado. Primero se lo cargan todo y cuando están con la mierda hasta el cuello tengo que ir yo a sacarles las castañas del fuego.

—Entiendo.

—¡Eh! ¿Qué haces tú aquí? ¿Nos estabas escuchando? ¿Quién eres?

—Yo...

—No te preocupes, lo conozco... quería una cita... por decirlo así. Se ha confundido con la hora. ¡Yo lo llevo afuera... sí, vamos afuera!

—Ejj que me he cofundido... disculpe. El lugá y la hogá equivocaos.

—Está borracho, ¿verdad?

—Pues claro que está borracho. Está fatal, joder, ya se ve. Ven, te acompañó afuera, héroe.

—¿Quién es? ¿De qué va esto?

—No es nada, Alexey Felixovich. Una falsa alarma.

—Uuuna falsa alarmaaaaa.



15

LA CARRETERA
DE LOS ENTUSIASTAS

Subieron desde la Trubnaya. Resultó que allí había tanto entrada como salida. Y se podía pasar sin documentos. Solo había que saber con quién se hablaba, en presencia de quién, y qué palabras se podían utilizar.

—¡No sabes ni hablar con la gente, so paletó! —le espetó Lyokha a Artyom.

Lyokha, en cambio, sí podía. En verdad, era un apóstol de primera clase.

—Quiero ir con vosotros —dijo, aunque con cierta vacilación en la voz—. En primer lugar, porque prácticamente no he visto nada de ese mundo tan fantástico de la superficie en el que tú te mueves. En segundo lugar, el oficio de stalker no es peor que los demás. Incluso puede que sea más llevadero. Y en

tercer lugar, ya tengo los huevos hinchados, así que un poquito de radiación extra no me va a hacer ningún daño. Pongámonos en marcha. Pero quiero un tercio de todo lo que encontremos.

—Escúchame, julandrón —respondió el stalker que tenía que llevar a Artyom hasta Balashikha—. Te he dado el equipo y me encargaré de lo más importante. Por lo tanto, me voy a quedar con la mitad de lo que encuentres, y de lo mío no te vas a llevar ni una mierda. ¿Te ha quedado claro?

—Bueno, ya es algo —suspiró Lyokha tras un momento de duda—. ¡Pero tendrás que entrenarme bien!

El stalker se llamaba Saveli. Las arrugas de su rostro no eran como las de los hombres ordinarios, sino que le surcaban la frente de arriba abajo, le nacían en los labios y bajaban por el mentón, se cruzaban y entrecruzaban en torno a sus ojos, y también en las cejas. Las que iban desde la nariz hasta la comisura de los labios parecían cicatrices. Tenía una hendidura bajo la frente que parecía abierta con una sierra de marquetería. Era como si la nariz le colgase en el aire. Le quedaban cabellos, pero escasos, y la piel arrugada del cráneo ya se dejaba ver. Los dientes eran de acero, aunque no todos, porque le faltaba uno. Debía de tener unos cincuenta años. Si había llegado a esa edad, era un buen stalker.

Cuando echaron a caminar, Artyom volvió a sentir un dolor agudo en la rodilla. La espalda también lo martirizaba, como si la piel hubiera podido rasgarse en cualquier instante, retorcerse sobre sí misma, y dejar al aire la carne seca y parduzca.

Cruzaron los bulevares, dejaron a la izquierda los árboles nudosos y deformes, pasaron por el centro comercial devastado que se hallaba junto al circo. El circo estaba cerrado. Un moho maligno había engullido el centro comercial. Lo rodearon y bajaron al garaje subterráneo. Era allí donde se encontraba el vehículo de Saveli.

—Es como si viniéramos de compras —dijo la voz gangosa del stalker bajo la máscara—. Me da buen rollo.

A Artyom no le gustaba aquel hombre. No le gustaban las arrugas irregulares, ni los dientes de acero, ni los ojos pequeños. Todavía le gustaba menos que visitara a Sasha cada vez que quería y dispusiera de ella con aquellos dientes y aquellos ojos. Habría preferido no imaginárselo, pero no podía evitarlo.

Y lo más importante: Saveli le llegaba al hombro a Artyom. ¡¿Cómo podía... con un hombre como aquel...?!

—¿Tú también te follas a Sasha? —le preguntó Saveli con toda franqueza—. Je, nosotros ya nos conocemos. Esa moza está muy bien. Aunque podría ser mi hija. Pero como no tengo ninguna hija, me quedo con la conciencia tranquila.

—Vete a tomar por culo —le respondió Artyom. Hacía rato que tenía ganas

de decírselo.

—¡Entendido! —El stalker le guiñó un ojo sin darse por ofendido—. Yo también me enamoraría de ella si fuese más joven. Pero cuando lo fui ya tuve otras Sashas.

Y esto último tampoco le gustó a Artyom.

El vehículo de Saveli era una furgoneta. La tenía oculta bajo una lona, plateada, cuidada, engrasada, con ventanas reflectantes y una antena de metro y medio que parecía la de un insecto. Lo más especial de todo: el volante estaba a la derecha. Artyom se miró en el cristal oscuro. Se había puesto un casco ridículo que le había entregado Saveli. Pero la pistola estaba bien. Llevaba silenciador. Y la pistola era lo más importante.

Todo lo demás en el garaje había sido devorado por la herrumbre, si no se lo había llevado alguien. Artyom pensó que la furgoneta no debía de pasárselo muy bien en aquel lugar. Era la única superviviente. Estaba allí como en una visita al cementerio familiar.

El motor arrancó al instante.

—Es japonesa —le explicó el stalker, no sin orgullo—. Cada vez que salgo a la superficie vengo a echarle una ojeada. Ahora ya no circulan tantos chorizos como antes, pero de todos modos es mejor andarse con cuidado.

Salieron del subterráneo a la Ronda de Jardines.

—¿Rumbo a Balashikha?

—Rumbo a Balashikha.

—¿Y a qué lugar exactamente? Balashikha no es precisamente pequeña. Casi es una ciudad por sí misma.

—Cuando estemos allí ya lo encontraremos.

—Muy gracioso —replicó Saveli.

Habían salido a la Ronda de Jardines y giraron por la derecha. No podían ir con muchas prisas, porque la vereda que alguien había abierto entre toda la chatarra oxidada era estrecha y tenía muchas curvas. Llegaron a un desvío lateral que resultó que no tenía salida. Volvieron atrás. Los coches que habían colisionado también bloqueaban las aceras. Como si las gentes de Moscú hubieran tratado de huir y se hubiesen precipitado contra los edificios. Por encima de otros seres humanos. Pero ¿acaso había algún lugar adonde pudieran huir?

—¿Y qué hay allí?

Habían salido por la mañana para que durante toda la expedición los alumbrara la pálida luz del día. El cielo estaba cubierto de nubes, y aquel sol como una moneda de diez rublos se había escondido. La noche había sido negra, el alba gris, y la mañana era totalmente incolora.

Artyom había estado bebiendo durante toda la noche porque no quería acordarse de que Sasha tenía otro «dueño». La noche acabó por hacerse tan breve que al despertar no tenía resaca, sino que todavía le duraba la borrachera. Se encontraba mal, quizás por todo lo que había bebido, pero sin duda alguna también por los efectos de la radiación.

No había cornejas por las calles, y tampoco perros, ni ratas. Las casas de los alrededores estaban desiertas. Tan solo se movía el viento, todo lo demás había muerto hacía tiempo. El contador Geiger daba su señal, como si hubiera sido la cuenta atrás personal de Artyom. Lyokha guardaba silencio como si se hubiese tragado la lengua. Alrededor de ellos solo había cadáveres.

—Un puesto avanzado. La Línea Roja está construyendo una colonia en la superficie.

—¿La Línea Roja? ¿Una colonia? ¿Para qué?

—Para colonizar la superficie —respondió Artyom, con esperanza desesperada.

—¿En Balashikha? ¡Pero si Balashikha no está muy lejos! Al otro lado de la autopista de circunvalación. Mira lo que marca el contador. ¿Quién va a vivir allí?

—Seres humanos.

—¿De dónde has sacado esa información, muchacho?

—Me lo ha dicho alguien... una fuente fiable. Han mandado gente desde la Bulvar Rokossovskogo para construir un puesto avanzado. Gente que estaba detenida en el campo de prisioneros de esa estación. Eso está muy cerca de Balashikha. Se podría llegar a pie. Si lo piensas bien, todo encaja.

Saveli insistía:

—Pero ¿por qué en Balashikha? ¿Qué hay allí? ¿Un búnker? ¿Una base militar?

—Una estación de radio. Quizás. Eso parece... y sería lógico que si tienen una estación de radio allí sea para contactar con alguien. —Artyom volvió la cabeza y miró a Saveli. ¿Cómo iba a reaccionar?—. Y entiendo que eso significa que habrá supervivientes en otras partes del mundo.

Un puesto avanzado.

Mientras estaba en el cuarto de Sasha, sobre el sofá plegable, había tenido tiempo de sobra para imaginárselo. Probablemente se trataría de una fortaleza, con muros de varios metros y torres de vigilancia con ametralladoras. Dentro habría —como en las antiguas bolas de cristal con casitas y nieve que regalaban a los niños— un paraíso pequeño y acogedor. ¿Y cómo sería? Los seres humanos, por supuesto, irían sin máscara, respirarían aire. Los niños jugarían... y comerían bien. Tendrían animales domésticos. ¿Quizás patos? Sí, de color

anaranjado. Y también cultivarían setas, por supuesto, y las setas serían muy grandes. El patio interior estaría cubierto de un césped mullido que susurraría cuando soplará el viento y mostraría todas las tonalidades imaginables. En pocas palabras: los seres humanos no simplemente existirían, sino que vivirían.

En aquel momento el rostro de Saveli no era de piel, sino de goma verde pálido. Fueran cuales fuesen las palabras de Artyom, no se arrugaba ni se tensaba. Los ojos de Saveli eran unos Visores redondos que no se entrecerraban, sino que siempre estaban bien abiertos. ¿Le parecería todo ridículo? ¿O estaría irritado por haberse dejado convencer para una expedición tan absurda? ¿Estaría preguntándose por qué arriesgaba la vida? Si hubiera sabido quién era la persona que le había contado a Artyom lo de Balashikha, y lo que habían hablado entonces los otros...

Saveli permaneció callado un buen rato, y después pulsó un botón y encendió la radio. Pasó por toda la FM, luego sintonizó la AM y finalmente la VHF. Lo único que se oía en todos los canales era un débil soplo, como de viento entre ramas desnudas. Las ondas de radio ya no circulaban. La Tierra había quedado como un campo tratado con pesticidas. El planeta giraba, totalmente desierto, en un vacío sin aire, y tan solo en un último lugar quedaban seres humanos, los últimos piojos que aún no habían muerto. Estaban allí, bajo el firmamento, igual que habrían podido estar bajo una quesera, sin moverse, amordorados. No podían escapar. La muerte esperaba.

—Estaría muy bien que hubiera supervivientes en algún otro lugar — respondió Saveli a la mirada de Artyom—. ¿Puede ser que los haya de verdad?

Artyom no podía creer que lo hubiera dicho en serio.

—No soy de Moscú, sino de la zona de Ekaterimburgo —siguió contándole el stalker—. Cuando terminé de servir en el Ejército vine aquí a estudiar. Quería trabajar como cámara. Filmar películas de guerra. ¡Qué inteligente era! La idea se me había ocurrido mientras estaba en el ejército. Filmar una película de tanques. Y con esa película conquistar la capital. Todos ellos se quedaron allí. Mi madre, mi padre, mi hermana pequeña. Hasta una abuela y un abuelo que aún vivían. Mi madre siempre me decía lo mismo: primero echa raíces en Moscú y luego irá Varya. Y más adelante, cuando seamos viejos, quizás iremos a vivir con vosotros, en alguna parte de Moscú. O si no, nos mandáis a los nietos en verano e iremos a la montaña con ellos a buscar setas y bayas. Terminé los estudios. Pero el mercado laboral era una mierda. Y todos los años lo mismo: sí, esta vez sí, esta vez lo conseguiré. No lograba echar raíces, ¡joder! Vivía siempre de alquiler, siempre en apartamentos minúsculos, siempre en el culo del mundo. Me daba vergüenza llevarme a las chicas a casa para hacerles una sesión de fotos; no era lo mismo que tener a mi hermana en casa, y cuando mi hermanita estuviera,

¿adónde podría llevar a las chicas? Y cuando por fin me enamoré, no había dinero para casarnos. Siempre iba al trabajo en metro y autobús, no logré pagarme un coche. Ahorraba como el que más, pero entonces, zas, viene la crisis y el valor del rublo por los suelos. A la mierda con todo. Eso es lo que pensaba entonces. Ahora pienso distinto.

—¿Alguna vez has captado señales de radio? —le preguntó Artyom.

—Sí, alguna vez, hace tiempo —respondió Saveli—. Pero no había nada. En realidad me importa una mierda. Mi furgoneta está siempre a punto, con el depósito lleno, porque me pregunta: ¿No sería mejor que me largara? Salir del metro una bonita mañana, tomar asiento en la furgoneta, ponerme un CD de *Prodigy* y largarme a toda mecha de esta ciudad jodida, e irme al este, hasta donde pueda llegar. ¿Verdad que sí? Ya he canjeado sal donde los químicos y he acumulado una buena provisión de setas. Lo llevo todo en el maletero. Todo empaquetado con goma, porque los tarros de cristal podrían romperse si se golpean contra la ametralladora. Hace tiempo que lo tengo todo a punto. Desde hace ya dos años.

—¿Y por qué no te marchas?

—Porque no. Porque el ser humano, por naturaleza, es un cagado y un melancólico. Tomar la decisión fue fácil, pero levantar el culo de la silla es mucho más difícil.

—Ya, claro.

—Noche sí, noche no, sueño con la dacha de la familia. Con huertos, fuentes, arbustos con frambuesas... papá echa el estiércol en el sembrado, me llama, me dice que vaya a ayudarlo, pero yo siempre me esconde. Y mamá me llama, tiene leche de cabra fresca y quiere darme un vaso. ¿Lo entiendes?

—Yo sí —dice Lyokha desde el asiento de atrás con voz de dormido—. No todo, pero una parte sí.

—¿Sabes?, a mí me estaría bien que siguieran todos con vida —decía Saveli—. Por lo menos algunos. Al menos el abuelo, que vivía en la casa de enfrente y me tiraba de las orejas porque había disparado con la honda contra sus gallinas.

Pasaron de largo frente a la estación de Leningrado, luego la de Kazán, luego la de Kursk. De allí partían vías herrumbrosas hacia los desiertos abandonados. Artyom había estado allí cuando servía con Melnik. Se había plantado en medio de las vías y había mirado a la lejanía, al punto donde los dos raíles se juntaban, y había tratado de imaginarse lo que habría allí, al otro extremo del mundo. Qué cosa tan singular es el ferrocarril. Como el metro, pero sin paredes ni techo.

—A veces he oído —dijo— que en algún punto del Metro-2 hay un túnel

que lleva hasta los Urales. Hasta los búnkeres del gobierno. Y que el antiguo equipo de dirigentes todavía está allí. Que viven de conservas y aguardan a que la radiactividad vuelva a bajar.

—Deben de comerse los unos a los otros —le respondió Saveli—. Tú no conoces a esa gente. No los has visto nunca por televisión.

Sí, Artyom no conocía a esa gente, pero sí conocía a otros. Se acordó del sobre cerrado que aún debía de estar en el bolsillo de la camisa de Dietmar, atravesado por una bala. Melnik y el tal Felixovich con el que había hablado por teléfono no habían logrado detener la guerra.

—Felixovich —dijo Artyom, que ya estaba casi sobrio—. Para Alexey Felixovich. ¿Bessolov?

—Duerme un rato —le dijo Saveli—. Tu amigo ya está sobando ahí atrás. Y a ti te iría bien. Todavía tardaremos un rato en llegar a Balashikha.

Pero Artyom no lograba dormirse. Estaba tan tenso que el mundo empezó a dar vueltas a su alrededor.

—Para —dijo—. Me estoy mareando.

Saveli se detuvo y Artyom bajó del coche a vomitar. Si se quitaba la máscara de gas le resultaba más fácil, pero entonces la radiación le dejaba un regusto amargo en la lengua. Un mal sabor. Y se respiraba tanta muerte que Artyom ya no se sentía en disposición de pensar quién sería el dueño de Sasha y quién el de Melnik.

Por el contrario, empezó a sentir un hormigueo en el cerebro: «Qué idiota eres. Te has dejado engañar por un casi cadáver que encontraste en un túnel y te has creído las imbecilidades que contaba en su agonía. No encontrarás nada, ni en Balashikha, ni en Mytishchi, ni en Korolyov, ni en Odintsovo, nunca encontrarás nada en ningún lugar».

—¿Has pillado una dosis? —preguntó Saveli con su voz gangosa—. ¿O es que te habías emborrachado?

Artyom cerró la puerta de un golpe.

—Sigamos adelante.

Dejaron atrás la Ronda de Jardines y continuaron por la orilla de un riachuelo de aguas viscosas del que se elevaban gruesas volutas de vapor denso y amarillo. Y pasaron frente a otro millar de casas vacías, e incluso vieron una iglesia menuda, de color rojo, metida entre dos casitas. Las cruces ya no brillaban. Artyom levantó la mano sin apenas darse cuenta, toqueteó a través del traje aislante el talismán que llevaba al cuello, lo acarició... más allá de sus pensamientos, más allá de su conciencia.

Poco más tarde volvieron a salir a una vía ancha y recta. Era muy ancha y muy recta, como la Línea Roja. Ni una curva, ni un giro... tres carriles en una

dirección, tres en otra; las vías de un tranvía. Y estaba repleta de coches y todos iban en la misma dirección, hacia el este, para escapar de la ciudad envenenada. Repleta de coches que se habían detenido y chocado entre sí.

Las venas de Moscú padecían trombosis.

—Carretera de los Entusiastas —leyó Artyom en un cartel azul.

Los automóviles se habían transformado en puro metal, en latas de conservas. Les habían extraído hacía tiempo toda la gasolina, pero nadie había sacado los cadáveres de las latas. ¿De qué habría servido? Además, los coches estaban tan pegados entre sí que tampoco habría sido fácil abrir las puertas. Y sus ocupantes se quedarían de cara al este para siempre. Ennegrecidos, resecos, devorados hasta los huesos. Algunos de ellos tenían la cabeza sobre el volante, otros se habían puesto cómodos apoyándose en el respaldo, y los había que aún tenían a los niños sobre el regazo. Ellos, al menos, no habían muerto de hambre, sino que los había matado la radiación, o el gas venenoso. No habían tenido que sufrir mucho, tal vez ni siquiera hubieran llegado a enterarse.

Llegaron a ver doce coches puerta con puerta ocupando los ocho carriles. Un nuevo coche cada cuatro metros. Como media, cada uno de ellos llevaba a tres personas, y en algunos no quedaban asientos libres. ¿Cuántos cadáveres habría allí? ¿Cómo de larga era la carretera? ¿Dónde empezaba y dónde terminaba?

Las señales del contador Geiger se volvieron más fuertes. Saveli se agitaba nervioso en el asiento sobre el que había colocado una gruesa piel blanca para llegar mejor al volante dada su poca estatura. Logró llevar el coche hasta el borde de la carretera, donde tenía sitio para pasar.

—¿Nosotros también somos entusiastas? —preguntó—. Vamos con entusiasmo a Balashikha, ¿eh?

—Cagados y melancólicos —le respondió Artyom.

No tardó en hartarse de contemplar a los apurados transeúntes en sus todoterreno y limusinas que habían dejado de moverse. Cerró los ojos. Aún sentía en la boca el sabor a óxido. Iba hacia la nada con Saveli. Todos los demás tenían razón. Era Artyom quien no la tenía. La había perdido.

¿Cuánto tiempo le quedaba, según Sasha? ¿Tres semanas?

Eso era lo que había dicho el médico. Y había certificado el diagnóstico con su sello de médico. El sello era lo único que tenía. Pero no medicamentos.

¿Qué podía hacer en aquellas tres semanas? ¿Qué podía hacer?

¿Volver con todos los que conocía para pedirles perdón?

A Anya, porque no había querido vivir una vida normal con ella ni darle niños. A Melnik, porque había hecho perder el juicio a su única hija. Y a Sukhoy, porque jamás había sido capaz de llamarlo «padre», ni con seis ni con veintiséis años. Y porque así podría ir a pedirle dinero —«Papá, necesito dinero»— en vez de decirle adiós.

Si sus piernas aguantaban un poco más, tal vez pudiera encontrar a Hunter. Beber con él por última vez. Decirle: «Tú lo has conseguido, yo no. Se me han caído los cabellos, pero por lo demás no me parezco a ti en nada. Después de que me haya muerto, las gentes seguirán enterradas en el metro, comerán gusanos, se perderán en las tinieblas, se contarán cuentos, traficarán con mierda de cerdo y se harán la guerra hasta el último aliento. No voy a poder abrir sus celdas, hacerlos salir a la libertad, lograr que vivan bajo el sol sin quedarse ciegos».

Luego tomaría todos los cartuchos que Sukhoy le hubiera dado, regresaría a la Tsvetnoy Bulvar, se los daría todos a Sasha y la abrazaría con ternura, la tomaría contra su cuerpo, la recorrería con la frente y la nariz a cambio de aquel dinero, y no haría nada más que tumbarse a su lado y mirarla a los ojos de cerca. Sí, y rogarle a Homero que la sacase de aquella cueva de ladrones en cuanto Artyom hubiera emprendido el último viaje.

Ah, el plan no era malo.

¿Se lo parecía a él, o la furgoneta había acelerado?

—Mira.

Artyom abrió los ojos.

El camino estaba despejado. Alguien había apartado los coches, los había aplastado y empujado a los carriles laterales. Como si un gigantesco bulldozer hubiera pasado por allí con un arado de acero. La franja de asfalto que había quedado despejada entre los montones de chatarra se prolongaba hasta el horizonte.

—¡Anda! —exclamó Artyom—. ¡Mira eso! ¿Quién te parece que lo ha hecho?

El corazón le dio un vuelco y se revolvió dentro de su pecho vacío. Todo el cuerpo se le cubrió de sudor bajo el traje aislante. El mismo nerviosismo volvió a llenarle la boca de líquido amargo, pero Artyom lo retuvo, y se lo volvió a tragar. No quería tener que parar, no quería perder ni un segundo más.

Alguien había encontrado medios técnicos y los había llevado a la superficie, a escondidas, para acabar con el eterno embotellamiento y abrir un camino hacia el este, hacia Balashikha. Aparte de los rojos, nadie más habría podido hacerlo con tanto secreto. Así pues, el hombre del túnel no lo había engañado. Lo único que tenía que hacer era seguir adelante a la máxima velocidad en dirección al horizonte, atravesarlo como la cinta de llegada que se

rompe al final de una carrera y ya estarían allí: el puesto avanzado. El lugar donde unos seres humanos vivían una vida maravillosa en la superficie.

Entonces, no había sido todo en vano.

Artyom no estaba loco, no era idiota, no era un soñador, ni tampoco digno de compasión.

—Acelera —ordenó Artyom.

Lyokha aún dormía. La radio cuchicheaba. El viento golpeaba el parabrisas. Saveli aceleró a cien por hora, el camino abierto pareció contraerse ante tal velocidad, pero Artyom no pensaba ni de lejos en ir más lento. Tenía la sensación de que el stalker sonreía con sus dientes de acero bajo la máscara que llevaba ceñida al rostro.

Las hileras de edificios quedaron atrás y empezó una extraña jungla: los troncos de los árboles se inclinaban a ambos lados sobre una carretera más angosta, tendían las ramas y las entrelazaban en una especie de techo, como para abrazar a sus compañeros del otro lado, como para estrujarlos. No tenían hojas. Era como si hubieran perdido sus últimas trazas de vida en la lucha por el sol y por el agua. Pero no cabía ninguna duda que los mismos que habían abierto el camino entre los coches también se habían abierto paso sin dudarlo por aquella inquietante espesura.

Y más allá la arboleada volvía a ceder, y salieron a un pasaje abierto en el que había varios bloques de pisos. La carretera de los Entusiastas volvía a ensancharse. En aquel tramo tenía dos carriles a cada lado y los cadáveres de automóviles se amontonaban en sus márgenes. Y entonces vieron ante sus ojos la gigantesca curva de la salida a la autopista.

—Ahora vamos a atravesar la autopista de circunvalación —le dijo Saveli —. La Balashikha está al otro lado.

Artyom enderezó el cuerpo en el asiento.

¿Dónde encontrarían esa maravilla? ¿Quizás al otro lado de la autopista? ¿Quizás allí la radiactividad de fondo no sería tan fuerte? No, todo lo contrario, el chasquido del contador Geiger era cada vez más intenso. Habían llegado a un punto en que el camino abierto se volvía más estrecho, los cadáveres de hojalata no habían sido apartados con tanto esmero, y tuvieron que ir más lentos.

La autopista era ancha como la calle central en el Reino de los Muertos, e igualmente infinita. Turismos y vehículos de transporte se habían alineado en la cola para el juicio final, los modestos cuatrolatas rusos al lado de las arrogantes limusinas extranjeras. En algunos casos las cabinas de los camiones se habían inclinado hacia delante, como si alguien hubiera tratado de decapitar a la máquina y no lo hubiera conseguido. En cambio, no les quedaba nada en las entrañas. El rebaño de hierro iba de horizonte a horizonte. ¿Dónde volverían a

encontrarse los dos extremos de la autopista? En un lugar tan desconocido como el fin del mundo.

Allí, de todos modos, el mundo no terminaba. El mundo continuaba y siempre era el mismo.

Pasaron por el lado de un cartel que decía BALASHIKHA.

Al otro lado de la autopista había lo mismo que en el que acababan de abandonar.

Las casas estaban un poco más separadas entre sí. En vez de los típicos bloques de mala calidad de los años sesenta y setenta, había fábricas en ruinas que llegaban hasta el borde de la carretera. ¿Qué quedaba allí? Puestos de venta destrozados al lado de paradas de autobús que se habían venido abajo, autobuses como cámaras de gas con vista panorámica. El viento del este les soplaba la radiación a la cara. Poco a poco se hacía de día, pero nadie se daba cuenta. Lo único que impedía que Artyom renunciara a sus creencias y abandonara su promesa era que el camino que alguien había abierto entre los coches continuaba más allá. ¿Hacia dónde?

—¿Y qué haremos ahora? —preguntó Saveli—. ¿Hacia dónde quiere ir usted, mi señor Sussanin?

—¿Hacia dónde? —le preguntó Artyom al hombre que en el túnel había tenido que pelear por tomar aliento.

¿Por qué lo había creído? Sasha le había dicho que no creyera a nadie.

«Pero ¿cómo podría no creérmelo? Si no creo en esto, ¿a qué me voy a aferrar, Sasha?».

Lyokha se agitaba en el asiento de atrás.

—¡Eh! ¿Qué es eso?

—¿Dónde?

—¡Allá, a la izquierda! ¡Se mueve! ¡Y hay más de uno!

Se movía.

Giraba.

Junto a la carretera, en un terreno despejado, había una especie de torre... ¿o más bien un molino de viento? Una construcción que alguien había hecho con raíles entrecruzados y soldados, de cuatro pisos de alto, más ancha por abajo que por arriba, rematada por una especie de hélice de tres palas. El viento del este iba tan rápido que no lograba detenerse y caía en su trampa, y para liberarse se veía obligado a hacer girar las palas.

—¡Mira, allí hay otro! ¡Mira! ¡Y otro!

Los molinos de viento peregrinaban, uno tras otro, en una larga hilera que seguía el borde de la carretera. Las palas de las hélices debían de medir tres metros, eran de forma irregular y estaban recubiertas de chapa metálica gris, tan

gris como el cielo. Bastaba con una mirada para constatar que estaban hechas a mano, que no las habían construido en una fábrica, sino después del fin, después de la guerra, quizás en una fecha reciente.

¡En fecha reciente! ¡Ahora!

En fecha reciente, alguien había salido ¡a la superficie! para instalar aquellos molinos de viento con algún fin.

Las hélices giraban a velocidades distintas. Habría dicho que un escuadrón marchaba al completo por el aeródromo hacia la pista de despegue, como un escuadrón de ositos de agua con alas transparentes. Quizás aquellas hélices dieran impulso a todo el planeta, lo impulsaran a quién sabe dónde, hacia un astro habitable, para que los seres humanos pudieran saltar sobre él y salvarse.

—¿Para qué sirven? —murmuraba Lyokha desde atrás.

Artyom ya lo sabía.

—Son como las bicicletas de nuestra estación —murmuró con voz mecánica, alargando las palabras como si estuviera embrujado—. Son generadores. Generan electricidad. Con el viento.

—¿Y para qué?

—¿Tú eres tonto? ¡Esto quiere decir que aquí hay seres humanos! ¡Aquí! Si no, ¿para qué iban a necesitar tanta electricidad? ¿Cuántos hay? ¡Mira! ¡Seis... siete... ocho... nueve...! ¡Diez... once... doce... trece...! ¡Y por allí hay más! ¡Deben de generar electricidad suficiente para un edificio grande! ¡O dos! ¡O tres! ¡Catorce! ¡Quince! ¡Dieciséis! ¡¿No lo ves?! ¡Y los ha construido alguien aquí arriba! ¿Cómo está la radiación?

—Como siempre —dijo Saveli.

—¡Ah, a la mierda! Será que se han adaptado. O han construido algún tipo de instalación que los protege. ¡Pero en todo caso, están en la superficie! Los rojos deben de perseguir algún objetivo, ¿no? De algún modo saben lo que nosotros no sabemos. ¡Aquí tienen electricidad! ¡En todo el metro no tenemos tanta corriente como la que deben de generar estas hélices! Con esto se podría proveer de día y de noche a todo un barrio repleto de personas... ¡Frena! —le gritó Artyom a Saveli—. ¡Frena! ¡Quiero verlo bien!

Saveli frenó al borde de la carretera.

Artyom saltó de la furgoneta, fue cojeando hasta uno de los molinos, levantó la cabeza hacia el cielo, parpadeó, y contempló las palas que chirriaban al girar. Todo estaba intacto: a base de viento y chirridos, aquellas cosas generaban electricidad. Y no se detenían.

Saveli se le acercó con un rifle Vintorez —un arma típica de los comandos en misión especial—, listo para disparar. Escudriñó con los ojos el molino de

viento, miró alrededor y escuchó.

—¿Y dónde está toda esa gente de la que hablas? —le preguntó a Artyom —. ¿Dónde está tu barrio repleto de personas que se hacen el desayuno con la electricidad que viene de aquí y que tienen el baño iluminado? ¿Eh?

—Mira, tío, no tengo ni idea. Están escondidos. Esta carretera es transitable. ¿Por qué tendrían que dejarse ver?

—¿Y tú piensas que nos están observando?

—Podría ser.

Saveli empuñó el Vintorez. Estudió el entorno con la mira telescópica.

—No lo parece. Esto está igual que Moscú, Artyom. Aquí no hay nadie.

—Esta carretera existe y alguien ha construido estos molinos. ¡Alguien ha tenido que hacerlos! ¡Trabajadores, ingenieros, electricistas!

—¡Pero si aquí no hay nadie! ¿No lo ves? Alguien ha construido esto y ha regresado al metro. ¡Y no es de extrañar, con la radiación que hay aquí! ¡Esto es un experimento que fracasó!

Siguieron adelante con la furgoneta, a poca velocidad, ahora con las ventanillas bajadas, para que no les pasara por alto la presencia del ser humano más insignificante. Pero no había nadie. Árboles desnudos tendían a los cielos sus dedos nudosos. Rezaban por algo. Detrás de los árboles se asomaban unas torres de alta tensión ya sin cables. No se veían bien desde lejos, porque las casas las ocultaban. El cielo se enredaba en las palas. Las robustas hélices chirriaban cada una por su cuenta, sin coordinarse, y su chirrido colectivo no cesaba ni un solo segundo. Entonces se dieron cuenta de que algo más adelante se acababan los molinos. Y no habían visto ni rastro del puesto avanzado.

—Volvamos atrás. ¡Lo más probable es que lo hayamos pasado sin darnos cuenta!

Saveli le obedeció. Mientras este giraba con la furgoneta, Artyom tuvo tiempo de recorrer un trecho a pie. Impaciente, escuchaba y miraba en todas direcciones.

«¿Dónde estáis, muchachos?

»¡Porque existís! ¡Estáis aquí! ¡¿Entonces?! ¡Dejaos ver! ¡No me tengáis miedo! ¡Soy como vosotros!

»Aunque seáis rojos. Me da igual. ¿Qué significan aquí arriba esos colores del subsuelo? Todos los colores palidecen bajo el sol, ¿verdad que sí?».

Algo se movía al borde de la carretera. Un perro.

Olisqueaba y ladraba con indiferencia.

Artyom se acercó cojeando al animal. No era un perro guardián. No llevaba collar. Era de raza mezclada. Tenía el pelo blancuzco y sucio.

—¿Qué es? —Saveli se había acercado también.

—¡¿Lo ves?!

—Un perro.

—No nos tiene miedo. No se asusta de las personas. ¡Y mira qué gordo! Si está precioso... ¡Es un perro doméstico! ¿No lo ves? Tiene que haber salido de un asentamiento. Debe de haber un asentamiento al otro lado de los árboles. Es manso y vive allí, igual que los chuchos de la estación. ¡Mira lo bien alimentado que está!

Detrás del de pelo blancuzco aparecieron otros dos entre las casas. Si Artyom se hubiera topado con perros en Moscú, habría puesto en la mira al animal que iba en cabeza y lo habría matado. Esa era la única manera de salvarse. Pero aquellos eran distintos. No rugían, no se ponían en semicírculo para acorralar a su presa, sino que lo miraban sin agresividad, con los ojos entreabiertos, y solo ladraban de vez en cuando. La radiación los había deformado un poco: uno de ellos tenía cinco patas, a otro le crecía una segunda cabeza, pequeña y sin ojos, al lado de la principal. Estaban deformados pero no eran violentos. Porque comían lo suficiente.

—¿De dónde han salido? ¡Mira! ¡Detrás de los árboles hay un sendero! ¡Debe de haber seres humanos! —le dijo Artyom a Saveli con voz ronca.

Saveli dejó el vehículo en un rincón y sacó la llave. Incluso Lyokha salió y cerró la puerta a su espalda. Para protegerse los ojos, se había puesto sobre la máscara unas gafas de sol con montura de color rosa y cristales en forma de corazón. Se las había prestado Saveli.

Los perros olisquearon a los hombres. Saveli los espantó con el rifle, y ellos, incrédulos, retrocedieron unos pasos. Su propia gordura les impedía correr. Estaban bien cebados.

Artyom levantó las manos desnudas y entró en el sendero antes que los otros dos.

—¡Eh! ¡Amigos! ¡No disparéis! ¡Hemos llegado aquí por casualidad!

No estaba nada claro que alguien lo oyera. Los chirridos de las hélices se habían intensificado tanto que tal vez no dejaban oír la voz de Artyom.

—¿Hay alguien? ¡Hola! No pasa nada, no venimos con malas intenciones...

Le costaba respirar. En aquel instante, el aire que pasaba por el filtro no le bastaba. Los visores de la máscara se habían empañado. Pero no quería arriesgarse a absorber más radiación. Los niveles eran cada vez más altos, tomar aire habría podido costarle la vida, y le quedaba todavía tanto por aclarar... Buscaba consuelo y confianza, para sí mismo y para todo el metro.

Saveli y Lyokha lo seguían.

Los perros caminaban sin darse prisa, primero detrás de ellos, luego delante. Les mostraron el camino. Entre los árboles desnudos no se veían casas,

ni siquiera una cerca, pero sí una silueta rojiza... a unos cincuenta pasos de la carretera.

Entonces salieron a un claro.

Los perros los miraron a los ojos, menearon la cola como si se sintieran culpables de algo y corrieron hacia el centro. Cuando estuvieron allí, desaparecieron bajo tierra. Artyom se acercó un poco más. ¿Qué podía haber allí? ¿Viviendas construidas en el subsuelo?

Era un foso.

Un foso muy grande abierto con una excavadora. No, no era un foso, sino una fosa. La silueta roja que habían visto entre los árboles era la arena arcillosa que se había acumulado al otro lado. Un montículo entero. Y no había viviendas por ningún lado.

Lo que había dentro de la fosa eran seres humanos amontonados.

Cada uno con lo que llevaba puesto en el momento de morir.

Todos eran hombres. No se distinguía nada más. Los perros se habían comido el resto.

¿Cuántos eran? Muchos. Solo con los de arriba se podían contar unos veinte. Pero se veía muy claro que debajo habría una segunda capa, y después una tercera, y más capas que descendían hacia las profundidades.

También había muchos perros, pero tenían comida más que suficiente, y por eso eran tan inofensivos y pacíficos. Bajaron a la fosa y, sin inquietarse, siguieron masticando. Esa era la ocupación de la que Artyom los había apartado con su grito.

—¡Ya lo ves! Los trabajadores que buscabas —dijo Saveli a su espalda—. Obreros, ingenieros, electricistas. Están todos ahí. Han terminado el trabajo y gozan de un merecido descanso.

Artyom miró a su alrededor.

—¿Cómo puede ser? —se preguntó—. ¿Qué sentido tiene esto?

—¿Que qué sentido tiene? —preguntó a su vez Lyokha con sus gafas en forma de corazones—. ¿Y qué sentido tenía lo que se hacía en el Reich? A veces parece que no vivas en este mundo. ¿Tú te crees que aquí será distinto?

Artyom agarró la máscara de gas por el filtro y se la arrancó del rostro. Sentía la necesidad de aire fresco para no vomitar, y había olvidado el hedor de los cadáveres. Al instante le vino al rostro el olor dulzón y repulsivo de la podredumbre. Sintió un nudo en la garganta y vomitó hiel.

Luego se alejó cojeando, arrastrándose, lejos de la fosa. Por encima de sus oídos rechinaban todavía las palas de los molinos, una y otra vez. Llegó donde estos estaban dispuestos en una columna regular. Instalarlos había sido un trabajo duro y difícil. Pero alguien lo había hecho. Seguro que tardaron algún

tiempo. A medida que se morían, otros los iban reemplazando. No, no habían ido por sí mismos. Los habían traído a la fuerza. Presos políticos, y de todo tipo, habían sido llevados hasta allí para construir el puesto avanzado. Y después difícilmente podían regresar. Probablemente las personas de las que hablaba Zuyev habían conseguido huir de aquel lugar, pero una vez en el metro los habían detenido y matado enseguida para que no se lo contaran a nadie. Eso fue lo que ocurrió.

Las palas metálicas de los molinos giraban sin cesar, arrojaban destellos bajo un sol turbio, pero no eran un escuadrón de aviones de ensueño, sino las cuchillas de una máquina de picar carne en la que morían las gentes del metro de Moscú, gentes que exprimían su propia vida para generar electricidad y terminaban transformadas en pienso para perros.

—¿Para qué? —se preguntaba Artyom en voz alta—. ¡¿Para qué necesitáis tanta electricidad?!

Escupió saliva amarga, agria, y volvió a cubrirse el rostro con la máscara.

De pronto oyó un rugido entre los árboles. ¡Un vehículo!

Artyom se arrojó a tierra e hizo señales a sus compañeros, que en aquel instante salían de la fosa. Ellos también se echaron cuerpo a tierra para que no los viesen entre los árboles desnudos.

Un camión se acercaba sobre seis gigantescas ruedas, pintado de gris, con las ventanillas enrejadas. En el lugar del parabrisas llevaba un ariete dentado, y en vez de zona de carga, una caja de planchas de acero remachado con estrechas troneras y una pequeña puerta. Había salido a la interminable carretera de los Entusiastas desde un acceso lateral que habían dejado atrás al pasar con la furgoneta. Entonces frenó y permaneció inmóvil. ¿A qué esperaba?

Artyom contuvo el aliento. ¿Los habían oído? ¿Venían a por ellos? ¿Habían visto la furgoneta aparcada?

No. Se oyó un segundo motor y por la misma esquina apareció otro camión, adaptado de la misma manera. Recién pintado. Se quedó detrás del primero y entonces los dos eructaron humo negro, bramaron y se alejaron en dirección a Moscú. Avanzaron a todo gas por la franja despejada, que parecía abierta a propósito a su medida, y al cabo de poco rato ya no se distinguían del asfalto gris.

—Venían de allí... —dijo Artyom—. De detrás de esa curva. ¿Qué hay allí?

Era la dirección en la que sobresalían por encima de los árboles las torres de alta tensión en las que ya se había fijado antes.

Artyom se marchó hacia allí por el margen de la carretera. Empuñaba el fusil con más fuerza todavía. En aquel momento le daba igual si Saveli y Lyokha lo seguían o si vacilaban. Tenía que encontrar lo que pudiera haber allí. Tenía

que averiguar qué había allí. Por qué habían matado a tantas personas.

Abandonó la carretera de los Entusiastas y entró por otra que la cruzaba. En un cartel se leía su nombre: CARRETERA OBYEZDNOYE.

Al acercarse se dio cuenta: no eran torres de alta tensión.

¡Eran torres de radio!

Una, dos, tres, diez... ¿y cuántas más? ¡Era la estación de radio de la que tanto se había hablado!

Se acercó cojeando, y las torres de radio emergieron de entre los árboles que poco antes las habían ocultado. Se erguían contra el cielo cual gigantescos, altísimos, entramados de metal. ¡Qué era, en comparación con aquello, el insignificante cable de Artyom en lo alto de un edificio! ¡Lo de allí eran antenas que podían retransmitir hasta la otra punta del mundo! Si ellas no captaban la señal de Polyarnye Zori, ¿quién podría captarla?

—¡Espera! —Saveli lo agarró por el brazo—. ¿Adónde vas tan rápido? ¡¿Quieres presentarte en la entrada principal?!

—Me importa una mierda —le respondió Artyom—. Si es por mí, sí, vamos a la entrada principal. Esto es la estación de radio, ¿no lo entiendes? ¡Eso de ahí son antenas! Ahora está claro para qué sirven todos esos generadores. Por qué están aquí. ¡No son para un asentamiento! ¡Sino para hacer funcionar las antenas! ¡Y todos aquellos cadáveres amontonados en la fosa como animales estaban ahí para hacer funcionar estas instalaciones! ¡¿Lo has entendido?! ¡¿Y qué significa eso?! ¡Pues que están en contacto con alguien! ¡Quizá con los Urales de los que hablabas! ¡Y con el búnker de Yamantau! Los gilirrojos están en comunicación con alguien, ¿no lo entiendes? Si no, ¿para qué mantendrían todo esto? Tú haz lo que quieras, tío... a mí me quedan unas tres semanas... tengo que hacer algo.

Echó a andar de nuevo y se acercó todavía más.

—¡Espera, idiota! —le susurraba el encolerizado Saveli—. ¿Cómo puedes acercarte así? Tenemos que ir los tres... Ahora nos sentaremos y trazaremos planes.

—Vale, tú siéntate, yo iré a explorar.

Fue cojeando entre los árboles y no tardó en descubrir una cerca de hormigón que protegía las torres. Tendrían que pasar al otro lado... ¿quizá por la puerta? No, pasar por la puerta no era una buena idea.

Había un lugar en el que los árboles casi tocaban la cerca. Artyom trepó por las ramas. En lo alto había una alambrada, pero eso ya no le daba miedo. La golpeó con el fusil. ¿Estaba electrificada? No. Pasó la pierna por encima, la pernera del pantalón se le desgarró, y una vez más se cubrió de sangre, pero ya le daba igual. Logró pasar al otro lado. Trató de aterrizar con la pierna buena. Lo

consiguió a medias.

Si alguien lo había visto, era el momento de que le pegase un tiro.

Pero la jugada le salió bien. No había nadie. Había ido a parar a un terreno cubierto de maleza. En el interior había unos pequeños edificios de ladrillo, y escombros tras los que podría ocultarse. Descubrió una excavadora aparcada en un rincón. Probablemente era la misma que se había utilizado para excavar la fosa.

Un perro pastor alemán ladró sorprendido y salió corriendo de detrás de uno de los edificios en dirección a Artyom. El joven le rozó el hocico con una bala. El perro aulló y saltó hacia atrás en una voltereta.

Artyom avanzó con mucho sigilo, pegado a la pared de la edificación. Estaba junto a la puerta. Era una caseta de guardia. Se acercó por detrás a una ventana y miró al interior. Vio a varios hombres. Como iban vestidos con trajes aislantes, Artyom se quedó sin saber si eran rojos o si representaban otros colores.

Dio la vuelta a la caseta y llamó a la puerta. Cuando abrieron, los acribilló. «Un día por ti, otro por mí. Si me he equivocado, ya lo aclararemos... dentro de tres semanas».

Sobre la mesa había un pequeño televisor en cuya pantalla aparecían la puerta y la cerca. Estaban rebobinando la grabación hacia atrás. Tal vez lo hubieran visto saltar y estuvieran a punto de salir, o quizás estuvieran retrocediendo en la grabación para asegurarse... En cualquier caso, Dios lo había protegido... Dios Padre. Le gustaban esas historias... todo el Antiguo Testamento... nada más que guerras... y misiones especiales.

Encontró el interruptor donde estaba escrito «puerta», lo pulsó y salió de nuevo afuera.

Solo entonces se abatió sobre él la bala que había esperado desde el principio. Le rozó el hombro. Corrió hasta un muro de poca altura que había allí cerca y se agachó detrás, con la esperanza de que fuera el lado correcto y no se hubiera puesto bajo el visor del tirador. Con el brazo que aún tenía ilesos, alzó el pesado fusil y disparó al azar. ¡No! ¡Estaba en el lado equivocado del muro! Una nueva bala pasó rozándole la cabeza y se incrustó en la pared, una esquirla de ladrillo le dio en el visor y lo resquebrajó. Echó a correr hacia el otro lado... tropezó, un dolor lacerante le recorrió la rodilla herida, lo dejó tumbado en el suelo. En cuanto estuvo en tierra, una nueva ráfaga pasó por su lado y estuvo a punto de alcanzarlo, pero entonces alguien se puso a disparar desde la puerta. Lo vio por el rabillo del ojo: ¡Lyokha! ¡Lo estaba cubriendo con su arma! ¡Gracias!

Artyom sacó fuerzas de flaqueza, reptó sobre el polvo... ¿eran tres los que salían de edificio? Los tres llevaban traje aislante. Seguramente habían tardado

tanto porque tenían que ponérselo. Lyokha se había atrincherado detrás de una esquina y estaba disparando cargadores enteros. Los tres nuevos se fijaron en Artyom, que seguía a cuatro patas. Unos metros más y podría ponerse a cubierto. Pero se veía incapaz de dar esos pasos, y el polvo que tenía debajo se habría teñido de rojo de no haber sido porque en ese mismo instante la furgoneta entró por la puerta. Sus neumáticos crujieron mientras se abalanzaba sobre los confusos soldados los arrollaba. Entonces alguien disparó desde arriba contra la furgoneta, pero Lyokha apareció por un lado y atrajo sobre sí el fuego de la ametralladora instalada en el tejado. Entretanto, Artyom había logrado salir de la zona de peligro y llegado a la puerta, y Saveli salió del vehículo y se apostó detrás de él. El stalker apuntó al hombre del tejado con la mira del Vintorez, disparó una bala tras otra con el silenciador y la ametralladora del enemigo enmudeció. Uno de los heridos se levantó torpemente y golpeó a Lyokha en el mentón con la culata de su arma. Luego trató de empuñarla con gestos de borracho para acabar con el atontado broker, pero Artyom corrió hacia él, le pegó un tiro en el rostro y así salvó a quien lo había salvado. Abrió la puerta y corrió por el pasillo. Alguien le salió al paso con una pistola.

Artyom ya no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo. No hacía más que disparar. El hombre se estremeció, retrocedió, y así terminó todo. Se acabó. Fin.

De pronto, todo quedó en silencio. Fuera tampoco se oían más disparos. Artyom vio por la ventana cómo Saveli golpeaba con el pie a los que estaban en el suelo para asegurarse de que hubieran muerto de verdad.

Entonces pudo fijarse en el edificio y vio que era pequeño.

Un pasillo y unas pocas habitaciones. Todas las puertas estaban abiertas. La escalera conducía hasta el primer piso, que era igual que la planta baja. Había un cuadro de mandos, pero lo más probable era que Artyom acabara de matar al único hombre que sabía cómo funcionaba.

En el cuadro había innumerables botones y lo que parecía una selva de interruptores. Los cartelitos que los acompañaban estaban escritos en cirílico, pero tan solo se leían abreviaturas incomprensibles y no quedaba nadie que pudiera decir cuáles eran las palabras completas.

Artyom se sentó en una silla de despacho con ruedas.

Se sacó la máscara agrietada. Toqueteó los botones. «¿Y bien? ¿Cuál de vosotros me va a poner en contacto con Polyarnyie Zori?».

Al cabo de un rato creyó haber entendido cómo se cambiaban las frecuencias. Encontró unos auriculares. En ellos solo se oía el murmullo del mar:

—Fflfshhhffff...

Otra.

—Crjjjj... crjjj...

Un sanatorio para pacientes de tuberculosis. Un túnel oscuro abarrotado de animales humanos desnudos. Toses espasmódicas. Pulmones que respiran por los agujeros que les han abierto los picos. Nadie quiere marcharse. Nadie quiere seguirlo a la superficie. Allí no hay ningún lugar adonde se pueda ir. Todo está destruido por las bombas, envenenado, contaminado. Puedes salir tú solo a la superficie, si tan zumbado estás.

—Crjjjj...

¡Bammm! Lleno de rabia, asestó un puñetazo al cuadro de mandos.

—¡Ponte a funcionar de una vez!

¡Bammm!

—¡Ponte a funcionar, mierda de aparato! ¡¿Qué era lo que escuchabais aquí?! ¡¿Con quién habéis hablado...?! Toda esa gente que estaba en la fosa... ¡¿por qué han muerto?! ¡Y los que estaban aquí! ¡¿Por qué?! ¡Venga, ponte a funcionar!

¡Bammمم!

—Crjjj...

—Ffffffshhhhhh...

¡Antenas gigantescas! ¡Torres enteras! ¡Son diez! ¡Podrían emitir y recibir todas las ondas! «¡¿Cómo es que sois tan gigantescas y a la vez estáis tan sordas, torres de mierda?!».

¿Cómo se retransmitía desde aquí? ¿Cómo podían, desde aquí, decírselo todo a un mundo muerto? ¿Cómo pudieron enviar siete mil millones de seres humanos de golpe al matadero?

Entró Saveli.

—¿Qué? ¿Se sabe algo de mis padres?

—¡Nada! ¡Nada de nada!

—¿Ni siquiera responde nadie? ¿Ha sido todo en vano?

—¡¿Y todos esos?! ¡¿También estaban aquí en vano?!

Saveli callaba. Rozó con la bota el brazo del radiotelegrafista muerto. Aún le quedaba alguna esperanza. Pero no, había muerto sin remedio.

—Pues bueno... tendremos que marcharnos de aquí. El tío este ha tenido tiempo de sobra para avisar a sus colegas. Si vuelven, lo tendremos muy jodido. Lyokha ya no está en condiciones de hacer nada.

—¿Aún vive?

—Está aturdido. El golpe en el mentón ha sido de los fuertes. Lo he metido dentro de la furgoneta. En fin, vamos a despojar a estos chavales de su material y nos marchamos a casa. Así el viaje habrá tenido algún sentido.

Artyom asintió.

Allí ya no podían hacer nada más. Ya no quedaba nada más por hacer. A él

ya no le quedaba nada más.

Se levantó de la silla con ruedas. Tenía las piernas rígidas. Los ojos resecos. Los dedos que en la Pushkinskaya ya se le habían quedado torcidos a fuerza de llevar la carreta seguían ahora el contorno de un fusil de asalto... con el dedo índice algo estirado hacia delante.

Le quitó la pistola al radiotelegrafista. No pareció que a este le importara. Se la dejó quitar. No llevaba ningún distintivo en el uniforme.

«¿Quién eras? ¿Qué hacías aquí?».

Salió afuera arrastrando los pies. Le quitó el fusil a otro. Una segunda arma. Se acordó de la ametralladora del tejado. Pero no quería volver a pasar por la estación de radio.

Las puertas del vehículo estaban abiertas. En el interior había alguien que gimoteaba, que poco a poco volvía en sí. Lyokha. En la radio del coche se oía un murmullo monótono... fuerte, claramente audible. Como en el cuadro de mandos. Habría podido ahorrarse todo el camino. Habría podido ahorrarse matar a unas personas que no conocía. No tener que cargar con otro pecado por el que tendría que dar cuenta al cabo de tres semanas.

Artyom se sentó en el suelo. Contempló el paisaje sin entender.

Las puertas de la caseta de guardia estaban abiertas. Un brazo humano se asomaba por el umbral. La mano arañaba el asfalto. Al otro lado se encontraba la caseta con el generador eléctrico. En la puerta había un cartel amarillo con la representación de un rayo. Un edificio de dos pisos con un radiotelegrafista silencioso. ¿Qué era lo que vigilaban? ¿Por qué habían estacionado allí los dos camiones modelo Ural? ¿Para qué habían construido los molinos de viento? ¿Para qué habían cavado la fosa? ¿Se habían llevado seres humanos del metro? ¿Para alimentar a los perros? ¿Para capturar a los fugitivos?

Los molinos de viento crujían, generaban electricidad, cargaban el cuadro de mandos, hacían funcionar las endiabladas antenas.

Molían almas hasta transformarlas en harina. Molían vidas hasta transformarlas en polvo.

Rechinaban, rechinaban, monótonos, y sus palas retorcían los intestinos de Artyom. Ihhhh, ihhhh, ihhhh, ihhhh.

Antenas sordas, sin sentido, se erguían frente a él.

¡Ihhhh, ihhhh, ihhhh, ihhhh!

Se puso en pie de un salto y se fue cojeando, tan rápido como le permitía su odio, hasta la caseta del generador. Dio un culatazo en la puerta que sonó como si hubiera golpeado una campana e irrumpió en el interior. Vio el armario: lucecitas, interruptores.

Estúpida, torpemente, golpeó los interruptores con el cañón. Las lucecitas

se pusieron a chisporrotear.

—¿Para qué, asquerosos? ¿Para qué necesitáis tanta electricidad?

Agarró el fusil, lo utilizó como bastón, como una maza, y estrelló con todas sus fuerzas la culata contra los interruptores.

El plástico saltó por los aires, el cristal saltó por los aires, los fusibles se fundieron, una lucecita se apagó.

Agarró un cable de colores, con un aspecto como infantil, y lo arrancó.

El interior de Artyom ardía, todo se le había vuelto del revés, todo le daba vueltas. Y no quería rendirse. Quería desconectarlo todo, destruirlo hasta los cimientos, hacer pedazos la jodida y absurda estación de radio, desviar la corriente eléctrica de la picadora de carne hacia la Tierra, hacia el sol, hacia el universo.

Le habría venido bien llorar. Pero algo había muerto en sus ojos, ya no le brotaban las lágrimas.

—¡Eh! ¡Artyom! ¡Ven aquí!

Salió del generador eléctrico que se había desactivado... tenso, insatisfecho, todavía lleno de repulsión, estupidez y tinieblas. Un zumbido le llenaba los oídos. La boca volvía a saberle a sangre herrumbrosa.

Vio que Saveli le hacía gestos desde la puerta abierta de la furgoneta.

Por raro que pudiera parecer, se había quitado la máscara protectora.

—¡¿Qué?! —gritó Artyom, para imponerse al zumbido que oía en su propio interior.

El stalker le respondió con un susurro inaudible y le hizo un gesto para que se acercara. Artyom caminó con pasos lentos hasta el vehículo.

—¡¿Qué pasa?!

—¡Ven aquí, atontado!

Las arrugas en el rostro de Saveli habían cambiado a una forma extraña. Parecía que sonriera, pero también que fuera presa de un insopportable horror. Su sonrisa era de loco y brillaba con reflejos de acero.

—¡¿Qué pasa?!

—¡¿No lo oyes?!

Artyom se acercó cojeando y por fin llegó hasta él. Arrugó la frente. ¡¿Qué demonios ocurría?!

En el coche... dentro del coche... había algo que... Desconcertado, contempló al stalker. Subió de golpe al asiento de delante. Empezó a buscar con dedos temblorosos. ¡¿Qué coño estaba pasando?!

—¡¿Es tu CD?! ¡¿Quieres tomarme el pelo, o qué?!

—¡Idiota! —le respondió Saveli, sonriente, y miró al interior de la furgoneta a través de la ventanilla bajada—. ¿Es que no te das cuenta de que la

que está cantando *Prodigy* es Lady Gaga?

Se oía música en la radio.

A poco volumen, sin nitidez, mezclada con un susurro, y muy distinta de la música que Artyom hubiera podido oír en el metro. Ni guitarra, ni piano estropeado, ni voz de bajo que canta himnos melancólicos sobre el día de la victoria. No era música, eran extrañas contorsiones sonoras, pero tenían ritmo, fuerza, vida. Era una canción que llamaba al baile. Y por encima de ella, el ya conocido ffffffshhhhhhhhhh... No era un CD. Era la radio. Sí, la radio. ¡Música! ¡No eran señales de llamada, sino música! ¡En algún lugar, alguien escuchaba música! Y había alguien que la ponía para que otros pudieran bailar.

—¿Qué es eso? —preguntó Artyom.

—¡Es la radio! ¡La radio, maldita sea! —le explicó Saveli.

—¿Desde qué ciudad retransmiten?

—¡Y yo cómo coño voy a saberlo!

Artyom hizo girar la ruedecita del sintonizador. ¿Habrá otros?

Y descubrió enseguida otra frecuencia. Enseguida. ¡Al cabo de un segundo!

—¡Respondan, por favor! ¡Respondan! San Petersburgo al habla. San Petersburgo...

Como no podía responder, probó en el siguiente. Oyó un balbuceo en una lengua desconocida, como si alguien se hubiera llenado la boca de setas y tratara de hablar.

—¡Eso es inglés! —Saveli le dio un empujón en el hombro herido—. ¡¿Lo oyés?! ¡Si hasta esos hijos de la gran puta han sobrevivido!

«Cejjjjjj...».

«Berlín... Berlín...».

«Kazán... ¿me oyen? ¡Los recibo bien! Aquí Ufa...».

«Vladivostok a la isla de Mirny...».

«Shhhhhhhhhfliflifi...».

«Saludamos a los habitantes de Ekaterimburgo y de la provincia de Sverdlovsk... ¿pueden oírnos?...».

Artyom esperó a saciarse de señales de radio, y solo entonces se dejó caer sobre el asiento, borracho. Miró fijamente al stalker y habló con boca pastosa:

—¿De dónde sale todo eso? ¡¿Qué ha ocurrido?! ¡No lo entiendo!

—¡¿Qué es lo que has hecho?!

—He... he destrozado el cuadro de mandos... seguramente he apagado la corriente... por lo menos eso es lo que quería.

—Sí, lo has hecho.

—No... no lo entiendo.

—¡¿Qué otra explicación puede haber?!

—¿Hum...? ¿Qué?

—¿Para qué te parece que están ahí esas torres?

Artyom bajó de la furgoneta, echó la cabeza hacia atrás, contempló las antenas que parecían sostener el cielo. Estaban igual que media hora antes. Solo que habían muerto.

—¡¿Y?!

—¡Mira que eres lerdo... Pues que las has desactivado, y desde entonces la radio vuelve a funcionar! ¡Recibimos señales del planeta entero! ¡¿Qué significa eso?!

—No tengo ni idea. ¡Ni idea!

—¡Que son emisores de interferencias!

—¡¿Qué?!

—¡Emisores de interferencias! ¡Hacen que se oigan ruidos! ¡Impiden que se puedan escuchar las frecuencias de radio!

—¿Cómo es eso?

—¡Ocupan toda la anchura de banda! ¡Toda! ¡El mundo entero! ¡Como en los tiempos de la Unión Soviética!

—¡El mundo entero?

—No zeaz tan tonto... —decía Lyokha desde el asiento de atrás. Parecía que no pudiera cerrar la boca.

—¡El mundo entero, hermano! ¡El mundo entero! ¿Lo has entendido? ¡El mundo sigue con vida! ¡Durante todo este tiempo habíamos creído que ya no existía! ¡Y lo seguíamos creyendo! ¡Pero todavía existe! ¡¿Lo... entiendes... por fin?!



16

LA ÚTIMA RETRANSMISIÓN

Y qué *hademos ahoda*? —preguntaba Lyokha. Tenía que esforzarse para mover la lengua.

—¡¿Cómo?! ¡¿Qué?!

Artyom se volvió hacia él. Era como si lo viese por primera vez. Lyokha estaba en el asiento de atrás, medio echado, la máscara antigás subida hasta la frente. Todavía le salía sangre por la boca y tenía en la mano una botella llena de aguardiente del malo. Saveli se la había pasado para que se desinfectara.

—Déjame echar un trago.

Echó un trago... pero no le sentó bien. Entre sus dientes crujieron los trocitos de los dientes de Lyokha. Examinó el cuello de la botella: estaba lleno de rastros rojos. Y de todos modos echó otro trago.

—¡En marcha! —Saveli se dejó caer sobre la piel del asiento.

Artyom se volvió hacia el stalker.

—¿Adónde vamos?

—¡Anda! ¡¿Hacia dónde?! ¿A ti qué te parece?

—Regresamos a Moscú?

—Pero ¿cómo vamos a regresar a Moscú? ¿Tú estás bien? ¡Seguimos adelante, por supuesto! ¡Hacia Ekaterimburgo! ¡A casa!

—¿Ahora?

—¡Pues claro, tío! ¡Ahora mismo! ¡Antes de que esa cuadrilla de asesinos regrese!

Artyom se quedó pensativo. Sacó la cabeza por la ventanilla y escupió sobre el polvo.

—¿Y la gente?

—¿De qué gente me hablas?

—De la que vive en el metro. ¿Qué va a pasar con todos ellos?

—¿Qué les tiene que pasar?

—Pues que... tenemos que... decirles la verdad. Tienen que saberlo. Que no estamos solos. Que estos emisores de interferencias... ¡que podemos ir a cualquier sitio!

—Precisamente de eso te hablaba. ¿Es que no te das cuenta? Ahora tenemos una oportunidad de verdad. Todos los caminos están abiertos. El depósito está lleno de gasolina y además llevamos bidones de reserva. ¡Todo está aceitado y engrasado! ¡Tenemos artillería y municiones! ¡Ahora o nunca!

—Pero esos van a regresar. Con sus camiones. Y lo repararán todo. Y los emisores de interferencias volverán a funcionar. Y todo será como antes. ¿Qué pasará entonces? Que nadie sabrá que el resto del mundo aún existe. Que podemos salir del metro.

—Si alguien se entera, mejor para él, ¿vale? ¡Que descubran ellos mismos

cómo salir de su situación! Bueno, ¿qué quieres hacer? ¿Te vienes conmigo?

—Pero ¿cómo van a enterarse? Si nadie puede oír...

—¡Que se vayan al diablo! ¡Es culpa suya! —¿Cómo puedes decir eso?

—Si puedo! ¡«Al habla la provincia de Sverdlovsk...»! ¿Cuánto hace que lo esperaba? ¿Qué me importa ya el metro? ¡Este es mi día! ¡He esperado durante todos estos años, me he preparado...! ¡Ahora tengo que irme!

Artyom abrió la puerta con el pie y salió afuera. Alzó la cabeza y contempló la silenciosa torre de radio. Lyokha tomó otro trago de la botella y no dijo nada.

Saveli se volvió hacia su radio. El aparato emitía fuertes crujidos y sonidos gangosos.

—¡A París, mierda, a París! —decía el stalker—. ¿Qué? ¿No te apetece darte un garbeo hasta París?

—Desde luego —respondió Artyom.

—¡Con los maricones! —Saveli creyó que había calado a Artyom y soltó una risa de caballo—. Va, venga, ¿por qué no quieras venir?

—Mi padrastro está en el metro. Mi mujer. Y además... ¡todo lo que tengo está en el metro! ¿Y me voy a marchar sin decirles nada? ¿Los voy a dejar allí?

El stalker hizo girar la llave de contacto y el motor se estremeció.

—Como quieras. Yo no tengo padrastro ni madrastra en el metro. Aparte de unas pocas putas, no tengo a nadie. Y no creo que quisieran ir conmigo. Trabajan mejor en la oscuridad.

—¿Y tú qué sabes? Putas o no... —Artyom sintió que se le inflamaba la sangre—. ¡No hay nadie que esté en el metro por voluntad propia! ¡Toda esa gente cree que no puede ir a ninguna otra parte! ¡Esos cerdos rojos los tienen prisioneros en el metro! ¡Les esconden el mundo entero! ¡¿Qué me dices a eso?!

—Que me cago en ellos.

—¡¿De verdad?!

—Desde lo más alto de la torre de Ostankino. Me cago en todo, ¿entiendes? En el metro. En la gente. En los que retienen a quien sea donde sea por lo que sea. ¡A mí todo eso no me interesa! Solo sé una cosa: si nos quedamos aquí diez minutos más, acabaremos como pienso para perros. Hazme caso y pon punto final a tu heroísmo de mierda. ¡Agárrate bien y nos vamos!

—No puedo —dijo Artyom tras vacilar unos instantes—. No puedo huir a la maldita París cuando todos mis... Tengo que sacarlos de allí. Tengo que decírselo... a todos ellos. ¡Les están dando por el culo! ¡Todo lo que hacen es en vano! Los túneles... las batallas... los gusanos... todo, ¿lo entiendes? El espacio vital, la guerra, la podredumbre de las setas, el hambre. ¡Cuarenta mil seres humanos! ¡Seres humanos que están vivos! ¡Y no solo mi padrastro! ¡No, no

solo él... también los demás! ¡Todos los demás! ¡Tenemos que sacarlos de allí!

—Haz lo que quieras —respondió Saveli.

Artyom callaba. Le tendió la mano a Lyokha y volvió a tragar astillas de diente.

—Haz lo que quieras tú también —dijo entonces.

—¿Y qué vas a hacer?

Artyom se sentía como si la cabeza le fuera a estallar. Se encogió de hombros.

—Me quedaré aquí. Trataré de averiarlas. Trataré de averiar las antenas.

—¿Y cómo lo harás?

—No tengo ni idea. Quizás encuentre granadas.

—Ah. El muchacho quiere granadas. Y que te las traigan en bandeja de plata. Bueno, qué más da. Si tienes ganas de morir, búscate a otro camarada.

Artyom asintió.

—¡Eh, el de atrás! —Saveli se volvió hacia Lyokha—. ¿Con quién te quedas?

—*Pod ahoda* aquí —dijo el apóstol de labios enrojecidos—. No puedo *idme tan dápido*.

—Como queráis. Vosotros mismos os habéis buscado esta mierda. Pero espera un momento a que te eche una mirada en el hombro.

—Tenías prisa.

Saveli suspiró.

—He traído vendas y alcohol, y tú estás jodido. Yo, en tu lugar, pasaría un rato sin moverme mucho. Y también te vas a tomar un metamizol. Está caducado, pero el médico dice que lo más importante es que tengas fe en él. Será mi regalo de despedida.

Era un tejido liso. Saveli lo mojó con algo de alcohol y lo utilizó como venda. Bastaría. Lyokha pudo enjuagarse una vez más la boca. Y no tuvieron problemas de fe con el metamizol.

—Lo que ocurre aquí no te concierne —le insistió el stalker a Artyom—. Claro, tú te crees que todos te verán mientras salvas al mundo. Como un vaquero solitario lejos de su hogar.

Artyom no quiso hablar más de ello.

Saveli cerró las portezuelas, agarró el volante e hizo girar el coche. Cuando ya había salido por la puerta, frenó por última vez. Sacó la cabeza por la ventana.

—¡Idiotas! ¡Os van a matar!

—Y qué más da —replicó Artyom a la nube de gas grisáceo que le vino a la cara.

Cerraron la puerta a mano. ¿Cuánto tiempo podrían aguantar cuando empezara el asalto? ¿Tres minutos? ¿Cinco?

—¿Por qué te has quedado aquí?

—Pff —dijo Lyokha—, que ganas de *idme a otgo sitio ahoga...* ven, *hademos estallad ezas cozaz...* y volvemos a caza.

—Voy a ver si hay algo que...

—Ezcucha, Artyom... ezto no me entda en la cabeza... ¿pod qué ezoz emisodes de intedfedencias?

—Pregúntaselo a los rojos. ¿Tal vez quieren dejar claro a las gentes de fuera que ellos gobiernan todo el metro? ¿Que tienen el poder en Moscú? Tal vez preparen un ataque contra la Hansa y... y reciban ayuda exterior. ¿Has visto toda esa tecnología? ¿Sabes de alguien en todo el metro que pueda hacer algo parecido?

Y luego se acordó del todoterreno a la entrada de la Teatralnaya. Mataron a los fascistas que llevaban un traje aislante de uniforme. Era la guerra, ¿verdad?

Sí, le había dado una explicación a Lyokha, pero él mismo no lo entendía. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía alguien mantener encerrados bajo tierra a cuarenta mil seres humanos, o a los que fueran, en realidad? ¿Qué fin podía justificar aquellos medios?

—Sube al tejado. La ametralladora todavía sigue allí. Vigila la carretera.

Una vez más pasó cojeando por el lado del radiotelegrafista.

«¿Dónde habéis metido las granadas?».

Encontró la armería... vacía. En cuanto alguien dio la alarma, lo habían sacado todo. En una de las habitaciones estaban las camas, en otra la cocina. Allí no podía haber nada oculto. En el camino de vuelta pasó una vez más por la sala de mandos y echó una mirada al tablero. Todas las luces se habían apagado. Todo estaba en silencio, tan solo el aire seguía impregnado de polvo.

Solo había algo que lamentar.

«Si tú, Svyatoslav Konstantinovich, viejo mutilado, pudieras escuchar las señales de radio que de pronto se vuelven a oír, no quedaría nadie ante quien pudieras disculparte. Estaría muy bien poder regresar con vida a Moscú y sentarme contigo frente al receptor. Ya lo ves, viejo. A esto viene a parar nuestra última conversación. Yo estoy esquizofrénico, por supuesto, psicópata, zumbado, y no soy digno de tu hija. Pero ahora ponte a escuchar, Svyatoslav Konstantinovich. Sí, sí, escucha. No hace falta que arrugas la frente. ¿Eh? Sí, eso es San Petersburgo. Y esto otro es París. Sí, ya lo oyes, esos hablan en inglés. Pues sí, y eso es Vladivostok. ¿Que cómo puede ser? Ja, pues claro que puede ser, porque la Línea Roja, durante quién sabe cuánto tiempo, ha hecho funcionar unos emisores de interferencias. Sí, eso mismo, e-mi-so-res-de-in-ter-

fe-ren-cias, Svyatoslav Konstantinovich. Yo no sé lo que son, pero seguramente tú sí, ¿verdad? ¿O no? Pues claro que lo sabes y, sin embargo, te pasaron por alto. Pensábamos que se habían empleado a fondo contra la Orden, que el búnker era muy importante para ellos, y que por eso habíamos perdido a la mitad de nuestros muchachos. Para que el búnker no cayera en sus manos. Pero también puede ser que nuestro búnker les importara un rábano. Quizá tenían planes mucho más ambiciosos. ¿No podría ser, Svyatoslav Konstantinovich, que el búnker no fuera más que un pretexto, una maniobra de distracción, y que aquel sitio no fuera más que una maniobra para desgastarnos, para que no descubriéramos la cuestión principal?».

Le arrancó la máscara al radiotelegrafista, se la puso en vez de la suya, que había perdido un visor, y salió al exterior. Dio la vuelta al edificio y se acercó a las torres de radio. Estaban bien asentadas, sus raíces se hundían en hormigón y tenían cables de acero a cada lado que las estabilizaban. No había nada que se pudiera aserrar, ni derribar. En la torre siguiente vio una escalerilla de acero corrugado y subió hasta arriba para ver cuánto tiempo le quedaba.

«No te has enterado, Svyatoslav Konstantinovich. No te has enterado de los emisores de interferencias, ni de los camiones, y no llegaste a tiempo para frenar la guerra. Te estás haciendo viejo. No me vas a creer, porque estoy como una cabra, pero por lo menos hazme el favor de escuchar la radio. Escúchala. Y entonces dime: ¿Qué misión tiene ahora nuestra Orden? ¿Lo importante todavía es producir mierda de cerdo batida? ¿O más bien volver a llevar a las gentes a la superficie? ¿Dejar morir a los más jóvenes para que podamos seguir siendo morlocks? ¿O ayudarlos a encontrar un sitio donde la radiación de fondo sea soportable? ¿Dónde puedan vivir? ¿Me preguntas para qué me sirve todo esto? ¡No me sirve para nada! Yo ya no quiero hacer de Moisés, Svyatoslav Konstantinovich, y ya todo me importa una mierda. Te lo he dicho así porque quiero darme importancia delante de una puta. Pero es que en realidad ya no me quedan fuerzas para hacer de Moisés. Dentro de tres semanas me voy a marchar. Dentro de tres semanas me marcho... hacia aquel mes de mayo, los patos anaranjados, el helado. Pero tú... tú habrías podido conseguirlo. Y aún puedes. Nadie tendrá ningún problema con que el papel de Moisés lo interprete un mutilado».

¡¿Qué?!

Pues muy bien. Al diablo.

No lograba doblar ni estirar la rodilla herida. Tendría que subir hasta el cielo igual que había emergido de las tinieblas del infierno: patizambo, cojeante, trepando poco a poco.

Subió y subió hasta que el terreno delimitado por la cerca de hormigón le

pareció tan pequeño como un paquete de tabaco. El viento lo azotaba cruelmente, parecía que quisiera arrastrar a Artyom. Los mástiles se tambaleaban, a pesar de los cables de acero. Veía a Lyokha del tamaño de una muñeca, veía la excavadora de juguete, y por el camino que habían abierto en el bosque veía la caja de arena con los muertos, los molinos de viento que parecían cosa de niños.

Hacia el oeste, hacia la ciudad, las casas de varios pisos ocultaban la carretera por la que habían venido. En cambio, cuando se volvía hacia el este, su mirada llegaba hasta el horizonte. No se veía ni rastro de Saveli. Tenía muchas prisas por volver a casa. Pero divisó algo más. Una especie de diminutos escarabajos se arrastraban por la carretera, casi invisibles en la lejanía. Lástima que el stalker se hubiera llevado su Vintorez. ¿Eran seres humanos?

Mientras bajaba, pensó: «¿Y dónde estabais antes?».

«¿Por qué no llegasteis hasta nosotros?».

Se imaginaba lo que habría ocurrido con las retransmisiones de radio: los rojos habían construido aquellas torres para que los habitantes del metro no pudieran contactar con otras ciudades. Y por ello todas las frecuencias parecían vacías. Bien. Pero si había otros lugares que seguían habitados, ¿por qué no habían intentado llegar hasta Moscú? Por lo que sabía Artyom, en todo el metro no había ni una sola persona proveniente de otro lugar. ¿Cómo se explicaba?

No sabíamos nada de vosotros. Nos taponaron las orejas, nos pusieron una venda en los ojos, nos metieron bajo tierra. Nos dijeron: «En el lugar donde hayas nacido tienes que servir». Pero ¿qué pasa con vosotros? ¿Os damos igual?

Saltó apoyándose en la rodilla sana a la tierra polvorienta y arrastró los pies hasta la caseta de guardia. Tenía que haber granadas en algún sitio.

—¿Y? ¿Qué *haz vizto*? —le gritó Lyokha.

—¡Hay alguien en la carretera! ¡Vienen de fuera! ¡No los perdamos de vista!

¿Serían de otra ciudad? ¿O tal vez se trataba de un destacamento de exploración que regresaba al puesto avanzado? Lo sabría pronto. Muy pronto.

Ya casi había llegado a la caseta cuando de pronto se dio cuenta.

¡La excavadora!

Sin duda, la máquina tendría fuerza suficiente para derribar las torres. Con la pala... o con el cable de tracción. Si funcionaba...

Pasó al otro lado de la caseta. Cojeó sobre los hierbajos aplastados por las ruedas de oruga hasta llegar donde estaba el monstruo. La pintura naranja se desprendía a grandes trozos, el cristal de la cabina tenía una grieta y la puerta no se cerraba. El brazo de la máquina apoyaba la pala con gesto de fatiga y abatimiento sobre la tierra, como un borracho que se echa de bruces sobre el

colchón.

—Seguro que podía funcionar?

Trepó sobre uno de los trenes oruga y entró en la cabina. ¿Qué aspecto tenía?

Ningún aspecto en concreto. No tenía volante, tan solo palancas. Y una de ellas estaba rematada por una empuñadura en forma de mosca atrapada bajo un vaso, y en la otra había una calavera de hierro. Ah, no, en el suelo también había pedales y un par de botones. Había algo pegado sobre la ranura del contacto, pero por debajo colgaban unos cables. No estaban conectados. ¿Y si lo probaba? El rojo con el rojo, el azul con el azul.

—Esta cafetera estaba en funcionamiento, o no?

Acercó los extremos desnudos de los cables. Algo se despertó en el interior, el gigante de metal se agitó, retembló. Soltó humo negro. Artyom, inseguro, apoyó un pie sobre el pedal. Trató de ponerse en marcha, pero el espasmo que la máquina recién renacida parecía haber sufrido pasó... y la excavadora calló de nuevo. Había enmudecido. Muerto.

—Acaso había dado algún paso en falso? Sintió el calor bajo la máscara antigás: «¡No es culpa mía!».

Examinó el cuadro de mandos. Estaba lleno de grietas y roturas. La sedienta aguja del combustible lamía el cero.

Entonces, estaba claro.

Oyó de nuevo el chirrido de los molinos de viento. Se le metía en los oídos, en los oídos, en los nervios.

Los visores de la máscara estaban empañados del todo. El tiempo pasaba y no encontraba ninguna solución, se había quedado y autorizado al apóstol a quedarse con él. Buscó por la excavadora y encontró el lugar por donde se echaba la gasolina.

—¡Uh! —gritó.

Qué gilipollas.

Cojeó hasta la caseta, siempre arrastrando una pierna. ¿Encontraría algo? ¿Un lanzagranadas?

No, nada de eso. Tan solo dos muertos: uno que había querido salir arrastrándose por el umbral y otro que estaba tumbado en el interior y miraba al techo. Ninguno de los dos llevaba material inflamable. ¿Para qué? Saveli estaba en lo cierto.

Artyom no podría hacer nada contra los emisores de interferencias.

Se erguían igual que se habían erguido antes y se erguirían después. Los camiones Ural regresarían y saldrían de ellos unos hombres sin distintivos. Pegarían un tiro a los dos imbéciles que habían ido a parar allí y los echarían a

los perros para que se rompiesen los dientes con el plomo. Cambiarían los fusibles, repararían los cables rotos. Las antenas, que podían emitir hasta el otro extremo del mundo, volverían a susurrar, y su susurro aplastaría los chillidos cuando todavía fueran mero germen.

Y así, todos los que se habían acostumbrado a la vida en el subsuelo y a un mundo vacío no tendrían que cambiar. No sabrían nada. En un abrir y cerrar de ojos, la radio volvería a emitir su programa tuberculoso, tan querido. El resto del mundo habría pasado por allí tan solo un instante para luego desaparecer. Todo volvería a ser normal y Artyom volvería a estar chiflado.

—Eh, ¿cómo eztá todo? —le gritó Lyokha desde el tejado.

—Nada. Todavía no he encontrado nada —respondió Artyom.

Todavía.

Todavía no era demasiado tarde para marcharse. Salir de aquel lugar maldito, esconderse en uno de los coches herrumbrosos, hacerse pasar por cadáveres arrugados, para que los camiones Ural pasaran de largo, y luego andar con sigilo por el borde de la carretera hasta llegar a Moscú, una vez allí, de algún modo, en algún lugar... le quedaban tres semanas. Quizá dos.

Volvió a la estación de radio. Regresó una vez más al cuadro de mandos, recorrió la habitación, dio portazos, golpeó armarios y sillas. ¡¿Dónde?! ¡¿Dónde podía haber algo?! «¡¿Cómo puedo aniquilarte, bestia maldita?! ¡¿Cómo puedo apagarte?!». El mudo radiotelegrafista estaba echado en el camino... y Artyom, enfurecido, lo apartó a un lado, y el hombre, como a propósito, dejó un rastro tras de sí.

Salió de nuevo al aire libre. ¿Había algún sitio donde no hubiera buscado? Dio la vuelta al edificio y miró por detrás, buscó entre la maleza, peinó los hierbajos.

Regresó de nuevo al generador que ya no daba electricidad. Por la pantalla del monitor apagado se divisaba el mundo grisáceo del reflejo, y todo se veía igual que antes, solo que más retorcido y absurdo. Si le hubiera llegado electricidad, Artyom habría podido, al menos, vigilar la cerca. Si le hubiera llegado electricidad... Artyom...

Se marchó cojeando hasta el edificio del generador.

Abrió la puerta y puso una piedra para que el viento chirriante no la cerrara. «Lo siento, me dejé llevar por la rabia. ¿Piensas que podríamos hacerla funcionar de nuevo? Si tuviera electricidad, entonces podría... parece que es lo único que ahora...»

»Por todas las frecuencias...

»Enviáis vuestros susurros a todas las frecuencias, ¿no? Así es como funcionáis, ¿verdad, cabrones?

»A todas las frecuencias... onda corta, onda media, probablemente también onda larga. En todas las frecuencias se oyen vuestros murmullos en vez de palabras, en vez de música, en vez de señales de llamada, mandáis vuestras interferencias. Si no logro destruiros, ¿tal vez podría haceros hablar?».

Sus dedos se movieron torpemente dentro de la gruesa goma, su sombra bloqueó la luz como si hubiera sido la sombra de un extraño, los visores estaban empañados y cada vez más llenos de sudor. ¿Qué era lo que había averiado antes? Trató de conectar de nuevo los cables que habían quedado sueltos, volver a poner los fusibles, hablarles con cariño.

Nada. La electricidad no se activaba. Los molinos de viento seguían gimoteando, pero no producían electricidad.

Salió afuera de un salto.

—¡Lyokha! ¿Tú entiendes de electricidad?

—¿*Pod* qué?

—¡Baja un momento a mirar esto!

Lyokha tardó dos largos minutos.

—¿*Lo haz hesho tú?* ¡Qué *bádbado*!

—¿Sabrías arreglarlo?

—Eh, zí, clago. Yo quedía sed eletricista. Ez un tdabajo de miedda. Zolo me daba pdoblemaz. Tienen zu pdopia mafia.

Artyom salió afuera y apretó el rostro contra dos barrotes de la puerta de entrada. No se veía a nadie en la carretera. ¿Los dos escarabajos aún no habían llegado? ¿No se habían fijado en el desvío?

Entretanto, el apóstol se puso a trabajar en el cuadro de mandos. Puso los fusibles en su lugar mientras iba murmurando. La bombilla del techo se balanceaba sin encenderse. Dentro del bulbo no se notaba ninguna reacción.

—Bueno, déjalo correr, ¿me oyes? Esto no te concierne, no tienes nada que ver, así que déjalo. Nos marchamos a casa.

Al mismo tiempo contempló con angustia la cerca de hormigón, gris sobre gris, edificado sobre gruesas piedras angulares, y lo entendió: no había ningún camino que los llevara de vuelta. Había sido muy fácil saltar por encima, porque era una trampa. Era fácil entrar, pero no salir. Un cepo. La presa olisqueaba el cebo y, cuando trataba de acercarse, saltaba el resorte y le partía la columna vertebral.

—¿Y qué ez lo que me *conciedne*? —preguntaba Lyokha—. ¿*Pazadme* una vida de *miedda* a diez balas el kilo? ¡Lárgate, *pdepotente*!

—Eres un gilipollas —le respondió Artyom—. Yo te reconozco como apóstol y tú me insultas.

—Y tú te *diviedtez*, ¿eh? ¿Y zi yo te *nombdo apóztol* a ti? A mí, mi *madde*

me pdedijo un gdan futudo.

Lyokha metió la uña en un lugar, se oyó un clic...

Y se hizo la luz.

Artyom sintió que le saltaba el corazón. Agarró a Lyokha y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—¡Vale, ha quedado claro! ¡El redentor eres tú, no yo! ¡Ahora ve y vigila la carretera!

Cojeó bajo los chirridos y regresó a la estación de radio. ¡Había una lámpara encendida a la entrada! Irrumpió en la habitación del cuadro de mandos. Frenó la silla de oficina con ruedas. «¡Y ahora vamos a ver si logro descifrar este crucigrama! ¿Qué decían los botones?». Se obligó a respirar hondo, parpadeó, leyó las etiquetas una tras otra, de arriba abajo, de derecha a izquierda. Encontró un interruptor con las letras: «Int. Gen. VHF». Entendió que se refería al emisor de interferencias y lo apagó.

Después pasó a HF, a LF, así como a varias otras frecuencias, repartidas de manera arbitraria sobre el improvisado cuadro de mandos. Luego se puso el auricular y pasó por las diferentes frecuencias. ¿Habría desaparecido aquel murmullo?

¿Había logrado expulsar al diablo de todas las longitudes de onda? Eso era lo que parecía.

¿Y luego qué?

Al otro lado de la ventana, los mástiles se erguían cual bosque de acero. En cada uno de sus troncos había lianas de alambre, y cada una de ellas interfería en una longitud de onda distinta para arrebatarle sus flujos vitales. Por eso había tantos. Para acallar todas las voces que llegaban de lejos.

¿Y podría sustituirlas por su propia voz?

Sus dedos y sus ojos volvieron a recorrer torpemente el teclado. Retransmitir en VHF, HP, MF, LF.

Artyom llevó los dedos al micrófono que colgaba de los cascos. Se lo acercó a la boca: «Ahora me oiréis bien». Sus dedos siguieron el cable hasta el lugar donde desaparecía en el tablero, al lado de un diodo luminoso. Lo pulsó y oyó su propio carraspeo.

Había carraspeado para todo el planeta.

Se detuvo. Se levantó la máscara que llevaba en la cara. Era indispensable que lo entendieran. Todos ellos. Hasta la última de sus palabras. Se pasó los dedos por encima de los labios agrietados.

—Aquí Moscú. ¿Me oye alguien? ¿San Petersburgo? ¿Vladivostok? ¿Voronezh? ¿Novosibirsk? ¿Me oís? ¡Aquí Moscú! ¡Estamos vivos! No sé si alguien nos había oído antes... nosotros, hasta ahora, no habíamos oido a nadie.

Pensábamos que éramos los únicos supervivientes. Pensábamos... que en el mundo no había nadie aparte de nosotros. Nadie ni nada, ¿lo entendéis? Pero ¿cómo lo vais a entender...? Vosotros os habéis comunicado durante todo este tiempo... mientras que nosotros, aquí... ¡Dios mío, qué suerte que estáis vivos! Que existís. Que en otro lugar... cantáis canciones. ¿Cómo estáis? Nosotros hemos... pasado todos estos años... bajo tierra. Teníamos miedo de asomar la nariz. Pensábamos que no quedaba ningún lugar al que pudiéramos ir. ¿Podéis imaginaros lo que es eso? No lográbamos contactar por radio. No captábamos ninguna señal. Unos cerdos habían construido unos emisores de interferencias... aquí, en Moscú. En Balashikha. Y así nos separaron de vosotros. Estábamos sordos y ciegos. Durante veinte años hemos estado... yo he estado... ¡más de veinte años! Yo mismo tengo veintiséis... y los he pasado bajo tierra. Me llamo Artyom. En el subsuelo. En el metro. ¿Nos habíais buscado, por lo menos? Yo os he buscado... os hemos buscado. Pensábamos que el mundo entero había ardido, toda la Tierra... que ya no podría venir nadie más, que no podríamos salir de aquí... pero, a pesar de todo, hemos buscado, hemos preservado la esperanza. ¿Cómo estáis vosotros? ¿Bailáis...? Qué anhelo siento de conocerlos. ¿Vosotros podéis respirar sin máscara? ¿Cómo es vuestro aire? No sabemos nada sobre vosotros. Llevamos más de veinte años solos. No sé por qué. Para qué. No lo entiendo. Por qué hemos estado aquí... en las tinieblas... en el hormigón... pero descubriremos quién nos lo ha hecho. Vamos a destruir estos malditos emisores de interferencias. Y volveremos a estar todos juntos. Aquí Moscú. Volveremos con vosotros, con el mundo entero. Estamos vivos, ¿lo entendéis? ¡Vosotros estáis vivos... y nosotros también! Puede ocurrir incluso que aquí encontréis parientes. En este lugar sobreviven unas cuarenta mil personas. ¿Y vosotros? Volveremos a ser una sola tierra. Y viviremos en la superficie, igual que antes. Como seres humanos. Querría... querría deciros tantas cosas... cien mil veces me he preguntado qué os diría. Y ahora lo he olvidado todo. Pero lo más importante es que me oís. Voy a hablaros mientras pueda. En algún momento, probablemente, alguien me va a desconectar. Los que han construido los emisores de interferencias. Los que nos han aislado de vosotros. En algún momento llegarán. Trataremos de aguantar aquí todo el tiempo que podamos. Pero somos dos, y ellos... los rojos... Ahora lo más importante es que no creáis que esto os lo estáis imaginando vosotros. O que no es más que una broma. Existo de verdad. Me llamo Artyom. Aunque me maten, habrá otros en Moscú que me oigan y saquen a la gente del metro. ¿Me recibís, Moscú? ¿Hansa? ¿Polis? Todos los que no han olvidado... los que todavía están pendientes de las ondas de radio. No soy el único. Nos han engañado. Nos han engañado a todos. Hace mucho tiempo que podríamos haber salido de nuestro búnker. Y habernos

marchado adonde hubiéramos querido. ¡Da igual adónde! A París, por ejemplo... incluso a París. O a Ekaterimburgo. Los rojos nos tenían engañados. ¿Para qué? ¿Para que no pudiéramos albergar ninguna esperanza? No sé para qué. No lo comprendo. Ahora... ahora podremos vivir. Podremos salir todos a la superficie... y vivir. Como antes. Como seres humanos. Como tienen que vivir los seres humanos. ¡Vivir! ¡¿Me oís?! Así es. No estoy loco. Todavía existen... Rusia, Europa, América... ¡todos existen! ¡Escuchad! ¡Existen... y ahora nosotros también existimos!

Dejó de emitir, dejó que las otras ciudades siguieran hablando y se sacó el auricular que había enmudecido. ¿Y si no lo había oído nadie? ¿O quizás su susurro había llegado al oído de alguien? No lo sabía.

Basta de chábbara.

Había llegado el momento de escuchar a los otros. De escuchar al mundo entero.

—¡Agtyom! ¡Ha venido gente! ¡Agtyom!

Artyom empuñó el fusil de asalto, se cubrió el rostro con la máscara, salió cojeando de la antesala, levantó el cañón del arma en medio de la polvareda que levantaba un viento gemebundo.

Había tres personas en la puerta, al otro lado de la reja.

Todos ellos habían levantado las manos. Estaba claro que no tenían ninguna intención de pelear. Se habían quitado las máscaras de gas —tenían pinta de habérselas hecho ellos mismos—. Les colgaban sobre el pecho al extremo de unas correas. También el traje aislante parecía de fabricación propia. No era holgado como los buenos y viejos trajes del Ejército, sino que se ceñía a su figura. Los dos más jóvenes se parecían como si fueran hermanos. El tercero era un hombre corpulento, de barba canosa y cabellos largos y también canosos, que llevaba sujetos en una cola de caballo.

Los tres hombres se miraban el uno al otro y sonreían.

—¡Sí que hay seres humanos, papá! ¡Yo ya te decía que los había oído! —decía uno, y miraba con gran satisfacción al mayor.

—Buenos días —dijo este, tranquilo y sereno.

Artyom no bajó el cañón del arma.

Los examinó con la mirada. Los dos más jóvenes tenían las mejillas sonrosadas y el cabello corto. Habían dejado sobre el asfalto unas escopetas que también parecían de fabricación propia. Sus manos estaban vacías. A pesar de la reja, Artyom habría podido matarlos a los tres con una sola ráfaga.

Pero no parecía que los recién llegados se imaginaran nada semejante.

Los dos jóvenes sonreían. Se sonreían el uno al otro, sonreían a Artyom. Como idiotas. Como si no hubieran sido de este mundo. El padre miraba a

Artyom con total tranquilidad, sin una pizca de miedo en el rostro. Sus ojos eran de color azul brillante, a pesar de su edad. Llevaba un aro plateado en el lóbulo izquierdo.

—¿Quiénes sois? —exclamó Artyom, con voz amortiguada por la trompa de la máscara.

—¿Esto es Moscú? —preguntó a su vez el de barba canosa—. Queremos ir a Moscú.

—Esto es Balashikha. ¿Qué queréis de nosotros?

—Nada —respondió el otro en tono mesurado—. A mis muchachos se les había metido en la cabeza que tenía que haber supervivientes en Moscú. Que parecía que alguien pidiera auxilio desde aquí. Por eso nos pusimos en marcha, y aquí estamos.

—¿Desde dónde? ¿De dónde venís?

—De Murom.

—¿Murom?

—Sí, es una ciudad. Entre Vladimir y Nizhni-Novgorod.

—¿A cuántos kilómetros de aquí?

—Unos trescientos. Más o menos.

—¿Habéis recorrido trescientos kilómetros? ¿A pie? Pero ¿quiénes sois?

—Yo me llamo Arseni —dijo el de barba canosa—. Este se llama Igor, y este Mikhail. Son hijos míos. Igor... llevaba tiempo tratando de convencerme de que había recibido una señal de radio proveniente de Moscú. En nuestra ciudad todo el mundo piensa que Moscú ardió por completo. Pero el caso es que logró convencer a su hermano. Y luego me convencieron a mí entre los dos.

—¿Para qué?

—Bueno... es que captamos una petición de auxilio por la radio. Alguien buscaba lugares donde hubiera supervivientes. Y no correr en auxilio de nuestros semejantes menesterosos... no sería lo propio de un cristiano. Pero parece que os las habéis apañado bastante bien sin nosotros. ¿No podríais ofrecernos una taza de té? Hemos recorrido un camino muy largo.

—¡Quedaos donde estáis!

—Perdón. —Arseni sonrió—. ¿Acaso esto es una base secreta?

—Esto es... —Artyom echó una rápida mirada a Lyokha. Este levantó la mano: todo se hallaba bajo control—. Esto es una base, sí. ¿Habéis visto algún vehículo por la carretera?

—Hemos visto una camioneta que iba en dirección contraria. Le hemos hecho señales con el pulgar, pero iba a toda velocidad y ha pasado de largo.

—¿Con el pulgar...?

—Sí, se hace así. Para que se detuviera, ¿entiendes? Queríamos preguntarle

el camino.

—¿Para que se detuviera?

Artyom no pudo evitar una risilla.

—¿Eso no es normal aquí? ¿Recoger a la gente por la carretera?

Artyom calló y trató de escuchar por si se oía algo aparte del chirrido de los molinos de viento. ¿Y si era una trampa?

—¿Habéis recorrido trescientos kilómetros a pie para rescatar a unos completos desconocidos? ¿Y esperáis que me lo crea?

—¡Ah!, no pasa nada. —Parecía que Arseni hubiera tomado una decisión

—. Podemos pasarnos sin el té. Seguiremos nuestro camino.

—¡Eh, espera, papá! ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Hacia dónde quieres ir?

—Igor —respondió Arseni—, ahora no me hagas una escena.

—¡Pero por lo menos pregúntale qué ocurre en Moscú! ¿Queda gente con vida? ¿O...? Sabe usted, soy radioaficionado... y he captado señales unas pocas veces. Algo del estilo: «Aquí Moscú. Respondan, por favor, San Petersburgo, o Rostov». ¿Qué sería eso?

—¿Qué sería eso? —repitió Artyom.

Los recorrió con la mirada. Sus ropas extrañas, sus manos desnudas y agrietadas, las máscaras que colgaban, y que en vez de ojos de buey tenían un solo cristal alargado. Y entonces vio el reflejo de sí mismo. Al otro lado de la reja. Con el rostro de goma y ojos redondos y empañados. Borracho, herido, con el cuerpo lleno de metamizol, contempló la boca de su propia arma a punto para disparar.

No sabía muy bien por qué, se acordó de los Negros. De aquel día que había subido a la atalaya de la torre de Ostankino.

—Por qué?

—Creer, o no creer?

—Esperad.

Entró en la caseta de guardia y pulsó, sin prisas, pensativo, el botón que abría la puerta. Oyó los crujidos que venían de fuera.

Eran tres.

Seguían de pie en el mismo lugar, con las manos en alto. Sus armas seguían en el suelo.

—Entrad.

Volvieron a mirarse entre ellos.

—Pasad de una vez. Podéis entrar con las armas. Os... os contaré lo que sucede en Moscú. Pero... no os asustéis... vais a ver unos cuantos cadáveres.

—No espero que os lo creáis. Yo mismo no me lo creería. Ahora mismo, mientras lo digo en voz alta, no me lo creo. No logro hacerme a la idea. Sé que es verdad, pero no logro hacerme a la idea.

—¡Qué guay! —Igor, o Mikhail, dio una palmada—. Tiene que ser genial. ¡¿Nos vas a enseñar el metro?! ¡Murom es un aburrimiento!

Artyom no le respondió.

—Entonces... —Arseni tiró del pendiente—. ¿Piensas quedarte aquí hasta que te maten?

—Tengo que hacerlo. Trataré de aguantar todo el tiempo que pueda. Bueno... esto es Moscú. Es posible que los guardias no lograran pedir auxilio cuando asaltamos la base. Pero seguro que han captado mi última retransmisión. No tardarán en llegar. Volved a casa. Lo que ocurra aquí no es cosa vuestra. Más adelante... podréis regresar. Cuando queráis. Cuando todo haya terminado. Y no vayáis por la carretera.

Arseni no se movía. Igor y su hermano estaban nerviosos y se agitaban sin levantarse de la silla. Miraban con envidia cómo su padre fumaba con Artyom, pero no se atrevían a pedir tabaco para sí mismos.

—¡Yo no quiero volver a casa, papá! —protestó Mikhail, o Igor, con voz profunda—. Deja que nos quedemos aquí. Yo quiero ayudarlo.

—Eso no tendría ningún sentido —le replicó Artyom—. ¿Cuánta gente va a venir? Quizá veinte hombres, puede que más. Y estarán preparados para luchar. Nosotros cinco no podríamos hacer nada. Y luego está... la Línea Roja. Tiene millares de habitantes. Disponen de un ejército. Un ejército de verdad.

—¿Nos quedamos, papá?

—No, marchaos. Marchaos a casa y contádselo todo a vuestra gente... en Murom. ¿Es verdad que ahí se puede respirar... sin filtro?

—Sí.

—Y la verdura... ¿crece bien?, ¿crece normal?

—Tenemos que protegerla de la lluvia. La lluvia es peligrosa. Purificamos el agua. Pero de todos modos la verdura crece. Tenemos tomates. Y pepinos.

—¡Tomates! ¡Qué maravilla!

—Nos resulta extraño oír hablar de comunistas. Y de fascistas. Nos suena a siglo pasado.

Artyom se encogió de hombros. ¿Cómo era posible que cuando estaba en el umbral, tras la reja, no se hubiera dado cuenta de que a aquellos tres no los había enviado el enemigo? No se parecían en nada a las gentes que vivían en el metro. Nada, no tenían nada que ver con ellas. Habría sido dicho que venían de Marte.

—¿Y... en qué creéis allí?

—Vivimos en un monasterio, no en la ciudad propiamente dicha. Es un

monasterio antiguo, hermoso, a orillas del río. El monasterio de la Santísima Trinidad. Una verdadera fortaleza. Tiene las paredes blancas, ¿sabes?, y cúpulas azules como el cielo. Es un lugar impresionante. Allí es imposible no creer en Dios.

—Pero, por lo demás, creemos en nosotros mismos —dijo Igor, o Mikhail, con todo el descaro.

—Qué suerte tenéis. —Artyom sonrió con amargura—. Nosotros no tenemos un monasterio, ni nos tenemos a nosotros mismos. No nos queda nada.

Arseni apagó la colilla contra una lata abollada en la que había habido pescado del de otras épocas, y se puso en pie.

—Tendrías que seguir hablando. Tendrías que explicárselo todo a la gente, y en cambio pierdes el tiempo con nosotros. Vámonos.

—Os acompañaré afuera.

—No hace falta. Tú... ve hablando. Nosotros nos preocuparemos de que puedas hablar tanto tiempo como sea posible.

—¡Ya están aquí! ¡Los veo desde arriba! ¡Ya están aquí! ¿Son esos?

El viento se había fatigado y ya no se oían chirridos. Fuera estaba todo en silencio... un silencio como el de la Ronda de jardines. Como si se hubieran tapado los oídos. Y en aquel silencio se oía un rumor lejano. Unos motores con un sonido agudo que no parecía que pudiera dar miedo.

—¿Cuántos son?

Sin esperar respuesta, Artyom trepó de nuevo en dirección al cielo.

Se dejaban ver entre los grandes edificios —uno, dos, tres— y volvían a desaparecer. Tres camiones, quizá más. ¡No, mira allí! ¡Otros dos! Cinco. Cinco camiones que parecían idénticos. Venían desde Moscú. Los gastados bloques de cemento los ocultaban, atenuaban el sonido. Tardarían unos diez minutos en llegar.

¿Cuántos hombres debían de ir en aquellos camiones? Podían transportar a unos cincuenta. Tenían ametralladoras instaladas en lo alto. Y seguramente también traían francotiradores. Si asaltaban la estación todos a la vez, aniquilarían a la gente de Artyom antes de que pudieran ni siquiera parpadear. Los harían picadillo. Y luego los arrojarían a los perros.

Diez minutos. Tenía que bajar de nuevo. Una última retransmisión.

Tenía que conseguirlo. Decirlo todo. Arseni, sus hijos y Lyokha iban a ganar tiempo para él. Qué buena gente. No era momento para parloteos sin sentido.

¿Iba a escucharlo alguien? Moscú no había respondido ni una sola vez. Pero podía ser que lo escucharan, aunque ellos mismos no pudieran retransmitir. Les bastaba con un receptor. Que callaran, si no había otro remedio. Pero que lo escucharan.

En aquel instante percibió algo muy distinto. Como una breve agitación en la lejanía.

Artyom miró en dirección al ruido que acababa de oír. Entrecerró los párpados...

Desde el este, desde la nada, desde Rusia, un punto se acercaba a toda velocidad. Levantaba una polvareda tras de sí. Estaba más lejos que los camiones, pero también iba a mayor velocidad. ¡¿Quién podía ser?!

De hecho había llegado el momento no solo de bajar, sino de saltar a tierra, pero Artyom tenía la mirada fija en aquel punto. Estaba como hipnotizado. Esperaba a que se hiciera más grande. Era... ¿gris? ¡Plateado! ¡No, no era un punto, sino que era alargado, como un proyectil de ametralladora! ¡Una furgoneta!

¿Saveli?

Sus piernas se deslizaron con rapidez por las delgadas barras de acero corrugado. Los efectos del metamizol y del alcohol ya se habían desvanecido. Le costaba moverse. Y aquello le hizo perder varios segundos. Habría querido explicárselo a Igor, o a Mikhail, pero se dio cuenta de que todo iría más rápido si lo hacía él mismo. Ambos lo aguardaban en el patio, muy agitados a causa del miedo y la expectación.

—¡Vosotros dos, subid al piso de arriba! ¡A la ventana! —ordenó a los hermanos—. ¡Lyokha! ¡Tú controlarás la calle!

Abrió la puerta, y en vez de volver al cuadro de mandos salió a la carretera. En aquel momento eran cinco y él estaría ocupado con las retransmisiones. Saveli valdría por dos, si llegaba a tiempo. Pero ¿volvía Saveli a la base? ¿Se habría olvidado de algo?

Le retumbaron los oídos.

Los camiones Ural avanzaban como una única máquina. Habían encendido los reflectores... ya no se ocultaban.

La rechoncha furgoneta venía a toda velocidad por el otro lado, como si quisiera embestir a los camiones de frente.

Las picadoras de carne seguían en pie. Aguardaban a que les echaran nueva carne humana.

Artyom le hizo un gesto a Saveli: ¡Venga, te esperamos! Luego volvió a meterse en su escondrijo.

El estruendo de los camiones Ural ya estaba muy cerca. Crujieron al frenar

en la carretera. La furgoneta-bala les había pasado por delante, había derrapado a lo largo de la curva y había logrado entrar antes de que se cerrara la puerta.

En efecto, era Saveli.

¡Saveli!

—Yo... esto... he pensado que podía aplazar una vez más mis vacaciones —dijo, al tiempo que sacaba la ametralladora del maletero—. Primero acabemos con lo de aquí, y luego me marcharé.

Artyom lo habría abrazado y le habría dado un beso en la mejilla arrugada.

Pero le dijo:

—El espíritu heroico es una mierda.

—¡Al menos podremos quedarnos con la gasolina diésel de los camiones! —añadió el stalker, y le guiñó un ojo.

—Diésel... —repitió Artyom—. Claro, porque tu furgoneta va con diésel, ¿verdad?

—Correcto.

—¡Pásame un bidón!

—Eh... ¡¿qué dices?!

—¡Que me lo pases! ¡Necesito diésel! ¡Venga!

Artyom le quitó de las manos un bidón de plástico lleno de líquido turbio y anduvo como pudo hasta la excavadora comatosa. Al mismo tiempo echó una ojeada fuera. ¿Por dónde tratarían de colarse? ¿Por el mismo lugar por donde había trepado él?

¡Hecho! Artyom vertió cierta cantidad de arco iris líquido en la reseca garganta de la excavadora. ¡Trágatelo todo! Seguro que todavía tienes sed, ¿verdad? Aunque esté mezclada con astillas de diente y con sangre. Procedamos con orden. Primero un trago, y luego a la batalla. Trepó por el tren oruga.

—¡¿Y qué piensas hacer ahora?!

Saveli estaba al lado de la máquina.

—¡Voy a derribar los emisores! —Artyom juntó los cables... con precaución, con una jaculatoria silenciosa, como si hubiera estado hablando con una mina terrestre.

El estruendo de los camiones ya se oía muy cerca, en la curva. Luego enmudecieron. ¿Estarían descargando?

Pisó el pedal.

¡Venga! ¡Ponte en marcha!

La excavadora dio una sacudida.

Gruñó. Retembló. Bramó. Despertó. A la vida. ¡A la vida!

Era el turno de las palancas. Dos delante y otras dos a ambos lados del asiento del conductor. Probó con una. El brazo se estiró hacia arriba. Luego otra.

La máquina giró y clavó sus dientes en la cerca. ¡Crracsss!

—¡Las otras dos palancas! —le gritaba Saveli—. ¡Las de delante! ¡Funciona como un tanque...! ¡Idiota! ¡Sal de ahí, atontado! ¡Déjamelo a mí!

Dio un par de saltos y se metió en la cabina del conductor, agarró a Artyom, lo catapultó afuera y agarró las palancas.

—¡Sal de en medio! ¡Si no acabarás hecho trizas! Abrió los brazos, y la excavadora —que podía pesar unas cincuenta toneladas— giró de pronto, como en un movimiento de baile.

—¡Estupendo! ¡Por fin voy a volver a conducir un tractor oruga! —gritó Saveli, y soltó una fuerte risotada—. ¿Por dónde empezamos?

—¡Por los últimos! ¡Los que están más atrás! ¡Ahora!

Sin duda, los hombres sin insignias ya debían de haberse apostado al otro lado del hormigón, quizá ya tenían los garfios a punto, y los tiradores montaban sus nidos entre las ramas. Si no actuaban en una fracción de segundo, llegarían demasiado tarde.

Sin prestar atención a la rodilla, Artyom corrió a la estación de radio.

¡Ya estaban allí!

Había distinguido sombras humanas entre la maleza. Había gente camuflada al otro lado de la puerta.

—¡En el receptor! ¡Una voz! ¡Alguien trata de contactar! —gritó Mikhail, o Igor, desde el piso de arriba.

—¡Noz dodean! ¿Dizpago?

Era Lyokha... estaba en el tejado.

La excavadora que acababa de resucitar de entre los muertos avanzó poco a poco frente a la ventana de la sala de radio envuelta en una densa nube de humo. Su mano manchada de cadáveres se alzaba para golpear.

—¡Hola! ¡¿Me oyen?! ¡Por favor, respondan! ¡Es urgente! —se oía en los auriculares. Una voz apagada, como el zumbido de una mosca.

¡¿Quién podía ser... justo en aquel instante?!

«¿Habíais callado hasta ahora? ¿Como si el gato se os hubiera comido la lengua?».

No le quedaba aire para respirar. Artyom abrió de golpe la ventana e inhaló el humo dulzón. Y entonces oyó la voz gangosa que hablaba por el megáfono:

—¡Les exigimos... que sin más demora... salgan del edificio... y entreguen las armas... les prometemos... que no perderán la vida! Si no obedecen...

—¡Ese de ahí atrás!

Artyom gesticuló desde la ventana.

La excavadora siguió arrastrándose con sus huesos oxidados, siguió arrastrándose, como la habían obligado. ¿Sus fuerzas bastarían? ¿Le bastaría

aquel arco iris?

—¡Artyom! —trinaban con todas sus fuerzas los cascós que habían quedado sobre la mesa—. ¡¿Me oyes, Artyom?!

El joven agarró el auricular y lo levantó poco a poco. Sentía como una especie de repugnancia a ponérselo, a cubrirse los oídos con él.

La ametralladora crepitó de nuevo sobre el tejado, pero tan solo un instante. ¿Para asustar al enemigo? ¿O quizás había empezado el ataque?

—¡¿Quién habla?!

—¡Artyom! ¡Soy yo! ¡Letyaga!

—¿Qué?

—¡Soy yo, Letyaga! ¡Artyom! ¡Grupo sanguíneo A con RH negativo! ¡¿Lo entiendes?! ¡Soy yo!

—¿Cómo es que estás ahí? ¡¿Has captado mi señal?! ¡¿La has captado?! ¡Los rojos habían interferido en todas las retransmisiones! ¡No estoy loco! ¡El mundo entero...! ¡Somos los únicos que vivimos bajo tierra... qué idiotas! ¡Y ahora mismo voy a destruir los emisores de interferencias... maldita sea! ¡Díselo a Melnik... dile... que he...!

—¡Detente, Artyom! ¡Me oyes? Espera...

—¡No puedo! ¡No puedo esperar! Los rojos están aquí... nos han rodeado. Asaltarán la base en cualquier momento. Nos van a matar. Pero antes vamos a destruir estos emisores de mierda...

—¡No! ¡No os harán nada! ¡Podemos... podemos negociar! ¡No hagas nada!

La ametralladora del tejado tuvo un nuevo arrebato, y también se oyó estruendo en el interior del edificio. Ráfagas desde el piso de arriba.

—¡¿Con quién?! ¡¿Con los rojos?! ¡¿Queréis negociar?!

—¡No son los rojos! ¡No son los rojos, Artyom!

Entonces se oyó un crujido fuerte y pesado al otro lado de la ventana. Y otro. Era un estruendo del diablo, como si se hubiera elevado un telón de hierro que cubriera todo el horizonte. El acero fatigado soltó un gemido hueco. Y finalmente se vino abajo, sin prisas, con majestad. El mástil se desplomó sin doblarse, a lo largo del edificio, casi a lo largo de todo el recinto, golpeó el suelo e hizo retremblar la tierra.

—¡Es demasiado tarde! ¡Ya hemos empezado! ¡Que se vaya todo al diablo!

—¡No! ¡No os carguéis nada! ¡Yo ya sé lo que es! ¡Sabemos lo de esos emisores de interferencias! ¡No es... no es lo que tú piensas! ¡Te lo puedo explicar! ¡Deja que yo los pare! ¡No asaltarán la base! ¡Espera a que llegue, Artyom! ¡Espérame! ¡Te lo explicaré todo!

Se oyó un nuevo crujido y un nuevo gimoteo.

—¡¿Quiénes son?! ¡Dímelo! ¡¿Por qué todo esto?!

Artyom se arrancó el auricular de la cabeza y se asomó a la ventana.

Un hombre de gris había quedado atrapado en lo alto de la cerca, crucificado en la alambrada. Aún trataba de soltarse, pero ya no quedaba fuerza en sus manos. La excavadora chilló y levantó el brazo.

—¡Alto el fuego! ¡De inmediato! ¡...el ataque... orden... Melnik! —le zumbaba a alguien la mosca Letyaga—. ¡Artyom! ¡Artyom! ¡Van a esperar! ¡Espera tú también! ¡Ya voy para ahí! ¡¿Me oyes?! ¡Artyom!

La ametralladora había dejado de disparar. ¿Los de gris se habían retirado? ¿O acaso un tirador había matado a Lyokha?

¡Bamm! Las raíces de cemento de otro de los baobabs se vieron arrancadas de la tierra reseca, su copa se despidió de las nubes y se echó de lado a disgusto, dolorido, lento.

«Somos hermanos de sangre, ¿verdad, Letyaga? ¡¿Si no nosotros dos, quién?!».

—¡Alto! ¡Aaaaalto!

Artyom asomó por la ventana todo el cuerpo para que Saveli lo viera.

La excavadora vaciló. Pero el mástil, que de todos modos ya se había separado de la tierra, cayó por delante de la ventana hasta llegar al suelo. Artyom exhaló con rabia. Creía en lo que le decían los auriculares. Tenía que creer en él.

—¡Está bien, Letyaga! ¡Voy a esperar!

—¿Cuántos años tiene usted? —le preguntó Mikhail.

Igor era algo más pequeño y se movía con mayor elegancia. A Mikhail se lo veía más tosco, más desaliñado... y más lento, debido a su excesiva masa corporal. Artyom había aprendido a distinguirlos por fin.

—Veintiséis —respondió el joven—. Desde marzo.

—Entonces, ¿es usted Aries? —preguntó Igor, por el motivo que fuera.

—No tengo ni idea. Nací el treinta y uno. Un día más y habría nacido el primero de abril. Podría haberme tomado algo más de tiempo.

—Entonces, Aries. Obstinado.

—¿De verdad? ¿Veintiséis? —Mikhail enarcó sus cejas negras—. Pues no me lo parecía.

—¿Cuántos me echabas?

—No sé. ¡Unos cuarenta!

—¡Pues qué bien, gracias!

—No escuches a este simplón. —Arseni se arrancó un pelo de la barba—.

Para él, todos los que tienen más de veinte años ya tienen cuarenta.

—¿Y cuántos tenéis vosotros?

—Diecisiete.

—Yo tengo diecinueve.

—Qué raro —dijo Artyom, después de pensarla un instante—. Todavía no tenéis veinte años, pero habéis nacido en la superficie.

¿Se sorprendió Artyom al ver aquello entonces frente a la puerta?

Desde luego.

Era el mismo todoterreno blindado que lo había perseguido por la calle Tverskaya y le había disparado. Exactamente el mismo. La pesada puerta se desplazó hacia un lado y Letyaga saltó al polvo. Sin máscara.

—¡Vengo solo! ¡Déjame entrar!

La puerta del todoterreno se cerró, y el vehículo retrocedió hasta la carretera de los Entusiastas. Hasta los molinos de viento.

Artyom echó una mirada por las cámaras y luego abrió la puerta. Al ver a Artyom, Letyaga negó con la cabeza, hinchó ambas mejillas y puso los ojos en blanco. Luego lo abrazó.

—Estás hecho una mierda, hermano.

—Cosas del trabajo al aire libre.

—Buff... bonito trabajo. La que has liado.

—¡¿Yo?!
—El viejo te va a dar un buen tirón de orejas. Vamos donde está la radio.

Artyom acompañó al visitante. En el pasillo aguardaban Arseni y sus hijos. Lyokha controlaba los árboles desde el tejado y Saveli se había acurrucado dentro de la excavadora para que los tiradores no pudieran ponerlo en el punto de mira. Los de gris habían aceptado la tregua, pero no habían puesto condiciones. Y eso no tranquilizaba.

—¿Quiénes son esos?

Letyaga, con visible desconfianza, señaló con la cabeza a los recién llegados.

—Seres humanos. Son seres humanos, hermano. De otra ciudad. Una ciudad habitada. De Murom. Han venido para salvarnos. A ti y a mí.

—¿De Murom? —le preguntó Letyaga a Arseni—. ¿Verdad que eso está en el norte?

—Si tomamos Moscú como punto de referencia, al este —respondió este.

—¿Y de qué querías salvarnos, anciano? ¿De Satán el cornudo?

—Si se trata de un hombre como tú, quiero salvarte sobre todo de ti mismo —respondió Arseni con una sonrisa.

Artyom pasó por el lado del cadáver del radiotelegrafista para ir al cuadro de mandos de la radio.

—¿Y dónde está ahora tu querido Melnik? —preguntó—. Me está poniendo de mal humor...

Le volvió la espalda a Letyaga tan solo un instante.

Oyó de pronto varios plop.

Se volvió —después del último plop, después del gélido estremecimiento que le había recorrido la espalda, después de oír una especie de borboteo— y vio a los recién llegados tumbados en tierra. Los tres. Y Letyaga caminaba entre ellos con pasos de grulla y, uno tras otro, les disparaba el tiro de gracia a la cabeza.

Al mirar a Artyom, Letyaga bajó la Stechkin y levantó ambas manos. Quizá había pasado medio minuto. No había necesitado más para extinguir tres vidas para siempre.

—¿Qué... qué has... por qué...?

La mira del fusil quedó trabada en el traje aislante, las manos le temblaron, pero Letyaga aguardó con paciencia mientras Artyom lo apuntaba.

—¡Eran seres humanos... de Murom... habían venido a nosotros! ¡Cerdo!

—Cálmate. Tienes que calmarte, Artyom. No dispares.

—¡Monstruo! ¡Traidor! ¡¿Es que no tienes conciencia?!?

—Escúchame. Primero cálmate. No pasa nada. No pasa nada.

—¡¿Qué... que no...?! ¡¿Qué?! ¿Por qué los has...?

Arseni e Igor aún sonreían. Tenían cada uno un orificio en la frente, pero aún sonreían. Mikhail, por el contrario, estaba serio. El suelo había quedado cubierto de líquido viscoso. Imposible no pisarlo.

—Eran espías. Solo he cumplido órdenes, Artyom.

—¿Qué órdenes? ¿De quién? ¿Y quiénes somos nosotros?

—Las órdenes de desenmascaramiento. O más bien, de evitar el desenmascaramiento. Melnik... te lo podrá explicar mejor.

—¡Ponte de rodillas! ¡Las manos detrás de la cabeza! ¡Que las vea! ¡Ve caminando de rodillas! ¡Hacia la radio! ¡Venga! ¡Camina! ¿Dónde está tu Melnik? ¡¿Dónde?!?

—Cálmate... Mira, mira aquí. No hago nada. No haré nada. Espera... voy a sintonizar la frecuencia. Ya está. No te dejes llevar por el pánico. Te entiendo. ¿Camarada general?

—Deja los auriculares sobre la mesa y luego apártate. Quédate en el rincón.

—¿Artyom? —decía una voz ronca en el auricular—. ¿Artyom? ¿Eres tú?

—¡¿Qué es esto?! ¡¿Qué es todo esto?! ¡Dímelo de una vez! Voy a contar hasta tres, ¿entendido? Tú... ¡¿qué es lo que ocurre aquí?! ¡¿Cómo es que Moscú está oculta bajo una gigantesca tapadera?! ¡¿Por qué nos habéis ocultado al mundo entero?! ¡¿Por qué me has mentido?! ¡¿Para qué?! Hijo de puta... tullido... ¡¿por qué me has mentido durante todo este tiempo?!

—No es ninguna tapadera, Artyom. —Melnik se había tragado todo el discurso sin rechistar—. No es ninguna tapadera. Es un escudo.

—¡¿Un escudo?!

—Sí, Artyom, un escudo. Esos emisores de interferencias no sirven para que Moscú no sepa que existe el mundo. Sino para que el mundo no sepa que existe Moscú.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que...?

—La guerra no ha terminado, Artyom. No somos los únicos que han sobrevivido. También han sobrevivido nuestros enemigos. Estados Unidos. Europa. Occidente. Todavía conservan su arsenal. Y el único motivo, ¡el único!, por el que todavía no nos han exterminado es porque piensan que ya llevamos tiempo muertos. Que aquí ya no vive nadie. Que todo ha sido aniquilado. Si el camuflaje dejara de funcionar... aunque solo fuera un momento... porque se produjera un contacto por radio, o llegaran intrusos de fuera... si nos descubrieran, ¡y ya les gustaría descubrirnos!, entonces, al cabo de un instante, nos reducirían a cenizas. A todos nosotros, ¡¿lo oyes?! ¡Deja esos emisores! ¡No te atrevas a tocarlos!

—¡La guerra terminó hace cien años!

—No ha terminado, Artyom. Todavía sigue.



17

TODO BIEN

Todo estaba en el retrovisor: la estación de radio abandonada, diez torres que seguían en pie, la excavadora, el brazo de la excavadora que seguía a punto para golpear, la fatídica encrucijada entre la carretera de los Entusiastas y la Obyezdnoye, no tres ni cuatro, sino seis transportes blindados con accesorios frontales que parecían colmillos, una serie de hombres sin distintivos ni insignias y una serie de molinos de viento cuyas aspas volvían a girar, porque soplaban de nuevo el viento. Allí se quedaban todas las cosas imaginables y todo tenía su lugar en el rectángulo polvoriento. Artyom había llegado a imaginarse algo muy grande y al final había resultado bastante pequeño... Solo había algo que no lograba encajar con el resto: Arseni y sus dos hijos.

—¿Qué pasará con ellos? —preguntó Artyom—. Por lo menos habríamos podido enterrarlos.

—No te preocunes, luego irán a limpiar —respondió Letyaga—. Retirarán tanto mis cadáveres como los tuyos. Esto queda atrás. Relájate.

Y la fosa con los perros. Tampoco aparecía en el retrovisor.

Saveli y Lyokha estaban en los asientos posteriores. Artyom había logrado que los llevaran a los tres. La furgoneta de Saveli levantaba polvareda un poco más atrás. Iba sujetado al todoterreno como un prisionero de guerra. El stalker se había negado a abandonarla.

—Esos tíos eran sospechosos —dijo entonces Saveli—. Yo me he dado cuenta nada más verlos en la carretera.

—Habían venido a pie desde Murom —dijo Artyom—. Vivían allí, en un monasterio. Un monasterio muy bonito, de color blanco y azul.

—Decían que venían de Murom, y decían que habían venido a pie —lo corrigió Letyaga—. Quizás un helicóptero los dejó a diez kilómetros de aquí y se aprendieron de memoria un cuento... ¡y adelante! Una y otra vez sufrimos intentos de infiltración. Esos cerdos no paran de colarse.

—Pero si me han llamado cuando hablabas por radio —pensó Artyom en voz alta—. ¿Por qué iban a hacerlo?

—No tengo ni idea —reconoció Letyaga—. Pero las órdenes eran claras.

—A mí se me han encendido enseguida las alarmas —intervino Saveli—. Al oír hablar en inglés en el receptor, me he dicho: ¡Ya está! ¡Los yanquis no se han muerto del todo! Y nosotros pensábamos que los habíamos exterminado. Pero ahora resulta que están vivitos y coleando. Y me he preguntado: ¿Qué pasará ahora? ¡Esos querían convertir nuestra vida en un infierno! ¡Eso es lo que han querido siempre: jodernos! ¡Para después colonizarnos! Los Rothschild... la Internacional Mundial de Pederastas... Y lo he pensado enseguida: ¿Será por ellos que tenemos que comernos la mierda en el metro?

Lyokha no paraba de mover ruidosamente sus mandíbulas desdentadas. ¿Qué quería decir con ello? ¿Sentía nostalgia?

—Sea como sea... —masculló Nigmatullin, sentado al volante—, esos no se ensucian las manos. En cuanto descubran que seguimos aquí, nos van a mandar unos cuantos cohetes. ¿Y cómo podríamos interceptarlos esta vez? Ya no nos queda nada.

—Buff, pues claro. —Saveli soltó un débil silbido—. A mí enseguida me ha cuadrado eso que contáis. Iba conduciendo y he pensado: ¡Mierda! Eso no puede ser. La teoría que se había montado Artyom no podía ser. Que la Línea Roja engañara a todo el mundo para que no saliéramos a la superficie. Eso es un disparate. ¿Qué sentido tendría? Así que he seguido conduciendo y he pensado:

Artyom, tú eres buen chaval, pero esa historia que te has montado no se aguanta ni con cola. Y me ha venido como un flash y he dicho: chorraditas, no puede ser. Que a algunos de nosotros se les haya ocurrido... no. Y eso mismo que habéis explicado vosotros me lo he imaginado enseguida. Exacto. Esa era la cuestión. Me he dado cuenta enseguida de que todo ha sido demasiado fácil, ¡qué diablos! Que nos han dejado en paz durante muchos años. Que hemos sobrevivido sin problemas. Pero ahora lo has entendido todo por fin, ¿verdad, Artyom?

—Sí.

Volvieron a salir a la autopista de circunvalación y contemplaron a derecha e izquierda aquel monótono embotellamiento de los muertos, y regresaron a Moscú para vivir su vida hasta el fin... a lo largo del tiempo que pudiera durar.

El todoterreno era un buen vehículo: asientos revestidos de cuero, blindaje de un dedo de grosor y un montón de accesorios. El murmullo del motor era agradable, y Nigmatullin sabía maniobrar a toda velocidad entre los cadáveres, que pasaban por su lado como los fotogramas de una película, como si se hubiera tratado de un único ser humano.

—Es un buen coche —dijo Artyom—. No sabía que tuviéramos máquinas como esta.

—Ahora sí.

En vez de hacerle más preguntas a Letyaga, Artyom se mordió la mejilla. Le resultaba incómodo hacerlo frente a los demás. Pero no lograba contenerse.

—Yo ya lo había visto. Cerca de Okhotny Ryad.

—Lo sé.

—Llegué a pensar que no saldría vivo de allí.

—Pero lo hiciste.

—¿Por qué?

—Porque te reconocimos. Y eres de los nuestros. ¿Cómo habríamos podido matar a uno de los nuestros...?

—¿Y si no me hubieseis reconocido? ¿Y si hubiera llevado puesta la máscara de gas?

—Pues entonces... Pero ¿cómo coño sales a la superficie con un aparato de radio? Los emisores de interferencias no pueden con todas las señales. No dejan entrar ninguna, pero a veces se les escapan las que se emiten desde Moscú. En esos casos tenemos que intervenir en persona.

—¿Y cómo los localizáis?

—Con esto. —Letyaga dio una palmada sobre el cuadro de mandos—. Tenemos un sistema localizador incorporado. Como decíamos, es un buen vehículo.

Saveli no paraba de moverse. Algo lo ponía nervioso.

—¿Y por qué no podemos contárselo a la gente? Para que no haya malentendidos... como toda esta mierda por la que hemos pasado.

—Para no provocar el pánico —respondió Letyaga—. Y además... uno tiene parientes allí, el otro allá... esto es Moscú. Todo el mundo querría marcharse a algún otro lugar. Y entonces se acabaría el incógnito. Ni siquiera todos los miembros de la Orden lo saben.

Artyom asintió.

—Es cierto, no todos lo saben.

—Yo también tengo parientes —anunció Saveli—. ¡Pero si la situación es la que es...! ¡No nos vamos a bajar los pantalones por esos capullos!

Nigmatullin le dio la razón con un sonido inarticulado.

—No te enfades con el viejo —dijo Letyaga, volviéndose hacia Artyom—. Aún no te lo había dicho. Yo mismo no lo supe hasta hace un año. Lo más probable es que tarde o temprano te lo hubiera explicado.

—Sí. Es lo más probable.

—Lo has hecho todo bien, hermano —continuó Letyaga—. Has vuelto con nosotros. A partir de ahora todo irá bien.

—Y entonces, ¿controláis toda Moscú? —preguntó Artyom—. ¿Estáis atentos a todas las retransmisiones?

—No hables de «vosotros», Artyom. Habla de «nosotros». La Orden. Sí, controlamos toda Moscú. Estamos atentos a todas las retransmisiones.

—Pero yo cada día subía a la superficie... hasta el piso cuarenta y seis... cada día mandaba señales. ¿Y...?

—¿Y qué?

—¿Y no las oísteis?

—Pues claro que las oímos... y también te vimos.

—¡Pero entonces os desenmascaraba! ¡Nos desenmascaraba a todos nosotros!

Letyaga se volvió hacia Nigmatullin. Luego miró a Artyom de reojo.

—Melnik nos dijo que te dejáramos en paz.

—¿Por qué? —Bueno... podríamos decir que... formas parte de su familia. No le habría sentado bien.

—Para —dijo Artyom—. Me encuentro mal.

Nigmatullin paró y le dio a Artyom una oportunidad para echar lo que llevaba más adentro. Lo que se quedó al borde de la carretera: vodka adulterado con astillas de diente, un mundo entero que vivía y hablaba, y por encima de todo, una fortaleza blanca como la nieve con cúpulas del color del cielo. No podía llevarse todo aquello a casa. Al metro.

Por fin podría dormir.

—¿Has recibido una dosis de radiación? —le preguntó Letyaga con desconfianza.

—Me he mareado con el coche —respondió el fatigado Artyom.

Abrió los ojos. Habían vuelto a Moscú y avanzaban por la orilla del río. Anochecía.

Había pasado un solo día. Sí, tal vez algunos días tuvieran que ser como aquél.

Artyom no reconocía la ciudad. Lo que pasaba frente a las ventanas era Moscú, la misma ciudad que por la mañana. Pero en algún momento del día alguien le había cambiado los ojos al joven.

Se sentía raro. Raro y estúpido.

Todo se le había vuelto irreal: las casas abandonadas no eran más que decorados; los palacios vacíos, un adorno; los cadáveres del interior de los coches, marionetas. En otro tiempo, al jugar con un caleidoscopio, había visto imágenes engañosas, dolorosamente bellas. Entonces se había empeñado en ver cómo estaban hechas, y al final no le había quedado en las manos nada más que un trocito de cartón pintado y pequeños cristales de colores. ¿Cómo podía seguir soñando... si allí no había más que cartón y cristal?

Trató de recobrar su amor por Moscú, de volver a sentir anhelo por la ciudad. Pero no lo consiguió. Era una ciudad falsa, una imitación hueca. Todos los hombres y mujeres que habían muerto en ella eran imitaciones de hombres y mujeres. Su dolor no era más que papel maché pegado con engrudo. Lo habían dispuesto todo para los ojos del espectador. En teoría, los del espectador subterráneo. En realidad, para los de otros continentes.

Así pues, había hecho un descubrimiento. Había descubierto un mundo grande, un mundo entero, con todos sus continentes a la vez. Pero también un mundo inútil. ¿Qué podría hacer en tres semanas con su descubrimiento? ¿Y le quedaban de verdad tres semanas? Las dosis se iban sumando, y además, ¿no se añadirían también las ondas de radio? Tal vez ya no fueran tres, sino dos.

Siguieron el curso del río y pasaron por el lado del Kremlin.

Este estaba casi intacto, pero también se fingía muerto.

Se acordó de que los capataces de la Schillerovskaya les partían el cráneo a los muertos con barras de acero, para no equivocarse y enterrarlos vivos. La confianza es buena y los controles aún mejores.

Entonces, ¿Melnik tenía razón? ¿Aquellos valía la pena?

Sí, mentían a la gente, pero lo hacían para salvarlos. ¿O no?

—¿Podría vivir con ello? —Al menos durante dos semanas?
Se lo preguntaría a Melnik.

Una vez en la Borovitskaya, todos ellos tuvieron que pasar por descontaminación. A Lyokha y Saveli se los llevaron aparte, pero prometieron que no les tocarían ni un cabello. Letyaga condujo a Artyom por pasillos oscuros hasta la Arbatskaya, donde se encontraba Melnik. Artyom no decía nada. Era como si le hubieran pegado los dientes con resina. Letyaga silbaba una melodía que le atacaba los nervios.

—¿Cómo fue lo del Reich? —preguntó por fin Letyaga, antes de entonar por tercera vez la cancioncilla—. ¿Cómo lograste escapar?

—Fue horrible —respondió Artyom—. Pensé que moriría allí. Me quitaron la carta. Me la quitó Dietmar.

—Ya lo sabemos.

—¿Ves? ¡Siempre lo sabéis todo! —bromeó Artyom sin mirar directamente a Letyaga—. Y yo no me enteró de una puta mierda.

—Lo siento, hermano —respondió el otro—. De verdad que quería sacarte de allí. Pero en aquel momento la situación era muy complicada. Por culpa de los rojos y del Reich.

Artyom asintió.

—Eso sí lo pensé.

—Informé al viejo. Creyó que de todos modos llegaríamos a tiempo para sacarte. No te enfades con él.

—No estoy enfadado.

—Nos encontramos en una fase decisiva. Nos falta gente. En cuanto te haya dejado, tendré que pasar al problema siguiente. Los rojos pasan hambre. Las setas se les han podrido. Las gentes escapan por las fronteras. Esta guerra es la última posibilidad que tienen los rojos para calmar a su propio pueblo. Pero podría ocurrir que se extendiera a la Hansa. Y que acabara por implicar a todo el metro. Por eso tenemos que detenerla. Es lo mismo de siempre: si no nosotros, ¿quién lo hará? Parece que ahora viene la lucha final, la decisiva.

—Ya lo ves... las setas... qué importantes son.

—Desde luego —reconoció Letyaga, y volvió a silbar.

—¿Qué te dijo Melnik?

—Que te trajera ilesa y que procurara satisfacer tus deseos.

—Entendido.

—Soy un hombrecillo insignificante, hermano. No meto la nariz en ninguna

parte si no me lo piden. Yo siempre digo: ¡Zapatero a tus zapatos! ¿Quién soy yo para decidir en tales cuestiones? ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Por fin, Artyom lo miró al rostro. Lo miró intensamente. Para entender de verdad lo que le quería decir.

—No eres tan insignificante como dices —le respondió entonces.

—¡Artyom!

El general salió de detrás de la mesa y se le acercó con la silla de ruedas.

Artyom estaba de pie, sin decir nada. Todos los discursos que traía preparados se le habían agriado en la boca, habían cuajado como leche de cerda. Los había escupido antes de entrar en el despacho de Melnik, pero aún sentía sobre la lengua un sabor amargo, como de suero lácteo.

—Escúchame —dijo Melnik.

Y Artyom lo escuchó. Y recorrió el despacho con los ojos. La mesa cubierta de papeles. Los mapas de las paredes. ¿También estaría marcada la ubicación de los emisores de interferencias? ¿Las líneas de defensa de la ciudad de Moscú? La lista con los nombres de los muchachos que habían muerto en el asalto al búnker seguía allí. ¿Dónde estaban sus almas? ¿Las almas de Desyat, Ulman y los demás? Tal vez se hubieran quedado dentro de aquel papel y olieran el alcohol del vaso de vodka medio vacío. Tal vez estuvieran todos borrachos, cincuenta gramos bastaban y sobraban para dos pelotones. El alma no necesita mucho.

—Haremos que se olvide toda esta historia —dijo Melnik—. Hablaré con varias personas. Todo esto ha ocurrido por culpa mía. No te avisé.

—No eran los rojos, ¿verdad? —preguntó Artyom—. Los que fueron en los camiones a la estación de radio no eran rojos, ¿no?

—No.

—Pero tampoco eran de los nuestros. No habré matado a gente de los nuestros, ¿verdad?

—No, Artyom.

—¿Pues quiénes eran? ¿De dónde eran?

Melnik vaciló. Parecía no estar seguro de que el joven pudiera soportar la verdad. ¿Qué haría cuando se enterara?

—¿Has absorbido una dosis?

Se acercó todavía más a Artyom y se posicionó de manera que la luz no le diese a él.

—¿De dónde eran?

—De la Hansa. Esa gente era de la Hansa.

—¿De la Hansa? Y los molinos de viento... ¿quién los construyó? Había oído decir que mandaban presos políticos desde la Línea Roja... como una especie de exilio... desde la Bulvar Rokossovskogo... y la Lubianka... para proyectos de construcción.

—Artyom... —El general encendió un mechero con la única mano que tenía y prendió fuego a un cigarrillo—. ¿Quieres uno?

—Sí.

Tomó el cigarrillo que Melnik le ofrecía. Lo encendió. Se llenó de humo los pulmones. Entonces lo vio todo mucho más claro. No interrumpió el discurso de su superior. En aquella situación no le habría servido de nada.

—Artyom... entiendo que no te lo puedes creer todo sin más... después de lo que ha ocurrido. Pero piénsalo bien. ¿A ti te parece que la Línea Roja construiría algo para la Hansa? ¿Para su archienemigo?

—No.

—Correcto. No lo harían. Lo hizo todo la Hansa. Tienen de todo... fuerza de trabajo y máquinas.

—Y cadáveres en una fosa... Alguien ha excavado un gigantesco hoyo. Está repleto de cadáveres hasta arriba. ¿Quién lo ha hecho?

Melnik asintió. Sabía lo de la fosa. ¿Y lo de los perros?

—Espías. Saboteadores. Espías en potencia y saboteadores en potencia.

—Entonces, ¿la Hansa nos lo ha ocultado... a todos nosotros... durante todos estos años? ¿Nos ha ocultado... el mundo entero? ¿Lo ha tapado?

—Para salvar Moscú.

—Pero entonces... los occidentales, los estadounidenses... ¿por qué no bombardean las otras ciudades? ¡Yo mismo he oído sus retransmisiones! San Petersburgo... Vladivostok... Ekaterimburgo. ¡Todas existen todavía! Y todas ellas... hablan en tono de... de paz. ¡En ruso! ¡Todas han sobrevivido! ¡El país existe! ¿Y nosotros no? ¿Qué es lo que ocurre allí? ¿La guerra no ha terminado?

—Allí... ¿Y tú cómo vas a saber lo que sucede allí? Lo único que has oído es media hora de retransmisiones de radio. Todo es una patraña, Artyom. ¿Cómo vas a distinguir a nuestra gente de unos mercenarios? ¿Cómo vas a saber quiénes son topos? ¿Qué nos queda, aparte del metro? ¡Nada! ¡Lo único que nos queda es el metro! Si de verdad hay vida en el exterior, ¿cómo la vamos a encontrar? Tienen a sus enlaces en todas partes, como arañas en su tela. «¡Aquí Vladivostok, respondan! ¡Aquí San Petersburgo, los esperamos!». Entonces las gentes que quedan por los pueblos pequeños se lo creen y van hasta allí, y los matan nada más llegar. De un tiro en la cabeza. ¡Rusia ya no existe! Ocurrió lo que siempre habíamos temido. Bombardearon todo el país, lo destrozaron, lo

ocuparon. Si nosotros no aguantáramos aquí... si les hicíramos saber que hemos sobrevivido... seríamos los siguientes. Solo podemos salvarnos de una manera, Artyom. Hacernos pasar por muertos. Para recobrar fuerzas. Para regresar algún día a la superficie.

—¿Y qué pasará con los que simplemente llegan hasta aquí si son de los nuestros? Gente que venga de los pueblos, por ejemplo. No hablo de espías, sino de los que son nuestros de verdad. Seres humanos. Rusos de verdad.

—Estamos en guerra, Artyom. No podemos investigar a todos y cada uno de esos individuos. Son enemigos y punto.

—¿Y si no vienen del este, sino del oeste?

—Tenemos que cubrimos en todas las direcciones.

—Pero los emisores de interferencias...

—No es la única estación que existe.

—¿Entonces... no habría... servido para nada...?

—Ni siquiera habrías podido terminar de hacerlo, Artyom. Hemos tenido suerte de que Letyaga te sacara de allí. Si hubieras derribado otra torre, no habría podido contenerlos. Tienen la orden de no tomar prisioneros.

Artyom dio una calada, capturó las palabras que se le atropellaban en los labios y volvió a ponerlas en orden.

—¿Me vigilaban, verdad? Cada vez que subía a los rascacielos tricolores...

Los labios del general temblaron. Letyaga había hablado más de la cuenta.

—Sí, estábamos al corriente de todo.

—¿Por qué no me callaron la boca?

—Porque eres de los nuestros. A pesar de... a pesar de todo lo que te dije.

—¿Y ustedes... desde cuándo lo sabían? ¿Cómo se enteraron?

—Nos informaron hace algún tiempo.

Artyom tomó otra calada. Se sentó en el suelo y recostó la espalda contra la pared... no tenía silla. Melnik, en su silla de ruedas, ya era más alto que él. De hecho era más alto que Artyom. Lo había sido en otro tiempo, cuando aún tenía piernas en lugar de ruedas.

—Sabe, Svyatoslav Konstantinovich... en nuestra última conversación... me demostró usted de manera muy convincente que soy esquizofrénico.

—Solo quería protegerte. Para que no hicieras... lo que has hecho.

—¿Por qué le costaba tanto explicarme la verdad? ¿O es que realmente soy esquizofrénico?

—Artyom...

—Puede decírmelo sin problemas. ¿Me he vuelto loco, o no? Dígamello.

—Escúchame..., toda esa historia de los Negros... tu convicción de que habrías podido salvar al mundo... de que te habían elegido... de que la

humanidad se iba a extinguir por tu culpa... ¿cómo... cómo podría decírtelo...?

Toda la historia de los Negros. Toda la historia. Toda.

—Todo eso no significó nada, ¿verdad? Aunque los extermináramos con misiles... no cambió nada. Los habitantes de Moscú no fuimos nunca los últimos seres humanos en el mundo. Y los Negros no fueron nunca nuestra última esperanza. No los salvé porque... porque no. Y no ha ocurrido nada terrible. El mundo sigue con vida, como siempre. Si lo hubiera salvado... bueno, ahora tendríamos lo mismo que vimos en el parque zoológico. ¿Eran ángeles, o no? Importa una puta mierda. No eran un milagro... tan solo un número en una exposición de criaturas grotescas. Esto es para morirse de risa. ¿No le parece a usted lo mismo, Svyatoslav Konstantinovich? Qué imbécil fui, ¿verdad?

—No.

—Sí, sí, fui un imbécil —lo contradijo Artyom.

La modulación de las vocales no le resultaba fácil. Era como si un bocio lo estorbara.

—Traté de explicártelo. Te dije que estabas obsesionado. En el estado en que te hallabas no tenía ningún derecho a revelarte la verdad.

—En mi estado... —repitió Artyom—. Entonces, estoy esquizofrénico de verdad. Primero pensé que estaba salvando al mundo y después lo condené. Un clásico ejemplo de delirios de grandeza.

—Lo único que ocurrió fue que no estabas lo bastante informado. Tuviste que interpretar la situación sin la ayuda de nadie. Pero ahora que hablo contigo veo que tu razonamiento es impecable. Todo esto no ha ocurrido por culpa tuya.

Pues entonces, ¿por culpa de quién? Artyom miraba el extremo encendido del cigarrillo igual que si hubiera contemplado el cañón de una pistola. Un infierno de bolsillo. Liado a mano. Siempre a disposición.

—Fueron muchas las cosas que tuve que entender sin la ayuda de nadie —corrobó.

—Si tú te crees que a mí me ha resultado fácil...

—No, no lo creo. He sido un idiota. ¿Por qué he tenido que...? Antes pensaba que llevaría a Anya... y a usted... y a los muchachos... y a mi padrastro... a la superficie. Y que viviríamos... en la ciudad. Todos juntos. En casas de verdad. Así es como me lo había imaginado. O quizás en el monasterio... todos juntos. O que podríamos irnos de viaje en tren. Para conocer el país, el mundo entero. Ese era mi sueño. Pensaba que si el mundo de la superficie todavía existe, entonces yo... pero ustedes ya lo sabían todo. ¿Piensa realmente que pueden engañar a todo el mundo? ¿Por qué no les dicen la verdad? ¿Tienen que ser ustedes quienes decidan...? ¡Si la gente quiere marcharse, que se marche!

Melnik arrugó la frente.

—Ya volvemos a estar con esas estupideces. ¿Qué les pasará si se marchan de Moscú? ¡Pues que se los cepillarán uno tras otro! ¡No quedaría ni uno! Ahora todavía estamos juntos. El metro es nuestra fortaleza. Una fortaleza asediada por el enemigo. Todos nosotros, no solo la Orden, sino todos los seres humanos que vivimos aquí, somos su guarnición. No nos quedaremos aquí para siempre. Estamos haciendo acopio de fuerzas para nuestra futura liberación. Para el contraataque. ¿Entiendes? Vamos a salir de aquí. ¡Pero no para entregarnos! ¡No con la bandera blanca! ¡No vamos a huir! ¡Saldremos del metro para recobrar lo que nos pertenece! ¡Tenemos que reconquistar nuestro propio suelo! ¡¿Te ha quedado claro, o no?! ¡Allí fuera no hay nadie que te espere!

—Aquí tampoco hay nadie que me espere.

—Te equivocas. No te he hecho venir hasta aquí para que me llores. No te he sacado de todo el embrollo para eso.

—Pues entonces, ¿para qué?

Melnik retrocedió hasta la mesa, que tenía un cierto aire como de puesto de mando de campaña, revolvió los papeles con la frente arrugada y cogió algo.

—Toma.

Él mismo se acercó a Artyom con la silla y le tendió el puño cerrado. Lo abrió poco a poco. Fue un gesto teatral. Parecía que luchara consigo mismo. Sobre la palma de la mano tenía una chapa de identificación. En una de sus caras estaba inscrito: «Si no nosotros, ¿quién?». Artyom la tomó en su mano. Se pasó la lengua por los labios resecos y solo entonces le dio la vuelta. Se leía: «Negro, Artyom». El nombre era el que le había dado su madre, el apellido se le había ocurrido a él. Era su chapa de identificación. La misma que Melnik le había retirado un año antes.

—Tómala.

—¿Qué... qué es esto?

—Quiero que vuelvas con nosotros, Artyom. He pensado en todo esto y quiero que regreses con la Orden.

Artyom leyó otra vez el apellido. Ya no tenía sentido. Había perdido todo su significado. En otro tiempo había sido una especie de penitencia, una cruz ardiente, un recordatorio constante. Pero ¿ahora? No había tenido la culpa de nada, la vida seguía adelante. Pasó la mano sobre el metal oscuro con las letras grabadas. La sangre se le agolpaba en las sienes.

—¿Por qué? ¿Porque he desenmascarado Moscú?

—No te voy a entregar —respondió Melnik—. Eres de los nuestros. Que sean ellos quienes se traguen su rabia.

Artyom apuró el cigarrillo hasta el final, hasta que el tabaco le quemó los

dedos. Ellos.

—¿Y para qué me necesitan?

—En estos momentos necesitamos a todo el mundo. Tenemos que detener a los rojos. Al precio que sea. Y desarbolar el poder fascista. Esta es la última oportunidad de detener la guerra, Artyom. Si no, dentro de muy poco ya no serán los emisores de interferencias los que nos envuelvan en el silencio..., es que ya no habrá nada que oír. Les habremos hecho el trabajo sucio a los occidentales. Y estos no se sorprenderán por ello. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo entiendo.

—¡Pues muy bien! ¿Estás con nosotros, o no? Creo que te daremos unos días de descanso para que te recuperes... ¡y luego volverás a filas!

—¿Y qué ocurrirá con mis compañeros? Saveli, Lyokha... ¿Qué piensa hacer con ellos?

—Los reclutaremos y les daremos instrucción. Ahora que están al corriente de nuestro secreto de Estado, será lo mejor.

—¿Entrarán en la Orden?

—Sí, en la Orden. Si no lo tengo mal entendido, habéis capturado la estación de radio entre los tres. No es una mala recomendación.

—Eso era todo? Artyom se pasó la mano por el cráneo. Sasha se lo había afeitado.

—La dosis de radiación que has recibido es muy alta —declaró Melnik con mucho énfasis—. Antes que nada pasa por la clínica. Allí podrás descansar y veremos lo que se puede hacer. Y luego...

—Svyatoslav Konstantinovich..., permítame que le haga una pregunta: ¿Qué había en el sobre?

—¿Qué sobre?

—El sobre que teníamos que entregar en el Reich.

—Ah, ya. —Melnik frunció el ceño al acordarse—. Un ultimátum. Un ultimátum de la Orden. Una exigencia para que detuvieran inmediatamente las operaciones y retiraran todas sus fuerzas.

—¿Y nada más?

La silla del general giró. El cigarrillo que ardía entre los dientes del general giró con ella y dejó a su paso un rastro de humo.

—Un ultimátum de la Orden y de la Hansa —añadió—. Nuestro y suyo. Un ultimátum conjunto. Eso es todo. Te esperan, Artyom.

Artyom desenredó la correa de la chapa, se la echó al cuello y se metió el identificador bajo la camisa.

—Le agradezco la confianza que me demuestra.

Y pensó: «¿Cómo es que no caí entonces en el búnker?». ¿Letyaga tuvo la

culpa? Si entonces hubieran trazado una línea de puntos de un extremo al otro de su cuerpo, ¿habría sido mejor para él? ¿O peor? ¿Le convenía haber averiguado todo aquello? ¿Por qué tenía que morir ahora a consecuencia de la radiación? Habría podido quedarse a hacer compañía a los muchachos en el despacho de Melnik. Unos pocos nombres en la lista, siempre borrachos y alegres.

—¡Lucharemos todos juntos! —prometió el general—. Lo más importante es que hayas vuelto.

—No me apetece acostarme. Ya sé cuál es mi estado. ¿Los muchachos han previsto algo para hoy?

—¿Qué pueden haber previsto?

—Lo he deducido de las palabras de Letyaga. Una operación. Contra los rojos. Decía que les faltaba gente.

Melnik hizo que no con la cabeza.

—¡Pero si casi no te sostienes en pie, Artyom! ¿Qué vas a hacer ahora? Vete, descansa, habla con... alguien.

—Iré con los muchachos. ¿Cuándo salen?

—Pero ¿para qué? ¿Adónde quieres ir? —Melnik arrojó la colilla al suelo

—. ¡¿Pero es que no puedes tener el culo quieto ni un instante?!

—Tengo que hacer algo... —dijo Artyom, y en el último momento se contuvo un instante antes de añadir: «antes de que todo termine»—. No quiero quedarme quieto, sino hacer algo que tenga algún sentido.

—Esto parece la sala de visitas de una prisión.

—¿Quieres que salgamos a dar una vuelta?

—Sí, estaría bien.

Abre la puerta y sale afuera. Artyom la sigue.

La Arbatskaya es como podrían ser los aposentos del zar, o Rusia entera en un sueño: recargada, de color blanco y dorado, interminable. Es el punto en el que todo converge, en el que uno se podría perder.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada. Una dosis de radiación. Si es que te refieres a mi peinado.

—Sí, a eso me refería.

—¿Y tú? ¿Tú... sabías lo de las interferencias en las ondas de radio?

—No.

—¿Él no te lo había dicho nunca?

—No, Artyom. Nunca me había hablado de ello... hasta ahora.

—Entiendo. Bueno... no hace falta añadir nada más.

—¿No tienes nada más que añadir?

—¿Qué quieres que te diga? He encontrado lo que buscaba. Punto final.

Las gentes se vuelven para mirarlos. Para mirarla a ella. Todos los fósiles del Estado Mayor, todos los guerreros de despacho de la Arbatskaya hacen crujir sus miembros petrificados y a veces tienen que girar todo el tronco, porque el cuello arrugado y enrojecido ya no da para más. Qué bella es Anya. Alta, ligera, elegante. El corte de pelo masculino. Las cejas altas y bien perfiladas. Y también el vestido.

—¿Eso quiere decir que vas a volver?

Lo dice con voz inexpresiva. Como si fuese por dentro igual que por fuera. Como si su rostro fuese de porcelana y en la espalda tuviera una llave para darle cuerda.

Artyom siente que la espalda se le empapa de sudor.

Podemos aprender a enfrentarnos sin temor a según qué cosas, pero nadie es inmune a una conversación como esa. Artyom no se detiene y cuenta sus propios pasos en silencio. Un recuento del dolor, de la cobardía y de la infelicidad.

—Ha sido idea de tu padre. Me ha devuelto mi chapa de identificación.

—Te hablo de nosotros.

—Bueno, es que... si acepto su ofrecimiento... y ya lo he aceptado... entonces no volveré... jamás. En todo caso, no volveré a la VDNKh. Me quedaré aquí. En el cuartel. Hoy mismo tengo que partir para una operación. Tengo que ir con ellos. Y...

—¡Basta! ¿Eso que tiene que ver?

—Escúchame. Es que... no lo veo posible. ¿Cómo... cómo quieres que volvamos a...?

—Quiero que regreses.

Lo dice con voz tranquila, firme, sin gritar. Sin una pizca de ira en el rostro. En la Arbatskaya es imposible que dos personas hablen a solas. Pero siempre es mejor hablar entre desconocidos que separado de los tuyos por una simple lona. La multitud amortigua las señales. En medio de una multitud podemos ser sinceros.

—No ha funcionado, Anya. Lo nuestro no ha funcionado.

—De acuerdo, no ha funcionado. ¿Y?

—Nada más.

—¿Nada más? ¿Estás dispuesto a rendirte?

—No. No se trata de eso.

—¿Quieres decir que no pensabas regresar? Te marchaste así de pronto. Con una excusa idiota.

—Yo...

—Quiero decirte algo: te necesito. Te necesito, Artyom. ¿Entiendes lo que me cuesta... entiendes lo que me cuesta decírtelo?

—Ahora ya no tiene solución.

—¿Qué?

—Nuestra historia en común. Por el motivo que sea, todo ha salido mal. Por esto, por aquello... por todo. Son demasiados errores.

—Y tú pones pies en polvorosa. «Demasiados errores, así que me largo». ¿Verdad que es eso?

—No.

—Ajá. O sea que habría tenido que pensar: «Bueno, si se marcha es porque no le queda más remedio. Porque lo nuestro ya no tenía solución». ¿Verdad que es así?

—¡No! Pero... no quiero discutirlo en público.

—¿Eh? Pero si has sido tú el que ha tenido la idea de salir a pasear, gran estratega.

—Basta ya.

—A ver qué te parece lo que te diré ahora. Sabes muy bien que tengo mi orgullo. Te lo he dicho en multitud de ocasiones. Y probablemente es por eso por lo que pensaste que si te marchabas sin decir adiós no me sentiría humillada. Que me ahorcaría antes que venir arrastrándome a preguntarte por qué me dejaste colgada.

—¡No te dejé colgada!

—Te marchaste sin decir nada.

—Por favor, Anya, ¿a qué viene todo esto? ¿Tienes que hacerme el papel de tía resentida?

—Ah, claro, ya sé lo que me vas a decir: «Es que tú no eres una tía, Anya. ¡Eres un tío! ¡Eres mi compañero de armas! ¡Como Letyaga pero con tetas!».

—Por favor...

—Dímelo. Dime: «Todo ha terminado, Anya. ¡Se acabaron las broncas!». Dímelo a la cara. Y después explícame por qué.

—Porque lo nuestro no va a ninguna parte. Porque todo nos ha salido mal.

—Tú sí que estás haciendo de tía resentida. ¿No podrías explicármelo con un poco más de precisión? ¿Qué es lo que ha salido mal? ¿Que mi padre fuera tu comandante? ¿Que no quisiera que nos casáramos? ¿Que estuvieras cargado de complejos? ¿Que estuvieras más enamorado de él que de mí? ¿Que él te tomara por loco? ¿Que no pararas de compararte con él? ¿Que el verdadero héroe y salvador de la patria fuera él? ¿Que quisieras ser igual que él en todo? ¿Que no eras capaz de estar simplemente conmigo?

—Cállate.

—¿Por qué? No eres capaz de decirlo en voz alta. Así que deja que lo diga yo por ti. Alguien tendrá que hacerlo.

—Porque no te quiero. He dejado de quererte. Porque... sí... porque no sabía cómo decírtelo.

—Porque me tienes miedo.

—¡No!

—Porque tienes miedo de mi padre.

—¡Cállate, por favor! ¡Vete a la mierda! ¡Basta ya!

—Todo el mundo te está mirando. Qué vergüenza.

—Hay otra.

—Ah, has encontrado a otra. La buscabas y la has encontrado. Podías haberme dicho: «Anya, es que no buscaba en el lugar más apropiado. Arriba no había nadie, pero abajo he encontrado a otra en menos de una semana».

—Vale, de acuerdo, pues desahógate. Llevas un año desahogándote conmigo. Nunca me has creído, no, no me has creído nunca, y tampoco has creído en mí. Has salido del mismo molde que tu papi. Él también ha pensado siempre que estoy zumbado. Hoy todavía lo dice. ¡Se te notan los genes!

—Yo me parezco más bien a mi madre.

—Eres como tu padre.

Anya se detiene. Alguien choca con ella, dice una palabrota, contempla su figura, se olvida de su mal humor y se marcha. Así viven, inmersos en sus asuntos subterráneos, como si aparte del metro no hubiera nada más en todo el mundo.

—Vamos a tomar algo.

—Yo... yo preferiría irme a dormir. Antes de que salgamos.

—Me lo debes. Así que mejor que cierres la boca.

El propio Artyom lo sabe: se lo debe. Se lo debe, sobre todo, antes de salir para esa operación. Antes de hacer, por fin, algo que tenga sentido. Se lo debe a ella mucho más que a ningún otro.

En un pasillo descubren un garito para intelectualoides, se echan sobre unos sacos llenos de arena y corren la cortina. Como si por fin estuvieran solos.

—¿Cómo has venido hasta aquí?

—Mandó a buscarme. Con el mensaje de que no querías volver conmigo. Buena manera de separarse: mandar al suegro y a dos imbéciles fusil en mano para que te lo solucionen.

—Yo no quería...

—Pero qué valiente eres, Artyom. Me tienes maravillada.

—Bueno, vale, soy un mierda. Pero ¿qué vamos a hacer ahora? ¡Ahora has

vuelto con tu papi perfecto! ¿Verdad que sí? ¡Pues viva! ¡Hurra! ¡¿Por qué vienes a contármelo?!

—Eres idiota de verdad.

—Lo acepto. Un mierda y un idiota.

—¿Nunca te has preguntado cómo es que te seguí hasta la VDNKh? ¿Qué es lo que vi en ti? ¡Toda la Orden, toda la manada, me venía detrás! ¡Un héroe tras otro! ¡Todos querían arrimarse a mí! Si hasta se les veían las babas que les salían por la boca... ¡Por cierto, tu amigo Hunter también! ¿Y por qué me marché contigo?

—Yo también me lo preguntaba.

—¡¿Quizá porque no quería vivir con un héroe?! ¡Con un psicópata que va cortando cabezas a cuchilladas y se queda mirando el chorro de sangre sin pestañear! ¡Yo no quiero un hombre así! ¡Buscaba un hombre bueno, bondadoso, normal! ¡Un ser humano! Un ser humano como tú. Como eras antes. Que se esforzaba al máximo por no tener que matar a nadie. Y quería tener niños con un hombre como ese. Un hombre bondadoso.

—Esos no sobreviven en el subsuelo.

—En el subsuelo no va a sobrevivir nadie. ¿Y? ¿Solo por eso vamos a renunciar a traer niños al mundo?

—La cosa va por ahí.

—¿Cuándo empezarás a vivir? ¿A vivir conmigo? Beben sin brindar. Artyom toma un trago bien largo. Su estómago vacío lo absorbe enseguida. Le calienta la sangre, hace que el mundo empiece a girar.

—No puedo vivir, Anya. No puedo vivir más.

—Pues entonces, ¿quién?

—Tu padre ya se encargará de buscarte a alguien. A alguien que sea digno de ti. No a un chiflado como yo.

—¿Tu idiotez llega hasta ese punto? Oye, ¿me estás escuchando? ¿O solo te escuchas a ti mismo? ¿Qué quieres que me busque mi padre? ¡Si se encargó de ducharme hasta que cumplí los trece! ¡Los trece! ¡¿Lo entiendes?! Lo que yo quería era escapar de él... ¡de él! ¡Para estar contigo! ¡Para tener una vida normal por fin! ¡Vivir! ¡Y es evidente que quieres volverte como él! ¡Como él, como Hunter, yo qué sé lo que quieras!

—Yo no quería... Maldita sea... ¿tienes que decirme todo eso?

—¿Y? ¿Ahora tienes miedo de ponerte sentimental? ¿De que al final vuelvas conmigo?

—No. Sí...

—Pues escúchame. ¿Qué pasó con mi madre?

—Que murió. Enfermó. Cuando eras muy pequeña.

—Se mató a base de beber vodka adulterado. Se emborrachaba porque él le pegaba día sí día no. ¿A ti qué te parece? ¿Eh? ¿A ti qué te parece esto de tener un héroe por padre?

—Anya...

—Vete tranquilo y ponte a su servicio. ¿Papá te ha perdonado?

—Pero si te idolatra... a ti no te...

—No. Tuvo suficiente con destrozar a mi madre. A mí mi papaíto me coge con guantes de terciopelo. Sí, me idolatra. Mis deseos son órdenes. Eso sí, con la condición de que me porte bien y me quede sentada en su regazo.

—Espera. Él... ¿por qué...?, cuando estaba en la estación de radio... habrían podido... querían asaltar el edificio... tú... ¿dónde estabas tú... entonces?

Anya vacía el vaso de un solo trago. Sus ojos se han enrojecido, pero son incapaces de llorar, igual que los de Artyom. De pronto el joven se da cuenta de que se ha puesto máscara de ojos en las pestañas. Anya. En las pestañas.

—Le he dicho que como le ocurriera algo a mi hombre... De vez en cuando hay que recordárselo...

Artyom siente un temblor en los labios. Ahora querría sonreír con desdén, pero no le quedan más fuerzas en el rostro.

—¡Eh! ¡Otra más!

—También para mí.

—Ese era el motivo... ahora lo entiendo.

—¡Por mamá! —Anya levanta el vaso. Es un vaso tallado, con facetas—. Por mamá, que bebía porque se había casado con un héroe. Por eso eres injusto, Artyom. Me parezco a ella, no a él.

Artyom avanza su brazo agarrotado y sin fuerzas, sin expresión, hace entrechocar su vaso contra el de Anya.

—Era de Vladivostok. Cuando me metía en la cama solía hablarme de las playas de aquella ciudad. Del océano. Y cuando le parecía que me había dormido sacaba el petate. ¿Sabes?, yo tenía un truco. Hacía ver que me había dormido y luego la observaba con los ojos entrecerrados. ¿Cómo pinta la cosa en Vladivostok? ¿Respondieron a la radio?

—Sí.

—¿Todo en orden, hermano? ¿Se te ha pasado la fiebre? De todos modos tienes las mejillas enrojecidas.

—Todo en orden.

—¿Estás seguro de que quieres salir de nuevo a la superficie?

—Segurísimo.

—¿Has ido a la clínica?

—Sí. Me han frotado la espalda con antiséptico.

—Bueno, vale. Cuando regresemos de la misión, te agarraré por la oreja y te volveré a llevar hasta allí.

Cerca de la biblioteca los aguardaba el todoterreno ya familiar. Detrás de este vieron un camión Ural de color gris con aquellos colmillos. Saveli y Lyokha, ambos con traje aislante y con el uniforme negro de la Orden, intercambiaron miradas.

—Y eso... —dijo Artyom.

—Son de los nuestros. Ahora no armes escándalo. Solo nos han facilitado la tecnología. Si no, ¿de dónde íbamos a sacar algo semejante?

—Ya, claro.

Se pusieron en marcha con gran estruendo y avanzaron uno detrás de otro por la calle Arbat. Letyaga quiso llevar a Artyom en el todoterreno. Iba en el asiento delantero, pero una y otra vez miraba hacia atrás. Parecía que tuviera algo en los labios, algo que no pudiera expresar.

—¿Qué clase de misión es esta? —preguntó Artyom.

—Vamos a la Komsomolskaya —le explicó Letyaga—. Luego ya verás.

Siguieron adelante por la calle Arbat. Artyom ya no tenía tiempo para acordarse de nada. De repente se le ocurrió: ¿Adónde se habían marchado todas las criaturas? ¿Por qué habían desaparecido de Moscú? La ciudad seguía allí, pétreas y desiertas, como la Babilonia que hace tres mil años azotaban el viento y las arenas.

Llegaron en un momento a la Ronda de jardines, giraron sin prestar atención a las ridículas líneas pintadas sobre el suelo, pasaron de largo frente a los gigantescos hoteles y edificios de oficinas que se habían quedado huérfanos, el Ministerio de Asuntos Exteriores con su remate en punta, y el mágico monte Pelado.

—Me gustaría saber cómo andan nuestras relaciones exteriores.

—Yo no me meto en eso. —Letyaga miraba al frente—. Zapatero, a tus zapatos.

—Pero alguien debe de escuchar las retransmisiones de radio, ¿no? Aunque solo sea para saber cómo les va a esa gente... a nuestros enemigos. Qué es lo que piensan. Lo que planean.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —objetó Letyaga—. Los emisores de interferencias los bloquearán igualmente.

—Claro.

Artyom se frotó la goma que le cubría la cara.

Al dejar atrás el Ministerio de Asuntos Exteriores, se metieron por calles estrechas y se detuvieron frente a una mansión abandonada rodeada por una cerca alta. Parecía una embajada. Todavía ondeaban los jirones de una bandera, pero la agresiva lluvia la había desteñido desde hacía tiempo.

Con la bocina dieron una señal previamente acordada. La puerta de la mansión se abrió en silencio y los vehículos penetraron en el patio interior. Una vez allí, varias personas con distintivos de la Orden corrieron a los vehículos y comprobaron que nadie hubiera entrado con los recién llegados. Al bajar, Artyom distinguió en los visores de una máscara unos ojos que le resultaron familiares.

—¿Qué es esto?

Nadie se lo explicó. Las puertas se abrieron y varias siluetas sacaron del interior de la mansión unas cajas de cinc de color verde, marcadas con letras impresas con plantillas, y las cargaron en el camión. Primero dos, luego tres, y luego otra, y otra, y otra.

Cajas de cartuchos.

Trabajaron rápido. Al cabo de un minuto ya habían terminado. Hicieron el saludo militar, pidieron que les firmaran un documento —una formalidad que en aquel contexto resultaba muy extraña—, los acompañaron hasta la calle, y poco más tarde la mansión volvía a parecer deshabitada.

—¿Adónde va todo esto? —le preguntó Artyom a Letyaga.

—A la Komsomolskaya —respondió el otro.

—¿Qué hay allí? Es la estación donde la Línea Roja tiene transbordo con la Hansa. —Artyom había respondido por sí mismo a la pregunta—. ¿El frente se ha desplazado hasta allí? ¿La Hansa ha entrado en combate?

—Sí.

—¿Y nosotros? ¿Los nuestros ya están allí? ¿Vamos a trabajar para la Hansa? ¿Nosotros, la Orden?

—Correcto.

Era evidente que le habían prohibido a Letyaga hablar abiertamente con Artyom. Las palabras salían con dificultad entre sus dientes de bulldog. Pero como Artyom, de todas maneras, lo adivinaba todo, el otro no tenía más remedio que confirmar sus hipótesis.

—¿Nuestros muchachos ya están allí? ¿Los cartuchos son para ellos? ¿Tienen en jaque a los rojos?

—Exacto.

—Pero... vuelve a ser la misma historia que cuando lo del búnker, ¿no? ¿Verdad que sí, hermano? Otra vez nosotros, otra vez los rojos... otra vez. Si no

los paramos nosotros no lo hará nadie.

—Podría ser —dijo Letyaga de mala gana.

—Está bien que vayamos allí —dijo Artyom en voz alta—. Esta es una buena misión.

Y entonces —ya es de noche— todo se repite: la Ronda de Jardines, la chatarra herrumbrosa de los coches a la luz del reflector, el desfiladero entre edificios, las bolsas de plástico que arrastra el viento, la luna oxidada que presta una mayor nitidez a los contornos de las nubes, el zumbido amodorrado de los motores. Pasan cerca de la Tsvetnoy Bulvar, por los pasos elevados que parecen trampolines para saltos de esquí, por callejuelas tortuosas, por pasos secretos que no conocen ni siquiera los muertos, por raíles desiguales de tranvía que llevaban a las estaciones de tren, a la estación de metro Komsomolskaya.

Tres estaciones: una para los trenes que antes del ataque iban al este, al Vladivostok de Anya. Otra para San Petersburgo, para el norte. Y la tercera para Kazán y más allá, hacia el mediodía ruso. Ve adonde quieras. Las vías están allí, empiezan detrás de ese edificio. Coloca una dresina sobre las vías, agarra la palanca y márchate, siempre más lejos, adonde te lleven tus fuerzas. Todas las maravillas del mundo te aguardan. No irás a ninguna parte. ¿Qué me dice? ¿Que aquí no hay ninguna tapadera, Svyatoslav Konstantinovich? Vaya si la hay. Una tapadera pequeñita.

Las ruedas suben a la acera, los vehículos no se detienen hasta encontrarse frente a la puerta de entrada.

—Ahora vamos rápido —ordena Letyaga—. Estamos fuera de nuestro territorio.

Abren a la vez las puertas de los vehículos, se disponen en círculo, se colocan los aparatos de visión nocturna sobre la frente. En terreno extraño puede ocurrirles de todo. Van pasando las cajas en cadena. Artyom se queda al final, junto a las puertas de madera agrietadas. Recibe las cajas y las amontona en una pirámide. Se siente extraño. Tranquilo. Se ve a sí mismo detrás de un parapeto, arma automática en mano, de cara contra las balas. Lo del búnker estuvo bien. Allí todo era claro, comprensible. Querría estar allí de nuevo. Querría disparar estos cartuchos hasta que no quedara ninguno. Y si no, todos los que pudiera.

Así no tendría que despedirse de Sasha, ni reconciliarse con Sukhoy, ni volver a verse con Hunter. No tiene nada más que decirles. Si la historia con todos ellos no tiene punto final, no le importaría interrumpirla con una coma.

—¡Seguidme!

Cada uno de ellos agarra dos cajas de cinc y se adentran todos en las tinieblas, como si llevaran niños en brazos, en el vestíbulo medio derruido. Letyaga les ha prohibido encender las linternas. Descienden por la escalera mecánica mellada, tantean los fríos contornos con los dispositivos de visión nocturna. Tienen que mirar más abajo para que aparezcan los rojizos perfiles de cuerpos cálidos en el visor. Cuerpos humanos que tratan de calentar la tierra por dentro.

Entonces les llega desde abajo un zumbido que no reconocen, como el rumor de una colmena. Viene de abajo y al mismo tiempo parece que venga de todas partes. Artyom no puede mirar alrededor, caminan uno detrás de otro por los resbaladizos escalones. Tiene miedo de tropezar. Pero desde algún conducto de ventilación, o quizás a través de paredes delgadas, les llega un aullido de dolor, un grito amortiguado, como aúlla el viento en los tubos, los que están cerrados herméticamente, los que no ofrecen ninguna esperanza. A cada paso que dan, el sonido es más intenso, así como el calor.

—¿Qué *ez ezo*? —dice Lyokha, jadeante, sin dejar de correr.

—Esto es la Línea Roja. Les ocurre algo. Pero no tenemos por qué entrar.

Se detienen.

—Ahora a la izquierda.

Corren junto a las paredes sin arrojar sombras, rayos rojizos en medio de la negrura. La calidez que se filtra desde las grietas de las paredes lo demuestra: en algún lugar hay vida, hay calidez, hay un vaho que es aliento. Pero nadie sale a su encuentro. ¿Será un camino secreto? ¿Van a atacar al enemigo por la retaguardia? ¿Por qué no se oyen ruidos de combate? ¿Todavía no ha empezado? ¿Han llegado a tiempo? Cuántos cartuchos. Con esa cantidad se podrían defender durante un mes. Pero ¿dónde aguardan los otros soldados de la Orden? ¿Tal vez no pueden encender las linternas para no delatar a su propia gente?

—Ahora a paso rápido.

Más adelante, en las tinieblas, aparecen de pronto unas figuras rojas que parecen las piezas de un juego. Figuras humanas. Unas voces se imponen al fragor que proviene de los conductos de ventilación. El calor vive y llena las galerías del techo. ¿Un extractor? Y sale a través de las rejas que tienen bajo los pies. Parece que en la cercanía tenga que haber grandes espacios en los que haya hornos funcionando. Se encienden luces y los hombres hablan en susurros, pero a Artyom y a los otros miembros de la Orden los dejan en la penumbra.

—Alto.

Se detienen ante una parrilla en rojo de la pared. Más allá ven unas pocas figuras de color púrpura. Hay uno que se parece más a un toro que a un ser humano y que arde furioso, sin descanso, y otros dos, más difuminados,

indistintos, como si su sangre se hubiera enfriado.

Se oye una conversación a través de la parrilla. Las palabras se pegan unas a otras, se funden por sus extremos, el eco de los tubos transforma los tonos de las distintas voces en uno solo, metálico, por eso no se entiende quién habla con quién. Es como si alguien declamara un monólogo con un embudo de hierro en la garganta.

—¿Todo a punto? Sí, todo en su lugar. ¿Cuántos? Los que habíamos acordado. Veinte. O, para ser más exactos, veinte mil cuatrocientos. Espero que con eso se solucione el problema. Nuestro problema común. Tiene que solucionarse. Siempre ha funcionado. ¿Chocamos los cinco? Le agradezco su flexibilidad. Gracias a ustedes. Por supuesto que en el futuro tendríamos que evitar excesos como estos. Sabe usted bien que la situación ha escapado de nuestras manos. No tenemos la culpa. La iniciativa vino desde abajo. Es cuestión de encaminarlo. ¿Harán usted algo para recobrar el equilibrio? Ya lo hemos hecho. Mire, querría comentarle esos rumores. Ya lo sabe usted, de hermano a hermano. Las malas lenguas cuentan que quizás ha habido filtraciones. Por favor, cómo se le ocurre. Iría contra nuestros intereses. Mantenemos nuestros compromisos. De acuerdo. ¿Podemos recoger? Sí, daremos enseguida la orden. Gracias, Maxim Petrovich. Gracias a usted, Alexey Felixovich.

—¡Vamos!

—En marcha —ordenó Letyaga—. En columna de a tres.

Alexey Felixovich, Felixovich, Felixovich. Gracias, Alexey Felixovich. Desde luego, Alexey Felixovich. Conformes. Artyom empieza a sentir un picor en el brazo. Allí, en el lugar donde tiene costra en vez de tatuaje.

—¡Venga, imbéciles de mierda! ¡Todo para adentro! —resopla alguien desde la oscuridad—. ¡Dejad aquí la chatarra! ¡Daos prisa, joder!

Una voz ronca, profunda, que viene de lo hondo.

Una pequeña linterna se enciende. Su rayo recorre el suelo, busca las cajas verdes marcadas con letras de molde y las va contando.

—Una. Dos. ¡Márchate! ¿Qué haces aquí todavía? Lárgate de una vez. Tres, cuatro. Vale, ya puedes irte. Cinco, seis.

Dentro de poco le tocará a Artyom, el corazón le martillea, ya está seguro, la cabeza le arde, y espera que le toque de una vez, porque al tenerlo cerca podrá asegurarse...

—Siete, ocho. Déjalas ahí. El siguiente. Nueve, diez. Déjalas y márchate.

Han ido para entregarle los cartuchos a alguien. Las veinte cajas. No las han transportado hasta allí para que la Orden pueda colaborar en la defensa. Lo único que se espera de ellos es que transporten los veinte mil cartuchos y se los entreguen a alguien. En eso consistía toda la misión.

—Once, doce.

Artyom escucha: once, doce. Ahora le tocará a él. Once. Como los conejos. ¿Hacia dónde correrán? Doce. «Y en el subsuelo tendrás que morir». Trece, catorce conejitos mansos.

Deja en el suelo sus dos cajas. Inseguro, mete la mano en el bolsillo. Vuelve a sacar la mano. No encuentra el botón de encender.

—¡Eh, tú, el siguiente! ¿Por qué tardas tanto?

La pequeña linterna se aparta de las letras impresas y trepa hasta los ojos de Artyom. Igual que en otro tiempo le puso la pistola en la sien.

Y entonces Artyom empuña su propia linterna —pesada, larga, con la fuerza de un millón de velas— y aprieta el botón.

A esa desagradable luz que vale por un millón su cuerpo se ve pálido y reseco. Ha vuelto arrugado del Más Allá. Pero es él, seguro de sí mismo, sus gruesas piernas muy separadas. Una de sus zarpas agarra con gesto arrogante una de las cajas de cinc que le han traído y con la otra se protege del rayo de luz. Artyom le disparó en un gesto de desesperación y, sin embargo, sus balitas de mocoso no lo mataron. En un nuevo uniforme del Ejército Rojo, cortado a medida para su cuerpo de toro.

Gleb Ivanovich Svinolup.



18

SERVICIO

Qué mierda estás haciendo?!

Letyaga le da un golpe en la linterna, el grueso chorro de luz salta por los aires y pasa fugazmente por algunos rostros, deja a la vista paredes, suelo, techo... que era lo que había alrededor. Un pasillo, una puerta, unas personas. Estas aprietan los párpados y sueltan tacos. Hay dos que se quedan frente al rayo de luz. Artyom cree reconocerlas. Uno de labios gruesos y cabello escaso, las sienes plateadas y rasuradas a máquina, con abrigo de oficial. El otro, de nariz puntiaguda, grandes ojeras, cabellos oscuros bien peinados. ¿De qué lo conoce Artyom? Es como si lo hubiera visto en un sueño...

Mientras la linterna rueda hacia un rincón, Artyom se las compone para

empuñar el fusil de asalto, pero no consigue apuntar contra Svinolup. Al instante lo agarran del arma y de los brazos y tiran de él en todas direcciones, la luz se apaga, y en la penumbra varios desconocidos se arrojan sobre las dos siluetas rojas que le resultaban extrañamente conocidas con el fin de protegerlas.

—¡Son rojos! —grita Artyom con voz ronca—. ¡Soltadme! ¡Les estamos entregando cartuchos a los rojos!

—Cálmate. Hazme el favor...

—Pero ¿qué es esta mierda? ¿Alguno de vosotros me lo podría explicar?

Una mano enguantada en cuero —es la de Letyaga— le cubre la boca. Sabe a aceite de máquina, diésel, pólvora y sangre seca. Artyom la muerde, se agita de un lado para otro, grita algo incomprensible con la boca tapada. Sus mordiscos no sirven para nada. Letyaga no tiene sensibilidad. Alguien le arranca el aparato de la frente. Se queda sin visión nocturna.

—¡Qué *hazéis*! —Es la voz de Lyokha. Suena el clic de su fusil—. ¡Zaveli, tienen a *nueztro* amigo!

—¡Soltadlo! ¡Soltadlo ahora mismo! —aúlla Saveli—. ¡Si no, os mato a todos!

—Damir... Omega...

Se oyen gimoteos y chillidos en la negrura, borboteos de garganta estrangulada, estalla una ráfaga, alguien empieza con la respiración ronca, los espasmos, los gritos de loco.

—¿A muerte? —jadea alguien en la penumbra.

—¡Ja! Mucha unidad especial, pero no siempre sois capaces de resolver las situaciones, ¿eh? —dice el invisible Svinolup, riéndose por lo bajo.

—No. Ahora no —truenan la voz de bajo de Letyaga—. Traedlos para aquí. Todos para aquí.

—El jefe ha dicho que si provocaban problemas...

—¡Ya sé lo que ha dicho el jefe! ¡Todos para aquí!

—¿Qué ha sido eso? —Conoce la voz, pero no es la de Svinolup. Es una voz fatigada, pesada. Aparece dentro de su cabeza la imagen del burdel, de unas cortinas que dejan pasar la luz del interior...

—Ya está. Disculpad el incidente —dice Letyaga—. ¡Agarradlos y nos vamos!

Unos brazos de acero lo arrastran por el suelo. Los camaradas sujetan con fuerza las piernas del jadeante Artyom. Los guerreros de la Orden están bien entrenados. No tiene ninguna posibilidad de escapar.

—Traedlos. Dejadlos aquí. Ya lo haré yo, podéis marcharos. ¡Y vosotros, no se os ocurra levantar la cabeza del suelo!

—El jefe nos ha dicho que los liquidáramos si nos causaban problemas.

Saveli se enfurece.

—¡¿Cómo que liquidarnos?! ¡¿Estáis locos?!

—Lo sé, Damir. Lo haré yo. ¿Los habéis registrado? ¿Todo limpio?

—Sí.

—Está bien. Marchaos. Terminaré enseguida.

—Bueno, muchachos... —asiente el otro con voz dubitativa—. Nos vamos.

Dejémosle este asunto a Letyaga. Al fin y al cabo es su colega...

Se oye el eco de los talones que se alejan, llenos de dudas y de hipocresía. Parece que se marchen hacia arriba, pero quizás se queden a un lado. El cuero aceitoso se separa de la boca de Artyom.

—¡Ese es Svinolup! ¡Trabaja para la KGB! ¡Para los rojos! ¡Estamos entregando cartuchos a los rojos! ¡Cartuchos... para los rojos! ¡Pero ¿tú te das cuenta de lo que estás haciendo?!

—Tan solo cumple órdenes, hermano —responde Letyaga con voz tranquila—. Y en este caso la orden consiste en entregar un cargamento. No me concierne lo que haya que entregar ni a quién se lo entregue.

—¡A los rojos! ¡A los rojos! ¡Les entregamos cartuchos... nosotros dos! ¿Y todos nuestros muchachos que cayeron en el búnker...? ¡Desyat! ¡Ulman! ¡Shlyapa! Los rojos los... ¿No te acuerdas? ¡Pero si estuvieron a punto de matarte a ti... y también a mí! ¿Cómo podemos...? ¿Cómo podemos... entregarles...?

—La orden especificaba que había que recoger el material en el almacén y traerlo aquí. Y entregarlo.

—¡Mientes! —grita Artyom, y se pone en pie de un salto—. ¡Qué idioteces estás diciendo, cabrón! ¡Traidor! ¡Cerdeño asqueroso! Los has traicionado, me has traicionado a mí... ¡a todos los muertos! ¡¿Y para qué?! ¿Para qué murieron? ¿Para qué ahora nosotros... ¡nosotros!... les demos armas a los rojos? ¡Cartuchos?

—Cálmate. ¡Haz el favor de calmarte! No son cartuchos, es ayuda humanitaria. Los rojos pasan hambre. Con esos cartuchos le podrán comprar setas a la Hansa. ¿No lo entiendes? ¡Toda la cosecha se les ha podrido!

—¡No me creo ni una de tus palabras! ¡No me creo las palabras de ninguno de vosotros!

—Qué *miedda* —murmura Lyokha, de bruces en el suelo pétreo.

—¡¿Y a ti qué te pasa?! ¡¿Tú te lo crees?! ¡Dímelo!

—Mi obligación...

—Sí, ¿cuál es tu obligación? ¿Tú te crees que no lo he oido? Te han ordenado... te han ordenado matarme. Tienes que matarme si no paso por esto, ¿verdad? ¿Qué se entiende aquí por causar problemas? ¿Tú quieres que me

trague eso que acabas de decirme? Que nosotros, ¡nosotros!, les demos cartuchos... a los rojos...

—Perdóname.

—¡No! ¡No te perdonar! ¿Hermanos de sangre? A la mierda. Y tú... ¿qué vas a hacer ahora? ¡¿Cómo puedes creértelo, Letyashka?! ¡¿En qué vas a creer... ahora?! Y todo esto... ¡¿por qué?! ¡¿Para ganarte tu ración?!

—No... no tienes ningún...

—¡Dispara de una vez! Sabes muy bien que me importa una puta mierda. Voy a morir igualmente. Dispara, hijo de la gran puta. ¡Cumple la orden! Grupo sanguíneo A2 RH negativo... ¡a la mierda! Pero deja marchar a mis amigos. ¿Qué tienen ellos que ver con todo esto? ¡A ellos el viejo no les debe nada! ¡No tienen cuentas por saldar!

Letyaga calla. Su respiración es pesada. Se oye un clic metálico en un punto cercano. Pero está muy oscuro y Artyom no alcanza a divisar la muerte que tiene al lado.

—¡¿Y bien?!

El cuero apesado vuelve a taparle la boca a Artyom y le impide hacer ningún ruido.

—Poneos en pie los dos —susurra Letyaga—. Perdóname, Artyom.

La pistola que se encuentra por encima de su oído hace plop.

Una, dos, tres veces. No ha cambiado nada.

¿Cómo se puede distinguir entre la muerte y la vida en esta negrura?

Pues, por ejemplo, gracias al sabor de la sangre y el diésel, de la pólvora y el aceite de máquina. Artyom sigue con vida.

—¡Agarraos todos de la mano! —susurra Letyaga—. ¡Al que se suelte lo mato aquí mismo!

No tratan de soltarse de Letyaga. Confían en él una última vez. Letyaga lleva a Artyom a buen paso, con la boca cubierta, y los demás los siguen en hilera.

—¡Eh! ¿Cómo va eso? ¿Has terminado? —le grita alguien desde la escalera mecánica.

—Ahora corred —dice Letyaga—. Si nos dan alcance os van a matar, y a mí con vosotros.

Corren sin mirar y sin ver nada, se sujetan con las manos empapadas del sudor escorridizo de la muerte.

—¡¿Qué significa esto?! —grita alguien más arriba—. ¡Deteneos!

El propio Letyaga parece no saber hacia dónde tiene que ir. Se echa a correr sin más. Al cabo de medio minuto se oye el silbido de las balas y, más atrás, el golpeteo de las botas que los siguen. Al llegar a cierto punto, giran, tropiezan,

chocan entre ellos, se obstaculizan entre sí.

—¿Quién es ese tal Felixovich? —pregunta Artyom mientras corren—. ¡Bessolov! ¿Quién es Bessolov? ¡¿A quién nos ha vendido el viejo?!

Una franja de luz cae sobre ellos desde arriba. Los cuatro huyen como cucarachas.

Se apretujan en un callejón sin salida, se vuelven. El sonido de pasos ajenos se aleja y luego se vuelve a acercar. Y una vez más, el rumor profundo y sordo se cuela por las grietas de la negrura y se extiende, como cuando descendieron a la Komsomolskaya.

Las mudas balas silban cerca de ellos, rebotan en las paredes, vuelan al azar, los perdonan de mala gana.

—¡¿Quién es Bessolov?! —Artyom no ceja—. ¡¿Quién?! ¡Tú lo sabes, Letyaga! ¡Dímelo de una vez!

Letyaga se detiene. Parece confuso. Quizá porque la negrura es general, porque se encuentra demasiado lejos de la vida roja y cálida, y le resulta totalmente imposible orientarse.

Enciende la linterna.

—¡Están allí! ¡Allí detrás!

Se detienen frente a una reja soldada. Letyaga apunta y destroza el candado de un disparo. La fuerzan entre todos, pasan al otro lado, se arrastran, se alejan de la muerte a cuatro patas. Quizá la muerte será demasiado holgazana como para perseguirlos.

—Haaaaaaaa...

Es un gimoteo cada vez más fuerte, un coro que canta con voz cada vez más potente y resuena como el viento en el interior del conducto por el que se arrastran. Los tímpanos, el corazón y el bazo les vibran al unísono. Pero los que vienen detrás no se detienen, tratan de cumplir las órdenes, les acarician la nuca con los rayos de luz, buscan una diana.

Letyaga se detiene frente a una puerta de hierro. Algo hierva al otro lado, como si la puerta fuese la tapadera de una olla a presión y el vapor acumulado pudiera hacerla explotar en cualquier instante.

Hace fuerza con el cuerpo contra la tapadera... y es en vano. La herrumbre ha echado raíces, la sal ha inmovilizado el cerrojo en el marco de la puerta. Alguien dispara una bala, hiere al último de ellos... Saveli.

—¡Todos a la pared!

Letyaga tiende el brazo, ilumina con la linterna a la jauría que los persigue, los ciega y les dispara —¡uno dos tres!— una descarga de plomo, parece haber herido a uno de ellos. En esa especie de intestino delgado sería difícil no acertar.

Y los otros responden del mismo modo multiplicado por cien.

—¡Mierda! ¡Ayudadme! ¡¿Qué es esto?!

Se echan contra la puerta dos a la vez, tres a la vez, el hierro retiembla, cede. Saveli recibe otra bala, gimotea, y cuando los otros por fin se lo llevan por la puerta que han logrado abrir, ya no le quedan fuerzas. Van a salir directo bajo la bóveda de un túnel en el que chilla un millar de seres humanos. Aterrizan sobre sus cabezas sin herirse.

Por fin entienden los gemidos de aquellas gentes.

«¡¡¡HAMBREEEEE!!!».

Nunca, en ningún lugar, había visto Artyom a tantos seres humanos juntos. El túnel es inusitadamente amplio, una sola bóveda cubre ambas vías. Y hasta donde alcanza la vista, está lleno a rebosar.

Un mar de seres humanos. Y ese mar ruge.

Los cuatro han salido a unos cincuenta metros de la estación y se abren camino entre los cuerpos vivientes hacia allí, hacia la luz. Van arrastrando a Saveli, no han podido ver dónde le han dado las balas. Saveli se agarra al cuello del jersey de Artyom, se le acerca al oído desde su estatura de conductor de tanques y a veces le grita, a veces le susurra, y Artyom le responde por señas: «¡¿Qué estás diciendo?! ¡Todavía vas a vivir muchos años!». No pueden quedarse allí. La masa humana se mueve a veces hacia un lado, a veces hacia el otro, y en cualquier momento podría aplastarlos contra la pared o pisotearlos hasta la muerte. Y tienen que seguir adelante para perderse entre la multitud. La jauría podría perseguirlos hasta allí. Los cuerpos de aquella gente están flacos, demacrados, la piel les cuelga.

Los cuatro hombres lo sienten al abrirse paso entre ellos: la fricción de los huesos descarnados es como la de un rallador, como si la masa humana quisiera ir arrebataédoles trocitos. Artyom lo entiende: el hambre los ha hecho abandonar la Línea Roja y venir hasta aquí. Pero ¿por qué precisamente aquí?

«¡SEEETAASS!».

Es extraordinario que todavía se tengan en pie. En esas carcasas enflaquecidas no puede haber nada que se llame fuerza. Y no todos se sostienen. Una y otra vez las botas de Artyom pisan sobre blando —¿barrigas?— y tropiezan en formas duras y redondas. Lo único por lo que no pueden marcharse los vivos son las setas.

No es difícil imaginar en qué dirección irán: todas las cabezas del túnel miran hacia un único punto. Y en medio de sus gritos se oye siempre, como en una suave cadencia, la palabra Komsomolskaya.

Y los cuatro avanzan con todos los demás, a través de todos los demás, en dirección a la Komsomolskaya. No ven más que nucas. Cabezas con el pelo muy corto o rapado, grises y blancas. Como si las gentes de aquel sitio no necesitaran rostro.

Artyom se vuelve y ve que, desde el techo, una figura de negro, con el pasamontañas de la Orden, salta de pie en medio del torrente, seguido por otro. Letyaga se ha negado a cumplir las órdenes, otros no piensan hacerlo. La riada arrastra a los buzos y ellos logran bracear. Buscan a Artyom. Su objetivo es ahogarlo.

Este redobla sus esfuerzos, avanza agachado para ocultar el uniforme negro entre las espaldas oscuras, y arrastra a los demás tras de sí.

Ahora no podrían hablar. Los gritos y aullidos del mar de seres humanos no permiten oír ningún otro sonido. Tan solo les queda leerse los labios. No importa lo que se quieran decir. Al final lo único que se entiende es «setas».

Luchan por abrirse paso hasta llegar a la Komsomolskaya. A la estación radial que pertenece a los rojos.

Desde abajo, desde las vías, contemplan la gigantesca, grandiosa, terrible estación.

Se parece a la Biblioteka imeni Lenina: tiene dos pisos de alto, y su techo plano y sus columnas de estilo antiguo, que parecen sostener el firmamento con espigas de trigo estilizadas, no parecen de este mundo.

Todo lo que hay en la estación parece girar en torno a un único tema: los cereales. Un templo dedicado a las cosechas para los sin dios. Las columnas están recubiertas de mármol marrón con toques de rojo, las paredes que dan a las vías tienen baldosas como de cámara de tortura, las espigas del techo están fundidas en bronce, como espadas.

La multitud ocupa tanto el andén como las vías. Los que están abajo tratan de subir, los que están arriba tratan de no caerse. Y mientras cantan su himno monótono con voces huecas, siguen empujando hacia delante, siempre más adelante. La estación ha quedado a media luz. Los rayos de los reflectores recorren las olas blancas y desnudas, pasan por encima, como si buscaran a los supervivientes de un naufragio en las aguas turbias.

Artyom mira hacia arriba.

La Komsomolskaya tiene un segundo piso: a unos cuatro metros sobre el andén hay dos galerías paralelas a las vías. La inundación no ha llegado hasta allí. Los únicos que las ocupan son soldados del Ejército Rojo con sus fusiles de asalto. Los cañones reposan sobre la balaustrada. Así les resulta más práctico. Pero ¿hacia dónde apuntan? ¿No se les ocurrirá disparar contra la multitud?

Entre los soldados hay varios oficiales que aúllan por megáfono, pero ni

siquiera sus gritos amplificados logran hacerse oír en medio del estruendo.

Artyom y los otros trepan sobre hombros y cabezas, y también pisándose entre sí, hasta llegar al andén. El joven vuelve a mirar atrás y descubre pasamontañas negros entre la multitud. Y los de negro lo reconocen a él.

Se agacha, bañado en sudor. De pronto, todas sus heridas le recuerdan su existencia: el hombro perforado, la rodilla destrozada, la espalda en carne viva. Le murmuran: «Basta, ya basta. Párate, quédate en pie».

Más adelante se puede ver el sitio al que todos esos seres humanos quieren llegar con tanta desesperación.

En medio de la sala hay una escalera de mármol muy amplia que baja desde la galería hasta la masa humana. Al final del andén hay otras dos, pero están destrozadas y los accesos están tapiados. La del medio ya es la única por la que se puede acceder a la Línea de Circunvalación. A la Hansa. Y toda esta multitud quiere abrirse paso hasta allí.

En la escalera hay tres cordones integrados por soldados. Han reforzado las rejas con alambre de espino. En el rellano a media escalera han instalado un nido de ametralladoras provisional desde donde los militares apuntan hacia ambos lados. El camino hacia arriba está bloqueado.

«¡¡¡SEEETAAAAAS!!!», grita la estación. Parece que la línea entera aúlle.

Madres con fardos en brazos, fardos que a veces están silenciosos, a veces aún gritan. Padres con niños colgados del cuello, niños aterrorizados, con los ojos a punto de saltar de sus órbitas. Los sostienen en alto, tan alto como pueden, para que los muertos no les hagan la zancadilla, no los arrastren al suelo, al subsuelo. Todos quieren llegar a la escalera, a los escalones. Saben que mientras sigan allí no tendrán setas. Tienen que llegar a la Línea de Circunvalación. No existe ningún otro camino que los lleve a la vida.

¿Cómo es que la multitud aún no se arroja contra las ridículas barreras, que no son más que aire encerrado en tubos y alambres? Ya presionan en contra, se acercan a las espinas y a los soldados del Ejército Rojo. Estos amenazan a los hambrientos con las culatas de los fusiles, pero ni un lado ni el otro ha traspasado la línea roja.

¿Cómo ha podido reunirse una multitud tan grande en la Komsomolskaya? ¿Nadie se interpuso en su camino cuando trataban de abandonar las otras estaciones de la línea? Y si así fue, ¿qué ocurrió con los que intentaron frenarlos? En cualquier caso, no dejan de salir del túnel, trepan sin cesar sobre hombros ajenos hasta subirse al andén, se agolpan más y más. Tres, cinco, siete sobre un metro cuadrado.

En algún momento estallará la pompa de jabón que todavía separa a soldados y seres humanos. Son las últimas gotas en el vaso, los últimos

segundos... hasta que se produzca la explosión.

La presión que se siente en el aire es monstruosa, el calor parece más propio de un crisol. ¿De dónde van a sacar oxígeno los recién llegados? La respiración de los seres humanos es superficial, jadeante, y el vapor que expulsan de los pulmones cubre de niebla toda la estación.

Artyom vuelve a mirar en derredor. ¿Dónde están los rostros negros que se ocultan entre la multitud? Ahora ya más cerca. Parece que se den cuenta de inmediato de dónde tienen que buscarlo. No habrá nada que los aparte de su pista.

Ocurre algo bajo el techo.

Todos los seres humanos —¡debe de haber miles!—, todos a la vez, como por contagio, levantan los ojos hacia arriba.

Por una de las galerías transita un destacamento veloz y resuelto, guiado por la silueta de tanque de Svinolup.

Artyom siente una horrible reminiscencia de un oficio sacro que en cierta ocasión, todavía en tiempos de los Negros, celebró en la VDNKh un pope invitado de alguna parte junto con sus monaguillos. Los soldados del destacamento llevan algo en las manos. Svinolup se detiene al lado de cada uno de los tiradores de la balaustrada y le entrega el obsequio que le corresponde.

El corazón de Artyom se detiene y se hunde en un abismo. Se ha dado cuenta de qué es ese obsequio: los cartuchos que Letyaga y él mismo han entregado hace una hora. Así han empleado la ayuda humanitaria.

—¡Mira! ¡Es tu ayuda!

Artyom se aferra al hombro de Letyaga y señala hacia arriba.

—¡Mira!

Tras haberse acercado a cada uno de los tiradores y haberlos instruido a todos ellos, Svinolup desciende con los suyos al rellano donde se encuentra el nido de ametralladoras construido con sacos de arena. Sus acompañantes empiezan a proveer de cartuchos a los hombres que se encuentran allí. El comandante susurra algo a los oficiales al mando y les da palmadas en los hombros.

Abajo, el pueblo está agitado, pero cuando se da cuenta de lo que ocurre arriba, cae poco a poco en el silencio. El coro se disuelve, acobardado.

Entonces, Svinolup se levanta con fuerza para hablarle al pueblo.

—¡Camaradas! —proclama—. En nombre del gobierno de la Línea Roja, os rogamos que respetéis las leyes del Estado, y entre ellas la ley sobre la libertad de reunión. Os ruego que os disolváis.

—¡Setas! —grita alguien.

—¡Seeetaaaas! —brama la muchedumbre en su apoyo.

—¡Dejadnos pasar! —chilla una mujer, imponiéndose a los gritos de la muchedumbre—. ¡Déjanos marchar, tirano! ¡Déjanos salir!

Svinolup asiente. Parece como si estuviera de acuerdo.

—¡No tenemos ningún derecho a dejaros entrar en el territorio soberano de otro Estado! ¡Os exhorto a disolveros!

—¡Tenemos hambre! —exclama la multitud de muchas voces—. ¡Mi hijita ha muerto! ¡Sálvanos! ¡Déjanos pasar! ¡No nos tenemos en pie! ¡Me duele el vientre! ¡A mí también! ¡Comido todo! ¡Dejad! ¡Salir! ¡Libres! ¡A la Hansa! ¡Comer!

El calor y la humedad son tan fuertes que el cerebro de Artyom funciona torpemente y con lentitud. Pero se da cuenta de que a toda esa gente no la dejarán entrar en la Hansa. No se lo van a permitir jamás. A nadie. Ni a uno solo. La Hansa está informada de todo. De los emisores de interferencias. De los cartuchos. Del Reich. Del espacio vital. De los rojos. Del hambre. No dejarán pasar a esa gente.

—¡Esto es una provocación! ¡Y los que la han incitado son provocadores! —clama Svinolup con voz mecánica, y su mirada recorre la multitud poco a poco, con suma atención, como si quisiera aprenderse la cara de cada uno para pasar cuentas más tarde—. ¡Y con los provocadores somos implacables!

—¡Nos estamos muriendo! ¡Esto es nuestro fin! ¡Ya no nos quedan fuerzas! ¡Piedad! ¡Señor, apiádate de nosotros! ¡Redímenos! ¡No permitas que nos muramos de hambre! ¡Solo unas migajas! ¡Sopa aguada! ¡No es para mí, es para mi niño! ¡Hijo de puta! ¡Déjanos salir!

Y entonces, de pronto, la multitud deja de hablar con voz humana y gimotea de nuevo con un pecho colectivo, un pecho de arcilla: «¡SEEETAAAAS!».

Los últimos tratan de acercarse al puente, a la escalera, al comandante... y empujan hacia delante a los primeros. Estos jadean en su desesperación por no acabar aplastados y su jadeo sacude la estación entera, el templo de los cereales. Los seres humanos quieren subir a la escalera, al altar, como si allí les hubieran preparado pan y vino. Pero allí no hay... nada. Tan solo una mesa sacrificial... y un cuchillo.

Y entonces ocurre lo que ocurre. De pronto hace más calor y todo está más resbaladizo.

Svinolup no logra persuadirlos. No lo intenta.

«Tengo que lograrlo. No puedo abandonarlos en sus manos. Tengo que sacarlos de aquí».

¿Por qué tienen que morir todos? Podrían vivir.

«Tengo que conseguirlo».

Se mueve de aquí para allá con los demás... a veces avanza hacia las púas,

a veces retrocede. El continuo movimiento lo marea. Artyom, el pobre, ya tan solo conserva un poquito de aire. Y con ese poquito dice, primero en susurros, luego con voz cada vez más fuerte:

—¡Allí no encontraréis nada... No podéis ir a la Hansa! ¡No vayáis a la Hansa! ¡Allí no os necesitan para nada! ¡¿Lo oís?! ¡Gente! ¡No vayáis! ¡Por favor! ¡No tratéis de ir!

Casi nadie oye a Artyom, pero Svinolup sí lo oye... no está muy lejos.

—¡Exacto! ¡Allí no os espera nadie! —dice en apoyo de Artyom, en beneficio del orden—. ¡Vuestro lugar está aquí!

—¡Pero entonces, ¿adónde iremos?! ¡¿Adónde tenemos que ir?! —preguntan unas pocas personas que están cerca, enfurecidas, y su irritación, cuelas ondas sobre el agua, se expande en todas direcciones.

Artyom recuerda que no tienen ni idea de lo que ocurre.

Piensan que no hay nada más que el metro, nada más que Moscú. A todos ellos les han mentido, les han hecho creer que el mundo se abrasó, que están solos. Los retienen en esos túneles, bajo tierra, no les dicen nada sobre sus enemigos, sino que los han encerrado ahí, en el subsuelo, en la oscuridad...

—¡A la superficie! ¡Tenéis que salir a la superficie! ¡El mundo está bien! ¡No somos los únicos supervivientes! ¿Me oís? ¡No estamos solos! ¡Moscú no está sola! ¡Todavía existen otras ciudades! ¡Yo mismo lo he oído! ¡Por radio! ¡Existen! ¡Podemos marcharnos de aquí... e irnos a cualquier otro lugar en el mundo! ¡Adonde queramos! ¡Vivir donde queramos! ¡Todo está abierto! ¡El mundo entero está abierto para nosotros!

Las gentes empiezan a darse la vuelta, a buscarnos. Y entonces Artyom se da cuenta de que es el momento, de que tiene que decírselo. Es el momento de decirles que tienen que estar informados y luego elegir por sí mismos. Uno de ellos le ofrece un brazo, otro la espalda, y trepa a los hombros de otros, para que lo oigan bien.

—¡Os han engañado! ¡Las demás ciudades todavía existen... en la superficie! ¡San Petersburgo! ¡Ekaterimburgo! ¡Novosibirsk! ¡Vladivostok! ¡Todas ellas existen todavía! ¡Solo nosotros estamos aquí... vivimos aquí! ¡En la mierda de cerdo! ¡La mierda que tragamos y respiramos! ¡Allí está el sol! ¡Pero aquí tomamos pastillas! ¡Nos quedamos aquí... en la oscuridad! ¡En esta humedad abrasadora! ¡Presos! ¡Fusilados! ¡Ahorcados! ¡Y nosotros... nos saltamos los unos a los otros a la garganta y nos clavamos puñaladas en la espalda! ¡¿Y para qué?! ¡¿Por unas ideas que no son nuestras?! ¡¿Por estas estaciones?! ¡¿Por los túneles?! ¡¿Por las setas?!

—¡SEEETAAAAAS! —responde la multitud.

—¡¿A qué viene toda esta mierda?! —le masculla Letyaga desde abajo—.

¡Ahora nos van a descubrir! ¡Están aquí!

Artyom va mirando a todo el mundo con sus ojos inflamados, que están secos y arden. ¿Cómo puede explicárselo? ¿Cómo puede hacérselo entender?

Los pasamontañas negros emergen en la cercanía como boyas. Los enviados de Melnik. Lo harán caer enseguida de las espaldas ajenas. Pero ahora no puede esconderse. Esta vez tiene que decir lo que en la estación de radio no logró decirles.

Svinolup está en pie, en silencio. Aguarda. ¿Quizás ese medio muerto podrá convencer a los otros para que se aparten de la escalera? Los tiradores aguardan su orden.

—¡Morimos aquí! ¡Nos crecen bultos! ¡Bocios! ¡Todo lo que tenemos es robado! La comida se la robamos a nuestros niños. La ropa se la robamos a los muertos. ¡Nos pisoteamos en los túneles! ¡Que si los rojos, que si los pardos... todo eso no nos sirve para nada! ¡Para nada! ¡Hermanos! ¡No tiene ningún sentido! ¡Nos tragamos nuestra propia carne y nuestra propia sangre! ¡En la oscuridad! ¡No tenemos ni idea de nada! ¡Todos nos mienten! ¡Todos! ¡¿Y para qué?!

—¿Pues adónde podemos ir? —le grita alguien.

—¡A la superficie! ¡Podemos volver a salir! ¡Marcharnos! ¡Hay una salida! ¡Allí detrás! ¡En el túnel! ¡Un tragaluz! ¡Volver atrás! ¡Por allí encontraréis la libertad! ¡Por allí! ¡Trepad hasta arriba! ¡Y luego marchaos adonde queráis! ¡Vosotros mismos! ¡Vivid por vosotros mismos!

—¡Nos quiere alejar de la Hansa! —grita una voz enfurecida.

Artyom mira a las negras pupilas de los fusiles. Primero una, después otra. Lo están apuntando con la mira. Y todavía no lo ha dicho todo. Tiene que darse prisa.

—¡Moriréis aquí totalmente en vano! ¡Sin que le sirva a nadie! ¡Fuera hay todo un mundo! ¡Pero a nosotros... nos tienen aquí, bajo una tapadera! ¡Vamos a morir todos aquí y nadie se enterará de nada! ¡Esto de aquí no tiene ningún sentido! ¡Marchaos! ¡Salid de aquí! ¡Regresad!

—¡¿De dónde podremos sacar setas?!

—¡Un provocador! ¡Es un provocador! ¡Eh, no lo escuchéis!

—¡Esperad!

Artyom saluda a la multitud, y entonces alguien que se encuentra entre el gentío le dispara.

Se salva porque detecta el movimiento del brazo, y la bala que tenía que ir al pecho se queda en el hombro. Una vez más, el izquierdo. Golpea a Artyom, le hace perder el equilibrio, lo hace caer de espaldas sobre la muchedumbre. Y tan pronto como el joven calla, la multitud lo olvida todo.

—¡Seeetaas! —grita una vocecita muy débil.

—¡SEEETAAAS! —gimotea el pueblo.

En el último segundo, Letyaga consigue atraer a Artyom hacia sí, lo pone en pie y lo protege con su propio cuerpo antes de que las masas avancen.

—¡Os aviso por última vez! —ladra Svinolup, pero los que están al final ni lo oyen ni lo ven.

Artyom ve con el rabillo del ojo, como a través de un velo, que Svinolup le da una palmada en el hombro a uno de los soldados del nido de ametralladoras y sube por la escalera hasta la galería, lejos de la estación. Tiene que proseguir con su trabajo, lo aguardan tareas importantes, no podría permitirse morir. Se marcha y todo empieza sin él.

—¡Dejadnos pasar! —gritan las turbas a los soldados de la ametralladora.

Letyaga trata de arrastrar a Artyom contra la riada de los seres humanos, lejos de las barreras, de los fusiles. Se abre paso con todas las fuerzas de su cuerpo de oso, pero el torrente presiona contra ellos, quiere destrozarlos contra las alambradas y las balas que se van a disparar.

—¡Fuego!

La ametralladora dispara con gran estruendo, traza una línea como un abanico de balas que surcan el aire silbando, y siega la primera línea. Con los cartuchos de Artyom.

—¡Dios bendito! —chilla alguien—. ¡Apiádate de nosotros!

—¡Santo Dios, ten piedad! —gime otra persona, esta vez una mujer.

—¡Vamos a morir aquí! ¡Ten misericordia!

—¡Salid a la superficie! ¡A la superficie! ¡No tenéis por qué morir! ¡Salid a la libertad! —grita Artyom, pero sus palabras no se oyen en medio del «Ten misericordia», que en un instante se extiende como un torrente desbordado.

Y con esta canción de lamento, los miles de personas avanzan contra las barreras, contra la ametralladora.

—¡Ten misericooordia, oh Señor!

Nadie los dirige, y por eso cada uno dice la frase con su propia melodía. Lo que sale de todo ello es un coro horrendo, de ultratumba, del subsuelo. Los brazos que apenas tienen espacio para moverse se agitan, quieren alzarse para trazar el signo de la cruz, pero no lo consiguen. Y así, la masa entera, sin brazos, no puede hacer otra cosa que avanzar, por encima de las gentes que ya han caído, sin aprender nada de su ejemplo.

—¡Ten misericoooordia! —chilla también Lyokha, y cierra la mano sobre su propio Cristo.

Después de caer los primeros, los segundos se transforman en un blando escudo para los terceros. Letyaga con Artyom, y Lyokha con Saveli querían

volver atrás, alejarse de las ametralladoras, pero la multitud les empuja hacia adelante, inexorablemente, porque ahora es incapaz de mirar hacia atrás.

Artyom, por su parte, ha perdido el uso de un brazo y ya no puede parar a la muchedumbre.

Ahora también los fusiles de asalto, desde arriba, alzan sus voces contra las cabezas de los seres humanos, y estos se transforman en cadáveres inertes aquí y allá, pero es tal la aglomeración que ya no pueden caerse, e incluso en la muerte se mantienen en pie. Aquí la muerte no teme a nadie. Quizás anhelen el cuchillo del sacrificio para poder despojarse de una vida de la que están fatigados y tener paz. Cantan tan solo su «¡Ten misericordia!» y avanzan más y más hacia la escalera, hacia arriba, hacia el único arriba que entienden, hacia el tiroteo.

Mientras los soldados cambian el cargador de la ametralladora —y tardan tan solo unos segundos—, cien manos aferran la barricada y la rompen en pedazos. Al cabo de un instante les revientan los ojos a los soldados, despedazan al oficial del pelotón mientras todavía vive, estrangulan a los demás, y entonces todos esos, los vivos y los muertos, siguen arrastrándose, como la lava de un volcán. Ni siquiera les quitan las armas a los que acaban de matar, porque no tienen tiempo.

Los tiradores caen desde la escalera y desde las galerías sin decir nada, sin quejarse. Artyom querría volver atrás, por el túnel, hasta aquel conducto, pero no le queda otro remedio que subir por la escalera con los demás hasta la galería y continuar por el pasillo que conduce a la Hansa.

Los soldados del Ejército Rojo que el pueblo todavía no ha capturado empiezan a retirarse y piden perdón a las turbas, pero sus gritos no son lo bastante fuertes y los matan igualmente. Saveli se les escapa de las manos, desaparece y no se lo vuelve a ver. De la misma manera desaparecen varios centenares, quizá varios miles, de los miles que están allí.

Alguien tira de la manga de Artyom.

Este se vuelve. Es una mujer. Flaca, con todo el cuerpo amoratado.

—¡Joven! ¡Ya no puedo más! ¡Mi hijo...! —le grita—. ¡Lo van a aplastar! ¡Tómalo en tus brazos! ¡Sostenlo en alto! ¡Si no, lo pisotearán hasta matarlo! ¡Yo no podré hacerlo!

Artyom mira hacia abajo y ve a un niño de quizá seis años, los cabellos de color rubio pajizo, sucio, con mocos sanguinolentos bajo la nariz. Y consigue tomarlo en sus brazos y sostenerlo en alto.

—¡Está bien! ¿Adónde lo llevo? ¿Cómo te llamas?

—Kolya.

—Yo me llamo Artyom.

Kolya se abraza primero a su cuello para no caerse, pero las gentes están

demasiado agolpadas, así que acaba de subirse y se sienta sobre los hombros de Artyom. La madre de Kolya le agarra la mano. La agarra durante un rato... y luego la suelta. Artyom se da la vuelta. ¿Dónde está? La mujer está en pie en medio de la multitud porque no tiene espacio para caerse. Pero la cabeza le cuelga, una bala acaba de perforarla.

—¡Para allá! ¡Para allá! —grita el pequeño Kolya sobre sus hombros. Todavía no se ha dado cuenta de que su madre ha muerto.

Letyaga camina delante de todos ellos, ileso e inflexible. Lo sigue Artyom con Kolya. Lyokha también avanza, con las fuerzas que le presta su cruz imaginaria, y se sostiene sobre las aguas como si se agarrara a un mástil roto. No para de rezar, repite una y otra vez la única expresión que conoce. De alguna manera logran seguir todos juntos dentro del torrente que los arrastra hacia la frontera de la Hansa.

—¡Mamá! ¡Mamáaaa! ¿Dónde estás? —grita de pronto el niño. Pero ya no está en el sitio donde la había dejado.

Todos los rojos han muerto aplastados y pisoteados. En la oscuridad de los pasillos aparecen varias banderas: el círculo marrón sobre el fondo blanco.

—Salid al exterior —ruega Artyom a las gentes—. No vayáis para allí. Salid afuera.

—¡Mamá! ¡Mamáaaaaaa!

El jovencito intenta bajarse de los hombros de Artyom, saltar al torbellino para buscar a su madre. Pero Artyom sabe muy bien que el pequeño moriría pisoteado al cabo de unos instantes.

Piensa, por puro instinto, que no puede dejar solo al muchachito. Tiene que llevárselo consigo. Mientras le quede vida, tiene que llevarlo. Pero ¿cómo va a criarlo? De pronto se le ocurre que podría regresar con Anya y que podrían criar juntos a este niño que ahora se agarra con tanta fuerza a su cuerpo. Y que los tres podrían vivir juntos... ¿en la Polis? ¿En la VDNKh? Por un instante quería vivir esa vida, tan solo un instante, para ver cómo sería.

Los reflectores se encienden sobre las fortificaciones y tratan de cegar al pueblo. Pero el pueblo sabe aún a ciegas adónde tiene que ir.

—¡Setaaaaa!

—¡Esto es la frontera de un Estado! —les gritan—. ¡De la Federación de las Estaciones de la Línea de Circunvalación! ¡Vamos a abrir fuego! ¡Tiraremos a matar!

—¡Ten misericooordia!

Es el final. Han sobrevivido al ascenso por la escalera, pero ha sido en vano.

Artyom hace bajar al niño, porque sería un blanco demasiado fácil, y lo

lleva del brazo. El muchachito trata de escaparse. Y Artyom piensa: «¡Maldita sea! Bonita responsabilidad, tener que llevarlo a todas partes».

¿Cómo pudo Sukhoy... cómo pudo prestarse a acoger a Artyom y a pasar con él toda su vida? ¿Con un niño que le había llegado de una manera tan casual como ahora este? Sukhoy pudo hacerlo. Pero ¿será él capaz de hacer lo mismo?

¡Ra-ta-ta-ta-ta-ta!, tabletean las ametralladoras.

Los primeros, los más valerosos, caen. Después los segundos, los desesperados. Pero luego siguen viniendo de detrás. La tercera fila, la cuarta, la cien, la doscientos. Artyom vuelve la espalda hacia las armas para proteger a Kolya.

—Mamá —dice el niño.

—Baja la voz —le ruega Artyom.

Pasan por el lado de un cadáver que lleva la cara cubierta con un pasamontañas negro.

Es terrible asumir responsabilidades por otro, y todavía más por un niño de seis años. «Atarme a él para toda la vida... ¿cómo será?».

Kolya deja de moverse, de agitarse. Artyom baja los ojos... el niño ha muerto. Los brazos le cuelgan, las piernas se le balancean, la cabecita rubia le cuelga hacia atrás, tiene el pecho perforado. Una bala perdida, probablemente. De no ser por el crio, habría matado a Artyom.

—Hijo de puta cobarde —se dice este a sí mismo—. Capullo. Gilipollas cobarde.

Se limpia los mocos y busca un lugar donde pueda dejar el cadáver, pero no hay ninguno. Y entonces los tres se encuentran de cara frente a las fortificaciones, frente a las ametralladoras de la Hansa. Es exactamente el mismo tipo de ametralladoras que utilizan los rojos. Y lo más probable es que las balas sean las mismas. Matan igual de bien.

La boca ensangrentada del arma apunta contra los tres, pero Letyaga se acuerda a tiempo de su Vintorez y abate al tirador antes de que pueda hacer nada, y al momento una oleada se lleva por delante el nido de la ametralladora y arrastra el cadáver sobre las piedras.

Artyom sujetó el cadáver de Kolya todo el tiempo que puede, pero acaba por perderlo.

Todo está lleno de seres humanos.

Los muertos miran sin fijarse y callan. Los demás no logran hacer ni siquiera eso. Los que siguen adelante gritan. Los que ven pasar las balas de cerca suplican compasión. Los moribundos le dicen una última palabra a Dios. Y nadie escucha a nadie.

Pero de pronto empiezan a agarrarse con las manos y a avanzar en cadena

para no separarse. Unos desconocidos sujetan a Artyom, primero por un lado, luego por el otro. Manos cálidas, calientes. No aguantan mucho tiempo. Al cabo de unos pocos pasos, el hombrecillo que iba a la izquierda se desploma, y poco después el de la derecha.

Ya están pisoteando los blandos rostros de los soldados de la Hansa. La vanguardia de los hambrientos ya se ha llevado por delante la alambrada. Están a punto de llegar a la Komsomolskaya de la Línea de Circunvalación. Y entonces, de pronto, como demonios que saltaran de una caja impulsados por un muelle, aparecen por detrás varios soldados con lanzallamas.

Artyom, Letyaga y varios otros se apresuran y acaban en una sala gigantesca y lujosa. En el techo se distinguen mosaicos con imágenes alegres, y lámparas de araña que arrojan una luz inmerecida, suave, divina. Unas personitas limpias se aterrorizan y ponen el grito en el cielo al darse cuenta del súbito asalto. Y los fugitivos, los intrusos, escapan como ratas, como cucarachas, lejos de aquel palacio, donde no los vean, hacia los túneles, hacia los agujeros, lejos de aquí, antes de que los capturen.

Detrás de ellos, en los pasillos, gritan los soldados de los lanzallamas, chillan las primeras personas abrasadas, se siente el olor de la carne chamuscada y los cabellos quemados. Pero Artyom, abrazado a Letyaga y Lyokha, se adentra en la negrura del túnel, sin mirar lo que queda atrás.

En el túnel, a sus espaldas, alguien grita: «¡Quietos ahí!», y los apurados agentes de los servicios de seguridad de la Hansa atrapan y se llevan a alguien de vuelta a la Línea Roja, al hogar. La Hansa no quiere refugiados.

No hablan entre sí.

Les falta el aire.

Antes de llegar a la Kurskaya descubrieron una vía de enlace. Tras derrotar a los guardias, llegaron por ella a la Línea Arbatsko-Prokovskaya, la de color azul marino. Letyaga sabía que allí había un conducto de ventilación. Torearon al exterior y salieron a un patio entre varios chalés de paredes de ladrillo, cúpulas de las que se había desprendido el oro y oro que se había desprendido de las ventanas rotas.

Se sentaron para descansar. Sordos después de tanto grito.

Letyaga callaba, Lyokha miraba al vacío, Artyom vomitó.

Se pusieron a fumar.

—¿Y bien? ¿Qué te parece todo esto ahora? —le preguntó Artyom a Letyaga—. ¿Lo has entendido por fin?

Letyaga encogió sus hombros de oso.

—Han matado al niño. En mis brazos.

—Sí, lo he visto.

—Los han acribillado con nuestros cartuchos... —dijo Artyom—. Svinolup. Ese puerco. El comandante. Con tus cartuchos. Ha masacrado a su propia gente. Nos habían esperado a nosotros. Y luego se ha marchado sin más. Está vivo. Son muchos los cadáveres que han quedado allí. Y él vive. Y seguirá con vida.

—Yo cumplía órdenes.

—Él también. Todo eso no se le ha ocurrido a él. Los demás que estaban allí también cumplían órdenes.

—¡¿Por qué me comparas con ellos?!

—Yo *tamén quedía matad* a alguien —dijo Lyokha—. Al *cabdón* que ha tenido la idea de *haced ezo. Pada* que nadie más dé *óddenes azí*.

—Y yo que estaba tan seguro de que había muerto... Le pegué dos tiros. Habría debido perforarle la frente.

Artyom tenía el brazo izquierdo entumecido y el hombro ensangrentado, pero en aquel instante no le importaba.

—¿De qué *zidve matad* a un comandante? —intervino Lyokha—. *Comandantez* los hay a *quiloz*. *Zi mataz* a un comandante, le *daz una alegdía* a un capitán. *Tenddías que cepilladte al madiscal*.

—Aunque lo hubiese matado... ¿de qué habría servido? Habrían avanzado igualmente contra el fuego de ametralladora. Se lo he dicho pero no lo han entendido. Les he explicado que pueden salir. A la superficie. ¡Pero no escuchan! ¡No escuchan a nadie! Nunca, aunque puedan morir al cabo de un instante. ¡Les resulta más fácil avanzar contra una ametralladora que salir afuera! ¡¿Cómo podemos hacer que eso cambie?!

Letyaga se sonó la nariz ensangrentada con la mano y luego, sin darse cuenta, se la limpió en los pantalones. Después se rascó la frente.

—Que se vayan al diablo. No conseguirás que cambien de opinión. Son como un rebaño. Pero ¿adónde iré ahora? He desertado. Ya no puedo ir a ninguna parte.

Artyom lo miró. Letyaga estaba hecho a prueba de fuego. No podía arder porque no había nada en él que ardiera. Artyom hubiera querido ser igual. Poco a poco se les destaparon los oídos. Los tímpanos volvían a la normalidad.

Y se oían sonidos provenientes del subsuelo, a través de grietas, bajo tapas de alcantarillas, en las rejas de los desagües y los conductos de ventilación. Por todas partes. Lloros y chillidos, débiles, ahogados por la gruesa capa de tierra arcillosa de Moscú, que resonaban en los ángulos de conducciones rotas. Un eco.

Los seres humanos no podían escapar de allá abajo, pero sus voces sí.

Era como un parto. Moscú era como una mujer que había muerto y que en su cuerpo cada vez más rígido albergaba niños todavía vivos. Y estos querían salir al mundo y lloraban en sus entrañas. Pero Moscú ya no dejaba salir a nadie más. Apretaba su coño de hormigón y ahogaba a sus últimos niños, y estos sufrían un poco más hasta que por fin la dejaban en paz sin haber llegado a nacer.

El tabaco se había terminado.

Era de noche.

Parecía como si Moscú se hubiera sumergido en un cubo de agua sucia con el que se hubiese lavado toda la sangre de la ciudad. Pasaría la noche turbia y amanecería un turbio día, y nadie tendría noticia de lo que había pasado poco antes. Toda aquella noche quedaría borrada. ¿Quién iba a tener noticia de aquel túnel negro en el que los seres humanos se habían golpeado a ciegas con los picos? Nadie. ¿Quién se enteraría de la existencia de los emisores de interferencias? Nadie. ¿Quién sabría que unos hombres sin dios habían avanzado santiguándose contra las balas de ametralladora? ¿Para qué habían muerto? ¿Por qué motivo?

—Letyaga... dime, Letyaga, ¿esos enemigos existen? Occidente, Estados Unidos... ¿existen de verdad? Dímelo con franqueza.

Letyaga lo miró de lado, pero en la oscuridad parecía que sus ojos lo miraran directamente, de verdad.

—Tienen que existir.

—*Y pada qué quedemoz máz enemigoz?* —exclamó Lyokha—. ¡Noz laz componemoz bien zin eyoz!

—Si quisieran estar seguros, podrían arrojarnos otra bomba. Por seguridad. Si de verdad nos temieran. ¿Se te ha ocurrido alguna vez?

—No.

—Y las otras ciudades... San Petersburgo, Vladivostok, todos los poblachos... ¿por qué no los bombardean? ¿No te has parado nunca a pensar? ¿O es que las conquistaron todas hace tiempo y nosotros somos el último reducto invencible?

—¡No, no lo he pensado! ¡¿Por qué te interesa todo eso?!

—Porque en realidad no hay enemigos. Les importamos una mierda, Letyaga. A los enemigos. No le interesamos a nadie. Tú te has dado cuenta igual que yo. Durante todo el tiempo hemos querido creer que hay quien siente un gran interés por nosotros. Que somos el ombligo del mundo. Que somos los últimos, o los únicos, o los más importantes. Que aquí, entre nosotros, se decide el destino del mundo. Vaya mierda. Aquí no se decide nada. Aquí construimos

imperios, nos arrojamos contra las ametralladoras, morimos en las obras de ampliación, nos echan a los perros para alimentarios, salvamos a la humanidad y por eso estamos siempre aquí, bajo esta tapadera. Todas estas luchas, todas las víctimas, las gestas heroicas... no le sirven de nada a nadie. Esto es como un hormiguero y nosotros somos las hormigas héroes. Moriremos aquí y no servirá de nada. Y si quitamos la tapadera...

—¡Es un escudo! ¡No una tapadera! ¡Un escudo!

—Y si quitamos el escudo, no cambiará nada. De eso estoy convencido. No le servimos de nada al enemigo, Letyaga. Es el enemigo el que nos sirve a nosotros.

—Y yo estoy convencido —dijo este, apesadumbrado y furioso— de que el viejo es sincero.

—Pues entonces es un idiota —le replicó Artyom, igualmente furioso—. Es un idiota y te ha idiotizado a ti. Y yo también soy idiota, porque me dejé tomar el pelo en Balashikha. Pero ahora ya es demasiado tarde. Ahora ya no se puede hacer nada. Entonces tendría que haber aprovechado para destruir los emisores de interferencias. Y habríamos visto lo que ocurría. ¿Verdad, Saveli?

—*Dezde* luego —respondió Lyokha en nombre del stalker que había desaparecido bajo los pies de la turba.

—No habría servido de nada —replicó Letyaga, y escupió—. Hay muchos otros emisores en torno a Moscú. Y de todas maneras la gente no te habría creído.

—¡Porque les habéis llenado la cabeza de mierda durante veinte años! ¿Cómo se lo van a creer? ¿Acaso tienen alguna culpa?

—¡Yo no le he llenado la cabeza de mierda a nadie!

—Claro. Tú disparas contra todo el que no entra en tus esquemas.

—Estoy contra el enemigo. ¡Defiendo a la patria contra el enemigo! ¡Y si no hubiera ido a Balashikha a sacarte de líos, los hombres de la Hansa te habrían matado allí mismo y no habrías vuelto a piar!

—¡No fuiste tú quien me sacó de allí, sino el viejo! ¡Y no lo hizo por compasión, sino por el bien de su maldita tecnología! ¡Y por otra parte, te ha dado la orden de matarme! ¡A mí! ¡Sítuate un poco! ¿Qué relación tenemos? ¡Soy su yerno! ¡Estoy casado con su hija! ¡Y sin embargo, ha dado la orden de matarme!

—No he tirado del gatillo.

—¡Vaya, hombre, gracias!

—¡Ha sido un placer!

—¿Y por qué tendría que matarme? ¿Porque sé lo de las interferencias? ¿Porque sé que confunden las ideas de la gente? Y si no, ¿por qué? ¿Porque

entrega cartuchos a los rojos y yo tengo algo en contra? ¡Veinte mil cartuchos! ¡Veinte mil! ¡Hoy mismo te ha tocado morderlos! ¡Deja de ser tan idiota!

—Bueno, ¡¿y qué?! ¡Se los entregamos a cambio de que la guerra terminara pronto! ¡Esa era la condición que puso Moskvin!

—¡¿A eso se refería el viejo cuando decía «al precio que sea»?! ¡Que tendría que pagar! ¡Y precisamente veinte mil!

—Sí. ¿Habrías preferido que hubiéramos mandado a unos cuantos de nuestros muchachos? ¿Para que esto terminara como un segundo búnker?

Artyom apartó el rostro.

—¿Ese de abajo era Moskvin? Le he reconocido la cara. Moskvin, y el segundo debía de ser Bessolov. ¿Qué pinta Bessolov en la Hansa?

—Es un pez gordo. No tengo ni idea de cómo funciona todo el sistema.

—Mientes —le replicó Artyom, muy convencido—. Sí lo sabes. ¡¿Quién es?!

—Déjame en paz.

—El sobre venía de sus manos. Se lo envió al Führer por intermediación de nuestro viejo. Y los cartuchos para el secretario general. Él. ¿Y el viejo tiene que responder ante ese tío? ¿Ante el honorable Alexey Felixovich? ¿Para qué? ¿Por qué...? ¡¿Por unos todoterrenos de mierda?!

—Sí, ¡¿qué pasa?! ¡La Hansa vino en nuestro auxilio cuando estábamos por los suelos! ¡Cuándo te marchaste tú! Después de la historia del búnker. Agarraste a tu querida Anya y te largaste. ¿Y nosotros? ¿Cuántos quedábamos? ¿La mitad? Y esa mitad estaba muy maltrecha. Si la Hansa no llega a ayudarnos, estábamos acabados del todo. El viejo hizo lo que pudo. Nadie más se ofreció a ayudarlo. ¡¿Qué más podía hacer... sin piernas, con un solo brazo?! ¿Ahorcarse? ¿Y nosotros, qué? ¡¿Hacernos todos mercenarios?!

—¡Habría sido más honorable que lo que se hace ahora en la Orden!

—¡Que te den por culo! ¡¿Me oyes?!

—¿Tú entiendes cómo ha pagado por los todoterrenos, las armas y las gorras? ¡Con la vida de los nuestros! ¡Aquella vez la Hansa nos jodió bien, Letyashka! ¡Cuando estábamos en el búnker les pedimos ayuda! ¡Sí, se la pedimos! ¿Y vinieron? ¡No! ¡Pero nos mandaron a un puñado de gilipollas para que sustituyeran a los nuestros! ¡Porque los nuestros ya habían muerto! ¡El viejo los vendió! ¡Se los vendió a la Hansa!

—Eso... no puede ser. Algún motivo tendría.

—¡¿Y qué motivo podía tener para ordenar que me matarais?!

—¡¿Y si fueras un espía?! ¡¿Un saboteador?! ¡Querías destruir el escudo! ¡¿Y si resulta que esto es una operación contra nosotros?! ¡Quizá seas un infiltrado! Nos dijo que si tratabas de sabotear el acuerdo de paz... que si lo

ponías en peligro... entonces...

—Espía, saboteador... pero ¿al servicio de quién? ¡Puedes decirme al servicio de quién?!

—De los estadounidenses. Podrías haber contactado con ellos desde lo alto del rascacielos y...

—¡¿Y qué?! ¡Ahora voy a ayudarlos a que nos disparen otro misil?! ¡Para matar a mi propia gente, a mi mujer, a mi padrastro?! ¡Pero por favor, ¿tú eres idiota o qué?! ¡Te han vendido a ti, me han vendido a mí, a toda nuestra gente, sus almas... todo! ¡¿Lo has entendido?!

—Se han sacrificado... nada más. Y lo de los rojos... era necesario. Duro, pero necesario. Ha llegado el momento de cooperar, Artyom. Aunque sea con los rojos. Tenemos otro enemigo. Un enemigo de verdad. No es nada fácil olvidar a nuestros muchachos. Lo sé. El viejo no logra olvidarlos. Ya lo has visto. Bebe con ellos a diario.

—No bebe con ellos. ¡Se emborracha y ya está! ¡Se emborracha porque antes era un héroe y ahora solo es un trozo de carne informe! ¡Sin brazo y sin piernas! Y si de verdad se cree que la guerra contra Occidente no ha terminado...

—¡Es que no ha terminado! —le gritó de pronto Letyaga—. ¡¿No lo ves?!

—¡¿Y cómo me lo demuestras?! ¡¿Qué os ha contado ese tal Bessolov?! ¡¿Con qué te ha lavado el cerebro?! ¡Y ahora os tiene a todos agarrados por los huevos!

—¡A ti sí que te han lavado el cerebro! Siempre han estado aquí... salen por todas las grietas... ¡quieren exterminarnos!

—¡Imbécil!

Artyom se puso en pie sobre la pierna sana.

—¡No puedes demostrar nada! ¡A nadie!

—¡¿Y tú qué me has demostrado a mí?! ¡¿Si no hay ningún enemigo, qué sentido puede tener todo esto?!

—¡¿Me preguntas qué sentido tiene?!

—Sí!

—¡No tengo ni idea!

—Pues entonces déjame en paz!

Artyom reflexionó. Asintió. Y se alejó cojeando.

—¿Qué te pasa ahora? —le gritó Letyaga.

—Tienes razón —dijo Artyom sin volverse—. Esto debe de tener algún sentido. Por ahora no lo hemos encontrado. El viejo no lo ha encontrado, y Svinolup probablemente tampoco... bueno... yo ya sé a quién tengo que preguntarle.

—¡Espera! ¡Artyom! ¡Artyom!

Cuando Letyaga le dio alcance ya estaban en la plaza de la Lubyanka. Le pasó la máscara de gas.

—Póntela. Te voy acompañar.

Artyom no la rechazó. Escupió en los visores, se la probó. Le dijo a Letyaga con voz fría:

—Gracias. Ahora debo tener cuidado para no morir antes de tiempo. Se marchó cojeando de la Lubyanka. Pasó frente al teatro Bolshoy. El carro con los caballos se había precipitado al vacío y había rodado entre la fuente sin lágrimas, los hoteles, las calles de los perros, el Parlamento enmudecido y el Kremlin, que se hacía el muerto con sus estrellas apagadas y sus muros que ya no tenían ningún sentido. Tenía que estar por allí.

Se quedó quieto. Había oscurecido.

¿Cómo lo había hecho? ¿Dónde se había detenido?

La sangre aún le brotaba del hombro derecho que le habían herido ya dos veces. Parecía que Artyom tuviera una provisión infinita de ella. Pero poco a poco la pérdida se hacía notar. Se sentía débil. Y trataba de seguir siempre adelante, se esforzaba por no olvidar. Iba primero en una dirección y luego en otra.

La pálida luna apenas si le servía de nada. No podía distinguir negro sobre negro. Artyom acabó por andar a cuatro patas, por palpar la aspereza del asfalto. Encontró una bota, y el pomo de una puerta, que alguien, a saber por qué motivo, había abandonado en medio de la calle.

Lyokha y Letyaga le dieron alcance.

—¿Qué es lo que buscas?

—La respuesta —dijo Artyom, en broma, y rio con una risa ronca, como para sí mismo, para sus oídos de goma.

Y entonces la encontró.

Le guiñaba el ojo a la luz de la luna que se coló entre dos nubes que se separaron.

El revólver gris y oscuro había quedado sobre el asfalto oscuro y grisáceo. El arma con la que Svinolup llevaba a cabo sus ejecuciones. Lo cogió. Un arma pesada, enorme, malvada. Lo que Artyom necesitaba en aquel momento. Para eso había ido hasta allí. Era evidente que no podría aclarar la cuestión si no la tenía.

Iría por Bessolov le metería aquella pieza de cristal bruñido por la garganta, hasta que el hombre se viera forzado a respirar a través de ella. Y entonces no le quedaría más remedio que explicarle a Artyom por qué obligaba a todos aquellos seres humanos a vivir en el metro.

—¿Ya estás? —preguntó Lyokha.

—¿Cómo que si estoy? —dijo Artyom, mirándolo—. ¡Ahora tengo que ir a la casa de las putas!



19

QUÉ ESCRIBIREMOS

Letyaga cargó a hombros con Artyom y entró en el lugar.

Habían recorrido todo el trecho hasta la Trubnaya al aire libre porque no se habían atrevido a bajar de nuevo al metro.

Artyom tosía a menudo y tenía un sabor como a herrumbre en la boca. Mientras iba con las piernas colgando de la espalda de Letyaga, había tratado de convencerlo una y otra vez de que lo dejara caminar. Pero tan pronto como trataba de sostenerse sobre sus propias piernas se le doblaba el cuerpo. Se acercaba a su final. La llave que le daba cuerda había dejado de girar.

Pero cuando por fin llegaron a la estación Tsvetnoy Bulvar, algún resorte se disparó en su pecho y el motor arrancó. Apartó con la mano la neblina roja que

le cubría los ojos y se puso en pie. Él mismo lo sentía: ya no podría hacer mucho más. Pero había algo que sí quería hacer, porque era importante de verdad. Palpó la empuñadura de la Nagant. ¿Todo bien? La Nagant le respondió que sí.

—Llévame con Sasha, ¿me oyes, Lyokha? ¿Tú sabes dónde está?

—¡Ahhh, mida, ezte quiede una muedte bonita! ¿Quiedez eztidad la pata con la nena debaho? ¡Déjalo, mejod que antez tratemos de demendadte loz agujedoz!

—Bueno, vale. Pero solo los agujeros.

En la Tsvetnoy Bulvar sucedían cosas raras.

La estación estaba abarrotada de fascistas fugitivos. Producían una impresión lastimosa, como de perros apaleados. Los uniformes de ferroviario, todos mojados, se les pegaban al cuerpo y se habían encogido. En ese momento parecía que los hubieran cosido para una obra infantil, pero que por cualquier motivo se los hubieran puesto unos adultos que los llevaran porque no tenían más remedio. Los rostros de los que llevaban los uniformes estaban arañados y sucios, y sus botas claveteadas también se habían estropeado.

—¿Qué ha *pazado*? —preguntó Lyokha a unas putas que conocía.

—El Reich ha quedado completamente inundado. La Pushkinskaya se vino abajo. Fue culpa de los tayikos. Se encargaban de la ampliación e hicieron una chapuza. Primero fue la Pushkinskaya y luego el resto de estaciones. Están todas inundadas.

—Ah, ya, la culpa la tuvieron los tayikos... —Artyom sonrió con rabia—. Los tayikos siempre tienen la culpa de todo. Racistas de mierda...

—Sus habitantes han huido en todas direcciones. Desde la Tverskaya hasta la Mayakovskaya. Y los de la Chekhovskaya han venido hasta aquí.

—¿Y qué pasa con la guerra?

—No tenemos ni idea. Nadie sabe nada.

«Os lo tenéis bien merecido», pensó Artyom. Aunque de todos modos tenía un par de quejas que presentarle a Nuestro Señor. No le cabía ninguna duda de que alguien lo había avisado desde hacía tiempo, tal vez aquella vieja, antes de que le partieran la cabeza con la barra de hierro y Artyom tuviera que cargarla en la carretilla. Dios había calculado con un ábaco cuántos pecadores y cuántos justos había en el Reich, y en un momento determinado había decidido cerrarlo y sellarlo. Pero ¿por qué había permitido que se abriera?

¿Y qué pasaba con Homero?

Artyom se volvió hacia los ferroviarios:

—¿No conoceríais por casualidad a un viejo? Querría saber si se ha salvado. Estaba en la Chekhovskaya. Un tal Homero.

Los otros se apartaron de él, asustados.

Lo llevaron a la médica. Le encontró úlceras sangrantes entre los verdugones que le habían hecho los azotes de alambre, en línea, como si se las hubieran hecho metiéndole una lezna bajo la piel. Dijo que no podría aguantar mucho más, que necesitaba con urgencia una transfusión, pero que su especialidad eran las venéreas y que no tenía reservas de sangre ni los aparatos necesarios. Regañó a Artyom mientras le extraía las balas, le echó un mejunje fermentado en las perforaciones y luego se las vendó con un trozo de tela arrugado para que le protegiera la piel martirizada. Finalmente le dio un metamizol caducado que al instante lo hizo sentir mejor. Saveli lo había aprendido allí.

—¿Y qué voy a hacer ahora? —le preguntó Letyaga—. Tenemos que buscar a un médico adecuado, no a la Repollo Ivanovna esa. Entonces podré traspasarte una buena dosis de jugo rojo. Con intereses.

—No, ahora quiero ir con las putas —dijo Artyom tan pronto como el metamizol le hubo calmado el dolor de las heridas—. Eso ya lo arreglaremos después.

—Voy contigo —dijo Lyokha—. *Ez que yo tamién tengo bendiente una tranzfuzión.*

Letyaga hizo que no con la cabeza.

—Yo, si estuviera en tu situación, me iría a rezar, Artyom.

—Puedo pasarme sin tus sollozos —le replicó este.

—Ven, toma un par de cartuchos.

Artyom los tomó. Luego miró a los ojos desviados de Letyaga.

—¿Volverás con la Orden?

—No. El viejo no perdona a los desertores.

—¿Y si me entregas?

—Entonces me matará tu Anya —respondió Letyaga—. No sé lo que sería peor. Bueno, me marcho. Yo también tengo un caramelito por aquí. Más arriba. Si no estás bien, pásate luego.

—¿*Quierez que te agompañe?* —preguntó Lyokha.

—No, ya me sé el camino.

En efecto, se lo sabía.

Se separaron.

Artyom se marchó cojeante, desapareció entre la multitud, se volvió. ¿Se habían separado de verdad? No quería que nadie lo ayudase en una cuestión tan importante. La chusma iba y venía por la Tsvetnoy Bulvar. ¿Cuáles de esas personas serían agentes de los rojos? ¿De la Orden? ¿De la Hansa? Probablemente los habría que lo buscaban a él.

Llevaba la mano derecha todo el rato en el bolsillo. No podía permitirse

perder la Nagant.

El cuarto de Sasha estaba vacío.

No parecía que hubiera nadie. La puerta estaba cerrada.

Artyom se puso nervioso. ¿Y si Bessolov se la había llevado? ¿Y si le había ocurrido algo todavía peor?

En ángulo oblicuo se hallaba una taberna triste con varios asientos vacíos. Estaba separada del corredor por una cortina de tiras que colgaba del techo hasta el suelo. Se quedó sentado en un lugar desde donde podía observar el «negocio» de Sasha a través de las tiras sin que los transeúntes le dificultaran la visión.

Artyom vigilaba la puerta cerrada. Quería pensar en Sasha, pero sus pensamientos se iban automáticamente con Anya. «Ya lo ves: Vladivostok». ¿Por qué no le había hablado nunca de eso? Quizá se habría llevado mejor con ella si le hubiera hablado de Vladivostok.

Había a su lado dos fascistas empapados que hablaban en murmullos con las cabezas juntas. Una y otra vez miraban a Artyom con desconfianza. Este se esforzaba en vano por odiarlos. Las energías se le habían agotado en la Komsomolskaya. Para tranquilizarlos a los dos, pidió alcohol y se lo tomó después del metamizol. Trataba de no mirar la comida, pero solo con pensar en ella le entraban mareos.

—Dietmar... —oyó como un murmullo entre palabras deliberadamente confusas—. Dietmar...

Primero dudó, pero luego se decidió y les preguntó a ambos:

—¿Conocéis a Dietmar?

—¿Y tú quién eres?

—Hay un hombre que trabajaba con él... Ilya Stepanovich. Tenía que escribirle un libro. Y con él había otro. Se llamaba Homero. Es amigo mío.

—Dime quién eres tú.

—Me encargué de cumplir una misión para Dietmar —reconoció Artyom entre susurros—. En la Teatralnaya. El fascista se le acercó.

—¿Agente?

—Saboteador.

—Dietmar murió como un héroe...

—Lo sé.

—El organismo que él presidía se halla ahora bajo mi mando —explicó el otro—. Ahora trabajas para mí. Me llamo Dietrich.

Artyom lo encontró divertido. Contemplaba a Dietrich desde una atalaya bajo las nubes. Desde allí eran muchas las cosas que encontraba divertidas. Aunque no todas.

—Escúchame, amigo. —Artyom se frotó los labios con el dorso de la mano

y le enseñó a Dietrich la sangre—. Déjame morir en paz.

—¿Radiaciones? —Dietrich lo entendió enseguida y se alejó de él—. ¿Eres el stalker? ¿El que habían reclutado?

Artyom metió la mano debajo de la mesa y se acomodó el revólver para que la empuñadura no le sobresaliera del bolsillo.

—¿Has conocido a Homero?

—Entonces, ¿no te mataron en la Teatralnaya?

—Ya ves que no.

Entonces, Dietmar lo había metido en el «espacio vital» sin consultarlos con los demás.

—Bueno... si eres veterano de los nuestros...

—No grites tanto. Aquí las paredes tienen oídos.

—Están aquí. Ambos lograron escapar. Han ido a empinar el codo a un lugar cercano. Ahora están los dos bajo mi protección. ¿Quieres que te lleve con ellos?

—Sí, por favor.

«Homero vive. Gracias al cielo. Tengo que encontrarlo. ¿Me esperas, Sasha?».

Era Artyom quien contaba con poco más de una semana de vida. Homero no tenía por qué marcharse todavía. Artyom quería explicarle la verdad por lo menos a él, para que la narrase en su manuscrito. Homero tenía que escribirlo todo: lo que había pasado con las torres de radio, la fosa, los túneles, las setas y los cartuchos. Tenía que poner por escrito la historia de la Orden maldita. Y por encima de todo la santa verdad: que el mundo existía.

«Querías que te contaran una historia. Ahora ya la tienes».

Resultó que el viejo se encontraba tan solo veinte metros más allá. Bebía de mal humor junto con Ilya Stepanovich, sin brindar.

Al ver a Artyom se animó enseguida.

Estaba desgreñado. Los cabellos grises de su coronilla reflejaban la luz amarillenta de la lámpara y brillaban como un aura de santo. Se puso en pie. Todavía llevaba la gallina de Oleg bajo el brazo. Nadie le había retorcido el cuello a *Ryaba* ni la había echado a la sopa. Por el contrario: el animal de mierda había engordado tanto con la comida que le daban los fascistas que las plumas le brillaban.

Artyom se acercó al viejo y lo abrazó. ¿Cuánto hacía que no se veían? ¿Un año?

—¡Estás vivo!

—Tú también!

—¿Cómo te va la vida, viejo?

—¿A mí? Bastante bien. Ilya y yo nos hemos puesto a... trabajar. —Homero se volvió hacia el militar que acompañaba a Artyom—. Buenos días.

—¿Y qué? ¿Cómo va todo? —le preguntó Artyom a Ilya Stepanovich.

—Bien —respondió este, que no apartaba la mirada de Dietrich—. Estamos escribiendo. No nos va nada mal.

—¡Estupendo! —se alegró Artyom—. Ven, viejo amigo, vamos a estirar las piernas, ¿eh? Gracias, camarada. —Hizo un gesto con la cabeza para despedirse de Dietrich—. No lo voy a olvidar en toda mi vida.

Por supuesto que Dietrich habría tenido que espiarlos, pero al otro lado de la cortina de tiras lo aguardaban unas setas que se enfriaban y un aguardiente que se calentaba. Y por otra parte parecía que el Reich había dejado de existir.

—¡No salgáis de la estación! —ordenó con voz firme—. Nos vemos luego.

Pasaron por delante de los pequeños cuartos. Las mujeres estaban en el pasillo, alineadas como las cuentas de un collar. ¿Cómo podrían encontrar un sitio al que no llegaran las miradas ni los oídos indiscretos?

Entretanto, Artyom preguntó:

—Así pues, ¿lo del libro está saliendo bien?

—Más bien al revés. —¿Cómo es eso?

—La mujer de Ilya se ahorcó. Narine. Ilya se ha puesto a beber.

—¿Cuándo? ¿Cuándo ocurrió eso?

—Déjalo... llevamos unos días de trabajo... el Führer estaba muy pendiente de nosotros... cada día se acercaba en persona, leía y preguntaba. En realidad tengo que trabajar por los dos. Ilya me prometió que figuraría como coautor. Que mi nombre figuraría en cubierta y tal. Sería muy halagador, ¿verdad?

—Parece que sí. —Artyom se volvió hacia Homero—. ¿Y cómo es el Führer cuando lo ves de cerca?

—Bueno... pues... en la vida diaria... la verdad es que es un hombre muy normal.

—Normal —repitió Artyom—. Ya lo ves. Un hombre totalmente normal. Debe de tener un nombre vulgar como Vassily Petrovich.

—Yevgeny Petrovich —lo corrigió Homero.

—Casi acierto —dijo Artyom, y no pudo contener una sonrisa—. ¿Ya habéis llegado a la parte donde se habla de los degenerados? En el libro, quiero decir.

—No, todavía no —respondió Homero sin mirarlo—. Y, evidentemente, ahora no está nada claro que vayamos a lograrlo. Todo el mundo va a la suya. El Reich ha dejado de existir. El Führer ha desaparecido.

La gallina extendió las alas como si quisiera echarse a volar. Homero, que

ya se conocía muy bien los caprichos del animal, lo mantuvo a distancia con el brazo extendido. El cuerpo de la gallina se puso tenso y dejó caer una gota al suelo.

—¿Por lo menos te pone huevos? —preguntó Artyom.

—No. Me hace boicot —dijo el viejo con una sonrisa triste—. No importa la cantidad de cáscaras de huevo que le haga comer. El diablo sabrá lo que le pasa.

Siguieron adelante, charlaron entre fascistas frustrados y putas animadas, acompañados por ayes y ohes, por los golpes de las fustas, por el ritmo de un amor corrompido.

—Ahora ya no tienes por qué reprimir tu propia conciencia —observó Artyom. A pesar de toda su fatiga, sentía una necesidad cada vez más fuerte de contar todo—. Ahora podrás escribir tu propio libro. Como siempre habías querido.

—Mi propio libro que nadie va a imprimir.

—Depende de lo que escribas en él.

—¿Y qué es lo que voy a escribir?

Artyom tuvo la sensación de que alguien los seguía. Se volvió una vez, y otra. Le pareció que un hombrecillo desaparecía de pronto. Tal vez no siguiera a Artyom, sino que tenía que llevar a cabo sus propias transacciones. Tal vez se hubiera alejado para no molestar.

Llevó la mano a la pistola.

—¿Has encontrado a tu Sasha? —le preguntó Artyom.

—¿A mi...? No. ¿Tú...?

—Está aquí, viejo. Hace poco estaba aquí. Hablé con ella. Sobre ti.

—¿Tú sabes... sabes... dónde está?

—Sí.

—¿Está bien? ¿Dónde...? Venga, vamos a verla. ¿Y... qué hace aquí?

—¿Qué hacen las mujeres de aquí, viejo? Trabaja.

—¡No! Sasha... No me lo puedo creer.

—Mejor que te lo creas.

—¡No es cierto!

—Dime... ¿es cierto lo que me ha contado sobre Hunter? ¿Que bebe? No tenía ni idea de que os conocierais.

—¿Hunter? ¿Tú también lo conoces? ¿De qué?

—Fue él quien me mandó a mi expedición. La que emprendí contra los Negros. Para encontrar los misiles. ¿No te lo he contado? ¿Y él tampoco? ¿No era por eso por lo que bebía? ¿Por los Negros? Si no, ¿por qué se habría dedicado a beber?

—¿Eh? No lo sé. Hablamos muy poco. No lo suficiente.

—El libro que has escrito, tu manuscrito, trataba de él, ¿verdad que sí?

—No lo sé. Hunter... ¿sabes?... no es un verdadero héroe. Yo quise transformarlo en héroe. Para que inspirara a los lectores.

—¿Y cómo es que en tu libro no bebe?

—¿Cómo sabes que...?

—Ya te lo he dicho. Sasha me lo ha contado todo... ¿no me crees?

—Tengo que verla. Quiero verla una vez más. Tengo que convencerme.

—Dejémoslo para luego. Ahora ten un poco de paciencia. Parece que aquí no hay nadie... Entra. Espera, voy a controlar...

—Por lo que respecta a Hunter... ¿a quién le puede interesar la vida de un alcohólico? ¿O seguirlo? ¿No lo entiendes? Tiene que haber un mito, y el mito tiene que ser bello. Las gentes viven en la oscuridad, en la desesperación. Necesitan luz. Sin la luz se hundirán hasta mucho más abajo.

—Entiendo. Ahora escúchame tú a mí.

Artyom se inclinó hacia el viejo y empezó a susurrarle en su oreja peluda con agitación febril:

—Viejo, las gentes viven en la oscuridad porque les ocultan la luz. Occidente no ha sido aniquilado. Y Rusia tampoco lo ha sido del todo. Hay más supervivientes. Casi todo el mundo ha sobrevivido. Por supuesto que no sé cómo viven, pero... Vladivostok, tu Polyarnyie Zori, París, Estados Unidos...

—¿Qué...?

—Alguien nos lo ha estado ocultando. Con emisores de interferencias que han instalado en torno a Moscú. Torres de radio que bloquean las señales de las otras ciudades.

—¿Qué?

—Es la Hansa. Y mi Orden está informada de ello. Se ha vendido a la Hansa. Y matan a todos los que vienen de fuera. Los buscan y los matan. Y matan a todos los que quieren contactar con el mundo exterior. Por eso nadie sabe nada. Y creo que la Línea Roja ha construido unos molinos de viento para la Hansa. Están en Balashikha y se encargan de proveer de electricidad a los emisores de interferencias. Y además hay una fosa gigantesca llena de cadáveres, y unos perros se los comen, perros de cinco patas. Trabajadores y extranjeros, todos van a parar allí. La Hansa, como pago, suministra cartuchos a los rojos. O quizás no se los suministren como pago, sino porque sí, como forma de apoyo. ¡Veinte mil cartuchos! ¿Tú te lo imaginas? Para que los rojos puedan reprimir a su propia gente cuando tienen hambre y se sublevan exigiendo setas. Esos disparan sin reparos contra la multitud. Las gentes avanzan contra el fuego de las ametralladoras, exigen setas, pero los otros los siegan una y otra vez... no

quieren escuchar. Les dices: «¡Podéis salir de aquí! ¡Podéis marcharos del metro! ¡Hay vida en la superficie! ¡Marchaos!». Pero ellos solo quieren ir a la Hansa y morir bajo las balas... por eso es tan importante que lo pongas todo por escrito. Sí, y todavía falta algo. También mienten cuando dicen que tenemos que escondernos, porque estamos rodeados por nuestros enemigos y que la guerra no ha terminado. Pero eso es mentira, estoy convencido de ello. No sé por qué mienten, pero pienso averiguarlo en cuanto pueda. Mientras tanto, escribe lo que te he dicho, ¿de acuerdo? Escribe para que las gentes lo sepan. Es importante.

Homero se apartó. Se quedó mirando a Artyom como si este fuera una trampa explosiva y tuviera que desactivarla a mano. Sentía compasión, pero trataba de ocultarla, porque había comprendido que el cable que la haría detonar era invisible, y que demostrar compasión sería como pisarlo.

—¿Cómo estás? —le preguntó entonces—. Si te digo la verdad, tienes muy mala pinta.

—Nada especial —respondió Artyom—. Tal vez me quede una semana de vida. Por eso tienes que escribir, abuelo. Escríbelo todo.

—¿Qué quieras que escriba?

—Todo. Todo lo que acabo de contarte.

Homero asintió.

—Está bien.

—¿Lo has entendido todo? ¿Tengo que volver a explicártelo? Artyom se levantó sobre la pierna sana y contempló el corredor.

—No, no lo he entendido todo.

—¿Qué es lo que no has entendido?

Homero se volvió.

—Bueno... es que todo eso... era un poco raro. A decir verdad.

Artyom dio un paso hacia atrás. Contempló al viejo desde cierta distancia.

—¿No... no me crees? ¿Tú también piensas que estoy zumbado?

—Yo no he dicho eso...

—Escúchame. Ya sé que todo lo que te he contado parece un disparate. Pero es la verdad, ¿me entiendes? En cambio, todo lo que sabes sobre el metro, que no hay vida en la superficie, que por arriba no se puede ir a ninguna parte, que los rojos luchan contra la Hansa, que los de la Hansa son los buenos... todo eso... ¡sí, todo eso es mentira! Hemos vivido con esa mentira durante mucho tiempo...

—Una ciudad... puede ser... quizás dos... —Homero arrugó la frente. Se esforzaba visiblemente por creer a Artyom—. Pero ¿el mundo entero? Y lo de los emisores de interferencias... y de la Hansa...

—Da igual. Presta atención a lo que te cuento. Y luego ponlo por escrito.

Lo harás, ¿verdad? No me queda mucho tiempo, viejo. No quiero que todo esto caiga en el olvido. Esa será tu obligación, ¿me oyes? Lo he descubierto todo. Y si tú, ¡sí, tú!, no escribes todo eso en tu cuaderno... nadie se va a enterar de nada. Hoy voy a intentar... no, da igual. Es muy posible que no me salga bien. Pero tú, ¿lo entiendes?, ¡tú puedes cambiar algo! ¿Lo harás? ¿Lo pondrás por escrito?

Al viejo le temblaba la mandíbula. Acariciaba a la gallina. Esta reposaba medio dormida en su regazo.

—Aun cuando todo eso fuera cierto... ¿quién iba a imprimirla?

—¿Y qué importa eso?

—Pues que... si nadie lo imprime, ¿cómo quieras que alguien se entere?

—¡Viejo! ¿Hace falta que alguien lo imprima? Homero, el Homero de verdad, no escribió ni una sola línea. ¡Estaba ciego! Narraba sus historias. O las cantaba... y las gentes lo escuchaban.

—Es verdad... Aquel Homero, el de verdad... —asintió el viejo con una sonrisa triste—. Pues bueno. Lo voy a escribir, por supuesto; Pero antes tienes que ir al médico. ¿Qué me cuentas de no sé qué semana? Venga, vamos... ¿me llevas con ella?

—Gracias, abuelo. Más tarde te lo voy a contar todo... con mayor exactitud. En cuanto haya solucionado esa cuestión que te decía. Si quieras, incluso te lo puedo dictar. Si todo sale bien.

Homero lo seguía en silencio. Tenía algo en la punta de la lengua y hacía un esfuerzo para que no se le escapase. Pero entonces, de pronto, balbució:

—Hay... otra cosa que tenía que decirte... Escribí unos artículos para su periódico. Me obligaron. Ya me entiendes... sobre el ataque a la Schillerovskaya y...

—No tuviste ninguna otra elección —lo interrumpió Artyom.

—Sí, eso es cierto.

Regresaron.

La situación era muy distinta. Dietrich y su amigo habían terminado de comer y se habían marchado. En el cuarto de Sasha se oían gemidos. Así pues, no le había pasado nada.

—Es aquí —dijo Artyom.

Se miraron.

Y se sentaron detrás de la cortina de tiras para esperar. Cada uno contemplaba su propio vaso. Homero miraba de un lado para otro, titubeante, y

tosía. Artyom escuchaba su propio interior. ¿Qué había allí? En lo más hondo rugía el viento. Hacía girar unas palas de hierro, chirriaba, generaba energía, para que Artyom pudiera quedarse todavía un tiempo en la Tierra. ¿Dónde estáis, barcos celestes de panza blanca? ¿Hacia dónde te lleva este soplo? Artyom tomó otro sorbo de aguardiente y en el vaso quedó una nube rosada, y por dentro de Artyom se difundió una bruma tan turbia como el alcohol. Sentía todo el peso de la somnolencia. ¿Cuánto tiempo llevaba sin cerrar los ojos? ¿Veinticuatro horas?

Los gemidos tocaron a su fin. Un bruto salió del cuarto de Sasha y se abrochó los pantalones. Sonreía como un vencedor. ¿Qué se podía hacer contra aquello?

Homero se levantó y arrastró los pies hacia allí. Incluso soltó a la gallina.

—¡¿Sasha?!

—Homero... tú...

Artyom no se movió de donde estaba. No tenía nada que ver con aquella conversación. Pero no pudo evitar oírlo todo.

—Dios mío... estás aquí... tú... ¿por qué? Sashenka...

—Estoy bien.

—Yo pensaba... pensaba... que habías muerto. Te busqué por la Tulskaya...

—Perdóname.

—¿Cómo es que no me has dicho nada? ¿Por qué no me buscaste?

—¿Y tú? ¿Cómo me has encontrado?

—Yo... Artyom... ¿lo conoces? Me ha guiado hasta aquí.

—¿Está aquí?

—Tú... ¿por qué haces esto, Sasha? ¿Por qué haces... un trabajo tan sucio?

—¿Por qué sucio?

—No puedes dedicarte a esto. Es malo para ti. Ven... recoge tus cosas. Nos marchamos.

Artyom acariciaba el tambor del revólver con los dedos. Todavía no. Mañana, pasado mañana... cuando Bessolov fuera a verla. El hombre tendría que responder a un interrogatorio. Y luego, lo que fuera. ¿Todo bien? La gallina lo miraba con la cabeza ladeada.

—¿Adónde? No pienso marcharme.

—¿Cómo es eso? ¿Te retienen aquí? ¿Te tienen esclavizada? Podríamos... le pediré a alguien...

—No.

—¡No lo entiendo! Podrías ganar dinero de otras maneras... o quizás tendría que comprar tu libertad... ¿es eso?

—No, no soy esclava.

—Entonces, ¡¿qué es lo que ocurre?! No comprendo...

—Este es el lugar adecuado para mí. Mejor que me hables de tu vida. ¿Cómo estás? ¿Cómo está... Hunter?

—No lo sé. Dios mío... ¿qué significa esto? ¡¿El lugar adecuado?!

—Es el lugar donde sirvo para algo.

—¡Eso sí que es una idiotez! ¡Pero si ni siquiera tienes dieciocho años! ¿Qué estás diciendo? ¡Esto es un burdel! ¡Una cueva de ladrones! Todos esos hombres asquerosos... ¡esto no puede continuar! ¡Ven conmigo!

—No.

—¡Ven ahora mismo!

—¡Déjame en paz!

La gallina los observaba. Su preocupación por Homero era evidente. Pero Artyom no intervino. No tenía ningún derecho. Y además, ¿en qué bando estaba?

—¡No puede ser! ¡No tienes ningún derecho a hacerlo! ¡Tú no eres una prostituta!

—Como si eso fuera lo peor a lo que una se puede dedicar.

—Tú... mi pobre muchacha... te he perdido... ha sido por culpa mía...

—No tienes la culpa de nada. Y no eres mi padre.

—Yo no quería... pero ¿por qué tienes que estar aquí? ¡No hay ninguna necesidad!

—¿Esto va a durar mucho rato? Pensabas que había muerto. Pero resulta que estoy viva... ¿qué te importa ahora si soy prostituta?

—¡Tú no eres prostituta!

—Pues entonces, ¿qué soy?

Alguien se había detenido frente a la puerta abierta. La nuca rasurada y rugosa. Una chaqueta de cuero sobre los hombros. ¿Un guardaespaldas? ¿Había ido a asegurarse de que su cliente pudiera entrar? Artyom se frotó los hombros, se inclinó hacia delante, miró a derecha e izquierda. Una raya partiendo los cabellos oscuros. Ojeras prominentes. ¿Había visto a un hombre como ese entre la multitud?

—No eres una chica que por un par de cartuchos... que permita que... ¡yo recuerdo a una muchacha muy distinta!

—Sí, claro. Pero ahora soy así. ¿Y?

—¡No! ¡Es una vergüenza!

—Pues en el libro me puedes describir de otra manera. Hazme como a ti te vaya bien. ¿Te da igual lo que yo haga en la vida de verdad? ¿O cómo fuera el verdadero Hunter?

—¡¿Y eso qué tiene que ver?!

—¿Has acabado tu libro? ¿Cómo termina? ¿Qué es lo que ocurrió en la

Tulskaya?

—No entiendo por qué lo preguntas... ¡hubo una inundación!

—Un milagro. ¿Tú crees que fue un milagro?

—Todavía no es la versión definitiva.

—Pero tú explicaste un milagro en vez de una carnicería. Así pues, también podrías mejorarme a mí. Conviérteme en hada. Disculpa, pero es que tengo que atender a un cliente. Trabajo con cita previa. Como los médicos. También podrías hacer que fuera médico.

—¡No me pienso marchar!

El hombre de la nuca rugosa lo escuchó todo, escupió y se marchó. Artyom se quedó más tranquilo. Acarició a la gallina con los dedos. El animal se había amodorrado. El revólver no dormía.

La mezcla de metamizol y alcohol hizo que el antro de pecado se pusiera a dar vueltas, que se pusiera a dar vueltas el mundo entero, y también la cabeza mal sujetada de Artyom. Al fin, Homero salió, aturdido, como si le hubieran arrojado agua helada por encima y lo hubiesen torturado con descargas eléctricas.

—¿Por qué se dedica a esto?

—Vete. Vete, abuelo. Quiero hablar con ella. Luego... ya nos veremos. Podemos encontrarnos en la misma taberna donde estabais con Ilya. Lo lamento por él.

—Tú también vas a... con ella...

—Mira cómo estoy. ¿Qué te crees que puedo hacer? Quiero hablar con ella.

—Sácala de ahí, Artyom. Eres un muchacho bueno, íntegro. Llévatela contigo.

—Íntegro. De eso no cabe duda.

Llamó a la puerta. Sasha había oído su voz y no se sorprendió. Artyom entró tambaleándose.

—Hola. —¡Has vuelto! ¿Qué? ¿Llegaste a Balashikha?

—Sí.

—Tienes muy mala pinta. Siéntate. ¿Necesitas algo? ¿Agua? Ven, toma esto.

Sasha estaba asombrosamente limpia. Fresca. No le quedaba ninguna suciedad en el cuerpo. Hacía un momento que un hombre la había penetrado violentamente, se había movido sobre ella como un loco, pero a Sasha le bastaba con arreglarse el cabello y ya estaba como nueva. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo lo logran las mujeres? ¿Será que son ellas quienes sorben la vitalidad de los

hombres?

—Allí... allí hay emisores de interferencias. En Balashikha.

—¿Qué son emisores de interferencias?

—Sasha... el hombre que dices que es tu dueño... Bessolov...

—Espera... ¿qué tienes ahí? Santo Dios, eso está muy mal. Y tienes... la temperatura muy alta. Tienes fiebre.

—No te preocunes por eso. ¿Me estás escuchando? Te pregunto por Bessolov. ¿Quién es?

—Tienes una pistola.

—¿Cuándo va a volver?

—Pobre muchacho... estás empeorando, ¿no?

—¿Es él? ¿Es él ese pervertido que aquella vez te maltrató por la noche? ¿Y que también me maltrató a mí? ¿Que nos contemplaba a los dos?

—Querrás decir que nos presentó.

—Escúchame... ¿Cuándo va a venir? Quiero hablar con él. Es importante para mí.

—¿Por qué?

—Porque está en el vértice de esta pirámide. Porque lo controla todo. A los rojos, a los fascistas... incluso a Melnik. Quiero comprender qué sentido tiene todo esto. Por qué estamos todos nosotros en el metro. Cuál es el plan. Quiero que me lo diga.

—Mira... se te ha secado la costra. De las quemaduras. ¿Puedo...?

—Tú... tú me dijiste... que me lo había hecho yo mismo.

—Sí.

—¿Y por qué me lo hice? ¿Por qué?

—Hablaste con él. Con Alexey. Y entonces te quemaste a ti mismo.

—¿Yo? Quieres decir... ¿por culpa de la Orden? Entonces... quemé la divisa de mi Orden... ¿Ese hombre me habló de la Orden? ¿De lo que hacen ahora?

—¿Por fin te acuerdas?

—¿Quieres decir que tú también lo sabías todo?

—Artyom... ¿no quieras echarte? A duras penas te sostienes en pie.

El joven se recostó contra la pared.

—¿Por qué no me lo explicaste? ¿Por qué me dejaste partir hacia Balashikha?

—Tú no puedes cambiar nada, Artyom. A veces nos podemos quemar a nosotros mismos con un cigarrillo. Pero nada más.

—¡¿Tú sabías lo de los emisores de interferencias?! ¡¿Y lo del resto del mundo?!

—Sí.

—¿Cuándo va a regresar? ¡¿Cuándo?!

—No lo sé.

—¡Desde luego que lo sabes! ¡Tú misma afirmabas que sentías su presencia! ¡Dímelo!

—¿Qué quieres de él?

—Escóndeme. Por favor. Escóndeme aquí.

—De acuerdo. —Se agachó a su lado, le acarició dulcemente las sienes rapadas, el cráneo—. Ven, siéntate detrás de la cortina.

Y corrió la cortina.

Aún podía conseguirlo. Todo era posible todavía.

Contempló la tela con el estampado de florecillas. En medio de cada uno de los dibujos creía ver una nuca sin hombros, un cogote que contemplaba el campo de flores. Lo mismo eran las gentes de la Línea Roja. Vivían sin ojos para que alguien, en algún momento, pudiera pegarles un tiro en la nuca. Eran como aquel estampado.

—Por qué... —susurraba Artyom para sí mismo, con obstinación, para no dormirse—. Aunque seas el dueño... por mí, como si eres el diablo. Me lo vas a contar todo. ¿Por qué nos has... a nosotros... a los seres humanos...? ¿Por qué tenemos que estar aquí abajo? Y si no me lo dices, te pegaré un tiro en la cabeza. Con un revólver de los vuestros. Entre los ojos. Cerdo.

Y con esta cancioncilla se fue durmiendo.



20

MILAGRO

Y murió.

Toda la vida se había preguntado si después de la muerte habría algo, o si la luz se apagaría sin más. Y si una vez allí podría hablar con alguien, quizás alguien con quien pudiera volver atrás, a la infancia. A los tiempos de antes de la guerra, de cuando su madre aún vivía, en una Tierra que aún vivía. Habría sido un paraíso sin igual.

Pero el mundo del Más Allá no era así. La existencia póstuma era igual que la vida: hermética. Como mucho era más limpia y las paredes estaban pintadas con colores más vivos. Colores al óleo. Si la vida entera ya estaba pintada al óleo, entonces el paraíso y el infierno también tenían que estarlo.

Aparte de las paredes había una cama. Y otras más a su lado, perfectamente hechas y vacías. Qué raro: no era el único muerto que había ido a parar allí.

Vio una barra metálica vertical de la que colgaba una bolsa de plástico repleta de líquido. Desde esa bolsa, un tubo de plástico iba hasta su brazo y le cambiaba la sangre por un mejunje repulsivo.

Ajá. Entonces aún vivía.

Levantó la mano, cerró el puño y lo volvió a abrir. No estaba atado. Trató de mover las piernas. También las tenía libres. Apartó la colcha y contempló su propio cuerpo. Estaba en pelota picada. Le habían cerrado las perforaciones de las balas con unos emplastos de color blanco. ¿Por qué lo habían curado? Y... ¿quién?

Movió la espalda... y no sintió nada. Las heridas de los azotes estaban sanando. Entonces buscó las quemaduras sobre la piel. La costra se había desprendido y tan solo quedaban manchas rosadas.

¿Qué había sucedido?

Trató de acordarse. Las florecillas-nuca. La conversación con Sasha. Había empuñado el revólver con la mano. ¿Cómo era posible que lo hubieran acostado en una cama y le inyectaran sucedáneo de sangre?

Dejó que los pies resbalaran hasta el suelo. Sujetó la barra con la mano, como si fuera un báculo. Había perdido la costumbre de sostenerse sobre las dos piernas por igual. Tenía la cabeza embotada, los sonidos se confundían.

La habitación era de planta cuadrada. Tenía una puerta.

Agarró el báculo y el sucedáneo de sangre y anduvo torpemente hacia ella. Tiró del pomo. Estaba cerrada. Golpeó. No le respondieron.

Al otro lado de la puerta había vida, voces que se filtraban por las paredes de madera aglomerada. Música, risas... risas. ¿Quizás había llegado al paraíso y aquello era una especie de antesala? ¿Acaso tenía que desprenderse de su sangre corrupta y llenarse de sangre de ángel incolora para que lo dejassen entrar?

El pestillo de la cerradura se movió y empezó a abrirse. Lo habían oído.

Artyom pensó: «¿Con qué voy a golpear?». Pero pensó con demasiada lentitud. Ya era demasiado tarde.

Una mujer apareció en el umbral. Llevaba puesto un delantal blanco. Un delantal blanco lavado y planchado. Le sonrió.

—Bueeno. Nos tenías preocupados.

—¿Preocupados? —dijo Artyom en tono cortés—. ¿La tenía preocupada a usted?

—Por supuesto. Llevabas mucho tiempo inconsciente.

—¿Cuánto tiempo?

—Más de una semana.

—La verdad es que he dormido a gusto —dijo Artyom, al mismo tiempo que trataba de mirar por encima del hombro de la mujer para ver el pasillo—. Pero es que ahora mismo no sé lo que me corresponde hacer.

—¿Y tienes alguna prisa por hacer algo? —La mujer hacía que no con la cabeza. Era bonita. Pecas pálidas, ojos castaños rojizos, los cabellos bien peinados. Una sonrisa. Se notaba que sonreía a menudo: las arrugas de expresión la delataban.

—El médico pensaba que en una o dos semanas mi vida llegaría a su fin.

—Yo también soy médico. Y no sería tan categórica.

—¿Entonces...?

Y en ese momento otro pestillo se abrió en el pecho de Artyom: el de la esperanza.

—Vamos a ver... en mi opinión has absorbido una dosis de radiación del orden de los cinco o seis grays. ¿Cuándo? ¿Unas dos semanas antes de que te trajeran? Eso es lo que parece, a juzgar por el aspecto que presenta la sangre.

—¿Me trajeron?

—Si se hubiera actuado a tiempo y te hubieran sometido de inmediato a una terapia... entonces tendrías unas posibilidades del cincuenta por ciento. Ahora... no quiero mentirte... el tratamiento no parece dar mal resultado. Transfusiones. Por suerte disponemos de antibióticos adecuados.

Artyom arrugó la frente.

—¿Antibióticos? ¿Terapia?

—Sí, y en cuanto al resto... yo pienso que tú mismo te darás cuenta. Las úlceras se están curando. Sea como sea, no es cuestión de una semana. Lo más probable, con todo realismo, es que te recuperes. Tu organismo reacciona muy bien...

—¿De dónde han sacado los antibióticos?

—¿Disculpa? Bueno, si lo que te preocupa es que estén bien conservados, puedo asegurarte que...

—¿Dónde estoy? ¿Qué es esto? ¿La Hansa?

—¿La Hansa? ¿Te refieres a los de fuera? ¿A la Línea de Circunvalación?

—¿Los de fuera? ¿De fuera de dónde?

La apartó a un lado y salió de la habitación.

—¿Adónde quieras ir? ¡Espera! ¡Si no llevas nada encima!

Era un corredor largo y extraño. Parecía construido en un túnel. Una de las paredes era arqueada y tenía soportes metálicos. Pero no estaban devorados por la herrumbre como los del metro, sino limpios, y pintados con una pintura que parecía más propia del paraíso. Todo estaba seco y pulcro. En el techo había unas lámparas que lo iluminaban todo. ¿Qué lugar era aquel? Una estación no,

desde luego. No había estaciones como aquella.

En algún sitio, una pequeña orquesta se puso a interpretar una melodía alegre, embriagadora.

—¿Dónde estamos?

—Quedaría un poco raro si quisieras pasearte por todas partes con el culo al aire, Artyom. Será mejor que te acompañe otra vez a tu habitación...

—¿Y cómo sabes mi nombre?

—Porque figuraba en el cartelito.

—¡En el cartelito!

Y de pronto se acordó. Se acordó de la celda fascista en la que había estado dos años antes, una mañana en la que tenían que ahorcarlo. No podía dormir. Y cuando lograba conciliar el sueño durante unos minutos, su cerebro vulgar y patético le hacía creer en su propia salvación. Hunter se le aparecía, abatía a todos los enemigos y lo liberaba. No era un mal sueño. Qué rabia que tuviera que despertar.

Artyom alzó ambas manos y las contempló una vez más.

Estaba desesperado por creer en ello, en que tenía una oportunidad, en las probabilidades. Antes pensaba que había aceptado la muerte. Pero no. Tan pronto como alguien le ofrecía un poquito de vida, tan pronto como lo seducía con la posibilidad de curarse, él se lo creía.

Si aquello era un sueño, no habría problema en andar por ahí sin pantalones.

Y así fue como se puso en marcha en la dirección por donde se oían las voces.

De pronto las paredes terminaron y Artyom salió a una estancia de techo alto. Desde allí se veía la construcción entera: parecía un túnel, pero un túnel gigantesco, de unos tres pisos de altura. Una escalera ancha, con barandas de color rojo, partía de la planta baja. Una especie de bola pendía del techo, una cosa muy rara, recubierta con una especie de mosaico de espejitos cuadrados. Un reflector iluminaba la bola y esta reflejaba una multitud de manchitas de luz a su alrededor, como si hubieran sido los puntos luminosos de cientos de miras láser. La bola daba vueltas poco a poco, como un planeta, y las manchitas de luz se desplazaban por las paredes.

En lo alto se oía una música arrebatada y también risas. La pared al final de la escalera estaba cubierta por una gigantesca bandera de color rojo vivo con bordados de oro. En el centro lucía el escudo de armas: el globo terráqueo

enmarcado en una compleja filigrana, y dentro del propio globo un martillo cruzado con una hoz. Era un símbolo que conocían todos los que lo habían visto en la Línea Roja. Las divertidas manchitas de luz que arrojaba la bola de cristal también llegaban hasta allí.

¿Acaso se hallaba entre los rojos?

¿Y por qué iban a cuidarlo los rojos?

Era un sueño.

—¡Voy a tener que llamar a la guardia! —gritaba la médico a su espalda.

Artyom apoyó su báculo en el primer escalón y subió hacia la música. Sus piernas no tenían apenas fuerza, no habían recobrado su estado anterior. Hizo una breve pausa y después consiguió subir el segundo escalón.

¿Qué clase de lugar era aquel?

Poco a poco, con una mueca en el rostro, fue subiendo. Vio que al final de la escalera había una entrada en arco de medio punto, y al otro lado de esta alcanzó a divisar un techo blanco y una luz que era casi como la del día.

Y entonces vio una sala...

Una sala gigantesca. La bóveda era de un blanco cegador. Parecía que brillara por sí misma. Las arañas del techo semejaban una explosión cristalina, y el suelo era blando, un suelo alfombrado con un diseño de colores en maravillosos meandros que amenazaba con arrebatar el conocimiento a quien lo contemplara de cerca. Y por todas partes mesas, mesas, nada más que mesas. Redondas, con manteles manchados que tal vez en otro tiempo hubieran sido blancos. Sobre estos había platos con restos de comida, así como garrafas llenas hasta la mitad de un líquido de color rubí. Se veían tenedores por el suelo.

Y seres humanos aquí y allá.

Algunos de ellos se sentaban en grupo en torno a las mesas, mientras que otros, evidentemente, ya habían comido y estaban de pie. Los había que se abrazaban, que se tocaban con la frente, como había hecho Artyom con el preso moribundo en el túnel, pero aquellos no lo hacían con desesperación, sino borrachos. En otro lugar se celebraba una importante conversación. Vestían de manera extraña: no llevaban las chaquetas sobre el cuerpo desnudo, sino que se habían puesto también camisas, aunque bastante raídas. Los había que incluso llevaban corbatas como las que se veían en las fotos de antes de la guerra.

Artyom avanzó hacia ellos por la blanda alfombra, como si hubiera sido invisible, y bañó las plantas desnudas de sus pies en el prado de lana. Alguien levantó la cabeza y le lanzó una mirada turbia y sorprendida, pero no se entretuvo mucho con él y regresó a las ensaladas de colores y a los vasos que no había vaciado.

Una orquesta chapucera armaba un gran estruendo sobre un pequeño

escenario que se hallaba al otro extremo de la sala, y un tipo barrigón danzaba entre los músicos con movimientos torpes y pesados, acompañado por el torpe aplauso de las mesas cercanas.

—¿Artyom?

El joven se detuvo. Alguien se había fijado en él.

—Siéntate. No seas tímido... aunque... no parece que lo seas.

Era un hombre que lo miraba sonriente. Sus cabellos oscuros estaban húmedos y partidos hacia ambos lados por una raya, y tenía grandes ojeras, mirada de persona algo achispada, los botones de la camisa ya desabrochados. Se sentaba frente a un gordo de calvicie avanzada, mejillas enrojecidas, con hipo.

—¿Alexey... Felixovich?

—¡Anda! ¿Te acuerdas de mí?

—Lo buscaba a usted.

—¡Y mira por dónde, me has encontrado! Artyom, te presento a Gennadi Nikitich. Gennadi Nikitich, te presento a Artyom.

—¡*Mushhho* gusto! —farfulló el gordo.

No fue hasta ese momento cuando Artyom cayó en la cuenta de que iba completamente desnudo. Solo entonces se le ocurrió que tal vez no fuera un sueño. Que todo lo que veía era de una idiotez insufrible, pero que en el sueño no podemos pensar que soñamos y que más adelante nos despertaremos, porque entonces nos despertamos de inmediato.

Se sentó con el trasero desnudo sobre una silla forrada de terciopelo y se cubrió con una servilleta.

En su situación, ¿cómo podría interrogar a Bessolov? ¿Dónde tenía el revólver? ¿Cómo podría amenazarlo para que le dijese la verdad? ¿Con uno de los cuchillos que había sobre la mesa?

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —preguntó, para no tener que reconocer que lo había tomado todo por un sueño.

—Me convenció tu amiga. Nuestra amiga común.

—¿Quién...? ¿Sasha?

—Sí, Sasha. Me lo suplicó bañada en lágrimas. Y soy de naturaleza sensible. Además, eres un tío curioso. Sí, ya tuvimos una conversación muy interesante... podríamos decir que somos hermanos de leche. Y así, mi corazón se ablandó. Te saqué de la cloaca. ¿Te acuerdas de algo? Aquella otra vez tenías demasiados gusanos en el cuerpo. Estabas trastornado. Sin embargo, hiciste todo lo que se te mandó.

—¡Crráneoprrivilegiado!

Artyom se tapó todavía mejor con la servilleta. De pronto se sentía muy

desnudo, sentía que su desnudez era vergonzosa, penosa. ¿Sasha había persuadido a aquella sanguijuela para que lo rescatara? ¿Lo habían curado porque Sasha se lo había suplicado?

—No lo quiero. ¡No necesito tus agasajos!

—Eso ya me lo conozco. ¡La otra vez te resististe igual! Cuando estabas drogado de gusanos. Tenías planes para hacer triunfar la justicia en todo el mundo. Recuerdo sobre todo cuando hablamos de tu amigo Melnik. Necesitaste dos de mis cigarrillos para quemarte el tatuaje. ¿De verdad que aún no recuerdas nada?

—¿Dónde estamos? ¿Dónde estoy ahora?

—¿Que dónde estamos? En el búnker. No, no en el búnker donde brillasteis como héroes. No me pongas esos ojos. ¿Tú sabes cuántos búnkeres existen en el subsuelo moscovita? Nosotros nos buscamos una variante más sólida. La renovamos de acuerdo con los estándares europeos. Los otros... ni fu ni fa. A veces entra agua, a veces es posible sacarla, y las puertas se oxidan.

—¡Esssveddadddd!

La médica se acercaba acompañada por unos guardias. Estos llevaban verdaderas casacas de uniforme, como si acabaran de llegar del desfile. Venían dispuestos a llevarse con ellos a Artyom.

—¿No querréis llevároslo ahora? —dijo Bessolov, visiblemente disgustado

—. Aquí no se puede ni charlar en paz. Seguro que tiene muchas preguntas.

La médica asintió y tomó distancia.

—¿Sasha me ha traído hasta aquí? Desnudo y sin fuerzas. ¿Lo había salvado?

—Por supuesto. Me dijo: «Este muchacho ha absorbido mucha radiación. Ha absorbido mucha radiación porque él solo, sin la ayuda de nadie, ha descubierto vuestro terrible secreto. Porque tenía un gran empeño en salir a la superficie y finalmente lo ha logrado. Si hasta logró asaltar la estación de radio de Balashikha. ¡Desconectó los emisores de interferencias! ¡Habló al pueblo! ¡Es un héroe! ¡Un tío estupendo!».

—¿Ella... te ha contado lo que ocurrió?

—¿Sasha lo había traicionado? ¿Lo había delatado?

—Ella... y mis propias fuentes. Tengo que decir que siempre te había minusvalorado. No parecías capaz de decir una frase entera. ¿Sabes?, hay algo que me gusta: charlar con personas simples. Explicarles un poco cómo funciona de verdad el mundo, oler el humo que de pronto les empieza a salir del cerebro. Muchas de las personas que están aquí se pasan muchos años sin asomarse al metro, pero yo soy un tío curioso. Y además, mis obligaciones me obligan a moverme entre las gentes, por supuesto.

—¡Esssuntiogrrandde! —exclamaba el gordo.

—¿Dónde estamos... en Moscú?

—Desde luego.

—¿En un búnker? Pero... ¿por qué es todo tan extraño? ¿Cómo es que hay banderas soviéticas por todas partes? No lo entiendo... ¿acaso la Línea Roja controla a la Hansa? ¿O es al revés?

—¿Qué importa eso?

—¿Qué?

Artyom arrugó la frente. Tuvo una sensación como si la sala de paredes blancas se le escapara hacia un lado, hacia arriba.

—¿En qué se diferencian la Línea Roja y la Hansa? —Bessolov sonreía con despreocupación—. O si no, dime diez diferencias entre los rojos y los fascistas.

—No entiendo.

—Eso está bien. Porque estoy dispuesto a aclarártelo. Ven, vamos a dar un paseo. Pero convendría que no lo hicieras sin pantalones. ¡Eh! ¡Usted!

Un camarero con pajarita se acercó enseguida. Era un hombre de cabellos canosos, con bigote. Bessolov le ordenó que se quitara los pantalones y la camisa y se los entregara al invitado. Artyom exigió que le devolvieran su propia ropa y le respondieron que la habían quemado. Y se metió dentro de la ropa blanca y negra, pajarita incluida. El camarero se quedó en posición de firme. Tan solo se notaba un temblor en su barriguita cubierta de vello gris. La médica le quitó la sonda por donde le entraba la sangre de ángel y le cubrió el agujero de la mano con un emplasto.

Alexey Felixovich se puso en pie y se limpió los labios con una servilleta. Después abandonaron la mesa.

—¡Hasshidouñgrañplashherr! —dijo el gordo a modo de despedida.

Buscaron un camino entre todas las gentes ahítas y adormiladas que tomaban parte en el banquete y saludaron por el camino a Kondat Vladimirych, Iván Ivanych, Andrey Oganessovich, y otros.

—¿Quién era ese? ¿Quién es toda esta gente?

—¡Gentes maravillosas! —le aseguró Bessolov—. ¡Las mejores!

Se marcharon por la escalera.

—Vamos a ver...

Alexey Felixovich movió el brazo como para abarcar la sala entera.

—Me habías preguntado por la simbología soviética. Te voy a responder. Aquí, antes del gran desastre, se hallaba el Museo de la Guerra Fría de Moscú. Un museo privado. Pero lo crearon en el interior de lo que había sido un verdadero búnker del gobierno en los tiempos de la Guerra Fría. Entonces estas instalaciones eran secretas. En algún momento lo privatizaron, no sé muy bien

cómo, durante los salvajes noventa. Qué más da. En aquel momento ya se había inundado, todo estaba abandonado y descuidado. Porque en aquellos años pensábamos que los búnkeres de este tipo no se utilizarían jamás. Entonces, los nuevos dueños lo reformaron de acuerdo con su gusto nostálgico: con banderas, estrellas rojas, hozes y martillos, todo en ese estilo. Un local que evocaba la URSS, pero al estilo de los años del capitalismo. En cualquier caso, la renovación fue una maravilla. Les estamos muy agradecidos por ello. Podríamos decir que sacaron el estiércol de los establos de Augías. Montaron una exposición con algunos artefactos históricos que podían tener algún interés y organizaron visitas guiadas para turistas extranjeros. Pero empezó la tercera guerra mundial y entonces nos acordamos del objetivo original de estas instalaciones, y quedó muy claro quiénes eran sus verdaderos propietarios y quiénes habían sido tan solo unos arrendatarios. El que viene aquí, por supuesto, ya no quiere marcharse a los verdaderos búnkeres secretos. Una propiedad privada siempre es una propiedad privada. Y por supuesto, todo este estilo majestuoso deja sin aliento. Todo el que ve esta bandera se acuerda al instante de lo grande que fue nuestra tierra, y que en otro tiempo inspiró temor al mundo entero. Por eso no hemos tocado nada. Estilo, patriotismo y confort. Todo a la vez.

Las manchas de luz que proyectaba la bola le hacían cosquillas a la bandera roja y jugaban con el escudo de armas.

—¡Pero si ayer mismo, en la estación Komsomolskaya... la Línea Roja ametralló a una multitud bajo esa bandera! Bueno, hará una semana... tuve un niño en mis brazos... no era mío, pero...

—Bueno, ¿y qué?, si se me permite la pregunta. Nosotros no tuvimos nada que ver.

—¡Pero obligasteis a Melnik a entregarles cartuchos! ¡Vosotros, la Hansa! ¡Allí, en la Komsomolskaya! ¡Se los entregamos a Moskvin!

Por fin, Artyom tenía claro que estaba despierto.

—En primer lugar: no somos la Hansa. Y en segundo lugar: no hemos obligado a nadie. Los cartuchos son nuestros. La Orden no es más que una especie de agencia de cobros y pagos. Moskvin tenía derecho a una indemnización por los daños que había provocado el Reich. Lo que hagan después con los cartuchos es responsabilidad suya. En cualquier caso, hemos detenido la guerra. Tengo que decir que el responsable de su estallido no fue el sistema tomado como un todo, sino las iniciativas de unos idiotas en los cuadros de mando intermedios. Igual que ocurrió cuando vuestro heroico búnker. ¿Habrías preferido una guerra civil?

—Utilizaron esos cartuchos para matar a un montón de personas en la

Komsomolskaya! ¡Los masacraron sin más! ¡¿Y tú quieres meterme miedo con una guerra?! ¡La gente pasaba tanta hambre que se lanzó contra el fuego de ametralladoras por su propia voluntad! ¡¿Tú eres capaz de imaginarte lo que eso significa?! ¡¿Lo que es?!

Bessolov no le respondía. Calló hasta que hubieron llegado al pie de la escalera.

—¿Y qué quieres que hagamos nosotros? Durante todo este tiempo hemos buscado un remedio contra la podredumbre de las setas. Hemos probado los pesticidas. Pero tenemos que hacer frente a ciertos procesos naturales. A lo que podríamos llamar la ecología del metro. Yo creo que podemos verlo como una especie de mecanismo para la autorregulación de la población.

—¡Pero mientras tanto vosotros os llenáis la barriga!

—Es cierto que podríamos dar esa impresión —reconoció Bessolov—. Pero no me dirás que los diez mil de la Polis no se la llenan también, o Moskvin, o Melnik. Dale al César lo que es del César. Qué bonita frase. Las conservas del Gochran no alcanzan para todos. Así es como funciona el mundo. Puedo salir y compartir la comida que me sobra con una pobre muchacha hambrienta, y no cambiará nada. La comida que me sobra no son los peces de Jesucristo. Y sin embargo, salgo una y otra vez y le doy comida a la pobre muchacha hambrienta. Pero eso no cambia nada.

—¡Porque vuestra Hansa no es mejor que el Reich!

—Ya te he dicho que, en realidad, la Hansa es lo mismo que el Reich.

—¿Disculpa?

—Ven, sígueme.

Artyom lo siguió cojeando.

Una vez abajo giraron hacia la derecha. Una estrella roja y brillante destellaba sobre ellos y se leía, en letras purpúreas: «Búnker-42». Era obvio que tenían electricidad suficiente para hacer funcionar todo aquello. Ese punto era importante.

Llegaron al final de un pasillo y entraron en un bar vacío. La barra estaba iluminada por un Kalashnikov de tubos de neón. No había camarero, pero si botellas a disposición. Bessolov agarró una que tenía una etiqueta en lengua no rusa, extrajo con los dientes un corcho quebradizo, y se sirvió. Se la pasó a Artyom, pero este, asqueado, la rechazó.

—Ahora vamos a ver el Museo de la Guerra Fría —dijo Bessolov, y entró por un pasillo angosto.

Chapa de acero sujetada con remaches cuadrados.

Entraron en una sala. En una de las paredes había una imagen antigua iluminada. Una sombra gigantesca de color frambuesa, grande como la mitad del

mundo, con las iniciales rusas de la URSS. Miniestados europeos de color gris, muy apretujados, donde se agolpaban los contornos troquelados de misiles y de aviones con alas enormes. En un rincón había un maniquí pálido, vestido con un uniforme de verano viejo y sin sentido. Vigilaba una bomba gruesa, gigantesca, pintada de gris.

—Es un museo magnífico... Eso es una reproducción de la primera bomba atómica que se diseñó y se construyó en la Unión Soviética.

En el extremo anterior de la bomba había una pequeña campana de cristal, como si por allí hubiera sido posible mirar al interior del infierno. Pero, por supuesto, no se veía nada. Tan solo un pequeño dispositivo con indicadores.

Artyom no prestó atención a la bomba. Su mirada no podía apartarse del gigantesco mapa de Europa.

—Lo habéis hecho vosotros, ¿verdad? Los emisores de interferencias son vuestros. Solo por eso quería encontrarte. ¿Por qué todo esto? ¡¿Por qué estamos atrapados aquí abajo, en el metro?! Si el mundo entero ha sobrevivido...

—Oye, ¿tú tienes claro que haya sobrevivido? —El sorprendido Bessolov enarcó las cejas—. Bueno, está bien. Ha sobrevivido. Ya puedes volver a callarte la boca.

—¡Todos esos misiles... los aviones que figuran en el mapa...! ¿Verdad que todo eso es antiguo? ¡Aquí todavía aparece la URSS! ¿Cuántos años tiene este mapa? ¿Cien? Todos esos enemigos han dejado de existir, ¿verdad? Los enemigos que tanto teme Melnik. De los que, según dicen, tienen que protegernos los emisores de interferencias. ¡La guerra terminó! ¡Ya terminó entonces! ¡¿No es verdad?!

—Todo eso es muy subjetivo, Artyom. Para ciertas personas no terminará nunca.

—¡Los otros, Occidente, ya no quieren hacernos nada! ¿No es verdad? ¡Si es por mí, puedes irle con ese cuento a Melnik!

—Cada uno cree lo que quiere.

—Pero ¿cómo es que habéis plantado esos emisores de interferencias? ¡Disparáis contra los que vienen de otras ciudades! ¡Fingís que las bombas han destruido el resto del mundo! ¿Por qué...? ¡Que somos los únicos! ¡¿Por qué tenemos que estar todavía en el metro?!

De pronto, Alexey Felixovich se había desvestido de su frivolidad, como una culebra que se desprende de su piel.

—Porque si saliéramos del metro dejaríamos de ser un solo pueblo. Ya no seríamos una gran nación.

—¡¿Cómo?!

—Voy a tratar de explicártelo. Pero deja de gritarme. Escúchame bien. Por

cierto, te aclaro que las estaciones de radio no son nuestras. Son antiguas, quizá de tiempos soviéticos. ¡Un trabajo de gran calidad! Un empresario las alquiló durante los noventa para retransmitir música. Durante un tiempo.

El traje del viejo camarero le quedaba holgado a Artyom, como un saco. Un guardaespaldas carraspeó detrás de ellos para hacerse notar. Alexey Felixovich se sacó del bolsillo de la pechera un pañuelo adornado con sus iniciales y lo empleó para sacarle el polvo a la bomba.

—Pero empecemos por esta maravilla.

—¿De qué sirve eso?

Artyom sentía la repugnancia crecer en su interior. Era como si Bessolov hubiera besado en la boca a una calavera.

—Te lo ruego... cada uno tiene que conocer sus propias raíces —respondió el otro, y se volvió sonriente hacia Artyom—. Es por eso por lo que no tocamos nada de lo que hay aquí. ¡Esta bomba es la madre primordial de nuestra soberanía!

Alexey Felixovich acarició su enorme panza.

—Solo con ella podíamos defendemos de los ataques de Occidente. Y proteger nuestro singular orden. Nuestra civilización. ¡Si nuestros científicos no la hubiesen construido, Occidente habría puesto de rodillas a nuestro país tras la segunda guerra mundial! Y entonces...

—Para que así en la tercera guerra mundial nos pudieran...

—¿En la tercera? —lo interrumpió Alexey Felixovich—. En la tercera aceptamos apuestas demasiado altas. Nos dejamos engañar por las verdades de la televisión. El hombre padece una tendencia muy arraigada a sustituir la realidad por sus ilusiones. Y a vivir en un mundo totalmente ficticio. En principio se trata de una propiedad útil. Así, por ejemplo, el metro entero vive estupendamente bien dentro de un sistema de coordenadas ficticio.

—¡¿Que el metro entero vive estupendamente bien?! —exclamó Artyom.

—Lo que quiero decir es que todo funciona. Todo el mundo cumple apasionadamente su papel. Los de la Línea Roja se creen que están en guerra contra la Hansa y los fascistas. Los del Reich se creen que luchan contra los rojos y los degenerados. Y los de la Hansa les dicen a sus niños que vendrá Moskvin si no se portan bien y denuncian a sus vecinos como espías rojos. ¡Como si todo eso existiera!

—¿Como si...? ¡Pero si yo mismo he...! —Artyom tuvo la sensación de que dentro de aquel museo le faltaba el aire—. Yo estuve en el túnel entre la Pushkinskaya y la Kuznetsky Most. Donde los rojos enviaron a sus presos contra los fascistas. Docenas... de seres humanos se mataron entre sí... con picos para cavar. Y cuchillos. Y barras de hierro. ¡Y todo eso ocurrió de verdad, ¿lo

entiendes, cabrón?! ¡Todo eso ocurrió de verdad!

—Vaya, lo siento. ¿Y qué me demuestras con eso? ¿Quién murió allí? ¿Los rojos? ¿Los fascistas? No. Tan solo cierto número de individuos con defectos genéticos por una parte, y parásitos y bocazas por la otra. Un conflicto orientado. Y si lo contemplas desde la distancia, tiene una cierta función higiénica. Como si nuestro sistema fuera un organismo viviente... las células que le dificultan la supervivencia mueren y son desechadas. Pero te lo repito: esa guerra no la empezamos nosotros. Los cuadros intermedios del Ejército del Reich quisieron destacarse frente a sus líderes y atacaron la Línea Roja. Sin darse cuenta de que, en realidad, ni la Línea Roja ni el Reich existen.

—¿Qué significa eso?

—¡A ver, claro que existen! Como denominaciones, existen. Para el ser humano es muy importante identificarse de algún modo. Encontrar validez en algo. Luchar contra alguien. Nosotros no impedimos que lo haga. ¡Al fin y al cabo, esto no es un Estado totalitario! Le ofrecemos un amplio surtido. Si lo que quieras es matar degenerados, únete a la Legión de Hierro. Si sueñas en comer sin coste alguno y vivir en el colectivismo, márchate a la Línea Roja. ¿Que no crees en nada y quieras dedicarte a los negocios? Pues entonces, emigra a la Hansa. ¿Y si eres un intelectual? Puedes soñar en la Ciudad Esmeralda y calentar un asiento en la Polis. Es un sistema práctico. Aquella otra vez, en la Tsvetnoy Bulvar, traté de hacértelo entender. ¿Qué quieras ir a buscar a la superficie? También podemos tener libertad aquí abajo. ¿Qué se te ha perdido allí arriba?

Alexey Felixovich se detuvo en la puerta de salida, echó una última mirada a la habitación donde se hallaba la bomba y apagó la luz. Durante todo ese rato, Artyom había buscado una respuesta.

—Entonces, ¿no pertenecéis a la Hansa? ¿Todo esto de aquí no pertenece a la Hansa?

—¿De qué Hansa me hablas? —Bessolov negó con la cabeza—. Te lo voy a decir bien claro: la Hansa no existe. ¿Lo entiendes? La Línea de Circunvalación sí existe, y existen seres humanos que creen vivir en la Hansa.

—¿Pues entonces de dónde sois?

—¡De aquí! —Alexey Felixovich elevó la mirada a la bóveda que coronaba los segmentos de túnel—. De aquí. O todavía mejor: de allí. Sígueme.

Llegaron a una pequeña habitación con el suelo recubierto de parquet, una mesa y una lámpara verde encendida. El vigilante, en uniforme de oficial, se puso en pie y saludó. ¿Una antesala? Una escalera mecánica conducía a la entreplanta. Una reproducción de otros tiempos. Una sala que parecía sacada de otro período. No los oropeles de principios de siglo, sino una época lejana que no parecía que hubiera tenido lugar en el mundo real.

Subieron por la escalera y abrieron la puerta.

Un despacho. Vitrinas llenas de libros. Una tarima ocupaba la mitad del espacio. Sobre esta, en un rincón, una típica mesa de funcionario, como la que podrían ocupar Svinolup y Melnik.

Había alguien sentado a la mesa.

Inmóvil.

Echado hacia atrás. Con la vista fija en el techo. Sus ojos brillaban como el plástico.

En casaca militar, estrellas de oro al hombro. Un bigote negro. Los cabellos peinados hacia atrás.

—Es...

—Yosif Vissarionovich. Qué maravilla, ¿verdad?

—¿Stalin?

—Una figura de cera de Stalin a tamaño natural. Puedes gozar con su contemplación.

Artyom, totalmente extraviado en aquel sueño, subió a la tarima.

Stalin apoyaba sobre la mesa sus manos sin huesos. De uno de los puños de cera sobresalía un bolígrafo, como si aquel muñeco líder se dispusiese a firmar una orden.

La otra mano estaba plana, con los dedos extendidos hacia delante. La eterna sonrisa que se asomaba bajo el mostacho parecía cortada a cuchillo. A su lado había unas rosas que no se marchitarían jamás.

Artyom no pudo contenerse y tocó la nariz de Stalin. A Stalin le daba igual. Le daba igual haber muerto y resucitado, le daba igual ser una figura de cera, le daba igual haber vuelto a que el mundo quedara cubierto de escombros y cenizas, le daba igual que le trajeran flores y que le hicieran cosquillas en la nariz. Stalin estaba de un excelente humor. Stalin tenía siempre razón.

—Parece que sea de verdad, ¿no? —dijo Bessolov.

—¿También estaba... en el museo? ¿Formaba parte de la exposición?

Artyom se acercó a una de las vitrinas, quitó algo de polvo del cristal con el dedo y miró los estantes. En todos ellos había el mismo libro, reproducido hasta la locura. En el lomo de cada uno decía: «Y. V. Stalin. Obras Completas. Vol. 1».

—¿Qué significa esto? —Artyom se volvió hacia Bessolov—. ¿Qué disparate es este?

—Cuando esto todavía era un búnker de verdad, había aquí un despacho reservado a Stalin. De todos modos, las guías de viaje dicen que Yosif Vissarionovich no llegó a venir nunca. Murió antes de que el búnker empezase a funcionar. Esta figura de cera y todo el despacho los hicieron para los turistas occidentales. Cuando nos adueñamos de este búnker, Stalin ya estaba aquí. Y lo

hemos dejado todo tal como lo encontramos. ¡Los pueblos tienen que respetar su propia historia!

El propio Alexey Felixovich subió a la tarima, se acercó a Stalin y se sentó sobre la mesa con las piernas colgando.

—¡Esto es nuestra herencia! Él está aquí, y nosotros también. Él ordenó construir este búnker para nosotros. Pensó en nosotros. Un gran líder. Artyom había visto el rostro bigotudo de Stalin en los retratos de la Línea Roja, pero no lo había tenido nunca enfrente. ¿Qué había sentido al tocarle la nariz al gran líder?

Cera.

—¿De qué herencia me hablas? A mí me parece que esa herencia le correspondería a la Línea Roja.

—¡Pero por favor, Artyom! —exclamó Bessolov, indignado—. Bueno, tendré que volver a explicártelo: la Línea Roja, la Hansa, el Reich... no son más que marionetas. Por supuesto que actúan como si fueran independientes, como si hubiera una competición, una lucha. Se hacen la guerra sin saber por qué.

—¡¿Y quiénes sois vosotros?!

Alexey Felixovich le replicó con una sonrisa satisfecha.

—El sistema multipartidista tiene un funcionamiento elegante. Como el de una hidra. Búscate la cabeza que más te guste y lucha contra las otras cabezas. Imagínate que la cabeza del enemigo es el dragón. Derrótalo. Pero ¿qué pasa con el corazón?

Bessolov acarició la mesa con la mano y echó una larga mirada a su alrededor.

—Esto es el corazón. No lo ves, no sabes nada de él. Y si no te lo hubiera mostrado, te pasarías toda la vida luchando contra la cabeza. Si no contra la Línea Roja, entonces contra la Hansa.

Artyom perdió los estribos y se encaró con Bessolov.

—¿Y no te preocupa habérmelo enseñado?

Bessolov no retrocedió, no dio un paso a un lado. No sentía ningún miedo de Artyom.

Como si no fuera él quien se le aparecía en sueños a Artyom, sino Artyom quien se le aparecía a él.

—Márchate, y cuéntale a quien sea que has estado aquí. Como si quisieras contárselo a tu querido Melnik. ¿Sabes lo que vas a ganar con ello? Te dirá que has perdido el juicio.

Artyom tragó saliva. ¿También le había hablado de eso cuando estaba drogado?

—¿Nunca ha estado aquí?

—Claro que no. ¿Para qué íbamos a permitirles que entraran aquí? Esto es un templo. El santo de los santos.

—¿Y yo...?

—Tú... tú eres un necio, un simple. El templo se abre a los que son simples en Cristo. A ellos se les enseñan también los milagros.

Y entonces, de pronto, Artyom encajó las piezas.

—Los Observadores Invisibles.

—¡Más alto!

—Los Observadores Invisibles.

—¡Anda! No eras un caso perdido, después de todo.

—Pero si solo es un cuento... un mito... igual que la Ciudad Esmeralda.

—Exacto —corrobó Bessolov—. Una historia. Un cuento.

—¡El Estado se vino abajo! No aguantó ni un mes. Entonces se hizo el caos. Y lo que vino después... lo conoce todo el mundo. Hasta los niños lo saben. Nadie nos dirige. Estamos solos. ¡Los Observadores Invisibles son un mito!

—¿Y cómo es que todo el mundo sabe que son un mito? Porque nosotros se lo hemos explicado. ¿Lo entiendes? Te hemos entregado el concepto fijado y completo, para que nos clasifiques. Es verdad que tú, alma sencilla, no piensas con el cerebro, sino con el corazón. Necesitas imágenes. Pero no importa, yo mismo te proporcionará unos cuantos clichés. ¡Sírvete con toda tranquilidad! ¿Los Observadores Invisibles? ¡Claro, ahí están! Por un lado no crees en mí, faltaría más, pero por el otro parece que lo sepas todo sobre mí. ¡Por los rumores! Funcionan mejor que la televisión.

—Pero vosotros... los antiguos líderes... el gobierno, el presidente... ¿es verdad que os evacuaron a los Urales? La dirección del Estado se descompuso... el Estado...

—¡Hazme el favor de pensar! ¿Para qué habríamos querido arrastrarnos hasta los Urales? ¿Qué habríamos podido hacer en un búnker en el fin del mundo? ¿Clamar desde nuestro agujero solitario? ¿Qué habríamos hecho allí... devorarnos entre nosotros?

—Adónde habríamos ido sin vosotros? ¡Nuestro lugar está con el pueblo!

Estiró brazos y piernas. En aquel momento parecía un gato satisfecho.

—¿Y dónde habéis estado todo este tiempo, mientras los demás comíamos mierda? ¿Mientras nos saltábamos a la yugular? Mientras moríamos allí arriba por vosotros, ¿dónde estabais? ¡¿Dónde?!

—Aquí al lado. Siempre con vosotros. Detrás de la pared.

—¡No puede ser!

—Ya te he dicho que funciona. Lo aprendido no se olvida.

Bessolov se apartó de la mesa y tomó otro trago de su botella de cristal ambarino.

—El caso es que nos quedamos aquí. Ven, te voy a mostrar cómo es nuestra vida cotidiana. Que es relativamente ascética. No tiene nada que ver con lo que ahora piensas...

Movió con cuidado a Stalin para volver a ponerlo bien, porque había quedado peligrosamente torcido, y luego bajó de la tarima. Artyom vaciló. Su propio descubrimiento lo abrumaba.

—Sois unos cerdos.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que hemos hecho? —preguntó Alexey Felixovich —. ¡Por el contrario, apenas si hemos intervenido! ¡Tan solo somos observadores! Y además, invisibles. Tan solo introducimos correcciones en el sistema cuando se avería.

—¡¿El sistema?! ¡Pero si en el metro la gente se come a sus propios hijos para calmar el hambre!

—¡¿Y?! —Bessolov miró a Artyom con aversión—. Nosotros no queremos comernos a vuestros niños. Sois vosotros quienes os los coméis. Nosotros no queremos que os comáis a vuestros niños. Todo lo que queremos es gobernar. ¡Pero nos vemos obligados a permitir que os comáis a vuestros propios niños porque es necesario para que sigamos gobernando!

—¡Mentiroso! ¡Nos habéis metido aquí y ahora nos tenéis prisioneros! ¡Tratáis a los seres humanos igual que a los cerdos! Hay agentes secretos por todas partes, como gusanos en el tocino... Unos tienen su Servicio de Seguridad, otros el KGB, y los de más allá... cada cual tiene a su Svinolup... sí, la verdad, ¿en qué se diferencian el Reich y los demás...?

—A nuestra gente no se la puede tratar de otro modo —respondió Bessolov con voz dura—. Esa es su naturaleza. ¡En cuanto se aflojan las tuercas, empieza una insurrección! Hay que tenerlos observados en todo momento. Por ejemplo, ¿qué ocurrió en la Komsomolskaya? Sí, desde luego, ellos venían con sus exigencias. Y probaron a rebelarse. ¿Y cómo terminó el asunto? ¡Con un baño de sangre! ¿Y esto va a representar algún peligro para la Línea Roja? ¡En absoluto! ¡Los Servicios de Seguridad son un regalo de Dios a nuestro pueblo! ¡Para reprimir su carácter revoltoso! Y por lo que respecta a tus ametralladoras... las gentes que se habían puesto en primera fila se arrojaron por sí solas contra el fuego. Mientras que los más pacientes han sobrevivido. Así, por lo menos, se lleva a cabo una cierta selección. Si no, ¿cómo podríamos hacer obedecer a nuestra gente? Hay que decirles constantemente por dónde tienen que ir. Disciplinarlos. Canalizarlos, por decirlo así. Darles alguna idea. Una religión, o una ideología. Buscarles siempre nuevos enemigos. ¡Sin enemigos no son nada!

Sin enemigos se pierden a sí mismos. Ya no saben definirse. No saben nada sobre sí mismos. Hace dos años contábamos con unos enemigos fabulosos. Los Negros. ¡Difícilmente habríamos podido imaginarnos una amenaza exterior como aquella! Vegetaban en la superficie. Eran negros como el carbón. Incluso sus ojos eran negros. Eran verdaderos diablos. Y provocaban temor y aversión en los nuestros. Unos enemigos estupendos. Porque así todo quedaba claro: si esos son los negros, es que nosotros somos los blancos. Y los teníamos la punto por si nos hacían falta. Por si había que escenificar una «amenaza contra la humanidad». Pero no, algún imbécil les dio la lata a esos idiotas descontrolados de la Orden hasta que se les ocurrió bombardear con misiles la guarida de esos demonios tan mansos. ¿Tú te lo puedes creer?

—Sí, me lo creo.

—En aquel momento tratamos de influir en el Consejo de la Polis, les hicimos notar que los Negros no nos amenazaban en nada. Y ya ves. Nos quedamos sin un recurso muy útil. Y por ello nos vimos obligados a calmar un poco a tu querido Melnik. Yo habría preferido cortarle los dos brazos como castigo por su exceso de celo. Si esto fuese una dictadura... ¿Vienes?

Aturdido, trastornado hasta lo más profundo, Artyom siguió a Bessolov. Volvieron a pasar por el lado del guardia, que una vez más se puso firme y saludó. Luego entraron por un túnel angosto. El suelo de acero resonaba bajo sus pies.

Al pasar por la ramificación que llevaba al restaurante, una de las manchitas de luz de la bola de cristal fue a parar al ojo de Artyom. La bola daba vueltas igual que la cabeza de Artyom. En otro tiempo había sido un solo espejo donde el mundo entero se reflejaba y tenía su lugar. Pero el espejo se había roto en pedacitos, y el diablo sabría con qué se habían pegado esos pedacitos, y el reflector lo flagelaba por mor del entretenimiento y la belleza.

Pasaron de largo y siguieron adelante.

—¿Cómo los habéis... como los habéis comprado a todos? —preguntó estúpidamente—. A Moskvin, al Führer...

—No utilizamos un solo método. Enfocamos por separado cada uno de los casos. Moskvin sabe apreciar el dinero y envenenó a su primito. Yevgeny Petrovich, por su parte, tiene una hija a la que le faltan todos los dedos desde el nacimiento. Petrovich es un hombre sentimental por naturaleza. Cuando empezó a promulgar una ley tras otra para combatir la degeneración le mandamos una foto. Mire, Yevgeny Petrovich, lo tenemos fotografiado con su hijita en brazos, y al lado está su mujer, por si hubiera alguna duda. Así pues, siga usted las normas, Yevgeny Petrovich, juegue a este juego con convicción, para que sus conciudadanos se lo crean. Ni el más humilde de sus subordinados puede dudar

de que Reich es el Reich, el único, el verdadero. Tiene que estar dispuesto a dar la vida por el Reich.

—El Reich ya no existe. Se ha devorado, digerido y cagado a sí mismo. Y el Führer ha huido.

—Pues lo encontraremos y le devolveremos su cargo. Y le montaremos un nuevo Reich que será todavía mejor que el antiguo. A su mujer y su hija ya las tenemos. El propio Führer no tardará en aparecer.

—¡¿Por qué?! ¡Pero si es un carnicero!

—Pues precisamente por eso, so tonto. Porque estamos acostumbrados a trabajar con Yevgeni Petrovich. Ya deberías tenerlo claro. Todavía no hemos podido utilizar el material comprometedor. ¿Cómo quieres que nos tomemos las molestias de buscar a otro, descubrir sus debilidades, y luego camelárnoslo y en algún momento cazarlo, si ya disponemos de tan maravillosa constelación? Es verdad que se ha portado mal, y por ello lo vamos a castigar. Pero ¿qué haríamos sin el Reich?

—¡Son escoria! ¡Son animales! ¡Algunos de ellos son animales, y el resto, cobardes!

—A los cobardes no los encontrarás tan solo allí, sino en todo el metro. Aunque lo cierto es que el Reich es un criadero maravilloso, portentoso. Y los animales salen de todas partes y van allí por voluntad propia. La Legión de Hierro y demás. Para luchar contra los degenerados. Para soltar vapor. Si el Reich no existiera, ¿adónde irían? Piensa en todas esas personas. No, lo mejor para ellos es luchar por el Reich. O por la Línea Roja. O por la Orden. Hay para todos los gustos. ¡Libertad! ¡Así es la libertad!

—Los seres humanos no necesitan nada de eso!

—Pues claro que lo necesitan! Para no aburrirse. Para tener algo de lo que puedan ocuparse. Para que puedan elegir. ¡Aquí, bajo tierra, disponemos de un mundo entero! Un mundo que se basta a sí mismo. Y de nada nos serviría otro mundo allá arriba.

—A mí sí.

—Sí, a ti quizás sí, pero a nadie más.

—Puede que algunos todavía tengan familia en la superficie! ¡Aunque solo sea por eso!

—Ahora tu familia está aquí. Y por Dios que no te entiendo. Te has destrozado la salud. ¡Ha ido de un pelo que no te murieras, imbécil! ¿Qué buscas en la superficie?

—Nacimos en la superficie. Ese es nuestro lugar. El aire libre. ¡Allí respiro de otro modo! ¡Pienso de otro modo! ¡Aquí abajo no tengo posibilidades de cambiar de rumbo! Aquí solo podemos ir hacia delante y hacia atrás. Es

demasiado estrecho, ¿lo entiendes? ¿No lo notas tú mismo?

—No. ¿Sabes?, en mi caso es todo lo contrario: en cuanto salgo al aire libre me da vueltas la cabeza. Y quiero regresar enseguida al búnker. Aquí, donde la vida es confortable. Bueno. Este es nuestro bloque de viviendas. Nada más que pequeños apartamentos.

Doblaron una esquina.

Entraron en un gigantesco túnel sin salida de quizá diez metros de anchura, que empezaba en el interior de la Tierra y debía de terminar también en el interior de la Tierra. ¿Cuántos túneles parecidos podía haber? En cualquier caso, el corredor de enlace continuaba más allá.

Sin duda alguna era una hora tardía. Los habitantes del búnker habían empezado a abandonar aquel local blanco como la nieve y se marchaban con la ropa desabrochada y pasos inseguros a sus hogares. Artyom echó una ojeada por el quicio de la puerta de uno de los apartamentos que se habían construido en el túnel. Luego en otro. La verdad era que parecían realmente confortables.

De algún modo, humanos.

—¿Por qué me enseñas todo esto? ¿Por qué me lo explicas?

—Porque esto me gusta. Me gusta discutir. Eres un revolucionario, ¿verdad? Si no, ¿por qué te ibas a quedar con Sasha? Me esperabas a mí. ¡Romántico! Querías pegarme un tiro con el revólver, ¿verdad? ¿Pensabas que tu vida mejoraría mucho en cuanto me hubieses matado? Solo soy responsable de la política interior. Y si me matas, una nueva cabeza crecerá en mi lugar. Ya traté de aclarártelo aquella vez en la Tsvetnoy Bulvar. Pero entonces, por desgracia, lo olvidaste todo.

—¿En la Tsvetnoy Bulvar?

—Pues sí, lo olvidaste todo. Pero ¿acaso vamos a extrañarnos? En realidad lo podemos entender como un símbolo. La debilidad de vuestra memoria es nuestra bendición. Nadie se acuerda de nada. Un pueblo de moscas que viven un día. Como si no hubiera existido un ayer. Y nadie va a pensar en el mañana. Lo único que existe es el ahora.

—¡¿De qué mañana me hablas?! ¿Cómo vamos a planear el mañana si hoy mismo apenas tenemos para comer? ¡Y el que tiene algo ya se considera afortunado!

—Es aquí donde entra en juego nuestro arte. No podéis tener más comida que la que os baste para el día de hoy, y nada más. Con el estómago vacío se sueña mejor. Hay que calcularlo con acierto. El que come bien tiene problemas digestivos y empieza a imaginarse quién sabe qué. Si calculamos mal las raciones, derribarán a los que tienen el poder. A los que ellos piensan que tienen el poder. ¿Quieres que brindemos... por nuestro arte?

—¡No!

—Qué lástima. Tendrías que beber más. La salvación del pueblo se halla en el vodka. Si hasta es bueno contra la radiación.

Esto último impactó a Artyom.

La sangre que corría por sus venas era sangre extraña, limpia, espesa como gel de ducha. Lo quemaba y le producía malestar. Artyom quería recuperar la suya, su sangre viscosa, sucia, envenenada. Para no tener que deberle nada a aquel cabrón. Aunque tan solo le quedara una semana, por lo menos consumiría su propia vida y los otros no le bombarían en las venas aquel lujo prestado.

—Tal como hablas del pueblo... ¿quién eres exactamente... de dónde procedes...?

—Es cierto... podría llegar a parecer que no aprecio al pueblo llano. O que lo desprecio. Y es todo lo contrario. ¡Lo amo con todo mi corazón! Lo amo. ¿Me crees cuando te lo digo? Me mezclo con la gente, la conozco, hablo con ella. Fue así como te conocí. Siempre es así: quien ama al pueblo tiene que conocerlo. Y ser sincero. No brindarle falsas esperanzas. Dejárselo todo claro. Así son las personas aquí. Tenemos que percibir cómo es el pueblo al que dirigimos. Tenemos que ayudar al pueblo. Instruirlo. Expulsar sus demonios.

—¿Que dirigís? ¿Quién dirige a quién? ¿Los eloi a los morlocks? ¿Ahora me dirás que eres un aristócrata?

—¿Yo? —Bessolov lo miró con una sonrisa satisfecha—. ¿Cómo sería posible? ¡Hace una eternidad que fusilaron a toda la aristocracia! Ni siquiera soy de Moscú. Empecé como periodista en televisión. No me daba mucho dinero y me puse a trabajar como eminencia gris en la política. Y el carrusel me llevó cada vez más lejos. Estoy hecho de los mismos materiales que los demás.

En aquel instante Artyom pensó algo. El gel tendría que circular apaciblemente durante un tiempo por sus venas. Necesitaría aquella prolongación de su vida para solucionar unas cuantas cosas.

Miró en derredor. No había muchos guardias. Por supuesto que habría que empezar por explorar todo el búnker. ¿Y si en uno de los túneles había una base militar? ¿En quién se apoya esta gente?

—¿Qué hay allí detrás?

—Si quieres, podemos ir a verlo. En el tercer túnel se encuentra el almacén y el cuarto está vacío. Los propietarios de antes de la guerra no lograron renovarlo y nosotros, por ahora, tampoco hemos hecho gran cosa. ¿Estás pensando en la mejor manera de llevarte lo de aquí? —Bessolov le guiñó un ojo—. Te acepto como aprendiz, solo tienes que preguntar.

—Pienso que todavía no me has explicado lo que hago en este sitio. ¿Es que no lo entiendes? Para bien o para mal, todavía nos hallamos bajo tierra, en el

metro. ¿Para qué esta mierda? ¡En la superficie hay ciudades enteras! ¡Bosques! ¡Campos! ¡Y todo un océano, maldita sea!

Llegaron al final: un túnel gigantesco, vacío, de paredes estriadas, lleno de agua sucia. Ya no se podía ir más allá. Se oía el zumbido de una bomba de agua que expulsaba líquido sin cesar.

—¿Y tú cómo sabes lo que hay allí? ¿Eh? Puede que sea exactamente igual que aquí, pero sin la tapadera. Muy bien, supongamos que la radio vuelve a funcionar. ¿Y tú te crees que por eso el mundo se transformará en un paraíso? ¿Libertad? ¿Amor fraternal? No me hagas reír. Se repartirían por toda la Tierra y se volverían primitivos, sin poder, sin Estado. Se olvidarían de leer y escribir. Antes he hablado de lo que es singular en nosotros. ¡Es el metro lo que nos hace singulares! Cuarenta mil seres humanos en un solo lugar. Nuestra civilización, nuestra cultura, solo se pueden conservar en una concentración como esta. Solo de ese modo. Aquí, en el metro. ¡Arriba, en el aire fresco, se transformarían mucho antes en animales, olvidarían mucho antes lo que significa ser humano! ¡Se transformarían en neandertales, en polígamos, en sodomitas! ¡Solo aquí hay seres humanos con espíritu y entendimiento!

—¡¿Con espíritu y entendimiento?! ¿Y qué pasa con los que se comen a sus hijos?

—Eso está claro. Pero Robinson no consiguió que Viernes abandonara la carne humana en un solo día. Queremos evitar maniobras demasiado bruscas. Pero tarde o temprano...

—¿Y por qué no nos dejáis decidir si queremos vivir en la superficie o aquí abajo? ¡¿Cómo es que no nos lo habéis preguntado nunca?!

—Sí preguntamos —respondió Bessolov con una sonrisa—. Y no paramos de preguntar.

—¡No puedes alimentarios! ¡Las setas se pudren! ¡Déjalos marchar, para que al menos no mueran de hambre!

—Nuestro gran pueblo ha sobrevivido a otras pruebas. También sobrevivirá a esta. ¿Tienes idea de su aguante? Sobreviven como el que más.

—¡Déjalos salir a la superficie! ¡Dales una oportunidad, por lo menos!

—A la superficie? ¿Y tú qué te crees? ¿Que allí encontrarán una tierra que mana leche y miel? ¡Tú ya has estado! En Balashikha, por ejemplo. ¿Qué comerían allí?

—¡Ya buscarían la manera de alimentarse!

—Eres y serás siempre un romántico de mierda. ¡Qué diablos!, no sé por qué pierdo el tiempo contigo.

—¡Pues entonces déjame marchar! ¡Yo no había pedido que me salvarais! Para que alguien como tú...

—¿Tú te crees que, si ahora te suelto, el metro te va a seguir? ¿Que nos traicionarás, le contarás la verdad a la gente y te seguirán todos a la superficie? ¿Y que allí todo será distinto de aquí?

—Sí, lo será!

—Pues márchate —dijo Alexey Felixovich con indiferencia—. Márchate. ¡Si hasta te voy a devolver tu Nagant de revolucionario! Nadie te va a creer, igual que tú no me has creído a mí. ¿Tienes claro que lo único que harás es contarles una vez más el cuento de los Observadores Invisibles? ¡Despierta de una vez, Artyom!

Artyom asintió. Y sonrió.

—Eso lo vamos a ver.



21

LOS CAMARADAS

Le quitaron el saco de la cabeza.

Echó una mirada a su alrededor.

De todos modos, al oír las voces ya había adivinado dónde estaba: en la Tsvetnoy Bulvar. En el mismo sitio desde donde se lo habían llevado. Lo habían escoltado desde el búnker con el saco en la cabeza para que no pudiera reconocer el camino.

Le quitaron las esposas, le arrancaron de los hombros el voluminoso abrigo que llevaba puesto, le dieron una patada en el trasero y el revólver rodó a su lado por el suelo.

Artyom lo agarró al instante. Estaba descargado. Se volvió hacia sus

acompañantes, pero ya habían desaparecido entre la multitud. Dos granitos humanos de color gris que aparecieron brevemente y después desaparecieron en medio de la arena también gris.

Lo habían expulsado del búnker sin más dilaciones. Todavía llevaba puesto el uniforme de camarero. La médica logró esconderle unas pastillas en los pliegues del pantalón. Qué buena mujer. Luego le cubrieron la cabeza con un saco.

Se sentó y reflexionó. A su alrededor los seres humanos copulaban sin descanso, porque de algún modo había que vivir. Artyom también tendría que vivir con todo lo que ahora llevaba dentro de la frágil pieza de conglomerado de madera que era su cráneo. Todo lo que acababa de vivir presionaba desde dentro contra sus paredes de escasos milímetros de grosor. Artyom no podía continuar así.

No podía creer que todo lo que acontecía en el metro —aquel infierno sin sentido, sin fin— hubiera sido organizado por alguien, y que además los organizadores estuvieran satisfechos con el resultado. Lo más terrible no era que se cegaran túneles con argamasa de tierra y seres humanos, sino que esto fuera un paso necesario para destruir el mundo y arrojarlo al vacío. Un orden mundial de esa naturaleza no se podía comprender.

Y tampoco se podía perdonar.

Se sentó y contempló un culo blanco y desnudo que subía y bajaba con ritmo, y se puso a discutir con él como si hubiera sido la cara de Bessolov. Le dijo todo lo que habría querido decirle a Bessolov.

—Por supuesto, cuando se miente durante tantos años... tenemos que decirles la verdad... cuando todos los días tienen que comer de una tina llena de desechos... pero eso no significa que no puedan volver a levantar cabeza... y mirar al cielo, o por lo menos al frente... por supuesto que lo habéis organizado todo... pero eso no significa que ellos no puedan... o que no quieran... ah, ¿vosotros les preguntáis? Y al mismo tiempo les inculcáis las respuestas correctas... bonita encuesta...

Discutir con aquel culo era fácil. El culo no le respondía.

—Lo que la gente entiende... es que hay que acabar con vosotros... acabar con... vuestro búnker... lo llenaremos de humo para que salgáis. Y si no lo logramos... si no extirpamos ese cáncer... entonces no... lo que tenemos que haceros, ratas cebadas... la nuca... llevaros ante las gentes... a ver si habláis ante todo el mundo... como si... fueran ganado... y entonces, entonces lo veremos. Están en el búnker... cabrones... voy a llenar el búnker de humo para haceros salir... no me van a creer, pero a vosotros sí... os obligaré a decirlo todo... y si no habláis... aquí está mi pistola... nosotros no somos los únicos que

tenemos nuca... cerdos...

Estrujó con la mano la empuñadura de la Nagant descargada.

No podía hacerlo solo. Si estaba solo, no podría hacer nada.

Su equipo era pequeño, pero era un equipo. Letyaga, Homero, Lyokha. Tenía que encontrarlos, tenía que volver a juntarlos. A ellos, que ya sabían media verdad, había que contarles la otra media. Preguntarles. Pensar entre todos cómo iban a encontrar el nido de las ratas y reventar sus puertas.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Una semana? ¿Más? Lo más probable era que se hubiesen dispersado por toda la red de metro. Que hubieran buscado escondrijos. Uno para esconderse de Melnik, el otro de la Hansa. Homero era el único que quizá no... el Reich ya no existía. Quizás Homero sabría dónde podía encontrar a los demás. Y Artyom tenía muy claro dónde hallaría a Homero.

Se puso en pie.

Y se marchó, apartó a los hombres que hacían cola con un número en la mano para recibir cariño, marchó entre unos fascistas que ya estaban más secos que antes, putas de todo calibre, stalkers de cuerpo requemado que se contentaban con mirar, bellacos a quienes la vida había violado e iban allí para violar a la vida. Pasó de largo frente a todos ellos, los que apenas habían llegado a la edad y los que les faltaba poco para terminarla.

—Dónde estaba la habitación de Sasha?

La encontró.

Entró sin hacer cola, sin llamar, le dio en la cabeza con la culata de la pistola a un guerrero sin pantalones, sacó el cuerpo inconsciente de encima de Sasha y lo dejó en un rincón. Solo entonces saludó a la muchacha, mirando hacia otro lado, para que ella tuviera tiempo de cubrirse.

—Dónde está Homero?

—No deberías venir aquí, Artyom —le dijo ella, todavía echada—. ¿Por qué has regresado?

—Dónde está el viejo? No puedo creerte que te haya dejado en paz. ¿O sí? ¿Adónde se ha marchado?

—Lo detuvieron. Vete, por favor.

—Lo detuvieron? ¡¿Quiénes?!

—Te ha...? ¿Alexey... te ha ayudado? Estás distinto... te veo mejor.

—Sí, me ha ayudado. Tú me has ayudado. Muchas gracias. A ti y a todos vosotros. Benefactores de mierda.

—Tú querías saber la verdad. Y ahora ya la sabes, ¿no? O si no, ¿qué querías, morir?

—Sí. Discúlpame... no quería que me ayudara él... ellos. No quería sus limosnas. No las necesito. En otro tiempo tal vez sí... pero ahora... bueno, da

igual, gracias.

—¿Y por qué has regresado? Allí... allí la vida es muy distinta, ¿verdad?

—¿No has estado nunca allí? ¿No te ha llevado consigo?

—La verdad es que me lo había prometido. Pero le rogué que te llevara a ti en vez de a mí. Por un tiempo.

—No te has perdido nada. La vida de allí es como la de aquí. Solo la comida es mejor. Y también... la medicina. Pero ¿tú podrías ir a vivir allí? ¿Con ellos?

—¿Qué te ha contado?

—Todo. Los Observadores Invisibles, el poder, los rojos, los fascistas... todo.

—¿Y te ha dejado marchar?

—Sí.

—No puedes quedarte aquí. Se han llevado a todos tus amigos. Al bróker... a todos. El mismo día en que tú... Quizás hayan muerto. No lo sé.

—¿Quién se los ha llevado? ¿Los Observadores?

—No. No han sido ellos. Ha sido la Orden.

—La Orden... Quiero... quiero entenderlo. Él te lo contó todo, ¿verdad? Tú lo sabías todo. Sabes la verdad sobre la superficie. Sobre el mundo entero. ¡Y tu sueño era volver a la superficie! Igual que el mío. Queríamos que todo el mundo volviera... allí. ¡Volver a vivir allí! ¡Tú misma me lo habías explicado! Entonces, ¿qué haces aquí? ¿Por qué te quedas en este pozo de mierda? ¿Por qué no huyes? ¿Por qué te quedas en este lugar?

Sasha se puso en pie frente a él... fina como un dibujo a lápiz, los brazos doblados sobre el pecho. Ahora lo miraba con expresión resuelta, con la cabeza algo baja.

—Te lo ruego, vete. De verdad.

Artyom la agarró por las muñecas, que eran delgadas como ramillas.

—Dímelo. Quiero hablar para toda la gente. Me preguntas por qué no me he quedado allí. Porque los demás... todos nosotros, todos los que estamos aquí... tenemos que saber la verdad. Todo el mundo. Todos tienen que saberlo. No me vas a traicionar, ¿verdad? No volverás a hacerlo. No le dirás nada. No se lo dirás, ¿verdad?

—No.

Pareció que sus labios quedaron sellados. Artyom aguardó a que volviera a hablar.

—Pero no pienso ir contigo.

—¿Por qué?

—Artyom... lo amo.

—¿A quién...?

—A Alexey.

—¿A él? ¿A... ese viejo decrepito? ¡¿A ese pervertido?! Pero si es... si no tiene corazón... ¿No has oído cómo... cómo habla sobre los demás? Ese tío...

—Sí.

Artyom le soltó el brazo como si se hubiera quemado y retrocedió.

—¿Cómo es posible?

Sasha encogió los hombros.

—Lo amo. Me atrae como un imán. Él es un imán y yo soy una viruta de hierro. Nada más. Es mi dueño. Y me ha tratado bien. Desde el principio.

—¡Pero si te hace follar con otros! ¡Cómo... cómo te trata! Se queda mirando mientras todos los tíos que te puedas imaginar... los tíos más repugnantes... absolutamente todos... ¡y le gusta!

—Sí —reconoció Sasha—. Le gusta. Y a mí también.

—¡¿A ti te gusta eso?!

—Sí, ¿qué pasa? ¿A ti no te gusta? ¿Igual que a Homero? Pues lo siento mucho.

—¿Y tú esperas... esperas que te saque de aquí? ¿Que te lleve a vivir con él?

—Había quedado —un sitio libre en el lugar donde ellos viven. Le dieron permiso para llevarme. Pero yo...

—Está bien. Ya lo he entendido. Le pediste que se me llevara a mí... bien. Ya entiendo. No pasa nada.

—Tienes que marcharte.

—¿De verdad que quieres irte a vivir allí? ¿Con ellos? ¿En ese lugar donde el bar está abierto las veinticuatro horas? ¡¿En el búnker?! ¡¿En vez de salir a la superficie... quieres descender todavía más en el subsuelo?!

—A mí me da igual adónde vayamos. Quiero estar con él. Soy suya. Eso es todo.

—Está bien. Ya lo entiendo.

Artyom se quedó un rato allí. Entonces se quitó la cruz que le pendía del cuello. Se la arrojó a Sasha.

—Que te vaya bien. Y gracias.

—Que te vaya bien.

Salió afuera. El mundo estaba desquiciado.

Como en un sueño, vagó entre la multitud de moscas de un día, moscas

borrachas, lascivas. Le había dicho a Sasha que ya lo sabía todo, pero en realidad no había entendido nada. ¿Cómo podía Sasha... con Bessolov? ¿Cómo podía amar a un hombre como ese? ¿Cómo podía renunciar a los barquitos voladores por un búnker, aunque fuera un búnker de ensueño? ¿Por un burdel? ¿Solo por esos encuentros breves y humillantes? Igual que Bessolov le llevaba los restos de comida del búnker, Artyom pensaba que el amor que pudiera sentir por ella no era más que restos de amor. Pero a ella le daba igual, lo uno y lo otro le bastaban. No pedía mucho.

—¿Qué era lo que Artyom no comprendía en Sasha?

—¿Y cómo habría podido odiarla?

—¡Eh, tío! —Alguien se confundió por su traje de camarero y lo llamó—:
¡Tráeme un litro del bebercio que tengas!

—¡Vete a tomar por culo!

Llegó al andén. El agua llegaba hasta el borde.

Tenía que destruir. Destruirlo todo. Provocar el caos.

Melnik tenía presos a todos sus camaradas. Homero, Lyokha, Letyaga. Si aún vivían, tenía que liberarlos. No podía hacerlo solo.

Melnik.

Si lograra ganarse a la Orden... Respaldado con un poder como aquel, no debería temer a los Observadores. Igual que había defendido con éxito un búnker, la Orden también podría capturar otro.

Pero ¿cómo podría incitarlos a la revuelta? ¿Decirles que sus camaradas habían sido vendidos? ¿Melnik los había vendido de verdad? ¿Y si así era, a quién? A él mismo lo habían traicionado y vendido, ¡viejo idiota!, y los muchachos habían caído por nada. Una iniciativa de los cuadros de mando intermedios. ¿El viejo sabía por qué había sacrificado las piernas?

—Artyom tendría que explicárselo?

—¿Qué sabía Svyatoslav Konstantinovich sobre el metro? Indudablemente, solo lo que le había contado Bessolov. Pero debía de haberle revelado tan solo una de sus medias verdades. Melnik no podría vivir con la certeza de que había pasado de héroe a trozo de carne en silla de ruedas no por salvar al metro, sino porque le habían ocultado la otra media verdad.

En el otro extremo del andén había un muelle en el que se mecía una balsa de botellas. A su lado roncaba un borracho en uniforme ferroviario. Artyom miró a su alrededor y trazó planes. Si pudiera atravesar el Reich inundado con la balsa —con un poco de suerte, el agua no alcanzaría hasta el techo— llegaría a la Polis. Exigiría una audiencia con Melnik. Le contaría todo lo que este no sabía, toda la verdad. Aunque no quisiera unirse a Artyom, por lo menos que dejase elegir a los camaradas.

De camino hacia la balsa cogió una lámpara de grasa de cerdo que se había quedado olvidada en medio del caos. No era un reflector, pero por lo menos lo alumbraría en el túnel. Se acercó todavía más, le dio un toque al borracho con la punta de su zapato de lacayo... el hombre estaba bien dormido.

Así pues, desató la inestable balsa, saltó a bordo y navegó sobre el turbio líquido en dirección al túnel. La embarcación no tenía un verdadero remo, sino un cucharón atado al extremo de un palo. Había que remar primero a un lado y luego al otro. La balsa se resistió, giró sobre sí misma... no quería volver atrás. Pero acabó por adentrarse en la negrura. La lámpara alumbraba hasta un paso más adelante, pero el cucharón llegaba más lejos. El túnel descendía, el agua subía. El techo era cada vez más bajo, casi rozaba el cráneo de Artyom. ¿Tendría aire suficiente?

Ya no podía remar de pie. El techo lo obligó a sentarse.

Una rata nadó hacia él. Había divisado con alegría la tierra firme.

Trepó a la balsa y se quedó discretamente en un rincón. Artyom no la echó. En otro tiempo había sentido miedo de las ratas, pero luego se había habituado a ellas. Ratas y más ratas. Mierda y más mierda. Tinieblas y más tinieblas. Una vida como todas. El mismo podría haberlo encontrado muy natural. Pero había descubierto que existían otras posibilidades.

Sostenía la lámpara en el aire. Esta no iluminaba tan solo hacia delante, sino también hacia abajo, hacia el fondo transparente.

El agua pasaba bajo la balsa.

Pensó en Sasha. Se despidió de ella. ¿Por qué no quería decirles a los demás que no podían quedarse bajo tierra para siempre? ¿Por qué se quedaba allí? ¿Por qué había elegido a Bessolov?

Apestaba a grasa de cerdo. Parecía que a la rata le gustara el olor.

Abajo daba vueltas un cadáver hinchado. Contemplaba la lámpara con ojos abiertos, agotados, a través de la pared de botellas. El hombre no había visto ninguna luz en mucho tiempo y trataba de acordarse de lo que era. Se agarraba a la balsa con dedos gruesos, le impedía avanzar, pero al final se soltó.

El techo se había acercado todavía más. Artyom iba agachado, pero podía tocar con la mano el hormigón estriado y las junturas entre los segmentos del túnel.

La rata tuvo un momento de reflexión... y se volvió a arrojar al agua. Era evidente su voluntad de nadar de nuevo hasta la Tsvetnoy Bulvar. Hasta su hogar.

Artyom se detuvo un instante y miró hacia atrás. Estaba igualmente oscuro. Quizá todavía más. Se buscó el pecho con la mano, pero ya no llevaba la cruz. En fin... él mismo se la había quitado.

Siguió remando.

Y entonces el agua empezó a descender.

Tal vez hubiera dejado atrás el punto más bajo. El techo ya no se le pegaba del mismo modo a la cabeza, subía de nuevo, lo dejaba respirar. Más adelante brillaba una luz suave. Lámparas que el agua debía de haber empujado hasta el techo trataban de seguir dando luz. Estaba claro que los generadores, por algún milagro, habían sobrevivido a la inundación.

Cuando entró en la estación, el agua ya no era muy profunda. En los andenes le llegaba hasta la rodilla. Pero los antiguos dueños de la estación no se daban ninguna prisa en regresar. Los que no habían logrado escapar vagabundeaban por allí, abatidos, inquietos, con el cuerpo hinchado. El hedor era tan fuerte que lo golpeaba en el rostro.

Las aguas subterráneas habían lavado, habían purificado la Darwinovskaya. Volvía a ser la Chekhovskaya. Toda su brutal majestad —estandartes, eslóganes, retratos— flotaba panza arriba en aquel sucio caldo.

¿Qué más daba? En cuanto cobraran ánimo, restaurarían el orden. Y todo el circo volvería a existir. Dietrich ocuparía el lugar de Dietmar. Nada más. Yevgeny Petrovich regresaría. Era uno de los suyos, un hombre del sistema, aunque fuera un asesino. Porque lo había organizado todo de una manera tan práctica y maravillosa... Los hombrecillos entraban por una puerta y la carne picada salía por la otra. Igual que en Balashikha, igual que en el metro entero.

Por otra parte, tendría que haber alguien que terminara el libro de historia para Yevgeny Petrovich. Probablemente lo haría Ilya Stepanovich. Pero tendría que hacerlo él solo, porque Melnik había capturado a Homero. ¿Y qué? Ilya Stepanovich lo haría bien. En su libro, lo de la Schillerovskaya se transformaría en una defensa heroica de la estación contra los rojos. Los degenerados estarían entre los atacantes y no entre los defensores. Y todo terminaría en un final alentador. Se imaginaba el discurso: «A causa de maquinaciones enemigas sufrimos una inundación, pero nadie pudo con nosotros bla bla bla... y como el fénix que renace de sus propias cenizas bla bla bla... todavía mejor que antes bla bla bla...».

¿Cómo era posible que Sasha se acostara con un hombre como ese?

Tocó unos papeles empapados con el cucharón. Entonces se dio cuenta de que eran periódicos que habían perdido buena parte de su tinta. En uno de ellos se leía «Puño», y en el otro «de Hierro». Jirones de tiempos pasados. Allí había habido una imprenta. Dietmar no mentía. Estaba interesado de verdad en imprimir diez mil ejemplares de la verdadera historia del metro.

Llegó al final de la estación y entró en el túnel siguiente.

Se le habían ocurrido varias ideas para engatusar a los guardias. Pero no llegó a contarles ninguna historia. En vez de los guardias lerdos e indolentes que solían controlar las entradas de la Polis, se encontró con las figuras hieráticas y silenciosas de los soldados de la Orden.

Les pegó un grito para estar seguro de que no le dispararían al verlo. Les dijo que era Artyom y que tenía que hablar con Melnik. Pero los otros no se fiaron de él, registraron los bolsillos de su traje de bufón. Aunque al parecer lo reconocían, no se quitaron las máscaras. Le confiscaron el revólver y lo acompañaron por corredores reservados para no molestar a los refinados habitantes de la estación.

Pero no lo llevaron con Melnik.

La puerta de una celda. Rejas. Guardias.

Lo llevaron adentro, lo empujaron de mala manera, como si no hubiera sido uno de los suyos.

Y una vez dentro... ¡qué alegría!

Todos estaban vivos: Lyokha, Letyaga, Homero. Y qué raro, también estaba Ilya Stepanovich.

Felicitaron a Artyom por seguir con vida, por su buen aspecto y por la ropa refinada que llevaba. Se rieron y se abrazaron.

Entonces Artyom se enteró de que los habían detenido a todos en la Tsvetnoy Bulvar. Como se hallaba a tan solo dos estaciones de la Polis, uno de los guerreros de la Orden había querido ir a divertirse y había reconocido a Letyaga y a Lyokha. A Homero y al inútil de Ilya los habían arrestado cuando comían juntos, antes de que se marcharan cada uno por su lado.

—¿Y tú? ¿Dónde estabas tú?

Artyom calló. Vaciló. Contempló dubitativo a Ilya Stepanovich. Sabía muy bien de quién era la mano que lo había alimentado hasta hacía muy poco. Pero Artyom se veía incapaz de ocultarle a nadie lo que sabía ahora. El secreto era el arma de los demás. El arma de Artyom sería decir la verdad.

Lo explicó todo. Todo.

El búnker, el bar, las ensaladas, el aguardiente, los gordos trajeados y borrachos, los antibióticos, el Stalin de cera, la electricidad que no se agotaba jamás, las botellas con etiquetas que no eran rusas. Y también les habló de las nerviosas marionetas, de las guerras idiotas, de los dedos viscosos que controlaban los servicios secretos, del hambre necesaria, del canibalismo necesario, de las necesarias batallas en los túneles que no llevaban a nada. De los eternos y necesarios Observadores Invisibles.

Se lo contó todo... y también se lo contó a sí mismo. Y se maravilló de que, al contarlo, todas las piezas encajaran. No había nada que sobrara en el edificio

que había construido Bessolov, nada que no se pudiera explicar. Tenía una respuesta para todas las preguntas. Menos una: ¿Para qué?

—Entonzez... mientras nozotroz comemos miedda... ezoz comen... ¿enzalada? —cecéo Lyokha, y el odio que crecía en su interior se hizo audible —. ¿Licorez eztdanjedoz? ¿Y la cadne tamién la tienen maz fdezca... vedad?

—Ni siquiera se lo comen todo. Se dejan platos llenos de restos de comida... Lo más probable es que estuvieran dándose un festín mientras nosotros, en la Komsomolskaya... avanzábamos contra las balas...

—Hijoz de la gdan puta —estalló Lyokha—. ¿Y dizez que tamién tienen medishinaz?

—Mírame... han logrado que me recuperase, y eso que estaba muy mal. No sé muy bien cuánto tiempo aguantaré así, pero de todos modos...

—Ya lo veo. Loz nueztdoz te agaddan pod loz huevoz y te dizen: lo zentimoz, nada que hazed. Tú mizmo eztalbaz dezahuciado. Qué mamonez, ¿eh?

Homero estaba a su lado y no decía nada. A diferencia de Lyokha, le costaba aceptarlo todo de buenas a primeras.

—¡Pego zi todoz eztamoz con la miedda al cuello, unámonoz todoz! —dijo el apóstol—. Oye, ¿dónde eztá el búnked? ¡¿Hay que inundaglo, no?!

—Me pusieron un saco en la cabeza... y además, cuando me llevaron hasta allí estaba inconsciente. No tengo ni idea de dónde puede estar.

—Yo he estado. En el museo —dijo Homero—. Antes de la guerra. En aquella época llegué a trabajar como guía. Toda la descripción se corresponde con el Punto de Mando Protegido Tagansky. Está en la plaza Taganskaya. Había una entrada desde la calle. Es un barrio de calles y casas antiguas, al lado del río Moscova. Pero en esa época nos explicaron que una de las casas solo es una fachada que disimula una gigantesca construcción de hormigón. Y que esta impedía que las bombas llegaran al hueco del ascensor. Ese búnker se encuentra veinte pisos bajo tierra. Y sí, todo es exactamente como tú lo describes. Las luces de neón, el restaurante, la renovación...

—Pero ¿cómo acceden al metro?

—Hay una salida, quizá varias. Desde el búnker se puede salir directamente a la estación Taganskaya y al túnel de la Línea de Circunvalación.

—La Taganskaya... eso se encuentra a tan solo dos estaciones de la Komsomolskaya... ¿y me van a decir que no oyeron los gritos? ¿Cuando se oían desde la superficie?

—Los Observadores Invisibles... —Homero negaba con la cabeza—. Me gustaba más la historia de la Ciudad Esmeralda.

—¡Podemos obligarlos a salir de allí! —dijo Artyom con amargura—. Perseguirlos hasta el metro. Hacer que todo el mundo conozca a esos cerdos.

Tendrán que confesar... Bessolov tendrá que confesar que nos han mentido durante todos estos años. Tendrán que decir que allí arriba hay un mundo, que aquí estamos muriendo en vano. Tienen que ordenar a su gente que desactiven los emisores de interferencias. ¡Todo eso se puede hacer! Tienen pocos guardias. La pregunta es: ¿Cómo vamos a entrar...?

—¿De dónde zacan la comida? —preguntó Lyokha.

—Parece ser que de los almacenes de algo que se llamaba Gochran. Pero creo que también les llega desde el metro. ¡Tienen a la Hansa en el bolsillo! Lo controlan todo. Los rojos les mandan prisioneros para que trabajen, la Hansa los alimenta y la Orden... restaura el orden cada vez que es necesario. ¿Tú lo sabías, Letyaga?

Este no miraba a Artyom. Se había vuelto hacia la pared.

—No.

—¿Y Melnik?

—No creo.

—¡Tenemos que informarle!

—Dentro de poco tendrás la oportunidad.

—¿Ha hablado contigo? ¿Lo has visto?

—Sí. Se va a convocar un tribunal. Eso quiere decir que será él quien decida. Y Ansor será quien firme en su nombre. Deserción. No tengo muchas esperanzas... y Lyokha tampoco. Ya lo habían reclutado. Por ello, la acusación también lo incluye a él. Y ahora también a ti. Sabes muy bien cuál es el castigo. Pena de muerte.

—Ezo no ez lo que me pdometió mi madde —explicó Lyokha—. Eya deshía que me ezpegaba un gdan futudo.

—¿Y tú? —le preguntó Artyom a Homero—. ¿Por qué te han arrestado a ti?

—Como testigo —dijo este, y se encogió de hombros—. ¿Quién soy yo, al fin y al cabo? Es probable que Melnik ya no se acuerde de mí. Tal vez me dejen marchar.

—Como testigo... —repitió Artyom—. ¿Tú crees que le vendrá bien tener testigos? Yo no soy propiamente un desertor. Si no lo convencemos... si se enroca en sus posiciones... lo tendremos crudo.

—¿E Ilya?

Artyom se volvió hacia Ilya Stepanovich. Este se había sentado sobre el duro suelo y contemplaba a Artyom. Al encontrarse las miradas de ambos, Ilya se estremeció y dijo:

—¡¿Eso es verdad?! Lo que has contado sobre el Reich... y sobre Yevgeny Petrovich y su hija.

—Recuerdo cierto sobre con fotografías. Yo mismo lo tuve en la mano. Y

Bessolov también habló de ello. Sí, creo que es verdad.

—Pero ahora ha huido. El Führer ha huido.

—Ya lo sé. Lo están buscando para devolverlo a su puesto. Quieren organizaros un nuevo Reich.

—Yo también tuve... una hija —dijo Ilya Stepanovich, y tragó con la boca seca—. A mí me la quitaron. Pero él... ha conservado la suya. Todavía la tiene.

Artyom asintió. Ilya Stepanovich ocultó el rostro entre las rodillas.

—Entonces, ¿siguen ahí? —preguntó Homero—. ¿Hasta el día de hoy? ¿El antiguo gobierno? ¿Y rigen los destinos del metro?

—Sí, de todo el metro. Pero eso mismo los hace vulnerables. Si los obligamos a salir del búnker y los arrestamos... ¡entonces todos nosotros podríamos marcharnos de aquí! ¡A la superficie! ¡Podríamos marcharnos todos!

—Sí, es verdad.

—Tenemos que convencer a Melnik. Explicarle que también lo han jodido a él.

Se quedaron en silencio. Lo más probable era que cada uno siguiera sus propios pensamientos.

Se oyeron pasos en el corredor. Entonces una pequeña ventana que había en la puerta crujío y se abrió. Al otro lado del alambre de espino que la protegía se vio una silueta. No era especialmente alta.

—¡Artyom!

Este se sobresaltó. Luego se acercó a la puerta y susurró:

—¿Anya?

—¿Por qué has vuelto? ¿Para qué? Va a acabar contigo.

—Tengo que sacar de aquí a mi gente. Y quiero hablar con tu padre... una última vez. Él no sabe toda la verdad. No lo hará. Cambiará de idea. Tan solo necesito una oportunidad para hablar con él. ¿Podrías rogarle en mi nombre?

—No puedo hacer nada. A mí ya no me escucha.

—¡Pero es que tengo que darle explicaciones! Dile una cosa. ¡Se trata de los Observadores Invisibles!

—Escúchame. Ha convocado una sesión judicial. Para hoy. No habrá tribunal, sino que os someteréis al juicio de vuestras camaradas.

Letyaga se puso en pie.

—¿El juicio de nuestros camaradas? ¿Qué clase de broma es esta?

—¿Por qué? —preguntó Artyom.

—No lo sé... —La voz de Anya parecía frágil—. Creo que quiere que sean los demás quienes te condenen... quienes os condenen a todos. No solo él.

—No pasa nada, Anechka. Si lo hacemos así será aún mejor... porque entonces todo el mundo estará presente. Revelaré la verdad delante de todo el

mundo. Entonces veremos lo que hace cada uno... no tengas miedo. Gracias por venir a decírmelo.

—No conseguirás nada. Más de la mitad serán de la Hansa. En estos momentos está muy claro lo que saldrá en la votación. Aunque todos los nuestros quisieran... no tienen votos suficientes.

—De todos modos, vamos a intentarlo. Como sea. Gracias por haber venido. Me había preguntado cómo podría hablar con todos nuestros muchachos. Pero ahora... él mismo me brinda la oportunidad.

—¡Eh! ¡Anya! —murmuró alguien desde el pasillo—. ¡Acaba de una vez!

—Artyom...

Alguien cerró la ventanilla y Anya desapareció.

—Yo...

Volvían a llevársela.

—Escuchadme todos. Lo conseguiremos. Si tú me apoyas, Letyaga, esto puede salir bien.

—Pero ¿cómo?

—Bessolov tendría que salir dentro de poco e ir con Sasha. Esto es, a la Tsvetnoy Bulvar. Si tuviéramos unas pocas personas allí... Suele salir tan solo con uno o dos guardias. Podríamos capturarlo. Lo llevaríamos al búnker. A la Taganskaya, por la Kitay-Gorod. Y el propio búnker... apenas si tiene vigilancia. Bastará con que Bessolov les diga que abran... y cuando estemos dentro...

—Con unas pocas personas no podrás hacer nada.

—También he pensado en eso. He venido hasta aquí por el Reich. El agua ya ha empezado a bajar. Y en la Chekhovskaya falta poco para que se pueda poner pie en tierra. En esa estación flotan muchas hojas de periódico. ¿Lo entiendes, Homero? ¡Allí hay una imprenta! ¡En la Chekhovskaya!

—Sí —confirmó el viejo—. En las antiguas instalaciones de mantenimiento.

—Me he fijado en que la instalación eléctrica aún funciona en algunos sitios. Puede que la inundación no haya estropeado la imprenta. ¿Qué os parece si la utilizamos para imprimir panfletos? Explicaríamos a la gente que los han tomado por idiotas. Les hablaríamos de los Observadores Invisibles. De los emisores de interferencias. ¿Qué te parece? ¿Podemos conseguirlo?

—Cuando estuve allí me la enseñaron...

—Si esto sale bien, podríamos reventar todo su sistema... por lo menos. Unos millares de panfletos y ya estaría, ¿no? Podríamos repartirlos entre las gentes de la Taganskaya. Y los que estén de paso... podrán leerlos y distribuirlos en otros lugares. También en la Kitay-Gorod. ¡Vamos a revelar su secreto frente a las puertas del búnker! ¡Concentraremos a las masas frente a la entrada! Y el

cerdo de Bessolov hará que nos abran la puerta... ¡y entonces no les quedará más remedio que decir la verdad a la cara de la gente! Entonces ya no estaremos solos, Letyashka. ¡Y si el asalto al búnker no nos saliera bien, los panfletos circularían igualmente por todo el metro!

—*¿Debemos hacer entrar a la gente de la Taganzkaya en el búnker?* —preguntó Lyokha. —*A todoz eyoz?*

—Cuantos más, mejor. Tienen que cerciorarse por ellos mismos de que esos cabrones viven allí como gusanos en el tocino. Cuando lo hayan visto con sus propios ojos, tal vez creerán en todo lo demás. —*A ti qué te parece, Lyokha? ¿Vamos a conseguirlo, abuelo?*

—En teoría, parece posible... —respondió Homero—. En cuanto el papel se haya secado. De hecho, tenían el papel empaquetado en plástico... para que no se estropeará con la humedad. Podría ser que quedara algo...

—*Y tú qué dices, Letyashka? ¿Qué pasa con nuestra gente? ¿Acaso han olvidado a los camaradas que cayeron frente a los rojos?*

Letyaga suspiró.

—*¿Cómo podrían olvidarlos?*

—Muy bien. Así pues, el plan ya está trazado. Entraña muchos riesgos, eso es evidente, pero podría salirnos bien, ¿verdad?

—*Poddía zed* —reconoció Lyokha.

—*Y tú crees que te van a dejar distribuir los panfletos?* —La duda era perceptible en la voz de Homero—. Si resulta que el Estado... que el Estado no ha desaparecido... ¿tú entiendes lo que significa eso? Nuestro Estado...

—No. ¡Me importa una mierda, viejo! ¡Tenemos que intentarlo! ¡Tenemos que explicárselo todo a las gentes! ¡Tenemos que liberarlos!

Homero asintió.

—*Y... y qué vas a hacer en la superficie cuando por fin hayamos salido? ¿Tienes idea del lugar adonde quieres ir?*

—*¡A vivir! ¡Como antes! ¡Como seres humanos! ¡Cuando estemos fuera ya descubriremos dónde!* ¿No lo tienes claro?

—No del todo —suspiró Homero—. Por ejemplo, no tengo nada claro qué...

—*Da igual el qué! ¡A criar setas, a plantar trigo... estoy dispuesto a todo!* Lo importante es que salgamos a la superficie. Piensa que la Tierra es gigantesca. Podemos ir adonde queramos. Y buscar el sitio que más le guste a cada uno. Una ciudad... o la costa, al lado del océano. ¡*¿A vosotros os parece bien que un puñado de sanguijuelas nos estén privando de todo eso?*!

—*Y que ademáz zepazen ed* día comiendo! —añadió Lyokha.

—Deben de tener algún motivo —respondió Letyaga, que aún no estaba

convencido.

—¡Pues claro que lo tienen! ¡En cuanto salen al aire libre les da vueltas la cabeza! Y por eso quieren que tú te quedes aquí abajo. ¡Te retienen aquí como si fueras un animal!

—¡Venga, todoz a zaco contdra su búnked! —dijo el apóstol, resuelto—. Tu plan eztá muy bien. Zi no noz ponen antez la cobata.

—¿Lo entiendes, hermano? —Artyom agarró a Letyaga por sus inmensos hombros—. ¡Una vez arriba podrás hacer mucho más por la humanidad! ¿Qué es lo que juraste? ¿Que ayudarías a unas ratas rojas a cepillarse a quien les diera la gana? ¡Juraste proteger a la humanidad! ¡A la humanidad entera! ¡A todo el metro! ¡Y si los sacamos a la superficie nos van a necesitar de verdad por primera vez! Porque los miembros de la Orden tenemos experiencia. Sabemos movernos por la superficie. Conocemos los riesgos. Sabemos qué animales rondan por allí... y dónde es peligrosa la radiación. ¡Ese es nuestro lugar! ¡No aquí, donde tenemos que cortarle el pescuezo a todo el que venga de otro sitio! ¡Sino allí arriba, donde enseñaremos a nuestra propia gente en qué lugares pueden vivir! ¿No?

—Sí, claro —murmuraba Letyaga.

—¿Abuelo?

—No sé...

—Lo entiendo. Te da miedo salir a la superficie. Son demasiados años bajo tierra. Aquí ya lo conoces todo. Es oscuro y estrecho, pero se ha convertido en tu hogar, ¿verdad? Y ahora te costaría salir. No estás solo. En la Komsomolskaya traté de convencer a la gente... y no me creyó nadie. Nadie se marchó conmigo. Tú no tienes ninguna culpa. Y ellos tampoco. La culpa es de esos cabrones del búnker. Te han mentido, igual que nos han mentido a todos nosotros. Nos han transformado en topos. Nos han demostrado que somos gusanos. Pero todo es mentira, todo está construido sobre mentiras. Si no les decimos la verdad, si tú, ¡o tú, Ilya Stepanovich, porque tienes cualidades para ello!, o yo no les decimos toda la verdad sobre las carretillas cargadas de cadáveres, sobre las barras de hierro, sobre mi túnel, sobre las fosas donde comen los perros, sobre las ametralladoras en la Komsomolskaya, ¿quién lo hará? ¡Nadie! ¡Ya sé que no querrán creerme! ¡Al principio seguro que no! ¡Nadie me ha creído! ¡Y vosotros tampoco me creéis del todo! Esto es difícil... pero tiene que ser así. Nos señalarán con el dedo. Nos llamarán chiflados. Nos considerarán enemigos. Pero alguien tiene que decírselo. Para que así, por lo menos, tengan un momento de duda... ¡y quién sabe, puede que alguien se lo crea! ¡Y ese alguien nos seguirá! Tenemos que hacerlo. Por la humanidad. Aunque se nos pongan en contra. Más adelante lo entenderán. Si no, ¿qué piensas hacer? ¡Volver a imprimir folletos

fascistas? Ilya Stepanovich seguía con el rostro entre las rodillas. El mundo había explotado en mil pedazos y uno de ellos se le había clavado en el corazón.

—No. —Homero negó con la cabeza—. Eso ya no volverá a hacerlo.

—Bueno, ¿qué hacemos? ¿Lo intentaremos, si se nos presenta la oportunidad? ¿Estáis todos conmigo?

—¡Zí! —gritó Lyokha—. ¡Van a ved ezoz cabdonez!

A medida que se acercaba el juicio, pareció que el tiempo se replegara sobre sí mismo como un muelle en espiral, cada vez más comprimido y por eso cada vez más lento. Artyom les dijo a los carceleros que quería hablar con Melnik, pero sus rostros tejidos en negro no reconocían a Artyom, y tampoco pareció que Melnik quisiera acordarse de él.

¿Por qué tardaba tanto Svyatoslav Konstantinovich? ¿En qué estaría ocupado? ¿Quizá dirigiendo la construcción del patíbulo porque sabía lo que iba a decidir la Orden? ¿Quizá porque ya había accordado el voto con cada uno de los luchadores?

En cualquier caso, Artyom se preparaba para lo que sucedería.

Iba arriba y abajo por la celda, agobiaba a sus compañeros de cautiverio, repetía una y otra vez lo que tendría que decir. No le quedaba ninguna otra oportunidad de salvarse, de sacar a Letyaga y a Lyokha de aquel atolladero. De llenar de humo el nido de ratas, de salvar a los seres humanos de las ratas.

Se decía a sí mismo que someterse al juicio de los camaradas sería algo bueno. Sería lo correcto. «No son estatuas marmóreas. No están hechos de fango, ni de granito. Hemos servido juntos tan solo durante un año, pero ese año ha valido por diez. Todos nosotros estamos unidos por un hilo rojo. Timur, Knyas, Sam. Que Melnik construya su patíbulo. Condenar a muerte a un hermano no es tan sencillo».

Se presentaron de pronto.

Les llamaron uno por uno.

—¡Letyaga!

Letyaga bajó los hombros y se dejó poner las esposas.

¿Qué le pasaba?

Cuando Artyom hablaba con él, Letyaga asentía al ritmo de sus palabras y parecía haberse dejado contagiar por la rabia del joven. Pero tan pronto como se hacía de nuevo el silencio, la fiebre volvía a bajar y desaparecía sin dejar rastro. Letyaga era uno de esos que deciden una sola vez, para toda la vida, lo que van a pensar y la opinión que tendrán sobre todas las cosas. Y esa decisión la

había tomado mucho tiempo atrás, y para siempre. Por ello, la nueva verdad llegó a su gruesa piel no como una carga de perdigones, sino como sal.

—¡Svonarev!

Así se apellidaba Lyokha. Melnik tenía información sobre Lyokha que el propio Artyom no conocía. ¿Tal vez lo había interrogado? ¿Sobre qué? A Lyokha también lo esposaron. Cuando se lo llevaban, se volvió para mirar a Artyom.

—¡Tyomich! ¡No te *meez* en *loz pantalonez*!

Buena manera de animarlo.

—¡Negro!

El corazón se le aceleró. Artyom había pensado que no volvería a sentir molestias con eso, pero entonces se dio cuenta de que sí. Estaba nervioso. «En realidad pareces idiota. Hace una semana pensabas que a estas alturas ya estarías muerto. Has sobrepasado el plazo previsto. ¿Y bien?».

No. Así, no. Ni hablar.

—¿Qué me decías, abuelo? Que cada uno tiene su propia estación final, ¿verdad?

Homero alzó la cabeza. Sonrió, fatigado y sorprendido.

—¿Te acuerdas?

—¿Cómo querías que lo olvidara?

—¡Eh, los brazos para aquí! —le gruñó alguien.

Tendió las dos manos hacia atrás y se las esposaron.

—Puede haber muchas estaciones finales distintas —matizó Homero—. Pero cada uno tiene su meta. Y cada uno tiene que encontrar su estación de destino.

—¿Y tú no crees que vaya a ser esta? —le preguntó Artyom, y volvió la cabeza para mirarse las esposas.

—Todavía no es la estación final —respondió Homero.

Unos dedos de acero se clavaron en la nuca de Artyom y la empujaron en dirección al suelo. Al mismo tiempo, alguien tiró de sus brazos para arriba, para que tuviese que andar encorvado.

—Nos veremos —le dijo Artyom al viejo.

Se marchó por el pasillo junto con los guardias, mirando el granito desgastado. Los guardias guiaban a Artyom y él pensaba por ellos. No era mal momento para una predica.

—Muchachos... no sé si sois de los nuestros, o de la Hansa... pero os están tomando el pelo. A todos vosotros. A todos nosotros. ¿Vosotros sabíais que hay unos emisores de interferencias? Y están ahí para que no salgamos más del metro...

Se detuvieron.

Algo duro le rozó la mejilla y una cinta adhesiva de color negro empezó a desenrollarse. Le taparon la boca. Luego le pusieron otra tira cruzada con la anterior, para más seguridad.

Y volvieron a ponerse en marcha.

Había quedado bien claro.

El cuerpo se le cubrió de sudor. ¿Qué pasaría si le dejaban la cinta adhesiva puesta? ¿Y si no llegaba a tener la oportunidad de decir nada?

Lo llevaron a una sala. Era la Arbatskaya.

La estación entera estaba abarrotada de hombres de negro. A los demás se les había pedido que se ausentaran para que la Orden pudiera linchar a uno de los suyos. Los allí reunidos no llevaban puesta ninguna máscara. Artyom se dio cuenta de que la votación no sería secreta. Cada uno tendría que hacerse responsable de su propio voto. Todos los que hubieran querido indultarlo lo tendrían en cuenta.

Lo empujaron hasta un círculo vacío. Lyokha y Letyaga ya estaban allí, ambos con el cuerpo encorvado, los brazos detrás de la espalda, los rostros confusos. Se habían desviado de su curso y de aquel modo querían volverlos a poner en su lugar.

Letyaga vio la cruz negra sobre los labios de su amigo y su rostro se ensombreció. Artyom forcejeaba contra sus guardias. «¡Quitadme esta cinta!». Buscaba a Melnik para exigirle justicia.

Ansol lo trajo poco después, pero Artyom no se fijó en que miraba en otra dirección. Se revolvía con la boca sellada como un gusano en una sartén, se mordía los labios que sabían a sangre con la esperanza de cortarla y poder hablar. Pero la cinta era ancha y el adhesivo mortalmente bueno.

Aún no habían empezado.

Por fin, trajeron a Homero y a Ilya Stepanovich a empujones entre la multitud. No los habían esposado. Así pues, era verdad que los hacían ir como testigos. ¿Qué iban a decir? Artyom contempló al fracasado maestro. Lo había oído todo en la celda. ¿Qué iba a decir ahora? ¿Estaba comprado? Se acordó de Dietmar y de su fórmula, sencilla pero eficaz, para manipular a la gente. Y se acordó de haber comido basura en honor de Dietmar por causa de Ilya Stepanovich.

Una y otra vez trató de separar los labios, pero la cinta aguantaba. Tenía la boca sellada.

—Podemos empezar —dijo Ansol.

—Hemos convocado esta audiencia para juzgar un caso de deserción y traición por parte de tres antiguos camaradas —clamó la voz ronca de Svyatoslav Konstantinovich desde su trono—. Letyaga, Artyom y el recién

llegado, Svonarev. De acuerdo con la instrucción previa, sabotearon dos misiones de gran importancia, emprendidas con el objetivo de poner fin a la guerra entre los rojos y el Reich. Impidieron la entrega de un despacho con un ultimátum para el Führer. Y sabotearon otra operación encaminada al objetivo de obligar a Moskvin a aceptar un tratado de paz. En el centro de la conjuración se hallaba Artyom Negro. En nuestra opinión, Letyaga lo siguió al haberse dejado influir por él. En el caso de Artyom, solicitamos la pena capital. Nos avenimos a discutir el caso de Letyaga. El tercero de dichos individuos es un cómplice de Artyom. Un infiltrado. Él también debe morir.

—*¿Oz habéiz vuedo locoz? ¡¿Qué he hesho yo?! ¡¿Y Adtyom?!*

—¿Qué le ocurre? ¿Acaso se trata de un disminuido? Sujetadlo bien fuerte.

Alguien golpeó a Lyokha por detrás y lo obligó a cerrar su mellado pico.

—¿Cómo es que Artyom tiene cinta en la boca? —preguntó alguien entre la multitud—. ¿Cómo va a defenderse?

—Tenemos graves motivos para suponer que ha perdido el juicio —explicó Melnik de mala gana—. Pero no sufráis. En cuanto llegue el momento, podrá hablar. Entonces vosotros mismos podréis formaros un juicio. A mí me parece que el caso está claro, pero todo tiene que hacerse de acuerdo con los procedimientos adecuados, con votación pública y general. Empezaremos con la declaración de Letyaga y luego escucharemos a los testigos. Para terminar, votaremos acerca del caso de Letyaga, después acerca de ese retrasado y, para terminar, sobre Artyom. Sin embargo, hay algo que os querría decir: no creáis que esto es teatro. Quiero que juzguéis con toda dureza. No importa quién sea pariente de quién. Ese hombre nos ha traicionado. La ley es la misma para todo el mundo. He llamado a los camaradas a juicio para que nadie pueda reprocharme nada una vez se tome la decisión. ¿Ha quedado claro?

Se oyó un fuerte murmullo, pero era un murmullo en coro, sintonizado, como en formación.

—Adelante, Letyaga. ¿En qué momento realizó Artyom Negro el primer intento de persuadirte para que te unieras a su causa? ¿Qué te ha dicho? ¿Cómo te obligó a entregarle el despacho secreto? Y descríbenos, por favor, con todo detalle, cómo echó a perder las negociaciones con Moskvin. Las personas que están aquí pueden saberlo. Entre nosotros no hay secretos. Y, por otra parte, ¿en interés de quién actuaba Negro?

El rostro de Melnik permanecía inmóvil como el de un enfermo. Pero su única mano se agarraba con tanta fuerza a la llanta de la silla de ruedas que se distinguía el contorno blanco de sus huesos. Contemplaba a Letyaga con ojos de bronce y sus pupilas eran como orificios negros perforados en ese bronce.

Letyaga dio un paso adelante, como un oso al extremo de una cadena.

Movía la cabeza y miraba de lado a Artyom con el ojo bizco, consciente de su responsabilidad. Respiró ruidosamente. Bajó la mirada hacia el granito. La muchedumbre callaba. Artyom no separaba los labios y Lyokha masticaba uno de sus propios coágulos de sangre.

—Hacía tiempo que teníamos bajo observación a Artyom —empezó a decir Letyaga—. Desde hacía más o menos un año. Sabíamos que varias veces por semana salía a la superficie desde la VDNKh. Se dirigía siempre hacia el complejo de rascacielos de tres colores que se halla en dirección a la carretera Yaroslavkoye. Lo observábamos desde una posición cercana. Varias veces por semana trataba de contactar por radio.

Letyaga lo estaba entregando. Artyom escuchaba. Presionaba con la lengua contra la cinta de sabor amargo, gimoteaba por los agujeros de la nariz. Una lluvia de grava fría y cortante, un aluvión de tierra húmeda, recién arrancada del suelo, le cayó sobre las piernas, sobre los brazos, dentro del pecho. Sintió que no le quedaban fuerzas.

Los camaradas de Artyom también estaban allí: Sam, Styopa, Timur, Knyas. Por un instante le pareció ver a Anya, escondida entre las espaldas de los hombres. Pero cuando se fijó, su silueta ya se había desvanecido.

—¿Sabéis...? —continuó Letyaga—. El problema es que la guerra contra Occidente no ha terminado. Que tan solo esperan a que nos traicionemos. Por supuesto que enseguida nos imaginamos que Artyom había contactado con occidentales. Para descubrir nuestra posición. Tal vez, incluso, para entregarles unas coordenadas a las que pudieran apuntar... era nuevo entre nosotros. Y el general nos ordenó vigilarlo. Sin que eso fuera evidente. Y entonces hubo esa historia de... la estación de radio. Probablemente ya la conocéis.

Se oyó un murmullo entre la multitud.

¡Anya!

Sí, era ella. Había logrado desembarazarse de quienquiera que la sujetase y se había abierto paso hasta la primera fila. Su mirada se encontró con la de Artyom y sus ojos ya no se apartaron de él.

—Te estás perdiendo —lo interrumpió Melnik en tono severo—. Empieza por contarnos lo del despacho.

—Sí. La cosa fue de este modo: en el caso de Artyom la cosa estaba muy clara. Que probablemente trabajaba para el enemigo. Que perseguía el objetivo de desestabilizar la situación. De descubrir la posición de Moscú. De orientar armas enemigas hacia nosotros. Y lo del despacho...

Artyom se estremeció, trató de volverse, pero lo sujetaron con puño de hierro. Su boca no podía abrirse lo más mínimo, no podía gritarle a Letyaga: «grupo sanguíneo A 2 RH negativo...» y al fin y al cabo Letyaga había pagado

aquella deuda desde hacía mucho tiempo, y después Artyom había tomado sangre prestada por gracia de Bessolov. ¿Y para qué? ¿Para poder subir con sus propias fuerzas al patíbulo?

Letyaga ya no podía mirarlo.

Hablaban con palabras acompañadas, como si se hubiera tratado de una grabación.

Incluso los escasos rostros conocidos observaban a Artyom con el ceño fruncido, como si hubiera sido un extraño, un animal ponzoñoso, merecedor de ser pisoteado.

—¿Qué ocurrió con Moskvin? —preguntó Melnik.

—Con Moskvin... —repitió Letyaga—. Lo de Moskvin fue así: Artyom me sacó del búnker que habíamos defendido contra Korbut y los suyos. Cuando perdimos a Desyay, Android, Ulman, Ryshi, Antonchik...

—Ya sé quiénes murieron allí —lo interrumpió Melnik—. Prosigue.

—Sí, naturalmente que lo sabe. Tiene usted esa lista. Todos nosotros la hemos visto. A mí mismo me faltó poco para morir. Y Artyom me dijo: «¿Comprendes que hemos entregado esos cartuchos, todos esos cartuchos, a los rojos? ¿A Moskvin? ¿Que se los hemos entregado a los mismos cerdos que tienen a nuestros muchachos sobre su conciencia? Por orden de Melnik». Y entonces me vino la idea de que los habíamos traicionado. Comprendí por qué habían muerto. Por nada. Porque la polí...»

—¡Letyaga!

—Porque la política, según parece, es más importante. Ayer era la guerra, hoy es la paz. Qué lástima que nuestros muchachos murieran en vano ayer, cuando había guerra, porque hoy ya estamos en paz. Y hoy les entregamos estas cajas con veinte mil cartuchos para que mañana, cuando empiece otra guerra, nos maten a los que quedamos.

—¡Ya basta!

—Y entonces me dijo Artyom: «Los rojos y los fascistas no son de verdad. Y tampoco la Orden. Todo está gobernado por una única estructura: los Observadores Invisibles». Me importa una mierda quiénes sean esos. Y que nosotros somos una parte de esa estructura, y los rojos otra. Y que nunca ha habido ninguna guerra de verdad, y que la defensa del búnker no tuvo ningún valor. Todo fue teatro. Eso es lo que pensé... Y tanto beber vodka con los muchachos muertos, ¡¿será otra obra de teatro?!

—¡Letyaga!

—¡Déjalo hablar! —gritó la multitud—. ¡Que hable! ¡Letyaga es de los nuestros!

—¡Déjalo libre! ¡¿Cuál es el problema?!

—Letyaga ya ha hablado... Yo perdí las dos piernas...

—Y Artyom me dijo: «¡¿Dónde estaba la Hansa cuando toda esa historia con el búnker?! ¿Por qué nos mandaron después a su gente y no entonces, cuando los necesitábamos de verdad? ¿No será que ha pagado a esa gente con sus dos piernas?».

—¡Letyaga tendría que ser el comandante! —gritó alguien.

Se oyó un plop instantáneo y fuerte, y la sangre roja de Letyaga roció la impoluta pared blanca. Entonces el hombre se derrumbó y se quedó con la cara contra el suelo. Su cogote había desaparecido. En su lugar se había abierto un embudo de carne.

Y en ese mismo momento, un embudo semejante se abrió en el corazón de Artyom.

—¡Letyaga!

—¡Letyagaaaa! ¡Lo ha matado la Hansa!

—¡Todos contra la Hansa!

Al echarse todos a correr, alguien golpeó la silla de ruedas de Melnik, y este se cayó sobre el granito, no muy lejos del viscoso lago. Empezó a mover su único brazo como una cucaracha panza arriba, los radios de las ruedas giraban a una velocidad cegadora, y por encima de él chocaban personas que por fuera parecían todas iguales, pero que claramente sabían quién estaba con quién.

Alguien agarró a Artyom, tiró de él hacia un lado, le arrancó la cinta de la boca y lo protegió con su propio cuerpo, luego sacaron a Lyokha, y el propio Artyom fue a por Homero. Se hallaban entre camaradas, luchaban con salvajismo, con las manos desnudas, porque aparte de guardias y verdugos no habían podido acudir con armas al juicio.

—¡Eso es! ¡Tenemos una oportunidad! —gritó Artyom al oído de Lyokha, al mismo tiempo que alguien le quitaba las esposas con una llave que habían robado a los guardias—. ¡Reunamos a unas cuantas personas! ¡Y luego vamos a la Tsvetnoy Bulvr! ¡Y Homero que vaya al Reich! ¡A la imprenta! ¡Lo vamos a conseguir! ¡Todo marcha de acuerdo con el plan!

—¡A la *dden*! —gritó Lyokha en respuesta.

Las dos oleadas que acababan de chocar se volvieron a separar y la brecha se abrió de nuevo. Una llevaba consigo el cadáver de Letyaga, la otra a Melnik, que todavía agitaba el brazo, así como la silla con las ruedas deformadas.

Pero Artyom no podía huir con los demás. Salió de entre la multitud, miró a su alrededor. ¡¿Dónde estaba?!

—¡Eh! ¡Ehhh! —le gritó alguien desde el otro extremo.

La tenían agarrada por los cabellos, le habían desgarrado la camisa. Se la estaban mostrando.

Anya.

—¿Dónde está el instigador? ¡Entregadnos a Negro! ¡Tenemos a su mujer!

—¡Anya!

—¡Ven aquí, gilipollas! Si no imagínate lo que va a pasar por su boca... delante de todo el mundo... ¡¿entendido?! ¡Ven aquí, y que sea de rodillas, cabrón!

—¡Ni te atrevas!

Anya se retorcía y los maldecía. Tenía un ojo hinchado y se le estaba poniendo negro. Le habían dejado al aire un pezón oscuro... una imagen incitante y al mismo tiempo lastimera.

Artyom agarró a Homero por el brazo.

—¡Imprime panfletos! ¡Sobre los emisores de interferencias, los supervivientes, los Observadores! ¡Diles que nos toman por idiotas! ¡La verdad! ¡Diles la verdad, viejo!

Homero asintió.

—¡Lyokha! ¡Tú lo conoces! ¡Tú conoces a Bessolov! Le has visto la cara. Es el chulo de Sasha. ¡Solo tú podrás resolver esto! Llévate a unas cuantas personas. A la Tsvetnoy Bulvar. Ese cerdo tendrá que...

—¡Ven de una vez, Negro!

—Y si no os deja entrar... te lo cargas allí mismo... ¡No os atreváis a tocarla, mamones!

Lyokha le guiñó un ojo.

—¡Alto! —gritó Artyom a los otros—. ¡Esperad! ¡Ya voy! ¡Soltadla!

Anya y él se encontraron durante medio segundo... Se encontraron y se volvieron a separar.

A dark, grainy black and white photograph of an industrial interior. The scene is dominated by large, dark pipes running diagonally across the frame. In the background, a metal walkway with railings is visible, illuminated by bright overhead lights. The overall atmosphere is gritty and atmospheric.

22

LA VERDAD

Toda la población de la Arbatskaya que había tenido que meterse en los pasillos regresó a la estación como un río desbordado. Los mismos guardias que hasta entonces les habían impedido acercarse al escenario del juicio se mezclaron con ellos. Los rebeldes de la Orden se dispersaron sin orden ni concierto. Artyom, preso entre gente extraña, no llegó a enterarse. Sin embargo, mientras se lo llevaban no dejó de gritar entre los negros hombros de sus captores:

—¡Ahí fuera hay un mundo! ¡No estamos solos! ¡El mundo ha sobrevivido! ¡Os engañan! ¡Podrías marcharos del metro! ¡Os mienten! ¡No les creáis!

Volvieron a amordazarlo.

Los miembros de la Orden fieles a Melnik lo condujeron a su legación en la Arbatskaya. Colocaron al general mutilado sobre la maltrecha silla de ruedas y se lo llevaron a su despacho habitual con el vaso de aguardiente y las listas.

Artyom —y también Ilya Stepanovich, a quien ya contaban entre los rebeldes— tuvieron que quedarse en un rincón de la antesala de Melnik, vigilados por soldados a los que no conocían. De vez en cuando, estos entraban en el despacho del general y preguntaban, sin molestar en cerrar la puerta del todo, si había que matar a los cautivos. Pero Svyatoslav Konstantinovich no se decidía a dar la orden.

Un viento frío soplaba por el pasillo y filtraba retazos de conversación por los resquicios de las puertasentreabiertas. A veces procedían de la estación, a veces del despacho del general. Al parecer, una multitud furiosa se había congregado en la Arbatskaya. Las gentes contaban lo que había sucedido con la Orden y repetían la proclama de Artyom como un eco.

«Suerte que he podido intercambiarme por Anya —pensaba Artyom—. ¡Ojalá que haya podido huir!».

Ilya Stepanovich miraba con ojos desorbitados a los hombres de negro. Padecía fuertes escalofríos y olía a orina. Quizás en aquel momento tratara de imaginarse el momento en que la bala le perforaría la frente. Pero no se quejaba, sino que solo soltaba un murmullo casi inaudible:

—Por supuesto que puede hacer lo que quiera. Tiene una niña sin dedos. ¿La entregó? No, la salvó. Si hasta es posible que se vea con ella. La ve crecer. Juega con ella. Y su mujer sigue con vida. La suya sigue con vida. No se ha ahorulado. Con una media. No se ha colgado del techo. No se ha quedado con la lengua fuera. Con la lengua negra.

Uno de los guardias llevaba un reloj de pulsera en el brazo derecho. Artyom veía su esfera cabeza abajo y se valía de ella para medir la eternidad. Calculó cuánto tiempo necesitaría Homero para llegar al Reich. Aunque no pudiera estar con el viejo, lo acompañó en espíritu mientras aprendía a manejar la imprenta, le buscó papel seco, le dictó el texto. No tendría que llevar él mismo los panfletos por todo el metro. Si lograba repartirlos por lo menos en la Polis, o en la Tsvetnoy Bulvar, se difundirían por todo el metro desde allí.

A parte de Homero y de Lyokha, nadie más conocía el plan. Todos los miembros hanseáticos de la Orden estaban con Melnik, y mantenían a raya al enjambre que se acercaba exigiendo respuestas.

Se oyó un grito en el despacho:

—¡Ponme a Bessolov en esta línea! ¡Si, otra vez! ¡Tengo que hablar con él! ¡En persona!

Perdido, caído del carro de combate, trataba de hablar con su señor. En

vano. Todo apuntaba a que Lyokha tendría una oportunidad de localizar a Bessolov antes de que Melnik contactara con él.

Tras dejar a Homero en la Chekhovskaya, los pensamientos de Artyom acompañaron a Lyokha hasta el burdel. Imaginó que el bróker se infiltraba entre el tumulto y la lujuria enmascarado con la apariencia de un veterano de la Orden, vigilaba la habitación de Sasha sin ser visto y concluía el ataque que el propio Artyom no había podido llevar a buen término. No, eso no. Tomaría a Bessolov como rehén y marcharía hasta el búnker con la unidad de asalto.

—¡Llama otra vez! ¡Otra vez!

El minutero seguía girando cabeza abajo. Marcó media hora, luego tres cuartos, luego la hora entera. El barullo crecía. Las fuerzas locales del orden, guiadas por las autoridades de la Polis, hacían tímidos intentos por restaurar la calma. Pero no había manera de dispersar a los curiosos. En la barrera, preguntaban a los soldados qué había ocurrido y a qué se debía el grito desgarrado que decía que en otras ciudades de la Tierra también quedaban supervivientes.

—¿Y qué pasó con la mía? Por un rabito que tenía. Se lo habrían podido cortar allí mismo. Una niña tan bonita. Narine había dicho que si salía niña se llamaría como mi madre. Marina. Marina Ilyinichna. Marina Ilyinichna Shkurkina.

Entonces Artyom se dio cuenta de que Ilya Stepanovich no hablaba solo, sino que se lo estaba contando a él, aunque no lo mirara a los ojos. Artyom hizo que sí con la cabeza, aunque en realidad solo estuviera pendiente de sus propios pensamientos.

—¡Cállate de una vez! —le gritó uno de los guardias con voz ronca—. ¡Me duele la cabeza de tanto oír tus murmullos! ¡Cómo no te calles, te callo yo! ¡De todos modos os callarán tarde o temprano!

—Marina Ilyinichna —susurraba Ilya en voz baja para que el guardia no lo oyese pero Artyom sí—. La pequeña Marina Ilyinichna. Cómo se habría alegrado su abuela.

¿Era posible que Lyokha lograra capturar a Bessolov?

¿Podría llevarlo como prisionero a través de medio metro? Al fin y al cabo, no estaba entrenado. Era bróker, no combatiente, y todavía menos asesino. En la estación de radio había sabido luchar, pero en un momento en el que se hallaba bajo el fuego enemigo y no tenía tiempo de trazar planes, sino tan solo de sobrevivir, de salir ilesos de aquella historia.

Y, sin embargo, lo iba a lograr.

Los veteranos lo ayudarían. ¿Sabría explicarles lo que había que hacer?

Pues claro que sabría. Si no, ¿de dónde le venía el título de apóstol?

Después de todo lo que había vivido con Artyom, no había que convencerlo de nada, ni demostrarle nada. Lo sabía él mismo, lo percibía.

—¡Me importa una puta mierda que no responda! ¡Sigue llamando!

¿Y si Lyokha había capturado ya a Bessolov? Quizás estuvieran llevando al gusano con un saco en la cabeza hacia el pasadizo secreto que conectaba el búnker con la destrozada Taganskaya. Con un poco de suerte, Homero llegaría a tiempo con los panfletos... él también estaba bien instruido. Si no lograba hacer funcionar la máquina, podía ir contándoselo a la gente. Como aquel otro Homero, el de verdad...

Alguien abrió bruscamente la puerta.

Entraron tres hombres con cara de preocupación y desaliento: un brahmán con su delantal, un oficial militar con el águila de dos cabezas en una gorra alta de visera y un hombre de civil. Pasaron al despacho de Melnik y se oyó un murmullo tenso y prolongado tras la puerta. También venían en busca de respuestas.

Se cocinaba algo en la estación. Algo que fermentaba, crecía, subía. Y los tres delegados habían ido a ver a Melnik para detener como se pudiera aquella fermentación, para que la tapadera siguiera sobre la olla.

Melnik contraatacó con frases vehementes y coléricas.

La puerta del despacho se abrió ligeramente.

—Vamos a convocar el Consejo de la Polis. ¡No tenemos ningún derecho a estar callados! Todo el mundo tendrá que hablar en el Consejo. Y entonces informaremos a la población sobre los resultados. ¡Y por lo que respecta a la escisión... tendrán que explicarlo ustedes mismos!

—¿Y qué pasa si todo el Reich no es más que una impostura? —seguía diciendo Ilya—. Si el propio Yevgeny Petrovich no es más que un impostor y un traidor, ¿qué hago entonces, qué pinto yo entonces, por qué nació Marina con el rabito, y por qué se ahorcó Narine con la media, y en qué bando estoy, y por qué? Ellos me dijeron: «Escribe», pero qué voy a escribir, cómo voy a escribir y con qué palabras...

Le habían tapado la boca a Artyom con un trapo asquerosamente sucio. No podía responder a Ilya Stepanovich y tampoco pedirle que se callara.

El brahmán sin afeitar se dirigió a la salida, de su delantal se levantaban pequeñas nubes de polvo. Lo siguió el oficial, que olía a sudor seco y calzoncillos sin lavar. Y después pasó el hombre de civil, sin más posibilidades de identificación. La audiencia había terminado.

—¡Dame el teléfono de una vez!

El trío se agachó para poder pasar por la puerta tamaño caja de cerillas que había al final del corredor y compareció ante el pueblo.

—¡Queremos la verdad! —se oía por la puerta abierta.

Ilya Stepanovich se puso en pie y trató de alejarse pegado a la pared, contra lo que le habían ordenado. Pero el hombre barbudo le gritó y le asestó un puñetazo en el plexo solar.

Luego, la puerta se cerró de nuevo.

¡Bueno! Las gentes, por fin, querían saber la verdad, y justamente en aquel momento Artyom tenía la boca tapada por un repugnante trozo de tela maloliente. ¡Qué más daba! Otros podrían hablar por él. Y actuar. Había mandado mensajeros hacia todos los puntos cardinales. Su miedo a la muerte ya no era el mismo.

Se oyó desde fuera que los tres hombres murmuraban a la multitud que se había despertado las palabras oportunas para que se volviera a dormir. Pero el gentío gritaba y exigía respuestas, y no parecía sentir ningún interés por las canciones de cuna.

«Gracias, Letyaga —pensó Artyom—. Es una lástima que hayas muerto. Y también es extraño.

»¿Ya no me mirarás con tus ojos bizcos? ¿No me contarás más chistes? A partir de ahora, ¿quién me prestará su sangre? Perdóname que en el último instante haya dudado de ti, Letyaga. Aunque tú también dudaste de mí en el último momento.

»Y con todo, has dicho lo que había que decir. Para que yo no acabara con la soga al cuello.

»Qué lástima que no puedas oír cómo la gente de la estación exige la verdad.

»Nosotros dos, tú y yo, les abriríamos ahora las puertas herméticas. Los guiaríamos hacia la superficie, hacia el exterior.

»Y en otros lugares están nuestros conjurados y cumplen con su parte. Homero imprime panfletos y el apóstol guía a Bessolov hacia el búnker con una pistola contra su sien pálida, para que lo abra. Que Melnik rabie y grite, si quiere. Es un perro que se ha quedado sin amo.

»¿Qué es lo que van a discutir en el Consejo de la Polis? ¿Cómo lograr que la tapadera quede bien sujetada a la olla? ¿Quizá la van a atornillar? ¿Cómo matar a los alborotadores con rapidez y con el máximo secretismo para que los rumores sobre un mundo renacido no se difundan por todo el metro?».

—¡Llama! ¡No importa adónde! ¡A la Tsvetnoy Bulvar!

«No podrán matarlos a todos».

—¡Habla! —gritaban en el exterior.

—¿Has dicho la verdad? —le preguntó Ilya Stepanovich a Artyom—. ¿Todo eso que le contaste a Homero es verdad?

Artyom asintió. ¿Qué era lo que bullía en el cerebro del maestro, y qué iba a salir de todo ello?

El dueño del reloj, de quien solo se podían ver los ojos que se movían nerviosamente de un lado para otro al fondo de los agujeros de la máscara, consultaba el ingenio con una frecuencia cada vez mayor. Igual que el vapor se cuela en el vestuario de una sauna, la antesala se estaba llenando de algo que se escapaba por las juntas de la puerta del general: la sensación cada vez más abrumadora de que lo empezado ya no se podría frenar.

Pensó de nuevo en Anya.

En lo obstinado que había sido el amor de aquella mujer.

Artyom estaba cortado con otro patrón. Al notar los primeros indicios de frialdad en Anya, él mismo se había enfriado. Como si el propio Artyom no pudiese irradiar amor, sino que su alma cóncava se limitara a reflejar el amor de Anya. Si sentía la luz difusa de la atención de Anya, la concentraba en un rayo a gran temperatura y se la devolvía. Entonces la abrasaba y recibía a cambio todavía más calor. Y cuando Anya, por fin, había empezado a enfriarse, Artyom ya no pudo devolverle nada. Así se volvió cada vez más pobre, hasta que por fin se agostó, aunque se diera cuenta de que, dentro de su cabeza, el futuro común de ambos se había marchitado y se disolvía en polvo.

El corazón de Anya funcionaba en sentido contrario, como un jersey del revés. Al principio parecía que ya no sintiera interés por él, a causa de su intencionada sordera, su insana obsesión, su incapacidad de apartarse de sus sueños idiotas y de respetar los sueños de Anya. Sí, quizás al principio Anya hubiera pensado en separarse de Artyom. No quedaba suficiente grasa en la lámpara, el pábilo ya tan solo humeaba. Pero tan pronto como el joven se hubo marchado, el amor de Anya se volvió a inflamar, un amor agrio, desesperado. Hasta el punto de que su ardor amenazaba con abrasar los ojos de Artyom y el joven había tenido que protegérse los ojos con las manos. Así fue como se decidió, y su decisión le dio calor. Anya volvía a reflejarse en él, esta vez con un reflejo distorsionado y grotesco, pero al mismo tiempo más vívido y resplandeciente.

El amor es un extraño combustible.

—¿Todavía no hay respuesta?

«Quizá no te quede nadie a quien puedas llamar, viejo. Ha pasado un buen rato. Si el apóstol ha tenido suerte, si todo ha salido como acordamos, puede que hayan capturado el búnker hace rato y hayan desalojado a sus habitantes. Y esas ratas cebadas se encuentren ahora en la Taganskaya con sus ridículos trajes y respondan como niños en la escuela a las preguntas sobre la última lección de geografía».

—¡Ansor!

Ansor apareció, lanzó una mirada hostil a Artyom e Ilya, y entró en el despacho de Svyatoslav Konstantinovich. Aguantó los gritos de su superior y luego lo sacó a toda velocidad al pasillo en su carro de guerra.

—¿Qué hacemos con estos? —preguntó el del reloj.

—Todavía no lo he decidido —exclamó Melnik sin volverse—. Después de la reunión del Consejo, veremos.

Según parecía, no había podido hablar con nadie.

—¿Se quedan aquí?

—Sí. No, espera. Que vengan conmigo. Quizá nos sirvan para algo. Pero ten cuidado de que no abran la boca.

Los agarraron por los sobacos, los levantaron y los sacaron —Artyom amordazado e Ilya con los pantalones mojados— a la deslumbrante Arbatskaya. Los guerreros formaron en cuña y se abrieron paso entre la multitud. Avanzaron por la estación con aires provocadores. El griterío era ensordecedor. No se entendía ni una sola palabra.

El Consejo de la Polis se reunía allí. Ese era el motivo por el que Melnik había solicitado un despacho en la Arbatskaya. Se detuvieron frente a una puerta.

Toda la formación tuvo que quedarse fuera. Tampoco invitaron a Artyom ni a Ilya a tomar parte en el Consejo. Los guerreros de la Orden formaron frente a la puerta, empuñaron sus armas e impidieron que los curiosos se acercasen a la entrada. Melnik y Ansor sí entraron, los siguieron unos pocos brahmanes que llegaban tarde, y finalmente las puertas se cerraron.

—Parece que han recibido unas señales... —se rumoreaba en el entorno.

—Dicen que no somos los únicos supervivientes...

—¿Y dónde están los otros? ¿Quién dice eso?

—Si vuelven a salir, sabremos más. Ahora mismo están deliberando.

—¿Cómo es posible...? Tantos años de silencio... y ahora, de pronto...

—Lo ha descubierto la Orden. Ha habido un conflicto por si tenían que decirlo o no.

—¿Y esos de ahí? ¿Los del banco? Ese que está con las manos sujetas, ¿quién es?

—Han detenido a unos terroristas. Pronto lo anunciarán.

Artyom no podía ver de dónde provenían los susurros. Tan solo veía espaldas negras y uniformes, las correas que sujetaban los chalecos blindados sobre los hombros, cuellos de lana, pares de botas separadas entre sí. Pero se dio cuenta de que la curiosidad se hacía oír por todas partes, el oxígeno se enrarecía, las paredes se cerraban sobre ellos. Allí había cientos de personas y Melnik tendría que buscar la manera de no darles ninguna respuesta.

De pronto estalló un tumulto.

Alguien se abrió paso a pesar de la aglomeración. Un hombre resuelto y decidido.

—¡Paso libre! ¡Al Consejo!

Los soldados de la Orden se pusieron en movimiento. Primero estrecharon filas. Luego empezaron a vacilar.

¿Era la voz de Timur? El camarada de Letyaga y Artyom era uno de los suyos. Había estado en el grupo de Lyokha, Homero y Anya. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué había regresado? Habría tenido que estar en el asalto al búnker. ¿Y si ya lo habían capturado? ¿Acaso traía la cabeza cortada de Bessolov a la reunión del Consejo?

—¡Paso libre! ¡Por invitación del Consejo!

El cordón se abrió y dejó pasar a Timur, así como a Knyas y a Luka, otros dos de los antiguos. Al ver a Artyom sentado en el banco, Timur le hizo un gesto con la cabeza, pero no trató de liberarlo, sino que entró de inmediato en la sala del Consejo. Luka y Knyas se quedaron en la puerta para montar guardia.

¿De qué hablarían? ¿Qué podían estar negociando? ¿Querían ganar tiempo? ¿Se estaban lanzando ultimátums recíprocos? ¿Suplicaban perdón? ¿Habían presentado la cabeza de Bessolov en una bandeja?

Al otro lado de la puerta reinaba el silencio.

¿Acaso alguien los había matado a todos?

—¡Salid del paso! ¡Tenemos que entrar en el Consejo!

¿Quién venía ahora?

Esta vez la multitud no se separó tan presta ni con tanto respeto. Murmuraba: «¿Y por qué vamos a apartarnos?».

Artyom hizo un esfuerzo para girar el cuello.

El anillo negro también vaciló antes de abrirse para dejarlos pasar.

El joven tardó un momento en ver quién iba en cabeza de los recién llegados.

Bessolov.

Vivo. Pálido, concentrado, silencioso. Detrás de él iba Lyokha, el apóstol. Alexey Felixovich contempló a Artyom con mirada lúgubre, sin saludar. Lyokha, en cambio, si le hizo un gesto con la cabeza. Ambos entraron por la puerta. ¿Acaso el apóstol había venido con un rehén? Otros dos miembros de la Orden los acompañaban, pero también se quedaron en la puerta.

De pronto, Artyom se levantó del banco y empezó a gritar preguntas a través del trapo. Alguien lo golpeó en la rodilla y se cayó hacia atrás. Luka y Knyas advirtieron con un silbido al hombre que había hecho caer a Artyom y llevaron la mano a la pistolera.

Entonces los otros se detuvieron... y retrocedieron de nuevo.

Se decidiría todo al otro lado de la puerta. Lo de fuera no contaba.

Entretanto había empezado a difundirse un calor opresivo, como aquella vez en la Komsomolskaya, cuando se habían plantado frente a las ametralladoras. La multitud trataba de avanzar, la cadena humana de guardias empezó a retroceder poco a poco, aun cuando no les estuviera permitido abandonar sus posiciones. Las lámparas de bronce —anillos de dos metros de diámetro de media tonelada de peso cada uno— parecían mecerse al extremo de sus propias cadenas por la gran cantidad de seres humanos que respiraban a un mismo ritmo.

Entonces, de pronto...

Un sonido extraño se hizo oír por toda la estación. Una tos.

Los hombres que protegían la puerta se sobresaltaron, la muchedumbre quedó en silencio, todo el mundo empezó a mirar en derredor. Era una tos dispersa, como si hubiera sonado por varios altavoces a la vez. Entonces se hizo evidente que había un sistema de megafonía.

—¡Probando! ¡Probando! Uno, dos.

Se oyó por toda la estación. Una voz profunda y agradable.

—Honorables ciudadanos, les rogamos que presten atención. Dentro de poco vamos a dar una noticia importante. Por favor, no se vayan.

—¡La verdad! ¡Dinos la verdad! —le gritó alguien al invisible locutor.

Pero este carraspeó y se quedó en silencio.

—Una noticia importante...

—Esto no será...

—Qué locura...

Y tan solo cuando el tiempo se hubo detenido del todo, se abrió la puerta, y un hombre gordo de aspecto industrioso, vestido con un traje marrón, salió al círculo negro. Tenía los ojos vidriosos y una amplia frente que se prolongaba en unas entradas muy pronunciadas. Un asistente lo ayudó a subirse al mismo banco de mármol en el que estaba sentado Artyom para que la multitud pudiera oírlo.

—El presidente del Consejo... es él en persona.

Entonces, Melnik y Ansor aparecieron en la puerta, y detrás de ellos Timur. Se quedaron a ambos lados del banco.

El gordo se sonó. Después se enjugó el sudor de la frente con el pañuelo donde había dejado los mocos. Luego lo utilizó para limpiarse las gafas y se las volvió a poner en su sitio.

—¡Ciudadanos! Hoy estamos aquí reunidos con motivo de un acontecimiento ciertamente desagradable. En el seno de la honorabilísima Orden, cuya misión es protegeros a vosotros y a nosotros..., ha surgido, por así

decirlo, una discrepancia de pareceres. Luego hablaremos de eso.

—¡Basta de charla! ¡Queremos hechos!

—Sí. Claro. Vamos al grano. Resulta que hemos constatado, aunque desde luego nos parezca increíble, pero tenemos pruebas indiscutibles que presentaremos a su debido tiempo... en definitiva, hemos constatado que Moscú no es la única ciudad que ha sobrevivido a la última guerra. Es lo que se deduce de una retransmisión de radio que logramos captar.

La multitud enmudeció. No se oía nada, nada, salvo la voz monótona y rancia del hombre de marrón.

Artyom lo miraba desde abajo sin decir nada, como si hubiera sido un oráculo. Como Letyaga antes del disparo. Como un santo.

—Dentro de poco os pasaremos la grabación. Pero antes permitidme que os diga unas palabras. Para mí, personalmente, ha sido una desagradable sorpresa, como lo será para todos vosotros. Resulta que la retransmisión provenía de la otra orilla del Atlántico. ¡Mis queridos ciudadanos, camaradas, hermanos! Todos vosotros sabéis lo que eso significa. Significa que el enemigo que aniquiló nuestra tierra, que tiene sobre su conciencia a ciento catorce millones de nuestros compatriotas, nuestros padres, hijos, esposas, maridos... significa que ese enemigo vive. Sigue con vida. Que la guerra no ha terminado. Que a partir de ahora ninguno de nosotros se podrá sentir seguro. Que en cualquier instante ese enemigo podría lanzar un nuevo ataque contra nosotros si les llega el más mínimo indicio de nuestra existencia.

Artyom gritó, aulló, se cayó del banco y rodó por el frío suelo.

—Todos estos años nos hemos salvado tan solo por una cosa. Porque vivíamos en el metro. Porque estábamos convencidos de que la superficie no era adecuada para vivir. Por eso hemos sobrevivido. Y ahora... esa sigue siendo nuestra única posibilidad de seguir con vida. Lo sé. Suena horrible. Cuesta creerlo. Pero os lo ruego, creednos. El Consejo de la Polis os lo ruega. Escuchadlo vosotros mismos. Es una grabación que hemos hecho hoy mismo. Procede de Nueva York.

Los altavoces volvieron a hacerse oír. Una especie de estornudo.

—Crcrrr... fiiiuuuu... shhhhhh...

Y entonces se oyó una canción. Una canción extraña, que no era de este mundo. Una voz masculina se puso a declamar y recitar sobre un ritmo quebrado de percusión y sonidos estridentes, trompas y trompetas, con algo de himno y algo de marcha militar. Lo acompañaba un coro de mujeres. La canción irradiaba una fuerza indómita. Encerraba un desafío. Una alegría maligna. Una salvaje energía vital.

Al oírla, todo el mundo habría tenido que moverse, ponerse a bailar... sin

inhibiciones, en libertad.

Pero en la gigantesca sala de mármol blanco, bajo las descomunales lámparas —cada una de las cuales pesaba media tonelada— nadie se movió.

Las lámparas se balanceaban como si hubiera habido un terremoto. Los seres humanos sorbían a su interior el ritmo de los tambores... y lo único que exhalaban era puro horror.

—Ya lo veis... ya lo oís... así es esta música, una música animal, más propia de hombres de las cavernas. Mientras nosotros sufrimos privaciones, ellos siguen con su fiesta. Estamos informados de que tal vez preserven una parte de su capacidad nuclear. Este es un enemigo cien veces más peligroso. Tenemos que ser conscientes de ello. A partir de ahora nuestra vida no podrá continuar igual. Esto es el principio de una nueva era. Y en este contexto... se va a realizar una declaración. Adelante, por favor.

Timur —flaco, nervudo, de cabellos entrecanos que habían sido morenos— se acercó al presidente de marrón. Se inclinó sobre Artyom y lo ayudó a sentarse. Luego se subió al banco.

—Los veteranos de la Orden estamos indignados por las arbitrariedades de nuestro antiguo caudillo, el general Melnikov. Uno de sus esbirros ha asesinado a un camarada sin que se le diera la oportunidad de comparecer en un proceso con garantías. Nos disculpamos ante los ciudadanos de la Polis por los disturbios. Declaramos públicamente que abandonamos la formación. Y nos negamos, a partir de ahora, a seguir las órdenes de Melnik.

Timur hablaba con voz entrecortada, ronca, confusa; El mejor explorador de la Orden. Camarada y maestro de Letyaga. ¿Qué se había propuesto?

—La base de la Orden en la Smolenskaya se halla bajo nuestro control. Nosotros mismos elegiremos a nuestro nuevo líder. Pero creemos que en las circunstancias actuales el conflicto no puede continuar. Por ello, ofrecemos nuestro juramento a la nueva dirección de la Polis. Le juramos lealtad y nos comprometemos a proteger la Polis contra cualquier enemigo, sea público o secreto.

Se volvió hacia el de marrón y lo saludó a la manera militar.

Entonces estalló una primera ronda de aplausos, luego una segunda, y entonces, cual lluvia que arrecia, todo fue estruendo, estrépito y clamor.

—¡Bravo! ¡Hurra! ¡Sensacional!

—¡Idiota! —le gritó Artyom a Timur a través de la mordaza—. ¡Cretino! ¡La Polis no existe! ¡Ni el Consejo! ¡Juras fidelidad a una nueva cabeza! ¡No les creas!

Timur lo miró y asintió.

—Te sacaremos de aquí, Tyoma. Y volveremos a luchar codo a codo, esta

vez contra los yanquis.

—No estoy de acuerdo con vuestra argumentación —replicó Melnik con voz grave—. Pero sí me avendré a cerrar los ojos y no ver esto como una revuelta. Llamémoslo discrepancia transitoria de pareceres. Si la patria está en peligro, no tenemos derecho a pelearnos. Trataremos de resolver el conflicto mediante negociaciones. Nuestra Orden ha pagado ya un precio muy alto. Así pues, juro lealtad al Consejo de la Polis en nombre de la Orden. Creo que el tiempo de guerras civiles ya ha pasado. No podemos matarnos entre nosotros. Rojos, fascistas, Hansa... ante todo somos rusos. Y debemos tenerlo en cuenta. Nos amenaza nuestro enemigo eterno. No le importan nuestras ideas. ¡En cuanto sepa que seguimos con vida, nos aniquilará sin hacer diferencias!

La multitud escuchaba sus palabras y las absorbía. Nadie osaba llevarle la contraria, ni siquiera en susurros. Artyom se impulsó hacia delante con todo su peso hasta caer de rodillas al suelo. Se levantó torpemente, y antes de que ninguno de los guardias, fascinados por Melnik, se diera cuenta de nada, embistió al general, lo golpeó con el cráneo contra la sien. Una vez más, la silla de ruedas se ladeó y Melnik rodó por tierra.

—¡Agarradlo! ¡Deprisa!

Trató de cerrar las piernas sobre la garganta del viejo idiota para estrangularlo, para asfixiarlo. Pero los guardias se arrojaron sobre él. Alguien le dio un golpe y le hizo saltar un diente; la mordaza se le cayó de la boca.

—¡Mientes! ¡Todos vosotros mentís! ¡Cerdos!

Nadie podía pasar a través de la muchedumbre agolpada. Los de negro arrastraron a Artyom por la puerta hacia el interior. Al mismo tiempo levantaron a Melnik y se lo llevaron.

—¡Hijo de puta! ¡Huevo de piojo! ¡Te pisotearé hasta reducirte a polvo! ¡Os haré papilla, a ti y a ese hijo de puta! ¡Os ahorcaré a los dos, cabrones! ¡Mentiras... todo son mentiras! —bramaba Artyom.

Timur se encargó de dar explicaciones:

—Ese hombre es un canalla al que habíamos arrestado. Sospechamos que es un espía. Que quería delatarnos. No tardaremos en demostrarlo.

Las puertas se cerraron detrás de Artyom. Lo metieron por un pasillo largo, con muchas puertas laterales, y lo dejaron en un rincón.

Obcecado todavía por el acceso de cólera, escuchó lo que decían entonces.

—Sí, honorable Svyatoslav Konstantinovich —respondió el presidente de marrón casi sin aliento—. Palabras que valen su peso en oro salidas de la boca de un hombre que sabe apreciar el valor de la vida humana. Estoy con usted, en esta circunstancia y en todas. Le propongo que envíemos hoy mismo a nuestros diplomáticos a la Línea Roja, la Hansa y los representantes del Reich. Que

abramos una mesa de negociaciones. Que pongamos fin a todas las diferencias que durante estos años... al fin y al cabo, no somos... hummm... tan distintos. Ahora tenemos que estar unidos. Sumar fuerzas. Y juntos, con nuestras fuerzas unidas, usted y nosotros, defender el metro. Nuestro único hogar, nuestro hogar común. Nuestro único hogar para varias décadas, si queremos sobrevivir. ¡Nuestro hogar sagrado para los siglos!

—No somos tan distintos —repetía Ilya Stepanovich, horrorizado—. No somos tan distintos. Usted y nosotros. Ante todo, rusos. Debemos estar unidos. ¿Por qué? ¿Para qué? A los representantes del Reich. Mi pequeña Narine...

Pero la multitud retomó los murmullos. Al principio había quedado abrumada, conmocionada por la revelación. Pero entonces empezó a animarse, a comprender, a reflexionar sobre lo que acababan de revelarle.

«Los yanquis... todo este tiempo... música... como gusanos en el tocino... fiestas con baile... animal... lo había presentido desde siempre... con esa guerrada del hip hop... y aquí tenemos que comer mierda... y ahora nos quieren quitar hasta la mierda... lo último que nos queda... lo sabía, lo sabía... no nos dejarán en paz... es igual, esperaremos... todo se arreglará... esto será distinto... quizás no cambiará nada...».

—Todos vosotros sabéis que vivimos tiempos difíciles —clamó entonces la voz del de marrón—. La enfermedad de las setas ha reducido nuestras reservas de alimentos. Tendremos que apretarnos el cinturón. Pero si estamos unidos, lo lograremos... ¡esto es nuestro imperio! Nuestro pueblo siempre...

Tuvo que imponerse al grriterío cada vez más fuerte. Las gentes habían oído la verdad que querían oír, y por fin la habían masticado y se la habían tragado.

Después de la tremenda paliza, Artyom estaba con la espalda apoyada contra la pared, concentrado en tragarse su propia sangre cálida. El sabor era asqueroso. Se pasó la lengua por los agujeros de donde le habían saltado los dientes.

Bessolov apareció de pronto en el pasillo. ¿Venía de la sala de reuniones? Lo seguía Lyokha, el apóstol.

—¡Matadlo! —farfulló Artyom—. ¡Es él! ¡Él los ha...!

—¿Quién es ese? —preguntó Alexey Felixovich, que no parecía reconocer a Artyom—. ¿Hay alguna otra salida? Preferiría no volver a pasar entre la muchedumbre...

—Ha *ovvidado uzté* el *abdigo* —decía Lyokha—. *Ezpede*, que *ze* lo *tddaigo*.

—¡Lyokha! ¡Lyokha! Tú... ¿Qué...? Deberías...

—¡Vamos!

Alexey Felixovich se alejó a paso rápido en la dirección opuesta.

—Ezcusha... he *penzado*... ¿*zabes*...? Azí no *loggademoz* nada... zi no *hazemoz* más que *matad*. ¡*Debemoz cambiad* el *ziztema dezde dentdo*! Poco a poco. La *devolución* no *ez* el método, ¿*entiendes*? —Lyokha hablaba con Artyom, pero miraba en la dirección contraria. Su tono de voz era casi de disculpa—. Me ha *nombdado* jefe de *negoziado*. *Zeré zu azitzente*. Azí *poddé attuar dezde dentdo*... en el *bunked*...

—¡Desgraciado...! —farfulló Artyom con voz quebrada—. ¡¿Has aceptado ese puesto para poder vivir en el búnker?! ¡¿Para que te den de comer?! Y me dejas a mí... y a todos los demás...

—¡¿Qué me *dizez* de *loz demáz*?! —respondió Lyokha, enfurecido—. ¡*Pega zi ya no eziztimoz*! ¡Te *haz quedado zolo*! ¡Y tú *modidáz, peggo* yo tengo que *vivid*!

—¡Alexey! —gritó Bessolov—. ¿Qué demonios haces? ¿Así es como trabajas el primer día?

Lyokha no le escupió para despedirse, tampoco le dio una patada. Se volvió y se marchó en pos de Bessolov.

La puerta se abrió y entró Timur.

—¿Puedes andar?

—No quiero hacerlo.

—¡Ponte en pie! ¡Márchate mientras los otros están distraídos con sus conversaciones!

Agarró a Artyom por el cuello blanco de la camisa del uniforme de camarero y lo levantó con tal fuerza que la tela crujío. Lo puso en pie y le ofreció el hombro para que se apoyara.

—¡Voy con vosotros! —susurró Ilya Stepanovich en tono de plegaria—. ¡Llevadme con vosotros! ¡No quiero quedarme con ellos! ¡No!

—Ahora todavía podemos sacarte de aquí. Aprovéchalo. En cuanto el viejo se recupere, vendrán a por ti. Y entonces ya no podremos hacer nada.

—¿Adónde vamos?

—A la Borovitskaya. Anya te espera. Y desde allí a la Polyanka. ¿Tienes un lugar donde esconderte?

—En casa. ¿Anya... está bien?

—¡Te está esperando! ¿Adónde quieres que os llevemos?

—A la VDNKh. Pero no por la Polyanka. Tenemos que ir a la Chekhovskaya. Al Reich.

—¡¿Para qué?! ¡¿Qué quieres hacer en la Chekhovskaya?!

—Homero estará allí. Tengo que ver a Homero.

—¡Eh! —gritó un brahmán de cabellos revueltos que había sacado la cabeza de la sala de reuniones—. ¡¿Adónde vais?!

—Timurchik..., lo entiendes, ¿verdad? Los Observadores Invisibles... nos tienen atrapados aquí. Os mienten a todos. Mienten. Nos tienen...

—Oye, Tyoma... no me hables de eso. No quiero saber nada de política. Soy militar. Oficial. Y punto. No puedo abandonarte en esta situación. Pero no trates de meterme esa mierda en la cabeza. Conservemos la amistad.

Cómo podía convencerlo... convencer a los demás...

Aún le quedaba otra posibilidad. Demostrárselo a todo el mundo. Mientras ellos hacían circular su maldita mentira sobre la radio. Tenía que ir a la Chekhovskaya. Ayudar a imprimir panfletos. Ayudar a repartirlos.

Fueron los tres por corredores y pasillos, pasaron por puertas pintadas. Varias personas se cruzaron con ellos y se sorprendieron de la vestimenta y el rostro magullado de Artyom. Ilya Stepanovich los seguía con pasos pesados, con testarudez, las luces parpadeaban, las ratas salían corriendo. Al fin, Artyom sintió el aroma a creosota en el rostro. Aroma a confort. Habían llegado a la Borovitskaya.

—Bueno... voy a buscar a tu amada... y luego creo que deberíais ir a la Polyanka.

—No, a la Polyanka no. Tengo que ir a la Chekhovskaya. Al Reich.

—Eso será mejor que lo discutas con ella. Ahora quédate aquí. Pero procura no encontrarte con nuestra gente, ¿de acuerdo?

—Claro, me quedaré muy quieto. Gracias, Timurchik.

Se sentó a una mesa larga de madera. Cruzó sobre el pecho los brazos llenos de heridas.

Y miró a su alrededor. Aquella era su estación favorita. Paredes de ladrillo rojo oscuro, el olor a creosota en el aire, las casitas como celdas, las lámparas con pantallas de tela, la música suave que se oía en alguna parte. El tañido de las cuerdas. Hombres ataviados con unos extraños delantales que hojeaban con prudencia unos libros frágiles. Conversaban en susurros sobre lo que acababan de leer, lo que leían era su mundo, no necesitaban nada más. Ni de más arriba, ni de más abajo.

¿Dónde estaba la celda en la que Artyom había pasado una noche? La celda de Danilo, amigo por un día y para toda la vida. Seguro que la habría ocupado otra persona.

—¿Homero?

Una silueta conocida salió de su inmovilidad.

—¡Homero!

—Por qué... por qué estaba allí? ¿Cómo...? ¡¿Por qué?! ¿No había ido al Reich?

Se puso en pie, se acercó cojeando... el viejo visitaba una celda vacía. Un joven brahmán, con un bigote ridículo que obviamente no se había afeitado nunca, le enseñaba la habitación, le daba instrucciones, le entregaba la llave.

—Acaso se confundía de persona?

—Aquí no tiene sitio para poner una mesa, pero puede trabajar con los demás... aquí tiene un estante para libros... pero lamento decirle que los animales domésticos no están permitidos. Tendrá que separarse de su gallina.

—¿Es una norma sin excepciones?

—Así es. Lo siento.

—Bueno...

—¡Homero!

El viejo se volvió.

—Abuelo... ¿qué haces aquí...? ¿Cómo puedes...? ¿Acaso los nuestros te han escondido? ¿Has logrado poner en marcha la imprenta? ¿Las máquinas todavía funcionan? ¿Has encontrado papel seco?

Homero contempló a Artyom como hubiera podido contemplar a un difunto... con tristeza y distancia.

—¿Por qué no me dices nada? ¿Ha funcionado? ¡Enséñame lo que has hecho!

—Artyom...

—¿Qué desea usted? —intervino el del bigote, irritado.

—¿Dónde están los panfletos, abuelo? Has estado en la Chekhovskaya, ¿no?

—¿Quiere que llame a la guardia?

Homero negó con la cabeza.

—No será necesario.

—Espera... ¿Por qué no has ido? Han efectuado una declaración pública en la Arbatskaya... Le han ido al pueblo con la canción de siempre. Y todo el mundo cree que...

—Esto no es para mí, Artyom.

—¿Qué...?

—No puedo.

—¿Qué? ¿Qué es lo que no puedes?

—Distribuir propaganda. Imprimir panfletos. Toda esa actividad revolucionaria... Ya soy demasiado viejo.

—¿Ni siquiera has llegado a ir a la Chekhovskaya?

—No, no he ido.

—¿Por qué?

—Porque no creo en esto, Artyom.

—¿En qué no crees? ¿En los emisores de interferencias? ¡¿En qué?! ¡¿En el mundo de la superficie?! ¡¿En que todo esto que padecemos aquí es en vano?!

—No creo que a nadie le interese. No creo que nadie quiera saberlo.

—¡Pero es que es la verdad! ¡La verdad! ¡La verdad tiene que saberse!

—No me grites. ¿Qué verdad voy a explicarles?

—¡Toda la verdad! ¡Todo lo que has visto! ¡Lo que yo he visto! ¡La mujer a la que le partieron la cabeza con una barra de hierro! ¡El baño de Ilya! —Artyom señaló con la cabeza, que aún parecía insegura sobre el cuello, al inmóvil Ilya Stepanovich, que lo había seguido haciendo acopio de sus últimas fuerzas—. ¡Que disparan por la espalda a su propia gente! ¡Que matan a una recién nacida porque tiene un rabito! ¡Que te pegan un tiro en la cabeza por hablar! ¡Que mandan a la gente a la superficie sin traje de protección para que les construyan los molinos de viento que generan electricidad para los emisores! ¡Que arrojan a los muertos a una fosa donde los devoran los perros!

—¿Y eso es la verdad? —preguntó Homero.

—Pues si no, ¿qué lo es?

—Este mundo va hacia su final, Artyom. ¿Tú te crees que hay alguien que no sepa todo lo que me has contado? Pero siguen viviendo. Y no quieren pensar en ello todo el día, y todavía menos leerlo. ¿Quieres que escriba algo sobre la vida de esos asesinos de masas? ¿O que explique que los cargos del Partido abusan de los huérfanos? ¿Y que lo hacen tanto en la Hansa como en la Línea Roja?

—¡¿Y eso qué tiene que ver?!

—Que también es verdad. Pero ¿acaso la gente quiere leerlo? ¿Le interesa para algo? No, no podemos irles todo el día con esa mierda. Necesitan héroes. Necesitan un mito. Tienen que poder ver la belleza en los otros para seguir siendo humanos ellos mismos. ¿Qué querías que les contara? ¿Que desde hace una eternidad los gobierna una panda de burócratas? ¿Que están aquí, en el metro, sin ningún motivo? ¿Que no van a poder cambiar nada? Todo eso suena a paranoia, a tinieblas. ¡Pero ellos necesitan luz! Anhelan la luz, aunque tan solo les reste un cabo de vela, un leve fulgor. Tú, en cambio, ¿qué les vas a decir? ¿Que todos ellos son esclavos? ¿Criaturas sin valor? ¿Ganado sin voluntad? ¡No te va a escuchar nadie! ¡Te ahorcarán! ¡Te crucificarán!

—¿Y tú? ¡¿Qué les darás en lugar de la verdad?!

—¿Yo? Yo les daré... una leyenda. La leyenda de Artyom. De un joven que era sencillo, como todos ellos. Que vivía en una estación en la periferia del metro conocida como VDNKh. Y que cierto día una amenaza terrible llamó a las

puertas de su hogar. Una amenaza que ponía en peligro a todo el metro. La amenaza de unas criaturas terribles que vivían en la superficie y que querían robarle a la humanidad su último refugio. De cómo el joven merodeó por todo el metro, se endureció en la lucha y pasó de ser alguien sencillo a convertirse en héroe, y salvó a la humanidad. Es una historia que gustará a las gentes. Porque será la historia de todos ellos, de cada uno de ellos. Una historia simple y bonita.

—¿Eso es lo que quieras hacer? ¿Eso? ¿Y qué pasará con todo lo que...?

—Todo eso es política, Artyom. Propaganda. Lucha por el poder. Todo eso se olvidará. El río se lo llevará. No quiero escribir panfletos, porque nada más secarse la tinta ya están obsoletos.

—¡¿Y qué buscas tú?! ¡¿La eternidad?!

—Ah... la eternidad... eso suena tan grande...

—Te prohíbo que escribas sobre mí. Te lo prohíbo, ¡¿lo has entendido?!

—¿Cómo me lo quieras prohibir? La historia no te pertenece a ti. Perteneces a la humanidad.

—No quiero ser la figura de chocolate de tu pastel.

—Las gentes lo leerán. Y sabrán de ti.

—¡Me importa una mierda si las gentes saben de mí o no! ¡¿Qué importa eso?!

—Todavía eres joven, Artyom.

—¡¿Qué importa eso?!

—Deja de hablarme así. Eres un héroe. Las gentes sabrán de ti. Tus palabras serán recordadas. Quizá tengas hijos. Pero ¿y yo? ¿Qué va a quedar de mí? ¿Un panfleto anónimo? ¿Un trozo de papel?

—Espera... te... te han dado una habitación... ¿Te han dado una habitación?

—Me ofrecen condiciones de trabajo adecuadas.

—Condiciones de trabajo. Entonces, ¿vas a escribir para ellos? ¡¿Para Bessolov?! ¡¿Sobre mí?! ¡¿Con qué te han comprado?!

—¿Me han comprado... o los he comprado yo a ellos? Saldrá un libro. Sobre ti. Un libro de verdad, con una tirada de verdad. ¿Por qué te molesta tanto? No lo entiendo.

—¡Artyom!

Era la voz de Anya.

—Pregúntale a Ilya. Él estará de acuerdo. ¿Quién me iba a ofrecer algo parecido? ¡Un libro de verdad, con mi nombre! No un libro de texto para asesinos de masas. Un mito. Una leyenda. Para los siglos que vendrán.

—Dejarán que nos ahoguemos en nuestra propia mierda. Nos tratan como ganado. Como material de construcción. No como seres humanos... y tú... tú los

apoyas... tú...

En ese momento Artyom se sintió arrastrado por la onda expansiva de un estallido. Lo entendió. Y el conocimiento lo abrumó. Le fallaba la voz, pero no dejó de formar palabras en el aire, no con su voz verdadera, tan solo con los débiles gorgoteos de su garganta.

—Malditos. Tiene razón. El muy hijoputa tiene razón en todo. En realidad no hay un «ellos» ni un «nosotros». Lo que hay es la hidra. Todos nosotros somos la hidra. La formamos nosotros. Hace cien años que fusilaron a los aristócratas. ¿A quién vamos a culpar por ello? A nadie. Lo podemos cargar a nuestra cuenta. A los que están allí, en el búnker... ¿dónde los reclutan? De entre nosotros. Y ahora... tú... y Lyokha... ¿cómo es posible derrotar a esa hidra? Nadie piensa en serio en combatirla. Todo el mundo sueña en ofrecerle su propia cabeza, en convertirse en una de sus cabezas, en decirle: «Toma, devórame, tómame, te quiero a ti, quiero formar parte de ti». Aquí no hay ningún Heracles, tan solo una multitud de cabezas que esperan. Qué poder... Pero ¿qué tiene que ver el poder...? Dios mío, qué idiota soy... ¿Sabes qué? Escribe, abuelo. Saca tu libro. Te deseo muchos años de vida. Qué puta mierda...

Y una risa espasmódica se adueñó de su cuerpo.

Él mismo había tenido miedo de ponerse a chillar, pero lo único que salió de sus labios fueron risas, como espumarajos de un loco.

—¡Artyom!

Vio a Anya. Se hincó de rodillas frente a ella.

—Perdóname.

—¿Artyom? ¿Qué te pasa?

—¿De verdad quieres ir a la Chekhovskaya? —le preguntó Timur—. Los fascistas podrían regresar en cualquier momento. ¿Seguro que no quieras ir a la Polyanka?

—No. Abrid la puerta que lleva afuera. Voy a salir. Voy a salir a la superficie.

—¡¿Qué?!

—¡Artyom!

—¡Abrid la puerta! ¡Venga!

—¿Qué te pasa, Artyom?

—¡Vamos a ir arriba, Anechka! Arriba... ¡Arriba!

A dark, grainy black and white photograph of a hallway. The floor is made of wide wooden planks. In the background, there's a window looking out onto a city skyline at night, with lights from buildings and street lamps visible.

23

EN EL HOGAR

Están allí! ¡Allí enfrente!

Lo que se ve por la reja de la barandilla, visto desde abajo, parece... no, no parece, son unas botas de fútbol negras.

—¡Corre!

—¡Abre la puerta! ¡Abre! ¡Rápido!

—¿Estás zumbado o qué? Pero si no llevas traje...

—¡No estoy zumbado para nada! Bueno, ¡¿qué pasa ahora?! ¡Vamos a morir aquí por tu culpa, idiota! ¡Venga!

—¡¿Dónde está?! ¡¿Dónde están todos?!

—¡Dame la mano! ¡Y agárrate fuerte!

—Yo voy. Voy con vosotros. No quiero quedarme aquí.

—Vete al diablo... ¿adónde quieres ir? ¡¿Qué buscas en la superficie?!

Huyen hasta el otro extremo de la estación, y por el camino derriban mesas, saltan sobre bancos, apartan a un lado a brahmanes que ponen el grito en el cielo. Los guerreros de la Orden surgen del pasillo y una lluvia de plomo se hace oír en el andén.

Con pasos acelerados, llegan a la puerta hermética, le ponen una pistola en la boca al guardia, abren los cierres, tiran con todas sus fuerzas de las varias toneladas de acero hasta que se desplaza de mala gana sobre sus guías, se meten por el resquicio, suben escaleras arriba.

¿De dónde saca fuerzas Artyom? ¿De dónde saca esa vida?

Los persiguen. Se oye un fuerte estrépito sobre el granito. Les pisan los talones. Les disparan mientras corren, pero por eso mismo no aciertan. Se arma un estrépito de mil demonios. La puerta no se ha movido más, el resquicio todavía es estrecho, pero ya están al otro lado. Los guerreros vestidos de negro pasan de uno en uno, mientras que los brahmanes se mantienen tan lejos como pueden para no recibir una dosis de radiación que no va con ellos.

Llegan al vestíbulo. Son Artyom, Anya, Timur e Ilya. Aprovechan los segundos que han ganado para forzar la puerta de fuera y salir desnudos a la fría noche moscovita.

—¿Y ahora qué?

—Aquí... aquí tenemos... espera... ¡sí, está allí! Dame la mano. ¡Por allí!

Corren agachados junto a la pared de la silenciosa biblioteca donde en otro tiempo Artyom abandonó su miedo. Pasan frente a ventanas cerradas, columnas elefantinas, piezas de mármol que se han desprendido. Los de negro emergen del vestíbulo de la Borovitskaya, que parece un mausoleo. Pero vacilan, porque han salido a la calle sin traje aislante.

—¿Tú sabes la dosis que nos vamos a tragar? Aquí la radiación es bastante fuerte...

—Mira ahí. ¿Es esa? ¡Sí es esa!

La furgoneta de Saveli que habían remolcado hasta allí. Que habían dejado allí después de que Letyaga la trajera de la estación de radio. ¿Cuándo ocurrió todo eso? Cien años antes. Saveli ya no vive... la multitud de la Komsomolskaya lo arrastró y lo pisoteó. Murió en su primer día de servicio a la Orden y desapareció sin dejar rastro. Pero su vehículo sigue allí. Y aguarda a su dueño.

Artyom trata de abrir todas las puertas y entra por el maletero que nadie se acordó de cerrar. Hay una copia de la llave bajo la alfombrilla del copiloto. Saveli se lo había dicho cuando estaban en la Komsomolskaya. Podría decirse que se la ha dejado en herencia. Mete la llave en el contacto y le da la vuelta. El

vehículo cobra vida.

Entretanto, un par de figuras de negro han salido de la Borovitskaya.

—¡Subid!

—¡¿Adónde vais?!

—¡A la VDNKh! A casa. ¡Para informar a nuestra gente!

—Yo no. Me quedo aquí. ¿Qué voy a hacer allí? ¡Me quedaré con esos! — decide Timur.

—¡Sube, idiota!

—Pero si son los nuestros! Voy a hablar con ellos. Espera... olvidaba algo.

Mira esto. ¿Es tuyo? Me lo han devuelto.

Saca algo de color negro grisáceo con un brillo mate: la Nagant.

—Sí, es mía.

Se la entrega a Artyom a través de la ventanilla bajada.

—Muchísimas gracias, capullo.

—¡Venga, poneos en marcha!

Timur alza las manos, se da la vuelta y camina hacia los demonios negros que se le acercan. Artyom se santigua por dentro. Y pisa el acelerador.

El viento trae un sonido desde Okhotny Ryad, desde la calle Tverskaya: el estruendo de un motor.

Avanzan a toda marcha. Giran y los neumáticos chirrían, e incluso sale humo de las gomas. Anya está ala izquierda, en el asiento del copiloto. Ilya Stepanovich va de un lado a otro en el asiento de atrás, como el rabo de un perro. Suben las ventanillas.

En el retrovisor, Timur cae al suelo en silencio, como un trapo. Cae hacia delante con los brazos en alto. Un segundo más tarde, un todoterreno blindado avanza por la misma imagen enmarcada en negro.

Frena al lado del cadáver. Apaga el reflector. Se vuelve más pequeño. Desaparece.

Marchan a toda velocidad por la calle Vozdvizhenka y pasan por todos los lugares que Artyom ya ha recorrido centenares de veces. Y esta vez es la última. Las calaveras descarnadas, los edificios saqueados y los árboles desnudos contemplan con mirada vacía desde las aceras a la furgoneta que pasa a toda velocidad.

Una luna carcomida ilumina sin fuerza el cielo desolado. El firmamento está tachonado de estrellas, como aquella noche en la que Artyom salió a la superficie con Zhenya, después de engatusar al propio Zhenya y a Vitalik para que abrieran la puerta hermética de Botanicheski Sad.

—¿Te acuerdas, Zhenya?

—Ya basta, Artyom. Por favor.

—Disculpa. No volveré a hablar de eso. De verdad.

El Ministerio de Defensa, cuyos muros tienen el color de los huesos, aparece frente a ellos y vuelve a desaparecer, y después pasa por su lado el mausoleo que es la entrada de la estación Arbatskaya. A mano derecha se yerguen, muy apretados, los bloques de viviendas de unos veinte pisos, como soldados que alguien hubiera dejado en formación y olvidado al final de un desfile. A la izquierda se encuentran las casas más separadas, casas absurdas y a la vez majestuosas de la Kalinin Prospekt, con los carteles publicitarios más grandes de Europa —más o menos—, que ahora están quemados y ennegrecidos. Los guardias saludaban a Artyom. Los anuncios le mostraban su pasado y su futuro.

—¿Qué tal respiras? —le pregunta a Anya.

—Distinto.

Se acuerda de la primera vez que estuvo aquí, hace dos años. Todo era diferente. Entonces había vida, vida extraña y sin ley, pero muy activa, a su manera. Sin embargo, ahora...

Artyom vuelve a mirar por el retrovisor. Parece que una mancha oscura los siga de lejos. ¿Solo lo parece?

Gira bruscamente, las ruedas chirrían y la furgoneta se aleja por la Ronda de Jardines, por el camino despejado, y deja atrás los restos abrasados de la embajada de Estados Unidos, el bloque de viviendas con el poste en lo alto que se construyó en otro tiempo cerca de la Krasnopresnenskaya para los no muertos, los robustos edificios de granito que reciben su nombre en honor de la figura de cera llamada Stalin, plazas que son como los cráteres de las bombas, calles que son como trincheras.

Mira en derredor y piensa: «Lo que ha muerto, para los muertos».

—¿Vamos a casa? —pregunta Anya.

—Sí, a casa —responde Artyom.

El proyectil japonés que hay que conducir con la mano derecha se desvía en la Prospekt Mira, menosprecia la señalización de las calles y avanza en dirección al este. Pasan bajo un viaducto —el cruce con la tercera ronda de autopistas— y entonces la furgoneta deja atrás las vías del ferrocarril, que deben de hallarse bajo el puente, en el corazón de las tinieblas. Solo un poco más y divisan, entre las copas de los árboles, un cohete que apunta al cielo, el Museo de los Viajes Espaciales, tonto y pueril, que anuncia la cercanía de la VDNKh.

Una vez más parece que algo los siga. Gira bruscamente y falta poco para que se estrelle con un camión atravesado, pero en el último momento logra esquivarlo.

Se abren paso entre latas de conservas herrumbrosas y finalmente toman el

camino ya familiar y llegan al edificio de entrada de la estación de Artyom. El muchacho aparca la furgoneta detrás del pabellón metálico de un antiguo kiosco para cambiar moneda. Buen escondrijo.

—Hemos ido rápido. Quizá la dosis no sea tan elevada —le dice Artyom a Anya.

—No pasa nada —responde ella.

Bajan, escuchan... se oye como un resoplido en la lejanía.

—Corte.

Tras entrar en el vestíbulo, Artyom echa una última mirada por el plexiglás polvoriento. ¿Los seguía alguien? ¿Ya les han dado alcance?

Está claro que no. Y si alguien los perseguía, es evidente que lo han dejado atrás.

La esclusa de seguridad de arriba está abierta. Ahora tendrán que bajar por la escalera hasta una profundidad de cincuenta metros. No ven apenas, pero Artyom ha tenido tiempo de aprenderse de memoria todos los escalones durante el último año. Ilya tropieza y está a punto de caerse, pero lo agarran antes de que se rompa la crisma.

Por fin, llegan al final de la escalera. Justo detrás del pequeño rellano hay una pared de acero: la puerta hermética. Artyom da un paso a ciegas hacia la izquierda y encuentra a tientas el auricular que cuelga de la pared al extremo de un tubo de goma. Es uno de los dos que hay.

—¡Abrid! ¡Soy yo, Artyom!

El auricular ha muerto. Como si le hubieran arrancado el cable. Como si llamara a una de las casas que hay en la superficie y no a su propia estación, a una estación llena de vida.

—¿Hola? ¿Me oís? ¡Soy Artyom! ¡Artyom Negro!

El eco de su propia voz resuena en el polvo de carbón, a través de las finas membranas de metal. En el auricular no se oye ningún otro sonido.

Artyom busca la mano de Anya. La toma con fuerza.

—No pasa nada. Será que duermen.

—Sí.

—¿Cuando te marchaste todo estaba...?

—Sí, todo estaba normal, Artyom.

La respiración de Ilya Stepanovich es pesada y ruidosa.

—No respires tan profundo —le aconseja Artyom—. Por la radiación. Cuelga. Vuelve a descolgar. Pega la oreja al frío disco de material sintético.

—¡Hola! ¡Soy Artyom! ¡Abrid!

Pero nadie quiere abrirla. Es como si no hubiese nadie que pudiera hacerlo.

Se acerca a la puerta y pega un puñetazo sobre el acero. El sonido es débil,

apenas audible. Entonces se acuerda del revólver. Lo agarra por el cañón para golpear el metal con la culata. Y luego piensa: «¿Y si el arma estuviera cargada?». Abre el tambor y lo palpa. ¡Qué extraño! Contiene exactamente dos cartuchos. Los saca y se los guarda en el bolsillo.

Entonces empieza a golpear con la Nagant contra el telón de hierro, como si fuera una campana. ¡Blam! ¡Blam! ¡Blam!

—¡Arriba! ¡Despertaos! ¡Abrid de una vez!

Acerca el oído a la pared. ¿Habrá alguien?

Y prosigue:

¡Blam! ¡Blam! ¡Blam!

—Artyom...

—¡Tiene que haber alguien!

Agarra el receptor una vez más, lo cuelga y lo vuelve a descolgar.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Soy Artyom! ¡Sukhoy! ¡Ábreme!

Parece como si algo se moviera de mala gana.

—¡¿Me oís?!

Un carraspeo.

—¡Abrid la puerta! Por fin una voz.

—Pero ¿qué mierda es esta? ¡Es hora de dormir!

—¿Nikitska? ¡Abre, Nikitska! ¡Soy Artyom! ¡Abre!

—Abre, Nikitska, y trágate una buena dosis de radiación, ¿verdad? ¿Qué se te había perdido fuera esta vez?

—¡Abre! ¡Hemos venido sin protección!

—¡Joder, tío, realmente se puede decir que te lo has buscado!

—Oye, se lo voy a decir a mi padrastro... gilipollas...

Se oye como alguien se suena al otro lado.

—Bueno...

La puerta de hierro asciende, pesada, indiferente. Se hace la luz. Entran en la esclusa: hay un grifo en la pared, una manguera en el suelo. Y otro receptor.

—¡Abre la esclusa!

—¡Antes lavaos! No hace falta que entréis con toda la mierda...

—¿Qué? ¡Pero si no llevamos nada encima!

—¡Os digo que os lavéis!

Sus protestas no sirven de nada. Tienen que lavarse los tres con agua clorada muy fría. Entran en la estación calados hasta los huesos y helados. El hedor de la mierda y los cerdos les viene enseguida a la nariz.

—Todo el mundo duerme. Sukhoy también. Oye, vienes vestido de una manera muy rara.

—¿Dónde podríamos quedarnos?

—Vuestra tienda sigue libre. —Nikita se ablanda al ver a los pobres cachorros empapados—. Os esperábamos. Un momento, voy a buscar un par de trapos para que os sequéis. Y luego id a dormir. Mañana aclararemos todo lo demás.

Artyom quiere protestar, pero Anya lo toma de la mano y se lo lleva.

Entonces Artyom piensa que Nikita tiene razón. Se ha presentado en plena noche sin traje aislante. Solo faltaría despertar a la estación entera. Está claro que lo toman por loco. Da igual, no tiene prisa. Hasta que llegue alguien de la Polis...

—Pero diles a los guardias que no dejen entrar a desconocidos en la estación. —Y entonces se acuerda de la mancha oscura—. Tampoco desde fuera. ¿De acuerdo?

—No te preocupes. —Nikita sonríe—. ¡No tengo ninguna intención de levantarme por segunda vez en una noche!

—Está bien. Ah, y tendríamos que encontrar algo para este amigo. —Artyom señala a Ilya Stepanovich—. Mañana se lo explicaré a mi padrastro.

Ilya Stepanovich se queda con Nikita. Parece un perro sin dueño, pero eso no preocupa a Artyom. No es él quien ha domesticado y luego abandonado a ese ser humano.

La tienda está vacía, en efecto. ¿Nadie ha tratado de quedársela? Lo más probable es que Sukhoy lo haya impedido. De algo tenía que servirle ser el hijastro del jefe.

Encienden una linterna y la colocan enfocando hacia arriba sobre la mesa para no despertar a los vecinos. Entonces se ponen la ropa seca que encuentran. Evitan mirarse mientras están desnudos. Les parecería vergonzoso e inapropiado. Luego se sientan con las piernas cruzadas sobre el colchón.

—¿Hay algo para beber? —susurra Artyom—. Tú tenías algo.

—Compré un poco más —le susurra Anya.

—¿Puedo echar un trago?

Beben por turnos de una botella con el cuello cortado. La bebida sabe fatal, su olor es sospechoso y tiene posos, pero no está corrompida. Lo ayuda a estabilizar la cabeza sobre los hombros y le relaja el agarrotamiento en los brazos, en la espalda y en el alma al que casi se había acostumbrado.

—Ahora sé que no puedo estar sin ti, Artyom.

—¡Anda, ven aquí!

—Te lo digo en serio. Ahora tengo claro que es así.

Artyom toma un largo trago. Le quema el paladar, no le entra bien por la garganta y sufre un acceso de tos.

—Después de nuestra conversación en la Polis, tu padre me envió a la

Komsomolskaya con un cargamento de cartuchos para los rojos. Para que pudieran reprimir la revuelta provocada por el hambre... y es así como terminé allí. Con los rojos. Había miles de personas, no sabría decirte cuántas. Los ametrallaron... Y había una mujer... me pidió que protegiera a su hijo. Tendría cinco o seis años. Me lo puse sobre los hombros y la mujer murió. Entonces pensé que tú y yo deberíamos adoptar al niño. Pero un minuto más tarde lo mataron también a él.

Anya coge la botella. Los ojos le centellean.

—Tienes las manos frías.

—Y tú tienes los labios fríos.

Beben en silencio, por turnos.

—¿Y ahora nos quedaremos a vivir aquí?

—Tengo que decírselo a todo el mundo. A Sukhoy. A todo el mundo. A nuestra gente. Se lo diré mañana. Con toda la calma. Y voy a hablar primero, antes de que los otros puedan irles con otra versión.

—¿Piensas que te van a creer? No querrán marcharse de aquí, Artyom.

—Eso ya lo veremos.

—Perdóname.

—No, no te preocupes. Esto depende tan solo de mí... de mí.

—Si hasta tienes la lengua fría.

—Pero el corazón cálido. Y tú tienes la carne de gallina.

—Pues dame tu corazón. Necesito calor.

Se despertaron tarde. Los dos a la vez.

Por fin, Artyom pudo ponerse ropa normal: un jersey y unos pantalones vaqueros raídos en vez del opresivo traje de camarero. Se calzó unos zapatos de goma. Luego esperó a que Anya terminara de vestirse.

Al salir de la tienda, sonrieron. Las mujeres mayores de al lado les echaban miradas de envidia y reproche. Los hombres les preguntaron si querían fumar. Artyom les dio las gracias y aceptó.

—¿Dónde está Sukhoy? —le preguntó a Dasha-la-del-Abrigo, que pasaba casualmente por allí.

—Tiene una sorpresa para ti. ¿Cómo es que vienes sin cabellos? ¿Lo ves? ¡Ya te lo dijimos!

—¿Dónde está?

—En la pocilga.

Fueron juntos a ver al padrastro de Artyom.

La pocilga estaba en un túnel cegado. Tuvieron que ir de un extremo al otro de la estación y saludaron a todo el que se encontraban por el camino. Las gentes miraban a Artyom como a un aparecido. Y a Anya como a una heroína.

—¡Está allí! —Aygül señaló a un rincón dentro de túnel—. Ha ido a matar a un gorrino.

Se quedaron sin aliento.

Anduvieron frente a los hocicos rosados que se asomaban entre los barrotes. Los cerdos jóvenes se agolpaban en los comederos. Los verracos bramaban. Gigantescas cerdas de pezones incoloros gruñían, cada una de ellas con una docena de pequeños gorrinos que chillaban agarrados a sus ubres.

Sukhoy se había puesto las botas de goma y andaba por un cobertizo con verracos de un año. A poca distancia se hallaba el oficial porcino Pyotr Ilyich, que le hacía sus comentarios.

—Ese de allí mejor que no, Alexander Alexeyevich. Ha estado enfermo y seguro que la carne no tendrá buen sabor. Pero ese otro tan reluciente sí que se lo recomendaría. ¡*Proshka!* Ven aquí, *Proshka*. Tendría que haberme avisado antes, Alexander Alexeyevich. Lo mejor es tenerlos todo un día sin comer.

—Ya... pero es que esto ha sido inesperado... —respondió Sukhoy, que no se había dado cuenta de la presencia de Artyom—. Mi hijo ha vuelto. Y yo había pensado que no lo volvería a ver jamás. No sabía nada de él. Y ahora resulta que está vivo, y encima ha vuelto con su mujer. Parece que se han reconciliado. Soy tan feliz... Bueno, nos quedamos con *Proshka*.

—*Proshka...* *Proshka...* sí, ven aquí. ¿Cómo vamos a convencer a ese bribón para que salga? Si le hubiéramos hecho pasar un poco de hambre, vendría a la que le enseñáramos comida. Pero ahora... no, no tire de él. Los cerdos no toleran la violencia. Déjeme a mí. Conozco un truco.

Artyom se había quedado a cierta distancia. Contemplaba a Sukhoy. Sentía un ardor en los ojos. ¿Era por el hedor?

Sukhoy retrocedió y dejó que el profesional realizara su trabajo. El oficial descolgó un cubo de un gancho y se lo puso en la cabeza al gorrino. En un primer momento, *Proshka* se quedó inmóvil, gruñó como para preguntar qué ocurría, y luego retrocedió torpemente. Entonces Pyotr Ilyich lo agarró por la cola y, sin movimientos bruscos, le dio la vuelta para encaminarlo a la salida de la pocilga.

—Ten cuidado. Podrían escaparse los otros.

—No, les da miedo salir.

Proshka, con la cabeza todavía dentro del cubo, se mostraba totalmente dócil. Solo con agarrarlo por la cola, Pyotr Ilyich lo había hecho salir de la pocilga. Le quitó el cubo de la cabeza. Lo acarició detrás de las orejas y

entonces, con suma habilidad, le pasó un lazo por el morro y le sujetó el hocico cerrado. Ató el otro extremo de la cuerda a uno de los postes de la pocilga. Pero Artyom no prestaba mucha atención. Lo había visto más de cien veces y él mismo lo había hecho en alguna ocasión. No apartaba los ojos de Sukhoy.

Por fin, este se volvió.

—¡Ah! ¡Ya has despertado!

Se acercó a Artyom y se abrazaron.

—Anechka... qué alegría que hayáis vuelto.

—¿Cómo va la vida, tío Sasha?

—Vamos tirando —respondió el sonriente Sukhoy—. Os he echado de menos.

—¡Saludos, viajero!

Pyotr Ilyich le tendió la mano izquierda a Artyom. En la derecha ya llevaba el largo y estrecho cuchillo que se empleaba en la matanza. Un cuchillo que más bien parecía una barra de hierro pulido.

—Por favor, Alexander Alexeyevich... ¿podría sujetarlo un momento?

—Quería prepararte algo especial... —Sukhoy aún sonreía—. Ahora ya no será una sorpresa.

Proshka tiraba de la cuerda con toda su energía. Hacía fuerza con las patas de atrás para alejarse todo lo posible del poste. Pero estaba atado por el hocico y no podía ir más allá. *Proshka* no gimoteaba, no se esperaba la muerte. Además, Sukhoy se puso a acariciar al cerdito hasta que el animal se quedó en silencio, como pensativo.

Pyotr Ilyich se agachó a su lado, acarició al animal en el flanco, buscó las palpitaciones. Acabó por encontrarle el latido bajo la piel, entre las costillas. Empuñó el cuchillo con la izquierda y lo colocó apuntando al corazón, sin tocarle la piel. Los otros cerdos alargaban el hocico, llenos de curiosidad. Obviamente querían saber lo que ocurría.

—Bueno, vamos allá.

Tomó impulso y, con la derecha, hundió el cuchillo en el cuerpo del animal hasta la empuñadura. Como si hubiese clavado un clavo. *Proshka* se estremeció, pero se mantuvo en pie. Aún no entendía nada. Pyotr Ilyich sacó el arma de la herida y la cubrió cuidadosamente con un paño.

—Empieza por recuperarte.

Proshka se quedó de pie unos momentos y luego empezó a tambalearse. Las patitas de atrás se le doblaron, el cuarto trasero aterrizó en el suelo, pero todavía logró volver a levantarse. Y se volvió a caer. Solo entonces se puso a gruñir, al darse cuenta de que lo habían traicionado. Una vez más trató de levantarse, pero ya no pudo.

Uno de los cerdos lo miraba con sus ojos diminutos sin sentirse afectado, otro seguía en el comedero con total tranquilidad. Por extraño que pueda parecer, la agitación de *Proshka* no se transmitió a ninguno de los otros animales. Entonces cayó de costado y empezó a menear las patas. Siguió jadeando durante un rato. Expulsó un par de bolitas marrones. Y enmudeció. La indiferencia de los otros animales parecía absoluta. No se habían dado cuenta de que la muerte les había pasado muy cerca.

—¡Ya está! —dijo Pyotr Ilyich—. Voy a trocearlo y luego lo llevaré a la cocina. ¿Qué les digo? ¿Lo quiere al horno? ¿O prefiere el codillo hervido?

—¿A ti cómo te gusta más, Artyom? ¿Al horno o hervido? —preguntó Sukhoy—. Ahora ya no será una sorpresa.

—Lo prefiero al horno. Sukhoy asintió.

—¿Cómo te va todo?

—¿Qué cómo me va todo? No sé ni por dónde empezar.

—Ven conmigo. No nos quedemos aquí. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Artyom se volvió hacia Anya.

—He estado en la Polis. ¿No ha venido nadie de allí? De parte de Melnik. ¿Ni personas desconocidas? ¿No ha preguntado nadie por mí?

—No. Todo está tranquilo. ¿Piensas que alguien habría tenido que preguntar por ti?

—¿Hoy por la noche no ha vuelto nadie desde el centro? ¿De la Hansa? ¿No han corrido rumores?

Sukhoy se quedó mirándolo.

—¿Qué ha ocurrido? Ha ocurrido algo, ¿verdad?

Salieron de la pocilga y regresaron a la estación. La iluminación de emergencia era de color rojo y hacía pensar que era el propio Sukhoy quien había matado al cerdo. O Artyom.

—Vamos a fumar un cigarrillo.

El padrastro de Artyom no veía con buenos ojos que este fumara. Pero en aquella ocasión reprimió el comentario desagradable. Sacó de la petaca un cigarrillo ya liado y se lo dio. Anya tomó otro. Se alejaron un poco de las tiendas. Y empezaron a disfrutar del humo.

—He descubierto que hay supervivientes —dijo Artyom—. Otros supervivientes.

—¿Tú? ¿Dónde?

Sukhoy echó una mirada a Anya.

Artyom habría querido seguir contándoselo, pero entonces se paró a pensar. La VDNKh era una estación independiente. Y Sukhoy era el jefe. ¿Existían de

verdad estaciones independientes?

—Dice la verdad —confirmó Anya.

—¿Tú no sabías nada?

—¿Yo? No —respondió Sukhoy sin dar muestras de sorpresa. Parecía que no quisiera alterar los nervios de su hijastro enflaquecido y rapado al cero.

—Los niveles de mando intermedios —constató Artyom—. Está claro.

—¿Qué?

—Ahora sería muy largo de contar, tío Sasha. Déjame que te explique lo más esencial. No somos los únicos supervivientes. El mundo entero sigue ahí. Varias ciudades rusas. Y también en Occidente.

—Sí, es verdad —asintió Anya.

—¿Occidente? —El rostro de Sukhoy se ensombreció—. ¿Y qué pasa con la guerra? ¿Aún continúa? ¿Y cómo es que no captamos señales de radio? ¿Cómo es que nadie ha visto nunca a esos supervivientes?

—Porque hay unas estaciones que interfieren las señales. Como en tiempos de los soviéticos —empezó a explicarle Artyom—. Porque es como si la guerra continuara.

Entonces fue Sukhoy quien asintió.

—Eso lo conozco.

Artyom arrugó la frente con incredulidad.

—¿Lo conoces?

—Todo eso ya lo hemos vivido. ¿Y quiénes eran? ¿Los rojos?

—¿Conoces a un tal Bessolov? —preguntó Artyom.

—¿Bessolov? ¿El de la Hansa?

—La Hansa no existe, tío Sasha. Y tampoco la Línea Roja. Y dentro de muy poco tampoco existirá nada más. Pronto se unificará todo para plantarle cara al enemigo común. Para que no salgamos jamás del metro. Esa es la situación actual.

Parecía que Sukhoy lo creyera, pero, para asegurarse, le preguntó también a Anya:

—¿Hay alguien más que esté al corriente de que hay supervivientes en otras ciudades?

—Ayer, en la Polis, lo anunciaron públicamente —respondió ella—. Es verdad, Alexander Alexeyevich.

—¿El mundo entero ha sobrevivido? ¿Y cómo viven ahora? ¿Mejor que nosotros?

—No tengo ni idea. Nadie ha hablado de eso —explicó Artyom—. Pero si estuvieran peor que nosotros, seguro que nos lo habrían explicado.

Sukhoy encendió otro cigarrillo, porque el primero casi se había consumido

del todo.

—¡Joder!

Por unos instantes se quedó contemplando la luz roja de la lámpara.

—¿Le debes algo a ese tal Bessolov? —preguntó Artyom.

—No. ¿Qué le iba a deber? Lo he visto una sola vez. En la Hansa.

—Está bien. Tío Sasha... tendremos que aislar nuestra estación. Para que no venga nadie de fuera. Y preparar a la gente. Tienes que contárselo todo. A ti te creerán.

—¿Prepararlos? ¿Para qué?

—Tenemos que sacarlos de aquí. Llevarlos fuera del metro. Ahora que todavía es posible. Por lo menos sacaremos a los nuestros.

—¿Para ir adónde?

—A la superficie.

—Pero ¿adónde exactamente? Aquí viven doscientas personas. Hay mujeres y niños. ¿Adónde quieras llevarlos?

—Mandaremos exploradores. Encontraremos un lugar en el que la radiación no sea muy fuerte. Vinieron unas personas de Murom. Viven en la superficie.

Sukhoy encendió el tercer cigarrillo.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué?

—¿Para qué vamos a ir a Murom? ¿Para qué quieras que toda esta gente salga del metro y se marche a otro lugar? Viven aquí, Artyom. Esto es su casa. No te van a seguir.

—¡Porque nacieron en la superficie! ¡Al aire libre! ¡Bajo el cielo! ¡En libertad!

Alexander Alexeyevich iba asintiendo. No se burlaba de Artyom, sino que más bien se mostraba comprensivo, como un médico que atiende a un niño.

—Ya no se acuerdan de cómo era aquello, Tyoma. Se han acostumbrado a la vida de aquí.

—¡Pero si aquí viven como morlocks! ¡Como topos!

—Pero todo les va como una seda. Aquí ya saben cómo funciona todo. No querrán cambiar.

—¡Anda ya! Tan pronto como se sientan en torno a una hoguera no saben hacer otra cosa que acordarse de los viejos tiempos: ¡quién tenía qué, cómo vivía el otro...!

—Tú no les podrás devolver lo que añoran. Y ellos tampoco quieren volver atrás. Solo quieren recordar. Todavía eres joven, pero algún día lo entenderás.

—¡No lo entiendo!

—Precisamente.

—Solo te pido una cosa: áisla la estación. Si tú no quieres decírselo, se lo diré yo. Si no, esa peste llegará hasta aquí y... y luego les meterán mierda en el cerebro, como a todos los demás... Yo mismo he visto...

—No puedo aislar la estación sin más, Artyom. Comerciamos con la Hansa. Son ellos quienes nos mandan el pienso para los cerdos. Y nosotros enviamos la mierda a la Rizhskaya.

—¿Y para qué queremos pienso? ¡Ya tenemos las setas!

—No podemos contar con las setas. Hemos perdido casi toda la cosecha.

—¿Lo ves? —Artyom le sonrió amargamente a Anya—. Y tú que te preocupabas tanto. Ahora resulta que podemos pasar sin setas. Pero sin pienso está claro que no.

Sukhoy negaba con la cabeza.

—No me entiendas mal, Artyom. Soy el jefe de estación. Tengo que cuidar de doscientas almas. Debo alimentarlas a todas.

—¡Déjame que se lo explique, por lo menos! De todos modos se van a enterar tarde o temprano.

—¿Tú crees que merece la pena? —dijo el viejo con un suspiro—. ¿Merece la pena que se lo digas?

—¡Sí, desde luego que merece la pena!

Se pusieron de acuerdo en reunir a todo el mundo para cenar después de que terminara el último turno en las pocilgas. Hasta ese momento, Artyom tendría que callar. Y eso es lo que hizo, y aprovechó el tiempo para volver a catar su antigua vida en la VDNKh. Las bicicletas. La guardia en el túnel. La tienda. No, esa vida se le había vuelto demasiado pequeña, ya no estaba hecha para él.

Ilya Stepanovich iba totalmente perdido y la mayor parte del tiempo se pegaba a él como una lapa. Sukhoy lo había autorizado a quedarse en la estación. Y Artyom le mostró cómo funcionaba todo.

Aunque la estampa del maestro fuera más bien lastimosa, a Dasha-la-del-Abrigo le cayó bien nada más verlo. Dasha le sirvió un té muy aguado. Tenían muy pocas setas. Le preguntaron por lo que había hecho hasta entonces. Prefirió callar, y Artyom tampoco reveló su pasado.

Pero Ilya sabía escuchar. Y Artyom, al mostrarle la estación, también le habló sobre sí mismo. Sucedió de manera natural. Mientras se paseaban por las tiendas, los recuerdos acudían por sí solos. Ahí era donde en otro tiempo había vivido Zhenya, un amigo de la infancia. Juntos abrieron la puerta hermética de la

Botanicheski Sad. Luego murió: cuando los Negros avanzaban hacia la VDNKh, uno de los centinelas enloqueció y lo mató. Y fue entonces cuando vio por primera vez a Hunter y fue presa de una gran admiración por él. Habían caminado por la sala vacía, y él tomó el destino de Artyom en sus robustas manos, y en un minuto lo había doblado y hecho un nudo. Como si hubiera sido una varilla de acero corrugado. Y le siguió contando. Sobre los Negros. Había llegado a un punto en el que era absurdo ocultar toda la historia. La tragedia de toda su vida se había transformado en una nadería. Ilya Stepanovich asentía sin convencimiento y fingía que le interesaba. ¿En qué pensaba en realidad? Los demás tan solo podían imaginarlo.

Y así llegó la noche.

Por supuesto que el regio festín no se había pensado tan solo para la familia y amigos inmediatos. Estaba invitado todo el que quisiera ir. Habían preparado las mesas en lo que llamaban «Club», el rellano elevado donde en otro tiempo empezaba el corredor que cortaron, junto a la nueva salida.

Sonó la señal que anunciaba el final del trabajo y todo el mundo salió de las duchas, tan limpio y bien vestido como le resultaba posible.

No tenían apenas nada que pudieran servir como acompañamiento, pero Proshka los dejó más que satisfechos. Lo habían cocinado con un esmero exquisito. Lo habían asado al horno. La cabeza se sirvió por separado y tenía los ojos cerrados, y la grasa brillaba en las orejas como papel de pergamino. La carne era tan tierna que se deshacía en la boca y apenas sí tenía grasa: habían matado al cerdo en el momento justo. También se sirvió sopa de setas que habían preparado con provisiones antiguas. Los brindis de la gente eran cada vez más desinhibidos.

—¡Qué bien que hayáis vuelto!

—¡Que te encuentres bien, Artyom!

—¡Por ti, Anechka!

—¡Y que por fin tengáis descendencia!

—¡No es que quiera hacer la pelota, pero: por los padres! ¡Es decir, por ti, Alexander Alexeyevich!

El que más se hizo notar durante aquella cena fue Pyotr Ilyich, con su corona de cabellos rojizos y su calva de color frambuesa. Parecía que pasara mucho calor.

—¡Y ahora quiero brindar por nuestra VDNKh, este remanso de paz y estabilidad en el océano agitado del metro, gracias a los esfuerzos de... ya sabéis quién!

Artyom había pensado que no sería capaz de tragarse un solo bocado, pero a lo largo del día se le despertó tanta hambre que llegó a repetir. El gorrino sabía

bien de verdad. Si uno olvidaba que aquella misma mañana el gorrino aún gruñía. Pero al fin y al cabo, todos los gorrinos habían gruñido alguna vez... ¿Acaso era eso un motivo para no comérselos?

Sin embargo, no estaba en condiciones de beber. Sukhoy, en cambio, no dejaba pasar ninguna oportunidad de hacerlo. Cada uno se preparaba a su manera para el inminente discurso.

—Quería hablarlo todo contigo. Estaba esperando a que reaparecieras. Por supuesto que podrás dirigirte a todo el mundo. Te he dado mi palabra. Pero para que lo entiendas: no todo se reduce a setas y cerdos, ¿sabes? También podemos interesarnos por otras cosas. Por el saber, por ejemplo...

—Gracias, tío Sasha.

El pequeño Kirill, el que estaba enfermo de los pulmones, se acercó con sigilo, gritó «¡Buh!» y se arrojó sobre el regazo de Artyom. Había escapado de su madre, y hacía tiempo que habría tenido que irse a dormir. Poco después apareció en escena la propia Natalya. Riñó a su hijo, pero de todos modos se sentó a comer. Todavía quedaba cerdo.

—¡Anya! ¡Yo también quiero un poco!

—Ven aquí. A ti te lo voy a dar más grande, para que crezcas y te pongas fuerte.

Le pasaron el plato a Kirill, el niño se sentó entre Artyom y Anya y se puso a masticar la carne con todas sus fuerzas.

Antes de que repitieran por segunda vez, uno de los guardias, el georgiano Ubilava, se acercó a Sukhoy y le susurró algo. El viejo se frotó los labios grasientos y se puso en pie sin mirar siquiera a Artyom. Este volvió la cabeza y se dio cuenta de que habían llamado a su padrastro al túnel meridional. El que los conectaba con la Alexeyevskaya y con el resto del metro. ¿Qué debía de estar pasando?

No vio nada. Sukhoy desapareció tras las columnas que estaban junto a las vías.

Y al cabo de diez minutos aún no había vuelto.

—¿Y has encontrado Polyarnyie Zori? —le preguntó Kirill con la boca llena.

—¿Cómo dices? —replicó Artyom, que tenía la cabeza en otras cosas.

—¡Polyarnyie Zori! ¡Decías que habías captado una señal de esa ciudad! ¿La has encontrado? Querías ir a buscarla, ¿no?

—¡Desde luego! La he encontrado.

—¿Lo oyes, mamá? ¡Artyom ha encontrado Polyarnyie Zori!

Natalya se mordió los labios.

—Eso no es cierto, Kiryushenka.

—¡Pues claro que es cierto! ¿Verdad que sí, Artyom?

—Ya basta —le pidió Natalya a Artyom.

—¿Y cómo es Polyarnyie Zori, Artyom? ¿Cómo están allí los microbios?

—Un momento —dijo este—. Espérame un momento, pequeño.

Sukhoy estaba al final del andén con unos hombres y echaba una mirada tras otra al banquete. Su rostro brillaba a la luz purpúrea como el foco de un semáforo. Artyom quiso ir con él, escapar de allí, poner fin a la conversación con Kirill, pero su padrastro se dio cuenta y le hizo un gesto para decirle que no se levantara, que él mismo iría enseguida.

—¿Qué sucede? —preguntó Anya.

—¡Por favor, dime que es verdad!

—¡De acuerdo! ¡Pero ahora vete a la cama!

Sukhoy regresó al festín. Se sentó al lado de Artyom y sonrió como si hubiera tenido llagas en los labios y le doliese juntarlos.

El ofendido Kirill hurgaba con un tenedor los ojos cerrados de *Proshka*. Dashka le sirvió a Ilya Stepanovich una gruesa porción de cerdo.

Artyom tocó a Sukhoy con el codo.

—¿Qué sucede, tío Sasha?

—Que alguien quiere tu cabeza. Pero les hemos enseñado el camino de salida, por supuesto.

—¿Eran gente de la Orden? ¿De Melnik?

Anya sostenía el cuchillo con la mano, como si estuviera dispuesta a propinar una cuchillada. Artyom buscó dentro de la bolsa. La Nagant seguía en el mismo lugar.

—No. De la Hansa.

—¿Eran muchos? ¿Una unidad especial?

—No, eran dos. De civil.

—¿Solo dos? ¿Y qué decían?

—Dicen que tenemos tiempo para reflexionar hasta mañana por la mañana. Por supuesto que entienden que eres mi hijo y tal... —Sukhoy miró al plato—. Quieren evitar que empiece una escalada.

Artyom aceptó la palabra «hijo» sin ningún tipo de aspaviento.

—¿Y qué pasará mañana por la mañana?

—Procederán a un bloqueo total de la estación. No nos comprarán ni nos venderán nada. Ni pienso, ni nada. Por otra parte, se suspenderá la libertad de movimientos. Parece que ya lo han acordado con la Alexeyevskaya.

Andrey, el explorador con más experiencia de la estación, se puso en pie y levantó el vaso.

—¡Silencio, por favor! Tu padre y yo ya hemos comentado lo que voy a

anunciar ahora, Artyom. Amigos míos, aquí tan solo se puede hablar de poderes más altos. Me he enamorado. Y mi amada vive en la Krasnopresnenskaya. Veo muy claro que ha llegado el momento. Tengo treinta y ocho años. Así pues, voy a marcharme de la VDNKh, mi querida estación patria, y me mudaré con mi amada ala Hansa. ¿Por qué digo esto? Lo digo, Artyom, porque cada uno de nosotros tiene que encontrar un sitio en la vida. ¡Y ahora mi sitio está libre para ti!

Artyom asintió, se puso en pie, brindó, se sentó de nuevo. Y volvió a hablar en susurros con Sukhoy.

—¿Durante cuánto tiempo podremos aguantar?

—No lo sé. Ya sabes lo que ha ocurrido con las setas... Por supuesto que la carne de cerdo nos permitiría aguantar durante un tiempo. Pero no podremos alimentarios. Todo nos llega desde la Hansa.

—¿Desde cuándo comercian con alimentos? ¿De dónde sacan ese pienso? ¿No se habían quedado sin comida por culpa de la plaga?

—Pero es que esto es pienso para cerdos. No está hecho con setas, es un compuesto. En cualquier caso, los cerdos se lo comen y engordan bien.

—¿Los granjeros no se han informado sobre lo que dan de comer a los animales? ¿Cómo es posible? Quizá nosotros también podríamos producir...

—No tengo ni idea. No lo preguntamos. Según parece, la Hansa se lo compra a los rojos. Pero no son más que rumores. Lo hemos probado, los cerdos se lo comen, así que no tenemos de qué quejarnos y...

—¿Cómo que viene de los rojos? Pero si esos...

—¡Pyotr Ilyich! ¿De dónde sale el pienso de los cerdos? ¿Tú lo sabes?

—Creo que de la Komsomolskaya. Recuerdo que me dijeron que no lo traían de muy lejos, para que se conservara más fresco. Aunque la calidad ha bajado un poco en los últimos envíos.

—¿De la Komsomolskaya?

Artyom sintió que la boca se le llenaba de saliva salada y amarga. Tuvo un espasmo en la garganta. No podía tragar. Ya no podía tragar nada.

—¡¿De la Komsomolskaya?! ¡¿De los rojos?!

—De la Hansa...

—¡Vaya diferencia!

—Pero ¿qué problema tienes con eso?

—Déjate de preguntas superfluas, ¿de acuerdo? Dices que nos van a bloquear...

—Tengo que alimentar a esta gente, Artyom. Doscientas almas. Solo así podrá funcionar esto. Si algún día te haces cargo de la estación, lo comprenderás...

Artyom se puso en pie.

—¿Puedo hablar?

—¡Eh! ¡El culpable de la fiesta quiere hablar! ¡Un brindis, Artyom!

Se puso en pie como si de verdad hubiese querido ofrecer un brindis. Pero sus dedos, en vez de un vaso, se cerraban sobre el mero aire.

—Han venido unas personas a buscarme. Al parecer, provenían de la Hansa. Quieren llevarme preso para que no pueda contaros una serie de cosas. Y si no me entregáis, van a decretar un bloqueo.

La gente que estaba en la mesa enmudeció; la canción *Noches moscovitas* que habían empezado a cantar juntos dejó de sonar. Algunos de ellos siguieron masticando, pero en silencio.

—Moscú no es la única ciudad en la que han sobrevivido seres humanos. Ayer, en la Polis, se anunció a todo el mundo que también hay otras. Os lo harán saber dentro de poco. Soy el primero en deciroslo, nada más. En efecto. ¡El mundo entero sigue con vida! San Petersburgo, Ekaterimburgo, Vladivostok, Estados Unidos... No podemos contactar con ellos porque unos emisores de interferencias impiden que las ondas de radio lleguen hasta aquí.

Se hizo un silencio de muerte. Las gentes escuchaban sin moverse.

—Ya no podemos vivir aquí. Podemos abandonar la estación y marcharnos a otro lugar. En cualquier momento. Ahora mismo. Adonde nosotros queramos. En Murom, a trescientos kilómetros de aquí, la radiación ha alcanzado niveles normales. Allí hay personas que viven en la superficie. Moscú es la única ciudad que ha quedado muerta y estéril, porque se arrojaron cabezas atómicas sobre ella. No podemos quedarnos aquí. No debemos quedarnos. Os lo propongo y os lo ruego: marchémonos.

—¿Adónde? —preguntó alguien.

—Caminamos trescientos kilómetros, y después ¿qué?

—¿Por qué lo escucháis? ¡Está claro que tiene una obsesión enfermiza con ese tema!

—¿Me preguntas por qué? Porque el lugar de unos seres humanos como nosotros no está aquí abajo. ¡Porque si vivís en túneles es porque os tienen presos en ellos! ¡Como si fuerais gusanos! ¿Lo tenéis claro? Todas esas guerras idiotas contra nosotros mismos... aquí abajo no tenemos ningún futuro. El metro es un cementerio. Aquí no llegaremos nunca a nada. No podremos ser humanos de verdad. No podremos crear nada nuevo. Ni desarrollamos. Aquí estamos enfermos. Degeneramos. Aquí no hay aire. Ni espacio. Esto es estrecho.

—A nosotros nos basta —le respondió alguien.

—¿Ha sobrevivido alguien en Dusambé? —preguntó otro con timidez.

—No tengo ni idea.

—Nos has comparado con gusanos...

—Pero si Estados Unidos aún existe, ¿debemos entender que la guerra no ha terminado? —preguntó uno de los que estaban sentados a la mesa.

—En la ciudad de Murom hay un monasterio de paredes blancas y cúpulas azules. Del color del cielo. Se encuentra a la orilla de un río. Y a su alrededor hay bosques. ¿Vamos allí? Primero mandaremos a nuestros exploradores, mientras el resto lo preparamos todo. Encontraremos vehículos y los repararemos. Para terminar, podremos llevar a las mujeres y los niños.

—¿Y qué cometemos?

—¡¿Y qué es lo que coméis aquí?! Pero si... Ah, al diablo con vosotros. ¡Está claro que esto no va a cambiar! ¡Ese es el problema! ¡Este lugar! ¡Esto no es un búnker! ¡Es una tumba! ¡Tenéis que salir de aquí!

—Márchate tú... —murmuraba la gente con amargura—. ¿Por qué no te marchas tú solo? ¿Por qué siempre quieres arrastrar a otros contigo? Como una patética imitación de Moisés...

—¿Y por qué te busca la Hansa? —preguntó una mujer—. ¿Acaso has matado a alguien?

Artyom buscó a Sukhoy con la mirada. Los ojos de este vagaban por la mesa, como si estuviera buscando en ella alguna posibilidad de ayudar a Artyom. Pero no intervino.

Artyom se secó la frente.

—Bueno. Está bien. Voy a organizar una expedición. Tan solo para explorar. Iremos hacia el este para descubrir dónde hay tierra habitable. Si la encontramos, regresaremos para llevarnos a los demás. ¿Quién quiere ir conmigo?

Nadie respondía. Todos masticaban, miraban, bebían.

Anya dejó el cuchillo sobre la mesa y se puso en pie.

—Yo. Yo voy contigo.

Durante unos instantes se quedaron de pie. Tan solo ellos dos. Entonces se oyó un ruido.

Kirill, el pequeño tuberculoso, se encaramó al banco para ver mejor. Y pio con gran energía:

—¡Yo también! ¡Quiero ir con vosotros! ¡Quiero salir del metro! ¡Quiero ir a Polyarnyie Zori!

Se había puesto de pie sobre el mismo lugar donde había estado sentado, entre Anya y Artyom. Ambos intercambiaron miradas.

Natalya, su madre, lo llamó, enfadada. Algunos vasos cayeron al suelo y se rompieron.

—¡Ven aquí ahora mismo! ¡Vete a la cama!

—¡Pero mamá... quiero ir a Polyarnyie Zori! —¡No nos vamos a ninguna parte! ¡Este es nuestro hogar!

—Déjame que vaya con ellos...

—¡No!

—Iríamos a la superficie, Natalya... —dijo Artyom—. Allí el aire es distinto. Fresco. La TB...

—¡Si no hay TB, habrá otra cosa! ¡La plaga que sea! ¡Allí estarán los estadounidenses! ¡¿Es que nos vamos a entregar a los yanquis?!

—Si tú no quieres venir, deja que venga él, por lo menos. Aquí no tiene ninguna... tú misma lo dijiste. ¿Cuánto tiempo le...?

—Tú... quieras... —Por un instante pareció que se asfixiara—. ¡¿Quieres quitarme a mi hijo?! Hijo de la gran puta... ¡No te lo permitiré! ¡A mi Kiryusha! ¿Lo habéis oído? ¡Quiere quitarme a mi hijo! ¡Para entregárselo a los estadounidenses! ¡Como juguete! ¡Y después hará lo mismo con todos los demás!

—Pobre imbécil... —dijo Artyom.

—Márchate tú a la superficie! ¡Compararnos con gusanos...! ¡No te lo permitiré! Ni te atrevas a...

—¡No le des a tu hijo! ¡Está zumbado todo el mundo lo sabe! ¿Adónde sería capaz de llevarlo?

—¡No, claro que no se lo doy! ¡Esto sería lo último!

—¡Pero yo sí que quiero ir con vosotros! —sollozaba Kiryusha—. ¡Quiero ver cómo es el mundo de arriba!

—Entregadlo a la Hansa así nos quedaremos tranquilos —dijo alguien—. Esos sí que sabrán qué hacer con él.

—¡Si tanto te agobia la vida de aquí, lárgate! ¡Venga, márchate, traidor!

Las sillas empezaron a moverse. La gente se ponía en pie.

—¡Pues entonces quedaos aquí! ¡Y devoraos entre vosotros! ¡Serán otros quienes os hagan girar sobre el asador! ¡Como a cerdos! ¡Si queréis morir, morid! ¡Revolcaos en vuestra propia mierda! ¡Enterraos cada vez más en vuestro patético pasado! Pero los niños... ¿qué os han hecho los niños? ¿Por qué queréis enterrar a vuestros niños en vida?

—¡Tú sí que eres un cerdo! ¡Te has vendido! ¡Nadie querrá ir contigo a ningún lado! Quieres atraernos a una trampa, ¿verdad? ¡¿Cuánto te han pagado?! ¡Entregadlo! ¡Solo faltaría que nuestras relaciones con la Hansa se cortaran por culpa de este mierda!

—¡Bueno, ya basta! —exclamó Sukhoy.

—¡Y tú... habrías tenido que criarlo mejor! ¡Ahora se ha vendido! ¡No tuvo bastante con envenenarnos! ¡Quizá no estaríamos tan enfermos si no hubieras

abierto tantas veces la esclusa! ¡No te mezcles en nuestros asuntos! ¡No te van ni te vienen! Ya nos las apañaremos nosotros solos, ¿te ha quedado claro? ¡Esto es nuestro hogar!

—¡Tyomaaaaa, quiero ir contigo! ¡Por favooooor! ¡Quiero ir con vosotros!

—¡Venga, lárgate de aquí antes de que te entreguemos! ¡No tengo ni la más mínima intención de sufrir por este tío!

La mano de Kirill se agarró al dedo índice de Artyom, lo sujetó con fuerza, pero Natalya logró separarlos... y se llevó al niño.

Los ojos de Artyom se llenaron de lágrimas.

—Papá... —Se volvió hacia Sukhoy—. ¿Tú qué me dices, papá?

—No puedo, Artyom —murmuró Sukhoy con voz inexpresiva—. No puedo ir contigo. ¿Cómo quieres que abandone a toda esta gente?

Artyom parpadeó.

La cabeza le daba vueltas. Este último bocado se le había atravesado en la garganta como un ladrillo.

—¡Pues que os fallen a todos en vuestro metro de mierda! ¡Estaba dispuesto a morir por vosotros, pero ahora veo que aquí no hay nadie por quien merezca la pena morir!

Arrojó al suelo con gran estrépito el plato con restos de carne de cerdo engordado con carne humana y derribó el banco donde se habían sentado.

Anya se marchó con él. Y por extraño que parezca, Ilya Stepanovich fue tras ellos.

—¿Quieres salir conmigo a la superficie? —le preguntó Artyom.

—No. Yo no. Me quedo aquí. Voy a escribir sobre usted... Artyom... voy a escribir sobre todo lo que... me permite usted que lo escriba, ¿verdad? ¿Puedo hacer un libro? Lo voy a explicar todo tal como ocurrió... ¡le doy mi palabra!

—Escribe sobre mí. No creo que te salga nada que merezca la pena. Y si lo consigues, no lo leerá nadie. Ese viejo cabrón de Homero estaba en lo cierto. ¡Lo que quiere la gente son cuentos!

Al oeste, el crepúsculo teñía el cielo de un color rojizo. Al este, en cambio, era claro como el cristal, puro como un cristal recién lavado, un cristal tintineante. Una mano invisible había apartado las nubes y empezaba a clavar sus uñas de plata en el cenit azul.

Habían cargado víveres, cartuchos, armas y filtros en el maletero. En el interior de este habían encontrado tres bidones de diésel que todavía estaban llenos. Bastarían para dar la vuelta a medio mundo.

La carretera Yaroslavskoye iba desde la VDNKh hasta el otro extremo del continente. Estaba abarrotada de vehículos que no habían logrado llegar a su meta, pero entre todos los que se habían quedado allí había una estrecha franja por la que aún se podía transitar... hacia algún sitio. Las doradas siluetas de las casas muertas relucían. Y en aquel instante de despedida, Artyom sintió una Moscú cálida y auténtica.

Artyom estaba harto de trajes de goma. Habría preferido dejarlos atrás. Le habría apetecido lanzarse a toda velocidad con las ventanas bajadas, sentir el viento con la mano abierta, aspirarlo con toda su calidez y su frescura. ¡Pero qué más daba! Al cabo de tres o cuatro horas tal vez pudieran quitarse las máscaras de gas y arrojarlas por la ventana. Tan lejos como pudieran.

Cuando todo estuvo a punto, se abrazaron.

—¿Adónde iréis? —preguntó Sukhoy.

—Adonde sea. ¿Adónde vamos, Anya?

—A Vladivostok. Quiero ver el océano.

—Pues entonces iremos a Vladivostok.

Artyom colocó en el asiento de Anya la piel blanca sobre la que se había sentado Saveli. Tenía que preocuparse por su salud, porque aún tenía que traer niños al mundo. Dejó la Nagant en la guantera. Arrancó el motor. Cerró las puertas.

Sukhoy se inclinó hacia la ventana y le dijo por señas que la bajara. Entonces se oyó una voz nasal a través del filtro:

—No los condenes, Artyom. Ellos no tienen la culpa. Artyom le envió un beso con la mano.

—Que te vaya bien, tío Sasha. ¡Ciao ciao!

Sukhoy asintió y retrocedió. Ilya Stepanovich se despidió con un gesto. Estaba aterido. No había ido nadie más a despedirse.

Artyom le puso la mano sobre la rodilla a Anya. La joven la tomó entre las suyas.

La furgoneta japonesa tosió un humo azulado, entonó su canción de marcha y se alejó en la dirección en la que debía de hallarse la mágica e improbable ciudad de Vladivostok, junto al cálido y salvaje océano, al otro extremo de esta tierra gigantesca y maravillosa, desconocida, poblada por personas de verdad, personas que vivían.

Tenían el viento y el sol a sus espaldas.



EPILOGO

Son unos buenos prismáticos, calidad alemana. Permiten ver bien a un kilómetro. El todoterreno sigue a la furgoneta japonesa a una distancia prudencial hasta la ronda de autopistas y entonces se detiene.

—¡Han zalido, Alekzey Felikzovich! —dice Lyokha al aparato de radio—. ¿Loz zeguimoz un poco máz?

—¿Para qué? Que se largue. Hasta nunca —le responde el aparato—. Ya puedes volver a casa.

Glosario

Afisha: Página web soviética con información sobre cine, teatro, conciertos, etcétera.

Braga: Cerveza casera típica de Europa del Este, los Balcanes, Turquía y Egipto.

ChK – NKVD – MGB – KGB – FSK – FSB: Siglas con que se han conocido en nuestro país las diversas organizaciones de policía política, espionaje,

seguridad, etcétera, de la Unión Soviética y posteriormente de la Federación Rusa. Así, ChK (transliteración de las siglas rusas correspondientes a Comisión Extraordinaria, 1917-1922), NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, 1934-1941), MGB (Ministerio de Seguridad del Estado), KGB (Comité para la Seguridad del Estado 1954-1991), FSK (Servicios Federales de Contraespionaje, 1993-95), FSB (Servicios Federales de Seguridad, 1995). La ChK dio nombre a las célebres «checas» de la guerra civil española. Notemos que FSK y FSB son posteriores al período comunista.

Dur: Droga ficticia que se consume en el universo de Metro. El término ruso *dur* significa, literalmente, «estupidez, locura».

Eloi / Morlocks: Dos razas descendientes de la humanidad actual que pueblan el futuro distópico imaginado por H. G. Wells en su novela *La máquina del tiempo*. Los primeros descienden de las clases altas de la Inglaterra moderna y llevan una vida de lujo en la superficie, mientras que los segundos proceden de la clase obrera y viven miserablemente en el subsuelo, esclavizados por los eloi.

Entusiastas, Carretera de los: Carretera de veinte kilómetros que atraviesa las afueras de Moscú en dirección al este. Se llama así porque, al menos en teoría, fue construida por voluntarios entusiastas durante el período comunista.

Gochran: Organismo secreto del Ministerio de Finanzas ruso, encargado del almacenamiento y venta de metales y piedras preciosos.

Koljós / Sovjós: Diferentes tipos de granja colectiva de los tiempos de la Unión Soviética, regulados por el Estado y por la propia administración de las granjas. Desaparecieron o se reconvirtieron tras la caída del comunismo.

Komsomo: Organización juvenil del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Lubyanka: Cuartel general de los servicios secretos rusos (antes KGB, actualmente FSB) en la plaza que lleva el mismo nombre.

Makarov: Pistola estándar del Ejército soviético.

Nagant: Revólver belga del siglo XIX y sus posteriores versiones rusas, utilizadas en el Ejército ruso.

Néstor; Crónica de: Antigua crónica eslava del siglo XII.

Pecheneg: Ametralladora ligera rusa de 7,62 mm.

Solyanka: Conocida discoteca moscovita.

Stechkin: Pistola automática rusa de alta precisión.

VDNKh: Transliteración de las iniciales rusas de «Exposición de Logros de la Economía Nacional», una gigantesca exposición que se pudo ver en Moscú desde 1959 hasta 1991. Hoy en día el recinto ferial es conocido como «Centro Panruso de Exposiciones», pero la estación de metro aneja ha conservado el nombre VDNKh.

Vintorez: Fusil de francotirador empleado sobre todo por las unidades especiales Spetsnaz del Ejército ruso.

Versos citados

«AQUELLA NOCHE LA ZARINA NO DIO A LUZ HIJO NI HIJA». Versos del *Cuento del zar Saltán*, de Alexander Pushkin (1799-1837).

«EN LA FRONTERA VAGABUNDEAN NUBES GRISES». Primer verso de una canción de 1939 que se convirtió en el himno informal de los tanquistas del

Ejército soviético y que uno de los Svinolup canta de manera deplorable.

«Y LA JOVEN FUERZA DE LA GRAVEDAD...». Este verso y los siguientes, que Artyom encuentra casualmente en un papel, pertenecen a un poema titulado *El cielo está preñado de futuro*, de Ósip Mandelstam (1891-1938), célebre poeta ruso de la corriente acmeísta.

«Y VOLVEMOS A LA LUCHA. LA CHICA SOLAMENTE FUE UN SUEÑO». Parodia que hace Letyaga de unos versos de Alexander Blok (1880-1921), que en realidad dicen: «Y volvemos a la lucha. La calma solamente fue un sueño».

Table of Contents

[Metro 2035](#)

[Plano metro completo](#)

[Plano metro centro](#)

[1. Aquí Moscú](#)

[2. El metro](#)

[3. El túnel](#)

[4. El precio](#)

[5. Enemigos](#)

[6. Ocho metros](#)

[7. Tsvetnoy Bulvar](#)

[8. Heil](#)

[9. Teatro](#)

[10. Rojo](#)

[11. Derrota](#)

[12. La orden](#)

[13. Espacio vital](#)

[14. Desconocidos](#)

[15. La carretera de los entusiastas](#)

[16. La última retransmisión](#)

[17. Todo bien](#)

[18. Servicio](#)

[19. Qué escribiremos](#)

[20. Milagro](#)

[21. Los camaradas](#)

[22. La verdad](#)

[23. En el hogar](#)

[Epílogo](#)

[Glosario](#)

[Versos citados](#)